



MACBETH
JONESBØ

Lumen

Macbeth

Jo Nesbø

Traducción de
Lotte Katrine Tollefsen

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Primera parte

Una gota de lluvia brillante cayó del cielo y fue descendiendo a través de la oscuridad hacia las luces temblorosas de la sucia ciudad portuaria. Las ráfagas heladas de viento del noreste la arrastraron hacia el lecho del río seco, que atravesaba la ciudad longitudinalmente, y la vía del ferrocarril clausurada, que la cruzaba en diagonal. Los cuatro cuadrantes en que se dividía la ciudad estaban numerados siguiendo el sentido de las agujas del reloj, y más allá de eso no tenían nombre. O, en cualquier caso, nadie lo recordaba. Si te encontrabas con alguno de sus ciudadanos muy lejos de allí, sin duda afirmarían que no se acordaba de cómo se llamaba su ciudad de origen.

La gota de lluvia perdió brillo, se tornó gris a medida que traspasaba el hollín, el veneno que cubría la ciudad como una niebla constante, a pesar de que las fábricas habían ido cerrando una tras otra en los últimos años. A pesar de que los parados ya no podían permitirse encender las estufas. A pesar del viento impredecible, el aire impetuoso y la lluvia aparentemente inagotable que, según afirmaban algunos, se habían desatado cuando dos bombas atómicas pusieron fin a la última guerra mundial, un cuarto de siglo atrás. O lo que es lo mismo: en las mismas fechas en que Kenneth había sido nombrado director de la policía. Desde su despacho del último piso de la Jefatura de Policía, el director Kenneth había conducido la ciudad hacia el abismo con mano de hierro. Daba igual quién ocupara la alcaldía o lo que prometieran los jefazos de la metrópoli Capitol. Nunca lo cumplían. Nada podía evitar que la segunda potencia industrial del país se hundiera en una ciénaga de corrupción, quiebras, crimen y caos. No

importaba si el cambio climático se debía a Kenneth, a las bombas atómicas o a la desmemoria, pues por fin la esperanza había hecho su aparición entre los ciudadanos. Habían pasado seis meses desde que Kenneth se cayera de la silla en su casa de veraneo, sufriera un ictus y muriera tres semanas después. La ciudad había sufragado el entierro, según una resolución del consistorio orquestada por iniciativa del propio Kenneth, por cierto. Tras unas exequias dignas de un dictador, el cabildo y el alcalde reclutaron como nuevo director de la policía a Duncan: de frente ancha e hijo de un obispo, estaba al mando de la sección del Crimen Organizado en Capitol.

Había sido una elección sorprendente porque Duncan no procedía de la vieja escuela policial basada en el pragmatismo político, sino de la nueva generación de mandos bien formados, partidarios de las reformas, la transparencia, la modernización y la lucha contra la corrupción. Ese no era el caso de la mayoría de los representantes electos, políticos obsesionados por enriquecerse.

La esperanza de los vecinos de tener un director de la policía íntegro, honrado y visionario que quizá sacara a la ciudad de la ciénaga se había visto reforzada porque Duncan había sustituido a los antiguos jefes policiales por su propio equipo, cuidadosamente escogido. Lo formaban jóvenes idealistas sin contaminar que de verdad querían que la ciudad fuera un lugar mejor donde vivir.

El viento se llevó la gota de lluvia hacia el Distrito 4 oeste, al lugar más alto de la ciudad: la aguja que remataba el estudio radiofónico de Walter Kite. Aquella voz de erres marcadas, solitaria y siempre moralmente indignada simbolizaba la esperanza de que a la ciudad le llegara su redentor. En vida de Kenneth, solo Kite se había atrevido a criticar abiertamente al director de la policía y a acusarle de algunos de los delitos que había cometido. Muchos opinaban que la única razón por la que Kite había sobrevivido era su extrema soledad. Era demasiado visible para que su desaparición no llamara la atención. Aquella noche, Kite remachó las erres cuando dijo que el consistorio haría lo imposible para recuperar las atribuciones que Kenneth acaparó a fin de que el

director de la policía fuera el poder fáctico de la ciudad. Paradójicamente, eso implicaría que su sucesor, el buen demócrata y director de la policía Duncan, no dispondría del poder necesario para emprender las reformas que pretendía. Kite siguió afirmando que las inminentes elecciones para la alcaldía estaban en manos de «... Tourtell, el alcalde actual y, por tanto, el más importante del país, sin ningún contrincante. Absolutamente ninguno. Porque ¿quién podría competir con el galápago Tourtell cuando cualquier crítica resbala por su irritante caparazón de jovial populismo y superioridad moral? Si a pesar de todo alguien de verdad consiguiera atravesar esa concha y hacerle mella, me temo que nuestra tortuga está tan gorda y la puerta del despacho del alcalde es tan estrecha que resultaría materialmente imposible desalojarlo».

En el Distrito 4 este la gota de lluvia sobrevoló el Obelisco, un hotel con casino, acristalado y de veinte pisos de altura, que sobresalía como un dedo corazón iluminado entre los desangelados bloques marrones y negruzcos de cuatro plantas que predominaban en el resto de la ciudad. A muchos les parecía muy extraño que cuando menos industria y más paro había, más se pusiera de moda entre los ciudadanos jugarse el dinero que no tenían en alguno de los dos casinos.

«La ciudad que dejó de dar y empezó a exigir —insistían las erres de Kite a través de las ondas—. Primero clausuramos la industria y luego el ferrocarril, para que nadie pudiera largarse. Después atontamos a los ciudadanos con drogas que se vendían donde antes se compraban los billetes de tren. A fin de robarles en paz. Nunca creí que llegaría a decir que echo en falta a los señores de la industria, ávidos de beneficios, pero al menos pertenecían a un sector respetable, a diferencia de las tres áreas en que la gente sigue enriqueciéndose: casinos, drogas y política.»

En el Distrito 3 el viento azotaba la Jefatura de Policía, el casino Inverness y las calles, que a causa de la lluvia se habían quedado vacías. Solo unas pocas personas se apresuraban de aquí para allá, huyendo, buscando. El viento barría la estación central, de la que ya no salían trenes pero que seguía habitada por

fantasmas y viajeros; los fantasmas de aquellos que un día construyeron la ciudad con fe en sí mismos, en la moral del trabajo, en la tecnología y en sus descendientes; los viajeros del mercado de la droga, siempre abierto, donde compraban poción, un pasaje al cielo y sin duda al infierno. En el Distrito 2 el viento aullaba entre las chimeneas de cemento de las dos mayores fábricas de la ciudad, recién clausuradas, Graven y Estex, en las que se habían producido aleaciones de metal. Aunque ni siquiera quienes trabajaban en los hornos sabían exactamente cuál era su composición, sí sabían que los coreanos habían empezado a fabricar esas mismas aleaciones a menor coste. Tal vez el clima de la ciudad provocara esa impresión de una decadencia ya visible, o tal vez fueran figuraciones. Quizá solo la certeza de quiebra y ruina acabó haciendo que las fábricas mudas y apagadas quedaran como lo que Kite llamaba «las catedrales del capitalismo saqueadas en una ciudad de apóstatas y descreídos».

La lluvia se desplazó hacia el sureste, cayó sobre farolas rotas entre calles donde los chacales se apoyaban en las paredes protegiéndose de la incontinencia crónica de los cielos, buscando con la mirada mientras las presas se apresuraban hacia zonas más iluminadas y seguras. En una entrevista reciente, Kite le había preguntado al jefe de la policía por qué la probabilidad de que te atracaran en aquella ciudad era seis veces mayor que en Capitol. Duncan había respondido que se alegraba de que por fin le hicieran una pregunta fácil de contestar: porque el número de parados era seis veces mayor y el de drogadictos, diez veces mayor.

En el puerto había contenedores llenos de grafitis y buques de carga desvencijados. Sus capitanes se citaban con representantes de las corruptas autoridades portuarias, en lugares poco transitados, para entregarles sobres marrones que acelerarían la concesión de los permisos para acceder al puerto y atracar. Cantidades que las navieras apuntarían a la partida de gastos varios, mientras se juraban que jamás volverían a aceptar un porte con esa ciudad como destino.

Uno de esos buques era el *Leningrado*, un barco soviético tan oxidado que al

resbalar la lluvia por el casco daba la impresión de que estaba desangrándose en la bahía.

La gota de lluvia impactó en el haz luminoso de un foco atornillado al techo de un edificio. Un inmueble de madera, de dos pisos, y que albergaba un almacén, una oficina portuaria y un club de boxeo clausurado. Continuó descendiendo entre la pared y un casco de barco oxidado y aterrizó en un cuerno de toro, por el que se deslizó hasta el punto en que este se soldaba a un casco de moto, por el que corrió hasta llegar a la espalda de una chupa de cuero con la leyenda NORSE RIDERS bordada en caracteres góticos. Siguió hacia el asiento de una moto Indian Chief roja y acabó en la estela de la rueda trasera, que giraba despacio. Allí dejó de ser una gota, se vio lanzada al exterior otra vez, y acabó mezclada con el agua venenosa, con la ciudad, con todo.

La moto roja iba seguida de once motos más. Pasaron bajo una de las farolas que había en el segundo piso de los oscuros edificios portuarios de dos alturas.

La luz de la farola que entraba por la ventana de una oficina de enrolamiento de la segunda planta iluminó una mano que descansaba sobre un cartel publicitario. En el *Glamis* estaban buscando a un pinche. Los dedos eran largos y delgados, como los de un concertista de piano, de uñas bien cuidadas. El rostro se hallaba en la sombra, no podían verse los intensos ojos azules, la barbilla firme, los labios finos y poco generosos, la agresiva nariz en forma de pico, pero sí se advertía la cicatriz que cruzaba aquel rostro en diagonal, como el destello blanco de una estrella fugaz, del mentón a la frente.

—Es aquí —dijo el inspector Duff con la esperanza de que sus hombres de la sección Antidroga no percibieran el leve e involuntario temblor de su voz.

Había previsto que los Norse Riders mandarían a tres, como máximo a cuatro hombres a recoger la droga. Sin embargo, contó doce motos en la comitiva que emergió despacio de la oscuridad. Las dos últimas llevaban sendos pasajeros. Catorce hombres contra los nueve suyos. Había buenas razones para creer que

los Norse Riders iban armados. Bien armados. Pero no fue la diferencia de fuerzas la que provocó el temblor de sus cuerdas vocales. Duff acababa de ver cumplido su mayor deseo: era él quien estaba al frente del séquito, por fin lo tenía a su alcance.

Hacía meses que no se dejaba ver, pero solo existía una persona que llevara ese casco y la Indian Chief roja que, según decían, era una de las cincuenta que el Departamento de Policía de Nueva York mandara fabricar en secreto en 1955. El acero de la funda curvada sujeta al lateral de la moto lanzaba destellos.

Sweno.

Según algunos había muerto, según otros había huido al extranjero y cambiado de identidad. Se había cortado las trenzas rubias y se sentaba en una terraza en Argentina a disfrutar de la vejez y de sus cigarritos extrafinos.

Pero estaba aquí. El líder de la banda y asesino de policías que junto con el Sargento había fundado los Norse Riders después de la guerra mundial. Habían captado a jóvenes desarraigados, la mayoría procedente de las putrefactas casas que bordeaban el río apestoso, una cloaca, donde vivían los obreros de las fábricas. Los había entrenado, disciplinado, les había lavado el cerebro hasta convertirlos en un ejército de soldados intrépidos de los que Sweno se servía para sus fines: someter la ciudad, monopolizar el creciente mercado de la droga. Durante un tiempo pareció que Sweno lo conseguiría; no habían sido Kenneth ni la Jefatura de Policía, quienes lo habían detenido, más bien al contrario. Con ellos Sweno había podido comprar toda la ayuda que quiso. No, había sido la competencia. La droga casera de Hekate, la poción, era sencillamente mejor, más barata y siempre abundaba en el mercado. Si el chivatazo anónimo que Duff había recibido era cierto, esa partida de droga era lo bastante grande como para solucionar los problemas de aprovisionamiento de los Norse Riders por una buena temporada. Duff albergaba la esperanza de que fuera así, pero no se lo había creído del todo cuando leyó las breves líneas escritas a máquina y dirigidas a él en persona. Demasiado bonito para ser cierto. Un regalo que, bien administrado, podía impulsar su carrera de jefe de la sección Antidroga. Duncan

aún no había podido cubrir todos los puestos importantes de la jefatura con su propia gente. Quedaba, por ejemplo, la sección de Bandas, cuyo jefe Cawdor, un viejo granuja del equipo de Kenneth, se aferraba al sillón porque todavía no habían podido encontrar pruebas que probaran su corrupción. Pero era cuestión de tiempo. Duff era uno de los hombres de Duncan. Cuando hubo indicios de que quizá a Duncan lo nombrarían jefe de policía, Duff lo llamó a Capitol y le dijo con aire algo pomposo pero muy claro que si el ayuntamiento no nombraba a Duncan y acababan eligiendo a uno de los acólitos de Kenneth, él renunciaría a su puesto. No podía descartarse que Duncan hubiera intuido motivos personales tras la declaración de fidelidad incondicional de Duff, pero ¿qué más daba? Duff era sincero en su deseo de apoyar a Duncan para crear un cuerpo de policías honrados que ante todo sirvieran al bien público, sin duda. Pero también ambicionaba un despacho en la jefatura lo más cerca posible del cielo, ¿y quién no? Y quería cortarle la cabeza a ese tipo que andaba suelto ahí fuera.

Sweno.

Era el fin y el medio.

Duff miró su reloj. Era la hora que indicaba la carta, el minuto exacto. Se pasó la yema de los dedos por la cara interna de la muñeca. Notó su pulso. La esperanza que sentía estaba convirtiéndose en fe.

—¿Son muchos, Duff? —susurró una voz.

—Suficientes como para que los méritos sean muchos, Seyton. Y uno de ellos es tan grande que su caída se oirá en todo el país.

Duff limpió el vaho de la ventana. Diez policías tensos y sudados en un cuartito. Hombres que no tenían misiones como aquella a diario. En calidad de jefe de la sección Antidroga, Duff había tomado en solitario la decisión de no mostrar la carta a nadie y utilizar solo a hombres de su propia sección para aquella misión. Los niveles de corrupción y de filtraciones eran demasiado elevados como para arriesgarse a otra cosa. Al menos eso le diría a Duncan cuando este le preguntara al respecto. Pero no le harían muchas preguntas

críticas. No, cuando lo vieran llegar con la mayor incautación de droga de la historia y trece Norse Riders pillados con las manos en la masa.

Trece, sí. No catorce. Uno de ellos quedaría tendido en el campo de batalla, si se presentaba la oportunidad.

Duff apretó los dientes.

—Dijiste que solo serían cuatro o cinco —dijo Seyton acercándose a la ventana.

—¿Estás asustado, Seyton?

—No, pero tú sí deberías estarlo, Duff. Hay nueve hombres en esta habitación pero yo soy el único con experiencia en misiones de riesgo.

Lo dijo sin alzar la voz. Era un tipo delgado, fibroso y calvo. Duff no estaba seguro del tiempo que llevaba en la policía, solo de que había ejercido en tiempos de Kenneth. Duff había intentado deshacerse de Seyton. No es que tuviera nada concreto contra él, pero algo en su persona, algo que no lograba precisar, le provocaba un profundo malestar.

—¿Por qué no has movilizado a la Guardia Real, Duff?

—Cuanta menos gente esté involucrada...

—... con menos tendrás que compartir la gloria. Porque, si no me equivoco, o ese de ahí es un fantasma o se trata del mismísimo Sweno. —Seyton señaló con un movimiento de la cabeza la moto Indian Chief, que en ese instante se detuvo frente a la pasarela del *Leningrado*.

—¿Habéis visto a Sweno? —dijo una voz angustiada, procedente de la oscuridad que tenían a sus espaldas.

—Sí, y son una buena docena —dijo Seyton en voz alta sin apartar la vista de Duff—. Como mínimo.

—Joder —murmuró otro.

—¿No deberíamos llamar a Macbeth? —preguntó un tercero.

—¿Estás oyéndolo? —dijo Seyton—. Hasta tus propios hombres quieren que se haga cargo la Guardia Real.

—Cierra la boca —siseó Duff. Se volvió y apuntó con el dedo al cartel de la

pared—. Aquí dice que el *Glamis* zarpará rumbo a Capitol el viernes a las seis de la tarde y que están buscando a un pinche de cocina. Aceptasteis participar en esta misión, pero os daré mi bendición si preferís embarcaros. Por lo visto, tanto el sueldo como la comida son mejores. Que levante la mano quien quiera enrolarse.

Entornando los ojos, Duff oteó en la oscuridad hacia las figuras inmóviles, sin rostro. Intentó interpretar su silencio. Ya se arrepentía de haberlos desafiado. ¿Y si alguno de ellos alzaba la mano? Solía evitar las situaciones en que se veía obligado a depender de otros, pero en ese momento necesitaba a todos los hombres que tenía delante. Su esposa acostumbraba decir que él prefería trabajar en solitario porque no le gustaban las personas. Quizá llevara algo de razón, pero probablemente se daba la situación inversa: era él quien no gustaba a la gente. No es que disgustara a todo el mundo, pero algo, tal vez de su personalidad, provocaba rechazo, aunque ignoraba qué. Era consciente de que su aspecto y la seguridad que tenía en sí mismo resultaban atractivos para un determinado tipo de mujer. Era educado, culto y más inteligente que la mayoría.

—¿Nadie? ¿En serio? Bien, entonces haremos lo que teníamos previsto, cambiando un par de cosillas. Seyton y sus tres hombres se dirigirán hacia la derecha en cuanto salgamos y cubrirán el final de la comitiva. Yo iré hacia la izquierda con los míos. Mientras que tú, Sivart, saldrás hacia la izquierda, te pondrás fuera del alcance de la luz, correrás formando un arco en la oscuridad para acceder por detrás a los Norse Riders y te colocarás sobre la pasarela para que nadie pueda escapar y subir al barco. ¿Entendido?

Seyton carraspeó.

—Sivart es el más joven y...

—El más rápido —lo interrumpió Duff—. No he pedido que me pusierais objeciones, me preguntaba si lo habíais comprendido. —Observó los rostros inexpresivos que tenía delante—. Lo tomaré por un sí. —Se dio la vuelta para volver a mirar por la ventana.

Un tipo bajo, de piernas arqueadas y con gorra de capitán, recorría oscilante la

pasarela bajo una lluvia que no cesaba. Se detuvo frente al hombre de la moto roja. El piloto no se había quitado el casco, limitándose a levantar la visera, y tampoco había apagado el motor. Escuchaba al capitán con las piernas obscenamente abiertas sobre el asiento. Del casco asomaban dos largas trenzas rubias que llegaban hasta el escudo de los Norse Riders.

Duff respiró hondo, comprobó la pistola.

Lo peor era que Macbeth había telefoneado. Le habían dado el mismo chivatazo mediante una llamada anónima y había ofrecido a Duff su ayuda y la de la Guardia Real. Pero Duff la había rechazado, argumentando que solo se trataba de la recogida de un camión, y pidió a Macbeth que guardara silencio.

Por indicación del hombre del casco vikingo, otro de los motoristas se adelantó. Duff vio las insignias de sargento en la manga de su chupa de cuero cuando el motorista abrió un maletín ante el capitán. Este asintió, levantó la mano y un segundo después se oyó un chirrido de metal necesitado de aceite y se iluminó el brazo de la grúa, que giraba hacia el puerto.

—Casi es el momento —dijo Duff, cuya voz ya sonaba más firme—. Esperaremos a que la droga y el dinero hayan cambiado de manos y saldremos.

En la penumbra movieron la cabeza para asentir en silencio. Habían revisado el plan al detalle, pero habían previsto un máximo de cinco correos. ¿Quizá a Sweno le habían advertido de una posible acción policial? ¿Serían tantos por esa razón? No, en tal caso habrían anulado la operación.

—¿Lo hueles? —susurró Seyton a su lado.

—¿Oler qué?

—Su miedo. —Seyton había cerrado los ojos y las aletas de la nariz le temblaban.

Duff miró hacia la noche cargada de lluvia. ¿Les habría dicho que sí a Macbeth y a la Guardia Real en aquel momento? Se pasó los largos dedos por la cara, siguiendo la cicatriz en diagonal. Ya no merecía la pena pensarlo; debía hacerlo, siempre había tenido que hacerlo. Sweno estaba allí, ahora, y Macbeth y la Guardia Real estaban en sus casas, metidos en la cama.

Tumbado boca arriba, Macbeth bostezó. Oía la lluvia atronadora sobre su cabeza. Entumecido, se puso de lado.

Un hombre de cabello blanco levantó la lona y entró a gatas. Se sentó tiritando y maldiciendo en la oscuridad.

—¿Mojado, Banquo? —preguntó Macbeth poniendo las palmas de las manos en la rugosa tela asfáltica.

—Es una jodienda que un viejo machacado por la artritis tenga que vivir en este agujero lluvioso de ciudad. Debería haberme jubilado y trasladado al campo. Haberme hecho con una casita en Fife, o por ahí, sentarme en una terraza al sol, donde zumbaran las abejas y los pájaros trinaran.

—¿En lugar de un tejado en el muelle de los contenedores en plena noche? ¿Estás de broma?

Rieron por lo bajo.

Banquo encendió una linterna.

—Esto es lo que te quería enseñar.

Macbeth la cogió y apuntó hacia los dibujos que Banquo le tendía.

—Ahí tienes la Gatling. Es hermosa para ser una metralleta, ¿o qué?

—El problema no es la pinta, Banquo.

—Pues entonces enséñasela a Duncan. Explícale que a la Guardia Real le hace falta. Ahora.

Macbeth suspiró.

—No quiere.

—Explícale que mientras Hekate y los Norse Riders estén mejor armados que nosotros, perderemos. Explícale lo que una Gatling puede hacer. ¡Explícale lo que pueden hacer dos!

—Duncan no quiere propiciar una escalada del uso de las armas, Banquo. Creo que en parte debemos darle la razón. Desde que es director de la policía es cierto que hay menos tiroteos.

—Esta ciudad sigue despoblándose a causa de la delincuencia.

—Es un punto de partida. Duncan tiene un plan, y lo que quiere es bueno.

—Que sí, que sí, que estoy de acuerdo, Duncan es un buen hombre. —Banquo soltó un gemido—. Pero ingenuo. Con esta arma podríamos abrir algo de camino en la selva y...

Un leve golpe en la lona los interrumpió.

—Han empezado a descargar, jefe —dijo alguien que ceceaba un poco. Era el nuevo, el joven tirador de élite de la Guardia Real, Olafson. Sumando al igualmente joven Angus eran solo cuatro, pero Macbeth sabía que los veinticinco de la Guardia Real habrían aceptado sin dudar estar allí pasando frío con ellos.

Apagó la linterna, se la devolvió a Banquo e introdujo el dibujo en el bolsillo interior de la cazadora de cuero negra de la Guardia Real. Luego apartó la lona y se arrastró hasta el borde del tejado.

Banquo se deslizó a su lado.

Frente a ellos, sobre la cubierta del *Leningrado*, a la luz de los focos, flotaba un camión verde militar de aspecto prehistórico.

—Un ZIS-5 —susurró Banquo.

—¿De la guerra?

—No, señor. La «S» es de Stalin. ¿Qué opinas?

—Creo que los Norse Riders han traído más gente de lo que Duff esperaba. Está claro que Sweno está preocupado.

—¿Crees que sospecha que han dado el chivatazo a la policía?

—En ese caso no habría venido. Hekate le da miedo. Sabe que los ojos y los oídos de Hekate son más grandes que los nuestros.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esperaremos a ver qué pasa. Tal vez Duff pueda con esto él solo. En ese caso no intervendremos.

—¿Estás diciéndome que has traído hasta aquí a estos chicos en plena noche para que miren?

Macbeth rio por lo bajo.

—Era una misión voluntaria y os advertí de que podría resultar aburrido.
Banquo negó con la cabeza.

—Tienes demasiado tiempo libre, Macbeth. Deberías formar una familia.

Macbeth abrió los brazos. Una sonrisa iluminó su barba y su ancho rostro oscuro.

—Los chicos y tú sois mi familia, Banquo. ¿Qué más puedo necesitar?

Olafson y Angus soltaron una risita, satisfechos, a sus espaldas.

—¿Cuándo se hará mayor este chaval? —murmuró Banquo desesperado, secando la mira telescópica del rifle Remington 700.

Bonus contemplaba la ciudad a sus pies. La cristalera iba del suelo al techo, y de no haber sido por las nubes bajas habría podido verla en toda su extensión. Alargó la copa de champán y uno de los dos jóvenes en pantalones de montar y guantes blancos se apresuró a rellenarla. Debería beber menos, lo sabía. Cada gota era costosa, pero no pagaba él. El médico le había comentado que un hombre de su edad debía empezar a reconsiderar su estilo de vida. Pero estaba tan bueno... Sí, era así de sencillo. Estaba tan bueno... Exactamente igual que las ostras y las colas de cigala. El sillón hondo y mullido. Y los chicos jóvenes. No es que los tuviera a su alcance, pero tampoco lo había pedido.

Habían ido a buscarlo en la recepción del Obelisco, lo habían conducido a la suite del ático con vistas al puerto, por un lado, y a la estación central, a la plaza de los Trabajadores y al casino Inverness y por el otro. Lo había recibido el hombre fornido de mejillas flácidas, sonrisa cálida, cabello oscuro y ondulado y la mirada helada. El hombre a quien llamaban Hekate. También la Mano Invisible: «invisible», puesto que muy poca gente lo había visto; «mano», porque la mayor parte de la gente de la ciudad se había sentido afectada de alguna manera por su actividad en los últimos diez años. O, mejor dicho, por su producto: una droga sintética que él mismo producía y que llamaban «poción». Lo que, según los cálculos no muy exactos de Bonus, le había convertido en uno de los cuatro hombres más ricos de la ciudad.

Hekate dio la espalda al telescopio montado junto a la ventana.

—Es difícil ver bien con esta lluvia —dijo.

Alargó los tirantes de sus pantalones de montar y sacó una pipa del bolsillo de la chaqueta de tweed que colgaba del respaldo de la silla. Bonus pensó que si hubiera sabido que debían tener el aspecto de una partida de caza inglesa, habría elegido otra cosa que no fuera un traje anodino y corriente.

—Pero al menos la grúa está en movimiento, señal de que están descargando. ¿Te ceban a tu gusto, Bonus?

—Un pienso excelente —respondió Bonus tomando otro trago de champán—. Debo admitir que no estoy muy seguro de qué celebramos exactamente. ¿Y por qué puedo participar en ello?

Hekate se echó a reír, levantó el bastón y señaló la ventana.

—Estamos celebrando las vistas, mi querido pez. Como pez rémora solo tienes oportunidad de ver la panza del mundo.

Bonus sonrió. No se le ocurriría protestar por la manera como Hekate se refería a él. Aquel hombretón tenía demasiado poder para hacerle favores y otras cosas no tan buenas.

—El mundo es más hermoso visto desde aquí arriba —prosiguió Hekate—. No más verdadero, pero sí más hermoso. Y estamos celebrando eso, claro. —El bastón apuntaba hacia la grúa.

—¿Y eso es...?

—La mayor partida que se haya introducido nunca, querido Bonus. Cuatro toneladas y media de anfetamina pura. Sweno ha apostado todo lo que tiene su club y un poco más. Lo que ves ahí abajo es a un hombre que se ha jugado todo a una carta.

—¿Por qué?

—Porque está desesperado, naturalmente. Ve que el producto turco y mediocre de los Riders pierde por goleada contra mi droga casera. Una partida de anfetamina de ese tamaño y pureza procedente de estados soviéticos, el descuento por volumen y la reducción de los costes del transporte por kilo, les

permitirá competir tanto por precio como por calidad. —Hekate clavó el bastón en la gruesa moqueta, acarició la empuñadura dorada—. Ha sido una buena idea de Sweno y, si tiene éxito, bastará para torpedear el equilibrio de poderes en esta ciudad. Así que brindemos por nuestro digno rival.

Levantó la copa y Bonus, obediente, hizo lo mismo. Pero cuando iba a llevársela a la boca, Hekate se detuvo, observó su copa con expresión asombrada, señaló algo y se la devolvió al chico, que se apresuró a sacarle brillo con el guante.

—Para desgracia de Sweno —prosiguió Hekate—, es difícil encargar una partida de esa cuantía de un proveedor nuevo sin que otros del sector se enteren. Lamentablemente, parece que ese «alguien» le ha dado a la policía un soplo anónimo pero fidedigno sobre dónde y cuándo.

—¿Tú, por ejemplo?

Hekate sonrió con ironía, aceptó la copa, giró su ancho trasero hacia Bonus y se inclinó hacia el telescopio.

—En este momento están depositando el camión en el suelo.

Bonus se levantó y se acercó a la ventana.

—Dime, ¿por qué no atacas a Sweno en lugar de ser un mero espectador? Así, además de librarte de tu único competidor, te harías con cuatro toneladas y media de anfetamina de la buena que podrías vender en la calle por... ¿cuántos millones?

Hekate bebió un trago de su copa de champán sin apartar el ojo del telescopio.

—Krug —dijo—. Se supone que es el mejor champán, así que es el único que bebo. Pero ¿quién sabe? Si sirvieran otro tal vez me gustara y cambiara de marca.

—¿No quieres que el mercado pruebe más que tu poción?

—El capitalismo es mi religión y el libre mercado, mi fe. Pero todos tenemos derecho a seguir nuestros impulsos y luchar por el monopolio del poder global. Y es el deber de la sociedad combatirnos. Solo cumplimos con nuestro papel, Bonus.

—Amén.

—¡Chist! Están entregando el dinero. —Hekate se frotó las manos—. Empieza la función...

Duff se encontraba junto a la puerta con la mano en el pomo, oyendo su propia respiración, mientras intentaba mantener contacto visual con sus hombres. Estaban alineados en la estrecha escalera que quedaba a sus espaldas. Ocupados en lo suyo. En quitar el seguro del arma. En dar un último consejo al compañero de al lado. En la última plegaria.

—¡Han entregado el maletín! —gritó Seyton desde la primera planta.

—¡Ahora! —gritó Duff, empujó la puerta y se pegó a la pared.

Los hombres se abrieron paso por su lado hacia la oscuridad. Duff los siguió. Sintió la lluvia en la cabeza. Vio figuras en movimiento. Vio un par de las motos sin vigilar. Se llevó el megáfono a la boca.

—¡Policía! ¡Quietos! ¡Manos arriba! Repito, policía, quietos...

El primer disparo rompió el cristal de la puerta, el segundo le mordió el interior del muslo. Luego se oyó un ruido similar al que producían sus hijos cuando hacían palomitas los sábados por la noche. Metralletas. Joder.

—¡Disparad! —gritó Duff. Tiró el megáfono, se lanzó al suelo boca abajo, intentó apuntar con la pistola al frente y se dio cuenta de que había aterrizado en un charco.

—No —susurró una voz a su lado. Duff levantó la vista. Era Seyton. Estaba inmóvil, con la escopeta colgando a un lado. ¿Saboteaba la misión? ¿Era un...?

—Tienen a Sivart —susurró Seyton.

Duff pestañeó para quitarse el agua del charco de los ojos y enfocó a un Norse Rider con la mira. El hombre estaba sentado tranquilamente en la moto con el arma levantada hacia ellos sin disparar. ¿Qué cojones pasaba?

—Si nadie mueve ni un jodido dedo, esto va a ir de puta madre.

La voz profunda llegaba del exterior del círculo de luz y no precisaba de megáfono alguno.

Lo primero que vio Duff fue la moto Indian Chief vacía. Luego las dos siluetas que se fundían en la oscuridad. Los cuernos que asomaban del casco del más alto de ellos. La figura que sujetaba frente a su cuerpo era una cabeza más baja que él, con posibilidades de acortarse una cabeza más. La hoja del sable que Sweno sujetaba contra el cuello del joven agente Sivart lanzaba destellos.

—Lo que va a pasar —atronó la voz profunda de Sweno por la abertura de la visera— es que vamos a coger nuestros trastos y marcharnos. Tranquilamente. Dos de mis hombres se quedarán aquí y se asegurarán de que nadie haga tonterías, como por ejemplo intentar seguirnos. ¿Entendido?

Duff hizo amago de ponerse de pie.

—Si yo fuera tú, me quedaría en el barro, jefe —susurró Seyton—. Ya la has jodido bastante.

Duff tomó aire. Lo soltó. Volvió a respirar. Joder. ¡Joder!

—¿Y bien? —dijo Banquo haciendo un barrido con la mira redonda de los prismáticos por los personajes del puerto.

—Parece que vamos a poner en marcha a nuestros jóvenes, a pesar de todo —dijo Macbeth—. Pero todavía no. Primero dejaremos que Sweno y su gente abandonen el escenario.

—¿Cómo? ¿Vamos a dejarles escapar con el camión y todo?

—No he dicho eso, querido Banquo. Pero si empezamos ahora, provocaremos un baño de sangre ahí abajo. ¿Angus?

—Sí, jefe —respondió enseguida el joven de intensa mirada azul, una cara inocente en la que todos sus sentimientos se plasmaban al momento y largo pelo rubio que ningún otro jefe que no fuera Macbeth hubiera consentido.

Macbeth sabía que Angus y Olafson contaban con la formación necesaria; ahora solo necesitaban más experiencia en el mundo real. Sobre todo, Angus necesitaba hacerse fuerte. En la entrevista de trabajo Angus había explicado que dejó los estudios de teología cuando se dio cuenta de que Dios no existía, que los seres humanos solo pueden redimirse a sí mismos y entre ellos, y que debía ser

policía y no sacerdote. Para Macbeth era razón suficiente; además, le gustaba su actitud valiente, que el chico asumiera las consecuencias de sus creencias. Pero Angus también necesitaba aprender a controlar sus sentimientos, asumir que en la Guardia Real eran pragmáticos, hombres de acción, la mano de obra de la ley. Que eran otros los que debían ocuparse de meditar sobre los acontecimientos.

—Baja por detrás, coge el coche y espera junto a la puerta trasera.

—Voy —dijo Angus, que se puso de pie y desapareció.

—¿Olafson?

—¿Sí?

Macbeth le miró de soslayo. La boca siempre entreabierta, el ceceo, los ojos entornados y las notas de la Academia de Policía hicieron que Macbeth dudara cuando Olafson se presentó ante él para rogarle que lo transfiriera a la Guardia Real. Pero el chaval quería ese traslado, y Macbeth había decidido darle una oportunidad, de la misma manera que se la habían dado a él años atrás. Porque Macbeth necesitaba un tirador de élite en quien confiar y, a pesar de que Olafson no destacaba en las asignaturas teóricas, era un tirador de enorme talento.

—En la última prueba de tiro batiste el récord de hace veinte años del que está ahí tumbado —dijo Macbeth, señalando con la cabeza a Banquo—. Enhorabuena, es una jodida hazaña. ¿Sabes lo que eso significa aquí y ahora?

—Eh... no, jefe.

—Bien, porque no quiere decir nada. Lo que harás ahora es mirar y escuchar al agente Banquo y aprender. Tú no eres el héroe del día. Eso ya llegará. ¿Entiendes?

Olafson movió el labio y la floja mandíbula inferior, pero estaba claro que no era capaz de acertar con una respuesta, así que se limitó a asentir.

Macbeth pasó una mano por los hombros del chico.

—¿Aun así estás un poco nervioso?

—Un poco, jefe.

—Es normal. Intenta relajarte. Y una cosa más, Olafson.

—¿Sí?

—No falles.

—¿Qué pasa? —preguntó Bonus.

—Sé lo que va a pasar —dijo Hekate irguiendo la espalda y apartando del puerto la mira del telescopio—. Así que esto no me hace falta.

Se sentó junto a Bonus, el cual ya se había fijado en que solía hacerlo. Sentarse a tu lado en lugar de frente a ti, como si no le gustara que lo miraran directamente.

—¿Han cogido a Sweno y las anfetaminas?

—Al contrario: Sweno ha cogido a uno de los hombres de Duff.

—¿Qué? ¿No estás preocupado?

—Nunca apuesto a un solo caballo, Bonus. Me preocupa más la visión de conjunto. ¿Qué opinas del director de la policía Duncan?

—¿De esa promesa suya de que te capturará?

—Eso no me quita el sueño precisamente, pero ha reemplazado a varios de mis antiguos colaboradores en la policía, lo que ya ha originado problemas en los mercados. Venga, tú conoces bien a la gente. Lo has visto, lo has oído. ¿Es tan incorruptible como dicen?

Bonus se encogió de hombros.

—Todo el mundo tiene un precio.

—Tienes razón, pero no siempre es dinero. No todo el mundo es tan simple como tú.

Bonus pasó por alto el insulto, pues no le pareció que lo fuera.

—Para saber cómo sobornar a Duncan hay que saber qué quiere.

—Duncan quiere servir al rebaño —dijo Hekate—. Ganarse a la ciudadanía. Que le erijan una estatua que no haya encargado él.

—Es difícil. Es más fácil comprar a plagas destructoras como nosotros que a pilares de la sociedad como Duncan.

—Aciertas con los sobornos, pero te equivocas con las plagas y los pilares.

—¿Y eso?

—Los cimientos del capitalismo, querido Bonus. El esfuerzo del individuo por enriquecerse beneficia a la sociedad. Es un proceso puramente mecánico y ocurre sin que reflexionemos sobre ello. Tú y yo somos los pilares de la comunidad, no los idealistas desorientados como Duncan.

—¿Lo dices en serio?

—Lo opinaba el filósofo de la moral Adam Hand.

—¿Que producir y distribuir droga es prestar un servicio social?

—Que todo aquel que cubre una demanda contribuye a construir una sociedad. La gente como Duncan, que quiere regular y limitar, a la larga nos perjudica a todos. ¿Cómo podemos volver inofensivo a Duncan por el bien de la ciudad? ¿Cuál es su punto débil? ¿Sexo, drogas, algún secreto de familia?

—Te agradezco tu confianza, Hekate, pero de verdad que no tengo ni idea.

—Pues qué pena —dijo Hekate golpeando el bastón con suavidad en la moqueta mientras observaba al joven que se esforzaba en abrir otra botella de champán—, porque he empezado a sospechar que Duncan solo tiene un punto débil.

—¿Cuál?

—La duración de su vida.

Bonus dio un respingo en la silla.

—Espero de verdad que no me hayas invitado a venir para pedirme que...

—De ninguna manera, querido pececito, dejaré que sigas inmóvil en el lodo.

Bonus suspiró aliviado contemplando cómo el jovencito le quitaba la redcilla metálica al tapón.

—Pero —continuó Hekate— estás dotado de la falta de escrúpulos, de fidelidad e influencia que te da poder sobre las personas a quienes necesitas controlar. Espero contar contigo cuando sea necesario. Que puedas ser mi mano invisible.

Se oyó una explosión.

—Parece que ya salió —rio Bonus, poniendo la mano en las lumbares del

chico, que intentaba que la mayor parte del desbocado champán cayera en las copas.

Duff permanecía inmóvil, tumbado sobre el asfalto. A su lado, los hombres estaban igualmente quietos observando cómo los miembros de los Norse Riders, que se encontraban a menos de diez metros de distancia, se preparaban para marcharse. Sivart y Sweno se hallaban en la oscuridad, fuera del haz luminoso, pero Duff veía agitarse el cuerpo del joven agente, preso del terror, y la hoja del sable de Sweno apoyada contra el cuello de Sivart. Duff se daba cuenta de que la más mínima presión o movimiento abriría la piel, la arteria, vaciaría al chico de sangre en unos segundos. Al pensar en las consecuencias, también fue presa del terror. No solo porque la sangre de uno de sus subordinados pudiera manchar sus manos y su currículum, sino también por cómo la misión que había organizado por su cuenta fuera a irse al infierno justo ahora, poco antes de que el director de la policía eligiera al jefe de la sección del Crimen Organizado.

Sweno hizo una seña con la cabeza en dirección a uno de los Norse Riders, que se bajó de la moto, se situó detrás de Sivart y le apuntó en la sien con una pistola. Sweno se bajó el visor del casco, salió a la luz, habló con el hombre que llevaba galones de sargento en la cazadora de piel, pasó la pierna sobre su moto, saludó llevándose dos dedos al casco y se deslizó por el puerto. Duff tuvo que controlarse para no dispararle. El Sargento dio unas órdenes y unos segundos después los motores rugieron en la noche. Solo quedaron dos motos vacías, cuando el resto siguió a Sweno y al Sargento.

Duff se dijo que no debía dejarse llevar por el pánico, que tenía que pensar. Respirar, pensar. En el muelle había aún cuatro hombres de los Norse Riders. Uno de ellos estaba a la sombra de Sivart, otro a la luz y los mantenía a raya con una metralleta, una AK-47. Dos hombres, probablemente los que iban de paquete, se montaron en el camión. Duff oyó el largo y forzado zumbido del motor cuando hicieron girar la llave y por un segundo tuvo la esperanza de que el viejo monstruo de hierro no fuera a arrancar. Cuando un primer gruñido de

poca intensidad se transformó en un rugido sonoro y persistente soltó una maldición. El camión se puso en movimiento.

—¡Les daremos diez minutos! —gritó el hombre de la metralleta—. Así que pensad en algo agradable mientras tanto.

Duff fijó la mirada en las luces traseras del camión, que se desvanecía poco a poco en la oscuridad. ¿Algo agradable? No solo se alejaban de él cuatro toneladas y media de droga junto al que tendría que haber sido el mayor arresto desde la guerra, pues de nada servía que supieran que eran Sweno y sus hombres a quienes habían tenido delante, mientras no pudieran afirmar ante el jurado y el juez que habían visto sus caras y no solo catorce jodidos cascos. ¿Algo agradable? Duff cerró los ojos.

Sweno.

Haberlo tenido allí, al alcance de la mano. ¡Joder, joder, joder!

Aguzó el oído. Quería oír algo, lo que fuera. Pero cuanto se oía era el susurro absurdo de la lluvia.

—Banquo tiene a tiro al tipo que sujeta al chico —dijo Macbeth—. ¿Tienes al otro, Olafson?

—Sí, jefe.

—Debéis disparar a la vez. Cuenta atrás desde tres. ¿Banquo?

—Necesito más luz sobre la diana. O un ojo más joven. Ahora mismo podría darle al chico.

—Mi diana tiene muchísima luz —susurró Olafson—. Podríamos cambiar.

—Si fallamos y el chico de ahí abajo muere, es mejor que sea Banquo quien falle. Banquo, ¿cuál crees que es la velocidad máxima que puede alcanzar un vehículo estalinista de esos cargado hasta los topes?

—Mmm... ¿Sesenta, quizá?

—Bien, aun así empezamos a ir mal de tiempo si queremos hacer el trabajo completo. Tendremos que improvisar un poco.

—¿Tienes intención de probar con tus dagas?

—¿A esta distancia? Gracias por la confianza. No, ahora verás, viejo. Verás.

Banquo apartó la vista del objetivo y descubrió que Macbeth se había puesto de pie y estaba impulsándose desde la barra de la farola que salía de la azotea. Las venas del fuerte cuello de Macbeth se marcaban, sus dientes brillaban en lo que Banquo no era capaz de determinar si era una sonrisa o una mueca. Esa barra estaba atornillada para que resistiera vientos iracundos del noroeste ocho de los doce meses del año. Pero Banquo ya había visto a Macbeth sacar un coche de una cuneta nevada.

—Tres... —gimió Macbeth.

Los dos primeros tornillos saltaron de la placa de hierro.

—Dos...

La barra se soltó y el cable se desprendió de la pared de un tirón.

—Uno.

Macbeth apuntó la farola hacia la pasarela.

—¡Ahora!

Se oyeron dos trallazos. Duff abrió los ojos a tiempo de ver cómo el hombre de la metralleta caía hacia delante sin poner las manos a modo de protección e impactaba con el casco de frente contra el suelo.

El lugar donde estaba el agente Sivart se había iluminado y ahora Duff veía con claridad a él y al hombre que tenía detrás. Ya no apuntaba a la sien de Sivart con una pistola, sino que tenía la barbilla apoyada en su hombro. A la luz Duff también pudo ver el agujero de la visera. Como si fuera una medusa, se resbaló por la espalda de Sivart hasta quedar tendido en el suelo.

Duff se volvió.

—¡Aquí arriba, Duff!

Se protegió los ojos. Una risa resonó tras la luz cegadora y la sombra de un hombre gigantesco se proyectó sobre el muelle.

Con la risa bastaba.

Macbeth. Por supuesto que era Macbeth.

Una gaviota se deslizó sobre Fife atravesando el silencio y el resplandor de la luna en un cielo nocturno sin nubes. El fiordo brillaba como si fuera de plata. Al oeste, igual que el muro de una enorme fortaleza, se alzaba hacia el cielo una montaña empinadísima. Mucho tiempo atrás una orden de frailes había erigido una cruz justo antes de la cima, pero como la habían colocado en el lado de Fife, a los habitantes de la ciudad les daba la impresión de que estaba invertida. De la ladera de la montaña surgía, como un puente levadizo sobre el foso de agua del fuerte, una impresionante pasarela de hierro. Trescientos sesenta metros de largo y noventa metros de alto en su punto más elevado. El puente de Kenneth, o el puente Nuevo, como solía llamarlo la gente. En comparación, el viejo era más modesto, aunque más estético, y estaba en el interior del fiordo, lo que implicaba dar un rodeo. En mitad del puente Nuevo descollaba un grotesco bloque de mármol con forma de hombre que quería representar al anterior director de la policía Kenneth, levantada por orden del mismo director. La estatua se hallaba a milímetros del límite metropolitano, pues no había ningún distrito que quisiera dar a la reputación de aquel granuja un centímetro de terreno gratis. A pesar de que el escultor había cumplido con la orden de Kenneth de resaltar su carácter visionario confiriendo a la estatua una postura expectante, ni siquiera el artista más voluntarioso podía eludir la barbilla y el cuello excepcionalmente prominentes del director de la policía.

La gaviota batió las alas para ganar altura, esperaba que la pesca fuera mejor en la costa, al otro lado de la montaña, aunque eso le obligara a traspasar la

frontera meteorológica. Del buen tiempo, al malo. Para las personas que deseaban hacer el mismo camino se abría un angosto y oscuro agujero de dos kilómetros de largo que atravesaba la montaña desde el puente Nuevo. Una montaña y una barrera que el mundo parecía agradecer; al menos las provincias vecinas se referían al túnel como un intestino con ano en ambos extremos. Y así era. En el momento en que la gaviota sobrevoló la cima de la montaña, fue como si pasara de un mundo en silenciosa armonía a estar bajo una ducha helada y sucia que se caía sobre la ciudad apestosa. Como si quisiera manifestar su desprecio, la gaviota cagó antes de seguir su camino virando entre las ráfagas de viento.

La mierda de gaviota impactó contra una marquesina debajo de la cual un chico esquelético se había refugiado tembloroso, tumbado en un banco. A pesar de que el cartel que había al lado indicaba que se trataba de una parada de autobús, el joven no estaba seguro. Habían cancelado muchas líneas en los dos últimos años. El alcalde, aquel imbécil, decía que era porque se había reducido el número de habitantes. El chico necesitaba llegar a la estación central, conseguir poción; esas anfetetas que les había comprado a los moteros eran una mierda, más talco y harina de patata que anfetamina.

El asfalto mojado y grasiento brillaba bajo las farolas que todavía emitían luz; el agua de la lluvia se acumulaba formando charcos en la carretera bacheada que llevaba a la ciudad. Todo estaba tranquilo, no había ni un coche a la vista, solo se oía la lluvia. Pero de repente se oyó un ruido, como un rugido prolongado.

Levantó la cabeza. Tiró del cordón de cuero del parche que se había deslizado de la cuenca vacía del ojo mientras el chico dormía y le cubría el ojo que aún le quedaba. ¿A lo mejor podía hacer autoestop hasta el centro?

No, el sonido llegaba de la dirección equivocada.

Volvió a hacerse un ovillo.

El rumor se convirtió en un estruendo. No tenía fuerzas para moverse y además estaba empapado; se limitó a taparse la cabeza con los brazos. El camión

pasó por su lado lanzando una cascada de agua embarrada hacia la parada del autobús.

Se quedó tumbado, pensando en la vida, hasta que decidió que era mejor dejarlo.

Se oyó otro coche. ¿Y ahora qué era?

Se levantó con dificultad y miró hacia fuera. Pero no, este también venía de la ciudad. Y asimismo a gran velocidad. Observaba fijamente los faros que se acercaban. La idea le asaltó, sin más: si daba un paso al frente todos sus problemas habrían acabado.

El vehículo pasó sin pisar ninguno de los charcos. Un Ford Transit negro. Un coche de la pasma, con tres personas dentro. Bien, esa no es la gente que quieres que te lleve.

—Es ese de ahí delante —dijo Banquo—. ¡Acelera, Angus!

—¿Cómo lo sabes? —dijo Olafson asomándose entre los asientos delanteros del Ford Transit.

—El humo del diésel —dijo Banquo—. Madre mía, no me extraña que haya carestía de petróleo en Rusia. Ponte justo detrás para que nos vean por los retrovisores, Angus.

Angus mantuvo la velocidad hasta que llegaron al humo negro del tubo de escape. Banquo bajó la ventanilla y apoyó el rifle en el retrovisor. Tosió.

—¡Y ahora ponte a su lado, Angus!

Angus adelantó y pisó el acelerador. El Transit se puso a la altura del camión, que chirriaba y resoplaba.

De la ventanilla del camión salió una nubecilla de humo. El retrovisor sobre el que Banquo apoyaba el cañón del rifle se partió con un sonido seco.

—Vale, ya nos han visto —dijo Banquo—. Vuelve detrás.

La lluvia cesó de golpe y la oscuridad que los rodeaba se hizo aún más densa. Habían entrado en el túnel. El asfalto y las paredes negruzcas y bastas de la

montaña parecían tragarse el haz luminoso de los faros de su coche, solo veían las luces traseras del camión.

—¿Qué hacemos? —preguntó Angus—. Al otro lado está el puente y si pasan de la mitad...

—Ya lo sé —dijo Banquo levantando el rifle. A la altura de la estatua se terminaba la ciudad, su área de jurisdicción, se acababa la persecución. En teoría podían seguir, claro. Ya lo había hecho algún entusiasta en el cumplimiento del deber, escasos en la sección Antidroga, y había cogido a traficantes en el lado equivocado del límite de la ciudad. Un caso que podía haber sido muy gordo acababa rechazado por el tribunal y les abrían expediente por negligencia grave en acto de servicio. El rifle Remington 700 de Banquo reculó.

—Diana —dijo.

El camión empezó a dar bandazos por el túnel; una de las ruedas traseras iba perdiendo fragmentos de goma.

—Ahora sabrás lo que es un vehículo con la dirección pesada de verdad —dijo Banquo, cargó y apuntó hacia la otra rueda trasera—. Mete un poco más de distancia, Angus, por si se estampan contra la pared del túnel.

—¡Banquo...! —dijo una voz en el asiento trasero.

—¿Sí, Olafson? —repuso Banquo apretando el gatillo despacio.

—Coche de frente.

—¡Ay!

Banquo apartó el arma de su barbilla mientras Angus frenaba.

Delante de ellos, el ZIS-5 iba dando bandazos de lado a lado mientras dejaba pasar y luego bloqueaba la luz de los faros del coche que venía hacia ellos. Banquo oyó el claxon, el pitido desesperado de un turismo que veía que se le venía encima un camión y era demasiado tarde para evitarlo.

—¡Dios mío! —susurró Olafson ceceando.

El volumen y la frecuencia del claxon se incrementaron.

Un destello de luz.

Banquo miró instintivamente a un lado.

Tuvo una visión momentánea del asiento trasero: apoyada en el cristal de la ventanilla la mejilla de un niño que dormía.

Luego desapareció, y el sonido cada vez menos intenso del claxon fue como la queja reprimida de un público decepcionado.

—Acelera —dijo Banquo—. Casi hemos llegado al puente.

Angus pisó a fondo y volvieron a alcanzar la nube de gasoil.

—Lo tengo... —Banquo apuntó—. Lo tengo...

En ese instante la lona de la parte trasera del camión se abrió a un lado y los faros del Transit iluminaron la plataforma de carga repleta hasta arriba de bolsas de plástico llenas de polvo blanco. La ventana que separaba la cabina de la plataforma estaba rota. Desde la cima de un dique de bolsas de kilo el cañón de un rifle estaba apuntándoles.

—Angus...

Se oyó un breve estallido y a Banquo le dio tiempo de ver la llama que salía de boca del cañón antes de que el parabrisas delantero se volviera blanco y se desmoronara.

—¡Angus!

Angus había captado el mensaje y giró el volante bruscamente hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Las ruedas chirriaron y las balas silbaron mientras el cañón al rojo del rifle intentaba seguir el curso de sus maniobras.

—¡Mierda! —gritó Banquo disparando contra la otra rueda del camión, pero la bala solo provocó unos chispazos en el alerón.

De pronto volvía a llover. Y estaban en el puente.

—¡Dale con la escopeta, Olafson! —bramó Banquo—. ¡Ahora!

La lluvia entraba a ráfagas por el parabrisas. Banquo se movió para que Olafson pudiera apoyar la escopeta de doble cañón en el respaldo del asiento del copiloto. El cañón asomó sobre el hombro de Banquo, pero desapareció al oírse un chasquido húmedo como si la cabeza de un martillo hubiera golpeado un trozo de carne. Banquo se giró hacia el asiento trasero y vio que Olafson tenía la cabeza hundida sobre la chaqueta horadada a la altura del pecho. El relleno gris

de la tapicería asomó cuando la siguiente bala atravesó el asiento de Banquo e impactó contra el asiento trasero, junto a Olafson. El tipo del camión se había abierto camino hasta dentro del coche. Banquo cogió la escopeta de las manos de Olafson y en un mismo movimiento lo giró hacia delante y disparó por el parabrisas. Hubo una explosión blanca en la plataforma del camión. Banquo soltó la escopeta y cogió el rifle. Delante del tipo de la plataforma se había levantado una espesa nube blanquecina que le imposibilitaría la visión, pero de la oscuridad emergió la escultura blanca de mármol de Kenneth, iluminada por potentes focos, como un fantasma inoportuno. Banquo apuntó a la rueda trasera y disparó.

Diana.

El camión se inclinó de lado a lado, subió a la acera cuando una rueda delantera y la trasera impactaron contra el bordillo y el lateral del ZIS-5 chocó con la alambrada de acero reforzado. El chirriar de metal arrastrándose contra metal ahogó el sonido de los motores. Pero increíblemente el conductor del camión logró que el pesado vehículo volviera a la carretera.

—¡Que no pase esa jodida frontera! —gritó Banquo.

El último fragmento de goma del neumático había volado de la llanta del camión y una lluvia de chispas se elevó hacia el cielo nocturno. El ZIS-5 patinó, el conductor intentó a la desesperada enderezarlo, pero esta vez no tuvo posibilidad alguna. El camión acabó atravesado, deslizándose por el asfalto. Estaban casi en el límite de la ciudad cuando las ruedas volvieron a agarrarse y lo condujeron fuera de la carretera. Doce toneladas de talento de ingeniería soviética impactaron contra el cinturón del director de la policía Kenneth, arrancaron el pedestal y arrastraron la estatua a lo largo de diez metros del cercado de acero antes de que todo se despeñara. Angus había detenido el Transit. En el repentino silencio Banquo contempló la caída de Kenneth bajo la luna girando despacio sobre su propia barbilla. Iba seguido de cerca por un ZIS-5 con el blindaje por delante y una estela de polvo blanco por detrás, como si fuera un jodido cometa de anfetaminas.

—Madre mía... —susurró el policía.

Pareció que pasaba una eternidad hasta que impactaron contra la superficie y tiñeron el agua lejana de blanco por un instante. El sonido le llegó a Banquo con retardo.

De nuevo se hizo el silencio.

En la puerta del club, Sean daba patadas en el suelo y miraba fijamente hacia el portón. Se rascaba el gran tatuaje que llevaba en la frente: NORSE RIDERS TILL I DIE. No había estado tan nervioso desde el paritorio. Era típico que él y Colin perdieran el sorteo y tuvieran que quedarse vigilando la puerta justo esa noche, cuando iban a pasar cosas emocionantes. No les habían dejado ir a recoger la droga y tampoco participar en la fiesta.

—Mi chica quiere ponerle al niño mi nombre —contó Sean por decir algo.

—Enhorabuena —dijo Colin con indiferencia tirándose del enorme bigote de morsa. La lluvia resbalaba por su cabeza afeitada.

—Gracias —dijo Sean. En realidad, no había querido ninguna de las dos cosas: ni el tatuaje que le marcaba de por vida, ni el niño que, por lo que él sabía, haría lo mismo. Libertad. Esa era el motivo para tener una moto, ¿no? Pero el club primero y después Betty habían modificado su concepto de libertad. Que solo cuando sientes que perteneces, cuando sientes auténtica solidaridad, puedes ser libre de verdad.

—Ahí están —dijo Sean—. Parece que les ha ido bien, ¿no?

—Faltan dos motos —comentó Colin. Escupió el cigarrillo y abrió el alto portón rematado por alambre de espino.

La primera moto se detuvo frente a ellos. La voz de barítono gravitó bajo el casco coronado de cuernos.

—La pasma nos ha tendido una emboscada. Así que los gemelos vendrán más tarde.

—Vale, jefe —dijo Colin.

Las motos se deslizaron a través de la puerta, una tras otra. Uno de los chicos levantó el pulgar. Bien, la droga estaba asegurada y el club, a salvo. Sean respiró aliviado. Las motos pasaron por la plazoleta, frente a la casa de madera de una sola planta con pinta de barracón y el escudo de los Norse Riders pintado en la pared, y desaparecieron en el enorme garaje. Habían puesto la mesa, Sweno había decidido que celebrarían el golpe con una borrachera de aúpa. Pasados unos minutos, Sean oyó que subían la música y los primeros alaridos triunfales.

—Somos ricos —se carcajeó Sean—. ¿Sabes adónde llevan la droga?

Colin no contestó sino que se limitó a alzar los ojos con exasperación.

Por supuesto que no lo sabía. Nadie lo sabía. Solo Sweno. Y los que conducían el camión, claro. Era mejor así.

—Ahí llegan los gemelos —dijo Sweno volviendo a abrir el portón. Las motos subían despacio por la cuesta, como si dudaran.

—Hola, Joao. ¿Qué ha...? —empezó a decir Sean, pero las motos continuaron su marcha y atravesaron el portón.

Los siguió con la mirada mientras se detenían en la plaza, como si hubieran pensado dejar allí las motos. Luego ambos hombres se dieron un codazo, señalaron con un gesto la puerta abierta del garaje y condujeron hacia el interior.

—¿Has visto la visera de Joao? —preguntó Sean—. Tenía un agujero.

Colin soltó un sonoro suspiro.

—¡No estoy de coña! —dijo Sean—. Un agujero en todo el medio. Iré a preguntar qué ha pasado en el muelle.

—¡Eh, Sean...!

Pero Sean se alejó corriendo, cruzó la explanada y entró en el garaje. Los gemelos se habían bajado de las motos. Los dos estaban de espaldas, todavía con los cascos puestos. Uno junto a la puerta que llevaba directamente del garaje a la fiesta del club, mirando hacia dentro con la puerta entreabierta, como si no quisiera darse a conocer, como si prefiriera ver cómo iba la juerga antes de entrar. Joao, el mejor amigo de Sean, estaba junto a su moto. Había soltado el cargador del AK-47, tan peligroso, y parecía estar contando las balas que le

quedaban. Sean le dio un golpe en la espalda. Joao soltó un respingo tremendo antes de volverse.

—¿Qué le ha pasado a tu visera, Joao? ¿Te ha saltado una china?

Joao no contestó. De pronto pareció tener prisa por poner de nuevo el cargador en la AK. Era raro que lo hiciera con tanta torpeza. Otra cosa que resultaba extraña es que parecía... más alto. Como si no fuera Joao, sino...

—¡Joder! —gritó Sean, dio un paso atrás y se llevó la mano al cinturón. Porque había comprendido lo que era ese agujero en la visera y que no volvería a ver a su mejor colega. Sean sacó la pistola, quitó el seguro e iba a apuntar al hombre que seguía manipulando el AK cuando algo le golpeó en el hombro. Giró automáticamente la pistola en la dirección de la que procedía el golpe. Pero allí no había nadie. Solo el tipo con la cazadora de los Norse Riders que estaba junto a la puerta. En ese momento notó que la mano se le dormía y dejó caer la pistola al suelo.

—Ni una palabra —dijo una voz a su espalda.

Sean volvió a girarse.

El AK le apuntaba y en el reflejo de la visera agujereada vio la daga clavada en su propio hombro.

Duff empuñó el cañón del AK contra el tatuaje que llevaba en la frente del tipo que tenía delante. Luego apuntó a su fea cara boquiabierta. El dedo apretaba el gatillo, un milímetro más y... Oía su propia respiración sisear en el interior del casco y el corazón que latía bajo la cazadora de piel, que le quedaba algo estrecha.

—Duff —dijo Macbeth desde la puerta del local—. Mantén la calma.

Duff presionó el gatillo un milímetro más.

—Basta —dijo Macbeth—. Ahora nos toca a nosotros hacer rehenes.

Duff soltó el gatillo.

El chico tenía la cara blanca como la pared, tal vez por el terror que sentía o por la pérdida de sangre. O tal vez por las dos cosas.

—No salvaremos... —dijo con voz temblorosa.

Duff golpeó el tatuaje con el cañón del arma. Le arrancó una tira de piel de la frente, que por un momento brilló en blanco, como una copia de la marca personal del propio Duff. Luego se llenó de sangre.

—Mantén la boca cerrada, chico, y esto irá bien —dijo Macbeth aproximándose. Agarró al chaval por el pelo largo, le echó la cabeza atrás y puso la hoja de una segunda daga contra su cuello. Lo empujó hacia la puerta del local.

—¿Listo?

—Recuerda que yo me ocuparé de Sweno —dijo Duff, comprobando que el cargador curvo estaba bien sujeto a la metralleta. Siguió a Macbeth y al muchacho.

Macbeth abrió la puerta de una patada, entró con el chico por delante y con Duff pisándoles los talones.

Los Norse Riders, sonrientes y gritones, ocupaban una larga mesa en el local amplio, pero que ya estaba cargado de humo. Todos se habían sentado en la parte interior de la mesa, de espaldas a la pared, mirando hacia las tres puertas de salida del lugar. Seguro que era una regla del club. Duff estimó que serían unos veinte. La música estaba muy alta. Los Stones: «Jumpin' Jack Flash».

—¡Policía! —gritó Duff—. Que nadie se mueva, o aquí mi colega le rebanará el cuello a este buen joven.

Fue como si el tiempo se detuviera. Duff vio, a cámara lenta, cómo el hombre que presidía un extremo de la mesa levantaba la cabeza. Una cara de cerdo colorado de grandes fosas nasales y las trenzas tan apretadas que tiraban de los ojos hasta transformarlos en dos ranuras cargadas de odio. De la comisura de sus labios colgaba un largo y delgado purito. Sweno.

—No salvamos a rehenes —dijo.

El chico se desmayó y cayó al suelo.

Durante los dos segundos que siguieron la estancia quedó paralizada, lo único que se oía era a los Rolling Stones.

Hasta que Sweno dio una calada al cigarrillo.

—Cogedlos —dijo.

Duff vio que al menos tres de los Norse Riders reaccionaban a la vez, y apretó el gatillo de la AK-47. Mantuvo el dedo presionado. Esparció pedazos de plomo de un diámetro de 7,62 milímetros que reventaron botellas de cerveza, astillaron la mesa, fustigaron la pared, se clavaron en la carne y detuvieron a Mick Jagger entre dos «gas». A su lado Macbeth, había sacado los dos Glock que habían arrebatado a los dos miembros de los Norse Riders muertos en el muelle. Junto con las cazadoras, los cascos y las motos. En las manos de Duff, el arma era cálida y suave al tacto, como el cuerpo de una mujer. Fueron quedándose a oscuras según iban reventando las lámparas. Cuando Duff por fin soltó el gatillo, en el aire flotaban polvo y plumas, y una lámpara del techo se balanceaba adelante y atrás haciendo que las sombras corrieran como fantasmas en fuga por las paredes.

—Miré alrededor y allí, en la penumbra, estaban los tipos de Norse tirados boca abajo —dijo Macbeth—. Sangre, cristales y casquillos de bala.

—¡Joder! —Angus se hizo oír sobre el jaleo del Albañil, el bar de la Guardia Real, que estaba detrás de la estación central. Los ojos azules, brillantes por el alcohol, observaban a Macbeth con una expresión que parecía adoración—. ¡Acabasteis con ellos! ¡Así, sin más! ¡Joder! ¡Salud!

—Bueno, bueno, cuida ese lenguaje, aprendiz de cura —dijo Macbeth.

Pero cuando los dieciocho miembros de la Guardia Real que estaban presentes en su totalidad levantaron sus cervezas hacia él, sonrió por fin negando con la cabeza y también alzó su jarra. Dio un trago largo y miró a Olafson, que sujetaba la pesada jarra de medio litro de cerveza del Albañil con la mano izquierda.

—¿Te duele, Olafson?

—Mejor ahora que sé que a uno de ellos también le duele el hombro —ceceó Olafson colocándose molesto el cabestrillo cuando los demás rieron con ganas.

—Los que de verdad abrieron camino fueron aquí Banquo y Olafson —dijo Macbeth—. Yo me limité a sujetar el foco, como un jodido asistente de fotografía para estos dos artistas.

—Sigue contando —dijo Angus—. Tú y Duff teníais a todos los Norse Riders tirados por el suelo. ¿Qué pasó entonces? —Se pasó el largo cabello rubio por detrás de las orejas, como si quisiera oír mejor.

Macbeth vio los rostros expectantes alrededor de la mesa y cruzó una mirada con Banquo antes de proseguir.

—Unos gritaron que se rendían. El polvo se posó y el equipo de música estaba reventado a tiros, así que por fin nos encontrábamos en silencio, pero todavía a oscuras y con la situación sin aclarar. Duff y yo nos pusimos a comprobar cómo estaba cada uno desde un extremo de la estancia. No había muertos, pero algunos necesitaban atención médica, por decirlo así. Duff gritó que no encontraba a Sweno. —Macbeth pasó un dedo por el vaho exterior de su vaso—. Vi una puerta justo detrás del extremo de la mesa donde había estado sentado. Y en el mismo instante oímos arrancar unas motos. Así que dejamos a los otros tirados y nos precipitamos a la plaza. Vimos tres motos que salían por el portón, una de ellas era la roja de Sweno. Y al guardia, un tipo rapado con bigote, que acababa de conseguir arrancar su moto e iba detrás. Duff estaba como loco, solo quería perseguirlos, pero le dije que dentro había un par de tipos heridos de gravedad...

—¿Creíste que eso detendría a Duff? —susurró una voz—. ¿Que esos cerdos estuvieran sangrando cuando él podía atrapar a Sweno?

Macbeth se volvió. El que había hablado estaba solo en el reservado contiguo y su cara quedaba oculta por la vitrina de trofeos del club de los jugadores de dardos.

—¿Creías que Duff iba a tener consideración por la vida de unos seres humanos insignificantes cuando había caza mayor a su alcance? —En la sombra, una mano alzó una jarra de cerveza—. La gente tiene que pensar en su propia carrera.

En torno a la mesa de Macbeth se hizo el silencio.

Banquo carraspeó.

—A la mierda con las carreras profesionales. Los de la Guardia Real no dejamos que gente indefensa muera sin más, Seyton. No sé lo que haréis en la sección Antidroga.

Seyton se inclinó hacia delante de manera que su cara quedó iluminada.

—Ninguno de nosotros, los de la sección Antidroga, sabemos qué hacemos;

ese es el problema de tener un jefe como Duff. Pero no dejes que interrumpa tu historia, Macbeth. ¿Volviste a entrar para curar heridas?

—Sweno es un asesino que volverá a matar si le damos ocasión —dijo Macbeth sin apartar la mirada de Seyton—. Y Duff temía que escaparan al otro lado del puente.

—Temía que consiguieran cruzar el puente, igual que lo había intentado el camión —dijo Duff—. Así que nos precipitamos hacia las motos. Condujimos a la velocidad que pudieron aguantar, y algo más. Una curva mal calculada sobre el asfalto mojado y... —Duff deslizó el dorado *crème brûlée* a medio comer por encima el mantel de damasco del restaurante Lyon, sacó la botella de champán de la cubitera y sirvió a los otros tres—. Después de tomar la primera curva en forma de U en el fondo del valle vi los faros traseros de cuatro motos y continué acelerando. Por el retrovisor comprobé que Macbeth aún me seguía.

Duff miró disimuladamente al director de la policía, Duncan, para ver si su historia era bien recibida. Su sonrisa suave, amable, resultaba difícil de interpretar. Duncan todavía no había comentado directamente la batida nocturna, pero que hubiera acudido a aquella pequeña celebración ¿no era acaso un reconocimiento en sí? Puede que sí, pero el silencio del director hacía que Duff todavía no las tuviera todas consigo. Se sentía más seguro respecto al pálido y pelirrojo jefe de la sección de Anticorrupción, el inspector Lennox, que se inclinaba sobre la mesa con su entusiasmo habitual absorbiendo cada palabra. Y los grandes ojos verdes de la responsable de la policía Científica, Caithness, traslucían que creía cada una de sus palabras.

Duff dejó la botella.

—En el tramo que lleva al túnel Macbeth y yo íbamos a la par, las luces de las motos que nos llevaban la delantera iban agrandándose. Como si hubieran reducido la velocidad. Podía ver los cuernos del casco de Sweno. Entonces ocurrió algo inesperado.

Duncan cambió de sitio su copa de champán para alinearla con la copa de vino

tinto, algo que Duff no supo si se debía a que estaba ansioso por oír el resto o si se trataba de un signo de impaciencia.

—Dos motos giraron nada más pasar la marquesina de la parada del autobús, en el desvío a Forres, mientras que las otras dos siguieron en línea recta hacia el túnel. Faltaban segundos para que llegáramos a ese mismo cruce y tuviera que tomar una decisión...

Duff hizo hincapié en la palabra «decisión». Por supuesto, podría haber utilizado la palabra «elección». Pero cualquier idiota podía verse obligado «elegir», mientras que «decidir» implica acción, exige un proceso mental y carácter, algo propio de un líder. Un hombre como el que el director de la policía necesitaría cuando nombrara a un jefe para la gran y recién creada sección del Crimen Organizado, que era una fusión de la de Antidrogas y la de Bandas, algo lógico puesto que todo el tráfico de drogas de la ciudad estaba repartido entre Hekate y Norse Riders, que habían acabado con el resto de las bandas. La cuestión era quién dirigiría la nueva sección, si Duff o Cawdor, el experimentado jefe de la sección de Bandas que poseía una casa sin cargas, sospechosamente grande, en la mejor zona de la ciudad. El problema era que Cawdor contaba con apoyos en el ayuntamiento y entre los viejos conjurados de Kenneth en la jefatura, y aunque se supiera que Duncan estaba dispuesto a llegar muy lejos para deshacerse de sus Cawdor, Duncan también debía tener consideraciones políticas para no perder el control policial. De lo que no había duda era de que o ganaba Cawdor o ganaba Duff, y el otro se quedaría sin sección.

—Le indiqué a Macbeth que siguiéramos a los que se habían desviado hacia Forres.

—¿Y eso? —preguntó Lennox—. En ese caso los otros dos cruzarían el límite de la provincia.

—Sí, ese era el dilema. Sweno es un zorro listo. ¿Mandaba a dos hombres hacia Forres como cebo, mientras él iba hacia la frontera puesto que es el único de los Norse contra el que tenemos pruebas? ¿O contaba con que eso sería lo que creeríamos y haría lo contrario?

—¿Las tenemos? —preguntó Lennox.

—¿Tener qué? —preguntó Duff intentado ocultar su irritación porque lo hubieran interrumpido.

—Pruebas contra Sweno. Que yo sepa la masacre de Stoke hace mucho que prescribió.

—Los dos asaltos a oficinas de Correos de hace cinco años —dijo Duff impaciente—. Tenemos las huellas dactilares de Sweno y todo.

—¿Y el resto de los miembros de Norse Riders?

—No tenemos ni una mierda. Y tampoco conseguimos nada esta noche ya que todos llevaban puestos los cascos. Pero el caso es que, cuando se desviaron hacia Forres, vimos el casco...

—¿Qué es la masacre de Stoke? —preguntó Caithness.

Duff refunfuñó.

—Creo que no habías nacido —explicó Duncan con tono amable—. Se originó en Capitol nada más terminar la guerra. Al hermano de Sweno iban a detenerlo por desertar y cometió la tontería de sacar un arma. Los dos policías que estaban a punto de arrestarlo, que habían pasado la guerra en las trincheras, lo reventaron a tiros. Sweno vengó a su hermano en Stoke unos meses más tarde. Entró en la comisaría local y mató a machetazos a cuatro agentes, entre ellos a una sargento embarazada. Sweno desapareció de nuestro radar y, cuando reapareció, el delito ya había prescrito. Por favor, Duff, continúa.

—Gracias. Pensé que no se habían dado cuenta de que estábamos tan cerca que veíamos el casco de Sweno al tomar el desvío de Forres y el puente Viejo. Les alcanzamos en apenas un par de kilómetros. Es decir, Macbeth disparó dos tiros al aire mientras todavía estaban a bastante distancia, y entonces se detuvieron. Nosotros también nos detuvimos. Habíamos salido del valle, no llovía. Había luna y buena visibilidad, estábamos a unos cincuenta o sesenta metros de ellos. Yo había sacado el AK-47 y les grité que se bajaran de las motos, que dieran cinco pasos hacia nosotros y que se arrodillaran en el asfalto

con las manos en la cabeza. Obedecieron, y nosotros nos bajamos de las motos y empezamos a caminar hacia ellos.

Duff cerró los ojos.

Podía verlos.

Se pusieron de rodillas.

Sus trajes de cuero crujieron al acercarse. Una gota de agua pendía en el límite de su campo de visión, del borde de la visera levantada. Pronto caería. Pronto.

—Nos separaban unos diez o quince pasos cuando Sweno sacó una pistola —dijo Macbeth—. Duff reaccionó al instante. Disparó. Le dio a Sweno tres veces en el pecho. Estaba muerto antes de que el casco tocara el suelo. Entretanto, el otro había sacado su pistola y apuntado a Duff pero, afortunadamente, no tuvo tiempo de disparar.

—¡Joder! —gritó Angus—. Le disparaste, ¿verdad?

Macbeth se reclinó.

—Lo pasé a cuchillo.

Banquo observó a su jefe.

—Impresionante —susurró Seyton desde las sombras—. Por otra parte, ¿Duff fue más rápido que tú cuando Sweno sacó el arma? Apostaría a que tú eras el más rápido, Macbeth.

—Pues en eso te equivocas —replicó Macbeth. ¿Qué hacía Seyton allí? ¿Qué quería? —. Exactamente igual que Duff —dijo Macbeth llevándose la jarra de cerveza a los labios.

—Me equivoqué —dijo Duff indicando por señas al *maître* que necesitaban otra botella de champán—. No al disparar, claro. Pero al escoger el camino de Forres.

El *maître* se acercó a la mesa y susurró una disculpa: estaban cerrando y, en cualquier caso, tenían prohibido servir alcohol a partir de la medianoche. A no ser que el director de la policía en persona...

—No, gracias —dijo Duncan, quien dominaba el arte de sonreír burlonamente mientras enarcaba una ceja con aire de reproche—. Nos atendremos a la ley.

El *maître* se retiró.

—Cualquiera puede equivocarse al elegir —dijo Duncan—. ¿Cuándo lo comprendiste? ¿Al quitarle el casco?

Duff negó con la cabeza.

—Justo antes, cuando me arrodillé junto al cadáver y eché un vistazo a su moto. No era la de Sweno, no llevaba el sable. Esos chicos nunca se intercambian las motos.

—Pero ¿los cascos sí?

Duff se encogió de hombros.

—Tendría que habérmelo imaginado. Macbeth y yo acabábamos de utilizar el mismo truco. Sweno se cambió el casco y luego redujeron la velocidad lo bastante como para que nos acercáramos y viéramos que su casco iba en una de las motos que se dirigieron hacia Forres. Él atravesó el túnel, cruzó el puente y se libró.

—Muy hábil por su parte, eso es innegable —dijo Duncan—. Qué pena para él que su gente no sea tan lista.

—¿Qué quieres decir? —dijo Duff bajando la vista hacia la funda de cuero con la factura que el *maître* acababa de dejarle delante.

—¿Por qué sacaron sus armas frente a la policía cuando sabían, como tú mismo has dicho, que la policía no tiene pruebas contra nadie más que Sweno? Si se hubieran limitado a dejar que los arrestaran, habrían salido por la puerta de la comisaría como hombres libres unas horas más tarde.

Duff se encogió de hombros.

—Tal vez no creyeran que éramos policías. Tal vez pensarán que éramos gente de Hekate, que íbamos a liquidarlos.

—O puede ser como dice el director —terció Lennox—: que sean tontos.

Duncan se rascó la barbilla.

—¿A cuántos Norse Riders conseguimos encerrar?

—A seis —dijo Duff—. Cuando la policía llegó al club solo quedaban los que estaban heridos de gravedad.

—No creía que las bandas como los Norse Riders dejaran a sus heridos a merced del enemigo.

—Sabían que así tendrían acceso a atención médica antes. Están en tratamiento, pero en todo caso contamos con que nos concedan una prolongación de la prisión provisional mañana. Entonces les sonsacaremos información sobre Sweno. Por muchos dolores que tengan. Lo encontraremos, jefe.

—Eso está muy bien. Cuatro toneladas y media de anfetaminas. Es mucho.

—Es mucho —sonrió Duff.

—Tanto que casi habría que preguntarse por qué no me informaste de la misión por anticipado.

—El tiempo —respondió Duff deprisa. Había valorado pros y contras de cómo contestar la pregunta inevitable—. No hubo tiempo desde que recibí el soplo hasta el momento de entrar en acción. Como responsable tuve que valorar seguir las rutinas burocráticas frente al riesgo de que no nos diera tiempo a evitar que cuatro toneladas y media de anfetaminas llegaran a la sangre de los jóvenes de esta ciudad.

Duff sostuvo la mirada de Duncan, que lo observaba reflexivo. El director se pasaba deprisa el índice por la barbilla. Se humedeció los labios.

—También se ha derramado mucha sangre. Y se han producido graves daños en un puente. Los peces del fiordo de la ciudad probablemente ya se hayan convertido en drogadictos. Y Sweno sigue en libertad.

Duff maldijo para sus adentros. Ese idiota arrogante y santurrón tenía que ser capaz de ver el caso en todas sus implicaciones.

—Pero —dijo el director de la policía— seis miembros de los Norse Riders están en prisión provisional. Y aunque nos sintiéramos más animados de lo normal después de comer pescado en las próximas semanas, es mejor eso a que hubiera acabado directamente entre nuestros jóvenes. O... —añadió Duncan agarrando la copa de champán— en nuestro almacén de decomisos.

Lennox y Caithness se echaron a reír. Se sabía que seguían produciéndose importantes sustracciones del almacén de la jefatura.

—Así que —concluyó Duncan levantando su copa—, un buen trabajo policial, Duff.

Duff parpadeó dos veces. Su corazón latía deprisa y ligero.

—Gracias —dijo y apuró su champán.

Duncan atrajo hacia sí la funda de cuero con la cuenta.

—Hoy invito yo. —Sacó la factura, la alejó de su cara y entornó los ojos—. A pesar de que no soy capaz de ver si la cuenta es correcta.

—¿A quién le han dado alguna vez la cuenta bien? —dijo Lennox con una sonrisa forzada cuando nadie rio.

—Déjame —dijo Caithness, cogiendo la cuenta y poniéndose unas gafas de pasta de abuelita que Duff sabía que no le hacían falta, pero que ella usaba porque opinaba que le ponían un par de años y le restaban atractivo. Duncan se había arriesgado cuando le había dado la sección Científica a Caithness, no porque nadie dudara de su capacidad profesional —se había licenciado como la mejor de su promoción en la Academia Superior de Policía y también tenía estudios de física y química—, pero era la más joven del grupo de mando, soltera y tan guapa que era imposible que no se deslizara la sospecha de que había otros motivos ocultos. A la luz de las velas brillaban sus ojos sonrientes y húmedos tras los cristales de las gafas, sus húmedos labios carnosos y rojos, sus húmedos dientes blancos y relucientes. Duff cerró los ojos. El asfalto mojado y reluciente, el sonido mojado de neumáticos al rodar. El sonido del agua que se desborda. La sangre que rebotó contra el suelo cuando el chico se sacó el puñal del cuello. Una mano parecía oprimir el pecho de Duff, que abrió los ojos con un gemido.

—¿Estás bien? —Lennox sostuvo la jarra de agua sobre el vaso de Duff y el último chorro resonó en el fondo—. Bebe, Duff, así aguarás el champán. Ahora tienes que conducir.

—Ni hablar —dijo Duncan—. No quiero que arresten a mis héroes por

conducir ebrios o que mueran en un accidente. Mi chófer no tiene nada en contra de dar un pequeño rodeo.

—Gracias —dijo Duff—. Pero Fife está...

—... más o menos de camino a mi casa —dijo Duncan—. La señora Duff y tus dos preciosos niños me lo agradecerán.

—Disculpadme, por favor —dijo Duff y, tras apartar la silla, se levantó y se alejó.

—Un policía magnífico —dijo Lennox siguiendo con la mirada a Duff, que se tambaleaba hacia la puerta del aseo, al fondo del local.

—¿Duff? —preguntó Duncan.

—Él también. Pero estaba pensando en Macbeth. Sus resultados son impresionantes, sus hombres lo veneran y, a pesar de haber estado a las órdenes de Kenneth, sabemos por los de la sección de Anticorrupción que es un tipo íntegro. Por desgracia para nosotros, no cumple los requisitos formales para un puesto de dirección.

—No parece que sea una condición indispensable tener más formación que la Academia Superior de Policía. Mira a Kenneth.

—Sí, pero Macbeth no es en ningún caso uno de nosotros.

—¿Nosotros?

—Bueno. —Lennox levantó la copa de champán con una media sonrisa—, has escogido jefes que, nos guste o no, son vistos como miembros de la élite. Todos procedemos de barrios acomodados o de Capitol, tenemos formación y apellidos que la gente respeta. Macbeth es visto más bien como alguien que procede de una parte venida a más del pueblo, no sé si me entiendes.

—Te entiendo. Oye, estoy un poco preocupado por los andares algo vacilantes de Duff. ¿Te importaría....?

Afortunadamente los aseos estaban vacíos.

Duff se subió la bragueta, se colocó junto a uno de los lavamanos, abrió el

grifo y se echó agua en la cara. Oyó que la puerta se abría.

—Duncan me pidió que comprobara cómo te iba —dijo Lennox.

—Mmm... ¿Cuál crees que será su opinión?

—¿Su opinión sobre qué?

Duff arrancó una toalla de papel y se secó la cara.

—Sobre el... desarrollo de los hechos.

—Supongo que opina lo que todos nosotros, que hiciste un buen trabajo.

Duff asintió.

Lennox soltó una risotada.

—Te mueres porque te den Crimen Organizado, ¿verdad?

Duff abrió el grifo y se enjabonó las manos mientras sostenía la mirada del jefe de Anticorrupción en el espejo.

—¿Quieres decir que soy un trepa?

—No hay nada malo en ascender. —Lennox sonrió satisfecho—. Eso solo que resulta entretenido ver cómo te posicionas.

—Tengo las cualidades necesarias, Lennox. ¿No es mi obligación con esta ciudad y por el futuro de tus hijos y los míos hacer cuanto pueda para que me den esa sección? ¿O debería dejarle la sección más importante a Cawdor, una persona que los dos sabemos que debe de tener las manos sucias y ensangrentadas para haber sobrevivido bajo el mando de Kenneth tanto tiempo?

—Ajá —exclamó Lennox—. Te dejas llevar por tu sentido del deber, ¿tus ambiciones personales no tienen nada que ver? Bien, san Duff, permíteme que te abra la puerta. —Lennox hizo una profunda reverencia—. Porque, en ese caso, supongo que renuncias a que te suban el sueldo y a cualquier otro privilegio que vaya con el cargo.

—El sueldo, la gloria y la fama me son indiferentes. Pero la sociedad premia a los miembros que contribuyen. Despreciar el premio sería como despreciar la sociedad.

Observó sus rasgos en el espejo. ¿Cómo puede verse que una persona está mintiendo? ¿Es posible si esa persona se ha convencido a sí misma de que lo que

dice es cierto? ¿Cuánto tardaría en convencerse de que la versión que él y Macbeth habían acordado dar acerca de cómo habían matado a esos dos chicos en el camino era cierta?

—¿Has acabado ya de lavarte las manos, Duff? Creo que Duncan quiere irse a su casa.

Los hombres de la Guardia Real se despidieron bajo la llovizna en la puerta del Albañil.

—Fidelidad y hermandad —dijo Macbeth en voz alta.

—Bautizados en el fuego, unidos por la sangre —corearon los demás con voces más o menos pastosas.

Se dispersaron en todas las direcciones. Macbeth y Banquo hacia el oeste, pasando por delante de un músico callejero que aullaba, más que cantaba, «Meet Me on The Corner». Continuaron a través de los decadentes y abandonados túneles y vestíbulos de la estación central. Un viento extrañamente cálido sopló con mayor fuerza por los pasillos y empujó la basura entre las columnas dóricas que alguna vez fueron hermosas y ahora se desmoronaban tras años expuestas a la contaminación y a la falta de mantenimiento.

—Ahora ¿vas a contarme qué pasó de verdad? —dijo Banquo.

—Prefiero que vuelvas a contarme lo del camión y Kenneth —dijo Macbeth —. ¡Noventa metros en caída libre! —Su risa reverberó en el cielo de hormigón. Banquo sonrió.

—Vamos, Macbeth. ¿Qué pasó allí, en el camino rural?

—¿Han dicho cuánto tiempo tendrán cerrado el puente para arreglarlo?

—Puede que te salgas con la tuya mintiéndoles a ellos, pero en mi caso no lo harás.

—Les cogimos, Banquo. ¿Qué más necesitas saber?

—¿Qué necesito saber? —Banquo agitó la mano para espantar el hedor que emanaba de la escalera que bajaba a los servicios.

Una mujer de edad indefinida, doblada sobre sí misma y con el pelo tapándole

la cara, se aferraba a la barandilla.

—Nada.

—En ese caso... —dijo Banquo.

Macbeth se detuvo y se puso en cuclillas delante de un joven apoyado en la pared que pedía limosna con un vaso. El muchacho levantó la cabeza. Tenía un ojo tapado con un parche negro y el otro miraba obnubilado, soñador. Macbeth metió un billete en el vaso y le puso la mano en el hombro.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó en voz baja.

—Macbeth —dijo el chico—, pues ya lo ves.

—Puedes conseguirlo —dijo Macbeth—. No lo olvides nunca, puedes dejarlo. La voz del chico sonó pastosa y se deslizaba de vocal en vocal.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Créeme, no serías el primero. —Macbeth se puso de pie y el chico gritó con voz temblorosa «¡Dios te bendiga, Macbeth!» a sus espaldas.

Entraron en el hall de la zona este de la estación central. El silencio resultaba extraño, como si se hallaran en una iglesia. Los drogatas que no estaban sentados, tumbados o de pie apoyados en las paredes o los bancos daban vueltas en una especie de extraño baile lento, como astronautas en una atmósfera desconocida, en otra gravedad. Algunos los miraban con aire sospechoso, pero la mayoría no les hizo el menor caso. Como si tuvieran una vista de rayos X, gracias a la cual ya supieran que no tenían nada que venderles. La mayoría estaban tan esqueléticos y deteriorados que era difícil saber cuánto habían vivido. O cuánto les quedaba.

—¿Nunca te sientes tentado a volver a probarlo? —preguntó Banquo.

—No.

—La mayoría de los drogatas rehabilitados sueñan con meterse un último pico.

—Yo no. Salgamos de aquí.

Se dirigieron a la escalera de la salida oeste y se detuvieron antes de que el techo dejara de protegerles de la lluvia. Junto a ellos, sobre vías pintadas de

negro colocadas sobre un pedestal, algo en la oscuridad parecía un monstruo prehistórico. *Bertha*, de ciento diez años, había sido la primera locomotora del país, símbolo del optimismo acerca del futuro que alguna vez imperó. La amplia, majestuosa y poco empinada escalinata conducía a la desierta plaza de los Trabajadores, allí donde una vez hubo movimiento, tenderetes y viajeros que iban y venían con prisa y que ahora era un lugar fantasmagórico donde el viento susurraba y silbaba. En el extremo de la plaza brillaban las luces del venerable edificio de hormigón que en su día albergó la administración de Infraestructuras Ferroviarias. Había decaído cuando se clausuró el ferrocarril, hasta que lo compraron y restauraron para convertirlo en lo más glamuroso y elegante que la ciudad podía ofrecer: el casino Inverness. Banquo solo había entrado una vez, pues enseguida comprendió que no era lugar para él. O, mejor dicho, que no era la clase de cliente que buscaban. Él debía ser un cliente tipo del Obelisco, donde la gente no iba tan bien vestida, las copas no eran tan caras ni eran tan bellas y discretas las putas.

—Buenas noches, Banquo.

—Buenas noches, Macbeth. Felices sueños.

Vio que un leve escalofrío estremecía a su amigo y después los blancos dientes de Macbeth brillaron en la oscuridad.

—Dale recuerdos a Fleance y cuéntale que su padre ha hecho un gran trabajo esta noche. Lo que habría dado por ver a Kenneth en caída libre desde su propio puente...

Banquo oyó la risa entrecortada de su amigo mientras se perdía en la oscuridad y bajo la lluvia de la plaza de los Trabajadores. Cuando su risa también se apagó, Banquo se sintió intranquilo. Macbeth no era solo un amigo y un colega, sino también como un hijo para él, un niño Moisés en su cesta, a quien Banquo quería tanto como a Fleance. Por eso se quedó esperando hasta que vio a Macbeth reaparecer al otro lado de la plaza y caminar hacia la luz de la puerta del casino, donde una mujer alta, con el cabello, longo y suelto, de color

caoba vestida con un traje largo y rojo salió a abrazarle, como si un presagio le hubiera hecho saber que su amado estaba en camino.

Lady.

Tal vez sabría algo de lo que sucedió aquella noche; una mujer como Lady no habría llegado a donde estaba sin una red de informantes que le dijeran todo lo que necesitaba saber sobre lo que se movía bajo la superficie de aquella ciudad.

Todavía se abrazaban. Ella era una mujer hermosa y puede que antes lo fuera aún más. Nadie parecía conocer la edad de Lady, pero estaba claro que superaba con creces los treinta y tres de Macbeth. Tal vez fuera como decían: que el amor lo puede todo.

O tal vez no.

El policía de mayor edad se dio la vuelta y caminó en dirección al norte.

En Fife, el chófer del director de la policía giró por el camino de grava, como le habían indicado. Las piedrecillas crujieron bajo los neumáticos.

—Puedes parar aquí. Haré el resto del camino a pie —dijo Duff.

El conductor frenó. En el silencio que siguió oyeron el canto de los grillos y el viento en las hojas de los árboles.

—No quieres despertarles —dijo Duncan mirando hacia el camino donde la luna bañaba de luz una pequeña granja pintada de blanco—. Estoy de acuerdo. Dejemos que nuestros seres queridos duerman ignorantes y seguros. Un pequeño y hermoso lugar, este.

—Gracias. Lamento que hayáis tenido que dar un rodeo.

—Hay que dar algunos rodeos, Duff. La próxima vez que te den un chivatazo del tipo Norse Riders darás un rodeo para verme a mí, ¿entendido?

—Entendido.

El índice de Duncan recorría su barbilla sin descanso, de un lado a otro.

—Nuestro objetivo es hacer de esta ciudad un lugar mejor para todos, Duff. Eso significa que todas las fuerzas positivas tienen que colaborar y pensar en el bien de la comunidad, no solo en el suyo propio.

—Por supuesto. Solo quiero decir que estoy dispuesto a hacer cualquier trabajo siempre que sea en favor del cuerpo y la ciudad, señor.

Duncan sonrió.

—En ese caso soy yo quien debe dar las gracias, Duff. Solo una última cosa...

—¿Sí?

—Dices que catorce miembros de los Norse Riders, si incluimos a Sweno, eran más de lo que esperabas, que habría resultado más discreto por su parte mandar a un par de hombres para que se llevaran el camión, en silencio, sin hacer ruido.

—Sí.

—¿Has pensado que quizá también le dieran un soplo a Sweno? ¿Que sospecharan que estaríais allí? Puede que tu temor a un chivatazo no fuera infundado. Buenas noches, Duff.

—Buenas noches.

Duff fue hacia la casa aspirando el olor a tierra y hierba donde ya se había posado el rocío de la mañana. Se le había pasado por la cabeza. Ahora el mismo Duncan lo había dicho en voz alta. Filtración. Delación. Él, Duff, daría con esa fuente. Al día siguiente la encontraría.

Macbeth estaba tumbado de lado con los ojos cerrados. A su espalda podía oír su respiración acompasada y del casino llegaban los bajos de la música como latidos de un corazón en sordina. Estaba abierto toda la noche, pero ya era tarde incluso para los adictos al juego y los sedientos de alcohol. Por el pasillo avanzaban los clientes alojados y abrían las puertas de sus habitaciones. Unos solos, otros con su pareja. Algunos con otra compañía. Lady no se metía mientras las mujeres que frecuentaban el casino Inverness siguieran sus reglas no escritas de ser siempre discretas, ir siempre bien arregladas, nunca drogadas y no sufrir enfermedades contagiosas. Y siempre, siempre, ser bellas.

Una vez, poco después del comienzo de su relación, Lady le había preguntado por qué él no las miraba. Se echó a reír cuando Macbeth respondió que era

porque solo tenía ojos para ella. Fue más tarde cuando comprendió que lo decía de verdad, literalmente. No le hacía falta darse la vuelta para verla. Sus rasgos estaban grabados a fuego en su retina, todo lo que tenía que hacer, estuviera donde estuviera, era cerrar los ojos y allí estaba ella. No había habido nadie antes de Lady. Sí, hubo mujeres que le aceleraron el pulso, y, con toda seguridad, los corazones de algunas de ellas habían latido con fuerza por él. Y por supuesto, la que había dejado una cicatriz en su corazón. Pero no había tenido intimidad con ninguna de ellas. Cuando Lady se dio cuenta y le preguntó entre risas si le había correspondido un auténtico virgen, él le había contado su historia. La historia que hasta ese momento solo habían conocido dos personas en el mundo. Y ella le contó la suya.

La sábana de seda de la suite parecía pesada y cara sobre su cuerpo desnudo. Como la fiebre, que es fría y cálida a la vez. Por su respiración, él supo que se había despertado.

—¿Qué pasa? —susurró somnolienta.

—Nada —dijo él—. Solo que no podía dormir.

Ella se acurrucó contra él, su mano acarició sus hombros y su pecho. A veces, como en ese momento, respiraban al unísono. Como si fueran un solo organismo, como hermanos siameses que compartieran los pulmones, exactamente como se sintieron cuando se contaron sus historias, y él supo que ya no estaba solo.

Deslizó la mano por su brazo, sobre los tatuajes, hasta el antebrazo, donde acarició las cicatrices una y otra vez. Le había hablado de ellas también. Y de Lorreal. Sencillamente, ninguno tenía secretos para el otro. Secretos no, pero había detalles morbosos que había rogado a Lady que le ahorrara. Le amaba, eso era lo único que importaba, era cuanto tenía que saber de ella.

Se puso boca arriba. La mano de Lady acarició su vientre, se detuvo, esperó. Ella era la reina y su vasallo se levantó obediente bajo la tela de seda.

Cuando Duff se deslizó en la cama junto a su esposa, escuchó su respiración

regular y sintió el calor de su espalda, fue como si los recuerdos de los sucesos de la noche, igual que la noche, ya hubieran empezado a palidecer. Aquel lugar surtía ese efecto, siempre había sido así. Se conocieron cuando él era estudiante. Ella era de una familia pudiente de un barrio elegante y, a pesar de que sus padres al principio se mostraron escépticos, habían acabado por aceptar al joven trabajador y ambicioso. Duff era de una familia bastante respetable, en opinión de su suegro. El resto siguió de manera casi automática. Matrimonio, hijos, una casa en Fife donde los niños pudieran crecer sin respirar el aire envenenado de la ciudad, carrera, cotidianidad. Muchos días corrientes, jornadas muy largas con un posible ascenso llamándole desde lejos. El tiempo es un óxido. Es así, sencillamente. Ella era una buena mujer y una buena esposa; no era eso. Sabia, atenta y fiel. ¿Y él? ¿Acaso no era un buen esposo? ¿No los mantenía, ahorraba para los estudios de los niños, había construido una caseta de baño junto al lago? Sí, ni ella ni su suegro tenían nada de lo que quejarse. Pero era quien era, no podía evitarlo de ninguna manera. Podían decirse muchas cosas sobre tener un hogar al que volver, una familia, pero le daban paz. Tenían su propia agenda, su propio ritmo, no se preocupaban mucho de lo que pasara ahí fuera. No de verdad. Y esa noción de la realidad, o la falta de ella, le hacía falta, la necesitaba. De vez en cuando.

—Así que has vuelto a casa... —murmuró ella.

—A ti y a los niños —dijo él.

—... esta noche —concluyó ella.

Se quedó escuchando el silencio entre ellos. Intentó decidir si era bueno o malo. Luego tocó con ternura su hombro. Apretó con cuidado los músculos cansados, donde sabía que le sentaría bien.

Cerró los ojos.

Volvió a verlo.

La gota de lluvia que pendía del extremo de la visera. Al hombre arrodillado frente a él. Inmóvil. El casco con los cuernos. Duff quería decirle algo, pero no

podía. En cambio, se llevó el fusil al hombro. ¿Al menos podría moverse? La gota pronto se precipitaría.

—Duff —dijo Macbeth tras él—. Duff, no...

La gota cayó.

Duff apretó el gatillo. Apretó el gatillo. Apretó el gatillo.

Tres disparos.

El hombre arrodillado frente a él se desplomó de lado.

El silencio era brutal. Se había puesto en cuclillas junto al muerto, le había quitado el casco. Al ver que no era Sweno fue como si alguien le hubiera tirado encima un cubo de agua helada. El chaval tenía los ojos cerrados, parecía estar durmiendo tranquilamente allí tumbado.

Se dio la vuelta, miró a Macbeth. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, seguía siendo incapaz de hablar, solo negó con la cabeza. Macbeth asintió a modo de respuesta y le quitó el casco al otro. También era un chico joven. Duff sintió que algo se abría paso por su garganta y escondió la cara entre las manos. Por encima de sus propios sollozos oyó los ruegos del chico reverberar como los gritos de una gaviota sobre las praderas despobladas: «¡No, no lo hagas! ¡No he visto nada, no se lo diré a nadie! ¡Por favor, ningún jurado me creería! ¡Yo voy...!»». La voz se interrumpió. Duff oyó un ruido húmedo sobre el asfalto, un gorgoteo grave y luego nada.

Se giró. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el otro chico iba vestido de blanco. La ropa absorbía la sangre que manaba del agujero de su garganta.

Macbeth estaba tras él con una daga en la mano. Su respiración era agitada.

—Ahora... —dijo con voz ronca. Se aclaró la garganta y añadió—: Ahora he pagado la deuda que tenía contigo, Duff.

Duff apretó la yema de los dedos donde sabía que dolía.

Con la otra mano tapaba la boca del hombre para ahogar sus gritos y mantenerlo tumbado en la cama del hospital. El hombre tiraba con desesperación de las esposas sujetas al cabecero de la cama. La luz del día que entraba a

raudales por la ventana permitía a Duff ver con claridad la red de finas venas que rodeaban las pupilas dilatadas por el terror en los ojos muy abiertos bajo el tatuaje NORSE RIDER TILL I DIE de la frente. Y cómo sus propios dedos índice y corazón se teñían de rojo al presionar bajo el vendaje e introducirse con un gorgoteo en la herida del hombro.

«Cualquier trabajo —pensó Duff—. Siempre que sea para servir a la Guardia Real y a la ciudad.»

Repitió la pregunta:

—¿Quién es vuestro informante en la policía?

Dejó de presionar la herida. El hombre paró de gritar. Duff le quitó la mano de la boca. El hombre no contestó. Duff arrancó el vendaje de un tirón y metió todos los dedos en la herida.

Sabía que obtendría la respuesta, solo era cuestión de tiempo. Que un ser humano resiste hasta un límite antes de ceder, antes de romper cualquier juramento tatuado y hacer todo aquello, absolutamente todo, que pensó que jamás haría. Porque la fidelidad eterna es inhumana, y la traición, humana.

Le llevó veinte minutos.

Pasaron veinte minutos desde que Duff entró en el hospital y apretó los dedos hundiéndolos en el hombro del hombre de la frente tatuada hasta que, asombrado, salió con información suficiente sobre el quién, el dónde y el cuándo como para que a la persona en cuestión le resultara imposible negarlo, salvo que fuera inocente. Asombrado porque —ya era un horror tener un topo entre ellos— casi resultaba demasiado bueno para ser verdad.

Le llevó treinta minutos.

Pasaron treinta minutos desde que Duff se sentó en el coche, condujo bajo la lluvia que chorreaba como la meada de un viejo sobre la ciudad, aparcó frente a la Jefatura de Policía, recibió una mirada clemente de la secretaria del director para indicarle que podía pasar, hasta que estuvo sentado frente a Duncan y pronunció una sola palabra: «Cawdor». El director se inclinó sobre el escritorio, le preguntó si estaba seguro, que se trataba del jefe de la sección de Bandas, se reclinó, se pasó una mano por la cara y, por primera vez, Duff oyó a Duncan maldecir.

Le llevó cuarenta minutos.

Pasaron cuarenta minutos desde que Duncan se informó de que Cawdor tenía el día libre, levantó el auricular y dio a Macbeth la orden de arresto. Hasta que ocho de los hombres de la Guardia Real rodearon la casa de Cawdor, que se hallaba en un barrio tan señorial que todavía recogían la basura y se llevaban a los vagabundos, en una gran finca con vistas al mar y el alcalde Tourtell como

vecino más próximo. La Guardia Real aparcó a dos manzanas de distancia y se acercó sigilosamente a la casa, dos hombres desde cada punto cardinal.

Macbeth y Banquo estaban sentados en la acera apoyados contra el alto muro del lado sur, junto al portón. Al igual que en la mayoría de las casas vecinas, en la parte alta del muro de Cawdor había fragmentos de cristal incrustados, pero la Guardia Real llevaba esterillas para sortear obstáculos de tal naturaleza. La misión siguió el procedimiento habitual, los equipos debían avisar por radio cuando alcanzaran la posición acordada. Macbeth miró hacia el otro lado de la calle, donde un niño de seis o siete años chutaba la pelota contra la pared desde que llegaron. Ahora se había parado y los observaba boquiabierto. Macbeth se llevó el índice a los labios y el chico asintió con la cabeza como si fuera un sonámbulo. Macbeth pensó que tenía la misma expresión que el joven arrodillado y vestido de blanco de la noche anterior.

—Despierta. —Era Banquo, que le susurraba al oído.

—¿Qué?

—Todos los equipos han informado de que han ocupado su lugar.

Macbeth inspiró y exhaló profundamente un par de veces. Debía excluir otras cuestiones, debía entrar en Situación. Apretó el interruptor para hablar:

—Cincuenta segundos y entramos, todos. ¿Norte? Cambio.

—Todo despejado —se oyó decir a Angus con su ritmo de cura cantarín y meloso—. No se ve ningún movimiento en el interior, cambio.

—¿Oeste? Cambio.

—Todo despejado. —Era el sustituto, la voz de Seyton, sin entonación, tranquila—. Un momento, ha habido un movimiento en las cortinas del salón ahora mismo. Cambio.

—OK —dijo Macbeth. No necesitó ni pensarlo, pues era una de las situaciones que practicaban un día sí y el otro, también—. En ese caso es posible que nos hayan descubierto. Interrumpimos el crono y entramos ya. Tres, dos, uno... ¡adelante!

Y así llegó, la Situación. La Situación era igual que una habitación cuya puerta está cerrada y donde no existe nada que no sea la Misión, tú y tus hombres.

Se pusieron de pie, y mientras Banquo lanzaba la estera sobre los cristales del muro, Macbeth vio al chico del balón saludar despacio, como un robot, con la mano que tenía libre.

En unos segundos saltaron el muro y atravesaron el jardín a la carrera. Macbeth experimentó esa sensación de que podía percibir cuanto le rodeaba. Oyó que el viento hacía crujir una rama, vio una corneja alzar el vuelo desde el tejado de la casa vecina, percibió el olor de una manzana putrefacta entre la hierba. Se precipitaron escaleras arriba; Banquo utilizó la culata del rifle para romper el cristal de la ventana del lateral de la puerta, metió la mano y abrió desde el interior. Al entrar oyeron romperse los cristales en otras partes de la casa. Ocho contra uno. Cuando Macbeth le había preguntado a Duncan si de verdad había motivos para pensar que Cawdor se resistiría, Duncan había contestado que ese no era el motivo por el que quería un gran despliegue para detenerle.

—Es para enviar un mensaje, Macbeth. El de que no tratamos con menos determinación a los nuestros. Al contrario. Romped ventanas, patead puertas, haced ruido y sacad a Cawdor esposado por la puerta principal para que todo el mundo pueda verlo y contarlo.

Macbeth entró el primero. Sujetó el rifle automático sobre el hombro mientras su mirada hacía un barrido por el recibidor. Se puso de espaldas contra la pared junto a la puerta del salón. Sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad tras el intenso sol del exterior. Parecía que todas las cortinas de la casa estuvieran echadas. Banquo llegó y siguió hacia el salón.

Ocurrió en el instante en que Macbeth se impulsaba contra la pared para seguirle. El agresor apareció en silencio, a la velocidad del rayo, desde la oscuridad de una de las dos escaleras y golpeó a Macbeth en el pecho, haciéndolo caer hacia atrás.

Macbeth sintió su aliento caliente en el cuello, pero consiguió meter el cañón del arma entre los dos y apartó el morro a un lado, de manera que los grandes dientes se hincaron en su hombro. Gritó de dolor cuando la gran cabeza del perro desgarró la piel y la carne entre gruñidos. Intentó pegarle, pero la mano libre se le había enredado en la tira de cuero del rifle.

—¡Banquo!

Cawdor no debía tener perro. Siempre lo comprobaban antes de un asalto como aquel. Pero aquel era un perro. Y fuerte. Macbeth sintió que el animal presionaba para echar a un lado el cañón del arma. Iba a por la garganta. A cercenarle la yugular.

—¡Ban...!

El animal se quedó tieso. Macbeth giró la cabeza y vio unos ojos de perro sin vida. Luego el cuerpo del animal se ablandó y se desplomó sobre Macbeth, que lo hizo rodar al suelo y miró hacia arriba.

Seyton estaba encima de él y le tendía la mano.

—Gracias —dijo Macbeth y se levantó sin ayuda—. ¿Dónde está Banquo?

—Cawdor y él están ahí dentro —dijo Seyton indicando el salón con un gesto de la cabeza.

Macbeth se acercó a la puerta. Habían abierto las cortinas y en la intensa luz que tenía enfrente solo distinguió la espalda de Banquo, que contemplaba el techo. Sobre él flotaba un ángel con un aura de sol y la cabeza inclinada como si pidiera perdón.

Pasó una hora.

Una hora desde que Macbeth dijo «¡Adelante!» hasta que Duncan hubo reunido a todos los jefes de sección y departamento en la gran sala de juntas de la jefatura.

Duncan estaba en el estrado echando un vistazo a unas hojas en las que Duff sabía que había escrito las palabras que creía que debía pronunciar, pero que pronto olvidaría y diría lo que sentía según el momento y la situación. No porque

el director de la policía fuera por libre, ni mucho menos, pero Duff sabía que controlaba los discursos sencillamente porque era un hombre tan sentimental como cerebral, que sentía lo que pensaba, y viceversa. Un hombre que se entendía a sí mismo y, por ende, a los demás, pensó Duff. Un líder. Uno de aquellos a quienes la gente seguía. Un hombre como el que Duff querría ser o llegar a ser.

—Todos sabéis lo que ha ocurrido —dijo Duncan serio y con voz contenida, que no por ello dejaba de resonar por toda la sala como si gritara—. Pero quería informaros a todos antes de la rueda de prensa que daremos aquí esta tarde. Uno de nuestros agentes más valorados, el subdirector de la policía Cawdor, ha sido objeto de una grave acusación y es sospechoso de corrupción. Según los indicios, me temo que todo indica que la sospecha está justificada. En vista de que se lo vincula en especial con los Norse Riders, contra quienes llevamos a cabo una exitosa misión ayer, lógicamente había riesgo, dadas las circunstancias, de que intentara destruir pruebas o huir. Por ello, a las diez de esta mañana di orden a la Guardia Real para que detuvieran inmediatamente al subdirector de la policía.

Duff tenía la esperanza de que lo mencionara, pero también entendía que Duncan no quisiera informar de los detalles. Porque si hay una cosa que se aprende en la policía es que las reglas son las reglas, aunque no estén escritas. Por eso dio un respingo cuando Duncan levantó la vista y dijo:

—Inspector Macbeth, ¿serías tan amable de acercarte y explicar brevemente cómo se ha desarrollado la detención?

Duff se giró y vio a su compañero avanzando pausadamente entre las filas de sillas hasta el estrado, también él sin duda sorprendido. Porque no era habitual que el director de la policía cediera la palabra en tales circunstancias. Solía limitarse a decir él mismo de manera breve y concisa lo que hubiera que anunciar y luego daba por terminada la reunión a fin de que todos pudieran volver a trabajar para hacer de la ciudad un lugar mejor donde vivir.

Macbeth parecía incómodo allí arriba. Todavía llevaba el uniforme negro que

la Guardia Real se ponía para entrar en acción, pero la cremallera del cuello estaba lo bastante abierta como para que se viera el blanco radiante del vendaje del hombro izquierdo.

—Bueno pues... —empezó.

No es que fuera un inicio muy elegante, la verdad, pero tampoco nadie esperaba que el jefe de la Guardia Real fuera un orador. Macbeth miró su reloj, como si tuviera prisa. Pero todos en la sala sabían por qué lo hacía, que solo era el gesto automático del policía a quien han pedido que haga un informe y se siente inseguro. Mira el reloj como si en él estuvieran escritos los datos obligatorios de qué ocurrió, cuándo o como si, al menos, la esfera pudiera servir de apoyo a la memoria.

—A las diez cincuenta y tres... —dijo Macbeth y tuvo que carraspear dos veces— la Guardia Real asaltó el domicilio del comisario Cawdor. La puerta de una de las terrazas estaba entreabierta, pero no había indicios de robo ni de violencia, ni de que nadie hubiera estado allí antes que nosotros. Salvo un perro. Tampoco había indicios de que otro que no fuera Cawdor hubiera... —Entonces Macbeth levantó la vista del reloj y miró a los presentes—. Una silla estaba caída, pero junto a la puerta de la terraza. No voy a adelantarme a las conclusiones de la policía Científica, pero tal vez ocurrió que Cawdor no solo se dejó caer de la silla al ahorcarse, sino que se lanzó y, en el movimiento pendular de regreso empujó la silla hasta el otro extremo de la habitación. Esto también encaja con el hecho de que los fluidos corporales del fallecido estuvieran repartidos por el suelo. El cuerpo estaba frío, parece evidente que se suicidó, y uno de los agentes preguntó si podía saltarse los procedimientos y descolgarlo, ya que Cawdor, a pesar de todo, había sido policía toda su vida. Dije que no...

Duff se percató de que Macbeth hacía una pausa para aumentar la emoción, como si quisiera que los presentes escucharan su propio silencio. Era un truco que el mismo Duff podría haber utilizado, que sin duda había visto emplear a Duncan, pero que no había creído que una persona pragmática como Macbeth

tuviera en su repertorio. Y puede que en el fondo no lo tuviera porque volvió a mirar su reloj y añadió:

—... a las diez cincuenta y nueve. —Macbeth alzó la vista y se tapó el reloj con la manga, en un gesto que parecía poner fin a su intervención—. Así que Cawdor sigue allí colgado. No por necesidades de la investigación, sino porque era un policía corrupto.

En la sala reinaba un silencio total, Duff podía oír la lluvia que azotaba la ventana en lo alto de la pared. Macbeth se volvió hacia Duncan, asintió brevemente con la cabeza. Bajó del estrado y regresó a su sitio.

Duncan esperó a que el agente se sentara y luego dijo:

—Gracias, Macbeth. Tus últimas palabras no constarán en la rueda de prensa, pero me parece un final adecuado para esta reunión informativa interna. Recordad que una condena de lo malvado y débil que hay en el ser humano también puede ser visto como un homenaje optimista a lo bueno y fuerte. Así que retomad vuestra buena labor, compañeros.

La joven enfermera observaba desde la puerta al paciente que se había desnudado de cintura para arriba. Se había echado el largo cabello oscuro atrás mientras el médico desenrollaba el vendaje ensangrentado de su hombro izquierdo. Lo único que sabía del paciente era que era policía, y musculoso.

—Vaya —dijo la doctora—. Vamos a tener que coser y rematar bastante. Y poner la vacuna antitetánica; siempre lo hacemos en el caso de las mordeduras de perro. Pero primero anesthesiaremos un poco. María, ¿prepararás...?

—No —dijo el paciente mirando fijamente la pared.

—¿Perdón?

—Nada de anestesia.

Se hizo un silencio.

—¿No?

—No.

La doctora iba a decir algo respecto al dolor cuando vio las cicatrices del

antebrazo. Cicatrices viejas. Pero del tipo que había visto con demasiada frecuencia desde que se había mudado a aquella ciudad.

—Entiendo —dijo—. Nada de anestesia.

Duff se reclinó en la silla de su despacho y apretó el teléfono contra la oreja.

—Soy yo, querida. ¿Qué hacéis?

—Emilie ha ido a bañarse con unas amigas. A Ewan le duele un diente y voy a llevarlo al dentista.

—Bien. Oye, hoy se me hará tarde.

—¿Por qué?

—Creo que me quedaré a dormir en la ciudad.

—¿Por qué? —repitió ella, con un tono que no traslucía irritación ni frustración. Como si fuera una información que deseaba tener, tal vez para explicar su ausencia a los niños. No porque ella la necesitara. No porque...

—Saldrá en las noticias enseguida —dijo—. Cawdor se ha suicidado.

—Vaya. ¿Quién es Cawdor?

—¿No lo sabes?

—No.

—Pues el jefe de la sección de Bandas, claro. Era un candidato muy bien situado para hacerse con la del Crimen Organizado.

Un silencio.

Ella nunca se había preocupado mucho de su trabajo. Su mundo era Fife, los niños y al menos años atrás, cuando estaba en casa, su marido. A él no le importaba. En el sentido de que evitaba involucrarlos en la basura. Por otra parte, que no compartiera sus ambiciones implicaba que no siempre se mostrara comprensiva con el tiempo que requerían. Con los sacrificios. Con... lo que él necesitaba, joder.

—Quien esté al frente de la sección del Crimen Organizado será el tercero en la línea de mando de la jefatura, después de Duncan y del subdirector, Malcolm.

Así que sí, es un caso muy gordo e implica que tengo que quedarme aquí. Y probablemente los próximos días también.

—Solo prométeme que estarás en casa para el minicumple.

El minicumple. ¡Joder! Era una tradición familiar. El día antes del cumpleaños de verdad de los niños lo celebraban solo ellos cuatro, con sopa de verduras y los regalos de mamá y papá. ¿En serio había sido capaz de olvidarse del cumpleaños de Ewan? Puede que la fecha se hubiera escapado entre tantas cosas como habían ocurrido en los últimos días, pero no había dejado de ir a comprar el regalo que su hijo había pedido cuando Duff le contó cómo trabajaban los infiltrados de la sección Antidroga, que a veces se disfrazaban para no ser reconocidos. En el cajón, Duff tenía bien envuelto un regalo compuesto de barba, pegamento, gafas de pega y una gorra de lana verde, todo de talla adulta, para poder asegurar a Ewan que era exacto a lo que utilizaban su papá y los otros agentes de la sección.

Una luz se encendió en su teléfono. Una llamada interna. Sospechaba de quién.

—Un momento, querida. —Apretó el interruptor luminoso—. ¿Sí?

—¿Duff? Soy Duncan. Es por la rueda de prensa de esta tarde.

—Diga.

—Quiero dejar claro que no estamos paralizados por lo ocurrido, que ya estamos mirando hacia el futuro, así que daré el nombre del nuevo jefe en funciones de la sección del Crimen Organizado.

—¿Crimen Organizado? ¿Eh... tan pronto?

—Debía hacerlo para final de mes en todo caso, pero como en la sección de Bandas no hay nadie al frente, lo más práctico es que designemos un jefe en funciones cuanto antes. ¿Puedes venir a mi despacho?

—Por supuesto.

Colgaron. Duff se quedó mirando fijamente la lámpara apagada. Era poco frecuente que el director llamara personalmente, siempre era su secretaria o uno de sus ayudantes quien convocaba a las reuniones. Jefe en funciones. Y se

entendía que esa persona asumiría el puesto cuando las formalidades, el plazo de solicitud, la comisión de contratación etcétera, se hubieran resuelto. Su mirada se posó sobre otra de las luces del teléfono. Estaba encendida. Se había olvidado por completo de que tenía a su mujer en espera.

—Querida, ha ocurrido algo. Tengo que salir corriendo.

—¡Ay! Espero que no sean más cosas horribles.

—No —dijo Duff riendo—. Nada horrible. En absoluto horrible. Querida, creo que esta tarde deberías poner las noticias de la radio y oír qué dicen acerca de quién será el nuevo jefe de la sección del Crimen Organizado.

—¿Eh?

—Un besito en el cuello —dijo, unas palabras de despedida que hacía años que no pronunciaba.

Duff colgó y salió a toda prisa, sin poder contenerse, precipitándose por la escalera hasta el último piso. Arriba, arriba, más y más alto.

La secretaria le pidió que entrara directamente.

—Están esperándote —dijo con una sonrisa.

Sonriendo. Ella, que nunca sonreía.

El despacho del director era grande y luminoso, estaba austeramente amueblado. En torno a la mesa redonda de roble había cuatro personas, además de Duncan. El subdirector Malcolm, con canas prematuras y gafas, había estudiado filosofía y economía en la Universidad de Capitol y eso se notaba cuando hablaba, por lo que muchos lo consideraban una *rara avis* en la jefatura. Era un viejo amigo de Duncan, el cual afirmaba haberlo reclutado porque precisaban la vasta experiencia de Malcolm en la dirección. Otros decían que era porque Duncan necesitaba el apoyo sin reservas de Malcolm en las reuniones de los mandos. Junto a Malcolm, inclinándose al frente, estaba Lennox, de una palidez casi albina, siempre entusiasta. Su sección, Anticorrupción, se había creado durante la reorganización de Duncan. Había habido una breve discusión sobre si debían incluir «anti» en el nombre. Por ejemplo, la sección de Homicidios no se llamaba Antihomicidios. La razón para querer introducir

«anti» era que bajo el mandato de Kenneth la gente llamaba a la sección Antidroga la «sección de la corrupción».

Al otro lado de Duncan estaba su asistente tomando notas para el acta de la reunión y, a su lado, la inspectora Caithness.

Como Duncan no dejaba fumar en su despacho, no había ceniceros en la mesa con colillas que pudieran dar una pista aproximada a Duff sobre cuánto tiempo llevaban allí, pero se fijó en que algunos de los cuadernos de notas que había estaban manchados de café y algunas de las tazas de café, casi vacías. El ambiente relajado, bien humorado, casi distendido, daba a entender que habían llegado a una conclusión.

—Gracias por venir tan rápido, Duff —dijo Duncan y le señaló con la mano abierta la silla que estaba libre—. Permíteme que vaya directo al grano. Vamos a adelantar la fusión de tu sección Antidroga y de la de Bandas, para formar la del Crimen Organizado. Esta es la primera crisis desde que ocupé ese sillón...

Duff miró en la dirección en que Duncan había movido la cabeza, el escritorio. La silla vacía del director era grande y de respaldo alto, pero no daba la impresión de ser muy cómoda. Un poco demasiado recta. Ningún relleno acolchado. Una silla del gusto de Duncan.

—... así que creo que es importante mostrarnos resolutivos.

—Parece sensato —dijo Duff, pero se arrepintió al instante, pues sonaba como si se imaginara que lo habían llamado para valorar los razonamientos de la cúpula directiva—. Quiero decir que confío en que es correcto.

Se hizo un silencio momentáneo alrededor de la mesa. ¿Se había excedido en el otro sentido? ¿Había dado a entender que carecía de opiniones propias?

—Tiene que ser alguien de quien sepamos al cien por cien que no es corrupto —dijo Duncan.

—Por supuesto —convino Duff.

—No solo porque no podemos permitirnos más escándalos como este de Cawdor, sino también porque necesitamos a alguien que pueda ayudarnos a

capturar al verdadero pez gordo. Y no me estoy refiriendo a Sweno, sino a Hekate.

Hekate. El silencio que se hizo en la sala tras pronunciar ese nombre resultaba elocuente.

Duff se irguió en su silla. En verdad se trataba de una gran tarea. Pero claro, eso era lo que exigía el puesto: matar al dragón. Y era magnífico. Porque ahora empezaba todo. La vida como otro hombre, un hombre mejor.

—Tú dirigiste esa exitosa misión contra los Norse Riders —dijo Duncan.

—No lo hice solo, señor —repuso Duff. Podía resultar ventajoso mostrarse un poco humilde, especialmente cuando la situación no parecía exigirlo; esos eran los momentos en que podías permitirte.

—Exacto —dijo Duncan—. Macbeth os ayudó. Bastante, por lo que he podido saber. ¿Cuál es tu impresión de él, así en general?

—¿Impresión, señor?

—Sí, sois de la misma promoción de la Academia Superior de Policía. Es indudable que ha hecho una buena labor con la Guardia Real, donde todo el mundo está entusiasmado con sus dotes de liderazgo. Pero claro, la Guardia Real es una sección muy especializada. Por eso queríamos consultarlo contigo, que lo conoces. ¿Crees que Macbeth sería el hombre adecuado para el puesto?

Duff tuvo que tragar saliva dos veces para recuperar la voz.

—¿Quiere decir si Macbeth podría ser el hombre que dirija Crimen Organizado?

—Sí.

Duff necesitó un par de segundos. Se tapó la boca con la mano, frunció el ceño y la frente esperando parecer un hombre meditabundo y no un ser profundamente decepcionado.

—¿Qué piensas, Duff?

—Una cosa es estar al frente de un grupo de hombres en el asalto a una vivienda, disparar contra delincuentes y salvar rehenes —contestó Duff—. Es

indudable que eso Macbeth lo hace muy bien. Estar al frente de dicha sección exige una cualificación algo diferente.

—En eso estamos de acuerdo —admitió Duncan—. Exige una cualificación un poco pero no del todo diferente. Dirigir es dirigir. ¿Qué opinas de su carácter? ¿Te parece un hombre en quien se puede confiar?

Duff se apretó el labio superior con el índice y el pulgar. Macbeth. ¡Maldito Macbeth! ¿Qué podía responder? ¡Ese ascenso le correspondía a él, a Duff, y no a un tipo que podría haber acabado como trapequista o lanzador de dagas en un circo ambulante! Miró el cuadro colgado de la pared detrás del escritorio: gentes que marchaban sonrientes. Según Duncan querían transmitir cierta visión optimista del futuro, la unión, el liderazgo y la solidaridad. Podía verlos tirados en el camino rural. Macbeth y él, los dos chicos muertos. La lluvia que lavaba la sangre.

—Sí, Macbeth es de confianza —respondió Duff—. Pero sobre todo es un hombre de acción. Creo que quedó claro en su intervención sobre el estrado esta mañana.

—También estoy de acuerdo con eso —convino Duncan—. Por eso lo llamé, para ver cómo lo llevaba. Los que estamos alrededor de esta mesa opinamos que dio un ejemplo propio de manual del respeto que un espíritu práctico tiene por las reglas a la hora de informar pero, a la vez, mostró rasgos de un verdadero líder a la hora de inspirar y entusiasmar. «Cawdor sigue allí colgado porque era un policía corrupto.»

Los presentes rieron la imitación de Duncan del rudo acento de barrio obrero de Macbeth.

—Si en verdad cuenta con esas capacidades —dijo Duff al tiempo que una vocecilla interna le decía que no debía—, cabría preguntarse por qué no ha llegado más lejos en los años que han pasado desde que salió de la academia.

—Cierto —terció Lennox—. Pero ese es uno de los argumentos más contundentes a favor de Macbeth. —Dejó escapar una risa cantarina y aguda, fuera de lugar—. Ninguno de los que estamos sentados a esta mesa ocupamos

puestos destacados con el anterior director. Porque nosotros, al igual que Macbeth, no entramos en el juego, nos negamos a aceptar sobornos. Tengo informantes que saben con certeza que eso ha contribuido a frenar la carrera de Macbeth.

—En ese caso ya han contestado a la pregunta —replicó Duff con rigidez—. Y por supuesto, también han tenido en cuenta su relación con la mujer propietaria del casino.

Malcolm lanzó una mirada rápida a Duncan, quien hizo un gesto con la cabeza para que el subdirector tomara la palabra.

—La sección de Delitos Económicos está llevando a cabo una campaña de investigación de los negocios a los que se permitió prosperar durante la administración anterior y, en ese aspecto, acaban de comprobar que la gestión del casino Inverness es intachable desde todos los puntos de vista: la contabilidad, el pago de impuestos y las condiciones laborales. Y eso no puede darse por descontado en un negocio como ese. En estos momentos están analizado las... —sonrió con ironía— cartas del casino Obelisco, y digamos que es otra historia muy diferente. Continuará, como suele decirse. Pero el caso es que no tenemos nada que objetar a Lady ni a su establecimiento.

—Macbeth procede de los barrios obreros, es un *outsider* —dijo Duncan—. Mientras que a quienes estamos sentados alrededor de esta mesa nos ven como un círculo privilegiado. Se sabe que hemos permanecido unidos contra Kenneth, que representamos un cambio en la cultura del cuerpo policial, pero también se sabe que tenemos una formación muy cara, que venimos de hogares de clase alta, bien amueblados. Creo que es bueno mandar el mensaje de que en la policía, en nuestra policía, todo el mundo puede llegar a la cúspide, con independencia de su origen o de los contactos que tenga, siempre que trabaje duro y con honradez. Haciendo hincapié en la honradez.

—Es una buena cosa —dijo Malcolm—. Sobre todo si primero filtramos a la prensa el mérito que corresponde a Macbeth en la acción contra los Norse Riders.

—Bien pensado, señor —dijo Lennox.

—Bien. —Duncan juntó las manos—. Duff, ¿quieres añadir algo?

«¿No habéis visto las cicatrices de sus brazos?»

—¿Duff?

«¿No habéis visto las cicatrices de sus brazos?»

—¿Pasa algo, Duff?

—No, señor. No tengo nada que añadir. Estoy seguro de que Macbeth es una buena elección.

—Bien, en ese caso, gracias a todos por vuestra presencia.

Macbeth observaba el semáforo en rojo mientras los limpiaparabrisas recorrían el cristal delantero del Volvo PV544 de Banquo. El coche recordaba un poco al propio Banquo, bastante más viejo que los que lo rodeaban, pero funcional y de confianza. Algo en el diseño del vehículo, sobre todo su capó en dos alturas, como una mandíbula inferior prominente, evocaba a un objeto que hubiera sobrevivido desde antes de la guerra. En su interior albergaba, según su orgulloso propietario, cuanto un hombre puede pedir a un coche moderno. Los limpiaparabrisas casi no tenían tiempo de quitar el agua y el agua que chorreaba le recordaba a Macbeth a vidrio fundido. Un chico con la gabardina mojada cruzó la calle corriendo y Macbeth vio que la señal del peatón había cambiado de verde a rojo. Un cuerpo humano bañado en sangre de la cabeza a los pies. Macbeth se estremeció.

—¿Qué pasa? —preguntó Banquo.

—Creo que voy a tener fiebre —dijo Macbeth—. Veo visiones.

—Visiones y señales. En tal caso es gripe. No me extraña, por cierto. Ayer estuviste empapado todo el día y hoy te ha mordido un perro.

—Hablando del perro, ¿hemos averiguado de dónde salió?

—Solo sabemos que no era de la casa. Tiene que haber entrado por la puerta abierta de la terraza. Lo que me pregunto es cómo murió.

—¿No te lo dije? Seyton se lo cargó.

—Lo sé, pero no encontré ninguna marca. ¿Lo estranguló?

—Ni idea. Pregúntaselo.

—Lo hice, pero no me dio una respuesta adecuada. Se limitó a...

—Papá, está verde. —El chico del asiento trasero se inclinó entre los dos hombres. Macbeth observó al desgarrado muchacho de diecinueve años. Fleance había heredado más del espíritu tímido de su madre que de la jovialidad bienintencionada del padre.

—¿Quién conduce, tu padre o tú, chaval? —dijo Banquo, sonriendo cariñoso, y aceleró.

Macbeth miraba a la gente en las aceras, las amas de casa que hacían la compra, los hombres desempleados congregados frente a los bares. En los últimos diez años cada vez se veía a más transeúntes en las calles por las mañanas. Aunque debería haber conferido a la ciudad una impresión de viveza, de actividad, el efecto era el contrario. Las expresiones apáticas y resignadas de los rostros recordaban más a los muertos que a los vivos. Durante los últimos meses, Macbeth había buscado indicios de cambio. De si el liderazgo de Duncan había servido de algo. Quizá se hubiera reducido un poco la violencia callejera más brutal y patente, puesto que había más patrullas. O tal vez solo se hubiera trasladado a los callejones, a la oscuridad.

—Clases por la tarde en la Academia Superior de Policía —dijo Macbeth—. En mis tiempos no teníamos de eso.

—No es una clase —repuso el chico—. Yo y un par más vamos a hacer un coloquio.

—¿Un coloquio? ¿Y eso qué es?

—Fleance y otros entusiastas preparan juntos los exámenes —dijo Banquo—. Eso está bien.

—Papá dice que tengo que estudiar derecho, que la Academia de Policía no es suficiente. ¿Qué opinas tú, tío Macbeth?

—Pienso que debes hacer caso a tu padre.

—Pero tú tampoco estudiaste derecho —objetó el chico.

—¡Y mira adónde ha llegado! —dijo riendo Banquo—. Vamos, Fleance, tienes que apuntar más alto que el inútil de tu padre y este canalla.

—Pero si tú mismo dices que no tengo madera de líder —replicó Fleance.

Macbeth enarcó una ceja y miró a Banquo.

—¿De verdad? Pensaba que la tarea de un padre era hacer creer a sus hijos que pueden lograr cualquier cosa, que solo tienen que intentarlo con todas sus fuerzas.

—Bueno —dijo Banquo—. Yo no he dicho que no tenga capacidad para ser líder, solo que no tiene cualidades. Eso quiere decir que tendrá que trabajárselo. Es listo, solo debe aprender a confiar en su propio criterio y eso significa tomar la iniciativa, no siempre seguir a otros.

Macbeth se volvió hacia el asiento trasero.

—Sí que tienes un padre duro, Fleance.

El chico se encogió de hombros.

—Hay personas que siempre quieren decidir y dar órdenes, pero otras no son así. ¿Tan extraño resulta?

—Extraño no —replicó Banquo—. Pero para conseguir algo puede que haya que intentar cambiar.

—¿Tú has cambiado? —preguntó Fleance irritado.

—No, yo era como tú —respondió Banquo—. Me conformaba con dejar que otros decidieran, pero me habría gustado tener a alguien a mi lado entonces que me hubiera dicho que mis ideas eran tan buenas como las de cualquier otro. Y en ocasiones, mejores. Y si tus análisis son más acertados, debes mandar, es tu maldita obligación para con el bien común.

—¿Qué opinas tú, tío? ¿Puede uno transformarse, así sin más, y ser un líder?

—No lo sé —contestó Macbeth—. Creo que hay gente que nace para líder y se convierte en uno casi como si fuera un proceso natural. Es el caso del director Duncan. Gente que te transmite su convicción, que puede hacer que marches hacia la muerte por una causa. Y luego conozco a otras personas que ni son convincentes ni saben mandar, pero los impulsa un deseo tan grande de ascender

y avanzar que acaban ocupando un sillón de jefe. Quizá sean inteligentes, encantadores, con poder de convicción, pero en realidad no entienden a la gente. Porque no la ven. Porque entienden y ven una sola cosa: a ellos mismos.

—¿Estás hablando de Duff? —dijo Banquo sonriendo.

—¿Quién es Duff? —preguntó Fleance con impaciencia.

—No tiene importancia —repuso Macbeth.

—Sí, venga tío, estoy aquí para aprender, ¿no?

Macbeth suspiró.

—Duff y yo fuimos amigos en el orfanato y en la Academia Superior de Policía; ahora él está al mando de la sección Antidroga. Pero uno puede esperar que aprenda algo por el camino y que cambie.

—Él en concreto no —terció Banquo riéndose.

—La sección Antidroga —dijo Fleance—. ¿Es el que tiene una cicatriz atravesada en el careto?

—Sí —dijo su padre.

—¿Dónde se la hizo?

—Nació con ella —dijo Macbeth—. Pero ya hemos llegado a la academia. Pórtate bien.

—Claro que sí, tío Macbeth.

El apelativo «tío» que Fleance empleaba era un recuerdo de infancia; ahora casi siempre lo usaba con ironía. Pero mientras veía al chico correr bajo la lluvia hacia la puerta de la academia, Macbeth sintió que le llegaba al alma.

—Un buen chaval —dijo.

—Deberías hacerte con unos críos —dijo Banquo girando el volante para apartarse de la acera—. Es un regalo para toda la vida.

—Lo sé, pero es un poco tarde para Lady.

—Pues con alguien más joven. ¿Y si pruebas con alguien de tu edad?

Macbeth no contestó. Se limitó a mirar pensativo por la ventanilla.

—Antes, cuando he visto el hombre rojo de la señal de tráfico, he pensado en la muerte —dijo.

—En Cawdor —observó Banquo—. Por cierto, hablé con Angus cuando se quedó mirando cómo se balanceaba Cawdor.

—¿Meditaciones religiosas?

—No. Solo dijo que no entiende a la gente rica y privilegiada que se quita la vida. Que aunque Cawdor hubiera perdido el trabajo y tal vez tenido que cumplir una breve condena, había acumulado suficiente como para vivir largo tiempo sin preocupaciones. Tuve que explicarle al chico que es por la caída. Por la frustración que sientes al ver que el futuro no responderá a tus expectativas. Por eso es importante no esperar demasiado, empezar despacio, no triunfar antes de tiempo. Ascender según lo programado, ¿no?

—Le prometes a tu hijo una vida mejor que la tuya con solo estudiar derecho.

—Con los hijos es diferente. Son una prolongación de tu propia vida. Es su cometido asegurar que el ascenso continúe.

—No era Cawdor.

—¿Qué?

—No era en Cawdor en quien pensaba.

—¿Entonces?

—Era en uno de esos chicos del camino. Estaba... —Macbeth miró por la ventanilla—. Rojo, empapado en sangre.

—No lo pienses.

—De sangre fría.

—Fría... ¿qué quieres decir?

Macbeth respiró hondo.

—Los dos chicos de Forres se habían rendido, pero de todas formas Duff le pegó un tiro al tipo que llevaba el casco de Sweno.

Banquo negó con la cabeza.

—Sabía que había pasado algo así. ¿Y el otro chaval?

—Era un testigo. —Macbeth hizo una mueca—. Habían salido corriendo de la fiesta y llevaba una camiseta blanca empapada y pantalones blancos. Saqué las dagas. Empezó a rogarme, sabía lo que le esperaba.

—No necesito oír el resto.

—Me puse detrás de él. Pero no pude. Me quedé ahí con la daga en la mano, paralizado. Entonces vi la espalda de Duff, sentado con la cara entre las manos, sollozando como un niño. Y lo apuñalé.

A lo lejos se oyó una sirena. Un coche de bomberos. «¿Qué coño puede estar quemándose con esta lluvia?», pensó Banquo.

—No sé si fue porque sus ropas estaban mojadas —dijo Macbeth—. Pero la sangre lo tiñó por entero. La camisa y el pantalón por completo. Y allí, tirado en el asfalto con los brazos hacia abajo, ligeramente separados del cuerpo, me recordó al tipo del semáforo. El que señala stop. Para ahora. No sigas andando.

Pasaron en silencio por delante del acceso al garaje de la jefatura. Solo los jefes de las secciones y los policías de mayor graduación contaban con una plaza. Banquo giró hacia el aparcamiento de la parte trasera del edificio. Se detuvo y apagó el motor. La lluvia golpeaba el techo del coche.

—Comprendo —dijo Banquo.

—¿Qué comprendes?

—Duff sabía que si hubierais arrestado a Sweno, si lo hubierais llevado ante un juez ambicioso en la ciudad más corrupta del país... ¿cuánto le habría caído? ¿Dos años? ¿Tres como máximo? ¿O impunidad total? Y te entiendo a ti.

—¿Me entiendes?

—Sí. Porque ¿qué le habría caído a Duff si el lacayo de Sweno hubiera podido testificar contra él? ¿Veinte años? ¿Veinticinco? En el cuerpo cuidamos de los nuestros, nadie más lo hace. Y lo que es más importante, otro escándalo policial haría mucho daño justo ahora que tenemos un director de la policía que está devolviendo a los ciudadanos la fe en la ley y el orden. Hay que ver las cosas con perspectiva. A veces el horror lucha del lado de los buenos, Macbeth.

—Tal vez.

—No lo pienses más, querido Macbeth.

El agua que se deslizaba por el parabrisas había desdibujado el edificio de la

jefatura. Permanecieron sentados como si necesitaran digerir lo que acababan de decir antes de bajarse del coche.

—Duff te estará agradecido —prosiguió Banquo—. Si no lo hubieras hecho tú, tendría que haberlo hecho él mismo, los dos lo sabíais. Ahora los dos tenéis algo que usar contra el otro. El equilibrio del terror. Lo que permite a la gente dormir por las noches.

—Duff y yo no somos Estados Unidos y la Unión Soviética.

—No, ¿qué sois en realidad? En la academia siempre estabais juntos, ahora apenas os habláis. ¿Qué ocurrió?

—Nada de particular. Supongo que éramos una pareja desigual desde el principio. Él es un Duff. Su familia tuvo propiedades en su día y esas cosas no se pierden: la manera de hablar, los modales de clase alta. En el orfanato eso hizo que estuviera solo, expuesto, así que buscó protección en mí por casualidad. Nos convertimos en un dúo con el que era mejor no meterse, pero en la Academia de Policía se notaba que le atraían los suyos. Como un león domesticado al que sueltan en la jungla. Se matriculó de algunas asignaturas en la universidad, se echó una novia de buena familia y se casó. Hijos. Supongo que fuimos distanciándonos.

—¿O te cansaste de que se comportara como el jodido egoísta y arrogante que es?

—La gente se equivoca con él. En la Academia de Policía nos prometimos el uno al otro que cogeríamos a los tipos gordos, a los malos. Duff quiere de verdad contribuir a la transformación de esta ciudad, Banquo.

—¿Por eso lo salvaste?

—Es competente y ha trabajado duro. Todo el mundo sabe que está bien situado para hacerse con la sección del Crimen Organizado. ¿Por qué un error cometido en el fragor de la batalla iba a malograr la carrera de un hombre que puede hacer cosas buenas por todos nosotros?

—Porque no es propio de ti liquidar a un muchacho indefenso de esa manera. Macbeth se encogió de hombros.

—A lo mejor he cambiado.

—La gente no cambia. Pero ahora entiendo que lo consideraste tu obligación de soldado, sin más. Tú, yo y Duff peleamos en el mismo bando en esta guerra. Habéis acortado la vida de dos miembros de los Norse Riders para que no puedan seguir acortando la de nuestros hijos con su veneno. No cumples tu obligación con alegría: comprendo lo que supone para ti si ves a tus enemigos muertos en un semáforo cualquiera. Eres mejor hombre que yo, Macbeth.

Este sonrió con ironía.

—Tú ves las cosas con mayor claridad que yo obnubilado por la guerra, venerable anciano; alivia mi corazón saber que al menos cuento con tu perdón.

Banquo negó con la cabeza.

—Yo no veo mejor que otros, solo soy un charlatán con la duda como única guía.

—La duda, sí. ¿No te corroe a veces?

—No —respondió Banquo mirando por el parabrisas—. No a veces. Todo el tiempo.

Macbeth y Banquo se alejaron del aparcamiento camino del acceso para los empleados en la parte trasera la jefatura, un edificio de piedra de doscientos años de antigüedad en pleno centro del Distrito 3 este. El edificio en su día había sido una cárcel; se hablaba de ejecuciones y se rumoreaba sobre torturas. Varios de los que hacían horas extraordinarias afirmaban notar una inexplicable corriente de aire frío que atravesaba los despachos, oír gritos a lo lejos. Banquo le había dicho a Macbeth que en realidad era el portero, algo excéntrico, que bajaba la calefacción todos los días a las cinco en punto y gritaba cuando veía que alguien se había marchado sin haber apagado la lámpara del escritorio.

Macbeth se fijó en dos mujeres de aspecto asiático que estaban en la acera, ateridas de frío entre los parados y oteando como si esperaran a alguien. Antes, las prostitutas de la ciudad se congregaban en la calle Nøisomhed, detrás de la sede de las Infraestructuras Ferroviarias, hasta que años atrás el consistorio de la

ciudad las había espantado y ahora el mercado se había dividido en dos: las que eran lo bastante atractivas como para frecuentar los casinos y las que tenían que sufrir las duras condiciones de la calle y se sentían más seguras trabajando pared con pared con las fuerzas del orden. Además, cuando la policía a intervalos regulares, por efecto de la presión de los políticos o la prensa, «desinfectaba» las calles de «basura sexual» con arrestos masivos, era más cómodo para todas las partes que el desplazamiento fuera corto a fin de que se zanjara con rapidez. Hicieran lo que hicieran, muy pronto todo volvía a ser como antes. Y encima, no podía pasarse por alto que parte de la clientela de las chicas procedía, precisamente, de la jefatura. Pero Macbeth les había respondido con un educado «No, gracias» tantas veces que las chicas lo dejaban en paz. Así que cuando vio que las dos chicas se dirigían hacia Banquo y él, supuso que eran nuevas en la zona. De lo contrario, se acordaría de ellas: incluso dados los estándares relativamente poco exigentes de aquellas calles, su aspecto era en especial poco atractivo. Macbeth sabía por experiencia que le costaba calcular la edad de las mujeres asiáticas, pero tuvieran los años que tuvieran, aquellas mujeres los habían vivido con dureza. Lo decía sus miradas. Sus ojos eran fríos, impenetrables, de los que no dejan intuir nada, solo reflejan el entorno y a aquel que mira. Tenían la espalda curvada y llevaban abrigos baratos, pero era otra cosa la que llamaba la atención, algo que no cuadraba, una deformación de las caras. Una abrió la boca y dejó al descubierto una dentadura marrón y escasa.

—Lo siento, señoras —dijo Macbeth risueño antes de que la mujer tuviera ocasión de decir nada—. Nos encantaría decir que sí, pero yo tengo una mujer terriblemente celosa y este de aquí tiene una enfermedad venérea terriblemente contagiosa.

Banquo murmuró algo y negó con la cabeza.

—Macbeth —lo llamó una de ellas con un acento entrecortado y una voz aguda de muñeca que no encajaba con la dureza de su mirada.

—Banquo —dijo la otra mujer, con idéntico acento y la misma voz.

Macbeth se detuvo. Las dos mujeres se habían peinado el largo cabello

negrísimo sobre la cara, seguramente para ocultar su deformidad, pero no podían ocultar sus narices nada asiáticas, púrpuras y largas, que colgaban sobre la boca como un cristal al rojo vivo bajo la llama del soplador.

—Sabéis nuestros nombres —dijo—. ¿Cómo podemos ayudarlas, señoras?

No contestaron. Se limitaron a señalar con la cabeza la casa del otro lado de la calle, donde una tercera persona salió de las sombras de un portal a la luz del día. El contraste con las otras dos no podía haber sido mayor. Esa mujer, si es que se trataba de una mujer, era alta y ancha de espalda como un portero de discoteca, vestía ropa ceñida con estampados de leopardo que resaltaban sus formas femeninas igual que un estafador muestra las falsas ventajas de su mercancía. Macbeth sabía lo que vendía o, al menos, solía vender, y las falsas ventajas. Todo en ella parecía extremo: la altura, el ancho, sus pechos prominentes, las uñas rojas de fiera carnívora que se curvaban sobre los dedos poderosos, los ojos muy abiertos, los afilados tacones de aguja de las botas que le llegaban hasta los muslos. Lo único que le asombró fue que no hubiera cambiado. Que pareciera que todos los años transcurridos no hubieran hecho mella en ella.

Cruzó la calle con lo que parecieron ser dos zancadas impresionantes.

—Caballeros —dijo con voz tan grave que a Macbeth le pareció oír cómo temblaban las cristalerías a su espalda.

—Strega —dijo Macbeth—. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo mismo digo. Entonces no eras más que un jovencuelo.

—¿Así que me recuerdas?

—Me acuerdo de todos mis clientes, inspector Macbeth.

—¿Y quiénes son estas dos?

—Mis hermanas —sonrió Strega—. Venimos a darte la enhorabuena de parte de Hekate.

Macbeth vio que Banquo introducía instintivamente la mano en la chaqueta al oír el nombre de Hekate y le sujetó el brazo para tranquilizarlo.

—Enhorabuena, ¿por qué?

—El puesto de jefe de la sección del Crimen Organizado. —dijo Strega—.

¡Ave, Macbeth!

—Ave, ave! —repitieron las hermanas.

—¿Qué dices? —preguntó Macbeth echando una ojeada a los parados del otro lado de la calle. Había percibido un movimiento entre ellos cuando Banquo echó mano al arma.

—El muerto al hoyo y el vivo al bollo —dijo Strega—. Así es la ley de la selva. A más muerto, más bollo. ¿A quién crees que le darían el bollo si el director Duncan muriera?

—¡Eh! —Banquo dio un paso hacia ella—. Si es una amenaza de Hekate...

Macbeth lo retuvo. Los había visto. Tres hombres del otro lado de la calle habían levantado la vista, estaban preparados. Separados, mezclados con el resto, se parecían en algo: los tres vestían guardapolvos grises.

—Deja que hablen —le susurró Macbeth.

Strega sonrió.

—No es ninguna amenaza. Hekate no hará nada, solo concluye que ese un hecho interesante. Cree que serás tú quien suceda al director de la policía.

—¿Yo? —Macbeth se echó a reír—. Su sucesor sería el subdirector, y su nombre es Malcolm. Ahora, largaos de aquí.

—Las predicciones de Hekate siempre se cumplen —dijo la mujer varonil—. Y tú lo sabes. —Se quedó plantada delante de Macbeth sin moverse, y este comprobó que ella seguía siendo la más alta de los dos—. Y bien —añadió—, ¿la señora del casino te tiene limpio?

Banquo vio que Macbeth se ponía tenso. Pensó que la tal Strega podía dar las gracias porque en aquel momento pertenecía a la categoría de mujer. Macbeth resopló, pareció que iba a decir algo, pero cambió de opinión. Cargó el peso del cuerpo sobre la otra pierna. Volvió a abrir la boca. Tampoco ahora dio la impresión de que fuera a hablar. Luego se giró bruscamente y avanzó tranquilamente hacia la entrada de la jefatura.

La mujerona lo siguió con la mirada.

—En cuanto a ti, Banquo, ¿no sientes curiosidad por saber lo que te espera?

—No —respondió Banquo y siguió a Macbeth.

—O a tu hijo, Fleance.

Banquo se detuvo bruscamente.

—Un buen chico, trabajador —dijo Strega—. Hekate promete que, si él y su padre siguen las reglas del juego y se portan bien, andando el tiempo también llegará a ser director de la policía.

Banquo se volvió hacia ella.

—Un ascenso programado —dijo Strega. Lo saludó con un breve movimiento de la cabeza y, sonriendo, se giró y cogió a las otras dos mujeres por el brazo—. Vamos, hermanas.

Banquo se quedó mirando al extraño trío que daba la vuelta a la esquina de la jefatura. Las tres estaban tan fuera de lugar que, cuando desaparecieron, se preguntó si de verdad habían estado allí.

—Anda mucho loco suelto por la calle últimamente —dijo Banquo cuando dio alcance a Macbeth en el vestíbulo, tras el mostrador de recepción.

—¿Hoy en día? —dijo Macbeth pulsando impaciente el botón del ascensor—. Esta ciudad siempre ha sido un buen caldo de cultivo para la locura. ¿Te diste cuenta de que esas mujeres llevaban guardaespaldas?

—¿La armada invisible de Hekate?

La puerta del ascensor se abrió.

—Duff —dijo Macbeth dando un paso a un lado—. Bueno, ¿cómo...?

—Macbeth y Banquo —dijo el hombre rubio, apresurándose hacia la salida.

—Vaya. Un tipo estresado —comentó Banquo.

—Es lo que pasa cuando te hacen jefe —dijo Macbeth sonriendo, entró y apretó el botón del sótano. La planta de la Guardia Real.

—¿Te has fijado en cómo a Duff siempre le crujen los zapatos?

—Porque siempre los compra demasiado grandes —repuso Macbeth.

—¿Y por qué?

—No tengo ni idea —dijo Macbeth, sujetando la puerta del ascensor para esperar al guardia de recepción que se acercaba corriendo.

—Acaban de llamar del despacho del director —dijo sin resuello—. Nos ha pedido que te dijéramos que debías presentarte allí en cuanto volvieras.

—Bien —dijo Macbeth y soltó las puertas.

—¿Problemas? —preguntó Banquo cuando se cerraron.

—Probablemente —respondió Macbeth dándole al botón de la sexta planta. Los puntos del hombro le picaban.

Lady cruzó la sala de juego. Las grandes arañas de cristal proyectaban una tenue luz sobre el caoba oscuro donde jugaban al black-jack y al póquer, sobre el fieltro verde donde los dados bailarían durante la noche, sobre la aguja dorada que sobresalía como un minarete en medio de la ruleta que giraba. Había encargado las arañas de cristal como copias a menor escala de la lámpara de cuatro toneladas y media del palacio Dolmabahçe de Estambul, pero la aguja que señalaba desde el centro de las lámparas a las mesas de las ruletas era una copia del chapitel de la ruleta. Las arañas estaban sujetas por correas fijadas a la balaustrada del entresuelo, para que todos los lunes pudieran bajarlas a fin de limpiar las lágrimas. Sabía que detalles como ese pasaban desapercibidos a la mayoría de los clientes. Igual que las pequeñas y discretas flores de lis que había mandado bordar en las gruesas alfombras de color vino que amortiguaban el ruido. Las había traído de Italia, habían costado una pequeña fortuna. Pero a ella no le pasaba inadvertido, veía los chapiteles a juego y solo ella sabía qué conmemoraban aquellas flores de lis. Eso bastaba. Porque era suyo.

Los crupieres enderezaban instintivamente la espalda a su paso. Conocían su trabajo, eran eficientes y cuidadosos, trataban con amabilidad a los jugadores, también con firmeza, llevaban las manos muy cuidadas, iban bien peinados e impecablemente vestidos con el elegante uniforme de crupier del casino Inverness, rojo y negro, que se renovaba todos los años y se hacía a medida para cada uno. Lo más importante: eran honestos. No era una suposición suya: lo veía y lo oía. Lo veía en los ojos de la gente, en los movimientos involuntarios del

rostro, en la tensión de los músculos del cuerpo o en su teatral relajación. Lo oía en las mínimas variaciones de la vibración de sus cuerdas vocales. Era una sensibilidad innata, su madre y su abuela también la tuvieron. Pero así como esa sensibilidad, con la edad, las había empujado hacia las tinieblas de la locura, Lady había utilizado su don para detectar y sacar a luz la falta de honestidad. Desde el valle de las lamentaciones de su infancia hasta alcanzar el lugar que ocupaba ahora. Sus rondas de reconocimiento cumplían dos funciones: que los empleados se esforzaran ese poco más necesario para que todos los días, todas las noches, parecieran estar como mínimo un escalón por encima del Obelisco, y que cualquier falta de honestidad quedara al descubierto. Porque aunque hubieran permanecido incorruptos hasta el día anterior, los seres humanos eran como arcilla húmeda, la ocasión, el motivo y las palabras les daban forma, podían hacer hoy alegremente lo que ayer parecía impensable. Sí, esa era la única verdad inamovible, lo único con que podías contar, que el corazón es codicioso. Lady lo sabía. Su corazón también lo era. Un corazón que a veces agradecía y otras maldecía, que le había dado riquezas pero también se lo había robado todo. Mas ese era el corazón que latía en su pecho. No puedes cambiarlo, no puedes pararlo, a lo sumo puedes seguir sus dictados.

Saludaba con un movimiento de la cabeza los rostros que le resultaban familiares en torno a las mesas. Clientes habituales. Todos tenían sus razones para jugar allí. Los que necesitaban desconectar después de una jornada laboral llena de retos, y los que tras un día aburrido en el trabajo necesitaban desafíos. Y los que no tenían ni trabajo ni retos, solo dinero. Quienes no tenían ninguna de esas cosas acababan en el Obelisco, donde te daban una cena insípida pero gratuita si te jugabas más de quinientas coronas. Estaban los idiotas que creían contar con un sistema que a largo plazo les haría ganar, una raza que no paraba de morir pero que curiosamente nunca se extinguía. También estaban los que constituían el grueso de su negocio —aunque ningún propietario de casino lo reconocería en voz alta—: los que se veían obligados. Los que venían forzados porque no eran capaces de dejar de jugárselo todo, noche tras noche, atrapados

por la bolita de la ruleta que daba vueltas en la rueda brillante como un pequeño globo terrestre atrapado en la órbita del sol, el sol que les daba la vida a diario, pero que al final, como una irreversible ley física, también les quemaría. Los adictos. El pan de cada día de Lady.

Hablando de dependencias... Miró la hora: las nueve. La noche acababa de empezar, pero le habría gustado ver las mesas un poco más llenas. Según los informes que le llegaban del Obelisco seguían quitándole clientela, a pesar de las cuantiosas inversiones que había hecho en la decoración, la cocina y la mejora de las habitaciones del hotel. Había quien opinaba que estaba cerrándose el mercado con esos precios, que pasados tres años el Obelisco se había consolidado entre la gente como la propuesta más económica y que ella podía y debía reducir un poco su estándar y los costes, sin perder por ello su posición como el casino más exclusivo de la ciudad. Pero no conocían a Lady. No sabían que para ella lo más importante no era el balance que arrojará la cuenta de resultados, sino el hecho mismo de ser la opción más exclusiva. No solo más elegante que el Obelisco, también mejor, en todos los aspectos. El Inverness de Lady debía ser el sitio donde querías que te vieran, el sitio con el que querías que te asociaran. Ella, Lady, debía ser la persona con quien querías ser visto y asociado. Acudía la gente adinerada y los políticos en la cúspide del poder, los actores y deportistas que destacaban entre las estrellas, escritores, bellezas, hípsters e intelectuales, y todos se acercaban a su mesa, inclinaban la cabeza en señal de respeto, besaban su mano, aceptaban sonrientes su discreta negativa a sus igualmente discretas peticiones de crédito en las mesas de juego, y aceptaban agradecidos un Bloody Mary por cuenta de la casa. Con superávit o sin él, no había llegado hasta allí para regentar un jodido burdel, como los del Obelisco. Que se quedaran con las heces, con esos a los que de todas maneras no quería ver bajo las arañas de cristal del Inverness. Arañas de cristal auténticas. Pero estaba claro que había que invertir la tendencia. Los proveedores habían empezado a hacer preguntas. Y no les había gustado la respuesta de Lady: que lo

que el casino necesitaba no era copas más baratas, sino más y mayores arañas de cristal.

En ese momento su preocupación no era el negocio, sino la dependencia. Y que Macbeth no hubiera llegado. Siempre avisaba si iba a retrasarse. Lo que había pasado durante la redada de Sweno le había afectado. No lo había dicho, pero ella lo intuyó. A veces le encontraba sorprendentemente blando. Él, un hombre al que ella misma había visto matar, que le había demostrado su calculada determinación antes del asesinato, su fría eficacia al ejecutar y la sonrisa sin signo de arrepentimiento después.

Comprendía que esto era diferente. El muerto estaba indefenso. A veces le costaba entender el concepto de honor de los hombres como Macbeth; sabía que los hechos como aquel podían hacerle perder el equilibrio. Cruzó la sala. Notó las miradas de los dos hombres de la barra, ambos más jóvenes que ella. Pero no le interesaban. A pesar de que siempre había hecho lo posible por ser deseada, despreciaba a quienes la deseaban. Salvo aquel ser único. Al principio le asombró que un solo hombre pudiera ocupar sus pensamientos y su corazón por completo. Con frecuencia se preguntaba cómo era posible que ella, que nunca había amado a un hombre, quisiera precisamente a ese. Había llegado a la conclusión de que era porque él amaba en ella lo que asustaba a otros hombres. La fuerza. La voluntad. Una inteligencia superior a la suya que no se molestaba en ocultar. Hacía falta ser muy hombre para amar eso en una mujer. Se acercó al ventanal que daba a la plaza de los Trabajadores, miró hacia *Bertha*, la locomotora negra que vigilaba la entrada al vestíbulo de la estación, a aquel lodazal donde durante muchos años había visto a tantos quedarse atrapados y hundirse. ¿Era posible que él...?

—Amor.

Cuántas veces había oído esa voz susurrando esa palabra en su oído. Como si fuera la primera vez. Apartó su larga melena pelirroja y sintió un escalofrío por todo el cuerpo cuando sus labios se posaron en su nuca. Era poco profesional, sabía que los dos tipos del bar les miraban. Pero lo consintió. Él estaba allí.

—¿Dónde estabas?

—En mi nuevo despacho —dijo pasándole una mano por la cintura.

—¿Nuevo despacho? —le acarició el antebrazo. Sintió la trama de cicatrices bajo la yema de los dedos. Él le había explicado que la razón de las cicatrices era que casi siempre tenía que pincharse en la oscuridad donde no podía verse las venas, así que buscaba la herida del pinchazo anterior y se inyectaba en el mismo sitio. Si lo hacías suficientes veces, durante años, además de las infecciones que cogía de vez en cuando, los brazos acababan teniendo ese aspecto, como si los hubieran arrastrado por alambre de espino. No encontró ninguna herida reciente. Habían pasado varios años. Tantos que a veces, en un ataque de optimismo infantil, ella pensaba que se había curado.

—No creía que llamarais despacho a esos almacenes de carbón que ocupáis en el sótano.

—En la cuarta planta —dijo Macbeth.

Lady se volvió hacia él.

—¿Cómo?

Sus dientes blancos resplandecieron entre la barba oscura.

—Estás delante del nuevo jefe de la sección de Crimen Organizado de esta ciudad.

—¿De verdad?

—Sí. —Él rio—. Pareces tan asombrada como he debido de parecerlo yo en el despacho de Duncan.

—No estoy asombrada, querido, estoy... solo estoy contenta. ¡Lo tienes merecidísimo! ¿Acaso no lo dije desde el principio? Dije que valías para mucho más que para estar en ese despacho en el sótano.

—Sí, lo dijiste una y otra vez, querida. Pero también fuiste la única que lo dijo. —Macbeth echó la cabeza atrás y volvió a reírse.

—Ahora vamos a elevarnos, mi amor. ¡Saldremos de la oscuridad del subsuelo! Espero que exigieras un buen sueldo.

—¿Sueldo? No, creo que se me ha olvidado. Lo único que he exigido fue

llevar a Banquo como mi segundo, y ambos han aceptado. Es una locura...

—¿Locura? Al contrario, es un nombramiento sensato.

—El nombramiento no. Pero cuando me encaminaba a la jefatura se me acercaron tres hermanas disfrazadas, enviadas por Hekate, que profetizaron que me darían el puesto.

—¿Un vaticinio?

—¡Sí!

—Pues entonces será que ya lo sabían.

—No. Cuando he llegado al despacho de Duncan me ha dicho que hacía cinco minutos que habían tomado la decisión.

—Mmm... Entonces es un caso de auténtica brujería.

—Supongo que iban de subidón de su propia droga y no paraban de hablar. También dijeron que llegaría a ser director de la policía. ¿Y sabes qué? ¡Duncan ha propuesto que celebremos mi nombramiento aquí, en Inverness!

—Espera, ¿cómo?

—Que quiere celebrarlo aquí. Sería bueno para la reputación del negocio, ¿no? ¿Que el director de la policía quiera celebrar algo en tu casino?

—No, me refiero a lo de las hermanas. ¿Dijeron que llegarías a director?

—Sí, pero olvídalo, querida. Le he propuesto a Duncan que lo convirtiéramos en una velada completa, que él y todos los que viven fuera de la ciudad se alojen en el hotel. Tienes unas cuantas habitaciones libres últimamente y...

—Lo organizaremos, claro. —Lady le pasó la mano por la mejilla—. Veo que estás contento, pero sigues pálido, cariño.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, tal vez esté poniéndome enfermo, veo hombres muertos en los semáforos.

Ella entrelazó sus brazos.

—Ven, tengo lo que necesitas, chico.

Él sonrió.

—Sí. Tienes lo que me hace falta.

Caminaron juntos por el casino. Sabía que le sacaba casi media cabeza debido a los tacones. Sabía que gracias a su silueta todavía juvenil, su elegante traje de noche y su porte aristocrático los hombres del bar seguían mirándola. Sabía que eso no se lo daban en el Obelisco.

Duff estaba tumbado en la gran cama de matrimonio, mirando al techo, observando la grieta de la pintura que tan bien conocía.

—Luego, al salir de la reunión, Duncan me ha llevado a un aparte y me ha preguntado si estaba decepcionado —dijo en voz alta—. Ha dicho que los dos sabíamos que yo habría sido un candidato lógico a jefe de la sección del Crimen Organizado.

La grieta tenía ramificaciones que se extendían de manera aparentemente casual; al entornar un poco los ojos, desenfocándolas, le parecía que las fisuras seguían un esquema, formaban una imagen. Pero no era capaz de ver qué representaban.

—¿Y entonces qué le has contestado? —Se oyó la voz sobrepuesta al rumor del agua que corría en el baño. Incluso ahora, cuando habían visto todo lo humanamente posible el uno del otro, le disgustaba que la viera sin arreglar. Y a él le parecía bien.

—Le he dicho que sí, que estaba decepcionado. Que cuando dijo que querían a Macbeth porque no pertenece al círculo interno estaban, en otras palabras, utilizando contra mí haber sido uno de los que habían apoyado el proyecto de Duncan desde el principio.

—Y es verdad. ¿Qué ha dicho...?

—Que había otro motivo, pero que no había querido mencionarlo en presencia de los otros. Que la acción contra Sweno había sido un éxito parcial, puesto que este había escapado. Había tenido conocimiento de que yo recibí el soplo con tiempo suficiente como para haberle avisado. Que había estado a punto de dar al traste con un año de tareas de vigilancia por algo que se parecía mucho a un alarde de individualismo. Y que quienes habían salvado la operación eran

Macbeth y la Guardia Real. Que en esas circunstancias resultaría sospechoso escogerme a mi antes que a él. Al menos me ha dado ese consuelo.

—Te ha dado la sección de Homicidios, no está mal, ¿no?

—Es menos que Antidroga, pero al menos me ha evitado la humillación de estar por debajo de la del Crimen Organizado.

—¿Quién convenció a Duncan?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién argumentó a favor de Macbeth en la dirección? Duncan escucha, le gusta el consenso y las decisiones estarán refrendadas por ellos.

—Créeme, querida, Macbeth no es de los que mueven un lobby, si casi ni sabrá lo que significa la palabra. Lo único que desea en esta vida es atrapar a los malos y asegurarse de que su reina del casino esté satisfecha.

—A propósito de eso...

Ella estaba en la puerta del baño. El salto de cama finísimo resaltaba más que lo que escondía, como era natural. A Duff le gustaban muchas cosas de aquella mujer, algunas de las cuales ni siquiera era capaz de concretar, pero lo que adoraba era sencillo: su juventud. El brillo de las velas del suelo arrancaba destellos de la humedad de sus ojos, de la humedad de sus labios rojos, de los dientes resplandecientes. Pero a pesar de todo, aquella noche necesitaba algo más. No estaba de humor. Después de lo que había pasado ya no se sentía como el macho cabrío que había empezado el día. Aunque tal vez tuviera solución.

—Quítatelo —dijo él.

Ella se rio.

—Acabo de ponérmelo.

—Es una orden. Quédate exactamente donde estás y quítatelo. Despacio.

—Mmm... Puede. Si me das una orden más tajante...

—Inspectora Caithness, tu superior te ordena que me des la espalda, que te pases lo que llevas puesto por encima de la cabeza, te inclines hacia delante y te agarres con fuerza al marco de la puerta con ambas manos.

Duff oyó su leve jadeo aniñado, sorprendido. Tal vez fingiera, o tal vez no. No

importaba, él estaba poniéndose de buen humor.

Hekate caminaba por el suelo manchado de humedad de la estación, entre paredes descascarilladas y drogatas que murmuraban. Notó la mirada de dos tipos agachados sobre una cuchara y una jeringuilla que pensaban compartir. No le conocían. Nadie le conocía. Puede que pensarán que el hombre fornido de gabardina de cachemir amarillo mostaza, el cabello de un negro casi artificial, peinado con esmero, el llamativo y pesado Rolex, tenía pinta de ser la víctima perfecta para un atraco que acababa de meterse en la boca del león. O tal vez intuyeran otra cosa, algo en su manera decidida y segura de caminar, el bastón dorado que resonaba con un toc, toc, al ritmo de los tacones de la mujer alta y de anchos hombros que iba dos pasos por detrás de él. Si es que era una mujer... Tal vez también fuera por los tres hombres, vestidos con guardapolvos grises, que habían entrado en la estación instantes antes que él y se habían colocado junto a la pared. Tal vez por eso intuían que eran ellos los demás los que estaban en sus fauces, que él era el león.

Hekate se detuvo y dejó que Strega bajara primero por la escalera estrecha y que apestaba a orina que llevaban al baño. Vio que los dos drogatas bajaban la vista y se concentraban en su misión, calentar e inyectar. Los adictos. Hekate se limitó a constatarlo, sin desprecio ni irritación. Al fin y al cabo eran su fuente de ingresos.

Strega abrió la puerta del final de la escalera, levantó a un hombre dormido hasta que estuvo de pie, le enseñó los dientes para que entendiera de qué humor estaba y con el pulgar le señaló por dónde debía marcharse.

Hekate la siguió entre las cabinas y los lavabos que goteaban. El hedor era tan intenso que todavía se le saltaban las lágrimas. Pero tenía una razón de ser: mantenía alejados a los curiosos y hacía que hasta los drogadictos más curtidos acortaran las visitas. Strega y Hekate entraron en la última cabina, con un cartel de AVERIADO en la puerta y un retrete rebosante de excrementos. También habían

quitado el neón del techo, así que era imposible ver una vena y acertar en ella allí dentro.

Strega apartó uno de los azulejos de encima del váter desconectado, giró el pomo y empujó. La puerta se abrió hacia dentro y pasaron.

—Cierra deprisa —dijo Hekate tosiendo.

Contempló el local. Era el almacén del ferrocarril y la otra salida llevaba al túnel de la vía sur. Había trasladado su producción allí dos años después de que el tráfico ferroviario cesara. Había tenido que espantar a unos cuantos vagabundos y drogatas. A pesar de que nadie iba nunca por allí y de que el director de la policía Kenneth era su protector, había puesto cámaras de vigilancia camufladas tanto en el túnel como en la escalera del baño.

En el turno de noche eran doce personas en total, todas con mascarilla y batas blancas. A un lado del tabique de cristal que dividía la sala en dos, siete personas picaban, pesaban y repartían la poción en bolsas de plástico. Junto a la puerta había dos guardias armados que vigilaban a los trabajadores por los monitores de las cámaras. Al otro lado del tabique de cristal estaba lo que llamaban lo más sagrado o, sencillamente, la cocina. Ahí se hallaba la marmita, y solo las hermanas tenían acceso. La cocina se encontraba herméticamente cerrada por varias razones. Para empezar para que nada del exterior contaminara los procesos, o que algún idiota tuviera la ocurrencia de usar un encendedor o tirar una colilla y que todos salieran por los aires. Pero sobre todo porque todos tardarían muy poco en engancharse si inhalaban a diario las moléculas que flotaban en el aire allí dentro. Hekate había conocido a las hermanas en un fumadero de opio en Chinatown, en Bangkok, donde habían montado un laboratorio casero para transformar en heroína el opio de Chang Rai. No sabía mucho de ellas, solo que habían huido de China con la gente de Chiang Kai-shek, que la enfermedad que les había deformado la cara era frecuente en su pueblo y que, mientras les pagara con puntualidad, le entregaban exactamente lo que les pedía. Los ingredientes eran conocidos, la relación entre ellos también y los procedimientos podían verse a través de la cristalera. Había algo místico en

la manera como mezclaban y hervían. Hekate no veía ninguna razón para desmentir los rumores de que utilizaban tanto veneno de corazones de rana, alas de tábano, zumo de cola de rata y de que incluso se sonaban en la marmita. Creaba una sensación de magia negra, y si había algo por lo que la gente estaba dispuesta a pagar en una cotidianidad cargada de realidad era, precisamente, por la magia. Producían poción en grandes cantidades. Hekate nunca había visto a tanta gente engancharse tan desesperadamente en tan poco tiempo. Pero también era evidente que el día en que las hermanas produjeran una droga solo un poco menos potente, tendría que deshacerse de ellas. Así eran las cosas, todo tenía su momento, su ciclo. Como las dos décadas bajo Kenneth. Buenos tiempos. Ahora con Duncan, si le dejaban hacer, serían malos tiempos para el sector de la magia. Porque resultaba evidente: si era cierto que los dioses controlaban los buenos y los malos tiempos, nuestras breves vidas humanas y nuestro fin, había que preocuparse de ser un dios uno mismo. Es más fácil de lo que se creía; lo que impide que la mayoría de gente alcance la categoría divina es que tiene miedo y es supersticiosa; en su simple sometimiento creen que existe una moral, un juego de reglas celestiales que valen para todo el mundo. Pero esas reglas las han creado precisamente quienes te dicen que son dios y, ¡qué curioso!, favorecen a dichos dioses. Bueno, eso estaba bien, no todo el mundo puede ser un dios, y todo dios necesita una parroquia, una clientela. Un mercado. Una ciudad. Varias ciudades.

Hekate se colocó al fondo del local, puso ambas manos en la empuñadura del bastón y permaneció así. Aquella era su factoría. Ahí dentro era el dueño de la fábrica. En un sector en expansión. Pronto tendría que ampliar. Si él no cubría la demanda, lo haría otro, así eran las sencillas reglas del capitalismo. Por eso llevaba tiempo planificando hacerse con una de las fábricas vacías, poner en marcha una producción ficticia como tapadera, mientras fabricaba poción en los cuartos traseros. Vigilantes, alambradas de espino, sus propios camiones entrando y saliendo. Podría multiplicar su producción por diez y exportar al resto del país. Pero sería más visible y requeriría protección policial. Exigía que el

director de la policía fuera suyo. Era necesario un Kenneth. ¿Qué hacer si Kenneth estaba muerto? Se creaba uno nuevo y se le despejaba el camino.

Sus picadores y empaquetadores le dirigieron sonrisas forzadas y breves inclinaciones de cabeza antes de retomar sus tareas con renovado brío. Tenían miedo. En realidad, aquella era la función primordial de las inspecciones. No interrumpir el ciclo —eso era irreversible—, pero sí retrasarlo. Todos los que estaban en aquel sótano intentarían engañarle en algún momento, llevarse algo a casa y venderlo por su cuenta. Los descubrirían y la sentencia se ejecutaría de manera inmediata. Lo haría Strega. Parecía gustarle que las tareas fueran variadas. Igual que lo de ser emisaria junto con las hermanas.

—Bueno, Strega —dijo Hekate—, ¿crees que la semilla que hemos sembrado en Macbeth florecerá?

—Como las ortigas, las ambiciones de los hombres siempre querrán alcanzar el sol y ensombrecerán y matarán cuanto las rodea.

—Esperemos que sea así.

—Son ortigas, no pueden evitarlo. Son tontas y malvadas. Si el primer vaticinio de la adivina se cumple, creerán ciegamente en el siguiente. Ahora Macbeth ha sabido que será el próximo jefe de la sección del Crimen Organizado. La cuestión es una sola: si Macbeth lleva en sí la ambición de la ortiga. Y la crueldad que hace falta para llegar al final del camino.

—Macbeth, no. Pero ella, sí.

—¿Ella?

—Lady, su amada soberana. No la conozco, pero aun así adivino sus más íntimos secretos y la entiendo mejor de lo que te entiendo a ti, Strega. Todo lo que Lady necesita es un poco de tiempo para llegar a la conclusión inevitable. Créeme.

—¿Que es...?

—Quitar a Duncan de en medio.

—¿Y después?

—Después —dijo Hekate golpeando el bastón contra el suelo, toc, toc—,

volverán los buenos tiempos.

—¿Estás seguro de que podremos controlar a Macbeth? Ahora que ya no se pincha, no será... ¿un moralista?

—Mi querida Strega, lo único más predecible que un yonqui o un moralista es un yonqui moralista enamorado.

Banquo estaba tumbado en el dormitorio del segundo piso oyendo llover, el silencio de la habitación, el tren que nunca llegaba. El trazado ferroviario pasaba por delante, se veía la gravilla mojada y brillante donde habían quitado parte de las vías y las traviesas. Bueno, robado. Vera y él habían sido felices aquí. Habían pasado buenos tiempos. Conoció a Vera cuando trabajaba en la joyería Jacobs e Hijos, adonde iba la gente bien a comprar alianzas y regalos. Una noche saltó la alarma antirrobo y Banquo, que conducía un coche patrulla, se plantó allí con las sirenas ululando antes de un minuto. En el interior, una joven asustada y desesperada intentaba hacerse oír a pesar de la estridente alarma gritando que solo iba a cerrar. Era nueva y debía haber cometido un error al conectarla. El solo llegó a entender palabras sueltas, pero dispuso de tiempo para contemplarla. Cuando por fin se echó a llorar, la había abrazado con delicadeza para consolarla. Parecía un pajarito tembloroso y cálido. Las semanas siguientes fueron al cine, pasearon en el extremo soleado del túnel y dejó que él la besara un instante en el portal. Vivía en casa, en el seno de una familia de clase trabajadora en la que había tenido que contribuir desde muy joven, y había trabajado en la fábrica Estex, como sus padres. Hasta que tuvo una tos muy fea, un consejo extraoficial del médico de que buscara trabajo en otro sitio y un puesto en Jacobs gracias a unas recomendaciones.

—El sueldo es peor —dijo ella—. Pero la esperanza de vida, mayor.

—Todavía toses.

—Solo cuando llueve.

—Entonces tendremos que asegurarnos de que haya sol. ¿Damos otro paseo el domingo?

Al cabo de medio año Banquo se presentó un día en la joyería y le preguntó si podía ayudarlo a elegir un anillo de compromiso. Parecía tan desconcertada que él se echó a reír.

Después de casarse, se mudaron a lo que entonces era una casa pequeña con vecinos en el primer piso. Ahora estaba tumbado en la cama que habían conseguido comprar después de ahorrar y donde habían hecho el amor. Por consideración al vecino, Vera, que era una mujer apasionada pero tímida, esperaba a correrse cuando pasara el tren. Pero cuando el convoy pasaba atronador, haciendo temblar las paredes y las lámparas del techo, se dejaba ir, gritaba y le clavaba las uñas en la espalda. Hizo lo mismo cuando dio a luz a Fleance en aquella misma cama. Esperó a que llegara el tren, gritó, le clavó las uñas en la palma de la mano y empujó hasta que su hijo salió.

Al año siguiente compraron el primer piso y dispusieron de más espacio. Eran tres y enseguida podrían ser más. Pero cinco años después solo eran dos, un chico y un hombre. Fueron sus pulmones. Los médicos echaron la culpa a la contaminación del aire, todos los venenos de las fábricas que se quedaban como una boina sobre la ciudad. Con los pulmones ya dañados de antes... Banquo se culpaba. No había sido capaz de reunir el dinero suficiente para trasladar a su familia al otro lado del túnel, a Fife, a cualquier lugar con un poco de sol donde el aire fuera respirable.

Ahora les sobraba espacio. Oía la radio en la planta de abajo y sabía que Fleance estaría allí estudiando. Era aplicado, Fleance, tenía muchas ganas. Tendría que consolarse con que aquellos a quienes les resultaba fácil y todo les salía gratis al principio, con frecuencia perdían el entusiasmo cuando las cosas se complicaban. Entonces llegaba el turno de los que eran como su hijo, que se había visto obligado a adquirir buenas rutinas de trabajo y estaba acostumbrado a hacer un esfuerzo para aprender. Claro que sí. Todo iría bien. ¿Quién sabe? Tal vez el chico conocería a una chica y fundaría una familia. En aquella casa, por ejemplo. Quizá llegaran nuevos tiempos, tiempos mejores. Tal vez pudieran ayudar aún más a Duncan, ahora que Macbeth y él estaban al frente de la lucha

contra el crimen organizado de la ciudad. Había sido una sorpresa tan grande para él como para el resto de la jefatura. En el sótano de la Guardia Real el agente Ricardo lo había dicho bien claro: le costaba imaginarse a Macbeth y Banquo, con traje y corbata, sentados tras un escritorio. Haciendo diagramas y presentando presupuestos. O en cócteles, conversando con directores de la policía, autoridades de la ciudad y otra gente elegante. Pero iban a demostrárselo. Al menos no sería por falta de voluntad. Puede que hubiera llegado el turno de quienes eran como Macbeth, que estaba acostumbrado a esforzarse para conseguir lo que deseaba. Nadie en la jefatura sabía lo enganchado que Macbeth había estado al *speed* en su adolescencia, lo loco que se volvía, lo desesperadamente perdido que estuvo. Banquo era un agente de patrulla cuando se encontró al chico encogido bajo la marquesina de una parada de autobús, drogado hasta perder el sentido. Lo despertó, quería que se marchara de allí. Pero algo en sus suplicantes ojos castaños, algo en sus movimientos ágiles cuando se puso de pie, en su cuerpo compacto y sus maneras, le había dicho a Banquo que estaba perdiéndose alguna cosa. Una cosa que tal vez fuera camino de algún lugar. Una cosa que tal vez todavía pudiera salvarse. Esa noche Banquo se llevó al chaval de quince años que tartamudeaba ligeramente a su casa, le buscó ropa seca, Vera le dio de comer y lo metieron en la cama. Al día siguiente, un domingo, Vera, Banquo y el chico atravesaron el túnel, emergieron al sol al otro lado y dieron un largo paseo por las verdes laderas. Macbeth contó, al principio tartamudeando, luego cada vez menos, que se había criado en un orfanato y que soñaba con trabajar en un circo. Les mostró que era capaz de hacer juegos malabares y después contó cinco pasos desde un gran roble y tiró la navaja de Banquo, que quedó clavada y vibrante en el tronco. Le costó más enseñarles las cicatrices de sus antebrazos y hablar de ellas. No lo hizo hasta tiempo después, cuando comprendió que Banquo y Vera eran personas en quienes podía confiar. Incluso entonces solo les contó que había empezado cuando huyó del orfanato, no cómo había sido ni qué lo había desencadenado. Después vinieron más domingos, más conversaciones y excursiones. Banquo

recordaba aquella primera salida especialmente bien porque Vera le había susurrado en el coche camino de casa: «Hagamos un chico así». Cuando un orgulloso Banquo había acompañado a Macbeth hasta la puerta de entrada de la Academia Superior de Policía, Fleance tenía tres años y Macbeth llevaba ese mismo tiempo sin drogarse.

Banquo se volvió a mirar la foto de la mesilla. Estaba con Fleance debajo del manzano muerto del jardín. El primer día de Fleance en la academia: vestía el uniforme de policía, era por la mañana temprano, lucía el sol y la sombra del fotógrafo se proyectaba sobre ellos.

Oyó un arrastrar de silla y a Fleance, que deambulaba dando fuertes pisotones en el piso de abajo. Enfadado, frustrado. No siempre era fácil entenderlo todo a la primera. Llevaba tiempo adquirir competencia. Llevaba tiempo y fuerza de voluntad cambiarse a uno mismo, las costumbres y la manera de actuar. Igual que exigía tiempo y fuerza de voluntad renunciar a la droga, la vía de escape a la que te habías enganchado tanto. Como llevaba tiempo transformar una ciudad, paliar injusticias, hacer limpieza entre los saboteadores, los políticos corruptos y el crimen organizado, darles a los ciudadanos un aire que fuera respirable.

Abajo reinaba el silencio. Fleance se había sentado.

Porque podía conseguirse. Afrontando los días de uno en uno, trabajando, haciendo lo que hiciera falta.

Entonces incluso podría ocurrir que un día volviera a pasar el tren.

Aguzó el oído. Solo se oía el silencio. Y la lluvia. Pero si cerraba los ojos, tal vez también la respiración de Vera a su lado en la cama.

La respiración jadeante de Caithness se apaciguó poco a poco.

—Tengo que llamar a casa —dijo Duff. Besó su frente sudada y puso los pies en el suelo.

—¿Ahora? —exclamó ella.

Por la manera como ella se mordía el labio inferior, se dio cuenta de que había

sonado más indignada de lo que pretendía. ¿Quién decía que él no entendía a las personas?

—Esta mañana a Ewan le dolían las muelas, tengo que preguntarle cómo ha ido.

Ella no respondió y Duff caminó desnudo por el apartamento. Solía hacerlo, puesto que era un ático y no había vecinos que pudieran verle. Tampoco le importaba que lo vieran desnudo. Estaba orgulloso de su cuerpo. Tal vez le gustaba especialmente porque había pasado su infancia avergonzado por la cicatriz que le cruzaba la cara. El piso era grande, más grande de lo que cabría esperar para una joven funcionaria. Duff se había ofrecido a contribuir al pago del alquiler, ya que pasaba allí tantas noches, pero ella le dijo que su padre se encargaba.

Duff fue al despacho, cerró la puerta a sus espaldas y marcó el número de Fife.

Oyó la lluvia que repiqueteaba contra la ventana de la buhardilla, justo encima de su cabeza. Contestó a la tercera. Siempre contestaba a la tercera, daba igual en qué lugar de la casa se encontrara.

—Soy yo —dijo—. ¿Cómo ha ido el dentista?

—Ya está mejor —respondió ella—. No estoy segura de que fuera dolor de muelas.

—Ah, entonces ¿qué era?

—Hay otras cosas que pueden doler. Lloraba y, cuando le pregunté por qué, no quiso decirlo y soltó lo primero que se le ocurrió. Ya se ha acostado.

—Mmm... Mañana volveré a casa, hablaré con él. ¿Qué tiempo hace?

—Despejado. Hay luna. ¿Por qué?

—Mañana podríamos ir al lago, todos juntos. A bañarnos.

—¿Dónde estás, Duff?

Se quedó rígido al notar algo en su tono de voz.

—¿Dónde? En el Gran Hotel, como siempre. —Y añadió, un poco demasiado risueño—: Es hora de que los hombres cansados se vayan a la cama, ya lo sabes.

—He llamado al Gran Hotel antes. Dijeron que no habías reservado habitación.

Se quedó paralizado con el teléfono en la mano.

—He llamado porque Emilie necesitaba ayuda con un problema de matemáticas. Como sabes, no se me da bien sumar dos y dos. Así que, ¿dónde estás?

—En la oficina —dijo Duff resoplando—. Duermo en el sofá del despacho. Es una locura todo el trabajo que hay. Siento haberte dicho que estaba en el hotel, pero pensé que no hacía falta que tú y los niños supierais lo duro que está siendo esto.

—¿Duro?

Duff tragó saliva.

—Tanto trabajo... Y a pesar de eso no me dieron el cargo de jefe de la sección del Crimen Organizado. —Se encogió, oyó lo patético que sonaba, como si le estuviera pidiendo que le soltara del anzuelo por compasión.

—Bueno, bueno, al menos te han dado la de Homicidios. Y entiendo que ya tienes un despacho nuevo.

—¿Cómo?

—En el último piso. Me refiero a que oigo la lluvia en el tejado. Voy a colgar. Se oyó un clic y ella había desaparecido.

Duff sintió un escalofrío. Hacía frío en la habitación, debería haberse vestido. No haber estado tan desnudo.

Lady escuchó la respiración de Macbeth y se estremeció.

Fue como si algo helado hubiera atravesado la habitación. Un alma en pena. El espectro de un niño. Tenía que escapar de la oscuridad opresora, salir de la prisión de la mente que se había llevado a su madre y a su abuela y ascender a la luz. Luchar por su libertad, sacrificar lo que fuera necesario para tener un lugar al sol. O ser el sol. Ser una estrella. Una madre brillante que se devoraba a sí misma para dar vida a otros. Pero, mientras se quemaba, sería el centro del

universo. Sí. Arder. Así como su respiración y su piel ardían ahora y espantaban el frío de la habitación. Se pasó una mano por el cuerpo, notó pinchazos en la piel. El mismo pensamiento, la misma decisión que entonces. Que había que hacerlo, que no quedaba alternativa. Que el único camino iba en línea recta, atravesaba cualquier cosa que encontrara a su paso, igual que una bala.

Puso la mano en el hombro de Macbeth. Dormía como un niño. Por última vez dormía como un niño. Luego lo movió.

Él se volvió hacia ella murmurando, quiso cogerla. Siempre estaba a punto. Ella le sujetó las manos, iracunda.

—Querido —le susurró—, tienes que matarlo.

Abrió los ojos, ella los vio iluminados en la oscuridad. Le dejó las manos libres.

Puso una mano sobre su mejilla. La misma decisión que entonces.

—Tienes que matar a Duncan.

6

Lady y Macbeth se habían encontrado por primera vez una noche de verano hacía cuatro años. Había sido uno de los escasos días en que el sol brillaba desde un cielo sin nubes y Lady estaba segura de que por la mañana había oído el canto de un pájaro. Pero al atardecer y llegar el turno de noche una luna malvada había asomado sobre el Inverness. Estaba en la entrada principal del casino, bajo ese resplandor lunar, cuando apareció en el vehículo acorazado de la Guardia Real.

—¿Lady? —preguntó mirándole a los ojos.

¿Qué había visto ella? ¿Fuerza y decisión? Quizá. O tal vez era lo que necesitaba ver en aquel preciso instante.

Lady asintió con la cabeza. Le pareció algo joven. Y le pareció que el hombre que se encontraba un paso detrás de él —mayor, de cabello blanco y mirada serena— quizá estuviera más preparado para la misión.

—Soy el inspector Macbeth. ¿Ha habido algún cambio en la situación, señora?

Ella negó con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Hay algún lugar desde el que podamos verlos?

—La entreplanta.

—Banquo, prepara a los hombres. Yo echaré un vistazo.

Antes de subir a la entreplanta el policía joven le susurró que se quitara los zapatos de tacón, a fin de hacer el menor ruido posible. Por eso ya no resultaba más alta que él. En la entreplanta fueron por la parte exterior, junto a las ventanas que daban a la plaza de los Trabajadores, para que no pudieran verlos

desde la sala de juego, que estaba debajo. A medio camino se acercaron a la balaustrada. Estaban en parte ocultos por la correa que sujetaba la araña de cristal del centro y la auténtica armadura maximiliana del siglo XVI que Lady había comprado en una subasta en Augsburgo. La idea era que, al verla allí arriba, los jugadores tuvieran la sensación de que estaban, o bien protegidos, o bien vigilados. Su conciencia escogería entre ambas opciones. Lady y el policía se pusieron en cuclillas y miraron hacia la sala, de la que los clientes y los empleados habían huido despavoridos veinte minutos antes, presas del pánico. Lady se encontraba en el tejado, contemplando la luna, e instintivamente había comprendido que era una luna perversa cuando oyó el estallido y los gritos. Fue hacia allí y agarró a uno de los camareros que huían, el cual le dijo que el tipo había disparado a una de las arañas de cristal y que tenía a Jack.

Ya había calculado lo que costaría una lámpara nueva, pero claro, eso no sería nada comparado con el coste que supondría que la pistola que ahora apuntaba a la sien de su mejor crupier, Jack, se dispara otra vez. Al fin y al cabo, parte de lo que su casino ofrecía era una emoción sin peligro, desconectar un rato, no tener que pensar en los crímenes que asolaban las calles. Si se daba la imagen de que el casino Inverness no podía garantizarlo, la sala de juego pronto se quedaría tan vacía como lo estaba ahora. Las dos únicas personas que quedaban allí abajo estaban sentadas junto a la mesa de black-jack, bajo el otro lado del entresuelo. El pobre Jack se encontraba allí, blanco como la pared y tieso como un palo.

Detrás de él, con la pistola, estaba el cliente.

—Es complicado disparar a esta distancia mientras se esconda tan bien detrás de tu crupier —susurró Macbeth sacando unos pequeños prismáticos del uniforme negro—. Tendremos que acercarnos más. ¿Quién es y qué quiere?

—Es Ernest Collum. Dice que matará a mi crupier si no le devolvemos todo lo que ha perdido en el Inverness.

—¿Y es mucho?

—Más de lo que tenemos en efectivo en la caja. Collum es uno de los adictos.

Ingeniero, un genio de los números, así que sabe de probabilidades, pero esos son los peores. Le he dicho que estamos intentando reunir el dinero, pero los bancos están cerrados así que puede llevarnos un rato.

—Tenemos poco tiempo, voy a entrar.

—¿Cómo lo sabe?

Macbeth se levantó y se guardó los prismáticos en el uniforme.

—Tiene las pupilas dilatadas. Va colocado, disparará. —Apretó una tecla del transmisor—. Código cuatro-seis. Ahora. Hazte cargo, Banquo. Corto.

—Banquo se hace cargo, corto.

—Le acompañaré —dijo Lady siguiendo a Macbeth.

—No creo que...

—Es mi casino. Mi Jack.

—Escúcheme, señora...

—Collum me conoce y las mujeres lo tranquilizan.

—Esta es una misión policial —dijo Macbeth y se precipitó escaleras abajo.

—Voy con usted —dijo Lady corriendo tras él.

Macbeth se detuvo cortándole el paso.

—Míreme —dijo.

—No, míreme usted a mí. ¿Tengo aspecto de no acompañarle? Collum espera que yo le lleve el dinero.

La miró. La miró bien. La miró como la habían mirado otros hombres. Pero también de una manera que nadie, ni hombre ni mujer, la había mirado. La miraban con admiración o miedo, deseo o respeto, odio, enamoramiento o sumisión; la valoraban, la juzgaban, se equivocaban. Pero aquel joven la miraba como si por fin hubiera encontrado algo. Algo que reconocía. Algo que había estado buscando.

—Pues venga, pero mantenga la boca cerrada, señora.

La gruesa alfombra amortiguó el sonido de sus pasos cuando entraron en la sala.

La mesa a la que estaban sentados los dos hombres se hallaba peor iluminada

de lo habitual a causa de la araña de cristal rota. Jack parecía tener la cara paralizada en un gesto de terror que no cambió al ver que Lady y Macbeth se aproximaban a ellos. Lady vio que la mano que sujetaba la pistola se levantaba.

—¿Quién eres? —La voz de Collum sonaba algo pastosa.

—Soy el inspector Macbeth de la Guardia Real. —Apartó una silla y se sentó. Puso las dos manos sobre la mesa, donde eran bien visibles—. Mi trabajo es negociar contigo.

—No hay nada que negociar, inspector. Este jodido casino me ha estado engañando durante años, me ha arruinado. Marcan las cartas. Ella marca las cartas.

—¿Has llegado a esa conclusión después de tomar poción? —preguntó Macbeth tamborileando con los dedos sin hacer ruido sobre el tapete verde—. Ya sabes que altera la percepción de la realidad.

—La realidad, inspector, es que tengo una pistola y que veo las cosas más claras que nunca. Si no me traen el dinero dispararé primero aquí, a Jack, y luego a ti, puesto que intentarás sacar el arma, y luego a la supuesta dama, que para entonces habrá intentado huir o reducirme, pero ya será tarde para ambas cosas. Después es probable que me pegue un tiro, aunque ya veremos si no estoy de mejor humor tras haberos mandado a los tres al infierno y volado este sitio por los aires. —Soltó una carcajada—. No veo el dinero, se cancelan las negociaciones. Así que vamos a empezar...

El percusor se elevó aún más. A Lady se le escapó una mueca y esperó el estallido.

—Doble o nada —dijo Macbeth.

—¿Perdón? —dijo Collum.

Su habla era impecable. Iba perfectamente afeitado y vestido de esmoquin, con la camisa blanca inmaculada recién planchada. Lady estaba segura de que llevaba la ropa interior limpia. Que sabía desde el principio que aquello no iba a terminar con él saliendo de allí con un maletín lleno de dinero. Que se lo llevarían tan arruinado como entró. Pero impecable, eso sí.

—Tú y yo vamos a jugar una mano de black-jack. Si ganas, te llevarás el doble del dinero que has perdido aquí. Si pierdes, me entregarás la pistola con el cargador lleno y renunciarás a toda reclamación contra el casino.

Collum se echó a reír.

—¡Menudo farol!

—El maletín con el dinero que has pedido ya está aquí. Está en el coche patrulla aparcado ahí fuera. La propietaria del casino se ha ofrecido a doblar la cantidad si nos ponemos de acuerdo. Porque sabemos que han manipulado las cartas y que debe hacerse justicia. ¿Qué me dices, Ernest?

Lady observó a Collum: su ojo izquierdo era el único visible detrás de la cabeza de Jack. Ernest Collum no era tonto, al contrario. No creía en la existencia de un maletín con dinero. Pero aun así... A veces parecía que los más inteligentes eran justo los que se negaban a reconocer lo inevitable del cálculo de probabilidades, que con el tiempo todos estaban condenados a perder contra el casino.

—¿Por qué harías eso? —dijo Collum.

—¿Y bien? —dijo Macbeth.

Collum pestañeó un par de veces.

—Yo doy, tú juegas —dijo—. Ella reparte.

Lady miró a Macbeth, que asintió. Lady agarró el mazo de cartas, las barajó, puso dos delante de Macbeth, boca arriba.

Un seis. Un rey de corazones.

—*Sweet sixteen*. —Collum soltó una risita.

Lady puso dos cartas delante de Collum, una boca arriba. As de trébol.

—Una más —dijo Macbeth alargando la mano.

Lady le dio la primera carta del mazo. Macbeth se la acercó al pecho, la miró. Miró a Collum.

—Parece que te has rajado, *sweet sixteen* —dijo Collum—. Déjame ver.

—Ah, estoy bastante satisfecho con mis cartas —dijo Macbeth. Sonriéndole,

le lanzó la carta hacia la derecha, donde la mesa estaba en penumbra. Collum se inclinó instintivamente unos milímetros en la misma dirección para verla mejor.

Lo demás sucedió tan deprisa que Lady lo recordaba como un fogonazo. El destello de una mano en movimiento, del acero que reflejaba la luz al cruzar la mesa, el brillo de un ojo de Collum que la miraba fijamente, muy abierto, como si protestara ofendido, la luz que incidía en la cascada de sangre que manaba a ambos lados de la hoja del puñal que atravesaba su yugular. Luego los sonidos. El golpe amortiguado de la pistola que impactaba sobre la alfombra gruesa, demasiado cara. El gorgoteo de la sangre sobre la mesa. El hondo gemido de Collum cuando su ojo izquierdo se apagó. Un único sollozo tembloroso de Jack.

Y recordaba las cartas. Ni el as ni el seis. Sino el rey de corazones. En la penumbra, la dama de picas. Los dos empapados en la sangre de Ernest Collum.

Entraron con sus uniformes negros, deprisa, sin hacer ruido, obedeciendo hasta el menor de sus gestos. No habían tocado a Collum, pero se llevaron al lloroso Jack. Ella apartó una mano que quiso ayudarla. Se quedó sentada contemplando al joven jefe de la Guardia Real, que se había reclinado ligeramente en el asiento con aire satisfecho.

Como alguien que cree que ha ganado la última mano.

—Collum se lleva la última mano —dijo ella.

—¿Qué?

—Si no la encontramos.

—¿Encontrar qué?

—¿No ha oído lo que ha dicho? «Después de haberos mandado a los tres al infierno y volado este sitio por los aires.»

La miró fijamente por un instante, primero sorprendido, luego de otra manera. Con reconocimiento, con respeto. Después gritó:

—¡Ricardo! ¡Rastreo de bombas!

Ricardo era un miembro de la Guardia Real con una serena seguridad en la mirada, en sus movimientos y en las órdenes que daba sin alzar la voz. Su piel era tan negra que Lady tuvo la impresión de que podría reflejarse en ella.

Ricardo y sus hombres tardaron cuatro minutos en dar con lo que buscaban, en una cabina cerrada del aseo. Una maleta con estampado de cebra que Collum había introducido después de que el guardia de la puerta revisara su contenido. Collum había explicado que se trataba de cuatro lingotes de oro, que pensaba apostar en la mesa de póquer más exclusiva donde, hasta que llegó la prohibición de la Comisión de Juego y Casinos, se permitía hacer apuestas con efectivo, relojes, alianzas de boda, resguardos de las casas de empeños, llaves de coches y cualquier cosa que los jugadores acordaran entre ellos. Bajo las barras de hierro pintadas de dorado, el ingeniero y genio de las matemáticas Collum había colocado una bomba casera con temporizador. Más tarde los expertos en explosivos de la Guardia Real manifestaron su respeto por él, desde el punto de vista técnico. Lady no recordaba exactamente cuántos minutos faltaban para la explosión cuando consiguieron desactivarla.

Pero recordaba, como ya se ha dicho, las cartas.

El rey de corazones y la dama de picas. Se conocieron esa noche, bajo una luna perversa.

Lady lo invitó a cenar en el casino la noche siguiente. Macbeth dijo sí a la invitación y no al aperitivo. No al vino, sí al agua. Pidió que prepararan la mesa en el entresuelo, con vistas a la plaza de los Trabajadores, donde el agua caía imparable y se deslizaba silenciosa por los adoquines de la estación hacia el Inverness. Los arquitectos habían situado la estación de ferrocarril un poco más elevada sobre el terreno porque opinaban que el peso de tanto mármol y locomotoras como *Bertha* con el tiempo hundirían el suelo en el lodazal siempre húmedo que conformaba el sedimento de la ciudad.

Habían hablado de todo un poco y evitado los temas demasiado personales. Los acontecimientos de la noche anterior. En resumen: lo habían pasado bien. Él era, si no cortés, encantador y divertido. Sumamente atractivo con aquel traje gris que le quedaba un poco estrecho, le contó que se lo había dado su amigo de cierta edad, Banquo. Ella escuchó relatos sobre el orfanato, un colega que se

llamaba Duff y un circo ambulante con el que había pasado un verano cuando era niño. El domador de leones nervioso y siempre acatarrado, la pareja de hermanos delgadísimos que eran trapezistas y solo comían alimentos alargados, el mago que llevaba al público al centro de la pista y hacía que sus pertenencias, una alianza, una llave o un reloj, volaran por los aires ante sus mismos ojos. Él escuchó con interés lo que Lady le contó sobre el casino que había erigido de la nada. Y al final, cuando tenía la sensación de que ya había contado todo lo que se podía, levantó la copa de vino y preguntó.

—¿Por qué crees que lo hizo?

Macbeth se encogió de hombros.

—La poción de Hekate vuelve loca a la gente.

—Es cierto que lo arruinamos, pero no hacemos trampas con las cartas.

—Tampoco creí que fuera el caso.

—Hace dos años tuvimos dos crupieres que colaboraban con jugadores de la mesa de póquer y robaban a los otros jugadores. Los despedí, naturalmente, pero he oído decir que se han asociado con gente de dinero y han solicitado autorización al ayuntamiento para construir un nuevo casino.

—¿El Obelisco? Sí, he visto los planos.

—¿Tal vez también sepas que algunos de los jugadores con quienes se conchabaron eran políticos, hombres de Kenneth?

—Algo de eso he oído, sí.

—Así que construirán ese casino... Te aseguro que allí la gente como Ernest Collum tendrá buenas razones para sentirse engañada.

—Me temo que llevas razón.

—Esta ciudad necesita nuevos líderes. Comenzar de cero.

—*Bertha* —dijo Macbeth señalando con un movimiento de la cabeza la estación central, donde la vieja locomotora empapada de lluvia, negra y brillante, ocupaba un pedestal frente a la entrada principal, con las ruedas colocadas sobre ocho metros de las vías originales que habían conducido hacia Capitol—.

Banquo dice que hay que ponerla en marcha otra vez. Que necesitamos actividades nuevas, saludables. En esta ciudad también hay energía positiva.

—Podemos albergar esa esperanza. Pero volviendo a anoche... —Hizo girar su copa de vino. Sabía que estaba mirándole el escote. Estaba acostumbrada a que todos los hombres lo hicieran, no le hacía sentir nada especial, solo sabía que sus ventajas como mujer en ocasiones podían ser útiles y otras veces era mejor no recurrir a ellas, como cualquier otra herramienta empresarial. Pero su mirada era diferente. Él era diferente. No era nadie que le resultara útil, solo un policía agradable en la parte inferior del escalafón. ¿Por qué estaba allí sentada con él? Era evidente que ella podía haberle mostrado su agradecimiento sin necesidad de su presencia. Observó su mano, que acababa de agarrar el vaso de agua. Las venas gruesas sobre el dorso bronceado por el sol. Parecía que salía de la ciudad cuando podía—. ¿Qué habrías hecho si Collum no hubiera aceptado jugar al black-jack? —preguntó.

—No lo sé —respondió él mirándola.

Ojos castaños. La gente de aquella ciudad los tenía azules, había conocido a hombres de ojos castaños antes, claro. Pero no como aquellos. No tan... intensos. Y a la vez vulnerables. Dios mío, ¿estaba dejándose fascinar? ¿A esas alturas?

—¿No lo sabes? —preguntó ella.

—Dijiste que estaba enganchado. Supuse que no resistiría la tentación de jugar una última vez. Jugárselo todo.

—Has frecuentado muchos casinos, por lo que veo.

—No. —Se echó a reír como un niño—. Ni siquiera sabía qué mano tenía.

—¿Dieciséis contra un as? Yo diría que lo tenías mal. ¿Cómo podías estar tan seguro de que jugaría? La historia que le contaste no era muy convincente.

Él se encogió de hombros. Ella contempló el vaso de agua. Supo por qué Macbeth lo había intuido. Que él sabía lo que era ser adicto.

—¿En algún momento dudaste de que pudieras detenerle antes de que disparara a Jack?

—Sí.

—¿Sí?

El joven policía bebió un trago de agua. El tema no parecía gustarle. ¿Debía dejar que se escapara? Lady se inclinó sobre la mesa.

—Cuéntame, Macbeth.

Él dejó el vaso.

—Para que un hombre quede inconsciente sin tener tiempo de disparar en una situación como esa, debes dispararle a la cabeza o seccionarle la yugular. Cortándole la yugular se produjo un solo y brutal chorro de sangre, el resto manó despacio, como pudiste ver. Bien, el oxígeno que su cerebro precisaba estaba en el primer golpe de sangre, eso quiere decir que se hallaba inconsciente antes de que el chorro impactara sobre la mesa. Había dos problemas. Para empezar, la distancia ideal para lanzar un puñal, que son cinco pasos. Estaba mucho más cerca pero, afortunadamente, los puñales que utilizo tienen el peso equilibrado. Eso hace que sean mucho más difíciles de lanzar para alguien sin práctica, pero para quien sí la tiene, facilita el control de la rotación. El otro problema es que la postura de Collum solo me daba acceso a la arteria por el lado izquierdo del cuello, lo que me obligaba a tirar con la derecha. Como puedes ver, soy zurdo. Necesitaba algo de suerte. Y no suelo tenerla. Por cierto, ¿qué carta era?

—La dama de picas. Perdiste.

—Ya lo ves.

—¿No tienes suerte?

—Al menos en los juegos de cartas, no.

—¿Y?

Macbeth reflexionó un instante. Luego negó con la cabeza.

—No, en el amor tampoco.

Se rieron. Brindaron y volvieron a reír. Oyeron llover. Ella cerró los ojos un momento. Creyó haber oído el tintineo del hielo en los vasos del bar. El áspero sonido de la bola contra la madera de la rueda de la ruleta. Los latidos de su propio corazón.

—¿Qué? —Él pestañeó en la oscuridad del dormitorio.

Ella se lo repitió:

—Tienes que matar a Duncan.

Lady oyó sus propias palabras, sintió que le crecían en la boca y acallaban los latidos de su corazón.

Macbeth se incorporó en la cama y la miró con detenimiento.

—¿Estás despierta o hablando en sueños, mi amor?

—No. Estoy aquí. Y sabes que tiene que hacerse.

—Has tenido una pesadilla. Y ahora...

—¡No! Piénsalo. Es lógico. O nosotros, o él.

—¿Quieres decir que quiere perjudicarnos? Acaba de ascenderme.

—Puede que nominalmente seas el jefe de la sección del Crimen Organizado, pero en la práctica estás a merced de los deseos de Duncan. Si quisieras cerrar el Obelisco, si quieres ahuyentar a los camellos de la zona de Inverness y aumentar el número de patrullas en estas calles para que la gente se sienta segura, tienes que ser el director de la policía. Y eso solo respecto a las cosas menores. Piensa en todas las grandes cosas que podríamos lograr si tú ocuparas el sillón de director, cariño.

Macbeth se echó a reír.

—Duncan tiene grandes proyectos.

—No lo dudo, honestamente, pero para obtener grandes logros un comisario debe contar con el apoyo de la mayoría de la población. Para la gente de esta ciudad Duncan es solo otro estirado que ha acabado ocupando un puesto de mando, exactamente igual que lo era Kenneth, lo mismo que Tourtell en el ayuntamiento. No son las hermosas palabras las que se ganan a la gente, sino quién eres. Y tú eres uno de ellos, Macbeth. Sentimos lo mismo que ellos. Queremos lo que ellos quieren. Escucha: «Del pueblo, para el pueblo, con el pueblo», ¿entiendes? Solo nosotros podemos decirlo.

—Lo entiendo, pero...

—Pero ¿qué? —Le pasó una mano por vientre—. ¿No quieres mandar? ¿No eres un hombre, no quieres estar en la cima? ¿Te conformas con chuparles las botas a otros?

—Por supuesto que no. Pero si nos limitamos a esperar, puede que acabe en ese cargo de todas formas. Al fin y al cabo, como jefe de la sección del Crimen Organizado soy el número tres del escalafón.

—¡No tienen intención de nombrarte director, cariño! Piénsalo. Te han designado a ese puesto para dar la impresión de que valemos tanto como ellos. Nunca te darán la dirección. No de manera voluntaria. Tenemos que asaltarla.

Él se volvió y le dio la espalda.

—Vamos a olvidarnos de esto, mi amor. De la misma manera que has olvidado que Malcolm sería el director de la policía si Duncan causara baja.

Lo agarró por el hombro y tiró de él hasta que quedó de nuevo mirándola.

—No me he olvidado de nada. No me he olvidado de que Hekate ha dicho que serás el director de la policía, eso significa que tiene un plan. Nosotros nos ocuparemos de Duncan, que él se las apañe con Malcolm. No he olvidado la noche en que te ocupaste de Ernest Collum. Duncan es Collum, querido. Apunta con una pistola a la cabeza de nuestro sueño. Tienes que reunir el valor que tuviste aquella noche. Tienes que ser el hombre que fuiste aquella noche, Macbeth. Por mí. Por nosotros. —Le puso la mano en la mejilla, su voz se suavizó—: La vida no da muchas oportunidades a la gente como nosotros, mi amor. Tenemos que aprovechar las pocas que se presentan.

Se quedó allí tumbado. Mudo. Ella esperó. Aguzó el oído, pero ya no había palabras que acallaran su corazón acelerado. Él tenía las ambiciones, los sueños y la voluntad, ella lo sabía; había sido lo que le sacó del agujero en que estaba metido, convirtiendo a un joven drogadicto en un alumno de la Academia Superior de Policía y, más tarde, en jefe de la Guardia Real. Era lo que tenían en común, los dos se habían abierto camino, habían pagado el precio.

¿Iba a detenerse ahora, a mitad de camino, antes de que pudieran disfrutar del premio? ¿Disfrutar de las vistas y del respeto de los demás? Él tenía el valor y la

energía brutal, pero también una carencia que podría salir cara: la falta de maldad. La maldad que era necesaria aunque solo fuera una vez, en un instante decisivo. Ese momento en que debes aceptar que no tienes de tu lado la moral de miras estrechas, cuando no tienes que perder la visión de conjunto, no puedes torturarte preguntándote si haces bien respecto a esa pequeña cuestión. Macbeth adoraba lo que él llamaba la justicia, y su fidelidad a las normas de otros era una debilidad por la que podía amarle. En tiempos de paz. Y despreciarle ahora, cuando sonaban tambores de guerra. Dejó que su mano se deslizara desde su mejilla, por el cuello, despacio, por su pecho y su abdomen. Y volvió a subir. Escuchó. Su respiración era regular, tranquila. Dormía.

Macbeth respiraba profundamente, como si durmiera. Ella apartó la mano. Se movía a su espalda. También respiraba tranquila. Intentó respirar al mismo ritmo que ella.

¿Matar a Duncan? Imposible. Claro que era imposible.

Entonces ¿por qué no podía dormir? ¿Por qué las palabras, los pensamientos, de ella seguían revoloteando como murciélagos por su cabeza?

«La vida no da muchas oportunidades a la gente como nosotros, mi amor. Tenemos que aprovechar las pocas que se presentan.»

Pensó en las oportunidades que la vida le había dado. La de aquella noche en el orfanato. Aquella a la que no se había aferrado. Y la que le había dado Banquo, que sí aprovechó. En cómo la primera casi lo destruyó y la segunda lo había salvado. Pero ¿no es cierto que hay oportunidades que uno no desea que le ofrezcan, porque algunas ocasiones te condenan a ser infeliz hagas lo que hagas, oportunidades que traen consigo el arrepentimiento de por vida, bien porque las aprovechemos, bien porque no? ¡Ay, esa insatisfacción rastrera que siempre tiene que envenenar hasta la felicidad más perfecta! A pesar de todo: ¿habría abierto el destino una puerta que pronto se cerraría de golpe? ¿Volvería a faltarle el valor, como aquella noche en el orfanato?

Imaginaba frente a él al hombre dormido, desprevenido en la cama. Indefenso.

A pesar de ello, era el hombre que se interponía entre él y la libertad que cualquier persona merece. Entre él y la dignidad que cualquier ser humano debería exigir. Entre Macbeth y el poder que podría obtener. Y el respeto. Y el amor.

Cuando despertó a Lady, ya amanecía.

—Si lo hiciera —dijo—, quedaría en deuda con Hekate.

Ella abrió los ojos como si hubiera estado despierta todo el tiempo.

—Pero ¿por qué piensas eso, cariño? Hekate solo ha predicho que ocurriría algo, eso no le da ningún derecho a exigir nada.

—Entonces ¿qué gana si llego a ser el director de la policía?

—Tendrás que preguntárselo a él, pero está claro que se habrá enterado de que Duncan ha jurado que no descansará hasta atraparlo. Se supone que no es improbable que des prioridad a capturar a las bandas de traficantes que recurren a la violencia y se disparan por la calle.

—¿A los Norse Riders, a los que ya tenemos de rodillas?

—O dar prioridad a cerrar los negocios que engañan a la gente para quedarse con sus ahorros.

—¿El Obelisco?

—Por ejemplo.

—Mmm... Mencionaste que podíamos hacer grandes cosas. ¿Tenías en mente algo que beneficiara a la ciudad?

—Por supuesto. Recuerda que como director decidirías a qué políticos hay que vigilar y a cuáles no. Todo el que conoce un poco el ayuntamiento sabe que cuantos han accedido a los puestos de poder en los últimos diez años han pagado por ello de maneras que no resistirían un escrutinio a plena luz. Y que estos a su vez se lo han cobrado. Bajo el mandato de Kenneth no les hacía falta esforzarse mucho para disimular su corrupción, las pruebas están ahí. Nosotros lo sabemos, ellos lo saben; eso quiere decir que podemos manipularlos como queramos, mi amor...

Lady le acarició los labios con el índice. Ya se lo dijo la primera noche: que

amaba sus labios. Que eran tan suaves, de piel tan fina, que podía saborear su sangre solo con morder un poco.

—Obligarlos a que por fin cumplan las promesas de poner en marcha las medidas que iban a salvar a esta ciudad —susurró él.

—Exacto.

—Poner a *Bertha* en la vía otra vez.

—Sí.

Ella le mordió el labio inferior; él sintió que los dos temblaban, que sus corazones se aceleraban. La agarró.

—Te quiero —susurró.

Macbeth y Lady. Lady y Macbeth. Respiraban al unísono.

Lady miró a Macbeth. Qué elegante estaba con el esmoquin. Se dio la vuelta, comprobó que el camarero se había puesto guantes blancos, como ella había pedido. Que las copas de champán de la bandeja eran las de boca estrecha. También, casi por diversión, había puesto un pequeño batidor de plata en la bandeja, a pesar de que muy pocos de los invitados habían visto uno alguna vez y aún sabían menos para qué servía. Macbeth se balanceó sobre los zapatos para que se hundieran en la espesa moqueta del Inverness y miró fijamente hacia la entrada. Durante todo el día había parecido nervioso. Solo al repasar los detalles prácticos del plan había recuperado la concentración, vuelto a ser el policía profesional de un equipo de asalto y olvidado que su objetivo tenía un nombre: Duncan.

Los guardias que esperaban en el exterior abrieron la puerta y una ráfaga de lluvia húmeda los envolvió.

Los primeros invitados. Lady esbozó su sonrisa más feliz y esperanzada y entrelazó su brazo con el de Macbeth. Sintió que él se ponía firme de manera instintiva.

—¡Banquo, viejo amigo! —exclamó ella—. ¡Vienes con Fleance, que se ha convertido en un joven tan atractivo que me alegro mucho de no tener hijas! —Besos y brindis—. ¡Lennox! Tú y yo tenemos que hablar, pero antes un poco de champán. ¡Ahí está Caithness! ¡Tienes un aspecto increíble, querida! ¿Por qué yo no encuentro vestidos como ese? ¡Subdirector Malcolm! Su título es demasiado largo, ¿le parece bien que le llame director a secas? No se lo diga a

nadie, pero a veces le pido a Macbeth que me llame «directora», solo para saber cómo suena.

Apenas los había visto antes, pero Lady conseguía que se sintieran como si se conocieran de toda la vida. Porque miraba dentro de ellos, veía lo que querían que se viera, era la bendición de la supersensibilidad entre todas sus maldiciones. Por eso podía saltarse los prolegómenos, abrirse camino a la primera. Tal vez fuera su estilo sencillo el que despertara su confianza. Solía empezar contando detalles aparentemente íntimos de su propia vida, algo que los hiciera pensar y lanzarse a hablar. Cuando se daban cuenta de que sus pequeños secretos recibían el premio de una risa cómplice y conspiradora, seguían con secretos algo mayores. Era poco probable que alguien supiera más de la vida de sus conciudadanos que su anfitriona de aquella noche.

—¡Director Duncan!

—Lady. Perdone el retraso.

—No, por favor. ¡Es un privilegio suyo! No queremos un director de la policía que llegue el primero. Yo siempre me aseguro de llegar la última, por si alguien no tuviera claro quién se cree la reina.

Duncan soltó una risita y ella le puso la mano en el brazo.

—Está riéndose, con eso ya considero que la velada ha sido un éxito, pero pruebe ya nuestro exquisito champán, querido director. Supongo que sus guardaespaldas no...

—No, ellos trabajan toda la noche.

—¿Toda la noche?

—Cuando uno ha amenazado públicamente a Hekate, hay que dormir con un ojo abierto, al menos. Yo duermo con dos pares de ojos abiertos.

—Hablando de dormir, le hemos dado a sus guardaespaldas la habitación contigua a su suite, con puerta comunicante, como pidieron. Las llaves están en recepción. Pero insisto en que al menos prueben mi limonada casera, que le aseguro no se prepara con el agua corriente de la ciudad. —Lady hizo una señal al camarero, que les mostró una bandeja con dos vasos.

—Nosotros... —dijo uno de los guardaespaldas y carraspeó.

—Me tomaré un «no» como un insulto personal —interrumpió Lady.

Los guardaespaldas intercambiaron miradas con Duncan, luego cogieron una copa cada uno, apuraron el contenido y volvieron a dejarlas sobre la bandeja.

—Es muy generoso por su parte ser la anfitriona de esta fiesta, señora —dijo Duncan.

—Solo faltaría, cuando me ha convertido en la mismísima esposa del jefe de la sección del Crimen Organizado.

—¿Esposa? No sabía que estuvieran casados.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Acaso es usted un hombre de los que dan importancia a los aspectos formales, director?

—Si con formalidades se refiere a las reglas, supongo que lo soy. Forma parte de la naturaleza de mi trabajo. Igual que en el suyo, supongo.

—La supervivencia de un casino depende de que todo el mundo sepa que las reglas se respetan y que no hay excepciones.

—Debo reconocer que nunca antes había puesto los pies en un casino. Sé que tiene usted obligaciones como anfitriona, pero ¿podría hacerme de guía del lugar?

—Será un placer —sonrió Lady y entrelazó su brazo con el suyo—. Venga.

Condujo a Duncan por la escalera hacia el entresuelo. Si la mirada y los pensamientos secretos del policía se sentían atraídos por la generosa abertura del vestido de Lady mientras lo precedía por la escalera, lo disimulaba bien. Se asomaron por la balaustrada. Era otra noche tranquila. Cuatro clientes en la ruleta grande, las mesas de black-jack vacías, cuatro jugadores de póquer en la mesa situada debajo de ellos.

El resto del grupo se había reunido en el bar, del que casi disponían para ellos solos. Lady vio que Macbeth manoseaba el vaso de agua, nervioso, mientras fingía escuchar a Malcolm y Lennox.

—Doce años atrás esto era una ruina húmeda destrozada por vándalos tras la

salida de las Autoridades Ferroviarias. Como sabe, somos el único condado del país que permite los casinos.

—Mérito del director de la policía Kenneth.

—Bendita sea su alma negra. Tenemos dos ruletas pequeñas y una grande, que puede ver allí. Están fabricadas según el modelo de Montecarlo. Se puede apostar en dos zonas idénticas a ambos lados de la rueda, que es sobre todo de caoba, un poco de madera de rosal y marfil.

—Es en verdad impresionante lo que ha montado aquí, Lady.

—Gracias, director, pero también es cierto que ha costado mucho.

—Lo entiendo. A veces uno se pregunta qué nos empuja a seguir adelante.

—Cuénteme qué le impulsa a usted.

—¿A mí? —Duncan reflexionó un instante—. La esperanza de que, algún día, esta ciudad sea un buen lugar para vivir.

—Lo que subyace a eso. Detrás de los hermosos principios que nos resultan tan fáciles expresar con palabras. ¿Cuál es su motivo egoísta, emocional? Ese motivo inconfesable, el que susurra por las noches y le persigue después de los discursos de celebración.

—Esa es una pregunta muy exigente, Lady.

—Es la única pregunta, querido director.

—Quizá. —Se encogió de hombros dentro del esmoquin—. Tal vez no necesite una motivación tan fuerte. Tuve la suerte de nacer en una familia más o menos pudiente en la que la formación, las ambiciones, los estudios y hacer carrera se daban por hecho. Mi padre hablaba alto y claro de la corrupción de los organismos públicos, supongo que por eso nunca llegó más lejos. Creo que me limito a seguir donde él lo dejó, que aprendí de los errores tácticos que cometió. La política es el arte de lo posible y, a veces, hay que recurrir al mal para combatir el mal. Hago lo que debo, supongo que no soy ningún santo, esa imagen de mí que le gusta dar a la prensa, señora.

—Los santos suelen hacer más bien poco, aparte de acabar canonizados. Me quedo con su táctica, director. También ha sido la mía.

—Lo entiendo. Sin conocer los detalles de su vida, sé que ha tenido usted que escalar un camino más largo y empinado que el mío.

Lady se echó a reír.

—Me encontrará en las páginas de sus archivos que ya amarillean, Duncan. Me busqué la vida con el oficio más viejo del mundo unos años, no es ningún secreto. Pero todos tenemos un pasado y, como ha dicho, hemos hecho lo que debíamos. ¿El director de la policía juega alguna vez? En ese caso me gustaría que esta noche jugara por cuenta de la casa.

—Gracias por su generosidad, Lady, pero incumpliría nuestras normas si aceptara.

—¿Incluso a título particular?

—Cuando te nombran director de la policía, el ciudadano particular deja de existir. Además no juego, señora. Prefiero no depender de los dioses de la fortuna, ganarme mis posibles premios.

—Pero aun así ha llegado donde está porque el dios de la fortuna, como lo llama, le repartió buenas cartas al nacer.

Duncan sonrió.

—He dicho que lo «prefería». La vida es un juego que uno juega con las cartas que tiene, o se retira.

—¿Puedo preguntar algo, director? ¿Por qué sonrío?

—Porque la pregunta, señora; imaginaba que preguntaría de todos modos.

—Solo quería decir que usted, mi querido Duncan, es una persona completamente honesta. Un hombre con principios firmes, y respeto tanto lo que usted es como lo que representa. Se ha atrevido a dar un puesto tan destacado en su equipo a una incógnita como Macbeth.

—Gracias, señora. Es mérito de Macbeth.

—¿Su nombramiento es parte de su programa anticorrupción?

—La corrupción es como las chinches: a veces hay que tirar abajo la casa para acabar con la plaga. Construir de nuevo con materiales que no estén infectados. Como Macbeth. No ha sido parte del sistema. No está infectado.

—Como lo estaba Cawdor.

—Como Cawdor, señora.

—Sé lo que cuesta cortar la carne infectada. Yo misma tuve dos trabajadores infieles en nómina. —Se asomó por la balaustrada y miró hacia la ruleta—. Aun así, lloré al despedirles. Sucumbir a la tentación del dinero, la riqueza, no deja de ser una debilidad humana muy generalizada. Fui demasiado blanda. En lugar de aplastar a esos bichos con el tacón, los dejé marchar. ¿Y cómo me lo agradecieron? Utilizando mis ideas, los conocimientos que yo les había dado y el dinero que seguro que robaron aquí para montar un establecimiento dudoso que no solo destruye la reputación del sector, sino que nos quita el pan a los que hemos creado el mercado. Si te limitas a echar a los parásitos, vuelven. No, debería haber hecho lo mismo que usted, director.

—¿Que yo, señora?

—Con Cawdor.

—No podía dejar que se saliera con la suya tras colaborar con Sweno.

—Quiero decir que hizo usted bien tu trabajo. Todo lo que tenían contra él era el testimonio de un Norse Rider, pero hasta el jurado y el juez más idiotas saben que los miembros de ese grupo son capaces de decir cualquier cosa para llegar a un trato con la policía y salir bien parados. Cawdor podía haberse librado.

—Teníamos algo más en contra de él, señora.

—No lo suficiente para asegurarse una sentencia condenatoria. El parásito Cawdor podría haber vuelto. Y luego estaba el escándalo, que se prolongaría en el tiempo. Un juicio con un montón de mierda que podía salpicar a unos y a otros. No es exactamente lo que la policía necesita cuando está intentado recuperar la confianza de los ciudadanos. Cuenta con todo mi apoyo, director. Hay que clavar el talón, aplastarlo y dejarlo atrás.

Duncan sonrió.

—Puede que sea un análisis preciso, pero espero que no esté insinuando que tuve algo que ver con la temprana marcha de Cawdor.

—No, Dios me libre. —Lady posó la mano sobre el brazo del director—. Solo

digo lo que suele comentar Banquo: hay más de una manera de despellejar un gato.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, como llamar a un hombre y decirle que ha llegado el día del Juicio Final, que las pruebas son tan concluyentes que dentro de unos minutos tendrá a la Guardia Real en la puerta, que será públicamente humillado, despojado de todo honor, que su nombre será ensuciado y se verá expuesto en la plaza para escarnio público. Que solo tiene unos minutos a su disposición.

Duncan observó la mesa de póquer a sus pies.

—Si tuviera unos prismáticos —dijo—, podría ver su jugada.

—Podría.

—¿De dónde han salido sus prismáticos, señora? ¿Fueron un regalo de nacimiento?

Ella se echó a reír.

—No, tuve que comprarlos. Con experiencias. Muy dolorosas.

—Por supuesto que no he dicho nada al respecto, pero Cawdor sirvió a este cuerpo muchos años. Como la mayoría de nosotros, no era del todo malo ni del todo bueno. Puede que él, que su familia, mereciera poder elegir la vía de salida.

—En ese caso, es usted más noble que yo, director. Yo habría hecho lo mismo, pero solo por razones egoístas. Salud.

Levantaron sus copas de champán y brindaron.

—Hablando de prismáticos —dijo Lady saludando con un movimiento de la cabeza a los que estaban en el bar—, veo que el comisario Duff y la joven Caithness tienen puestas las antenas.

—Ah, ¿sí? —Duncan enarcó una ceja—. Por lo que veo están cada uno en un extremo del bar.

—Exacto. Mantienen la distancia máxima. Y luego comprueban dónde está el otro cada quince segundos.

—No se le escapa nada.

—Tampoco que acerté de alguna manera cuando le he preguntado cuál era su

motivación oscura y egoísta.

Duncan se rio.

—¿También ve usted la oscuridad?

—Mi sensibilidad hacia lo oscuro es hereditaria, director. Puedo andar en sueños en plena noche sin hacerme daño.

—El motivo del acto más altruista puede considerarse egoísta, pero mi sencilla visión es que el fin justifica los medios.

—¿Así que quiere que le erijan una estatua como la de Kenneth? ¿O el amor de la gente, que no obtuvo?

Duncan la miró largo rato, comprobó que los guardaespaldas no podían oírles, apuró la copa y tras carraspear, dijo:

—Deseo paz de espíritu, señora. La satisfacción de haber cumplido con mi deber. Haber mantenido y mejorado la casa de mis antepasados. Sé que es perverso así que, por favor, no se lo diga a nadie.

Lady respiró hondo, se apoyó en la balaustrada. Una gran sonrisa iluminó su rostro.

—Pero ¿qué está haciendo la anfitriona? ¿Interrogando a sus invitados cuando tendrían que estar de fiesta! ¿Nos reunimos con los demás? Después iré a la bodega a buscar una botella que esperaba que llegara una ocasión como esta.

Después de soportar las prolongadas disquisiciones de Malcolm sobre las múltiples formas de evasión fiscal a las que daba pie la nueva legislación impositiva, Duff se excusó y se acercó al bar para premiarse con un whisky.

—¿Qué tal? —preguntó una voz a su espalda—. ¿Qué tal ha ido el día libre con la familia?

—Bien, gracias —respondió él sin darse la vuelta. Le señaló al camarero la botella adecuada y con dos dedos indicó que lo quería doble.

—¿Y esta noche? —preguntó Caithness—. ¿Sigues pensando en pasarla en un... hotel?

Esa era su palabra clave para referirse a la cama de ella. Pero entendió que la

pregunta no solo se refería a esa noche, sino también a las venideras. Que quería que él repitiera la vieja canción, que le asegurara que la deseaba, que no quería volver con su familia, a Fife. Pero que llevaba tiempo deshacer algo así, que había muchos aspectos que considerar. Le parecía increíble que Caithness no lo conociera mejor, que dudara de que fuera eso lo que realmente deseaba. Tal vez por ese motivo contestó con cierto despecho que le habían ofrecido pasar la noche en el casino.

—¿Eso quieres? ¿Quedarte aquí?

Duff suspiró. ¿Qué buscaban las mujeres? ¿Todas querían atarle, tenerlo amarrado al cabecero de la cama, darle de comer en la cocina para poder ordeñar su cartera y sus testículos, cargarle con más descendencia y peor conciencia?

—No —dijo mirando a Macbeth. Para tratarse del homenajead, se le veía extrañamente preocupado e incómodo. ¿La responsabilidad y la seriedad del cargo ya habían acabado con el alegre y despreocupado chico que llevaba dentro? Bueno, ya era demasiado tarde. Para Macbeth y para él—. Si te vas la primera esperaré un tiempo prudencial y te seguiré.

Notó que vacilaba de pie tras él. Sostuvo su mirada en el espejo, detrás de las estanterías de botellas. Vio que estaba a punto de tocarle. Duff le lanzó una mirada de advertencia. Ella se contuvo. Se alejó. Dios mío.

Duff apuró la copa de un trago. Se incorporó para acercarse a Macbeth, que estaba acodado al final de la barra. Había llegado la hora de felicitarle como debía. Pero en ese momento Duncan se interpuso entre ellos, la gente se arremolinó a su alrededor y Macbeth desapareció de su campo de visión. Cuando Duff volvió a verlo, Macbeth ya salía, corriendo tras las faldas de Lady, que desapareció de la sala.

Macbeth la alcanzó cuando Lady estaba abriendo la bodega.

—No puedo —dijo.

—¿Qué?

—No puedo quitarle la vida a mi propio director.

Ella lo miró.

Luego le agarró por las solapas, lo metió dentro y cerró la puerta.

—No me traiciones ahora, Macbeth. Duncan y sus guardaespaldas están instalados en sus habitaciones. Todo está preparado. Tienes la llave maestra, ¿verdad?

Él se sacó la llave del bolsillo y se la mostró.

—Cógela, no puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos cosas. No quiero porque no soy capaz de reunir la voluntad para cometer semejante atrocidad. Está mal. Duncan es un buen director de policía, no hay nada que yo pueda hacer mejor que él. Así que ¿cuál es el objetivo, salvo ver cumplida mi propia ambición?

—¡Nuestra propia ambición! Porque después del hambre, el frío, el miedo y el deseo solo queda la ambición, Macbeth. Porque el honor es la llave del respeto. Y esa de ahí es la llave maestra, ¡úsala! —Seguía agarrándolo de las solapas, su boca estaba tan cerca de la suya que notaba el sabor de la ira en su aliento.

—Mi amor... —empezó él.

—¡No! Si crees que Duncan es una persona tan honorable, escucha cómo mató a Cawdor para ponerse a salvo de las cosas que podría haber desvelado si lo hubieran cogido vivo.

—¡No es cierto!

—Pues pregúntaselo tú mismo.

—Lo dices solo para, para...

—Para espolear tu voluntad —dijo. Lo había soltado y ahora apretaba las manos contra sus solapas como si quisiera sentir los latidos de su corazón—. Solo tienes que pensar que vas a matar a un asesino, como mataste a ese motorista de los Norse, y será fácil.

—¡No quiero que sea fácil!

—Si es tu conciencia la que te domina, piensa que estás comprometido por la promesa que me hiciste anoche, Macbeth. ¿O vas a decirme que lo que vi, y

tomé por valor, cuando mataste a Ernest Collum, solo era la acción de un muchacho irresponsable porque no era tu propia vida, sino la de mi crupier, la que estaba en juego? Mientras que ahora, que tienes que arriesgar algo tuyo, huyes como una hiena cobarde.

Sus palabras eran injustas, pero aun así surtieron efecto.

—Sabes que no es eso —repuso desesperado.

—Entonces ¿cómo puedes no cumplir lo que me habías prometido, Macbeth?

Él tragó saliva. Agobiado, buscó las palabras.

—Yo... ¿puedes decir que siempre cumples todas tus promesas?

—¿Yo? ¿Yo? —Soltó una risa estridente, asombrada—. Aunque solo fuera para cumplir una promesa que me hubiera hecho a mí misma me arrancaría a mi hijo lactante del pecho y estrellaría su cabeza contra la pared. Así que, ¿cómo iba a ser capaz de incumplir una promesa que te hubiera hecho a ti, mi único amor?

Macbeth se quedó mirándola. Respiraba su aliento. Su aliento envenenado, notaba cómo lo debilitaba segundo a segundo.

—No entiendes que, si sale mal, Duncan te cortará la cabeza a ti también.

—No saldrá mal. Escucha. Ahora le serviré a Duncan una copa de este vino de Borgoña e insistiré en que sus guardaespaldas al menos lo prueben. No notarán nada extraño, pero puede que se atonten un poco ya entrada la noche. Y que duerman como troncos cuando se acuesten...

—Sí, claro pero...

—¡Chist! Utilizarás la daga, así es imposible que despierten. Luego los embadurnarás con la sangre de la hoja de la daga, dejarás dos en sus camas. Y más tarde, cuando los despiertes...

—Recuerdo nuestro plan. Pero tiene puntos débiles y...

—Es tu plan, mi amor—. Lo agarró de la barbilla con una mano y le mordió con fuerza el lóbulo de la oreja—. Y es perfecto. Todo el mundo se dará cuenta de que los guardaespaldas están a sueldo de Hekate, que estaban demasiado borrachos para no dejar huellas.

Macbeth cerró los ojos.

—Tú solo puedes parir varones, ¿verdad?

Lady rio por lo bajo. Lo besó en el cuello.

Macbeth la sujetó por el hombro y la apartó con cuidado.

—Serás mi perdición, Lady, ¿lo sabes?

Ella sonrió.

—Y tú sabes que iré contigo donde tengas que ir.

La cena se sirvió en el restaurante, en el salón privado del casino. Sentaron a Duff junto a la anfitriona, que tenía a Duncan a su derecha. Macbeth estaba justo enfrente, con Caithness como acompañante. Duff se fijó en que ni Caithness ni Macbeth hablaban o comían gran cosa, pero en cualquier caso la mesa era tan ancha y el ambiente tan animado que costaba mantener una conversación de un lado al otro. Lady charlaba con Duncan y parecía divertirse, mientras Duff escuchaba a Malcolm esforzándose por no bostezar.

—¿Caithness está hermosa esta noche, verdad?

Duff se volvió. Era Lady, que lo miraba sonriente con sus grandes e inocentes ojos azules bajo el cabello de un rojo intenso.

—Sí, pero solo casi tan guapa como usted, señora —dijo Duff, dándose cuenta de que le faltaba la chispa que se requería para dar vida a una frase así.

—No solo es hermosa —dijo Lady—. Imagino que como mujer en vuestro sector habrá tenido que renunciar a muchas cosas para llegar a donde está. Por ejemplo, a una familia. Intuyo que ha sacrificado la posibilidad de tener familia. ¿Usted no, Duff?

Ojos grises. Eran grises, no azules.

—Todas las mujeres que quieren prosperar, ascender, deben renunciar a algo, supongo —dijo Duff, levantó la copa de vino y descubrió que volvía a estar vacía—. La familia no es lo primero para todo el mundo. Supongo que estará de acuerdo conmigo en eso, señora.

Lady se encogió de hombros.

—Los seres humanos somos pragmáticos. Si no cambiamos las decisiones que un día tomamos, hacemos lo posible por defenderlas, por no dejarnos atezar y torturar demasiado por nuestros errores. Creo que ese es el secreto de una vida feliz.

—¿Teme que si analizara sus decisiones a la luz de la verdad la atormentarían?

—Si una mujer quiere obtener lo que desea, debe pensar y actuar como un hombre y no tener a la familia en consideración. Ni la suya, ni la ajena.

Duff dio un respingo. Intentó interpretar su mirada, pero Lady se había inclinado para servir vino a los invitados que la rodeaban. Un instante después, Duncan hizo tintinear su copa, se puso de pie y carraspeó.

Duff observó a Macbeth durante el inspirado discurso de agradecimiento por la cena, un homenaje no solo a los manjares que les había ofrecido la anfitriona y al ascenso del anfitrión, sino a la misión que todos habían asumido: convertir la ciudad en un lugar habitable. Remató su intervención diciendo que después de una larga semana de trabajo se merecían el descanso que el Señor en su misericordia les había concedido, que harían bien en aprovecharlo, porque no era seguro que el director de la policía fuera a comportarse como una divinidad clemente durante las semanas siguientes.

Les deseó buenas noches; de hecho, reprimió un bostezo y brindó por los anfitriones. Durante los aplausos Duff miró a Macbeth, preguntándose si tendría intención de contestar al brindis, al fin y al cabo Duncan era el director de la policía. Pero Macbeth siguió sentado, pálido y rígido como una estatua de sal, aparentemente desbordado por su nuevo cargo, su nuevo estatus y las exigencias a las que ahora tendría que responder.

Duff apartó la silla para Lady.

—Gracias por esta velada, señora.

—Igualmente, Duff. ¿Le han dado la llave de su habitación?

—Gracias, pero pasaré la noche... en otro lugar.

—¿No se va a su casa de Fife?

—No, voy con un primo. Pero vendré mañana a primera hora a recoger a Duncan; vivimos bastante cerca, en Fife.

—Ah, ¿a qué hora lo recogerá?

—A las siete. Duncan y yo tenemos hijos y, y... bueno, es fin de semana, un no parar. Ya sabe cómo es.

—La verdad es que no —repuso Lady—. Que descanse, y saludos a su primo, Duff.

Los invitados fueron abandonando el bar uno a uno y se dirigieron a las mesas de juego o se marcharon a casa. Macbeth se había colocado en la recepción para estrechar manos y murmurar despedidas insulsas, pero al menos allí no tenía que dar conversación a los que seguían en el bar.

—De verdad que no tienes buen aspecto —farfulló levemente Banquo. Había salido del aseo de caballeros y plantado una manaza en el hombro de Macbeth—. Vete ya a la cama para que no contagies a nadie.

—Gracias, Banquo. Pero Lady sigue en el bar entreteniendo a los invitados.

—Ya ha pasado casi una hora desde que el director se fue a dormir, así que tú también tienes permiso para marcharte. Voy a terminarme la copa que tengo en el bar y Fleance y yo nos iremos también. No quiero volver y encontrarte aquí plantado como un portero cualquiera. ¿Entendido?

—Entendido. Buenas noches, Banquo.

Macbeth vio a su amigo encaminarse al bar con andares tambaleantes. Consultó el reloj: faltaban siete minutos para la medianoche. Dentro de siete minutos ocurriría. Esperó tres. Entonces se puso firme, miró por las dobles puertas hacia la sala, hacia el bar, donde Lady escuchaba a Malcolm y Lennox. En ese mismo instante, como si lo notara, ella se dio la vuelta y sus miradas se cruzaron. Asintió de manera casi imperceptible, él respondió con el mismo gesto. Luego se rio de algo que Malcolm acababa de decir y respondió algo que provocó otra carcajada en los dos hombres. Aquello se le daba muy bien.

Macbeth subió la escalera, abrió la puerta de la suite que compartía con Lady.

Apoyó la oreja en la pared que daba a la habitación de los guardaespaldas. Los ronquidos sonaban uniformes, tranquilizadores. Casi inocentes. Se sentó en la cama. Acarició la colcha escurridiza. Oyó el frufú de la seda bajo la yema de sus dedos rugosos. Sí, ella era hábil. Más competente de lo que él nunca sería. Puede que lo logaran, tal vez los dos, Macbeth y Lady, consiguieran marcar una diferencia, recrear la ciudad a su imagen, continuar con la labor que Duncan había iniciado y llevarla más lejos de lo que este hubiera podido. Porque tenían voluntad, fuerza y podían ganarse a la gente. Del pueblo, para el pueblo, con el pueblo.

Sus manos siguieron el camino hacia las dos dagas que había dejado sobre la cama.

Si no fuera porque el poder envenena y corrompe, no habría necesidad de hacerlo de aquella manera. Si Duncan tuviera un corazón puro, idealista, podrían haberlo discutido y el director habría comprendido que Macbeth era el más apropiado para llevar a cabo su proyecto de sacar a la ciudad de las tinieblas. Aunque Duncan tuviera esa visión, la gente de la calle jamás seguiría a un desconocido perteneciente a la clase privilegiada de Capitol. ¿Verdad que no? No, para eso se necesitaba a uno de los suyos. Duncan podía ser el piloto, marcar el rumbo, mas Macbeth debía ser el capitán, solo él podía lograr que la tripulación obedeciera, podía llevar la nave a donde ambos deseaban, a un puerto seguro. Un cambio de guardia sería por el bien de la ciudad, pero Duncan jamás cedería voluntariamente el puesto de director a Macbeth. Porque Duncan, con toda su honestidad, no era mejor que otras personas investidas de autoridad; anteponía sus ambiciones personales a lo demás. Solo había que verlo: Duncan mataba a quienes podían ensuciar su reputación y minar su poder.

El cadáver de Cawdor todavía estaba tibio cuando llegaron.

¿No era así? Sí, así era. Así era, así era.

Eran las doce.

Macbeth cerró los ojos. Tenía que entrar en Situación. Inició la cuenta atrás desde diez. Abrió los ojos. Maldijo, volvió a cerrarlos y contó de nuevo. Miró su

reloj. Agarró las dagas, las metió en la funda hecha a la medida de su hombro y en la que cabían dos, una a cada lado. Salió al pasillo. Pasó por delante de la puerta de los guardaespaldas y se detuvo frente a la de Duncan. Aguzó el oído. Nada. Tomó aire. Todos los posibles escenarios estaban previstos, lo único que faltaba era la ejecución. Metió la llave maestra en la cerradura, contempló un instante su reflejo en el pomo de bronce pulido, lo agarró y lo giró. Trató de ver todo lo que pudo a la luz del pasillo y luego cerró la puerta.

En la oscuridad, contuvo la respiración y escuchó la del otro.

Regular y tranquila.

Como la del director del orfanato, Lorreal.

No, ¡no podía dejar que su mente divagara!

Era la respiración de Duncan, y su resuello le indicaba que estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados, durmiendo.

Macbeth se aproximó a la puerta del baño, encendió la luz y la dejó entreabierta. Suficiente luz para lo que iba a hacer.

Lo que iba a hacer.

Se colocó junto a la cama, bajó la mirada hacia el hombre dormido, desprevenido. Otra vez. ¡Qué ironía! Levantó la daga. Liquidar a un hombre indefenso, ¿qué podía resultar más fácil? La decisión estaba tomada, solo tenía que hacerlo. ¿No había liquidado a su primera víctima indefensa en el camino de Forres, no había perdido ya la virginidad, no había saldado en ese momento y lugar su deuda con Duff, no le había pagado con la misma moneda con que la había contraído, con sangre fría? Había visto la sangre caliente de Lorreal empapar una sábana blanca, en la oscuridad parecía negra. Entonces ¿qué lo detenía ahora? ¿Por qué esa conspiración era diferente a la que Duff y él habían llevado a cabo al cambiar la escena del crimen de Forres para que todos los indicios coincidieran con la versión de los hechos que acordaron contar? O la historia del orfanato, que habían decidido no contar nunca.

«A veces el horror lucha del lado de los buenos, Macbeth.»

Observó la hoja de la daga que brillaba a la luz del baño.

La bajó.

No lo llevaba dentro.

Pero estaba obligado a hacerlo. Obligado. Tenía que llevarlo dentro. Pero ¿qué podía hacer cuando no era capaz, ni siquiera poniéndose en Situación?

Tenía que convertirse en el otro, aquel a quien había enterrado a tanta profundidad, el loco, el cadáver putrefacto que había jurado no volver a ser.

Banquo se desabrochó la bragueta con la mirada fija en la gran locomotora sin vida. El viento hacía que se tambaleara. Estaba un poco borracho, lo sabía.

—Venga, papá —oyó la voz de Fleance.

—¿Qué hora es, hijo?

—No lo sé, pero la luna está baja.

—Entonces son más de las doce. Esta noche han anunciado tormentas. —La funda de la pistola, colgada entre las dos primeras traviesas del lado derecho del cinturón, le estorbaba. Se la quitó y se la pasó a Fleance.

El hijo la cogió con un suspiro desesperado.

—Papá, estamos en un lugar público, no puedes...

—Es un urinario público, eso es lo que es —farfulló Banquo, percibiendo en ese instante una silueta vestida de negro que daba la vuelta a la locomotora.

—¡Dame la pistola, Fleance!

La luz se proyectó sobre el rostro del hombre vestido de negro.

—Eh, si eres tú.

—Ah, sois vosotros —dijo Macbeth—. Solo he salido a tomar un poco el aire.

—Y yo solo tenía que airear un poco a este —respondió Banquo con dificultad—. No, no estaba meando encima de *Bertha*. Eso sería, después de que clausuraran la iglesia de St. Joseph, profanar lo último sagrado que queda en esta ciudad.

—Sí, quizá.

—¿Pasa algo? —preguntó Banquo intentando relajarse. Siempre le había

costado evacuar en presencia de desconocidos, pero ¿ante Macbeth y su propio hijo?

—No —repuso Macbeth en un tono extrañamente neutro.

—Anoche soñé con las tres hermanas —dijo Banquo—. No lo hemos comentado, pero sí que dieron en la diana con sus augurios, ¿qué opinas?

—Casi me había olvidado de eso. Ya hablaremos en otra ocasión.

—Cuando quieras —dijo Banquo sintiendo que estaba a punto de aliviarse.

—Sí —dijo Macbeth—, iba a preguntártelo. Ahora eres el segundo de la sección, pero si ocurriera algo así, algo como lo que predijo una de las hermanas...

—¿Sí? —gimió Banquo. Había perdido la paciencia, apretado y, en consecuencia se había vuelto a bloquear.

—En ese caso te agradecería que también vinieras conmigo.

—¿Cuando seas el subdirector del director de la policía Macbeth? Ay..., sí claro. Imagínate. —Banquo comprendió de pronto que Macbeth no bromeaba—. Claro que sí, hijo mío, claro que sí. Sabes que siempre estoy dispuesto a seguir a quien luche por el bien.

Se miraron. Entonces, como por arte de magia, se alivió. Banquo miró hacia abajo y vio un chorro majestuoso expandiéndose y repicando alegre sobre las grandes ruedas traseras de la locomotora y que seguía hacia las vías.

—Buenas noches, Banquo. Buenas noches, Fleance.

—Buenas noches, Macbeth —contestaron a coro el padre y el hijo.

—¿El tío Macbeth estaba borracho? —preguntó Fleance cuando se hubo marchado.

—¿Borracho? Pero si sabes muy bien que nunca bebe.

—Lo sé, pero estaba muy raro.

—¿Raro? —Banquo esbozó una sonrisa forzada mientras contemplaba satisfecho el chorro duradero y constante—. Créeme, este chico no se vuelve raro si toma drogas.

—Entonces ¿cómo se vuelve?

—Se vuelve loco.

El chorro desapareció de repente en una ráfaga de aire.

—La tormenta —dijo Banquo abrochándose.

Macbeth dio una vuelta a la estación central. Cuando regresó, Banquo y Fleance habían desaparecido. Entró en la gran sala de espera.

Echó un vistazo alrededor y de inmediato clasificó a los presentes en las cuatro categorías pertinentes: los que vendían, los que consumían, los que hacían ambas cosas y los que solo necesitaban un lugar donde dormir, protegerse de la lluvia, y que pronto pasarían a pertenecer a una de las tres primeras categorías. Ese era el camino que él mismo había seguido. De ser un prófugo del orfanato a quien el Ejército de Salvación daba de comer, a consumidor que se pagaba la droga y la comida traficando.

Macbeth se acercó a un viejo gordo sentado en una silla de ruedas.

—Un cuarto de poción —dijo. Y el solo sonido de esas palabras hizo que algo que estaba agazapado en su cuerpo despertara.

El hombre de la silla de ruedas lo miró.

—Macbeth —dijo, escupiendo el nombre entre un chorro de saliva—. Te recuerdo y me recuerdas. Eres policía y yo no vendo droga, ¿vale? Aléjate de mí, coño.

Macbeth se dirigió hacia el siguiente vendedor, un hombre con una camisa de cuadros que estaba tan acelerado que era incapaz de estarse quieto.

—¿Crees que soy idi... idiota? —gritó—. Bueno, lo soy, o no estaría aquí, ¿no? Pero ¿venderle a la pasma y acabar en la trena durante veinticuatro horas cuando sabes que eres incapaz de aguantar más de cinco sin un pico? —Echó la cabeza atrás y su risa retumbó contra el techo.

Macbeth continuó su camino hacia el pasillo del vestíbulo y oyó la voz del vendedor resonar a su espalda:

—¡Pasma va, colegas!

—Hola, Macbeth —dijo alguien con un tono débil y agudo.

Macbeth se volvió. Era el chico del parche. Se acercó a donde estaba sentado contra la pared y se puso en cuclillas. El parche negro se había movido y Macbeth vio la oscuridad misteriosa de la cuenca del ojo.

—Necesito un cuarto de poción. ¿Puedes ayudarme?

—No —repuso el chico—. No puedo ayudar a nadie. ¿Puedes ayudarme tú?

Algo en su mirada le resultó familiar. Era como verse reflejado en un espejo de entonces. ¿Qué cojones estaba haciendo? Con la ayuda de buenas personas había logrado escapar de aquello, ¿y ahora volvía para esto? ¿Para cometer una atrocidad que hasta el más desesperado de los drogadictos rechazaría cometer? Todavía estaba a tiempo de abandonar. Podía llevarse a este muchacho a Inverness. Darle de comer, una ducha y una cama. Esa noche podía resultar muy diferente de lo que había previsto, todavía quedaba una posibilidad. Una oportunidad de redimirse. De salvar al chico, a Duncan. A Lady.

—Ven, vayamos a... —dijo Macbeth.

—Macbeth. —La voz estaba detrás de él, muy cerca, y retumbó por los pasillos como un trueno lejano—. Tus plegarias han sido atendidas. Aquí tienes lo que necesitas.

Macbeth se dio la vuelta. Miró más alto. Aún más.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí, Strega?

—Tenemos ojos y oídos en todas partes. Aquí tienes, un regalo de Hekate.

Macbeth bajó la vista hacia la bolsita que había dejado caer entre sus manos.

—Quiero pagar. ¿Cuánto?

—¿Pagar por un regalo? Creo que Hekate se ofendería. Buenas noches. — Strega se dio la vuelta y se alejó.

—¡Entonces no lo acepto! —gritó Macbeth y tiró la bolsa tras ella, pero la oscuridad ya se la había tragado.

—Si tú no... —oyó la voz débil del tuerto—. ¿Te parece bien si yo...?

—Quédate sentado —gruñó Macbeth y permaneció allí parado.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó el chico.

—¿Querer? Nunca se trata de lo que quieres, sino de lo que debes hacer.

Se acercó a la bolsita y la recogió. Volvió. Pasó por delante de la mano extendida del chico.

—Eh, ¿no me ibas a dar...?

—Vete al infierno —murmuró Macbeth—. Y allí nos veremos.

Macbeth bajó la escalera hacia el baño apestoso, echó a una mujer que estaba sentada en el suelo, abrió la bolsa y extendió el polvo sobre el lateral del lavabo, bajo el espejo. Aplastó los grumos con la empuñadura de la daga y luego lo picó todo más fino con la hoja. Enrolló un billete y esnifó el polvo blanco amarillento por una fosa nasal y luego por la otra. Resultaba sorprendente lo poco que los principios activos tardaron en atravesar las mucosas y llegar al torrente sanguíneo. Lo último que pensó antes de que la sangre infectada de droga llegara al cerebro fue que era como reencontrarse con una amante. Una amante demasiado bella, demasiado peligrosa, que no había envejecido ni un día en todos los años pasados.

—¿Qué te dije? —Hekate golpeó el bastón contra el suelo delante de los monitores de las cámaras de vigilancia.

—Dijiste que no había nada más previsible que un yonqui enamorado y moralista.

—Gracias, Strega.

Macbeth estaba en lo alto de la escalera de la estación central.

La plaza de los Trabajadores se movía frente a él como el mar, las olas rompían bajo los adoquines, sonaba como unos dientes que castañetearan al levantarse, al volver a caer. Enfrente, Inverness era un barco de vapor del que emergían música y risas, la luz hacía brillar el agua que se derramaba sobre una pala que giraba despacio como una turbina lenta y siseante. Luego anduvo a través de la oscuridad, hacia el casino. Era como si levitara, como si sus pies no tocaran el suelo. Entró flotando en recepción.

El recepcionista lo miró y saludó con una amable inclinación de la cabeza.

Macbeth se giró hacia el comedor y vio que Lady, Malcolm y Lennox seguían de charla en el bar. Subió la escalera con la sensación de que volaba, recorrió el pasillo, se detuvo ante la habitación de Duncan.

Metió la llave maestra en la cerradura, giró el pomo y entró.

Había vuelto. Nada había cambiado. La puerta del baño seguía entornada con la luz encendida. Se acercó a la cama. Observó al director, que dormía, metió la mano izquierda debajo de la chaqueta y palpó la empuñadura de la daga.

Levantó la mano. Ahora era mucho más fácil. Apuntó al corazón. De igual modo que tiempo atrás había apuntado al corazón grabado en el tronco del haya. Y el cuchillo se había clavado entre los nombres allí escritos: Meredith y Macbeth.

—¡No duermas más! ¡Macbeth asesina el sueño!

Se puso rígido. ¿Era el comisario, él mismo o solo la droga quien había hablado?

Bajó la mirada hacia el rostro de Duncan. No, sus ojos seguían cerrados, su respiración era igual de regular y tranquila. Mientras lo observaba, Duncan abrió los ojos. Lo miró sereno.

—¿Macbeth? —La mirada del director se posó en la daga.

—Creí oír ru... ruidos aquí dentro —dijo Macbeth—. Tenía que comprobarlo.

—Mis guardaespaldas...

—O... oí que roncaban.

Duncan aguzó el oído un momento. Luego bostezó.

—Bien, déjales dormir, sé que aquí estoy seguro. Gracias, Macbeth.

—Gracias i... igualmente, señor.

Macbeth se dirigió a la puerta. Ya no flotaba, pero una sensación de alivio, sí, de alegría, se extendía por su cuerpo. Estaba salvado. El director de la policía lo había liberado. La decisión estaba tomada. Lady podía hacer lo que quisiera, todo acababa aquí. Cinco pasos. Alargó el brazo para coger el pomo con la mano derecha, que estaba libre.

En el reflejo del bronce pulido vislumbró un movimiento.

Como en el espejo de una feria, a la luz del baño vio, igual que en una película absurda y deforme, que el comisario sacaba algo de debajo de la almohada y apuntaba hacia su espalda. Una pistola. Cinco pasos. Distancia de lanzamiento. Macbeth reaccionó de manera instintiva. Se giró como un torbellino. Perdió el equilibrio y la daga abandonó su mano cuando todavía estaba en movimiento.

Por supuesto que había sido Duff quien se acercó a la mesa de las dos chicas y les preguntó si les importaría que se sentaran con ellas. Macbeth fue al bar a pedir cerveza para todos y al volver oyó que Duff presumía de que Macbeth y él eran los mejores de la promoción de aquel año de la Academia Superior de Policía, que su futuro resultaba más que prometedor y que las chicas deberían aprovechar esta oportunidad si sabían lo que les convenía. Las dos chicas se habían reído y los ojos de la que se llamaba Meredith habían brillado. Pero bajó la vista cuando Macbeth intentó sostener su mirada. El bar cerró, Macbeth acompañó a Meredith a su portal y fue premiado con un amistoso apretón de manos y un número de teléfono. Duff, por el contrario, a la mañana siguiente contó con todo lujo de detalles cómo había prestado servicio a la amiga, Rita, en una estrecha cama de la residencia de las estudiantes de enfermería.

Es misma tarde, Macbeth llamó a Meredith y la invitó a cenar con voz temblorosa.

Había reservado mesa en Lyon, pero comprendió que había sido un error en cuanto notó la elocuente mirada del *maître*. El estiloso traje que Duff se había ofrecido a prestarle le quedaba enorme. Tuvo que volver a recurrir al de Banquo, que le venía dos tallas pequeño y llevaba veinte años pasado de moda. Menos mal que lo compensaba el vestido de Meredith, su belleza y su presencia serena y bien educada. Lo único que entendió de la carta en francés fueron los precios. Pero Meredith le explicó los platos y le dijo que así eran los franceses, se negaban a reconocer que hablaban una lengua que ya no era universal, a la vez

que eran tan malos en inglés que no soportaban la doble humillación de parecer idiotas en la lengua de sus rivales.

—La arrogancia y la inseguridad con frecuencia van de la mano —dijo.

—Yo soy inseguro —dijo Macbeth.

—Estaba pensando en tu amigo Duff —repuso ella—. ¿Por qué eres inseguro?

Macbeth le habló de sus orígenes. Del orfanato. De Banquo y Vera. De la Academia de Policía. Era tan fácil hablar con Meredith que casi sintió la tentación de contárselo todo, en un segundo de locura incluso lo de Lorreal. Pero no lo hizo, claro. Ella le contó que se había criado en los barrios elegantes del oeste de la ciudad, con unos padres que se ocupaban de que a sus hijos no les faltara nada, pero también con exigencias y ambiciones, sobre todo para sus hermanos.

—Protegidos, privilegiados y aburridos —dijo ella—. Sabes, nunca he estado en el Distrito 2 este. —Se echó a reír cuando Macbeth dijo que no podía ser—. Sí, ¡jamás!

Después de cenar la llevó al río. Caminaron por la calle llena de socavones que discurría junto a las casas desvencijadas, hasta el puente de Pennybroa. Cuando le dio las buenas noches ante el portal, ella se inclinó hacia delante y lo besó en la mejilla.

En el apartamento Duff todavía estaba despierto.

—Cuéntame —le ordenó—. Despacio y con detalle.

Dos días después, cine. *El señor de las moscas*. Volvieron a casa bajo el mismo paraguas, Meredith había entrelazado su brazo con el suyo.

—¿Cómo es posible que los niños sean tan crueles y sanguinarios? —preguntó ella.

—¿Por qué razón iban los niños a ser menos crueles que los adultos?

—¡Han nacido inocentes!

—Inocentes y faltos de moral. ¿No será la pasividad pacífica algo que los adultos obligan a los niños a aprender para que aceptemos el lugar que nos corresponde en la sociedad y puedan hacer con nosotros lo que quieran?

Se besaron en el portal. El domingo la llevó de excursión al bosque, al otro lado del túnel. Macbeth había puesto el almuerzo en una cesta de picnic.

—¡Sabes cocinar! —exclamó ella entusiasmada.

—Aprendí de Banquo y Vera. Solíamos venir a este mismo lugar.

Luego se besaron. Ella respiraba hondo y él metió la mano por debajo de su vestido.

—Espera... —dijo ella.

Y él esperó. Se entretuvo tallando un corazón en el tronco del gran roble, utilizó la punta de la daga para grabar sus nombres: Meredith y Macbeth.

—Está a punto de caer —dijo Duff cuando Macbeth volvió a casa y se lo contó—. El martes estaré con Rita, invítala a venir.

Macbeth había abierto una botella de vino y encendido velas cuando Meredith llamó a la puerta. Estaba preparado. Pero no para lo que sucedió, no para que le desabrochara el cinturón nada más entrar por la puerta y metiera la mano en sus pantalones.

—N... no —dijo.

Ella lo miró asombrada.

—¿Algo va mal?

—P... para.

—¿Por qué tartamudeas?

—N... no quiero.

Ella retiró la mano con las mejillas encendidas de vergüenza.

Luego bebieron una copa de vino en silencio.

—Mañana tengo que madrugar —dijo Meredith—. Los exámenes están a la vuelta de la esquina y...

—Por supuesto.

Pasaron tres semanas sin verse. Macbeth intentó llamarla en varias ocasiones, pero las pocas veces que descolgaban el teléfono era Rita quien decía que Meredith no estaba en casa.

—Meredith y tú ya no salís, por lo que veo —dijo Duff.

—No.

—Rita y yo tampoco. ¿Te importa si quedo con Meredith?

—Tendrás que preguntárselo a ella.

—Lo hice.

Macbeth tragó saliva. Sintió como una garra en el corazón.

—Vaya. ¿Qué te dijo?

—Dijo que sí.

—¿Eso hizo? ¿Y cuándo vais a...?

—Ayer. Solo fue una cena pero... fue agradable.

Al día siguiente Macbeth despertó enfermo. Solo más tarde entendería qué era aquella nueva enfermedad, entendería que no había cura para un corazón roto. Que hay que sufrirlo, y eso hizo. Sufrió en soledad sin mencionar su nombre a nadie más que un viejo roble en el lado saludable del túnel. Con el tiempo, los síntomas fueron remitiendo. Casi por completo. Descubrió que no era cierto lo que la gente decía, que solo había un gran amor en cada uno. A diferencia de Meredith, Lady había sido la enfermedad y la cura todo en uno, la sed y el agua, el ansia y la consumación. Ahora su voz le llegaba desde el otro lado del mar, desde el otro lado de la noche.

—Querido...

Macbeth atravesaba el agua y el aire, la luz y la oscuridad.

—¡Despierta!

Abrió los ojos. Estaba tumbado en la cama. Todavía debía ser de noche, porque la habitación se hallaba a oscuras. Pero la oscuridad tenía algo difuso, una especie de gris imperceptible que anunciaba el amanecer.

—¡Por fin! —le siseó ella al oído—. ¿Dónde has estado?

—¿Estado? —dijo Macbeth intentando agarrarse al resto de un sueño—. ¿No estaba aquí?

—Tu cuerpo sí, pero llevo horas intentando despertarte. Como si estuvieras inconsciente. ¿Qué has hecho?

Macbeth todavía pudo aferrarse unos instantes a los restos del sueño, pero de

pronto no supo si era un sueño agradable o una pesadilla. Duncan... Lo dejó ir, las imágenes desaparecieron en un remolino negro.

—Tus pupilas —dijo ella sujetándole la cara—. Estás drogado, eso es lo que pasa.

Se apartó de ella, de la luz.

—Lo necesitaba.

—Pero ¿lo has hecho?

—¿Qué?

Lo sacudió con fuerza.

—Macbeth, querido, ¡contéstame! ¿Has hecho la hazaña que me prometiste?

—¡Sí! —gimió y se pasó la mano por la cara—. No, no lo sé.

—¿No lo sabes?

—Le veo con la daga clavada, pero no sé si ha sucedido o solo lo he soñado.

—En la mesilla hay una daga limpia. Ibas a dejar las dos en la habitación de los guardaespaldas después de matar a Duncan. Una para cada uno.

—Sí, sí, lo recuerdo.

—¿Has dejado la otra daga con ellos? ¡Espabila!

—¡No duermas más! ¡Macbeth asesina el sueño!

—¿Qué?

—Eso dijo. O lo soñé.

—Tenemos que entrar a comprobarlo.

Macbeth cerró los ojos, quiso recuperar el sueño, tal vez allí pudiera encontrar la respuesta. Prefería eso a volver a entrar allí. Pero el sueño se había escapado entre sus dedos. Cuando abrió los ojos de nuevo, Lady tenía la oreja apoyada contra la pared.

—Siguen roncando. ¡Vamos!

Cogió la daga de la mesilla.

Macbeth respiró hondo. El día y su luz reveladora pronto harían su aparición. Puso los pies en el suelo y se dio cuenta de que seguía vestido.

Salieron al pasillo. No se oía nada. Los huéspedes de Inverness no

acostumbraban madrugar.

Lady abrió la puerta de los guardaespaldas y entraron. Estaban dormidos en sendas butacas. No se veía ninguna daga, ni sangre que impregnara sus trajes y camisas, como habían planeado.

—Solo ha sido un sueño —susurró Macbeth—. Vamos, dejémoslo estar.

—¡No! —siseó Lady y fue hacia la puerta que separaba aquella habitación de la del director de la policía. Se pasó la daga a la mano derecha. Luego, sin dudar, abrió la puerta y entró.

Macbeth esperó y aguzó el oído.

Nada.

Se acercó a la puerta.

Una luz grisácea entraba por la ventana.

Ella se colocó al otro lado de la cama con la daga alzada frente a la boca. Aferraba el mango con ambas manos con expresión horrorizada y los ojos muy abiertos.

Duncan estaba en la cama. Los ojos desorbitados miraban hacia la puerta. Todo empapado en sangre. El edredón, el revólver que estaba sobre el edredón, la mano sobre el revólver. Y la empuñadura de la daga que sobresalía como una percha del cuello de Duncan.

—Oh, mi amor —susurró Lady—. Mi hombre, mi héroe, mi redentor, Macbeth.

Macbeth trató de decir algo, pero en ese mismo instante el silencio quedó roto por una leve vibración, un timbrazo que procedía de la planta inferior.

Lady miró su reloj.

—Es Duff, ¡llega temprano! Cariño, baja y entreténle mientras arreglo esto.

—Tienes tres minutos —dijo Macbeth—. No toques la sangre, está medio coagulada y dejarás huellas dactilares, ¿entendido?

Ella ladeó la cabeza y le sonrió.

—Hola —le dijo—. Estás ahí.

Y él entendió lo que quería decir. Porque por fin había llegado, la Situación.

Plantado delante del casino Inverness, Duff tiritaba y echaba de menos la cálida cama de Caithness. Iba a pulsar el timbre por segunda vez cuando la puerta se abrió.

—Señor, la puerta del casino está allí abajo...

—No, vengo a recoger al director de la policía.

—Ah, sí claro. Pase, avisaré de que ha llegado usted, comisario Duff, ¿correcto?

Duff asintió. La verdad era que el personal de Inverness era de primera categoría. Se sumió en las profundidades de una de las butacas.

—No contestan, señor —dijo el recepcionista—. Ni en su habitación ni en la de los guardaespaldas.

Duff consultó su reloj.

—¿En qué habitación se aloja el director?

—En la 213, señor.

—¿Le importa que vaya a despertarles?

—En absoluto.

Duff subía por la escalera cuando una silueta familiar corrió a su encuentro.

—¡Buenos días, Duff! —saludó Macbeth alegre—. Jack, acércate a la cocina y tráenos un café bien cargado.

El recepcionista salió.

—Gracias, Macbeth, pero debo recoger a Duncan.

—¿Tan urgente es? ¿No llegas un poco pronto?

—Hemos acordado la hora a la que queremos estar en casa y he caído en que el puente de Kenneth sigue cerrado por obras, tenemos que dar un rodeo por el puente Viejo.

—Relájate —dijo riendo Macbeth cogiéndolo del brazo—. Supongo que no te espera en casa con un cronómetro en la mano, ¿a que no? Pareces cansado. Si vas a conducir te vendrá bien un café. Ven, nos sentaremos un momento.

Duff dudó.

—Gracias, amigo mío, pero tendrá que ser otro día.

—Una taza de café tal vez ayude a que ella no note tanto ese aliento a whisky.

—Me estoy planteando hacerme abstemio, como tú.

—¿De verdad?

—El alcohol solo te da tres cosas: narices enrojecidas, sueño y pis. En el caso de Duncan está claro que sueño, así que subiré y...

Macbeth lo cogió del brazo.

—Y también he oído decir que el alcohol es el comodín del deseo. Aumentan las ganas, pero disminuyen las capacidades. ¿Cómo fue la noche? Cuéntame, despacio y con detalle.

Duff enarcó una ceja. «Despacio y con detalle.» ¿Utilizaba la expresión habitual de los años de la academia como un recuerdo humorístico o sabía algo? No, Macbeth no era de los que usaba acertijos, no tenía ni la capacidad ni la paciencia necesarias.

—No hay mucho que contar, pasé la noche en casa de un primo mío.

—¿Cómo? Nunca me habías contado que te quedara familia, creía que tu abuelo era el último... Mira, ya está aquí el café. Déjalo ahí, en la mesa, Jack. Y vuelve a llamar a Duncan.

Tranquilizado al saber que el recepcionista se ocupaba del asunto, Duff bajó con él la escalera y cogió el café con ansia. Pero se quedó de pie.

—La familia, sí —dijo Macbeth—. Una fuente de mala conciencia permanente, ¿verdad?

—Sí, puede ser —repuso Duff, que se había quemado la lengua al dar el primer sorbo y soplaba sobre el café.

—¿Cómo están? ¿Les gusta vivir en Fife?

—A todo el mundo le gusta Fife.

—Duncan sigue sin responder al teléfono, señor.

—Gracias, Jack. No dejes de insistir. Parece que hoy todo el mundo está muy dormido.

Duff dejó la taza.

—Oye, creo que voy despertarle primero y luego me tomaré el café, para que podamos ponernos en camino.

—Te acompañaré, su habitación está junto a la nuestra —dijo Macbeth bebiendo un sorbo de café. Se manchó la mano y la manga de la chaqueta—. ¡Vaya! ¿Tienes una servilleta de papel, Jack?

—Oye, yo voy a...

—Espera, espera, Duff. Así, ya está. Gracias, Jack. Venga, vamos.

Subieron la escalera.

—¿Te has lesionado? —preguntó Duff.

—¿Por qué lo dices?

—Nunca te había visto subir una escalera tan despacio.

—Igual me hice un tirón durante nuestra persecución de los Norse Riders.

—Mmm...

—Y por lo demás, ¿qué tal? ¿Has dormido bien?

—No. Ha hecho una noche horrible. Viento, tormentas y lluvia.

—Sí, ha sido una noche tremenda.

—Así que ¿tú tampoco has dormido?

—Sí, he dormido...

Duff se dio la vuelta para mirarlo.

—... cuando la tormenta amainó un poco —concluyó Macbeth—. Aquí es.

Duff llamó a la puerta. Esperó y volvió a llamar, esta vez más fuerte. Agarró el pomo. La puerta estaba cerrada. Tuvo una sensación, la intuición de que algo iba mal.

—¿Hay una llave maestra?

—Bajaré a preguntarle a Jack —dijo Macbeth.

—¡Jack! —gritó Duff. Y repitió, con toda la potencia de sus pulmones—: ¡Jack!

Al cabo de unos segundos la cabeza del recepcionista asomó por la barandilla de las escaleras.

—Sí, señor.

—¿Tienes una llave maestra?

—Sí, señor.

—Pues ven aquí y abre inmediatamente.

El recepcionista corrió hacia ellos dando pasos cortos, se sacó una llave del bolsillo de la chaqueta, la metió en la cerradura y la giró.

Duff abrió.

Se quedó inmóvil, mirando. El primero que dijo algo fue el recepcionista:

—¡Santo cielo!

Macbeth contempló el cadáver de Duncan, sintiendo el umbral de la puerta contra las plantas de sus pies. Oyó que Duff rompía el cristal de la alarma contraincendios, que al instante empezó a ulular.

Lady había quitado la daga del lado derecho del cuello y le había inferido otro corte en el lado izquierdo. También había desaparecido la pistola de encima del edredón. Por lo demás todo parecía estar igual que un rato antes.

—¡Jack! —gritó Duff, tratando de hacerse oír a pesar de la alarma—. Saca a todo el mundo de sus habitaciones y reúnelos en la recepción ahora mismo. Ni una palabra sobre lo que has visto, ¿entendido?

—En... entendido, señor.

Varias puertas se abrieron a lo largo del pasillo. De la más próxima salió Lady, descalza y en bata.

—¿Qué pasa, amor mío? ¿Hay fuego?

Lo hacía muy bien. Habían vuelto al plan, él seguía en Situación. Macbeth sintió que en aquel minuto, en aquel instante, cuando todo parecía ser un caos, todo encajaba. En ese momento él y la mujer a la que amaba eran invencibles, ahora mismo lo controlaban todo, la ciudad, el destino, la estela de las estrellas. Ahora sentía que era un droga tan fuerte como cualquiera de las que pudiera ofrecerle Hekate.

—¿Dónde cojones están sus guardaespaldas? —gritó Duff iracundo.

No habían pensado que Duff fuera el testigo de lo que estaba a punto de

ocurrir, sino uno de los huéspedes más indecisos y asustadizos que habían colocado en las habitaciones vecinas, como por ejemplo Malcolm. Pero ahora que Duff estaba allí, sería difícil evitarle.

—Por aquí, cariño —dijo Macbeth—. Tú también, Duff.

Los empujó por delante hacia la habitación de Duncan y cerró la puerta. Sacó la pistola reglamentaria de la funda que colgaba del cinturón.

—Escuchadme bien. La puerta estaba cerrada con llave y no hay indicios de que alguien haya forzado el acceso. El único que tiene la llave maestra de esta habitación es Jack...

—Y yo —dijo Lady—. O eso creo...

—Salvo esa, solo hay una posibilidad. —Macbeth señaló la puerta que comunicaba con la habitación vecina.

—¿Sus propios guardaespaldas? —dijo Lady llevándose espantada la mano a la boca.

Macbeth cargó la pistola.

—Voy a entrar a comprobarlo.

—Iré contigo —dijo Duff.

—No, no vas a acompañarme —dijo Macbeth—. Es mi especialidad, no la tuya.

—De todas formas elijo...

—Eliges hacer lo que te ordenan, inspector Duff.

Macbeth primero se fijó en la expresión de sorpresa de Duff. Luego cayó en la cuenta poco a poco: el jefe de la sección del Crimen Organizado tenía un rango superior al de la sección de Homicidios.

—Cuida de mi mujer. ¿Lo harás, Duff?

Sin esperar a que respondiera Macbeth abrió la puerta de la habitación contigua, entró y la cerró a sus espaldas.

Los guardaespaldas seguían tumbados en sus butacas. Uno de ellos gruñó, tal vez la alarma contraincendios estaba abriéndose paso entre la niebla de los potentes somníferos.

Macbeth le dio una bofetada con el dorso de la mano.

Abrió un poco un ojo, su mirada dio vueltas por la habitación y se detuvo en Macbeth. Descansó sobre él un instante y luego volvió a cerrarse despacio.

Andrianov se dio cuenta de que tenía la chaqueta negra del traje y la camisa blanca embadurnadas de sangre antes de echar en falta algo. El peso del arma en la funda. Introdujo la mano en la chaqueta y la metió en la funda. En lugar de la pistola reglamentaria tocó el acero frío y afilado de una cuchilla y algo pringoso que era... El guardaespaldas sacó la mano y la miró... ¿Sangre? ¿Todavía estaba soñando? Gimió, una parte de su cerebro recibió algo que interpretó como una señal de peligro e intentó desesperadamente recuperar el control, miró a su lado de modo instintivo y allí, en el suelo, junto a la butaca, vio su arma reglamentaria. La pistola de su colega también estaba en el suelo, junto a la butaca en la que parecía dormir.

—¿Qué...? —murmuró Andrianov y levantó la vista hacia la boca de la pistola del hombre que estaba de pie frente a él.

—¡Policía! —gritó el hombre.

Era él, Macbeth. El nuevo jefe de... de...

—¡Dejad las armas donde pueda verlas o dispararé!

Andrianov pestañeó desconcertado. ¿Por qué tenía la sensación de estar metido en un pantano? ¿Qué le habían metido en el cuerpo?

—¡No me apuntes con esa pistola! —gritó Macbeth—. No...

Algo le dijo a Andrianov que no debería intentar recoger la pistola del suelo. Que el hombre que tenía delante no dispararía si se quedaba completamente quieto. Pero no pudo evitarlo. Puede que todas las horas, días, años como guardaespaldas lo hubieran convertido en un instinto, una acción que ya no dependía de su voluntad, proteger sin pensar en su propia vida. O tal vez sencillamente él fuera así y por eso había solicitado servir en aquel cuerpo.

Andrianov apenas tuvo tiempo de alargar la mano hacia la pistola cuando su vida y su razonamiento se vieron interrumpidos por la bala que penetró su frente,

su cerebro y el respaldo de la butaca, y no se detuvo hasta dar contra la pared con el entelado de hilos de oro por el que Lady había pagado una pequeña fortuna en París. El estallido hizo que una sacudida recorriera el cuerpo del colega de Andrianov al que no le dio tiempo de despertar antes de que otra bala le atravesara la frente.

Duff se encaminó a la puerta cuando se oyó el primer disparo en la habitación de al lado.

Pero Lady lo retuvo.

—Dijo que no...

Sonó el segundo disparo y Duff se soltó de un tirón. Abrió la puerta y se precipitó dentro. Se detuvo en medio de la estancia, mirando alrededor. Dos hombres, cada uno en una butaca, con un tercer ojo en la frente.

—Norse Riders —dijo Macbeth guardando la pistola humeante en la funda—. Sweno está detrás de esto.

Alguien golpeaba la puerta que daba al pasillo y se oían gritos.

—Déjalos entrar —dijo Macbeth.

Duff obedeció.

—¿Qué está pasando? —dijo Malcolm sin resuello—. Dios mío, ¿son...? ¿Quién...?

—Yo —dijo Macbeth.

—Sacaron el arma —dijo Duff.

La mirada de Malcolm pasaba desconcertada de Duff a Macbeth, y viceversa.

—¿Contra ti? ¿Por qué?

—Porque quería arrestarles —dijo Macbeth.

—¿Por qué? —preguntó Lennox.

—Asesinato.

—Señor —dijo Duff mirando a Malcolm—. Me temo que tenemos malas noticias.

Vio que los ojos de Malcolm se achinaban tras los cristales de sus gafas

cuadradas a la vez que se inclinaba un poco hacia delante, como un boxeador que se prepara para el golpe que no ve venir pero que intuye. Todos se volvieron hacia la silueta que se recortaba en la puerta que daba a la habitación vecina.

—El director Duncan ha muerto —dijo Lady—. Lo han apuñalado mientras dormía.

Esa última frase hizo que Duff se girara instintivamente hacia Macbeth, no porque contuviera información que desconociera, sino porque sonó como un eco de las mismas palabras pronunciadas una mañana temprano en el comedor de un orfanato muchos años atrás.

Sus miradas se cruzaron un instante antes de que cada uno la desviara hacia otro lado.

Segunda parte

La mañana en que hallaron muerto al director de la policía en el casino Inverness, fue la segunda vez en la historia del establecimiento que Lady ordenó que sacaran a los clientes de allí y que colgaran el cartel de CERRADO en la puerta.

Caithness llegó con todo el personal de la policía Científica, y bloquearon la primera planta.

El resto de los miembros de la policía que habían participado en la fiesta se reunió en torno a la mesa de la ruleta grande en la sala de juegos vacía.

Duff miró al subdirector Malcolm, sentado a la cabeza de la improvisada mesa de reuniones. Se había quitado las gafas, tal vez para limpiarlas, o al menos eso hizo mientras clavaba la vista en el tapete de fieltro verde, como si allí estuviera la respuesta a todas las preguntas. Malcolm era el más alto de los presentes. A veces Duff se preguntaba si la razón por la que iba tan encorvado sería que un burócrata como él, rodeado de gente con experiencia policial, se sentía tan inseguro que instintivamente se agachaba para no perderse ningún consejo, ninguna sugerencia susurrada. Quizá su palidez no se debiera solo a las copas tardías en el bar, sino al hecho de que de pronto era el director en funciones de la policía de su ciudad.

Malcolm empañó las gafas con el aliento y siguió limpiándolas. No alzó la vista. Como si no se atreviera a sostener las miradas fijas en él, a encontrarse con sus colegas que esperaban que tomara la palabra.

Puede que Duff fuera demasiado duro con Malcolm. Todos sabían que en la

labor de dar forma al programa de Duncan, Malcolm había sido a la vez cincel y martillo. Pero ¿sería capaz de dirigirlos? El resto de los que estaban sentados alrededor de la ruleta acumulaban años de experiencia al frente de sus respectivas secciones, mientras que Malcolm se había pasado los días corriendo con la cabeza baja dos pasos por detrás de Duncan, como una especie de asistente demasiado bien remunerado.

—Caballeros —dijo Malcolm mirando hacia el tapete verde—, un gran hombre nos ha dejado. Eso es todo lo que voy a decir de Duncan por ahora. —Se puso las gafas, levantó la cabeza y paseó la mirada sobre los presentes—. Como director de la policía no hubiera consentido que nos hundiéramos en sentimentalismos y nos desesperáramos en una situación como esta, habría exigido que hiciéramos lo que nuestra condición de policías nos exige: encontrar al o los culpables y encerrarlos. Las lágrimas y las loas tendrán que esperar. Esta reunión servirá para planificar y coordinar nuestras primeras acciones. Nos reuniremos por segunda vez esta tarde a las seis en la jefatura. Sugiero que después de este encuentro, llaméis a vuestras esposas y esas cosas... —Malcolm echó una ojeada a Duff, pero este no supo determinar si estaba insinuando algo — y aviséis de que es poco probable que paséis por casa en los próximos días. —Hizo una breve pausa—. Porque vais a coger a quien ha matado a Duncan. —Una pausa larga—. Duff, tú llevas la sección de Homicidios: quiero un informe provisional para la reunión de dentro de una hora, que incluya lo que Caithness y su gente hayan podido hallar en el lugar de los hechos.

—De acuerdo.

—Lennox, quiero una comprobación exhaustiva de los antecedentes y de lo que hicieron los guardaespaldas antes del asesinato: dónde estuvieron, con quién hablaron, qué compraron, los movimientos que hubo en sus cuentas bancarias, y tomas de declaración detalladas a su familia y amigos cercanos. Requisa los medios que necesites.

—Gracias, señor.

—Macbeth, tú ya has aportado mucho a este caso, pero necesito más.

Investiga si en tu sección puede relacionarse esto con los responsables del crimen organizado, quién se beneficia más deshaciéndose de Duncan.

—¿No resulta bastante evidente? —dijo Macbeth—. Hemos despeñado la droga de Sweno por el fiordo, matado a dos y arrestado a la mitad de los Norse Riders. Esta es la venganza de Sweno y...

—No está tan claro —dijo Malcolm. Los demás lo miraron sorprendidos.

—Sweno salía beneficiado si Duncan llevaba adelante su proyecto —Malcolm empujó unas cuantas fichas de juego que habían quedado sobre el tapete tras la precipitada evacuación—. ¿Cuál fue la primera promesa que Duncan hizo a esta ciudad? Que atraparía a Hekate. Ahora, con los Norse Riders fuera de juego, Duncan iba a concentrar todos los recursos de la policía precisamente en eso. Si Duncan hubiera tenido éxito, ¿qué habría hecho?

—Habría despejado el campo para que Sweno pudiera volver —dijo Lennox. Malcolm asintió.

—Sinceramente —repuso Macbeth—, ¿cree que un Sweno ávido de venganza pensaría con tanta racionalidad?

Malcolm enarcó una ceja.

—¿Si creo que un hombre de clase obrera que ha dirigido uno de los negocios más rentables de esta ciudad durante treinta años, sin estudios ni ayuda, es astuto en cuestiones económicas? ¿Si creo que es capaz de dejar a un lado su sed de venganza cuando se trata de hacer lo que conviene a sus negocios?

—Vale —dijo Duff—. Hekate es quien sale más beneficiado con la desaparición de Duncan, así que da por descontado que es quien está detrás de esto.

—No doy nada por descontado, pero la extrema prioridad que Duncan daba a la caza de Hekate era, como sabemos, polémica. Desde el punto de vista de Hekate probablemente cualquiera que ocupara el sillón de director de la policía sería preferible a Duncan.

—Sobre todo si el sucesor fuera alguien a quien tuviera pillado —dijo Duff,

pero en ese mismo instante se dio cuenta de lo que acababa de insinuar y cerró los ojos—. Perdona, Malcolm. No era mi intención...

—No pasa nada —repuso este—. Aquí podemos hablar y pensar libremente. Lo que has dicho es consecuencia lógica de mi propia argumentación, puede que Hekate crea que su vida será más fácil bajo mi mandato que con Duncan. Así que vamos a demostrarle que se equivoca. —Malcolm empujó todas las fichas al negro—. Hekate es, de momento, nuestra hipótesis de trabajo, pero esperemos que a las seis sepamos más. A trabajar.

Banquo sintió que el sueño se alejaba. Sintió que lo que había soñado se difuminaba. Que Vera lo dejaba ir. Entreabrió los ojos. ¿Le habían despertado las campanas de la iglesia? No. Había alguien en la habitación. Había una persona sentada junto a la ventana mirando una foto enmarcada.

—¿Resaca? —preguntó sin levantar la vista.

—Macbeth. ¿Cómo...?

—Me ha abierto Fleance. Veo que ha ocupado mi habitación. Hasta los zapatos de rejilla que me compraste.

—¿Qué hora es?

—Yo que creía que hacía mucho que pasaron de moda los zapatos con puntera.

—Por eso los dejaste aquí. Pero Fleance se pone cualquier cosa si sabe que ha sido tuya.

—Libros y material escolar por todas partes. Es trabajador. Tiene la actitud necesaria para llegar a lo más alto.

—Sí, es constante.

—Como sabemos, eso no siempre basta para alcanzar la cima, hay mucha gente peleando por el mismo hueso. Es más bien cuestión de tener una oportunidad, de mostrar la capacidad y el valor necesarios para aprovecharla cuando se presenta. ¿Recuerdas quién tomó esta foto?

Macbeth se la mostró. Fleance y Banquo bajo el manzano muerto. La sombra

del fotógrafo se proyectaba sobre ellos.

—Tú. ¿Qué quieres? —Banquo se pasó las manos por la cara. Macbeth tenía razón, estaba resacoso.

—Duncan ha muerto.

Banquo dejó caer las manos sobre el edredón.

—¿Qué dices?

—Sus guardaespaldas lo acuchillaron en el cuello esta noche, mientras dormía en Inverness.

Banquo sintió náuseas, tuvo que respirar hondo varias veces para no vomitar.

—Esta es una de esas ocasiones —dijo Macbeth—. Es decir, es una encrucijada. Desde aquí un camino lleva al infierno y el otro al cielo. He venido para preguntarte cuál quieres tomar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero saber si me seguirás.

—Ya he respondido a eso. Sí.

Macbeth se dio la vuelta. Sonrió.

—¿Me contestas eso sin saber si lleva al cielo o al infierno?

Estaba pálido, con las pupilas anormalmente pequeñas. Debía ser a causa de la intensa luz matinal, porque si Banquo no conociera a Macbeth pensaría que se había vuelto a drogar. En el momento en que iba a apartar ese pensamiento, la certeza le inundó como una marea helada.

—¿Has sido tú? —preguntó Banquo—. ¿Has sido tú quien lo ha matado?

Macbeth ladeó la cabeza y observó a Banquo. Le estudió como se revisa un paracaídas antes de saltar, a una mujer antes de intentar besarla por primera vez.

—Sí. Yo he matado a Duncan.

Banquo respiraba con dificultad. Apretó los párpados con fuerza. Tuvo la esperanza de que cuando los volviera a abrir Macbeth, aquello, habría desaparecido.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tengo que matar a Malcolm —oyó decir a Macbeth—. Mejor dicho,

tú tienes que matarlo.

Banquo abrió los ojos.

—Por mí —dijo Macbeth—. Y por mi príncipe heredero, Fleance.

Banquo estaba sentado en la penumbra del sótano oyendo cómo Fleance caminaba de un lado al otro en el piso de arriba. El chico iba a salir, había quedado con amigos. Tal vez con una chica. Le vendría bien.

Banquo dejó que la cadena se deslizara entre sus dedos.

Le había dicho a Macbeth que sí. ¿Por qué? ¿Por qué había cruzado esa frontera con tanta facilidad? ¿Por las promesas de Macbeth de que era del pueblo, con el pueblo, para el pueblo de una manera como nunca podría serlo un hombre de clase alta como Malcolm? No. Era porque uno no se niega cuando se trata de su hijo, sin más. Y menos todavía si se trata de dos.

Macbeth había dicho que era seguir la llamada del destino, despejar el camino hacia el despacho de director de la policía.

No mencionó que Lady era el cerebro de la operación. No hizo falta. Macbeth prefería los planes sencillos. Planes que no exigieran pensar demasiado en situaciones críticas. Banquo cerró los ojos. Intentó imaginárselo. Que Macbeth asumiera el cargo de director de la policía y dirigiera la ciudad solo, como lo hiciera Kenneth, pero con la honesta intención de hacer de la urbe un sitio mejor para sus habitantes. Para llevar a cabo los cambios radicales que era necesario hacer no bastaba con la lentitud democrática y el lugar que dejaba a la ingenuidad. Una mano firme y justa. «Luego, cuando Macbeth se haya hecho mayor, dejará que Fleance tome el mando.» Para entonces haría mucho que Banquo habría muerto tras una vejez feliz. Quizá por eso no era capaz de imaginárselo.

Banquo oyó que se cerraba la puerta.

Pero claro, lleva tiempo acostumbrarse a ese tipo de visiones.

Se puso los guantes.

Eran las cinco y media, la lluvia repiqueteaba sobre los adoquines y el parabrisas del Chevrolet Chevelle 454 SS de Malcolm mientras avanzaba por las calles de la ciudad. Sabía que era una idiotez hacerse con un devorador insaciable de combustible en plena crisis de petróleo. Aunque lo compró de segunda mano por un precio que consideró razonable, no fue capaz de defender que se tratara de un acto responsable. Primero ante su hija, concienciada con el medio ambiente; luego ante Duncan, que hizo hincapié en la importancia de que los líderes dieran ejemplo de medida. Al final, Malcolm se limitó a decir la verdad: que le encantaban aquellos exagerados coches americanos desde que era un chaval, a lo que Duncan había respondido que al menos esa era la prueba de que los economistas también eran humanos.

Había pasado un momento por casa para ducharse y cambiarse de ropa. Afortunadamente no tardó mucho, pues era domingo y el tráfico escaso. A las puertas de la jefatura se agolpaban los periodistas, con la esperanza de conseguir un comentario o una foto mejor que la que podrían sacar en la rueda de prensa de las siete y media. El alcalde, Tourtell, ya había aparecido en la televisión y hecho declaraciones. «Incomprensible», «tragedia», «nuestros pensamientos están con la familia» y «la ciudad debe permanecer unida contra las fuerzas del mal» había dicho, solo que empleando muchas más palabras. El comentario de Malcolm, minimalista en comparación, había sido pedir a los reporteros que comprendieran que su atención estaba centrada en la investigación y remitirles a la conferencia de prensa.

Malcolm bajó por la rampa del garaje, saludó con un movimiento de la cabeza al guardia, que levantó la barrera, y avanzó hacia el interior. La distancia que separaba tu plaza de aparcamiento del ascensor era proporcional al lugar que

ocupabas en el escalafón. Al aparcar en marcha atrás en la suya, cayó en la cuenta de que podría haber aparcado en la más próxima.

Iba a sacar la llave del contacto cuando se abrió la puerta de detrás del asiento del copiloto, una persona entró sin hacer ruido y se sentó. Por primera vez desde el asesinato de Duncan, Malcolm tuvo tiempo de pensar. Pensar que con el puesto de director de la policía recibía no solo una plaza de garaje más cercana al ascensor, sino también la amenaza de ser asesinado, en cualquier momento, en cualquier lugar, que la seguridad era privilegio de los que aparcaban más lejos.

—Vuelva a arrancar —dijo la persona del asiento trasero.

Malcolm miró por el retrovisor. La persona se movía de manera tan ágil y silenciosa que no pudo menos que reconocer que el entrenamiento de la Guardia Real era eficaz.

—¿Va algo mal, Banquo?

—Sí, señor. Hemos interceptado un plan para atentar contra usted.

—¿Aquí, en la jefatura?

—Sí. Conduzca despacio para salir, debemos alejarnos. Todavía no sabemos quiénes del cuerpo están involucrados, pero creemos que son los mismos que han liquidado a Duncan.

Malcolm sabía que debería estar asustado. Y tenía miedo. Pero no tanto como podría suponerse. Con frecuencia eran situaciones triviales, como estar subido a una escalera de mano o rodeado de abejas agresivas, las que podían provocarle patéticas reacciones de pánico. Ahora pasaba justo lo mismo que por la mañana, como si la situación no diera cabida a ese tipo de miedo, al contrario, agudizaba su capacidad de pensar deprisa, con racionalidad, reforzaba su decisión y, paradójicamente, lo tranquilizaba.

—Si es así, ¿cómo sé que no eres uno de ellos, Banquo?

—Si hubiera querido matarle, ya estaría muerto, señor.

Malcolm asintió. Algo en el tono de Banquo le decía que aquel hombre, más bajo que él y mucho mayor, probablemente habría podido matarle usando solo las manos de haber querido.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—Al muelle de los contenedores, señor.

—¿Por qué no vamos a casa...?

—No querrá involucrar a su familia en este lío, señor. Se lo explicaré cuando lleguemos. Conduzca. Ahora voy a agacharme un poco, mejor que nadie me vea y sepa que ha sido informado.

Malcolm salió, el guardia lo saludó, la barrera se alzó, volvía a estar bajo la lluvia.

—Tengo una reunión dentro de...

—Nos ocuparemos de eso, señor.

—¿Y la rueda de prensa?

—También. Ahora mismo debe pensar en usted. Y en su hija.

—¿Julia? —Malcolm sintió que ahora sí. Tenía pánico.

—Están vigilándola, señor. Conduzca, llegaremos enseguida.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo que haya que hacer.

Cinco minutos más tarde cruzaron el portón del muelle de los contenedores que llevaba varios años abierto. La única consecuencia de intentar mantenerlo cerrado a los sin hogar y los rateros era que rompían las verjas y los candados. Era domingo, no había nadie.

—Deténgase detrás de aquel almacén —dijo Banquo.

Malcolm obedeció y aparcó junto a un Volvo PV.

—Firme esto —dijo Banquo pasándole una hoja y una pluma por el hueco de los asientos delanteros.

—¿Qué es?

—Unas pocas líneas escritas con su máquina de escribir —respondió Banquo—. Léalo en voz alta.

—«Los Norse Riders amenazaron con matar a mi hija...» —Malcolm se interrumpió.

—Siga —dijo Banquo.

Malcolm carraspeó y continuó leyendo:

—«... a mi hija Julia si no colaboraba con ellos para asesinar al director de la policía Duncan. Pero ahora que me tienen cogido, me han pedido otros favores, así que sé que mientras yo siga con vida, mi hija siempre estará amenazada. Por eso, y por la vergüenza de lo que he hecho, he elegido morir ahogado.»

—Resulta que es el caso —dijo Banquo—. Solo una firma en esa carta puede salvar la vida de su hija.

Malcolm se volvió. Miró la boca del revólver que Banquo sujetaba con una mano enguantada.

—No hay ningún atentado, me has mentido.

—Sí y no —contestó Banquo.

—¿Me has traído aquí engañado para matarme y tirarme a este canal?

—Se ahogará usted mismo, como dice la carta.

—¿Por qué iba a...?

—Porque la alternativa es que le pegue un tiro en la cabeza ahora, lo lleve a su casa y en ese caso la carta de despedida será como sigue. —Banquo le tendió otra hoja—. Solo cambia el final.

—«... Pero mientras mi hija esté viva, esa amenaza siempre estará presente. Por eso he decidido acabar con nuestras vidas, para ahorrarle la vergüenza de lo que he hecho y una vida de terror interminable.»

Malcolm parpadeó. Entendía las palabras, tenían sentido, pero no tuvo más remedio que leer aquellas frases otra vez.

—Firme, Malcolm —la voz de Banquo sonaba casi consoladora.

Malcolm cerró los ojos. El silencio dentro del coche era tal que podía oír el crujido del muelle del gatillo. Abrió los ojos, agarró la pluma y escribió su nombre en la primera carta.

Se oyó un sonido metálico en el asiento trasero.

—Tome —dijo Banquo—. Póngaselo alrededor de la cintura por debajo de la gabardina.

Malcolm vio las cadenas para las ruedas del coche que Banquo sostenía.

Plomada.

Las cogió y se las enrolló en la cintura, mientras trataba de pensar en una salida.

—Déjeme ver —dijo Banquo apretando las cadenas. Luego enganchó un candado y lo cerró con un chasquido. Puso la carta firmada sobre el asiento del copiloto y, encima, una llave que Malcolm supuso que sería del candado.

—Venga.

Salieron a la lluvia. Banquo utilizó la pistola para empujar a Malcolm por el borde del muelle rodeando un pequeño canal que se desviaba del puerto principal. A ambos lados del canal se alzaban las paredes de los contenedores. Aun en el caso de que hubiera alguien en el muelle central, no habría visto a Malcolm y Banquo.

—Alto —dijo Banquo.

Malcolm miró hacia el mar negro que estaba plano, hundido, domado por el látigo de la lluvia. Bajó la vista hasta un agua verdosa, negruzca, cubierta de aceite, antes de dar la espalda al mar y clavar sus ojos en Banquo.

Este levantó la pistola.

—Salte, señor.

—No tienes el aspecto de alguien con intención de matar, Banquo.

—Con todos mis respetos, señor, creo que no sabe qué pinta tiene esa gente.

—Es verdad. Pero conozco bastante bien a las personas.

—Hasta ahora.

Malcolm abrió los brazos.

—Pues empújame.

Banquo se humedeció los labios. Agarró la pistola de nuevo.

—Vamos, Banquo. Tendrás que mostrarme al asesino que llevas dentro.

—Tiene usted sangre fría para ser un civil, señor.

Malcolm volvió a bajar los brazos.

—Solo porque sé algo sobre la pérdida, Banquo. Igual que tú. He aprendido que podemos permitirnos perderlo casi todo. Pero luego hay unas pocas cosas

imprescindibles, que harán que dejemos de existir más que si perdiéramos nuestra propia vida. Sé que perdiste a tu esposa a manos de la enfermedad que esta ciudad provoca en sus habitantes.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo lo sabe?

—Porque me lo contó Duncan. Lo hizo porque perdí a mi primera esposa a raíz de la misma enfermedad. Hablamos de cómo podíamos contribuir a crear una ciudad donde no ocurrieran cosas así, donde hasta los empresarios más poderosos tengan que responder si incumplen la ley, donde un asesinato sea un asesinato, ya se efectúe empuñando armas o gaseando a los vecinos hasta que tengan los ojos amarillos y huelan a cadáver.

—Entonces ya ha perdido lo que era insoportable perder.

—No. Puede perderse a una esposa y que la vida siga teniendo sentido. Porque tienes descendencia, una hija, un hijo. A quienes no podemos perder son nuestros hijos, Banquo. Si salvo la vida de Julia muriéndome ahora, tendrá que ser así, merece la pena. Y vendrán otros después de mí y de Duncan. Quizá no me creas, pero este mundo está lleno de gente que desea el bien, Banquo.

—¿Y quién decide qué es bueno? ¿Usted y esos otros señoritos?

—Pregúntale a tu corazón, Banquo. Tu cerebro te engañará, pregúntale a tu corazón.

Vio que Banquo cambiaba el peso del cuerpo de pierna. Malcolm tenía la boca y la garganta secas, ya estaba afónico.

—Podéis colgarnos todas las cadenas que queráis, Banquo, no sirve de nada, porque volveremos a emerger. Lo bueno tiende a subir. Lo juro, apareceré flotando en alguna parte y desvelaré tus crímenes.

—No son míos, Malcolm.

—Hekate y tú estáis en el mismo barco. Los dos sabemos qué río cruzará ese barco y dónde acabaréis muy pronto.

Banquo asintió despacio.

—Hekate —dijo—. Exacto.

—¿Qué?

Parecía que Banquo miraba fijamente a un punto en la frente de Malcolm.

—Tiene razón, señor. Trabajo para Hekate.

Malcolm intentó interpretar la leve sonrisa de Banquo. El agua corría por su rostro, como si llorara, pensó Malcolm. ¿Acaso dudaba? Malcolm sabía que tenía que seguir hablando, hacer que Banquo hablara, porque cada palabra prolongaba la vida. Aumentaba la minúscula probabilidad de que cambiara de opinión o de que apareciera alguien.

—¿Por qué ahogarme, Banquo?

—¿Qué?

—Sería más fácil pegarme un tiro en el coche y hacer que pareciera un suicidio.

Banquo se encogió de hombros.

—Hay muchas maneras de despellejar un gato. La escena del crimen está debajo del agua. Hay pocas huellas en caso de que sospecharan que puede tratarse de un asesinato. Y ahogarse es agradable. Como dormirse.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Lo sé. En mi juventud estuve a punto de ahogarme dos veces.

El cañón de la pistola de Banquo había descendido unos milímetros. Malcolm calculó la distancia que los separaba.

Tragó saliva.

—¿Cómo es que estuviste a punto de ahogarte, Banquo?

—Porque crecí en los barrios obreros del este y nunca aprendí a nadar. ¿No resulta curioso que aquí, en una ciudad al borde del mar, viva gente que muere si cae en él? Así que intenté que mi hijo aprendiera a nadar. Lo raro fue que él tampoco aprendió. Tal vez porque quien intentaba enseñarle no sabía. Si nosotros nos hundimos, ellos se hunden, de ese modo es nuestro destino hereditario. Pero la gente como usted sabe nadar, Malcolm.

—De ahí la cadena, supongo.

—Sí.

El cañón de la pistola volvió a elevarse. Había dejado de dudar, la mirada de

Banquo era de nuevo decidida. Malcolm tomó aire. Había tenido una oportunidad y se había esfumado.

—Buenos o no —dijo Banquo—, tenéis la capacidad de flotación que a nosotros nos falta. Y yo he de estar seguro de que se quedará debajo del agua. De que no volverá a la superficie. De lo contrario, no habré hecho mi trabajo. ¿Lo entiende?

—¿Si lo entiendo?

—Deme su placa de policía.

Malcolm sacó la placa de bronce del bolsillo de la chaqueta y se la tendió a Banquo, que se apresuró a tirarla. Se deslizó por el borde, impactó en el agua y desapareció.

—Es el cobre. Brilla, pero va directo al fondo. Así es la fuerza de la gravedad, señor, lo arrastra todo hacia el lodo. Tiene que desaparecer, Malcolm. Desaparecer por toda la eternidad.

En la sala de juntas Macbeth miraba el reloj: eran las 18.29. La puerta volvió a abrirse, una persona a la que Macbeth reconoció como la asistente de Lennox asomó la cabeza, dijo que seguían sin dar con Malcolm, todo lo que sabían era que había llegado a la jefatura, había dado la vuelta en el garaje y se había marchado de nuevo y que nadie, tampoco su hija Julia, sabía dónde estaba.

—Gracias, Priscilla —dijo Lennox girándose hacia los demás—. En ese caso creo que deberíamos empezar la reunión con...

Macbeth supo que aquel era el momento. El momento del que Lady había hablado, el momento del vacío de liderazgo en que todos, instintivamente, considerarían su líder a quien tomara el mando. Por eso interrumpió tajante y con voz atronadora:

—Discúlpame, Lennox. —Macbeth se volvió hacia la puerta y dijo—: Priscilla, ¿podrías ocuparte de que salga una orden de búsqueda de Malcolm y su coche? De momento solo a las patrullas. Redáctala de la manera menos dramática posible, del tipo de que la jefatura desea contactar con él lo antes

posible. Gracias. —Y dirigiéndose a los demás, añadió—: Perdona que me sirva de tu asistente, Lennox, pero creo que la mayoría de los presentes compartirán mi creciente desasosiego. Bien, entonces comencemos la reunión. ¿Alguien tiene algo en contra de que la dirija hasta que llegue Malcolm?

Dejó que su mirada diera la vuelta a la mesa. Caithness. Lennox. Duff. Vio que se lo pensaban hasta caer en la cuenta de lo que Lennox, algo envarado y aclarándose la voz, dijo:

—Tú eres el segundo ahora, Macbeth. Empieza.

—Gracias, Lennox. ¿Podrías por favor cerrar la ventana que tienes detrás? Empezaremos con los guardaespaldas. ¿Anticorrupción tiene algo, Lennox?

—De momento, no —contestó este mientras se esforzaba por cerrar las contraventanas—. No hay indicios de irregularidades, ni nada que resulte sospechoso. Lo único llamativo podría ser, precisamente, la ausencia de infracciones.

—¿Ningún nuevo contacto extraño, ninguna compra repentina de artículos de lujo o movimientos en la cuenta corriente?

Lennox negó con la cabeza.

—Parece que están impolutos.

—Apuesto a que estaban limpios —dijo Duff—. Pero hasta los caballeros más limpios pueden envenenarse y corromperse si das con la grieta de su armadura. Hekate encontró esa ranura.

—Entonces nosotros también la encontraremos —dijo Macbeth—. Sigue buscando, Lennox.

—Por supuesto. —Su tono incluía un «señor» al final de la frase. No lo articuló, pero todos lo oyeron.

—Mencionaste que habías hablado con los infiltrados de tu antigua sección, Duff.

—Dicen que por lo visto el asesinato ha supuesto una auténtica conmoción para todos los que trabajan a nivel de la calle, que nadie sabía nada. Pero que todo el mundo da por descontado que Hekate está detrás. Un joven de la estación

central había dicho algo de un policía que había tratado de comprar droga, no sé si sería uno de nuestros agentes antidroga, pero seguro que no fue ninguno de los guardaespaldas. Seguimos buscando pistas que puedan llevarnos a la guarida de Hekate. Pero es, como ya sabemos, tan difícil o más que dar con Sweno.

—Gracias, Duff. ¿La escena del crimen, Caithness?

—Lo que esperábamos —dijo ella consultando el cuaderno que tenía delante—. Hemos identificado todas las huellas dactilares de la habitación del fallecido y coinciden con las de tres camareras de piso, los guardaespaldas y los que sabemos que estuvieron allí. Es decir, Lady, Duff y tú mismo. También había unas huellas que no sabíamos a quién pertenecían, pero que acabamos haciendo coincidir con las del anterior huésped que se alojó en la habitación. Cuando digo que es lo que esperábamos, en realidad no lo es, pues por lo general las habitaciones de hotel están llenas de huellas sin identificar.

—La dirección del Inverness se toma la limpieza muy en serio —repuso Macbeth cortante.

—El forense ha confirmado que los dos cortes en el cuello son la causa primaria de la muerte. Las incisiones coinciden con las dos dagas encontradas. Aunque intentaron limpiar las dagas en las sábanas y en la ropa de los guardaespaldas, quedaba sangre más que suficiente en la hoja y el mango como para confirmar que pertenece al fallecido.

—¿Podemos decir «Duncan»? —preguntó Macbeth—. Mejor que «fallecido».

—Como quieras. Una de las dagas está más ensangrentada que la otra puesto que fue la que cortó la yugular del falle... eh... la yugular de Duncan, de ahí el chorro de sangre que recorre la colcha y que podéis ver en esta foto. —Caithness deslizó una foto en blanco y negro hacia el centro de la mesa y los demás la miraron obedientes—. El informe completo de la autopsia estará listo pasado mañana. Entonces sabremos más.

—¿Y qué más? —preguntó Duff—. ¿Lo que cenó? Lo sabemos, todos cenamos lo mismo. ¿O qué enfermedades tenía que no provocaron su muerte? Si

vamos a mantener el ritmo de trabajo (lo que es esencial dada la situación), tenemos que centrarnos en la información importante.

—La autopsia —dijo Caithness, y Macbeth percibió el temblor en su voz— puede confirmar o descartar la secuencia de los hechos que hemos supuesto. Y supongo que eso es bastante importante.

—Lo es, Caithness —convino Macbeth—. ¿Algo más?

Les enseñó más fotos, habló de otros hallazgos técnicos y médicos, pero ninguno apuntaba en otra dirección que no fuera aquello en que todos los presentes estaban de acuerdo: que los dos guardaespaldas habían asesinado a Duncan. También coincidían en que los guardias no parecían tener motivos personales para matarle, que había otras fuerzas detrás. La discusión sobre si podía tratarse de alguien que no fuera Hekate resultó breve e infructuosa.

Macbeth propuso aplazar la rueda de prensa hasta las diez de la noche a la espera de haber localizado a Malcolm e informarle. Lennox opinó que sería mejor a las nueve, teniendo en cuenta que el cierre de las redacciones se adelantaba para la edición del domingo.

—Gracias, Lennox —dijo Macbeth—. Pero tenemos que considerar nuestras propias prioridades, no las ventas de los periódicos de mañana.

—Me parece una tontería —repuso Lennox—. Somos la nueva dirección, es poco inteligente volvernos impopulares para la prensa a la primera ocasión.

—Tomo nota de tus puntos de vista —dijo Macbeth—. En el caso de que Malcolm no haya aparecido y nos dé otras instrucciones, nos reuniremos aquí a las nueve para repasar lo que diremos en la rueda de prensa.

—¿Quién la dirigirá? —preguntó Duff.

Antes de que Macbeth pudiera contestar, la puerta se entreabrió. Era Priscilla, la asistente de Lennox.

—Perdón —se excusó—. La patrulla que cubre el muelle de los contenedores ha dado aviso de que el coche de Malcolm está aparcado allí. Está vacío y no ven a Malcolm.

Macbeth percibió el silencio de la sala. Saboreó con placer el hecho de saber

lo que ellos no sabían. El control que le otorgaba.

—¿En qué parte del muelle de los contenedores?

—En el puerto, junto a uno de los canales.

Macbeth asintió con la cabeza, despacio.

—Pide buceadores.

—¿Buceadores? —se extrañó Lennox—. ¿Eso no resulta un poco prema...?

—Creo que Macbeth tiene razón —interrumpió Priscilla, y los demás, asombrados, se volvieron a mirarla. Tragó saliva y añadió—: Han encontrado una carta en el asiento.

La rueda de prensa empezó a las diez en punto de la noche. Cuando Macbeth entró en la sala Scone y se dirigió al estrado, hubo flashes desde todos los ángulos que por un instante proyectaron su sombra grotesca en la pared. Dejó sus notas sobre el atril, las estudió un momento antes de carraspear y mirar hacia las filas de asientos, todos ocupados. Por lo general, no le gustaba hablar en público. Hubo un tiempo en que la sola idea le resultaba más penosa que la más complicada de las misiones. Pero había ido mejorando. Ahora, esta noche, sentía que le apetecía. Que iba a disfrutarlo. Porque tenía el control y sabía lo que ellos ignoraban. Y porque acababa de esnifar una raya de poción. Era cuanto necesitaba.

—Buenas noches, soy el inspector Macbeth y estoy al frente de la sección del Crimen Organizado. Como saben, el director de la policía Duncan ha sido encontrado asesinado en el casino Inverness a las seis cuarenta y dos minutos de esta mañana. Instantes después, los dos sospechosos por ahora, los guardaespaldas de Duncan, el agente Andrianov y el agente Hennessy, recibieron sendos disparos en la habitación contigua al echar mano de sus armas cuando iban a ser arrestados. Hace una hora les hemos hecho entrega de una nota de prensa que detalla la secuencia de los hechos y los resultados e hipótesis con que trabajamos de momento, así que esta comparecencia no debería alargarse mucho. Pero quisiera añadir un par de detalles técnicos.

Macbeth tomó aire y uno de los periodistas no pudo reprimirse.

—¿Qué saben de Malcolm? —Su voz retumbó.

—¿Está muerto? —estalló otro.

Macbeth miró sus notas. Las apartó.

—Si esto significa que la prensa opina que hemos cumplido con nuestra obligación a la hora de informar del asesinato del director de la policía, no tengo ningún problema en pasar a tratar de la desaparición del subdirector.

—No, pero lo más importante, primero —gritó uno de los periodistas más veteranos—. El cierre de edición es inminente.

—De acuerdo —dijo Macbeth—. El subdirector de la policía Malcolm no se ha presentado, como parece que saben, a una reunión aquí, en la jefatura, a las dieciocho horas. Ha resultado muy inquietante al ocurrir el mismo día en que el director ha sido asesinado. Dimos una orden de búsqueda y esta tarde hemos localizado el coche de Malcolm en el muelle de los contenedores. Después hemos hecho una búsqueda por la zona, también con buzos. Han encontrado...

—¿El cadáver?

—... esto —dijo Macbeth y mostró un trozo de metal redondo que lanzaba destellos bajo los focos de la televisión—. Es la placa de Malcolm, que apareció en el fondo, junto al muelle.

—¿Creen que alguien lo ha asesinado?

—Más o menos —repuso Macbeth sin mover un músculo de la cara en el silencio absoluto que siguió a sus palabras—, si con el término «alguien» nos referimos también al propio Malcolm. —Dejó que su mirada se deslizara sobre los presentes antes de continuar—: Se ha encontrado una carta en el asiento del conductor del coche. —Macbeth bajó la vista hacia la hoja que tenía delante. Tras aclararse la garganta, leyó—: «Los Norse Riders amenazaron con matar a mi hija Julia si no colaboraba con ellos para asesinar al director de la policía Duncan. Pero ahora que me tienen cogido, me han pedido otros favores, así que sé que mientras yo siga con vida, mi hija siempre estará amenazada. Por eso, y por la vergüenza por lo que he hecho, he elegido morir ahogado». Firmado, el subdirector de la policía Malcolm. —Levantó la mirada hacia la sala—. La primera pregunta que nosotros, y probablemente ustedes, nos hacemos es, por

supuesto, si la carta es auténtica. A eso podemos responder que la policía Científica ha confirmado que ha sido escrita en la máquina de escribir de Malcolm aquí, en la jefatura, que el papel lleva las huellas dactilares de Malcolm y que la firma es la suya,

Pareció que los presentes necesitaron unos segundos para digerir el contenido. Luego se oyeron voces estridentes:

—¿Saben algo más que confirme que Malcolm estuviera detrás del asesinato de Duncan?

—¿Cómo pudo Malcolm ayudar a los Norse Riders a cometer el crimen?

—¿Cuál era la relación de Malcolm con los guardaespaldas?

—¿Creen que puede haber alguien más de la policía involucrado?

Macbeth levantó las manos a modo de defensa.

—No vamos a responder a preguntas sobre la muerte de Duncan todavía, pues solo estaríamos especulando. Solo preguntas sobre la desaparición. De uno en uno, gracias.

Se hizo un silencio. Después, la única periodista presente en la sala dijo:

—¿Debemos entender que han encontrado la placa pero no el cadáver de Malcolm?

—El fondo del muelle está enfangado y el agua no está muy limpia, que digamos. Una ligera placa de bronce no se hunde necesariamente en el lodo como lo haría un cuerpo, y el bronce refleja la luz. Los buzos pueden tardar en encontrar a Malcolm.

Macbeth vio que los periodistas se inclinaban al unísono sobre sus cuadernos para tomar notas.

—¿La razón más evidente no sería que la corriente hubiera arrastrado el cadáver? —preguntó alguien que pronunciaba las erres marcadas.

—Sí —dijo Macbeth, y su mirada encontró el rostro del que procedía esa voz. Uno de los pocos que no estaban tomando notas. Walt Kite. No le hacía falta, Macbeth tenía delante el micrófono de la emisora de radio.

—Si Malcolm asesinó a Duncan y se arrepintió, ¿por qué...?

—Alto —Macbeth alzó la mano—. Como ya he dicho, no contestaré las preguntas sobre el asesinato de Duncan hasta que sepamos más. Y ahora les pido que comprendan que debemos retomar nuestro trabajo. Lo importante en estas circunstancias es que podamos investigar el caso de manera rápida y eficiente con los recursos que tenemos a nuestro alcance. También urge formar un equipo de dirección para que mantengamos la continuidad del resto de las labores que la policía debe hacer por esta ciudad.

—¿Es verdad que usted está ejerciendo de director de la policía en funciones, Macbeth?

—Desde el punto de vista formal, sí.

—¿Y en la práctica?

—En la práctica... —Macbeth hizo una breve pausa. Miró un momento sus notas. Se humedeció los labios—, somos un grupo de jefes con experiencia que ya hemos tomado el timón y que me atrevo a decir que lo tenemos todo bajo control. Pero tampoco me asusta afirmar que es difícil para cualquier hombre o mujer ocupar el lugar que ha dejado el director Duncan. Era un visionario, un héroe que murió combatiendo a las fuerzas del mal que hoy creen haber vencido. —Se agarró al atril y se inclinó hacia delante—. Sin embargo, lo único que han logrado es que estemos aún más decididos a que esta batalla perdida sea el comienzo que nos conduzca a la victoria definitiva del bien. De la justicia. De la seguridad. Y, por ende, de nuevas construcciones, nuevos vecinos y un nuevo bienestar. Pero no podremos hacerlo solos, para conseguirlo necesitaremos la confianza de la ciudadanía. Si la obtenemos, continuaremos con la labor que comenzó Duncan como director de la policía. Y yo personalmente —añadió, y levantó una mano como si estuviera haciendo un juramento— garantizaré que no pararemos hasta cumplir los objetivos que Duncan marcó para esta ciudad y todos sus habitantes.

Macbeth se soltó el atril y se irguió. Miró los rostros que flotaban como una capa de ojos y bocas abiertas. No, no tenía miedo. Vio y saboreó el efecto que habían causado sus palabras. Las palabras de Lady. Se había inclinado hacia

delante justo cuando debía. Ella le había instruido frente al espejo, le explicó cómo el lenguaje corporal agresivo transmitía sensación de intensidad espontánea y voluntad de lucha, era más importante aún que las palabras en sí, porque el lenguaje corporal se salta el cerebro y va directo al corazón.

—La próxima rueda de prensa será mañana por la mañana a las once, aquí en la sala Scone. Gracias.

Macbeth recogió sus notas mientras se oían suspiros desencantados y llovían protestas y preguntas. Miró hacia la sala entornando los ojos. Solo estaría allí un par de segundos más. En el último momento logró reprimir la sonrisa que quería aflorar a su rostro.

«Joder, parece un capitán —pensó Duff sentado en la primera fila. Un capitán que mira sin temor un mar proceloso—. Eso acaba de enseñárselo alguien. Ese no es el Macbeth que yo conozco, coño. Que conocía.»

Macbeth saludó un instante con la cabeza, cruzó el estrado y desapareció por la puerta que Priscilla mantenía abierta.

—Dime, ¿qué te ha parecido, Lennox? —preguntó Duff mientras los periodistas seguían gritando como si esperaran un bis.

—Estoy conmovido —contestó el inspector pelirrojo—. E inspirado.

—Exacto. Ha sido más un discurso electoral que una rueda de prensa.

—Puedes interpretarlo así, o considerarlo un movimiento estratégico meditado y responsable.

—¿Responsable? —resopló Duff.

—Una ciudad, una nación, se sostiene sobre presunciones. Presunciones de que los billetes se pueden cambiar por oro, de que nuestros dirigentes piensan en ti y en mí y no solo en su propio beneficio, de que los delitos serán castigados. Si no creyéramos en esas presunciones, la sociedad civilizada se hundiría en un tiempo récord. En unas circunstancias en que la anarquía llama a la puerta, Macbeth acaba de asegurarnos que las instituciones públicas de la ciudad están intactas. Ha sido un discurso digno de un hombre de Estado.

—O de una mujer de Estado.

—¿Crees que eran las palabras de Lady, no del propio Macbeth?

—Las mujeres entienden de corazones y de cómo dirigirse a ellos. Porque el corazón es la mujer que llevamos en nuestro interior. Aunque el cerebro sea más grande, hable más y crea que el esposo es quien manda en casa, es el corazón el que en silencio toma todas las decisiones. El discurso te llegó al corazón y por eso tu cerebro lo secunda sin protestar. Créeme, Macbeth no lleva eso dentro, el discurso es obra de ella.

—¿Y qué? Todos necesitamos nuestra media naranja y si, para colmo, actúan como uno, lo mejor para todos será que él sea el jefe, ningún otro.

A sus espaldas, se oyó un arrastrar de sillas. Macbeth no volvió, y el cierre de las ediciones se acercaba.

Faltaba una hora para la medianoche. El viento había amainado, pero la basura y los restos de la tormenta de la noche anterior seguían revoloteando por las calles. El húmedo viento del noreste se compactaba y tomaba velocidad por los pasillos del vestíbulo de la estación, por encima de un bulto tumbado junto a la pared y, unos metros más allá, de un hombre con la bufanda subida hasta los ojos. Strega se le acercó.

—¿Te da miedo que te reconozcan, Macbeth?

—Calla. No pronuncies mi nombre. Esta noche he dado un discurso y me temo que he sacrificado mi anonimato.

—Sí, he visto las noticias de la noche. Tenías buen aspecto ahí subido. Casi me he creído todo lo que has dicho. Pero también es verdad que una cara guapa siempre me ha producido ese efecto.

—¿Cómo es que apareces en el mismo momento en que vengo por aquí, Strega?

Ella sonrió.

—¿Poción?

—¿Tienes otra cosa? ¿Anfetamina? ¿Cocaína? La poción me hace ver visiones y tener pesadillas.

—Fue la tormenta, no la poción quien trajo las pesadillas, Macbeth. Yo, que ni la toco, soñé que los perros se volvían completamente locos con los truenos. Vi cómo se atacaban con las fauces espumeantes de saliva. Que se comían entre sí mientras todavía estaban con vida. Cuando desperté estaba sudada y aliviada.

Macbeth señaló al bulto del pasillo.

—Ahí tienes tu sueño.

—¿Qué es?

—Es el cadáver de un perro a medio comer, ¿no lo ves?

—Creo que vuelves a ver visiones. Toma. —Puso una bolsita en la palma de su mano—. Poción. No vayas a perderte ahora, Macbeth. Recuerda que el camino es sencillo, va en línea recta.

Cuando Macbeth pasó junto a *Bertha* y se apresuró por la inhóspita plaza de los Trabajadores que se inclinaba hacia la fachada iluminada del Inverness, vio una silueta en la oscuridad, bajo la lluvia. Al llegar a su altura descubrió sorprendido que era Banquo.

—¿Qué haces aquí? —dijo Macbeth.

—Esperarte.

—¿A medio camino de *Bertha* y el casino, donde ninguno de los dos te resguarda?

—No me decidía —respondió Banquo.

—¿Sobre qué lado escoger?

—Sobre cómo hacer lo de Malcolm.

—¿Quieres decir que no le pusiste las cadenas? ¿Es eso?

—¿Qué?

—Los buzos todavía no han encontrado el cadáver. Si no llevaba plomada, la corriente lo habrá arrastrado.

—No es eso.

—¿No? Pero vayamos al Inverness en vez de estar aquí mojándonos y pasando frío.

—Para mí es demasiado tarde. Hace mucho que estoy helado hasta el corazón. Te esperaba aquí porque hay periodistas delante del casino. Te esperan a ti, al nuevo director de la policía.

—Entonces mejor quedarnos aquí y darnos prisa. ¿Qué pasó?

—Despellejé al gato de otra manera. No tienes nada de lo que preocuparte. Malcolm ha desaparecido para siempre y jamás reaparecerá. Aunque lo hiciera, no tiene ni idea de que estás implicado en esto. Cree que el responsable de todo es Hekate.

—¿Qué estás diciendo? ¿Malcolm está vivo?

Banquo se estremeció.

—Malcolm cree que Hekate me tiene en el bolsillo, que fui yo quien manipuló a los guardaespaldas de Duncan. Sé que no es lo que acordamos, pero solucioné nuestro problema a la vez que salvaguardaba la vida de un buen hombre.

—¿Dónde está Malcolm ahora?

—Desaparecido.

—¿Dónde? —repitió Macbeth, dándose cuenta por la reacción de Banquo de que había levantado la voz.

—Lo llevé al aeropuerto y lo envié a Capitol. Desde allí irá al extranjero. Sabe que si intenta ponerse en contacto con alguien, dar la más mínima señal de vida, su hija Julia será liquidada al instante. Malcolm es padre, Macbeth. Sé lo que eso significa. Nunca pondrá en peligro a su hija, nunca. Preferiría dejar que la ciudad entera se fuera al infierno. Créeme, hasta en la buhardilla más helada, comido por las chinches, Malcolm despertará cada mañana, hambriento, aterido y solo y dará las gracias al creador por dejar que su hija viva un día más.

Macbeth alzó la mano y en los ojos de Banquo vio algo que solo había visto una vez antes. Nunca lo vio en ninguna de todas las acciones que habían llevado a cabo contra hombres desesperados y armados o locos con niños como rehenes. Nunca ante adversarios más grandes y fuertes, sabiendo que les darían una paliza, como así había sido. Solo en una ocasión había visto aquello en la mirada de Banquo: cuando volvió de visitar a Vera en el hospital y el médico le había

informado de los resultados de los últimos análisis. Miedo. Terror puro y duro. Por eso Macbeth intuyó que Banquo no temía por sí mismo.

—Gracias —dijo Macbeth. El peso de su mano cayó sobre el hombro de Banquo—. Gracias, querido amigo, por haber pensado en el bien donde yo no lo hice. Creí que un hombre era un precio pequeño que pagar por una meta como la nuestra. Pero tienes razón, no se salva una ciudad de irse al infierno dejando que hombres buenos mueran sin necesidad. A este se le podía salvar, debía salvarse. Tal vez nos hayas salvado a nosotros también de acabar en el infierno por tamaña maldad.

—Me alegro de que también lo veas así —exclamó Banquo, y Macbeth sintió cómo los músculos tensos en el hombro de Banquo se relajaban bajo su mano.

—Vamos, ahora vete a casa a dormir, Banquo. Dale recuerdos a Fleance de mi parte.

—Así lo haré. Buenas noches.

Macbeth cruzó la plaza pensando. Pensaba que a veces mueren hombres buenos sin necesidad. Y a veces porque hace falta. Penetró en el haz luminoso que proyectaba el casino Inverness, hizo caso omiso de las preguntas que vociferaban los periodistas acerca de Malcolm, de los guardaespaldas de Duncan, sobre si de verdad había sido Macbeth en persona quien les había disparado a los dos.

Dentro estaba Lady para recibirle.

—Han retransmitido toda la conferencia de prensa en directo por la televisión. Has estado fantástico —dijo abrazándolo.

Macbeth no dejó que se soltara. La agarró hasta sentir que el calor volvía a su cuerpo. Sintió escalofríos de placer bajando por su espalda cuando los labios de Lady rozaron su oreja y susurró: «Director de la policía».

—Has vuelto a casa.

Ante la puerta de la habitación de su hija, Duff se volvió hacia la voz que

sonaba sorprendida a sus espaldas. Meredith, que se había anudado el cinturón de la bata y tenía los brazos cruzados, sintió un escalofrío.

—Me he escapado un momento —susurró—. No quería despertarte. ¿Ewan no quiere dormir en su habitación? —Señaló con la cabeza a su hijo que dormía hecho un ovillo junto a su hermana mayor.

Meredith suspiró.

—Ha empezado a ir al cuarto de Emilie cuando no puede dormir. Creí que te quedarías en la ciudad ahora que estáis trabajando con esos casos tan horribles.

—Sí, sí, solo tenía que salir de allí un poco. Coger algo de ropa limpia. Ver que todavía existís. Pensaba dormir un par de horas en el cuarto de invitados y volverme.

—Vale. Te haré la cama. ¿Has comido?

—No tengo hambre. Me tomaré una tostada cuando me despierte.

—Puedo prepararte el desayuno. De todas formas, no puedo dormir.

—Vete a dormir, Meredith. Me quedaré aquí un poco y luego haré la cama.

—Como quieras. —Lo miraba cruzada de brazos, pero en la oscuridad él no captaba su mirada. Ella se dio la vuelta y se marchó.

—Pero quiero saber por qué —dijo Duff, apoyando los codos en la mesa y la barbilla entre las manos—. ¿Por qué no se largaron Andrianov y Hennessy? ¿Por qué dos guardaespaldas traidores iban primero a liquidar a su jefe y luego echarse a dormir en la habitación vecina, embadurnados de sangre y de pruebas incriminatorias de mil demonios? Vamos, sois investigadores tácticos, ¡al menos tendréis una jodida propuesta!

Miró alrededor. Los doce detectives que componían la sección de Homicidios estaban reunidos frente a él, pero el único que abrió la boca lo hizo para bostezar. Era un lunes por la mañana, ¿tal vez por eso estuvieran tan poco locuaces y parecieran tan incómodos y tan poco motivados? No, esas jetas iban a estar igual de cansadas al día siguiente si alguien no tomaba cartas en el asunto. Había una razón por la que la sección de Homicidios había estado descabezada los dos meses que habían transcurrido desde que Duncan le diera un ultimátum al anterior jefe: o dimitía, o empezarían una investigación interna por sospecha de corrupción. No había ningún candidato cualificado. Bajo el mandato de Kenneth la sección de Homicidios había tenido la tasa de resolución de casos más baja del país, y la culpa no era únicamente de la corrupción. Mientras que la sección de Homicidios de Capitol reunía a los mejores, en el departamento de Homicidios de la jefatura se habían juntado los más resignados y disfuncionales del cuerpo policial.

—Hay que darle la vuelta a esto —había dicho Duncan—. El éxito o el

fracaso de Homicidios determina en gran medida la confianza de la gente en la policía. Por eso quiero que la dirija uno de nuestros mejores hombres. Tú, Duff.

Duncan sabía dar una mala noticia a sus hombres de tal manera que resultara estimulante. Duff soltó un gemido. A su lado tenía una pila de informes. Montones que valían menos que el papel en el que estaban escritos, interrogatorios detallados hasta el absurdo hechos a los clientes alojados en el casino Inverness. Todos contaban la misma historia: no habían visto ni oído nada salvo una tormenta infernal. Duff entendía que el silencio que mantenían alrededor de la mesa podía deberse sencillamente a que temían su ira, pero le importaba una mierda, aquel no era ningún concurso para ver quién gozaba de mayor popularidad. Si había que asustarles para que se rindieran, eso haría.

—Así que creemos que los guardaespaldas culpables estaban durmiendo el sueño de los justos, ¿no? Puesto que había sido un día muy duro de trabajo. ¿Quiénes de vosotros, idiotas, está a favor?

No hubo reacción.

—Y ¿quién no se lo cree?

—No era el sueño de los justos —dijo Caithness que acababa de deslizarse por la puerta—. Era el de los medicados. Siento llegar tarde, pero tenía que ir a recoger esto. —Agitó algo que se parecía sospechosamente a otro informe. Y lo era, comprobó Duff cuando cayó delante del montón con un golpe sordo. Era un informe forense—. Las muestras tomadas a Hennessy y Andrianov prueban que tenían suficientes benzodiazepinas en el cuerpo como para dormir doce horas seguidas. —Caithness se sentó en una de las sillas que estaban libres.

—¿Guardaespaldas que toman somníferos? —dijo Duff incrédulo.

—Tranquilizan —dijo desde el fondo de la sala un tipo que balanceaba su silla—. Si vas a atentar contra tu propio jefe, estarás nervioso. Muchos atracadores toman eso.

—Y por eso la cagan —terció un detective que llevaba la funda del arma en el brazo, sobre un polo blanco y tenía un tic en la nariz.

Risas. Breves.

—¿Qué opinas, Caithness? —preguntó Duff.

Ella se encogió de hombros.

—La investigación táctica no es mi especialidad, pero me parece bastante evidente que necesitaban tomar algo para calmar los nervios, no tenían experiencia con las drogas, así que se equivocaron con la dosis. Mientras cometían el asesinato la droga funcionó según su propósito. Los reflejos siguen siendo rápidos, desaparece el nerviosismo y los cortes precisos prueban que tenían el pulso firme. Pero después de cometer el crimen, cuando la sustancia de verdad ha hecho efecto, pierden el control de la situación. Han dado vueltas, se han manchado de sangre y al final se han quedado dormidos cada uno en una butaca, tal cual.

—Típico —convino el del polo—. Una vez cogimos a dos atracadores drogados que se habían quedado dormidos en el coche, en un semáforo en rojo. No es coña. Los delincuentes son tan jodidamente idiotas que...

—Gracias —lo interrumpió Duff—. ¿Cómo sabes que sus reflejos seguían siendo rápidos?

Caithness se encogió de hombros.

—Quien apuñaló primero a Duncan tuvo tiempo de apartar la mano antes de que saliera el chorro de sangre. Nuestro especialista dice que la sangre del mango es del chorro, no se ha deslizado, ni ha goteado ni la han extendido después.

—En tal caso estoy de acuerdo con el resto de tus conclusiones —dijo Duff—. ¿Hay alguien que no lo esté?

No hubo reacción.

—¿Alguien que lo esté?

Asintieron en silencio.

—Bien, entonces diremos que tenemos la respuesta. Y pasaremos al otro cabo suelto: el suicidio de Malcolm. —Duff se puso de pie—. En su carta dice que los Norse Riders amenazaron con matar a su hija si no los ayudaba a asesinar a Duncan. Mi pregunta es: ¿por qué hace lo que le piden Sweno y los Norse Riders

y se suicida, en lugar de acudir a Duncan para que trasladen a su hija a un lugar seguro, a un piso franco? Las amenazas no son precisamente una novedad para los policías. ¿Qué pensáis?

Los demás se miraron entre ellos, al suelo, por la ventana.

—¿Ninguna teoría? ¿De verdad? Una sección entera de Homicidios y nadie...

—Malcolm sabe que Sweno tiene contactos en la policía —dijo el que balanceaba en la silla—. Sabe que Sweno acabaría encontrando a su hija.

—Bien, entonces ya tenemos algo —dijo Duff caminando arriba y abajo con la espalda encorvada—. Supongamos que Malcolm opina que solo puede salvar a su hija haciendo lo que Sweno le pide. O muriendo él mismo para que Sweno ya no tenga ningún motivo para matar a su hija, ¿estamos de acuerdo? —Duff se dio cuenta de que ninguno de los presentes intuía adónde quería llegar—. Así que si Malcolm, como la carta insinúa, no soporta la idea de vivir ni si pierde a su hija ni siendo partícipe en el asesinato de Duncan, ¿por qué no se mata de buenas a primeras para salvar la vida de los dos?

Lo miraban boquiabiertos.

—Puedo... —terció Caithness.

—Adelante, inspectora.

—Quizá ese cálculo sea lógico, pero la psique humana no funciona así.

—¿No? —repuso Duff—. Yo creo que sí. Por eso hay algo en el supuesto suicidio de Malcolm que no encaja. Nuestros corazones siempre sopesarán con gran precisión, basándose en la información que tienen a su alcance, los pros y los contras y luego tomarán su decisión lógica e irrefutable.

—Si es irrefutable, ¿por qué a veces nos arrepentimos sin tener nuevos datos?

—¿Arrepentirnos?

—Arrepentimiento, inspector Duff. —Caithness lo miraba a los ojos—. Es un sentimiento de las personas con rasgos humanos que implica que deseáramos no haber hecho algo que hemos hecho. No podemos descartar que Malcolm fuera uno de ellos.

Duff negó con la cabeza.

—El arrepentimiento es un síntoma de enfermedad. Einstein dijo que la locura es repetir un cálculo matemático con la esperanza de obtener una respuesta diferente.

—En ese caso, la afirmación de Einstein puede rebatirse porque la gente, con el paso del tiempo, llega a conclusiones diferentes. No porque cambie la información, sino porque la gente cambia.

—¡La gente no cambia!

Duff notó que los demás se habían espabilado y seguían el diálogo con atención. Tal vez intuían que el intercambio de argumentos entre Duff y Caithness ya no se refería solo al fallecido.

—Quizá Malcolm cambiara —dijo ella—. Quizá la muerte de Duncan lo transformó. No puede descartarse.

—Y tampoco podemos descartar que haya dejado una nota de suicidio, tirado su placa al agua y huido —afirmó Duff—. Ya que hablamos de rasgos humanos.

La puerta se abrió. Apareció uno de los agentes de la sección Antidroga.

—Te llaman por teléfono, Duff. Dicen que es sobre Malcolm, que es urgente. Y solo quieren hablar contigo.

Lady estaba en el centro de la habitación mirando al hombre que dormía en su cama, en la cama de los dos. Eran más de las nueve, hacía mucho que ella había desayunado, pero el cuerpo que estaba bajo las sábanas de seda no daba señal de vida.

Se sentó al borde del lecho, le acarició la mejilla, agarró sus espesos rizos negros, le movió la cabeza. Una franja blanca apareció bajo los párpados.

—¡Director de la policía! Tienes que despertar. ¡La ciudad está en llamas!

Lady se echó a reír mientras Macbeth se giraba gimiendo y le daba la espalda.

—¿Qué hora es?

—Tarde.

—Soñé que era domingo.

—Me parece a mí que has soñado muchas cosas...

—Sí, esa asquerosa...

—¿Qué?

—Nada. He oído presagios de tormenta. Pero después entendí que eran las campanas de la iglesia. Han tocado a arrepentimiento, confesión y bautizo.

—Te he dicho que no menciones esa palabra.

—¿«Bautizo»?

—¡Macbeth!

—¡Lo siento!

—Faltan menos de dos horas para la rueda de prensa. Estarán preguntando dónde se ha metido su director.

Macbeth puso los pies en el suelo. Lady lo detuvo, sujetó su rostro entre las manos y le inspeccionó con detalle. Tenía las pupilas contraídas. Otra vez. Le arrancó de la ceja un pelo rebelde.

—Además, está la cena de esta noche —dijo ella buscando otro—. ¿No lo habrás olvidado?

—¿De verdad que resulta apropiado cuando ha pasado tan poco tiempo desde la muerte de Duncan?

—Es una cena para hacer contactos, no una fiesta. En todo caso, tenemos que comer, mi amor.

—¿Quiénes vendrán?

—Todos a quienes he invitado. El alcalde. Algunos de tus colegas. —Atrapó una cana, pero escapó entre sus largas uñas rojas—. Vamos a discutir la aplicación de las leyes que rigen el funcionamiento de los casinos. En el editorial del periódico de hoy se dice que es evidente que en el Obelisco se ejerce la prostitución bajo el control del casino y que, por tanto, debería cerrarse.

—No sirve de nada que tu colega el redactor del periódico escriba lo que tú quieras mientras nadie lea su periódico.

—No. Pero ahora el director de la policía es mi marido.

—¡Ay!

—Deberías hacerte con alguna cana más, a los jefes les sientan bien. Hablaré

con mi peluquero, tal vez pueda teñirte discretamente las sienes.

—Las sienes no se me ven.

—Exacto. Por eso tienes que cortarte el pelo, para que se vean.

—¡Jamás!

—Tal vez Tourtell, el alcalde, sea de la opinión de que el director de la policía de su ciudad deba parecer un hombre maduro, no un chaval.

—Ah, ¿sí? ¿Eso te preocupa?

Lady se encogió de hombros.

—En condiciones normales el alcalde no manipulará la sucesión lógica de los cargos, pero no deja de ser él quien nombra al director. Solo tenemos que asegurarnos de que no se le ocurran ideas extrañas.

—¿Cómo podemos asegurarnos de eso?

—Bueno, tal vez deberemos procurarnos algún argumento si Tourtell, en contra de lo esperable, se pone difícil. Pero tú no te preocupes por eso, mi amor.

—Pues no. Hablando de dificultades...

Ella dejó de buscar cabellos rebeldes. Reconocía ese tono en Macbeth.

—¿Hay algo que no me hayas contado, cariño?

—Banquo...

—¿Qué le pasa?

—He empezado a preguntarme si puedo confiar en él. Si tal vez no haya pergeñado un ingenioso plan para él y para Fleance.

Respiró hondo y Lady supo lo que iba a decir.

—Banquo no mató a Malcolm ayer, sino que le mandó a Capitol. Se excusó diciendo que no arriesgábamos nada preservando su vida.

Sabía que Macbeth esperaba su reacción. Como no se produjo, él comentó que no parecía asombrada. Ella sonrió.

—Este no es momento para asombros. ¿Qué crees que está planeando?

—Afirma haber asustado a Malcolm para que guarde silencio, pero apuesto a que juntos han pensado en algo que le proporciona a Banquo un premio más alto y más seguro que el que pueda ganar conmigo.

—Querido, ¿no creerás que el viejo y bueno de Banquo planea ser director de la policía?

—No, no, Banquo siempre ha deseado que lo guíen, no guiar. Se trata de su hijo, de Fleance. Solo soy quince años mayor que él y, para cuando deje el cargo de director de la policía, Fleance ya puede ser un viejo que peine canas. En tal caso, mejor ser el príncipe heredero de un hombre de mayor edad, como Malcolm.

—Solo estás agotado de tanto pensar, cariño. Banquo es demasiado leal para algo así. Tú mismo has dicho que ardería en el infierno por ti.

—Sí, ha sido leal. Y yo también lo he sido. —Macbeth se levantó y se colocó delante del gran espejo de marco dorado—. Pero si lo analizas con detalle, ¿esa fidelidad mutua no ha sido más favorable para Banquo que para mí? ¿No ha sido él la hiena que ha seguido las huellas del león y comido de presas que no ha cazado? Lo nombré segundo de la Guardia Real y ahora es el segundo del Crimen Organizado. Yo diría que ha sido bien recompensado por los pequeños favores que me ha hecho.

—Más motivos para estar seguro de su lealtad, querido.

—Sí, yo también pensaba así. Pero ahora lo veo... —Macbeth frunció el ceño y se acercó al espejo. Puso la mano sobre la superficie de cristal como si quisiera comprobar si había alguien dentro—. Me quería como si yo fuese su hijo, pero ese amor murió cuando bebió el veneno de la envidia. Le adelanté en el escalafón, en lugar de ser mi jefe, yo fui el suyo. Además de obedecer mis órdenes tuvo que soportar el desprecio silencioso y condescendiente de su propia sangre, de Fleance, que veía a su padre doblar la cerviz ante la cría del cuco, Macbeth. ¿Alguna vez has visto los ojos castaños y fieles de un perro que te mira moviendo el rabo con la esperanza de que le echas de comer? Se queda sentado, inmóvil, esperando, porque eso es lo que le han enseñado a hacer. Tú le sonríes, le acaricias la cabeza y no te das cuenta del odio que subyace a su obediencia. No te das cuenta de que si tuviera la oportunidad, si viera la ocasión de salir bien

parado, te atacaría, te abriría la garganta, convertiría tu muerte en su alimento y te abandonaría a medio devorar en un sucio pasillo.

—Cariño, ¿qué te sucede?

—Eso fue lo que soñé.

—Estás paranoico. ¡Banquo es tu amigo de verdad! Si planeara traicionarte, podría haberse limitado a hablar con Malcolm y contarle tus maquinaciones.

—No, sabe que tendrá más fuerza si juega la partida hasta el final. Primero matarme a mí, al asesino peligroso, y luego traer a Malcolm de vuelta como director de la policía. ¡Menuda heroicidad! ¿Cómo recompensar por esta labor a un hombre así y a su familia?

—¿De verdad crees lo que estás diciendo?

—No —contestó Macbeth. Se había acercado al espejo, tocaba la superficie con la nariz y la cubría de vaho—. No lo creo, lo sé. Los veo. Los veo a los dos. A Banquo y a Fleance. Tengo que tomarles la delantera, pero ¿cómo? —Se volvió de golpe hacia ella—. ¿Cómo? Tú, la única, tienes que ayudarme. Tienes que ayudarnos a nosotros.

Lady se cruzó de brazos. Por retorcido que sonara el razonamiento de Macbeth, no carecía de cierto sentido. Quizá tuviera razón. Aunque no la tuviera, Banquo no dejaba de ser un conjurado, un potencial testigo y chivato. Cuantos menos hubiera, mejor. ¿Y qué falta les hacían en realidad Banquo y Fleance? Ninguna. Suspiró. Como Jack solía decir, si tienes menos de doce en el blackjack pides una carta más. Porque no tienes nada que perder.

—Invítales a venir esta noche —dijo—. Así tendremos controlado dónde están.

—¿Ocurrirá aquí?

—No, no. Ya ha habido bastantes asesinatos en el Inverness, otro más haría recaer la sospecha sobre nosotros y además espantaría a los clientes. Tiene que suceder por el camino.

Macbeth asintió.

—Le pediré a Banquo y a Fleance que traigan el coche, les diré que nos

hemos comprometido con una persona para que luego la lleven a casa. Sé exactamente qué trayecto harán, si les digo que sean puntuales, sabremos al minuto en qué punto del recorrido se encuentran en cada momento. ¿Sabes una cosa, mujer de mis sueños?

«Sí», pensó ella mientras se dejaba abrazar, pero permitió que lo dijera de todas formas:

—Te amo más que a nada en el mundo y en el cielo también.

Duff encontró al chico sentado sobre un noray en el extremo del muelle. Había dejado de llover, más luz de la habitual se abría paso entre las nubes blancas que tenían sobre sus cabezas. Pero sobre el fiordo, nuevos batallones de nubes de un gris azulado se alineaban para cabalgar hacia ellos por el noroeste. Era lo único de lo que uno podía estar seguro en aquella ciudad.

—Soy Duff. ¿Has llamado tú para hablar de Malcolm?

—Es chula tu cicatriz —dijo el chaval colocándose el parche—. Dicen que ya no eres el jefe de Antidroga.

—Dijiste que era urgente.

—Siempre urge, señor Jefe de la Droga.

—Va conmigo. Suéltalo.

—Y yo te digo que sueltes la pasta.

—Ah, por eso corre prisa. ¿Cuándo necesitas el próximo chute?

—Hace dos horas. Y en vista de que esto es lo bastante importante como para que se presente el jefe en persona, creo que diremos que pagues no solo el siguiente, sino los diez siguientes.

—O si espero media hora más, estarás encantado de cantar a mitad de precio. Otra hora más y costará la mitad de eso...

—No voy a negarlo, señor Jefe de la Droga, pero la cuestión es quién de nosotros tiene más prisa. He leído lo de ese Malcolm en el periódico esta mañana y lo he reconocido por la foto. Que se ahogó, ¿no? Subdirector de la policía y todo. Eso es muy gordo.

—Dame lo que tengas, chico, y te pagaré lo que valga.

El tuerto se rio por lo bajo.

—Lo siento, señor Jefe de la Droga, pero he dejado de confiar en la pasma. Aquí tienes el aperitivo. Me desperté después de haber dormitado un rato, estaba sentado entre aquella fila de contenedores de allí, donde un pobre puede meterse un pico y pegarse un viaje sin que le roben, ¿no? Nadie me ve, pero yo le veo a él, a Malcolm, al otro lado del canal. Bueno, Jefe de la Droga. El primer chute es gratis, el segundo cuesta una pasta. ¿Te suena de algo? —El chico se reía.

—No sé si me he enganchado —repuso Duff—. Sabemos que Malcolm estuvo aquí, encontramos su coche.

—Pero no sabíais que no estaba solo. Ni con quién estaba.

A base de amargas experiencias, Duff había aprendido que un yonqui miente más que todas las verdades que él era capaz de decir juntas, sobre todo si se trata de financiarse el próximo chute. Pero un yonqui suele preferir métodos más sencillos y rápidos que llamar a la Jefatura de Policía, insistir en hablar con uno de los jefes y luego esperar una hora bajo la lluvia sin tener el cobro garantizado.

—¿Y tú lo sabes? —preguntó Duff—. ¿Sabes quién es esa persona?

—Le había visto antes, sí.

Duff sacó la cartera. Extrajo los billetes, contó y se los dio al chico.

—Primero pensé en llamar a Macbeth —prosiguió el chico controlando el número de billetes—. Pero luego pensé que tal vez se negaría a creerlo cuando le dijera quién era.

—¿Se trataba de algo personal?

—El que habló con Malcolm era el segundo de Macbeth —dijo el chaval—. Viejo, pelo blanco.

A Duff se le escapó un respingo.

—¿Banquo?

—No sé cómo se llama, pero le he visto con Macbeth en el vestíbulo de la estación.

—¿Y de qué hablaban Banquo y Malcolm?

—Estaba demasiado lejos para oírlos.

—¿Qué... de qué parecía que estuvieran hablando? ¿Se reían? ¿O hablaban alto, enfadados?

—No puedo saberlo. La lluvia atronaba sobre los contenedores y la mayor parte del tiempo me dieron la espalda. Quizá discutieran, durante un rato parecía que el viejo sacudía una pipa. Pero luego se calmaron, se metieron en un Volvo PV y se largaron. Conducía el viejo.

Duff se rascó la cabeza. ¿Una colaboración entre Banquo y Malcolm?

—Me has dado de más —dijo el chico devolviéndole un billete.

Duff lo miró. Un yonqui que devolvía el cambio. Cogió el billete.

—No me has contado esto solo para sacar dinero y chutarte, ¿verdad?

—¿Eh?

—Dijiste que has leído el periódico y comprendido que esto era algo gordo. Y lo es. Tanto que, si hubieras llamado a un periodista con esta historia, te habría dado diez veces más dinero que un policía. Así que, o te ha mandado Hekate para poner en circulación falsos rumores, o tienes otras intenciones.

—Vete al infierno, señor Jefe de la Droga.

Duff agarró al yonqui por el cuello de la chaqueta y le levantó del noray. El chico apenas pesaba.

—Escúchame —dijo Duff intentando no inhalar su aliento putrefacto—. Puedo meterte en la trena y veremos qué opinas cuando llegue el mono y sepas que te quedan dos días de travesía en el desierto. O me convences aquí y ahora de por qué me has buscado. Tienes cinco segundos para empezar a hablar. Cuatro...

El chico miraba a Duff con frialdad.

—Tres...

—Jodida pasma de mierda, eres un completo cab...

—Dos...

—El ojo.

—Uno...

—¡He dicho el ojo!

—¿Qué pasa con el ojo?

—Solo quería ayudaros a atrapar al que me sacó el ojo.

—¿Quién?

El chico resopló.

—El que os da por culo. ¿No habéis comprendido que es él quien está detrás de todo esto? Solo hay una persona en esta ciudad que pueda matar al director de la policía y seguir libre, y ese es la Mano Invisible.

—¿Hekate?

Macbeth conducía por el camino embarrado entre las viejas naves de las fábricas. La capa de nubes colgaba tan baja, con un gris tan de lunes sobre las chimeneas, que era difícil saber de cuál de estas salía humo, pero en algunos de los portones había carteles en que se leía CERRADO o cadenas atadas como irónicos lazos.

La rueda de prensa no había dolido. No había dolido porque iba tan puesto que no sentía nada. Se había concentrado en sentarse apoyado relajadamente en el respaldo, cruzarse de brazos y dejar que Lennox y Caithness contestaran a las preguntas. Salvo las que le habían formulado directamente a él y que había respondido con un «No podemos comentar eso en estos momentos», dicho con una expresión que esperaba que diera a entender que tenían muchísima información y todo bajo control. Calma y seguridad. Esa era la impresión que deseaba haber transmitido. Un director de la policía en funciones que no permitía que le influyera la histeria que lo rodeaba, que contestaba a las preguntas que los periodistas gritaban («¿Acaso no tienen los ciudadanos derecho a saber...?») con una tolerante sonrisa de superioridad.

Bueno, pues Kite, el reportero de la radio que tanto marcaba las erres, había dicho en su retransmisión posterior a la rueda de prensa que el director en funciones había bostezado mucho, mostrado poco interés y mirado demasiadas veces el reloj. ¡Que se fuera al infierno Kite! En la sección de patrullas sí les parecía que su nuevo director se preocupaba cuando había ido en persona para redirigir las patrullas del Distrito 2 oeste al Distrito 1 este. Les había explicado

que ya era hora de que los barrios de la gente corriente fueran patrullados, que era importante mandarles esa señal, que la policía no solo daba prioridad a las zonas que habitaba la gente con dinero e influencia.

Si Kite estaba de mala leche, Banquo se mostró encantado cuando lo invitó a cenar con instrucciones de que llevara consigo a Fleance.

—Está bien que el chico se acostumbre a tratar con los peces gordos —le había dicho Macbeth—. Deberías ir pensando qué quieres. Quedarte con la Guardia Real, Crimen Organizado o ser subdirector de la policía.

—¿Yo?

—Pero no te estreses, Banquo, ¿vale? Solo ve pensándolo.

Banquo se había reído satisfecho, negando con la cabeza. De buen humor, como siempre. Como si no tuviera ni un pensamiento perverso. O, al menos, ninguna mala conciencia por tenerlos. Bueno, aquella noche el traidor se encontraría con su creador y destructor.

En el portón del club de los Norse Riders no había nadie. No les quedaría personal para montar guardia.

Macbeth se bajó del coche y entró en el local. Se detuvo en la puerta y miró alrededor. Tenía la extraña sensación de que había pasado muchísimo tiempo desde que estuvo allí con Duff mirando hacia la misma sala. La mesa había desaparecido y junto a la barra había tres hombres de tripa flácida vestidos con la cazadora del club y dos mujeres de pechos turgentes. Una llevaba un bebé que movía las piernas debajo de un brazo musculoso tatuado con el nombre de SEAN.

—Colin, ¿ese no es...? —susurró la mujer.

—Sí —dijo en voz baja el hombre calvo con el bigote de morsa—. Ese fue quien hirió a Sean.

Macbeth recordaba el nombre por el informe. Era algo raro: olvidaba constantemente los nombres de la gente con que se encontraba, pero ninguno de los que figuraban en los informes. Sean. Ese era el que había estado de guardia

en el portón, al que Macbeth le había tirado una daga al hombro y que luego habían utilizado de rehén, uno de los que seguían en prisión provisional.

Los hombres miraban iracundos a Macbeth, con las bocas abiertas. Respiró hondo. Era tal el silencio que oyó el crujido de las tablas del suelo bajo sus talones cuando se acercó al bar. Se dirigió al de la cazadora de cuero que estaba detrás de la barra, pero antes de hablar le dio tiempo a pensar que no debería haberse metido esa última raya antes de salir de la jefatura, que la poción le hacía pasarse de valiente. Su preocupación se vio secundada por lo que se oyó decir:

—Veo poca gente por aquí. ¿Dónde está todo el mundo? Ah, claro, en la trena. O en la morgue. Un Glendoran, gracias.

Macbeth se percató de que la mirada del barman oscilaba, supo que el ataque venía de la izquierda y que todavía disponía de un océano de tiempo. Macbeth siempre había tenido buenos reflejos, pero con la poción era como una mosca, podía bostezar, rascarse la espalda y observar el segundero del reloj, increíblemente lento, mientras la mano ya iba de camino. Pero entonces, cuando Colin, el del bigote de morsa creía que lo conseguiría, Macbeth se balanceó hacia atrás y el puño que apuntaba a su sien con el pelo recién cortado golpeó el aire. Macbeth levantó el codo lo giró hacia un lado, casi no notó el choque, solo oyó un gemido, un cartílago que crujía, unos pasos inseguros y los taburetes de bar al caer.

—Con hielo —dijo Macbeth.

Se volvió hacia el hombre que estaba a su lado, a tiempo de ver que había apretado el puño derecho y se preparaba para golpear con el hombro echado hacia atrás. En el momento que lanzó el puñetazo, Macbeth levantó la mano y se encontró con la de Colin a mitad de camino. Pero en lugar del sonido esperable de nudillos contra nudillos, sonó el deslizante chasquido de acero al penetrar carne y un golpe mudo cuando los nudillos de Colin chocaron con el cerco que rodeaba la empuñadura. Luego llegó un prolongado aullido cuando Colin

descubrió que la daga estaba ensartada en su puño y llegaba hasta el brazo. Macbeth la sacó de un tirón.

—... y un poco de soda.

El hombre del bigote de morsa cayó de rodillas.

—¿Qué cojones es esto? —dijo una voz.

Procedía de la puerta lateral, que comunicaba con el garaje. El hombre tenía una barba muy poblada y una cazadora de cuero con tres galones en cada hombro. Además de una escopeta de cañones recortados entre las manos.

—Es un encargo —dijo Macbeth volviéndose hacia el barman, que todavía no se había movido.

—¿De qué? —dijo el hombre acercándose.

—De whisky, entre otras cosas.

—¿Y qué más?

—Tú eres el Sargento. Te encargas del chiringuito cuando Sweno no está, ¿verdad? Por cierto, ¿dónde se ha escondido esta vez?

—Di lo que hayas venido a decir y lárgate de aquí, poli de mierda.

—No es que quiera criticar el local, pero el servicio podría ser más rápido y atento. ¿Qué te parece si tú y yo hablamos de esto tranquilamente en el cuarto de atrás, Sargento?

El hombre miró un rato a Macbeth. Luego bajó el cañón de la escopeta.

—No podéis hacer mucho más daño aquí.

—Lo sé. A Sweno le gustará mi encargo. Te lo garantizo.

La pequeña oficina del Sargento, eso era, tenía pósteres de motos en las paredes y un modesto pero completo almacén de repuestos en las estanterías. Contaba con escritorio, teléfono, bandejas para la correspondencia entrante y saliente. Y una silla para las visitas.

—No te acomodes demasiado, poli.

—El encargo es una expedición.

Si el Sargento estaba horrorizado, no lo demostró.

—Te has equivocado de dirección. Ya no hacemos trabajos de esos para la

pasma.

—Entonces los rumores de que a veces expedíais a gente por encargo de los hombres de Kenneth son ciertos.

—Así que si no quieres nada más...

—Solo que esta vez no tenéis que expedir a uno de la competencia —dijo Macbeth inclinándose hacia delante—. Son dos de la pasma. Como pago, tus chicos de los Norse Riders serán puestos en libertad al minuto siguiente y se retirarán los cargos.

El Sargento enarcó la ceja.

—¿Y cómo se hará eso?

—Errores de procedimiento, pruebas destruidas. Esa mierda pasa todo el tiempo. Y cuando el director de la policía dice que no tenemos caso, pues no tenemos caso.

El Sargento se cruzó de brazos.

—Sigue.

—Uno de los que vais a expedir es el que se ocupó de que la droga de la que ibais a vivir acabara en el fiordo. El agente Banquo. —Macbeth vio que el Sargento asentía despacio—. El otro es un alevín de pasma que viajará en el mismo coche.

—¿Por qué hay que expedirlos?

—¿Eso importa?

—Normalmente no preguntaría, pero estamos hablando de policías, lo que significa que habrá muchísimo ruido.

—Con estos, no. Sabemos que Banquo colabora con Hekate, pero no somos capaces de demostrarlo, por eso tenemos que deshacernos de él de otra manera. Este es el mejor método, según creemos.

El Sargento volvió a asentir. Macbeth había contado con que era un tipo de lógica que aquel hombre entendería.

—¿Cómo sabremos que cumples con tu parte si llegamos a un acuerdo?

—Bueno —dijo Macbeth mirando con los ojos entornados a la chica del

calendario que colgaba encima de la cabeza del Sargento—. Tenemos cinco testigos en el bar que pueden contar que el director de la policía en funciones, Macbeth, en persona, solicitó un encargo. ¿Acaso crees que tengo ganas de daros motivos para hacerlo público?

El Sargento se reclinó en su silla hasta que el respaldo dio con la pared y observó a Macbeth refunfuñando y tirándose de la barba.

—¿Dónde y cuándo tendría lugar en teoría esa expedición?

—Esta tarde. ¿Conoces la colina de la Horca, en el Distrito 2 oeste?

—Ahí colgaron a mi tatarabuelo.

—En la calle principal, justo en frente de las callecitas donde la gente de los barrios ricos del este va de compras, hay un cruce grande con semáforos.

—Sé cuál es.

—Conducen un Volvo PV negro que estará en el cruce en algún momento entre las seis y media y las siete menos diez. Probablemente a menos cuarto en punto, es un hombre puntual.

—Mmm... Por esa zona siempre hay muchos coches patrulla.

Macbeth sonrió.

—Esta tarde no.

—Ah, ¿no? Lo pensaré y te daré una respuesta antes de las cuatro.

Macbeth soltó una carcajada.

—Querrás decir que Sweno lo pensará. Bien. Coge un bolígrafo y apunta mi número de teléfono y la matrícula del Volvo. Y una cosa más.

—¿Sí?

—Quiero sus cabezas.

—¿Cómo?

—Los dos policías. Quiero sus cabezas. En mi puerta.

El hombre miró a Macbeth como si pensara que estaba loco.

—El cliente quiere el recibo —dijo Macbeth—. La última vez que encargué una expedición no pedí el recibo, por error, y no me dieron lo que había pedido.

Duff no fue capaz de tomar una decisión hasta la tarde.

Para entonces su cerebro había trabajado durante horas con unas ideas que iban tan despacio y tenían tantos caminos alternativos como la carretera que se abría delante de él. Todavía no habían montado una nueva barandilla en el puente de Kenneth, así que el tráfico que iba hacia el este era desviado al puente Viejo. El atasco llegaba al Distrito 2, donde Duff avanzó muy despacio de semáforo en semáforo, como si todos estuvieran preguntando: «¿Qué será más rápido: derecha, izquierda, todo recto?».

Las encrucijadas de Duff habían sido las siguientes:

¿Debía contarles a Macbeth y los demás lo que había sabido en el puerto?

¿Debía dejarlo estar? ¿Qué pasaría si el tuerto no había dicho la verdad o Banquo podía rebatir las acusaciones? ¿Cuáles serían las consecuencias para Duff si en una situación tan caótica como aquella acusaba en falso a Banquo, que junto con Macbeth se había convertido de pronto en una persona poderosa?

Por supuesto, Duff podía limitarse a presentar los datos como se los habían dado, y dejar que Lennox y Macbeth los valoraran, pero en ese caso estaría dejando pasar la oportunidad de apuntarse un triunfo personal, desenmascarando y arrestando a Banquo él solo, que le hacía mucha falta.

Por otra parte, no podía permitirse otra metedura de pata, después de la operación que había organizado por su cuenta en el muelle de los contenedores. Le había costado la sección del Crimen Organizado. Otra podría costarle el puesto que ya tenía.

Una encrucijada más: la sección del Crimen Organizado volvería a estar en juego si Macbeth seguía siendo director de la policía. Si Duff aprovechaba la oportunidad, se arriesgaba y acertaba, dicha sección podría ser suya por fin.

Había considerado la posibilidad de pedir consejo a Caithness, pero entonces habría levantado la liebre, no podría fingir que no sabía nada y se vería obligado a hacer algo. A arriesgarse.

Había optado por un camino en que no se jugaba mucho, pero podría llevarse los honores de todas formas si las cosas salían como esperaba.

Duff giró por el pequeño puente del ferrocarril y aparcó en el lugar que quedaba libre frente a la modesta casa de cemento del otro lado. Le había llevado más de tres cuartos de hora recorrer la corta distancia que separaba la Jefatura de Policía del hogar de Banquo.

—Duff —dijo Banquo, que abrió la puerta solo unos segundos después de que Duff llamara—. ¿Qué ocurre?

—Hay una fiesta, por lo que se ve.

—Sí, por eso no consigo decidir si debo llevarme esto. —Banquo levantó la funda de la pistola reglamentaria.

—Déjala en casa, te abultará debajo del traje. Pero ese nudo de corbata no sirve.

—¿No? —dijo Banquo y apoyó la barbilla sobre el cuello blanco de la camisa en un intento fallido de verse el nudo—. Pues ha servido durante cincuenta años, desde que hice la confirmación.

—Ese es un nudo de pobre, Banquo. Déjame que te enseñe...

Banquo eludió la ayuda de Duff tapándose la corbata.

—Soy pobre, Duff, y supongo que has venido a pedir ayuda, no a prestarla.

—Pues sí, así es, Banquo. ¿Puedo pasar?

—Me encantaría invitarte a entrar y también a un café, pero salíamos ahora mismo. —Banquo dejó la funda de la pistola sobre una balda del recibidor y gritó escaleras arriba—: ¡Fleance!

—¡Voy! —se oyó responder.

—Mientras tanto, vayamos fuera —dijo Banquo abrochándose la gabardina.

Se detuvieron en la escalera de obra techada. La lluvia se deslizaba cantarina por los canalones mientras Banquo le ofrecía a Duff un cigarrillo, que rechazó, y encendía el suyo.

—Hoy he vuelto al muelle de los contendores —dijo Duff—. Me cité con un chico, uno de nuestros jóvenes adictos, que quería hablar conmigo. Es tuerto. Me contó cómo había perdido el ojo.

—¿Sí?

—Estaba loco de ansiedad por la droga, pero no tenía pasta. Estaba buscando por la estación central cuando vio a un viejo y le pidió dinero. El viejo llevaba un bastón dorado.

—¿Hekate?

—Así que el viejo se detuvo, sacó una bolsita, la hizo bailar delante del chaval y le dijo que era poción de primera, recién salida de la marmita. Que se la daría al chico si hacía dos cosas por él. La primera era contestar a la pregunta de qué sentido tenía más miedo a perder. Y cuando el chico respondió que la vista, el viejo dijo que quería uno de sus ojos.

—Era Hekate, sí.

—Cuando el chaval preguntó al viejo por qué quería su ojo, Hekate le contestó que lo tenía todo, solo le quedaba desear aquello que fuera más valioso para el comprador, no para él. Además, únicamente suponía la mitad de su visión, en realidad ni eso. Podía pensar en todo lo que después valdría su otro ojo; sí, pérdida y ganancia casi se compensarían.

—No entiendo esa clase de cosas.

—Puede que no, pero algunas personas son así. Más que desear lo que el poder pueda darles, ansían el poder en sí. Prefieren poseer el árbol sin valor alguno que la fruta comestible que crece en él. Solo para poder señalarlo y decir: «Es mío». Y después talarlo.

Banquo expulsó el humo.

—¿Qué escogió el chico?

—Una mujer varonil que acompañaba al viejo le ayudó a sacarse el ojo. Después, cuando le dieron el chute, todo el dolor que alguna vez había sentido desapareció, se borraron todas sus cicatrices, todos los malos recuerdos quedaron eliminados. Dice que fue tan fantástico que aun hoy no se ha arrepentido. Que sigue buscando el chute perfecto.

—¿Qué buscaba cuando le viste hoy?

—Lo mismo. Además de a aquellos que le quitaron el ojo solo porque tenían ese poder.

—Entonces tendrá que ponerse a la cola de los que quieren cazar a Hekate.

—Supongo que pensaba que nos ayudaría a capturarlo.

—¿Cómo iba a hacerlo un pobre esclavo de la poción?

—La supuesta nota de suicidio intenta señalar a los Norse Riders como culpables. Pero el chaval cree que es Hekate quien está detrás de todo esto. Tanto de la carta como del asesinato de Duncan. Que se ha aliado con Malcolm y tal vez con más gente de la policía.

—Esa teoría parece estar de moda estos días. —Banquo dio un golpecito a su cigarrillo para tirar la ceniza y miró su reloj—. ¿Le pagaste?

—No. No le pagué hasta que me contó que había visto a Malcolm en el muelle poco antes de que desapareciera. Y que estaba contigo.

El cigarrillo interrumpió su recorrido hacia los labios de Banquo, que se echó a reír.

—¿Yo? Creo que no.

—Os describió a ti y a tu coche.

—Ni mi coche ni yo hemos estado allí. Me cuesta creer que hayas pagado con dinero del contribuyente por una afirmación así. ¿Quién está tirándose un farol, el yonqui o tú?

Sopló una ráfaga de aire helado, y Duff sintió un escalofrío.

—El chico dice que vio a Malcolm y a un hombre mayor que había visto antes con Macbeth. Un Volvo PV, una pistola. ¿No habrías pagado por esa información también tú?

—Solo si estuviera desesperado. —Banquo apagó la colilla contra la barandilla de hierro forjado—. Ni siquiera en ese caso, si fuera contra un compañero de la policía.

—No, porque valoras mucho la lealtad, ¿no es así?

—Un cuerpo de policía no puede funcionar sin la lealtad de todos y cada uno, es una condición necesaria.

—En ese caso, ¿hasta dónde llega tu lealtad al cuerpo policial?

—Soy un hombre sencillo, Duff, no sé de qué me hablas.

—Si de verdad sientes lo que dices sobre la lealtad, debes entregarnos a Malcolm. Por el bien del cuerpo de la policía. —Duff señaló la capa gris de lluvia y niebla que los rodeaba—. Por esta ciudad. ¿En qué lugar de Capitol se esconde el asesino de Duncan?

Banquo sopló la ceniza de la colilla, que se metió en el bolsillo de la gabardina.

—No sé nada de Malcolm. ¡Fleance! Lo lamento, inspector, pero tenemos que llegar a tiempo a una cena.

Duff se precipitó tras Banquo, que bajaba la escalera camino de la lluvia.

—¡Cuéntamelo, Banquo! Veo que te pesan la culpa y el remordimiento. No eres una persona malvada y retorcida, solo te ha llevado por el mal camino alguien que te supera en rango y tú has confiado en su criterio. Te han traicionado. ¡Hay que atraparlo, Banquo!

—¡Fleance! —gritó Banquo hacia la casa, mientras abría el coche aparcado en el acceso.

—¿Quieres que sigamos viéndonos arrastrados por esta espiral de caos y anarquía, Banquo? Nuestros ancestros construyeron ferrocarriles y escuelas. Nosotros levantamos prostíbulos y casinos.

Banquo se subió al coche y tocó el claxon dos veces. La puerta se abrió. Un Fleance trajeado salió a la escalera y trató de abrir un paraguas.

Duff vio que Banquo bajaba la ventanilla, probablemente porque los cristales estaban empañándose. Duff metió las manos en el interior, intentó bajarla más mientras hablaba por la estrecha abertura.

—Oye, Banquo. Si hablas, si confieras, no podré hacer gran cosa por ti, ya lo sabes. Pero te prometo que nadie le hará nada a Fleance. Sus expectativas de futuro no serán las del hijo de un traidor, sino las del hijo de alguien que se sacrificó por la ciudad. Tienes mi palabra.

—Hola, es usted el inspector Duff, ¿verdad?

Duff se incorporó.

—Hola, Fleance. Así es. Que lo paséis bien en la cena.

—¡Gracias!

Duff esperó a que Fleance ocupara el asiento del copiloto y Banquo arrancara. Empezó a caminar hacia su coche.

—¡Duff!

Se volvió.

Banquo había abierto la puerta.

—¡Las cosas no son como crees! —gritó.

—¿No?

—No. Nos vemos junto a *Bertha* a medianoche.

Duff asintió.

Banquo metió la marcha del Volvo, y padre e hijo salieron por el portón y penetraron en la niebla.

Lady subió los últimos peldaños metálicos de la escala que llevaba a la puerta de la azotea del Inverness. Abrió y miró hacia la oscuridad. Solo se oía el murmullo incomprensible de la lluvia. Parecía que todo y todos tenían secretos. Iba a marcharse cuando un rayo crepitó iluminando la azotea, y entonces lo vio. Estaba en el borde, asomado a la calle Nøisomhed, en la trasera del casino. Antes de que Lady convenciera al consistorio de que hiciera limpieza, las putas solían ocupar la calle mal iluminada y no solo ofrecían sus servicios, también los prestaban allí mismo, en portales, dentro de los coches o encima y contra la pared. Se decía que cuando las Infraestructuras Ferroviarias habían tenido sus oficinas en aquel edificio, el responsable había ordenado tapiar todas las ventanas que daban a Nøisomhed para que sus oficinistas pudieran concentrarse en el trabajo y no en la sordidez exterior.

Abrió el paraguas y se acercó a Macbeth.

—¿Estás aquí empapándote, mi amor? He estado buscándote, los invitados llegarán enseguida.

Paseó su mirada por las paredes negras, lisas, sin ventanas, que daban como un fuerte a Nøisomhed. Conocía cada palmo de esa calle. Y había motivos suficientes para dejar que las ventanas siguieran tapiadas.

—¿Qué ves ahí abajo?

—Un abismo —respondió él—. Miedo.

—Ay, querido, no seas tan tétrico.

—¿No?

—¿Qué sentido tendrían nuestros triunfos si no hicieran aflorar una sonrisa a nuestros labios?

—Solo hemos ganado un par de batallas, la guerra acaba de empezar. Ya me corroe un temor que no sé de dónde viene. Prefiero una banda de motoristas armados que vengan de frente a por mí, antes que esta serpiente que hemos rajado pero no hemos matado.

—Déjalo, mi amor. Ya nadie puede cogernos.

—Duncan. Es a él a quien veo allí abajo. Y lo envidio. Está muerto, le he otorgado la paz. Mientras que él solo me concede esta inquietud, estas pesadillas.

—Es la poción, ¿verdad? Es la poción la que te provoca las pesadillas.

—Querida...

—¿Recuerdas lo que me dijiste de Collum? Que la poción enloquece a la gente. Tienes que dejarlo, ¡o te arriesgarás a perder cuanto hemos logrado! ¿Me oyes? ¡Ni una partícula más de esa poción de bruja!

—Pero las pesadillas no son imaginaciones. El Sargento me llamó. Han aceptado el trato. ¿O has olvidado la gran maldad que tenemos planeada para esta noche? ¿Has reprimido la idea de que mi único padre y mejor amigo va a ser sacrificado?

—No sé de qué me hablas. Y tú tampoco. Cuando las cosas están hechas no sirve de nada seguir dándoles vueltas. La poción ya no te proporciona consuelo ni valor, ahora quiere su recompensa, tu alma. ¡Así que se acabó! Ponte la corbata, querido. Y una sonrisa. —Le cogió de la mano—. Ven, seduzcámoslos a todos.

Caithness estaba sentada en la butaca con una copa de vino tinto en la mano, escuchando el repiqueteo de lluvia contra la ventana de la buhardilla y la voz de Kite en la radio. El periodista hablaba de lo problemático que resultaba que un director de la policía en funciones en la práctica tuviera más poder que un alcalde elegido democráticamente, y todo por la manipulación que Kenneth

había ejercido en las leyes y normativas de la ciudad. Le gustaban sus erres marcadas y su voz serena. Que no tuviera miedo a destacar por sus conocimientos y su inteligencia. Pero lo que más le gustaba es que siempre estaba en contra. Contra Kenneth, contra Tourtell. Sí, incluso contra Duncan, que también había estado en la oposición. Debía ser un camino solitario. ¿Y quién quería estar solo si podía evitarlo?

Alguna vez había pensado en mandar una carta anónima a la emisora de radio de Kite, escribir que resultaba tranquilizador que hubiera personas tan fieles a sus principios como él, que asumía el papel de perro guardián solitario y sin miedo. Por cierto, ¿no era la segunda vez que oía ese ruido en la puerta? Bajó el volumen de la radio. Aguzó el oído. Ahí estaba de nuevo. Se acercó de puntillas y pegó la oreja en la puerta. Era un rechinar que conocía bien. Abrió.

—Duff, ¿qué haces ahí?

—Yo... estoy aquí, pensando. —Con las manos hundidas en las profundidades de los bolsillos de la gabardina, se balanceaba adelante y atrás sobre los zapatos demasiado grandes cuyas suelas rechinaban.

—¿Por qué no has llamado al timbre?

—He llamado —dijo Duff—. Yo... Parece que el timbre no funciona.

Ella abrió la puerta del todo, pero él se quedó donde estaba, como si no supiera qué hacer.

—¿Por qué ese aire tan sombrío, Duff?

—¿Te parezco sombrío?

—Perdona, sé que no hay muchas razones para estar contento ahora mismo. Pero ¿vienes o te vas?

Su mirada vaciló.

—¿Puedo quedarme aquí hasta la medianoche?

—Por supuesto. Pero entra de una vez, tengo frío.

El Sargento apoyó las manos en el manillar de su Honda CB450 Black Bomber. Hacía menos de cinco años que se había hecho con ella y, en un buen día, podía

ponerla a 160 kilómetros por hora. Pero ahora que la nueva súper moto de Honda, la CB750, había salido al mercado, la suya le parecía un poco vieja. Miró el reloj. Las siete menos dieciséis minutos. El tráfico de la tarde había remitido, la oscuridad había llegado pronto. Desde el lateral de la carretera podía ver cada uno de los coches que pasaban en dirección al cruce de Galgeberg. Sweno les había mandado refuerzos de la sección del club del sur, tres miembros, los llamados «primos», habían saltado sobre las motos y llegado a la ciudad en menos de tres horas. Estaban listos con sus motos junto a los surtidores de la gasolinera de la calle por la que llegaría el vehículo. Iban comprobando los modelos de coche y las matrículas. Más abajo, justo al otro lado del cruce, veía a Colin subido a un poste con una abrazadera junto a la caja de conexiones. De momento el único entretenimiento había sido que Colin metiera un destornillador y lo hiciera girar. Se oyeron frenazos en la calle cuando el verde del semáforo cambió a rojo de repente, sin preaviso. Segundos después, cuando volvió a cambiar a verde, los motores empezaron a subir de revoluciones despacio, inseguros, los coches parecían cruzar de puntillas, mientras el Sargento encendía y apagaba el faro para indicar a Colin que había funcionado.

El Sargento volvió a consultar su reloj. Las siete menos cuarto.

Sweno había tardado en decidirse, pero el Sargento intuía que era más por prudencia que porque en realidad dudara. Tuvo la confirmación cuando los tres primos del sur se deslizaron por el portón del club, una Harley Davidson chopper con el manillar en alto, una Harley FL 1200 Electra Glide y una Ural soviética con sidecar y soporte para metralleta.

El tipo de la Electra Glide traía una espada, no curva, como la de Sweno, pero debería servir.

Catorce minutos para las siete.

—Fleance...

Un dejo en la voz de su padre hizo que Fleance lo mirara de reojo. Banquo estaba sereno, como siempre, pero cuando algo iba mal su tono se volvía aún

más tranquilo. Como aquella vez, cuando Fleance tenía siete años, que su padre volvió del hospital después de visitar a su madre y lo primero que hizo fue pronunciar el nombre de su hijo precisamente con aquella calma desasosegante.

—¿Sí, papá?

—Va a haber cambios en los planes de esta noche. —Su padre se pasó a otro carril y se colocó detrás de un Ford Galaxie—. Y en los próximos días.

—¿Y?

—Vas a irte a Capitol. Esta noche.

—¿Capitol?

—Ha ocurrido algo. Te harás muchas preguntas, hijo mío, pero no tendrás las respuestas ahora mismo. Me dejarás en el Inverness y luego seguirás tu camino inmediatamente. Pasa por casa, coge lo imprescindible y vete a Capitol. Conduce tranquilo, sin correr demasiado, y llegarás mañana entrado el día. ¿Comprendido?

—Sí, pero qué...

—Sin preguntas. Vivirás allí unos días, tal vez unas semanas. Como sabes, tu madre heredó un pequeño apartamento que ha estado vacío. Coge el cuaderno de notas de la guantera.

—¿Ese apartamento de una sola habitación que llamaba la «ratonera»?

—Sí, no es extraño que nunca consiguiéramos venderlo. Ahora pienso que menos mal. La dirección es calle Garveri, 66, Distrito 6. Pared con pared con el Dolphin Nighth Club. Tercera planta a la derecha. Ahí estarás seguro. ¿Lo has apuntado?

—Sí. —Fleance arrancó la hoja y volvió a dejar el cuadernillo en la guantera—. Pero necesitaré una llave. Si no, ¿quién me abrirá si está vacío?

—No está desocupado.

—¿Hay un inquilino?

—No exactamente; dejé que el pobre primo Alfie viva allí. Es tan viejo y está tan sordo que no es seguro que te abra cuando llames, así que tendrás que apañarte.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Esto tiene algo que ver con lo que quería Duff? Parecía muy... vehemente.

—Sí, pero no hagas más preguntas, Fleance. Límitate a alojarte allí, estudiarte un par de libros de la academia que te llevarás, aburrirte. Nada de llamadas telefónicas, ni cartas, no le dirás ni una palabra a nadie de dónde estás. Haz lo que te digo y mandaré a buscarte cuando sea seguro.

—Pero ¿tú estarás seguro?

—Ya me has oído.

Fleance asintió.

Avanzaron un rato en silencio mientras la goma desgastada de los limpiaparabrisas gemía sordamente contra el cristal como si quisieran decirles algo.

—Sí —dijo al fin Banquo—. Yo estoy a salvo. Pero no hagas caso de lo que puedan decir en las noticias estos días, es probable que todo sea mentira. Ahora mismo vive allí otra persona, además de Alfie, creo que tiene un colchón en el suelo, tendrás que acomodarte en el sofá. Si es que las ratas no se lo han comido.

—Qué gracioso. ¿Me prometes que estarás seguro?

—No te inquietes por...

—¡Está en rojo!

Banquo frenó de golpe y se detuvo a tiempo para no tocar el guardabarros del Galaxie que, evidentemente, tampoco había previsto el cambio de semáforo.

—Toma —dijo Banquo tendiéndole a su hijo una cartera gruesa y gastada—. Coge el dinero, tendrás para una temporada.

Fleance sacó los billetes.

—Vaya, qué barbaridad, cuánto dura en rojo... —oyó murmurar a su padre.

Fleance miró por el retrovisor. Se había formado una cola muy larga detrás de ellos. Fuera del atasco, una moto se dirigía hacia ellos.

—Es extraño —dijo el padre, de nuevo con aquel tono demasiado sereno—.

Parece que la calle perpendicular también tiene el semáforo en rojo. Y lleva así un buen rato.

—Papá, se acercan unas motos.

Fleance se fijó en que su padre miraba fijamente un segundo el retrovisor. Luego aceleró, dio un fuerte volantazo hacia la derecha y soltó el embrague. El viejo coche derrapó sobre el asfalto mojado, pero pudo salir por la derecha de la fila. Los tapacubos golpearon el borde de la acera y los dos coches chirriaron como si les doliera cuando el Volvo raspó el lateral del Galaxie y se llevó el retrovisor por delante antes de abrirse paso.

Se oyó un gran estruendo en el cruce. La calle perpendicular tenía el semáforo en verde.

—¡Papá, para!

Pero su padre no se detuvo, al contrario, pisó a fondo el acelerador. Salieron a toda velocidad hacia el cruce en ruta, donde casi chocaron contra un camión que llegaba por la izquierda y un autobús que avanzaba por la derecha. Oyeron dos bocinas, una por cada lado, lanzando acordes disonantes mientras pasaban entre ellas. Fleance miró por el retrovisor cuando aceleraron desde Galgeberget camino del centro y las desagradables notas perdían intensidad. Vio que el semáforo del cruce había vuelto a cambiar al verde, que las motos estaban en camino.

Macbeth tenía las piernas bien plantadas sobre las sólidas losetas de piedra de la entrada del casino Inverness, pero eso no le impedía sentir que se movía como si estuviera en la cubierta de un barco. Ante sus ojos un hombre obeso vestido con un traje negro se debatía para salir del asiento trasero de una limusina. El portero vestido con el uniforme rojo del Inverness sujetaba la puerta y un paraguas mientras dudaba si ayudarlo tirando de él o dejar que mantuviera su dignidad. Cuando el hombre, resoplando, por fin logró salir solo, Lady se lanzó hacia él.

—¡Nuestro querido... mi querido alcalde! —Rio abrazándole.

No era una tarea menor, pensó Macbeth, y oyó que se le escapaba una risita

idiota al ver las finas manos de Lady abrazar el caparazón bien relleno de grasa de la espalda de Tourtell.

—Cada vez que nos vemos estás más atractivo y masculino —trinó ella.

—Y tú, Lady, más bella y mentirosa. Macbeth...

Macbeth estrechó la mano que le tendían, fascinado por cómo la grasa de la palma del alcalde cedía bajo su pulgar.

—¿Y quién es este joven? —preguntó Lady.

Un chico de ojos castaños, lampiño y belleza aniñada, tan joven que todavía era un adolescente, se apresuró a salir por el otro lado de la limusina. Sonrió inseguro a Tourtell, como si le pidiera ayuda.

—Este, Lady, es mi hijo —dijo Tourtell.

—Qué bromista eres, tú no tienes hijos —dijo Lady dándole un golpecito en la solapa.

—Mi hijo extramatrimonial —se corrigió Tourtell, le pasó la mano por la cintura e hizo un guiño sonriente a Macbeth—. Acabo de enterarme de su existencia, ¿sabes? El parecido se nota, ¿o no, Lady?

—Eres y serás un pillo, querido Tourtell. ¿Le ponemos un nombre?

—¿Qué tal Kasi Tourtell junior? —dijo el alcalde, acarició su bigote a lo Salvador Dalí y soltó una risa estruendosa cuando vio que Lady alzaba los ojos con exasperación.

—Servíos un refrigerio dentro, al calor —dijo ella.

Los dos desaparecieron por la puerta y Lady se colocó junto a Macbeth.

—Cómo se atreve, menudo cerdo pervertido —dijo este—. Creí que Tourtell era uno de los respetables.

—Es uno de los respetados, y es cuanto importa, querido. El poder te da la libertad para hacer lo que te dé la gana sin que la gente te pierda el respeto. Y ahora por lo menos sonrías.

—¿Sí?

—Como un payaso iracundo. —Lady sonreía radiante hacia el taxi que se

acercaba a la entrada—. Tal vez no deberías exagerar esa sonrisilla, querido. Aquí llega Janovic, un inversor inmobiliario de Capitol.

—¿Otro carroñero que va a comprar los solares de nuestras fábricas por una miseria?

—Está visitando casinos. Salúdalo con amabilidad y, cuando se presente la ocasión, le aseguras que la tasa de criminalidad de la ciudad ya está en descenso.

Fleance gritó instintivamente y se agachó cuando el parabrisas trasero estalló.

—¿Cuántos? —preguntó su padre con tranquilidad y dio un volantazo a la derecha, por una calle lateral adoquinada.

Fleance se volvió. El rugido de las motos que los seguían iba aumentando en intensidad, como si fuera un dragón iracundo.

—¡Cinco o seis! —gritó Fleance—. ¡Dame tu pistola!

—Esta noche ha preferido quedarse en casa —dijo Banquo—. ¡Agárrate! — Giró el volante, las ruedas impactaron contra el bordillo de la acera y el Volvo saltó y rascó la esquina de una de las elegantes tiendas de ropa al torcer a la izquierda por una calle más estrecha todavía. Fleance entendía su táctica: en aquellas calles estrechas de un solo sentido las motos no podían colocarse a su lado y acabar con ellos enseguida. Pero estaba acercándose cada vez más. Oyeron un nuevo estallido a sus espaldas. Fleance aún no había aprendido a distinguir el sonido de los distintos tipos de armas, como sabía que era capaz de hacer su padre, pero hasta él entendió que se trataba de una escopeta. Y eso era mejor que... —un chaparrón de granizo pareció descargar sobre la carrocería— armas automáticas.

Su padre dio otro volantazo, decidido, como si supiera adónde se dirigía. Estaban en plena zona comercial, pero las tiendas se hallaban cerradas y las calles lluviosas casi desiertas. ¿Conocía su padre un modo de salir del laberinto? A modo de respuesta, Banquo torció de pronto hacia la derecha, por delante de un cartel que no daba buenas noticias.

—¡Papá! ¡Es una calle sin salida!

Pero su padre no reaccionó.

—¡Papá!

Seguía sin reaccionar, solo miraba concentrado hacia el frente, con las manos aferradas al volante. Entonces Fleance reparó en la sangre que corría por un lateral de la cabeza de su padre y se escurría por la camisa, en cómo el cuello blanco, igual que un papel secante, había adquirido una tonalidad rosácea que llegaba del interior. Allí donde la sangre manaba de la cabeza de su padre faltaba algo. Fleance miró delante del volante. Por eso no respondía. Su oreja estaba pegada al salpicadero, un pequeño amasijo de piel, carne y sangre.

Fleance desvió la vista hacia el parabrisas. Y vio, literalmente, el final. El callejón sin salida acababa en una casa de madera de aspecto sólido. La planta baja era, casi en su totalidad, un escaparate iluminado tenuemente que se aproximaba y su padre no parecía tener intención de frenar.

—El cinturón de seguridad, Fleance.

—¡Papá!

—¡Ahora!

Fleance agarró el cinturón, se lo pasó por el pecho, y tuvo el tiempo justo de insertarlo antes de que las ruedas delanteras impactaran contra la acera y el coche se encabritara. El capó se estrelló en el centro del escaparate. Fleance tuvo la sensación de que se abría sin más, que navegaban por una cortina de cristales blancos hacia el interior. Luego, cuando miró estupefacto alrededor, supo que algo había cambiado, que en la secuencia de los hechos faltaba algo, que él tenía que haber perdido el conocimiento. Una sirena infernal resonaba en sus oídos. Su padre estaba inmóvil con la frente contra el volante.

—¡Papá! —Fleance tiró de él—. ¡Papá!

No hubo reacción alguna. El parabrisas había desaparecido, sobre el capó brillaba algo. Fleance parpadeó incrédulo hasta que se dio cuenta de que era lo que parecía: anillos, collares, pulseras. Y en la pared, en letras doradas, el cartel JACOBS E HIJOS JOYEROS. Se habían estrellado contra una jodida joyería. El

timbrazo que oía no procedía del interior de su cabeza, era la alarma antirrobo. Lo comprendió. Una alarma antirrobo. Que, al igual que en todos los bancos, casinos y joyerías importantes de la ciudad estaba conectada directamente con la centralita de la jefatura. Que inmediatamente daba aviso a todos los coches patrulla de la zona. Su padre sí sabía adónde iba.

Fleance intentó desabrocharse el cinturón de seguridad, pero no pudo. Tiró y tiró, pero no quería soltarse.

El Sargento estaba en la moto, contaba los segundos y observaba el coche medio empotrado en la tienda. La alarma anulaba los demás sonidos, pero por el humo del tubo de escape podía ver que el motor seguía en marcha.

—¿Qué estamos espellando? —preguntó el tipo de la Electra Glide. Aquel dialecto sureño, según el cual las erres se pronunciaban como elles, resultaba irritante—. Entllemos a por ellos.

—Esperaremos un poco —dijo el Sargento contando—. Veintiuno, veintidós...

—¿Cuánto llato?

—Hasta que sepamos que quien nos hizo este encargo cumple su palabra —repuso el Sargento—. Veinticinco, veintiséis...

—¡Oye! Quiello acaball este traballo de colltall cabellas y salill de esta miellda de ciudad.

—Espera. —El Sargento lo miraba tranquilo. El tío parecía un adulto. Dos adultos. Era ancho como la puerta de un granero y tenía músculos por todas partes, hasta en el careto. Pero también llevaba ortodoncia, como un niño. El Sargento ya había visto antes, en la cárcel, que a los presos que levantaban pesas y se metían anabolizantes les crecía tanto la mandíbula que los dientes se hacían un lío. Veintinueve, treinta... Treinta segundos y ni una sola sirena—. Adelante —dijo el Sargento.

—Muchas gliacias.

Puerta de Granero se sacó un revólver Colt de cañones largos de la cintura del

pantalón y desenfundó la espada, se bajó de la moto y se dirigió con determinación hacia el coche. Pasó con descuido la hoja de la espada por la pared y por el poste de una señal de prohibido aparcar. El Sargento observaba la espalda de su cazadora de cuero: una bandera pirata con una calavera sobre una esvástica. Qué poco estilo. Suspiró.

—Cúbrele con la escopeta, Colin.

Colin se atusó el bigote de morsa con una mano vendada y luego abrió una escopeta de cañones recortados y metió dos cartuchos.

El Sargento vio un par de rostros en las ventanas del otro lado de la calle, pero seguía sin oír sirenas, solo la monótona e insistente alarma antirrobo, mientras aquel tipo entraba en la tienda y se colocaba junto al coche. Se puso la espada debajo del brazo, abrió la puerta del copiloto con la mano libre y apuntó con el Colt al que estaba allí sentado. El Sargento apretó instintivamente los dientes mientras esperaba que sonara la detonación.

Fleance seguía tirando para tratar de liberarse del cinturón de seguridad, pero el maldito enganche estaba atascado. Tendría que intentar deslizarse por debajo. Se llevó las rodillas a la barbilla, se giró sobre el asiento y apoyó las suelas de los zapatos en la puerta del copiloto para impulsarse hacia su padre y el asiento del conductor. En ese mismo instante vio al hombre que entraba en la tienda con un revólver en una mano y una espada en la otra. Era demasiado tarde para huir. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en lo asustado que estaba.

La puerta del coche se abrió y Fleance vio brillar una ortodoncia y un revólver que se alzaba, y comprendió que el tipo estaba fuera del alcance de la patada que había previsto darle. Así que, en cambio, por pura desesperación alargó la pierna hacia la puerta abierta. Un zapato normal no habría cabido debajo del tirador interior, pero la puntera larga y afilada de los viejos zapatos de rejilla de Macbeth entró con facilidad. Tuvo tiempo de contemplar la negra eternidad de los cañones del revólver antes de doblar la pierna con fuerza. Se oyó un golpe

cuando la puerta impactó contra la muñeca, que quedó atrapada. Y un golpe sordo cuando el revólver cayó sobre la esterilla.

Fleance oyó que maldecían. Cerró la puerta con una mano mientras buscaba el revólver con la otra.

Volvieron a abrirla de un tirón y apareció el tipo de la ortodoncia alzando la espada por encima de la cabeza. Fleance tanteó por la esterilla, debajo del asiento, ¿adónde cojones había ido a parar el revólver? Estaba claro que Ortondoncia se había percatado de que la abertura de la puerta era demasiado estrecha para dejar caer la espada, y que tenía que pinchar. Echó el codo atrás del todo, apuntó a Fleance y se lanzó contra él. Fleance estiró las piernas y lo detuvo con una patada que le mandó tambaleándose de espaldas hacia el fondo del local, donde cayó hacia atrás y rompió un mostrador de cristal.

—Colin —dijo el Sargento con un suspiro—. Entra ahí y acaba con la comedia.

—Vale, jefe—. Antes de bajarse de la moto, Colin comprobó otra vez que sería capaz de apretar el gatillo con la mano que Macbeth le había atravesado con la daga.

Fleance dejó de moverse, comprendió que estaba atrapado, que no se liberaría del cinturón de seguridad antes de que ya no hubiera remedio. Tumbado de lado en el asiento, inmóvil, vio al tipo de la espada salir de detrás del expositor roto; los cristales caían de sus anchos hombros. Esta vez aquel hombre tuvo más cuidado. Se colocó fuera del alcance de Fleance. Agarró con más fuerza la espada. El chico se percató de que apuntaba a la zona donde podía hacer más daño sin ponerse al alcance de él: el bajo vientre.

—Jodida ciudad de miellda —siseó el tipo, escupió sobre la hoja de la espada, la echó un poco atrás, se aproximó los pasos necesarios y dejó al descubierto una fila de dientes apretados. A la luz tenue y cálida de la tienda su ortodoncia brilló como si por un momento fuera parte del inventario de la joyería. Fleance levantó

el revólver y disparó. Le dio tiempo a ver su gesto de sorpresa y el agujero negro que la bala había dejado en su dentadura antes de que el tipo se desplomara.

La música de fondo del pianista, suave y discreta, acarició el oído de Macbeth.

—Queridos invitados, conocidos, colegas y amigos de la casa —dijo observando las caras de quienes le rodeaban—. Aunque aún no haya llegado todo el mundo quiero, en nombre de la mujer que todos conocéis y teméis... —hubo risas contenidas y educadas y un saludo con la cabeza dirigido a una Lady sonriente— permitidme que os dé la bienvenida y hagamos un brindis antes de que os sentéis a la mesa.

Colin se detuvo cuando vio que el primo del sur caía desplomado. El disparo había sonado por encima de la alarma. Divisó una mano armada con un revólver que asomaba por la puerta del coche. Reaccionó deprisa. Disparó uno de los cartuchos. Vio que le daba y que el interior de la puerta, de un color claro, se teñía de rojo, que la ventanilla reventaba y que el revólver caía al suelo de la tienda.

Colin se precipitó al coche parado. La adrenalina lo hacía estar tan alerta que sus sentidos lo captaban todo. La suave vibración del tubo de escape, que no veía ninguna nuca a través del parabrisas trasero roto y un sonido que apenas le llegaba entre el ulular de la alarma... el eructo de una marcha que entraba. ¡Joder!

Colin corrió los últimos pasos hacia la portezuela. En el asiento del copiloto había un chico en una postura extrañamente retorcida: con el cinturón de seguridad puesto, una mano ensangrentada, el pie izquierdo estirado por encima del freno de mano hacia el otro lado, donde el conductor yacía inmóvil con la cabeza contra el volante. Colin levantó la escopeta mientras el motor rugía, el coche daba una sacudida y salía lanzado hacia atrás. La portezuela abierta le golpeó en el pecho, pero Colin tuvo tiempo de levantar la mano izquierda y agarrarse a la parte superior de la puerta. Salieron a toda velocidad de la tienda,

Colin no se soltó. Seguía sujetando la escopeta con la mano derecha dolorida, pero para poder disparar hacia dentro del vehículo tenía que pasar el cañón por debajo del brazo izquierdo...

Fleance había conseguido alcanzar con el pie izquierdo los pedales, apartar los pies de su padre y apretar el embrague para mover el cambio de marchas de punto muerto a marcha atrás. Después logró levantar paulatinamente el talón del embrague mientras pisaba el acelerador con la punta del zapato. La puerta abierta del lado del pasajero había golpeado a un tipo, que seguía allí encaramado, pero ya habían salido de la tienda marcha atrás. Fleance no veía una mierda, pero apretó el acelerador a fondo con la esperanza de que no chocaran con algo inmediatamente y se detuvieran al instante.

El tipo de la puerta se afanaba con algo y en un destello Fleance vio lo que era. El cañón de una escopeta asomaba por debajo de su brazo. Al instante siguiente estalló.

Fleance pestañeó.

El tipo de la escopeta había desaparecido. Igual que la portezuela. Al mirar por encima del salpicadero, vio al hombre abrazado al poste de la señal de prohibido aparcar.

Y también vio una calle que cruzaba en perpendicular.

Pisó a fondo el freno y metió el embrague antes de que el coche se calara. Miró por el retrovisor. Cuatro hombres se bajaban de la moto y se acercaban. Las motos estaban aparcadas en línea y bloqueaban la estrecha calle, el Volvo no podría pasar por encima. Agarró la palanca de cambio y entonces se dio cuenta de que le sangraba la mano; intentó meter primera, pero no pudo; seguramente no había logrado pisar el embrague a fondo en esa postura. ¡Joder, joder! El motor se quejó, estaba a punto de calarse. Por el retrovisor vio que habían desenfundado sus pistolas. No, metralletas. Eso era todo. Ahí terminaba todo. Lo asaltó un pensamiento extraño: qué pena no poder hacer el último examen de derecho, ahora que por fin había descifrado su funcionamiento y entendido cómo

razonar. Diferenciando entre lo que estaba mal y lo que era ilegal, entre la moral y la norma. Entre el poder y el delito.

Sintió una mano cálida sobre la suya, encima del cambio de marchas.

—¿Quién conduce tu padre o tú, chaval?

La mirada de Banquo estaba ligeramente nublada, pero se había incorporado en el asiento y aferraba con ambas manos el volante. Al instante la voz cascada del motor se elevó hasta convertirse en un alarido afónico y salieron derrapando por los adoquines mojados mientras las metralletas saltaban y estallaban a sus espaldas como una Nochevieja china.

Macbeth miró a Lady. Estaba dos asientos más allá y se hallaba en animada conversación con su compañero de mesa, un tal Jano. El tiburón inmobiliario de Capitol. Ella había apoyado la mano en el brazo de él. El año anterior uno de los propietarios de fábricas más poderosos de la ciudad ocupaba la silla del tiburón y era el centro de las atenciones de Lady. Pero este año la fábrica había cerrado y su dueño no había sido invitado.

—Tú y yo deberíamos charlar —dijo Tourtell.

—Sí —contestó Macbeth volviéndose hacia el alcalde, que estaba metiéndose un tenedor bien cargado de ternera en la boca—. ¿De qué?

—¿De qué? De la ciudad, claro.

Macbeth observó fascinado cómo las numerosas papadas del alcalde se acercaban y alejaban las unas de las otras cuando masticaba, como un acordeón de carne.

—De lo mejor para la ciudad —señaló Tourtell marcando la erre y sonriendo, como si fuera un chiste.

Macbeth sabía que debía concentrarse en la conversación, pero no era capaz de mantener sus pensamientos bajo control, en tierra. Por ejemplo, ahora mismo estaba preguntándose si la madre de la ternera seguiría viva. Y si era así, si podía sentirlo, notar que ahora mismo su cría estaba siendo devorada.

—Es ese periodista de la radio —dijo Macbeth—, Kite. Difunde rumores

malintencionados y está claro que sus prioridades no nos convienen. ¿Cómo puede neutralizarse a una persona así?

—Periodistas —dijo Tourtell poniendo los ojos en blanco con exasperación—. Oye, es un tema complicado. Solo responden ante los directores de sus medios. Y aunque los directores a su vez responden ante propietarios que quieren ganar dinero, los periodistas están convencidos de que sirven a un fin superior. Muy complicado. No comes, Macbeth. ¿Estás preocupado?

—¿Yo? En absoluto.

—¿De verdad que no? ¿Con un director de la policía asesinado, otro desaparecido y toda la responsabilidad sobre tus hombros de repente? Si no estás preocupado, ¡entonces me preocuparé yo, Macbeth!

—No quería decir eso. —Macbeth buscó la ayuda de Lady que estaba sentada al otro lado del alcalde, pero se encontraba ocupada conversando con una mujer que era la asesora financiera del ayuntamiento, o algo así.

—Disculpadme —dijo Macbeth levantándose. Lady le dirigió una mirada interrogante, un poco preocupada. Él se encaminó a paso ligero a la recepción.

—Dame el teléfono, Jack.

El recepcionista le acercó el teléfono, y Macbeth marcó el número de la centralita de la jefatura. Contestaron al quinto tono. ¿Eso era mucho o no para alguien que necesitaba hablar con la policía? No lo sabía. Nunca antes había pensado en ello. Pero ahora tendría que hacerlo. Ocuparse de cosas como esa. También.

—Soy el inspector Macbeth. —Asimismo tendría que resolver lo de su graduación, para que encajara con su puesto—. Páseme con el servicio de patrullas.

—Le paso.

Oyó que transferían la llamada, que el teléfono sonaba. Macbeth miró su reloj. Tardaban.

—Nunca te veo por la sala de juego, Jack.

—Ya no trabajo de crupier, señor. Después de... la noche que ya sabe.

—Lo entiendo. Esas cosas suelen dejar huella.

Jack se encogió de hombros.

—No es solo eso. Creo que me va más ser recepcionista que crupier. Así que no es ninguna tragedia.

—Pero ¿no se gana bastante más como crupier?

—Si eres como un pez fuera del agua da igual cuánto te paguen. El pez no puede respirar y muere junto a su abultada nómina. Esa sí es una tragedia, señor.

Macbeth iba a responderle cuando una voz anunció que había contactado con el servicio de patrullas.

—Soy Macbeth. Solo quería saber si habíais recibido algún aviso de un tiroteo en Galgeberget durante la hora pasada.

—No. ¿Deberíamos?

—Es que un invitado ha dicho que acababa de pasar por allí y había oído unos estallidos. Supongo que sería un coche al que se le ha pinchado una rueda.

—Habrá sido eso.

—¿Así que nada en el Distrito 2 oeste?

—Solo un atraco a una joyería, señor. La patrulla más cercana estaba un poco lejos, pero ya va para allá.

—Entiendo. Bien, que paséis una buena noche.

—Usted también, inspector.

Macbeth colgó. Se quedó contemplando la alfombra, sus extraños bordados, las formas floridas. Nunca se había fijado en ellas, pero ahora parecía que quisieran decirle algo.

—¿Señor?

Macbeth levantó la cabeza. Jack parecía preocupado.

—Señor, está sangrando por la nariz.

Macbeth se pasó el dorso de la mano por el labio superior, comprobó que el recepcionista tenía razón y se apresuró al baño de caballeros.

Banquo aceleró por la carretera principal. El viento ululaba por el lado del

copiloto sin puerta. Pasaron junto al Obelisco. No faltaba mucho para la estación central.

—¿Los ves?

Fleance contestó algo.

—¡Más alto!

—¡No!

Banquo no oía por el oído que daba al lado de su hijo, bien porque el canal estuviera lleno de sangre, bien porque la bala se hubiera llevado por delante su audición también. En cualquier caso, no era ese impacto lo que le preocupaba. Miró el indicador del depósito de la gasolina, que había bajado mucho en los cuatro o cinco minutos pasados desde que salieron de las calles comerciales. Tal vez esas metralletas habían sonado inocentes, pero habían agujerado el depósito de la gasolina. No eran esos balazos los que lo preocupaban, tenían gasolina suficiente para ponerse a salvo en el Inverness.

—¿Quiénes son, papá? ¿Por qué quieren matarnos?

Ahí delante estaba la estación central.

—No lo sé, Fleance. —Banquo se concentró en la carretera, en respirar. Tenía que respirar, que el aire llegara a los pulmones. Continuar. Seguir hasta que Fleance estuviera a salvo. Solo eso importaba. No que la carretera hubiera empezado a moverse ante sus ojos ni que le hubieran dado.

—Alguien tenía que saber que iríamos por ese camino, papá. Ese semáforo no iba bien. Sabían exactamente cuándo pasaríamos por Galgeberget.

Banquo había pensado lo mismo. Pero ya no significaba nada. Lo que importaba era que habían pasado por delante de la estación, que las luces del casino Inverness estaban frente a ellos. Parar en la puerta. Que Fleance entrara.

—Ya los veo, papá. Están a por lo menos doscientos metros de nosotros.

De sobra si no había tráfico. Debería llevar sirena y luz azul en el coche. Banquo miraba hacia el Inverness. Luces. Si iban muy apurados, podía atravesar la plaza de los Trabajadores. Las sirenas. Algo le atenazó la garganta. Y la cabeza.

—¿Has oído las sirenas, Fleance?

—¿Qué?

—Las sirenas. Los coches patrulla. ¿Has oído alguno en la joyería?

—No.

—¿Estás completamente seguro? Siempre hay montones de coches patrulla por el Distrito 2 oeste.

—Completamente.

Banquo sintió que el dolor y la oscuridad lo envolvían.

—No —susurró—. No, Macbeth, hijo mío... —Agarró el volante y giró a la izquierda.

—Papá, por aquí no se va al Inverness.

Banquo tocó el claxon, adelantó coche que iba delante y aceleró. Sintió que el dolor paralizante se extendía de la espalda al pecho. Pronto sería incapaz de sujetar con la mano derecha el volante. Puede que la bala no hubiera hecho un agujero muy grande en el respaldo del asiento, pero le había dado. Y ese impacto era el que le preocupaba.

Delante no había nada. Solo el muelle de los contenedores, el mar y la oscuridad.

Pero también una última posibilidad.

Macbeth se miró en el espejo del lavabo. Había dejado de sangrar, pero sabía lo que significaba la sangre: sus mucosas no aguantarían más poción, que debería hacer una pausa. Era distinto de joven, cuando su cuerpo aguantaba cualquier cosa. Pero si seguía ahora la nariz le dolería, sangraría y su cerebro daría vueltas hasta que su cabeza se desprendiera del cuello. Sí, tenía que tomarse un descanso. Pero entonces ¿por qué mientras lo pensaba, enrolló el billete y lo acercó a la raya de polvo del lavabo? Porque esa era la excepción. Era el momento crítico en que necesitaba esnifarla. El momento en que tenía que enfrentarse al gordo y perverso alcalde, por un lado, y al delincuente de los Norse Riders que aparentemente no había sido capaz de cumplir su trato, por el

otro. Y Lady era el tercer vértice. No, no es que ella fuera un problema, era el principio y el fin, su nacimiento, su vida y su muerte. Su razón de existir. Pero al igual que su amor le daba una felicidad vibrante, también sentía dolor cuando pensaba en que podía serle arrebatado, que su poder residía tanto en no amarlo, como en amarlo. Inhaló, llevando la poción directa al cerebro, con fuerza, hasta que tuvo la sensación de que tocaba su cuero cabelludo. Se miró en el espejo. Su cara se deformó y transformó. Tenía el cabello blanco. Labios rojos de mujer, una cicatriz se abrió camino por su cara. Le salieron nuevas papadas bajo la suya. Las lágrimas inundaron sus ojos y corrieron por sus mejillas. Tenía que parar. Había visto a gente esnifar tanto que habían acabado con una prótesis nasal. Tenía que parar mientras estuviera a tiempo, mientras pudiera salvarse. Debía pasarse a las jeringuillas.

El Sargento vio que las luces traseras del Volvo PV se acercaban poco a poco. Aceleró más aún sabiendo que a los demás les costaría seguirle, a pesar de que su motor solo era de 450 cc. Sobre el asfalto mojado y resbaladizo de gasolina la experiencia y saber buscar la sujeción eran más importantes que el tamaño. Por eso se sorprendió al descubrir por el retrovisor que una moto se acercaba. Increíblemente, lo reconoció. Y el casco del motorista. La moto roja Indian Chief pasó tan cerca de él que casi le rozó con la punta del cuerno. Las luces se reflejaron en el sable cuando se le puso delante. ¿De dónde venía? ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía saber siempre que le necesitaban? El Sargento redujo un poco la velocidad. Dejó que Sweno los guiara.

Banquo fue por el mismo camino que cuando habían seguido al camión soviético. Había hecho un par de adelantamientos peligrosos que, por ahora, habían aumentado la distancia con las motos. Pronto les alcanzarían, pero tal vez hubiera tiempo suficiente. A la entrada del túnel había una barrera de madera y una señal en que se avisaba de que el puente estaba cerrado por obras. Las astillas volaron cuando el capó del Volvo partió la barrera de madera y las luces

de los faros taladraron la oscuridad del túnel. Sujetaba con una mano el volante, la otra descansaba en su regazo como un cadáver. Ya divisaban la salida cuando oyeron los coléricos rugidos de las motos que entraban en el túnel por el otro extremo.

Banquo frenó para tomar la curva cerrada de la salida al puente y volvió a acelerar.

De pronto estuvieron fuera, en un silencio repentino bajo un cielo despejado y el resplandor de la luna que confería al fiordo destellos de bronce amarillo y marrón allá abajo, muy por debajo de ellos. Lo único que se oía era el motor del Volvo esforzándose al máximo y unos instantes después el chirrido de la goma sobre el asfalto. Banquo frenó de golpe en mitad del puente, donde la estatua de Kenneth estuvo en su día, para detenerse en el límite. Allí la brisa movía la cinta roja que los responsables de Tráfico habían colocado en el lugar en que el ZIS-5 se había llevado por delante la barandilla. Fleance se volvió sorprendido hacia su padre, que había puesto el coche en punto muerto y se inclinaba sobre su hijo con la navaja en la mano para cortar el cinturón de seguridad.

—¿Qué...? —empezó a decir Fleance.

—Estamos perdiendo gasolina, hijo, pronto no nos quedará nada, así que escúchame bien. Nunca he sido un predicador, lo sabes, pero quiero decirte esto... —Banquo se inclinó hacia la puerta de su lado, levantó las rodillas y se giró sobre el asiento como había hecho Fleance—. Puedes ser lo que quieras, Fleance. Así que no seas lo que yo fui. No seas un lacayo de lacayos.

—Papá...

—Y aterriza con los pies por delante.

Banquo puso las plantas de los pies sobre la cadera y el hombro de su hijo, vio que este intentaba agarrarse a algo, y empujó con todas sus fuerzas. Fleance gritó en señal de protesta, de miedo, como lo había hecho al nacer, pero luego se vio fuera, el último cordón umbilical cortado, solo en el mundo, en caída libre hacia su propio destino.

Cuando se quedó sin gasolina, a los tres kilómetros de abandonar el puente,

casi lo habían alcanzado. El coche se deslizó los últimos metros, Banquo sintió sueño y echó la cabeza atrás. El frío se le había extendido por la espalda, el vientre, había empezado a instalarse en su corazón. Pensó en Vera. Cuando por fin empezó a llover en aquel lado del túnel, llovió plomo. Plomo que atravesó la carrocería, los asientos y el cuerpo de Banquo. Miró por la ventanilla, por la ladera de la montaña, donde divisó lo que desde el lado de la ciudad parecía un homenaje al mal. Pero aquí era una cruz cristiana que brillaba bajo la luna. Estaba tan cerca... Mostraba el camino. El portón estaba abierto.

—Ascendemos según lo previsto —murmuró Banquo—. Ascendemos...

Duff escuchaba la respiración acelerada de Caithness, que iba calmándose poco a poco. Se soltó de su abrazo y se volvió hacia la mesilla.

—¿Qué pasa, Cenicienta? —susurró ella—. ¿Son casi las doce?

—Tenemos tiempo, pero no puedo llegar demasiado tarde.

—Has mirado el reloj cada media hora desde que llegaste, casi parece que estás deseando marcharte.

Se giró hacia ella. La cogió de la nuca.

—No es por eso, bella mujer, es solo que pierdo el sentido del tiempo cuando estoy contigo. —La besó ligeramente en los labios.

Ella soltó una risita.

—Tú sí que sabes ablandar a una mujer, Romeo. Pero he estado pensando.

—Eso suena siniestro.

—Calla. He pensado que te quiero. Y...

—Da miedo.

—Calla, te digo. Que no deseo tenerte solo de vez en cuando. No quiero que siempre desaparezcas como un sueño a medio soñar.

—Tampoco es lo que yo quiero, cariño, pero...

—No hay más «peros», Duff. Siempre dices que vas a contarle lo nuestro; luego siempre surge un «pero», algo que hace que lo aplaces, algo en consideración a ella, a los niños, en consideración a...

—Pero hay consideraciones que debo tener en cuenta, Caithness. Debes entenderlo. Tengo una familia y eso conlleva...

—... «una responsabilidad de la que no puedo escapar sin más» —lo imitó ella—. ¿Qué pasa con la consideración que me debes a mí? No pareces tener ningún problema para salir corriendo de aquí.

—Sabes bien que no es así. Pero eres joven, tienes alternativas.

—¿Alternativas? ¿Qué quieres decir? ¡Te quiero a ti!

—Solo quiero decir que Meredith y los niños dependen de mí ahora mismo. Si esperamos que los niños tengan un año más todo será más sencillo, entonces podré...

—¡No! —Caithness dio un golpe en el edredón con la mano—. Quiero que se lo digas a ella ahora, Duff. ¿Y sabes qué? Esta es la primera vez que te refieres a ella por su nombre.

—Caithness...

—Meredith. Es un nombre bonito. Hace mucho que le envidio el nombre.

—¿Por qué tantas prisas de pronto?

—Es algo de lo que me he dado cuenta estos últimos días. Si quieres conseguir lo que deseas, no puedes esperar a que alguien te lo dé. Tienes que ser duro, sí, tal vez hasta cruel, pero un corte limpio es mejor. Créeme, no es fácil para mí pedirte que lo hagas, que sacrifiques a tu familia, tiene consecuencias para seres inocentes y no va con mi naturaleza.

—No, Caithness. No va con naturaleza, así que no sé de dónde has sacado eso del corte limpio.

—Duff. —Se sentó en medio de la cama con las piernas cruzadas—. ¿Me quieres?

—¡Sí! Dios mío, sí.

—Entonces ¿lo harás? ¿Harás esto por mí?

—Escucha, Caithness...

—Meredith me gusta más.

—Cariño. Te quiero más que a nada en el mundo, daría mi vida por ti. La mía, sí, sin dudarlo. Pero ¿la de otros también? —Duff negó con la cabeza. Tomó aire para seguir hablando, pero volvió a soltarlo. Un corte limpio. ¿Tenía que ser

ahora? La idea le sorprendió. ¿Puede que sin saberlo hubiera estado en ese camino todo el tiempo? ¿Alejándose de Caithness, de camino a casa, en Fife? Volvió a respirar hondo—. Mi madre, a la que no conocí, sacrificó su vida por mí. Ofreció la suya para que yo pudiera vivir. Por eso, aunque no va con mi naturaleza como sí iba con la de mi madre, sacrificar a mis hijos, quitarles su familia por mi amor egoísta por otra mujer, es como escupir sobre su memoria.

Caithness se tapó la boca con la mano y dejó escapar un sollozo involuntario mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Se levantó y salió del dormitorio.

Duff cerró los ojos con fuerza. Hundió la nuca en la almohada. Luego la siguió. La encontró en el salón, mirando por una de las ventanas del techo. Desnuda, de un blanco reluciente bajo la luz de neón del exterior, que hacía que los regueros de agua del cristal parecieran lágrimas en sus mejillas.

Se puso detrás de ella y abrazó su cuerpo desnudo. Susurró en su cabello:

—Si quieres que me vaya ahora, lo haré.

—No lloro porque no pueda tenerte entero, Duff, sino por mi corazón endurecido. Mientras que tú, tú eres un hombre con un corazón de verdad, mi amor. Un hombre en quien un niño puede confiar. No soy capaz de no quererte. Perdóname. Y si no puedo tenerlo todo, dame lo que puedas de ese corazón puro.

Duff no contestó, rodeándola con los brazos. Le besó el cuello y la abrazó. Sus caderas empezaron a moverse. Pensó en la hora. En Banco. En su cita junto a la locomotora. Pero todavía faltaba mucho para la medianoche.

—Casino Inverness, soy Jack.

—Buenas noches, Jack. Querría hablar con Macbeth.

—Está en una cena, señor. Puedo dejarle un...

—Ve a llamarle, Jack.

Pausa.

El Sargento contempló las motos que rodeaban la cabina telefónica. Sus perfiles se deformaban y retorcían entre los gruesos regueros de agua que

bajaban por el cristal, pero no por eso dejaba de ser la vista más hermosa que conocía, los motores sobre dos ruedas. Y los hermanos que los montan.

—¿Puedo preguntarle, señor, de parte de quién?

—Dile que es la llamada que está esperando.

—Bien, señor.

El Sargento aguardó. Cambió el peso de pierna. Se pasó el paquete sanguinolento de debajo de un brazo al otro.

—Soy Macbeth.

—Buenas noches. Solo llamo para informar de que el pescado ha sido atrapado y está limpio, pero que el alevín salió nadando.

—¿Dónde?

—La probabilidad de que un alevín de pescado sobreviva solo es de una entre un millar, creo que en este caso podemos tener la seguridad de que está muerto y en el fondo del mar.

—Bien. ¿Entonces?

—La cabeza del pescado está en camino. Debo decir que te has ganado mi respeto, Macbeth. Hay poca gente que tenga paladar y estómago para apreciar esta clase de manjar.

Macbeth colgó y se agarró al mostrador mientras respiraba aceleradamente.

—¿Está seguro de que se encuentra bien esta noche, señor?

—Sí, gracias, Jack. Solo estoy un poco mareado.

Macbeth apartó los pensamientos, las imágenes, una a una. Luego se estiró la chaqueta del traje y la corbata y volvió al comedor.

Los huéspedes de la larga mesa conversaban y brindaban, pero no reinaba un gran ambiente. Tal vez aquella gente no soliera hacer fiestas tan ruidosas y sentidas como las de la Guardia Real, pero la cuestión era si la muerte de Duncan no pesaba más sobre el casino que lo que Lady quería admitir. Macbeth vio que alguien había ocupado su sitio y supuso que sería el acompañante de Tourtell, que el alcalde habría aprovechado que Macbeth se había ido para

llamarlo a su lado. Cuando Macbeth vio que se había equivocado se detuvo de golpe detrás de su silla. Era como si su corazón se hubiera parado.

Banquo.

Estaba allí sentado, ahora.

—¿Qué pasa, cariño? —Lady se había dado la vuelta y lo miraba sorprendida —. Toma asiento.

—Mi sitio está ocupado.

También Tourtell se giró.

—Ven, Macbeth, siéntate.

—¿Dónde?

—En tu sitio —dijo Lady—. ¿Algo va mal?

Macbeth gritó cuando Banquo giró la cabeza del todo, como un búho. Por encima del cuello blanco de la camisa tenía una herida grande, continua, que desaparecía en la nuca. De la herida manaba sangre, como de una copa de vino que alguien siguiera colmando.

—¿Quién... quién te ha hecho eso? —gimió Macbeth y agarró a Banquo por el cuello con ambas manos. Apretó para detener la sangre, pero era muy líquida y rebosaba como vino aguado entre sus dedos.

—¿Qué estás haciendo, querido? —dijo Lady riendo tensa.

La boca de Banquo se abrió.

—Fuiste. Tú. Mi hijo. —Las palabras sonaban monocordes y el rostro era inexpresivo como el de un ventrilocuo.

—¡No!

—Te... vi... maestro. Yo... te... espero... maestro.

—¡Silencio! —exclamó Macbeth apretando con más fuerza.

—Me... estrangulas... asesinobeth.

Macbeth lo soltó sobresaltado. Sintió que alguien lo cogía con fuerza del brazo.

—Ven. —Era Lady. Él quiso zafarse y ella le siseó al oído—: Ahora, mientras todavía eres el director de la policía.

Luego metió el brazo debajo del suyo, como si fuera ella quien lo siguiera a él, y de ese modo salieron del comedor impulsados por las miradas de los invitados.

—¿Qué pasa? —rugió ella cuando estuvieron encerrados en la suite.

—¿No lo has visto? ¿A Banquo? ¡Estaba sentado en mi silla!

—¡Dios mío! ¡Estás drogado y ves visiones! ¿Quieres que el alcalde piense que tiene a un loco como su director de la policía?

—¿Suyo?

—¿Dónde tienes esa mierda de poción? ¿Dónde? —Lady le metió la mano en el bolsillo—. ¡Esto va a acabarse!

Macbeth la sujetó por la muñeca.

—¿Su director?

—Tourtell te va a nombrar, Macbeth. Os senté juntos porque creí que al menos no demostrarías que no eres el hombre adecuado para el puesto. Ay, ¡suéltame!

—Que el alcalde Tourtell ni lo intente, tengo suficientes pruebas contra él como para encerrarlo mañana mismo. Y si no las tengo, puedo conseguirlas. ¡Soy el director de la policía, mujer! ¿No entiendes lo que eso conlleva? Estoy al frente de seis mil personas, dos mil de ellas armadas. ¡Un ejército, querida!

Macbeth vio que la mirada de Lady se suavizaba.

—Así, sí —susurró—. Ahora vuelves a hablar con sensatez, mi amor.

Seguía agarrándola con fuerza por la esbelta y delicada muñeca, pero ella había empezado a mover la mano dentro del bolsillo.

—Ahora te reconozco.

—Ven, vamos a...

—No, ahora no —dijo ella retirando la mano—. Tenemos invitados. Pero tengo otra cosa para ti. Un regalo para celebrar que eres el director de la policía.

—¿Sí?

—Mira en el cajón de la mesilla.

Macbeth sacó una funda. Dentro había una daga cromada y brillante. La

levantó hacia la luz.

—¿Plata?

—Había pensado en dártela después de la fiesta, pero creo que puede hacerte falta ahora. Es sabido que la plata es lo único que puede acabar con la vida de un fantasma.

—Gracias, mi amada.

—De nada. Ahora dime que Banquo está muerto.

—Banquo está muerto. Está muerto.

—Sí, y ya lo lamentaremos luego. Ahora volveremos con los demás y les dirás que lo de antes fue una broma nuestra. Vamos.

Eran las once y diez.

Caithness seguía en la cama, pero Duff se había vestido y estaba junto a la encimera de la cocina. Había preparado una taza de té y encontró un limón en el frigorífico, pero el único cuchillo limpio era más adecuado para pinchar que para cortar. Metió la punta en la piel y salió una fina salpicadura. En circunstancias normales, como era tan tarde no debería costarle más de media hora llegar hasta la estación central, encontrar aparcamiento y llegar al pie de la locomotora. No quería retrasarse, Banquo no parecía necesitar muchas excusas para no contarle lo que sabía. Por otra parte, Duff se había dado cuenta de que Banquo tenía ganas de contarlo. Quería deshacerse de la carga de... ¿qué? ¿Culpabilidad? ¿O solo lo que sabía? Banquo no era el carnero del rebaño, era la oveja, solo un eslabón. Y pronto, con un poco de suerte, Duff sabría quiénes eran los otros. Armado con esa información iba a... El silencio fue interrumpido bruscamente por un timbrado del teléfono de pared, que estaba junto al corcho para dejar recados.

—¡Teléfono! —gritó.

—¡Lo oigo! ¡Lo cogeré aquí dentro! —contestó Caithness desde el dormitorio.

Tenía teléfonos en todas las habitaciones. Esa era una de las cosas que le

hacían sentirse viejo al lado de ella. Tal vez Meredith y él fueran un poco anticuados, pero opinaban que con un teléfono en cada casa bastaba, no pasaba nada por moverse un poco.

Buscó un trapo y se secó la mano. Intentó escuchar la voz de Caithness para saber qué tipo de conversación era, quién llamaba tan tarde. ¿Meredith? La idea llegó de repente y la descartó al instante. La otra hipótesis era más difícil de pasar por alto. Un amante. Otro amante, más joven. No, un admirador. Un novio potencial. Uno que esperaba entre bambalinas, listo para entrar en escena si Duff no hubiera respondido como le había exigido aquella noche. Sí, por eso de pronto corría tanta prisa. Duff no había cumplido con sus exigencias, pero su ultimátum se había invertido y convertido en el de ella. Lo había escogido a él. En el momento en que lo pensó, comprendió que en parte había deseado que fuera un pretendiente. ¿Cuán extrañas somos las personas?

—¿Puedes repetirlo? —oyó decir a Caithness desde el dormitorio. Usaba el tono del trabajo. Pero más alterado de lo normal—. Iré enseguida, avisa a los demás.

Definitivamente, trabajo. El grupo especialista en escenas de crímenes.

La oyó moverse por el dormitorio. Esperaba que no tuviera que ir en dirección a Fife y que le propusiera que la acercara. Le escocía el dorso de la mano. Se lo chupó mirando el limón. El zumo de limón había ido a parar a una de las heridas que se había hecho al lanzarse sobre el asfalto en el muelle. Se quedó parado un segundo. Después sacó el cuchillo y volvió a clavarlo en el limón. Esta vez deprisa y con fuerza. Soltó el cuchillo todo lo rápido que pudo y retiró la mano, pero volvía a escocerle. Era imposible. Imposible pinchar y que le diera tiempo a retirar la mano antes de que saliera el chorro.

Caithness entró en la cocina con sonoras zancadas y un maletín negro de médico en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Duff cuando vio su expresión.

—Era de jefatura. El segundo de Macbeth en la Guardia Real...

—¿Banquo? —Duff sintió un nudo en la garganta.

—Sí —dijo ella abriendo un cajón—. Lo han encontrado en el puente de Kenneth.

—¿Encontrado? ¿Quieres decir?

—Sí —respondió ella rebuscando irritada.

—¿Cómo...? —Las preguntas se agolpaban, eran demasiadas. Duff se llevó las manos a la cabeza, indefenso.

—No lo sé todavía, pero la policía que se encuentra allí dice que su coche está como un colador. Y le han quitado la cabeza.

—¿Quitado? ¿Como... cortado?

—Veremos —dijo. Sacó un par de guantes blancos de látex del cajón y los metió en la maleta—. ¿Crees que podrías llevarme?

—Bueno, es que está esa reunión y...

—No me dijiste dónde era, pero si vas a tener que dar mucho rodeo...

Duff volvió a mirar el cuchillo.

—Iré contigo —dijo—. Por supuesto que iré contigo. Estoy al frente de Homicidios y habrá que dar prioridad a este caso.

Se giró y lanzó el cuchillo con fuerza contra el corcho. Rotó una vez y media sobre su eje, dio en el corcho con el mango primero y cayó tintineando contra el suelo de la cocina.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó ella.

Duff miraba fijamente el cuchillo.

—Algo que requiere mucho entrenamiento para que te salga. Vamos.

—Bueno, Seyton —dijo Macbeth—. ¿En qué puedo ayudarte?

Los rayos del sol acababan de encontrar una rendija en la capa plomiza de nubes, se abrían camino por las sucias ventanas del despacho del director de la policía, caían sobre el escritorio, sobre la foto de Lady, sobre el calendario que indicaba que era martes, sobre el dibujo de la metralleta Gatling y, frente al escritorio de Macbeth, sobre la brillante calva del agente delgado y fibroso.

—Necesitas un guardaespaldas —dijo Seyton.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué clase de guardaespaldas necesito?

—Uno que pueda combatir el mal con mal. Duncan tenía dos. Después de lo de Banquo, bendita sea su alma, hay motivos más que suficientes para pensar que ellos también van a por ti, director.

—¿Quiénes son «ellos»?

Seyton miró con expresión ligeramente interrogante a Macbeth antes de contestar.

—Los Norse Riders. ¿No son ellos los que están detrás de esta ejecución?

Macbeth asintió.

—Testigos del Distrito 2 dicen que vieron motoristas, algunos con cazadoras de los Norse Riders, disparar a un Volvo PV frente a una joyería contra la que habían estrellado el coche. Suponemos que era el coche de Banquo.

—Si Malcolm estaba involucrado, la amenaza contra el director de la policía puede venir de dentro. No me fío de todos los supuestos mandos del cuerpo. Por

ejemplo, creo que una persona como Duff carece de moral y de principios. Y otra amenaza externa al cuerpo policial es Hekate, por supuesto.

—Hekate es un hombre de negocios. Ser sospechoso de un asesinato no conviene a sus tejemanejes. Sweno, por su parte, tiene un motivo que va más allá del sentido comercial.

—Venganza.

—Sí, la clásica venganza —dijo Macbeth—. Algunos de nuestros economistas parecen infravalorar la tendencia del ser humano a dejarse llevar por sus instintos más bajos en lugar de por su cuenta corriente. Cuando el pretendiente de la viuda negra está encaramado a la espalda de esta, saciado y agotado por la pasión, sabe que pronto será devorado. Pero no habría sido capaz de tomar otra decisión. Y ese es Sweno.

—¿Así que temes menos a Hekate?

—Al menos hoy he dado órdenes de disponer nuestros recursos de una manera más sensata, que se limite algo la caza obsesiva a Hekate, para posibilitar la solución de otros problemas más acuciantes de la ciudad.

—¿Como cuáles?

—Como que personas honestas y trabajadoras sean estafadas y se les roben sus ahorros sin disimulo en uno de nuestros casinos de reputación más dudosa. Pero, volviendo al asunto. Otros directores de la policía han tenido malas experiencias con sus guardaespaldas, pero no he olvidado lo eficiente y valiente que fue tu intervención cuando me atacó el perro en casa de Cawdor. Así que deja que lo piense, Seyton. En realidad tenía otro cometido para ti, pero no es tan distinto al que me estás pidiendo, ¿entiendes?

—¿Sí?

—Ahora que soy director de la policía y Banquo no está, la Guardia Real se halla descabezada. Tú, Seyton, eres el de mayor edad y experiencia.

—Gracias, director, es un honor en verdad inesperado y una declaración de confianza. El problema es que no sé si lo merezco. No soy ni político ni líder.

—No, conozco el perfil. Eres un perro guardián que necesita un maestro y

cuidador, Seyton. Mas la Guardia Real es una especie de perro guardián. Te sorprenderás al saber lo detalladas que son las instrucciones, yo no necesitaba pensar mucho más allá de qué iba a hacer con los malvados. A la luz de los asesinatos de los últimos días, está claro que la amenaza contra quien ocupa mi sillón es de tal magnitud que la Guardia Real debe poder proteger activamente al director de la Jefatura de Policía.

—¿Estás diciendo que la Guardia Real va a asumir las funciones de guardaespaldas personal del director de la policía?

—No imagino que un acuerdo así fuera a levantar protestas que no pudieran acallarse. De ese modo, matamos dos pájaros de un tiro, tu deseo y el mío se cumplen. ¿Qué me dices, Seyton?

Macbeth sintió en su mejilla que el sol se retiraba; tal vez fuera la oscuridad repentina en que se sumió la estancia la que hizo que Seyton bajara la voz hasta que sonó como un cuchicheo conspiratorio:

—Siempre que mis órdenes sean detalladas y vengan directamente de ti, en persona, director.

Macbeth miró al hombre que tenía delante. «Bendita sea su alma», había dicho Seyton refiriéndose a Banquo. ¿Qué clase de bendición era esa?

—Las órdenes, mi fiel Seyton, no podrán malinterpretarse. Y hablando de protestas que pueden acallarse, acabo de pedir dos unidades de esa metralleta Gatling. —Tendió el dibujo a Seyton—. Entrega urgente. Un poco más caro pero así las tendremos dentro de dos días. ¿Qué te parece?

Seyton observó la imagen asintiendo despacio.

—Impresionante —dijo—. Hermosa, en realidad.

Duff bostezó mientras conducía bajo el cielo despejado hacia las nubes oscuras.

Ewan le había despertado saltando a la cama de la habitación de invitados seguido de cerca por su hermana.

—¡Papá, estás en casa!

Desayunaron en la cocina. Los rayos oblicuos del sol se reflejaban en el lago.

Meredith pidió a los niños que dejaran de pelearse por sentarse en el regazo de su padre y que desayunaran de una vez, que tenían colegio. Su tono no sonó tan estricto como Duff sabía que pretendía, había visto que sonreía con los ojos.

Se detuvo junto a la escena del crimen, de la que ya se habían llevado con una grúa el coche agujereado a balazos y habían limpiado la sangre del asfalto. Caithness y su gente habían sido eficaces y recogido las pruebas forenses. Duff no pudo hacer mucho más que certificar lo que era evidente: Banquo había sido víctima de varios disparos y decapitado. De Fleance no había rastro, pero Duff se había fijado en que habían cortado el cinturón de seguridad del copiloto. Eso podía significar cualquier cosa; de momento lo único que podían hacer era poner en búsqueda al joven hijo de Banquo. La carretera estaba desierta, pues el puente estaba clausurado y no era probable que hubiera testigos cerca, así que, una hora más tarde, Duff decidió que, como ya estaba a mitad de camino, pasaría la noche en Fife.

Se había quedado despierto pensando, acompañado por el canto de los grillos. Lo había entendido, pero no lo asimilaba. No es que de pronto lo hubiera comprendido todo, que las piezas de un puzle encajaran de repente. Había sido un simple detalle. El cuchillo del pan en la cocina de Caithness. Mientras meditaba, el resto de las piezas habían ido llegando por su cuenta, despacio, y encontrado su lugar. Luego se había quedado dormido, hasta que al amanecer lo despertó el ataque sorpresa de sus hijos.

Duff condujo por el puente Viejo. Era estrecho, modesto comparado con el puente de Kenneth, pero de hechuras sólidas, y muchos opinaban que duraría más.

El problema era saber con quién debía hablar.

No solo quién tenía suficiente poder, influencia y capacidad de acción, sino también en quién podía confiar, quién no estaba involucrado.

Bajaba hacia el garaje de la jefatura cuando la rendija en la capa de nubes se cerró y acabó con la breve visita del sol a la ciudad.

Lennox levantó la vista de su máquina de escribir cuando Duff entró.

—Es casi la hora del almuerzo y bostezas como si te acabaras de levantar.

—Por última vez, ¿eso de ahí es auténtico? —preguntó Duff señalando con un movimiento de cabeza el roñoso palo rematado por un trozo de metal oxidado que Lennox utilizaba a modo de pisapapeles. Se dejó caer sobre la silla.

—Por última vez —suspiró Lennox—, lo heredé de mi abuelo, al que le cayó en la cabeza en la trinchera, cerca de Somme, durante la Primera Guerra Mundial. Afortunadamente, como puedes ver el alemán olvidó tirar de la lengüeta. Los otros soldados solían bromear mucho con eso.

—¿Estás diciéndome que en Somme se reían mucho?

—Según mi abuelo cuanto peor era, más se reían. Lo llamaba «la risa de la guerra».

—Sigo pensando que mientes, Lennox. No te pega nada tener una granada sin detonar sobre la mesa.

Lennox sonrió mientras seguía tecleando en la máquina de escribir.

—Mi abuela la tuvo en casa toda su vida. Decía que le recordaba las cosas importantes, es decir, la temporalidad de la vida, el juego de las casualidades, su propia mortalidad y la ineptitud de los demás.

Duff señaló la máquina de escribir.

—¿No tienes una secretaria que haga eso?

—He empezado a escribir mis propias cartas y a salir de la jefatura para echarlas al buzón yo mismo. Ayer me avisaron de la oficina del fiscal general porque mis cartas parecían haber sido abiertas y selladas de nuevo antes de que les llegaran.

—No me sorprende. Gracias por recibirme con tan poco preaviso.

—«Recibirme» suena muy formal. Por teléfono no me dijiste de qué se trataba.

—No. Como te dije, no me escandaliza que abran las cartas.

—La centralita. Crees que...

—No creo nada, Lennox, solo estoy de acuerdo contigo en que no merece la pena correr ningún riesgo tal y como están las cosas ahora mismo.

Lennox asintió despacio y ladeó la cabeza.

—Y a pesar de todo, querido Duff, ¿has venido aquí precisamente a eso?

—Puede ser. Tengo pruebas de quién mató a Duncan.

La silla de Lennox chirrió cuando él se incorporó de golpe. Se empujó para apartarse de la máquina de escribir e hincó los codos en el escritorio.

—Cierra la puerta.

Duff alargó la mano y cerró.

—¿Qué clase de pruebas? ¿Determinantes?

—Es curioso que elijas precisamente esa palabra... —Duff agarró el abrecartas que estaba encima de la mesa de Lennox, lo sopesó con la mano—. Como sabes, todo parecía creíble en las dos escenas de los crímenes, tanto el de Duncan como el de los guardaespaldas.

—«Creíble» es un término que suele usarse cuando algo parece normal, pero no lo es.

—Exacto. —Duff puso el abrecartas sobre su índice en equilibrio, formando con él una cruz—. Si clavaras una daga en el cuello de un hombre para matarlo, ¿no sujetarías la daga por si acaso no acertaras con la yugular y tuvieras que clavársela una vez más?

—Supongo que sí —dijo Lennox mirando fijamente el abrecartas.

—Y si acertaras con la yugular a la primera, como sabemos que lo hizo uno de los cuchillos, saldría una cantidad enorme de sangre en dos breves chorros, luego la presión decaería, el corazón dejaría de latir y el resto manaría lentamente.

—Te sigo. O eso creo.

—Sin embargo, el mango de la daga que le encontramos a Hennessy estaba completamente ensangrentado, las huellas de sus dedos estaban marcadas en la sangre y la palma de la mano estaba cubierta de la sangre de Duncan. —Duff señaló el mango del abrecartas—. Eso significa que el asesino no sujetaba el mango cuando un chorro de sangre brotó del cuello de Duncan, lo sujetó después. O que alguien, a posteriori, presionó su mano alrededor de la empuñadura. Porque alguien, otra persona, lanzó la daga a la yugular de Duncan.

—Entiendo —dijo Lennox rascándose la cabeza—. Pero lanzamiento o pinchazo, ¿qué más da? El resultado fue el mismo.

Duff le tendió a Lennox el abrecartas.

—Pues entonces intenta tirar esto de manera que se quede clavado en el corcho.

—Yo...

—Vamos.

Lennox se puso de pie. La distancia hasta el corcho sería de unos dos metros.

—Tienes que lanzarlo con fuerza —dijo Duff—. Hace falta fuerza para que la hoja entera penetre en el cuello.

Lennox lo tiró. El cuchillo impactó en el corcho y cayó al suelo con un tintineo.

—Inténtalo diez veces más —dijo Duff. Recogió el abrecartas y volvió a apoyarlo sobre su dedo—. Te apuesto una botella de whisky del bueno a que no conseguirás acertar en el corcho con la punta.

—¿Tan poca confianza tienes tanto en mis capacidades como en mi suerte?

—Si te hubiera pasado un cuchillo sin equilibrar, es decir, con un mango pesado o una cuchilla pesada, te daría alguna probabilidad más. Pero, exactamente igual que las dagas del cuello de Duncan, este es un cuchillo equilibrado. Hace falta ser un especialista para poder lanzarlo. Ninguno de los que he consultado aquí en la jefatura ha oído ni visto nunca que los guardaespaldas de Duncan hicieran lanzamiento de cuchillos. En realidad, solo conozco a una persona que lo haya hecho. Alguien que, de hecho, estuvo a punto de acabar en un circo con ese número. Y que estaba en Inverness esa noche.

—¿Quién es?

—El hombre a quien entregasteis la sección del Crimen Organizado. Macbeth. Lennox se quedó paralizado, parecía observar un punto en la frente de Duff.

—Estás diciéndome que...

—Sí, digo que Duncan fue asesinado por Macbeth. Y los asesinatos de los dos guardaespaldas fueron crímenes perpetrados a sangre fría por el mismo hombre.

—Que Dios nos ayude —dijo Lennox dejándose caer sobre la silla—. ¿Has hablado de esto con Caithness y la policía Científica?

Duff negó con la cabeza.

—Se han fijado en que había sangre en el mango, pero lo atribuyen a buenos reflejos al soltar el chuchillo, no a que lo lanzaran. Es lógico, no deja de ser bastante poco frecuente que alguien domine esa técnica. Solo los colaboradores más cercanos de Macbeth saben que él es quien la domina.

—Bien. No podemos hablar de esto con nadie. Con nadie—. Lennox entrelazó las manos y se mordió los nudillos—. ¿Eres consciente de en qué situación acabas de ponerme, Duff?

—Sí. Ahora sabes lo mismo que yo, no hay marcha atrás, tu cabeza está en juego igual que la mía. Te pido disculpas por no haberte dado elección, pero ¿qué otra cosa podía hacer? La hora de nuestro destino ha llegado.

—En verdad. Si es como dices y Macbeth es el monstruo que crees que es, no se le puede herir, pues se volvería doblemente peligroso. Hay que hacerlo caer con un único y definitivo golpe.

—Sí, pero ¿cómo?

—Con cuidado y prudencia, Duff. Tengo que pensar, no soy ningún genio, así que me llevará un tiempo. Veámonos otra vez. Y no aquí en la jefatura, donde las paredes oyen.

—A las seis —dijo Duff poniéndose de pie—. En la estación central, junto a *Bertha*.

—¿La vieja locomotora? ¿Por qué justo ahí?

—Era donde debía encontrarme con Banquo, que iba a contarme lo que, de cualquier manera, ahora sé.

—En ese caso, es un lugar apropiado. Nos vemos.

Macbeth miraba fijamente el teléfono de su escritorio.

Acababa de colgar después de hablar con Sweno.

Sentía los espasmos y las sacudidas de los nervios bajo su piel. Necesitaba

algo. No, algo, no. Sabía muy bien qué. Agarró el amplio sombrero que Lady le había comprado.

Priscilla sonrió cuando Macbeth cruzó de prisa la secretaría.

—¿Cuánto tiempo estará fuera el director?

Por orden de Macbeth, Priscilla se había trasladado desde la oficina de la planta inferior hasta allí. Le había llevado menos de dos horas. Aunque había querido echar a la vieja ayudante personal de Duncan a la calle, optó por hacer que descendiera varios pisos después de que el responsable de la administración le explicara que en el sector público un director no podía despedir a la gente sin más.

—Una hora —dijo Macbeth—. O dos.

—Entonces les diré dos a los que llamen —dijo ella.

—Eso, Priscilla.

Se metió en el ascensor y apretó el botón del bajo. «Los que llamen.» No «si llama alguien», porque llamaban sin parar, joder. Jefes de sección, jueces, representantes de la junta municipal. No tenía ni puñetera idea de a qué se dedicaban la mitad de ellos, salvo a molestarle con preguntas con las que no entendía qué pretendían. Por eso acababa con varias llamadas en espera. Periodistas. La muerte de Duncan. La desaparición de Malcolm. Y ahora, un policía más, además de su hijo. ¿Estaba todo fuera de control?, le preguntaban. ¿Podía el director de la policía asegurarles que...? «No haré ningún comentario, les remito a la próxima rueda de prensa, que será...»

Y luego estaba Sweno.

La puerta del ascensor se abrió y dos policías uniformados que iban a entrar se detuvieron de golpe y retrocedieron. Era una regla que Kenneth había impuesto y Duncan derogado: al director se lo dejaba en el ascensor solo. Antes de que Macbeth tuviera tiempo de decirles que podían pasar, las puertas se cerraron y siguió su descenso en solitario.

En la acera de la jefatura chocó contra un tipo de gabardina gris que iba leyendo el periódico y murmuró: «Perdona, Macbeth». No era extraño porque

cuando Macbeth levantó la vista, vio su propio careto en la portada: «El piloto se hace con el mando». No era un mal titular. No le había extrañado que lo hubiera sugerido Lady, que manejaba al redactor jefe como a su muñeco.

Macbeth se caló el gran sombrero y anduvo a paso ligero. Ahora, en pleno día, el tráfico formaba atascos en las calles y se tardaba menos en llegar a la estación central andando que en coche. Además era mejor que nadie viera la limusina del director de la policía justo allí.

Solo los dioses sabían qué le habría dicho Sweno a Priscilla para que le pasara la llamada. Al menos no dio su nombre cuando Macbeth habló con él, no le hizo falta. Si uno había oído esa voz una vez, ya no la olvidaba. Aquella voz de barítono hizo vibrar el plástico del auricular. Dijo que Macbeth había prometido la liberación inmediata de los miembros de los Norse Riders y que ya había pasado medio día. Macbeth respondió que no era tan sencillo, que había documentos que requerían la firma de un juez y de los abogados ya que se había interpuesto una denuncia. Pero que Sweno podía ir preparando su discurso para la fiesta de bienvenida un par de días más tarde.

—Eso son dos días de más —había dicho Sweno—. Y los dos últimos días que yo te cederé jamás. Pasado mañana, a las once en punto, uno de nuestros miembros llamará a la puerta de uno de los jueces de la ciudad, no te diré cual, y confesará su participación en el asesinato de Banquo y cómo fue posible que supiéramos dónde estarían él y su hijo Fleance en cada momento.

—¿Uno de tus pilotos kamikazes?

—Además tenemos siete testigos de que visitaste nuestro local.

—Relájate y piensa en el discurso de bienvenida, Sweno. Soltaremos a tus chicos en el portón del club pasado mañana a las tres y media.

La comunicación se cortó.

A los pies de la escalera de la estación central Macbeth miró alrededor. Vio otra gabardina gris, pero no la misma. El sombrero le tapaba la cara y, al fin y al cabo, no era más que otro de los muchos hombres bien vestidos que subían

corriendo a diario esas escaleras a fin de comprar lo único que necesitaban para funcionar tan sorprendentemente bien como lo hacían.

Se situó en el mismo lugar de la última vez, en el pasillo, junto a la escalera del baño. Hoy no se veía por allí al chico joven. Dio unos pasos impacientes sin moverse del sitio. Hacía varias horas que sentía la necesidad, pero era ahora cuando, a punto de obtenerla, se hacía insoportable.

Ella apareció al cabo de lo que a Macbeth se le antojó una hora, pero el reloj le dijo que solo habían pasado diez minutos. Llevaba un bastón blanco, a saber por qué.

—Necesito dos bolsas —dijo él.

—Necesitas ver a alguien —dijo Strega—. Métete esto en las orejas y ponte esto. —Le tendió un par de tapones y unas gafas que parecían una mezcla de gafas de nadar y de soldador, del tipo que había visto llevar a los ciegos.

—¿Por qué?

—Porque es la única manera de que puedas conseguir poción.

Dudó. No, no dudó, solo se tomó algo de tiempo. Habría hecho el pino si se lo hubiera pedido. Los cristales de las gafas estaban pintados, no veía nada. Strega lo agarró y le hizo dar unas cuantas vueltas, evidentemente con la intención de que Macbeth se desorientara. Luego le dio el bastón blanco y lo llevó del brazo.

Diez minutos más tarde sabía que habían caminado bajo la lluvia, que habían estado rodeados de gente y tráfico, los tapones no lo aislaban de todos los sonidos. Strega le había ayudado a subir a un poyete de cemento de metro y medio de altura, luego habían caminado sobre gravilla o arena. Subieron metro y medio, por otro poyete de cemento, y entraron en algún lugar, supuso él, al menos el aire estaba más caliente y más seco. Allí le habían sentado en una silla y, a continuación, alguien le había quitado los tapones y le había dicho que se dejara las gafas puestas.

Oyó que algo se acercaba, un golpeteo que se detuvo frente a él.

—Siento haber tenido que traerte aquí de esta manera. —La voz era excepcionalmente suave y ligera, parecía de un hombre mayor—. Pero opino

que, dadas las circunstancias, lo mejor sería que nos encontráramos cara a cara. Bueno, tú no ves la mía, pero yo me alegraría de eso si fuera tú, Macbeth.

—Lo entiendo, significa que tienes intención de dejarme salir de aquí con vida.

—No eres listo, pero sí más listo que tonto, Macbeth. Por eso te elegimos.

—¿Por qué me habéis traído aquí?

—Porque estamos preocupados. Ya sabíamos de tu afición por las sustancias placenteras antes de elegirte, claro, pero no que te dominaría tanto y tan deprisa. En resumen, necesitamos saber si podemos confiar en ti o si debemos sustituirte.

—¿Sustituirte con quién?

—¿Crees que eres único? Espero que el título de director de la policía no se te haya subido a la cabeza, que seas consciente de que solo es un espejismo, que sin mí no eres nada. Duncan creyó que podía pasar sin mí, sí, que podía combatirme. ¿También lo crees tú, Macbeth?

Macbeth apretó los dientes, se tragó su ira. Solo quería las bolsas y largarse de allí. Respiró hondo.

—Por lo que veo, con nuestra colaboración ambos salimos ganando, Hekate. Puede que hayas desencadenado acontecimientos que me han llevado a ser el director de la policía, yo quitaré a Sweno del mapa y me ocuparé de que la policía no os moleste demasiado a ti y a tu monopolio.

—Mmm... ¿Así que no tienes escrúpulos morales?

—Sí, claro, pero soy pragmático. En toda ciudad que tenga el tamaño de esta habrá mercado para los vendedores de sueños como tú. Si no sois ni Sweno ni tú, serán otros. Con nuestra colaboración al menos mantenemos al margen a otros y puede que peores traficantes de drogas. Te acepto como mi medio para lograr mi objetivo de construir un buen futuro para esta ciudad.

El viejo rio por lo bajo.

—Parecen palabras salidas directamente de la boca de Lady. Ligeras y de sabor dulce, pero no sacian. Estoy en una encrucijada, Macbeth. Para poder decidir, tengo que valorar si estás capacitado. Veo que la prensa usa metáforas

sobre el piloto que se ha hecho cargo del barco después del capitán. Pues bien, tu barco se encuentra ahora mismo bajo un tornado. Duncan, Banquo y un estudiante de policía han sido ejecutados. Cawdor, Malcolm y dos guardaespaldas están muertos y se supone que eran unos corruptos. Tu barco ya es una ruina física y moral, Macbeth, así que si voy a ayudarte necesito saber en concreto cómo piensas conducirlo a aguas más calmadas.

—Atraparemos y castigaremos a los culpables, por supuesto.

—Me alegra oírlo. ¿Quiénes son los culpables?

—Es evidente. Los Norse Riders. Obligaron a Malcolm y a los guardaespaldas a colaborar.

—Bien. En ese caso nos pueden exculpar, a ti y a mí. Pero ¿y si Sweno puede demostrar que es inocente del asesinato de Duncan?

—Algo me dice que no le dará tiempo.

—Mmm... Eso suena bien. Espero que tengas los arrestos necesarios para cumplir lo que prometes, Macbeth.

—Los tengo, Hekate. Espero poder exigirte lo mismo a ti.

—¿Qué quieres decir? Te allané el camino hasta el puesto de director de la policía, ¿no es suficiente?

—No, si no estoy protegido. Por ahora, de lo que me doy cuenta es de que todo el mundo va a por mí: los jueces, los periodistas, los delincuentes y seguro que alguno de mis colegas. Con pistolas o palabras como arma, el teléfono no para. Mira, hasta pueden secuestrarme y llevarme como a un ciego por la calle en pleno día.

—¿No te cuida la Guardia Real?

—A saber si puedo confiar en todos ellos. Necesito más protección.

—Entiendo. Esta es mi respuesta: cuentas con mi protección. Ya hace tiempo que cuentas con ella, pero no te has dado cuenta.

—¿Dónde está?

—No le des más vueltas. Te basta con saber que Hekate protege sus

inversiones. Quien soy, lo que soy, es la garantía de que nadie, absolutamente nadie, en esta ciudad podrá hacerte daño mientras seas mío, Macbeth.

—¿Nadie?

—Te prometo que no ha nacido la persona que pueda tocar un cabello de tu hermosa cabeza. La vieja *Bertha* volverá a circular antes de que alguien te eche del despacho de director. ¿Con eso te basta, Macbeth?

—Sí, con esas dos promesas me doy por satisfecho.

—Bien, porque entonces te diré una última cosa. Y es que debes tener cuidado con el comisario Duff.

—¿Sí?

—Sabe que tú mataste a Duncan.

Macbeth era consciente de que debería sentir espanto. Miedo. Pánico. Pero todo lo que notaba era aquella ansia que tan bien conocía y odiaba.

—Por suerte para ti, de momento solo hay otro hombre que sepa lo que sabe Duff.

—¿Quién? —preguntó Macbeth.

—El mismo que, siguiendo mis instrucciones, propuso y apoyó tu candidatura como jefe de la sección del Crimen Organizado. Fue tan discreto que Duncan después estaba convencido que la idea había sido suya.

—¿Y quién es?

—Lo vas a ver tú mismo.

Arrastraron las patas de una silla cuando le dieron la vuelta a Macbeth. Le quitaron las gafas.

Lo primero que pensó es que estaba en una sala de interrogatorios con aislamiento acústico. Disponía de la misma ventana que hacía que el interrogado ni viera ni oyera a los que estaban al otro lado, que sí podían verlo y oírlo. La diferencia era que parecía un gran laboratorio con tubos de ensayo, matraces y gomas que llevaban a una gran marmita. Era un contraste casi cómico con todo el equipamiento moderno; a Macbeth le recordó las viñetas de caníbales que cocinaban a gente. En la pared, detrás de la marmita, había una señal de peligro

que rezaba PROHIBIDO FUMAR. Delante de la marmita, en la sala intensamente iluminada, pegado al cristal, un hombre pálido pelirrojo estaba sentado en una silla reclinable. Tenía la camisa remangada, la cara vuelta hacia el techo, la boca entreabierta y los ojos entornados. Estaba tan cerca de ellos que Macbeth veía una parte de sus pupilas azules temblando bajo los párpados. Reconoció a una de las hermanas chinas, que sujetaba la jeringuilla con la aguja que entraba en el brazo del inspector Lennox.

La voz suave habló a espaldas de Macbeth.

—Lennox plantó la idea en Duncan, la idea de que debía nombrar a alguien que no fuera de la élite, sino un hombre que la gente común sintiera que era uno de ellos.

—¿Lennox le dijo a Duncan que debería ponerme al frente de la sección?

—Lennox dijo lo contrario, por supuesto, que Duncan no podía elegirte porque no reunías las cualificaciones formales y eras demasiado campechano. Así es como se manipula a cabezotas empecinados con grandes egos.

—¿Así que te limitaste a decir «salta» y Lennox saltó?

—Y Lennox dijo «no saltes» y Duncan saltó. —Detrás de Macbeth sonó una risa pausada y gorgoteante, como si alguien estuviera vaciando una botella de whisky—. Dicen que la mente humana tiene muchos meandros, Macbeth, pero sobre todo amplias avenidas donde es fácil orientarse. Lennox ha sido mío más de diez años. Un servidor esforzado y fiel, el inspector Lennox.

Macbeth intentó captar el reflejo del hombre que tenía a sus espaldas, pero solo distinguió a Strega, como si Hekate no tuviera reflejo. Pero estaba allí, porque su voz sonó muy cerca de la oreja de Macbeth.

—Cuando digo «salta», quiere decir «salta».

—¿Sí?

—Mata a Duff.

Macbeth tragó saliva.

—Duff es mi amigo, pero supongo que ya lo sabías.

—Banquo era un padre para ti y eso no te detuvo. Hay que matar a Duff, Macbeth. Además tengo una amiga mejor para ti, se llama power.

—No necesito nuevos amigos.

—Sí, te hace falta. La poción te vuelve inestable e imprevisible. ¿Has sufrido alucinaciones, verdad?

—Tal vez. Quizá esto sea una alucinación. ¿Qué es el power?

—Un producto nuevo y a la vez viejísimo. Poción es el power de los pobres. El power es siete veces más potente y la mitad de dañino. Agudiza y da fuerza mentalmente. Lo que se necesita en estos tiempos.

—Prefiero poción.

—Lo que tú prefieres, Macbeth, es seguir siendo director de la policía.

—Y esta nueva sustancia, ¿me enganchará?

—Dije que era antigua. El power reemplazará todas las cosas a que ya eres adicto. ¿Qué me dices? ¿Duff a cambio de power?

Macbeth vio que Lennox echaba la cabeza hacia delante. Oyó que Strega murmuraba algo. La hermana reclinó la silla de Lennox y volvió a la marmita.

—Dámelo.

—¿Perdón?

Macbeth se aclaró la voz.

—He dicho que me lo des.

—Dale las bolsas —dijo Hekate.

Macbeth oyó el golpeteo del bastón al alejarse cuando volvieron a ponerle las gafas y el mundo a su alrededor se borró.

—Es hermosa, ¿verdad? —dijo Lennox acariciando sus curvas.

—No —repuso Duff—. *Bertha* es muchas cosas, pero guapa no.

Lennox rio y se miró la mano negra de hollín.

—Todo el mundo la llama *Bertha*, pero su nombre completo es *Bertha Birnam*, que es como se llamaba una cocinera de cabello negro que trabajó para las obras, la única que estuvo todo el tiempo que llevó construir las vías de aquí a Capitol.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mi abuelo tuvo que ver en la construcción de las vías férreas por las que iba a circular, de aquí a Capitol.

—¿Así que tu abuelo manejaba la maza y arrastraba traviesas?

—No, por supuesto que no. Participó en la financiación del ferrocarril.

—Eso me cuadra más. —Duff miró hacia las acogedoras luces del Inverness en la oscuridad de la tarde.

—Sí, los Lennox en realidad somos gente de la banca. Desde ese punto de vista soy una especie de oveja negra. ¿Y qué pasa con tus ancestros, Duff?

—Lo normal.

—¿Policías?

—Hasta donde me llega la memoria.

—Conozco a varios Duff aquí en la ciudad, pero ninguno es policía.

—Adopté el nombre de mi abuelo materno cuando me mudé aquí.

—Y él está...

—Muerto. Después estuve en un orfanato. Luego, en la Academia de Policía.

—Si no eres de aquí, ¿por qué no fuiste a la Academia Superior de Policía de Capitol? Es mejor, el clima y el aire también.

—Los peces gordos estaban aquí. Los Norse Riders, Hekate...

—Entiendo. Deseabas llevar la sección del Crimen Organizado, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—Bueno, sigue disponible. Y cuando hayamos cogido a Macbeth como asesino de Duncan, podrás señalar con un dedo la sección que quieras. Nos honrarán como a los salvadores de esta ciudad, Duff.

—¿A nosotros? ¿De verdad crees que les importa? —Duff señaló con un movimiento de la cabeza la plaza, donde la gente se apresuraba como si quisiera quitarse de la vista, fundirse con las sombras, ponerse a cubierto.

—Sé a qué te refieres, pero no cometes el error de subestimar al ciudadano medio.

—Hay dos maneras de enfrentarse a un problema, Lennox. Solucionarlo o pasarlo por alto. Kenneth le enseñó a esta ciudad a hacer lo último. Apatía ante la corrupción y pasar la responsabilidad del bien colectivo a otros. Mira cómo huyen, como cucarachas cuando alguien enciende una luz.

—Una ciudad despreciable de habitantes despreciables, y ¿a pesar de eso estás dispuesto a sacrificarlo todo?

Lennox vio a Duff negar con la cabeza, desanimado.

—Dios mío, Lennox. ¿Qué te hace creer que es por la ciudad? La ciudad... es solo una manera de hablar que utilizan cuando quieren salir elegidos para el ayuntamiento o ser directores de la policía. Mejor dime qué has pensado tú desde la última vez que hablamos.

—Sí. Hablé con un juez de Capitol...

—¡Pero si no íbamos a hablar con nadie!

—Tranquilo Duff, no he dicho de qué ni de quién se trata, solo que es corrupción a alto nivel. Lo importante es que este juez es de confianza. Está en otra ciudad, no se halla al alcance del control de Macbeth, Sweno y Hekate.

Como juez de un tribunal federal puede recurrir a la policía federal, a fin de que nos saltemos la Jefatura de Policía y que la acusación se presente en Capitol, donde Macbeth no tiene hilos de los que tirar. El juez ha de venir a una reunión aquí en la ciudad dentro de tres días, y ha consentido en reunirse con nosotros en secreto.

—¿Cómo se llama?

—Jones.

Lennox notó que Duff lo miraba fijamente.

—Lars Jones —añadió Lennox—. ¿Algún problema?

—Tienes las pupilas como las de un yonqui.

Lennox se humedeció la lengua y se echó a reír.

—Eso es lo que pasa cuando uno es medio albino de nacimiento. Los ojos son sensibles a la luz. No por casualidad en mi familia se prefieren los trabajos en interiores.

Duff se estremeció en la gabardina. Miró otra vez hacia el casino.

—Entonces, tres días. ¿Qué hacemos entretanto?

Lennox se encogió de hombros.

—Mantendremos la cabeza gacha. No marearemos la perdiz. Y... no se me ocurre una tercera manera de decirlo.

—No me apetece nada volver a reunirme con Macbeth.

—¿Por qué?

—No soy buen actor.

—¿Nunca has engañado a nadie?

—Sí, pero me han pillado.

Lennox miró a Duff de soslayo.

—Ah, ¿en casa?

Duff se encogió de hombros.

—Hasta mi hijo, que dentro de un par de días cumplirá nueve años, se da cuenta cuando su padre cuenta una mentira. Y Macbeth me conoce mejor que nadie.

—Resulta extraño —dijo Lennox— que dos personas tan diferentes como vosotros dos fuerais tan amigos.

—Hablaemos luego —dijo Duff mirando hacia el este—. Si me marcho ahora llegaré a tiempo de ver el atardecer en Fife.

Lennox se quedó mirando en la misma dirección que Duff. Pensó que era bueno que la naturaleza estuviera hecha de tal manera que las nubes cargadas de lluvia taparan la visión de las que podrían venir detrás, así uno siempre podía albergar la esperanza de que el tiempo mejoraría.

—Tengo la sensación de que ya hemos pasado lo peor —dijo Macbeth estirándose para coger el encendedor de la mesilla y encender su cigarrillo—. Todo irá mejor ahora, mi amor. Estamos de nuevo donde debemos. La ciudad es nuestra.

Lady tenía una mano sobre el pecho, sentía su corazón todavía latir con fuerza debajo de la sábana de seda.

—Si tu recién estrenada pasión es indicativa de tu fuerza, cariño... —dijo con la respiración entrecortada.

—¿Mmm...?

—... entonces somos invencibles. ¿Sabes cuánto te quieren ahí fuera? La gente habla de ti en el casino, dicen que eres el salvador de la ciudad. ¿Lees los periódicos? Hoy el diario *Dagsavisen* ha propuesto en su editorial que debías presentarte a las elecciones a alcalde.

—¿Eso ha hecho tu amigo, el redactor jefe? —dijo Macbeth sonriendo—. ¿Porque se lo pediste?

—No, no. El editorial no trataba de ti, era un comentario acerca de que Tourtell no tiene ningún oponente de verdad y será reelegido a pesar de su escasa popularidad.

—Uno no se gana simpatías siendo el lacayo de Kenneth.

—Te mencionaban como uno de los que en teoría podrían desafiar a Tourtell. ¿Qué me dices a eso?

—¿A presentarme a las elecciones para alcalde? ¿Yo? —Macbeth se rio y se rascó el antebrazo—. Gracias, pero no, gracias, ya dispongo de un despacho lo bastante grande y ahora tenemos poder más que suficiente para hacer lo que queramos. —La uña raspó el agujerito de la piel. Power. Se lo había inyectado con una jeringuilla; la publicidad no había sido exagerada.

—Tienes razón, mi amor —convino ella—. Pero dale un par de vueltas de todas formas. Puede que, cuando la idea madure, lo veas de otra manera. ¿Quién sabe? Por cierto, Jack recibió un paquete para ti esta mañana. Lo trajo un motorista. Pesado y muy bien envuelto.

Macbeth pensó que la sangre iba a helársele en las venas, pero esa sensación no llegó. Debía ser por la nueva droga.

—¿Dónde lo has dejado?

—En tu armario, en el estante de los sombreros —respondió ella señalando.

—Gracias.

Fumó el cigarrillo despacio oyendo cómo ella se dormía a su lado. Observó la sólida puerta de roble marrón del armario. Luego apoyó la cabeza en la almohada y exhaló anillos de humo hacia los rayos de luna que entraban por la ventana, vio cómo se giraban y enroscaban igual que bailarinas árabes en la danza del vientre. No tenía miedo. Lo protegía la Guardia Real, Hekate, los hados le miraban benévolo. Alzó la cabeza, volvió a mirar el armario de roble. De allí no llegaba sonido alguno. Los fantasmas se habían ido. Fuera reinaba un silencio total, no había ningún tamborileo contra la ventana. Porque claro que después de la lluvia llegaba el buen tiempo. Claro que el amor podía limpiarte la sangre de la batalla. Claro que el perdón seguía al pecado.

—Buenos días a todos —dijo Macbeth dejando que su mirada se paseara por los que estaban sentados a la mesa—. Salvo porque no es una buena mañana, es la segunda mañana que amanece después de encontrar a Banquo muerto y la hora número treinta y siete en que sus asesinos siguen libres e impunes. Empecemos guardando un minuto de silencio por Banquo.

Duff cerró los ojos.

Era poco habitual ver a Macbeth entrar tan serio en una sala, él, que solía recibir cada día y a cada persona con una sonrisa, ya lloviera o luciera el sol, fueran amigos o desconocidos. Como cuando se habían encontrado en el orfanato. Tenía que haberse dado cuenta por la ropa de Duff, por su corte de pelo, de lo distintos que eran y, a pesar de ello, Macbeth había sonreído como si compartieran algo más profundo que esas apariencias, algo que los unía, que les hermanaba en secreto. Tal vez lograba que todo el mundo sintiera lo mismo con aquella sonrisa suya blanquísima e incondicional. Transmitía una fe inocente en que cuantos lo rodeaban deseaban el bien ajeno, y ya entonces hacía que Duff se sintiera como un viejo frío y cínico. ¿Qué no hubiera dado Duff por una sonrisa así? Una sonrisa contagiosa que coloreaba el mundo.

—¿Duff? —alguien había susurrado su nombre. Se volvió y se encontró con los ojos claros y verdes de Caithness, que le señalaba la cabecera de la mesa, desde donde Macbeth lo observaba.

—Te he preguntado si puedes ponernos al día sobre el estado de la investigación, Duff.

Duff se irguió en su asiento, se aclaró la voz, sintió que se sonrojaba. Empezó a hablar. Mencionó a los testigos que habían visto a los miembros de los Norse Riders y, a juzgar por los escudos de sus cazadoras, al otro club de moteros que había disparado contra el Volvo delante de la joyería Jacobs e Hijos. Que habían aparecido la chaqueta y la cartera de Fleance en la orilla, debajo del puente de Kenneth. El cadáver aún no. Caithness les había proporcionado detalles complementarios sobre hallazgos técnicos que confirmaban lo que todos sabían, que la banda de Sweno había asesinado a Banquo y probablemente a Fleance, o al menos eran la causa de que este se encontrara en algún lugar al fondo del fiordo.

—Además hay indicios de que Sweno en persona participó en la ejecución —dijo Duff—. Por la colilla de un purito junto al coche.

—Mucha gente fuma puritos —objetó Lennox.

—No la marca Davidoff Long Panatellas —replicó Duff.

—¿Sabes qué marca fuma Sweno? —comentó Lennox enarcando una ceja.

Duff no respondió.

—No podemos consentirlo —dijo Macbeth—. La ciudad no nos permitirá que lo consintamos. Matar a un policía es un ataque a la ciudad misma. Si la dirección reunida en esta sala quiere seguir contando con la confianza de la ciudadanía mañana, hay que actuar hoy. Por eso no podemos permitirnos el lujo de dudar, debemos atacar con toda nuestra fuerza si no queremos arriesgarnos a que se pierdan más vidas de policías. Esta es una guerra y tendremos que emplear la retórica propia de una guerra que, como es sabido, no son palabras, sino balas. Por eso he designado un nuevo jefe para la Guardia Real y ampliado su mandato al uso de armas con mayores atribuciones en la lucha contra el crimen organizado.

—Disculpa —dijo Lennox—. ¿Qué mandato es ese?

—Lo veréis enseguida, están redactándolo en este momento.

—¿Y quién lo escribe? —preguntó Caithness.

—El agente Seyton —contestó Macbeth—. El nuevo jefe de la Guardia Real.

—¿Está redactando su propio mandato? —quiso saber Caithness—. ¿Sin que nosotros...?

—Ha llegado la hora de actuar —la interrumpió Macbeth—. No de pulir las expresiones empleadas en un reglamento. Pronto veréis el resultado, y estoy seguro de que quedaréis tan satisfechos como yo. Y como el resto de la ciudad.

—Pero...

—Por supuesto que tendréis oportunidad de comentar las directrices cuando estén listas. Se levanta la sesión, ¡vamos a trabajar, amigos! —Allí estaba. La sonrisa—. Duff, ¿puedo hablar contigo un momento?

Hubo un arrastrar poco enérgico de sillas.

—Tú también puedes marcharte, Priscilla —dijo Macbeth—. Cierra la puerta al salir, gracias.

No quedó nadie. Duff se armó de valor.

—Ven aquí, siéntate más cerca —propuso Macbeth.

Duff se levantó y tomó asiento a su lado. Intentó estar más o menos relajado, respirar tranquilo, evitar una tensión involuntaria en el rostro. No pensar en que estaba a la distancia de un escupitajo del hombre que había matado a Duncan.

—Quiero preguntarte algo —dijo Macbeth—. Y quiero que me contestes con total sinceridad.

Duff sintió que se le cerraba la garganta, que su corazón se aceleraba.

—Tengo intención de ofrecer el puesto de jefe de la sección del Crimen Organizado a otra persona. Sé que tu primera reacción será sentirte decepcionado...

Duff se limitó a asentir, tenía la boca seca, no sabía si la voz le obedecería.

—Pero solo porque quiero que seas mi subdirector, Duff. ¿Qué dices?

Duff carraspeó.

—Gracias —dijo con voz ronca.

—¿Te encuentras bien, Duff? —Macbeth, con expresión preocupada, puso la mano sobre el hombro de Duff—. ¿O solo estás decepcionado? Sé lo mucho que has deseado estar al frente de esa sección y entiendo que prefieras un puesto

operativo antes que ayudar a un torpe como yo a controlarse los pies y las manos. —Esbozó una sonrisa deslumbrante y Duff hizo lo que pudo por corresponderle—. Eres mi amigo, Duff, quiero tenerte cerca. ¿Cómo es ese dicho?

Duff se aclaró la garganta.

—¿Qué dicho?

—Tú eres quien se sabe los refranes, Duff, pero da lo mismo. Si insistes en dirigir la sección del Crimen Organizado, lo pensaré. Todavía no le he dicho nada a Lennox. De verdad que tienes un aspecto horrible, ¿te traigo un vaso de agua?

—Gracias, estoy bien, solo un poco agotado. Casi no dormí antes de la acción del muelle y casi nada desde que Duncan fuera asesinado.

—¿Solo un poco agotado?

Duff reflexionó por un instante. Negó con la cabeza.

—No, en realidad había pensado preguntarte si puedo librar un par de días. Sé que estamos en plena investigación, pero Caithness podría...

—¡Claro! ¡Claro que sí, Duff! ¿De qué sirve la prisa de un jinete si monta su caballo hasta matarlo? Vete a Fife. Dale recuerdos a Meredith de mi parte y dile que vas a quedarte metido en la cama dos días al menos. Es, lo creas o no, una orden del director de la policía.

—Gracias.

—Muchos agradecimientos me parecen, Duff, pero te lo advierto, iré a comprobar que te quedas en Fife.

—Bien.

—Regresa aquí con tu respuesta sobre el cargo de subdirector dentro de tres días.

—Hecho.

Duff fue directo al baño, a vomitar.

Tenía la camisa empapada de sudor y hasta una hora más tarde, cuando por fin cruzó el puente Viejo, su pulso no volvió a latir con normalidad.

Lady cruzó el restaurante camino del salón de juego. Había nueve clientes. Trató de convencerse de que la hora de comer siempre era la más tranquila. Se acercó a Jack en la recepción.

—¿Algún cliente que se haya alojado hoy, Jack?

—Aún no, señora.

—¿Aún? ¿Es que hay llegadas previstas para más tarde?

Él sonrió contrito.

—No, que yo sepa.

—¿Pasaste por el Obelisco como te pedí?

—Por supuesto, señora.

—¿Y allí el ambiente era...?

—Tranquilo, diría yo.

—Estás mintiendo, Jack.

—Sí, señora.

Lady no pudo reprimir la risa.

—Jack, siempre me consuelas. ¿Crees que es por los asesinatos?

—Puede. Pero también ha llamado gente que ha pedido expresamente la habitación donde murió Duncan y, si no era posible, la de los guardaespaldas.

—La gente está enferma. Hablando de enfermos... quiero que hagas unas averiguaciones sobre el chico que vino con Tourtell. Entérate de qué edad tiene.

—¿Cree que...?

—Por el bien del chico esperemos que sea mayor de dieciséis. Y por el nuestro, que sea menor.

—¿Tiene previsto algún uso especial para esa información, señora?

—Solo acumulo munición para su uso futuro, Jack. Es el alcalde quien nombra al nuevo director de la policía. Normalmente el alcalde se limita a seguir la jerarquía en casos así, pero nunca se puede estar demasiado seguro, ¿verdad?

—¿Eso es todo?

—Bueno. La verdad es que nos gustaría que Tourtell presionara más a la

Comisión de Juego y Casinos a fin de que investiguen la gestión del Obelisco. He sido paciente y lo he intentado por las buenas, pero si no da resultado pronto, tendremos que ser más drásticos.

—Veré qué puedo averiguar.

—¿Jack?

—Sí, señora.

—¿He caminado dormida últimamente?

—En mis turnos de guardia no, señora.

—¿Me mientes otra vez?

—Puede que pasara un momento por la recepción esta noche, pero no sabría decir si estaba o no dormida.

Ella se echó a reír.

—Jack, Jack... Ojalá todo el mundo fuera tan bueno como tú. Lo sospechaba, porque la llave estaba puesta por fuera cuando me he despertado esta mañana.

—¿Está dándole vueltas a algo en especial? Solo es sonámbula cuando algo le preocupa.

—¿Existe algo más que preocupaciones? —suspiró Lady.

—¿Sueños? ¿Vuelve a soñar lo mismo?

—Ya te he dicho que no es un sueño, es un recuerdo, Jack.

—Perdóneme, señora, pero no puede saberlo. No puede saber si ocurrió exactamente como lo ve todas las noches, porque lo soñado se convierte en memoria. Quizá el bebé falleciera de muerte natural.

—El eterno consolador. Pero no necesito consuelo. Ni olvidar. Al contrario, tengo que recordar. Recordar lo que he sacrificado para llegar donde estoy, para apreciar mi vida sin hijos cada una de las mañanas en que despierto en una cama de seda junto a un hombre con el que he elegido pasar la noche. Poder bajar la escalera de mi propia casa, una vida que yo misma me he construido. Donde me respetan por quien soy, Jack.

—A ninguno nos respetan por quienes somos, señora. Nos respetan por lo que

somos capaces de hacer. Sobre todo si podemos hacer algo en contra de aquel cuyo respeto deseamos...

—Eres demasiado sabio para estar en una recepción, Jack.

—... por eso, por desgracia, la sabiduría de un recepcionista no es digna de mucho respeto. Es un observador inofensivo, un eunuco que a ratos consuela a los que son dignos de respeto.

—Me alegro de que no hayas tenido hijos, Jack. Eres el único con quien puedo hablar de haber desatendido a mi recién nacido sin provocar el horrorizado desprecio que generaría en quien fuera padre. Eres un hombre sabio y tolerante que trata de comprender, no de condenar.

—¿Qué es condenable? ¿Una niña que crece en la miseria, a la que violan a los trece años, que se queda embarazada y da a luz una criatura a la que, abandonada a su suerte y sin un techo donde guarecerse, no consigue mantener con vida?

—¿Y si no me esforcé lo suficiente?

—¿Quiere decir que no sacrificó su propia vida? Tenía trece años, no era adulta, pero sí poseía plenas facultades mentales. ¿Debía sacrificar su futuro por algo recién nacido, una semilla que aún no ha experimentado la vida, que todavía no siente añoranza, culpa, vergüenza, amor verdadero, ni siquiera es una persona de verdad, solo una rueda de molino colgada del cuello de una niña a quien la vida ya ha castigado bastante? Que esa niña de trece años no fuera capaz de mantenerlos a los dos con vida, y fuera quien sobrevivió, puede considerarse una suerte en medio de la desgracia. Porque mire lo que fue capaz de hacer después. Empezó con un pequeño burdel. Abrió otro un poco más grande y lujoso, que daba servicio a todos, desde al director de la policía hasta los políticos más prominentes de la ciudad. Lo vendió y fundó el mejor de los casinos. Ahora, por arte de magia, es la emperatriz de la ciudad.

Lady negó con la cabeza.

—Vas demasiado lejos, Jack. Tanto embelleciendo mis motivos, como admitiendo mis pecados. ¿Qué es un casino, qué es el sueño de un loco contra la

vida de una niña de verdad? Tal vez si hubiera exigido menos de mi propia vida hubiera podido salvar la suya.

—¿De verdad exigía tanto?

—Deseaba el reconocimiento de la gente. No, aún más, su respeto. Incluso su amor. Eso son dones que muy pocas personas obtienen, pero exigí ser una de esas pocas. Y el precio que pago es perder a mi hija una y otra vez, noche tras noche.

Jack asintió.

—¿Si pudiera volver a elegir, señora?

Lady lo miró.

—Quizá todos, buenos y malos, solo seamos esclavos de nuestros deseos, Jack. ¿Lo crees así?

—No lo sé, señora, pero hablando de esclavos del deseo, mañana me enteraré de lo del chico de Tourtell.

Macbeth salió del ascensor en el sótano. Se detuvo unos segundos para aspirar el olor a cuero, grasa de armas y sudor de hombre. Miró el estandarte con el lema de la Guardia Real bajo un dragón rojo llameante. «Fidelidad, hermandad, bautizados en el fuego, unidos por la sangre.» ¡Dios mío! Parecía que había pasado una pequeña eternidad desde la última vez.

Entró en la sala común de la Guardia Real.

—¡Olafson! ¡Angus! Eh, ¿qué tontería es esta? Sentaos, ¡no saltéis como un par de reclutas! ¿Dónde está Seyton?

—Ahí dentro —dijo Angus con su empalagoso tono clerical.

—Una pena lo de Banquo. Los chicos están poniendo dinero para una corona, pero no serás...

—¿Uno de los chicos? Claro que sí. —Macbeth sacó la cartera—. Creí que estabas de baja, Olafson. ¿Dónde has dejado el cabestrillo?

—Lo tiré. —El ceceo de Olafson lo hacía parecer español—. El médico creía

que me había roto todos los tendones del hombro, que nunca volvería a disparar. Pero entonces Seyton le echó un vistazo y de pronto estaba bien, oye.

—Ya lo ves, no hay que creer a los médicos. —Macbeth le tendió unos billetes.

—Es demasiado, jefe.

—Cógelo.

—Con esto se puede comprar un ataúd.

—¡Cógelo!

Macbeth fue a su antiguo despacho. En realidad no era tal, sino un taller con partes de repuesto de las armas y munición en las estanterías y los bancos, y la máquina de escribir sobre una silla.

—¿Y bien? —dijo Macbeth.

—Los chicos están informados —dijo Seyton, sosteniendo un grueso manual de instrucciones—. Y listos.

—¿Y nuestras dos chicas? —Macbeth señaló el manual con un movimiento de la cabeza.

—Las metralletas Gatling llegarán el jueves sobre las ocho. Es decir, mañana por la mañana. Me pareció entender que habías hablado con el práctico del puerto para que su barco no hiciera cola.

—No podíamos arriesgarnos a que las chicas llegaran tarde a la fiesta. Hablando de chicas, mañana tendréis trabajo, un poco más tarde.

—Bien, ¿dónde?

—En Fife.

Jueves por la mañana. Fife bañada por el sol.

Duff estaba nadando.

Con largas y potentes brazadas, abriéndose camino en el agua dulce, fría y densa del lago.

Durante mucho tiempo había preferido el agua salada del fiordo de la ciudad, donde nadar parecía más fácil. Resultaba extraño, porque le habían enseñado que en el agua salada se flotaba mejor, lo que implicaba que era más densa y eso a su vez hubiera debido significar que pesaba más que la dulce. De todas formas hasta hacía poco había preferido el fiordo, que además de estar helado se hallaba tan contaminado que se había sentido sucio cada vez que salía. Pero ahora Duff estaba limpio. Se había levantado temprano, había hecho unos ejercicios sobre el parque, junto a la cama de la habitación de invitados, preparado el desayuno para la familia, cantado la canción del minicumpaños de Ewan, llevado a los niños al colegio y luego caminado con Meredith el kilómetro escaso que separaba la casa del lago. Ella había comentado que aquel otoño la cosecha de manzanas sería excelente, que su hija había recibido su primera carta de amor, pero se había desengañado al ver que era de un chico tres años menor que ella, y que había pedido una guitarra como regalo por su duodécimo cumpleaños. Ewan se había peleado en el patio del colegio y que lo habían mandado a casa con un parte. Había acordado con su madre que se lo contaría a su padre él mismo, pero que esperarían a que pasara el minicumpaños, cuando dispondrían de más

tiempo. Duff preguntó si el aplazamiento no haría que Ewan pasara horas temiendo ese momento.

—No sé si tiene miedo o muchas ganas —dijo sonriendo Meredith—. El chico con el que se peleó va a un curso superior y Ewan me ha dicho que antes le había dado una patada a Peter el Pequeño.

—¿A quién?

—Al mejor amigo de Ewan.

—¡Ah, claro! Ese... —disimuló Duff.

—Ewan dijo que se arrepentía, pero que tenía que proteger a su amigo, como habría hecho su padre. Así que estará emocionado esperando tu reacción.

—En ese caso tendré que intentar equilibrar mi respuesta, regañarle por lo hecho y alabarle por su moral. Decir que mejor que pelearse es ser quien toma la iniciativa para volver a ser amigos. Reconciliación, ¿no?

—Eso me alegraría.

Deslizándose con ella hacia el agua, Duff decidió allí, en aquel mismo instante, que nunca volvería a nadar en otras aguas que no fueran las de su pequeño lago de Fife.

—Aquí es —resopló Meredith a su espalda.

Duff se giró hasta quedar boca arriba para verla mientras mantenía el equilibrio con los brazos y movía las piernas. Bajo el agua, el cuerpo de Duff estaba pálido con un tinte verdoso, mientras que ella, incluso con aquella luz, lucía un moreno dorado. Él se quedaba demasiado tiempo en la ciudad, necesitaba más sol.

Ella nadó pasando por su lado hacia la orilla y trepó por una roca plana que había en el agua.

No era cualquier roca, sino la suya. La roca donde habían concebido a su hija un día de verano once años atrás. Habían ido a Fife para escapar de la ciudad cuando, casi por casualidad, dieron con el lago. Se detuvieron porque vieron una pequeña granja en la que no vivía nadie y que a Meredith le pareció encantadora. Desde allí contemplaron el reflejo del agua, caminaron diez o quince minutos y

llegaron al mar. A pesar de que solo había un par de vacas junto al lago, nadaron hasta aquel islote pequeño, oculto, al otro lado del agua, donde era poco probable que los vieran. Un mes más tarde Meredith le comunicó que estaba embarazada y volvieron, pletóricos; compraron aquella casa a mitad de camino de la carretera principal y el lago. Luego, cuando nació el segundo, Ewan, adquirieron la pequeña parcela junto a la orilla donde ahora estaba la caseta de baño.

Duff se encaramó a la roca con ella. Desde allí podían ver la caseta pintada de rojo.

Se tumbó de espaldas sobre la piedra templada por el sol. Cerró los ojos y sintió una gran una sensación de bienestar. Pensó que a veces merece la pena pasar frío para luego disfrutar del proceso de entrar en calor.

—¿Has vuelto a casa, Duff?

Cuando perdemos algo y lo recuperamos, la alegría es mayor que antes de extraviarlo.

—Sí —respondió Duff.

Su sombra se proyectó sobre él.

Cuando se besaron se preguntó por qué ahora —y no antes— le parecía que los labios de una mujer sabían mejor humedecidos en agua dulce que en salada. Solo se le ocurrió que llega un momento en que el cuerpo te avisa de que el agua dulce es potable y la salada, no.

Después, abrazados y sudorosos de sol y amor, él dijo que tenía que ir a la ciudad.

—Vale. La sopa estará lista a la hora de siempre.

—Llegaré antes. Solo voy a recoger el regalo de Ewan, que está en el cajón de mi escritorio en el trabajo.

—¿El disfraz de agente secreto que quería?

—Sí, y hay otra cosa más que debo resolver cuanto antes.

Ella le pasó el índice por la frente, por la nariz.

—¿Algo que ha surgido ahora?

—Sí y no. Hace tiempo que debería haberme ocupado de ello.

—En ese caso... —dijo ella, y su dedo, que tan bien lo conocía, acarició sus labios— haz exactamente lo que creas que debes hacer. Yo te espero aquí.

Duff se incorporó apoyándose en el codo y la miró desde arriba.

—Meredith.

—¿Sí?

—Te quiero.

—Lo sé, Duff. Solo se te olvidó un ratito.

Él sonrió. Volvió a besar los labios de agua dulce y se levantó. Iba a lanzarse de cabeza al agua, pero se detuvo.

—Oye.

—¿Sí?

—¿Ewan te dijo quién había ganado esa pelea?

—¿En la oficina del director de la policía han explicado por qué hay que llevarlos hasta su club? —preguntó el conductor.

El funcionario de prisiones miraba su manajo de llaves para dar con la de la celda siguiente.

—No hay pruebas concluyentes y la sospecha no está lo suficiente documentada como para mantenerlos en prisión provisional.

—¿Sospecha? Joder, toda la ciudad sabe que fueron los Norse Riders los que recogieron esa droga. Y saben que fueron los Norse Riders quienes mataron al poli ese y a su hijo. Pero no te he preguntado por qué los sueltan, estoy acostumbrado a esas locuras, me pregunto por qué no nos limitamos a dejarlos salir por la puerta. Cuando traslado a presos, suele ser de una cárcel a otra, no como un jodido servicio de taxi para que no tengan que volverse andando a su casa.

—No tengo ni idea —dijo el funcionario de prisiones abriendo—. ¡Hola, Sean! ¡Levántate del camastro, vuelves a casa con tu chica y tu hija!

—¡Heil, Macbeth! —gritaron desde el interior de la celda.

El funcionario negó con la cabeza y se volvió hacia el conductor.

—Será mejor que lleves el autobús hasta la puerta y los reuniremos allí. Te mandaremos dos agentes armados.

—¿Por qué, no están en libertad los chicos?

—En la oficina del director de la policía quieren asegurarse de que los liberados lleguen a destino sin problemas.

—¿Puedo encadenarles por los pies también?

—Eso no figura en el reglamento, pero haz lo que quieras. ¡Eh! Átate esos cordones, ¡no tenemos todo el día!

—¿De verdad? ¿Han vuelto los buenos tiempos, como cuando mandaba Kenneth?

—Je, je. Es un poco pronto para decirlo, pero comentan que Macbeth promete.

—Su problema son los asesinatos de policías sin resolver. Si no arreglas una cosa así enseguida sales de cabeza o de culo por la puerta, a la primera de cambio.

—Puede ser. Kite ha dicho hoy por la radio que Macbeth es una catástrofe.

El funcionario repitió «catástrofe» exagerando la erre y el conductor se echó a reír y luego sintió un escalofrío al ver el tatuaje que llevaba en la frente el preso que salía.

—Transporte de ganado —murmuró mientras el funcionario de prisiones empujaba al preso en la dirección en la que debía ir.

Duff pasó por la oficina, se metió el regalo de Ewan en la chaqueta y se apresuró en salir. En la sección de la policía Científica, en la tercera planta, le informaron de que Caithness estaba en el cuarto oscuro del garaje. Bajó en el ascensor y abrió con llave. Durante una temporada Caithness había compartido piso con una amiga y Duff había convencido al conserje de que resultaba útil que él, como responsable de la sección Antidroga, tuviera la llave del garaje donde Medicina Legal disponía, entre otras cosas, de un campo de tiro para realizar análisis balísticos, de un laboratorio y de un cuarto oscuro para revelar las fotos de los

escenarios de crímenes. Además tenía un espacio despejado nada más pasar la puerta del garaje donde la policía Científica podía dar entrada a objetos de gran tamaño que había que revisar en busca de pruebas, generalmente coches. Después de una jornada de oficina casi nunca había nadie tentado a hacer horas extras en el sótano húmedo y frío, sino que solían subir a los despachos de la segunda planta. Durante un año Duff y Caithness se vieron a escondidas fuera del horario laboral en el sótano, además de almorzar semanalmente en la habitación 323 del Gran Hotel bajo el nombre de Mittbaum. Desde que Caithness se hizo con el piso abuhardillado, era raro pero Duff había echado de menos aquellos encuentros clandestinos y precipitados.

Al abrir la puerta y sentir el aire húmedo, se dijo que debían de haber estado muy enamorados. En el centro destacaba el agujereado Volvo PV de Banquo. Estaba cubierto con una lona, seguramente porque habían arrancado la puerta del lado del copiloto y querían proteger posibles pistas dentro del vehículo de las ratas que reinaban allí por las noches. Duff se detuvo ante la puerta del cuarto oscuro y respiró hondo. La decisión estaba tomada. Ahora solo faltaba pasar a la acción. Acción. Bajó el picaporte y penetró en la oscuridad. Cerró la puerta a sus espaldas. Aspiró el aire con olor a amoníaco del líquido de revelado mezclado con fix, esperando que sus pupilas se dilataran.

—¿Duff? —dijeron en la oscuridad. Era la misma voz amable, algo prudente, que lo había despertado por la mañana en la sala de reuniones. La misma voz amable, algo prudente, que lo había despertado tantas mañanas en su piso abuhardillado. La voz amable y prudente que no iba a oír a partir de ahora, así no, no de esa manera.

—Caithness, no podemos...

—Roy —dijo ella—, ¿puedes dejarnos a solas un momento?

Los ojos de Duff se acostumbraron a la oscuridad a tiempo de ver al fotógrafo de la policía Científica, que se esfumaba.

—¿Has visto esto? —dijo Caithness enfocando la luz roja hacia tres grandes revelados recién hechos, que goteaban colgados de una cuerda.

Una mostraba el coche de Banquo. La otra, el cuerpo decapitado del policía sobre el asfalto, junto al coche. La tercera era un primer plano de la superficie seccionada del cuello de Banquo. Señaló esa.

—Creemos que lo decapitaron con una hoja ancha, como la del sable que me comentaste que tenía Sweno.

—Bien —dijo Duff observando la foto.

—Encontramos restos de sangre de otras personas en su columna. ¿No te parece interesante?

—¿Qué quieres decir?

—Está claro que Sweno, o quien fuera, no tuvo la prudencia de limpiar su sable, así que cuando pasó por encima de las vértebras de la espalda aquí... —señaló—, dejó restos de sangre vieja coagulada que había en la hoja. Si podemos determinar el grupo sanguíneo quizá nos ayude a esclarecer otros casos de asesinato.

Duff, a punto de vomitar, se apoyó en la mesa de trabajo.

—¿Sigues encontrándote mal? —preguntó Caithness.

Duff respiró hondo.

—Sí. No. Necesitaba alejarme. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

Por el tono supo que ella lo había intuido. Que probablemente lo sabía desde que había entrado sin previo aviso, que hablar de las fotos había sido fruto del pánico.

—De vernos. No podemos seguir.

Intentó divisar su cara, pero estaba demasiado oscuro.

—¿Eso es todo lo que hemos hecho? ¿Vernos?

—No —repuso él—. No, por supuesto que tienes razón, fue más que vernos. Más motivo para que debamos dejarlo.

—¿Quieres cortar, dejarme aquí, en mi lugar de trabajo?

—Caithness...

Su risa amarga lo interrumpió.

—Pero es lógico. Que una relación que ha transcurrido a la sombra termine en el cuarto oscuro.

—Lo siento. Es por consideración a...

—A ti, a ti Duff. Ni a los niños, ni a la familia, a ti. Eres la persona más egoísta que he conocido, así que no intentes hacerme creer que tienes en cuenta a nadie que no seas tú.

—Como quieras, en ese caso lo hago por mí.

—¿Y qué tienes en cuenta para dejarme a mí, Duff? ¿Has encontrado por ahí a una chica todavía más joven, más inocente, que sabes que no te dará la lata para que te comprometas, para que renuncies a algo? Al menos todavía no.

—¿Serviría de algo que te dijera que solo pienso en el egoísta y personal bienestar que espero sentir cuando imagine que hago lo correcto respecto a la gente con quien tengo obligaciones? ¿Qué renuncio a ti como penitencia porque me aterroriza no estar entre los elegidos en el día del Juicio Final?

—¿Crees que estarás entre ellos?

—No. Pero la decisión está tomada, Caithness, así que dime cómo quieres que me arranque esta muela, despacio o de un tirón.

—¿Por qué íbamos a interrumpir la tortura ahora? Ven a mi casa a las cuatro.

—¿Para qué?

—Para oírme llorar, insultar y rogarte, aquí no puedo hacerlo.

—He prometido cenar con mi familia a las cinco.

—Si no vienes, tiraré primero todas las cosas que tienes en mi casa a la calle, luego llamaré y le contaré tus escapadas a...

—Ella lo sabe todo, Caithness.

—... tus suegros, les contaré cómo has engañado a su hija y a sus nietos.

Duff tragó saliva.

—Caithness...

—¿Vas a repetir esa promesa? A las cuatro. Si te portas bien y me escuchas llegarás a tiempo a esa dichosa cena.

—Vale, vale, iré. Pero no creas que cambiaré nada.

El fotógrafo de la Científica estaba fumando en la puerta del garaje cuando Duff salió.

—Horrible, ¿no? —dijo.

—¿Cómo?

—Cortar una cabeza de esa manera.

—Un asesinato siempre es horrible —dijo Duff dirigiéndose hacia la salida.

Lady se hallaba en el dormitorio, frente a la puerta del armario de Macbeth. Oía a las ratas húmedas del río andar por el parquet. Se decía que ese sonido solo era producto de su imaginación, que allí tenían alfombras gruesas. Sonidos que se imaginaba. Pronto oiría voces. Decía que las voces de su madre no la dejaban en paz, que eran las mismas que había oído su abuela, las de sus antepasados, que hablaban, las obligaban a deambular de noche como sonámbulas, a lanzarse de cabeza a la muerte. Cuánto se había asustado al ver a Macbeth delirar en la mesa durante la cena. ¿Habría contagiado esta enfermedad a su único amor?

El corretear de las ratas por su cabeza llevaba mucho tiempo allí instalado y no se iba.

Lo único que podía hacer era correr ella también. Alejarse de los sonidos, huir de su propia cabeza.

Abrió la puerta del armario.

Abrió el cajón de debajo del estante. Vio una bolsita de polvo blanco. La vía de escape de Macbeth. ¿Funcionaba? ¿Podría escapar si iba al lugar al que él marchaba? Creía que no. Cerró el cajón.

Miró hacia el estante de los sombreros. El paquete que Jack había recibido. Embalado en papel y sujeto con cordel. Recubierto de plástico transparente. Pero por alguna razón parecía que la observaba.

Abrió el cajón otra vez y sacó la bolsa. Echó muy poco sobre la mesa, frente al espejo, enrolló un billete y, sin estar muy segura de cómo se hacía, acercó un extremo a su nariz y sostuvo el otro sobre el polvo. Inspiró, en parte por la boca y en parte por la nariz. Como no funcionó, tras intentarlo un par de veces más, se

metió el billete en la nariz e inhaló con fuerza pasando el billete por la raya; la aspiró entera. Estuvo un rato mirándose en el espejo. El correteo de las ratas desapareció. Fue a la cama y se acostó.

—¡Ya vienen! —gritó el Sargento.

Estaba frente al portón del club de los Norse Riders viendo acercarse el autobús amarillo de la cárcel. Eran las tres y media; llegaba con total puntualidad. Miró hacia los que se habían reunido allí fuera bajo la llovizna. Todos tenían obligación de comparecer para recibir a los heridos que se habían visto obligados a dejar a merced de la policía aquella noche. También estaban las chicas, las que tenían un novio fijo entre los liberados y las que iban de mano en mano. El Sargento sonrió al bebé que reía en brazos de Betty, que buscaba con la mirada a su Sean. Incluso los primos del sur habían decidido quedarse un día para no perderse la fiesta, que ya presentaba indicios de convertirse en legendaria. Sweno había ordenado que hubiera licor y drogas suficientes como para satisfacer a los habitantes de un pueblo mediano, porque no solo iban a celebrar la liberación de sus camaradas. Con la ejecución de Banquo, los Norse Riders habían vengado la pérdida sufrida y, lo que era más importante, disfrutaban de una nueva alianza dorada. Como dijo Sweno, cuando Macbeth se presentó en persona en el club y encargó una expedición, había vendido su alma al diablo, y en esa transacción no se admitían devoluciones. Lo tenían en el bolsillo tanto como él a ellos.

El Sargento salió a la calle y por señas indicó al autobús que se detuviera al otro lado del portón. Nadie que no fuera un miembro completamente identificado podía entrar, esa era la nueva norma de la casa.

Y así salieron, mientras subían el volumen del equipo de sonido de la casa y sonaba «Let's spend the night together». Algunos caminaban, otros cruzaron el portón bailando y fueron recibidos con palmas y puños de los colegas y abrazos y besos húmedos de las mujeres.

—Todo esto está muy bien —proclamó el Sargento—, pero ¡los licores están

dentro!

Hubo gritos y risas. Fueron entrando. El Sargento se quedó en el portón, escrutando alrededor una vez más. El autobús que se alejaba cuesta abajo. A Chang, que se había hecho acompañar por otros dos hombres para vigilar la entrada. Las naves de las fábricas abandonadas, que habían inspeccionado para asegurarse de que nadie las utilizaba a fin de espiar al club. El cielo hacia el oeste, desde donde de hecho parecía que se avecinaba un poco de azul. Tal vez debería relajarse un poco, quizá Sweno tuviera razón, quizá de verdad venían tiempos mejores.

El Sargento entró, rechazó el licor y se llevó una jarra de cerveza a la boca. Fiesta o no fiesta, eran tiempos de crisis. Miró en torno. Sean y Betty se pegaban el lote en una esquina, espachurrando al bebé entre los dos. El Sargento pensó que sería una manera muy perversa de acabar con una vida que empezaba, pero que tampoco debía estar tan mal que te ahogaran en puro amor.

—¡Norse Riders! —gritó, bajaron el volumen de la música y las conversaciones cesaron—. Hoy es un día para la felicidad. Y un día para la tristeza, pues no nos hemos olvidado de nuestros caídos. Pero hay un tiempo para reír y otro para llorar y ¡hoy estamos de fiesta! ¡Salud!

Júbilo y copas levantadas. El Sargento dio un trago largo y se limpió la espuma de la barba.

—Y este es un nuevo principio —prosiguió.

—¿Del discurso? —gritó Sean, cosechando risas.

—Nosotros perdimos unos cuantos hombres, ellos perdieron unos cuantos hombres —dijo el Sargento—. El cargamento de droga ruso es agua pasada. —Nadie rio—. Pero como me ha dicho esta mañana un hombre cuyo nombre todos conocéis: «Con ese loco en el sillón de director de la policía se avecinan tiempos mejores».

Nuevo estallido de júbilo. El Sargento notó que podría hablar un rato más, dejar dichas un par de cosas sobre el club, la amistad y el sacrificio. Pero ya había tomado bastante protagonismo. Nadie salvo el Sargento sabía que Sweno

estaba entre bambalinas en ese mismo instante. Había llegado el momento de la entrada triunfal.

—Y ahora —dijo—, cedo la palabra a... —En la pausa que hizo para crear más expectación, oyó algo. El sordo rugido medio ahogado de un camión de gran cilindrada que lleva metida una marcha demasiado baja. Bueno, había muchos conductores ineptos por ahí—. A...

Oyó un estruendo. Y supo que era el portón, que había salido volando de sus bisagras. Y que a la entrada triunfal de la noche acababa de surgirle competencia.

Duff estaba en la calle frente al edificio gris de cuatro plantas. Consultó su reloj. Las cuatro menos cinco. Todavía tenía tiempo de llegar sin problemas al minicuple. Llamó.

—Sube —oyó decir a Caithness por el telefonillo.

Después de la conversación con ella, había ido al Albañil, se había sentado en uno de los compartimentos y había pedido una cerveza. Podía haber pasado el tiempo de espera trabajando en la oficina, claro, pero Macbeth había ordenado que se quedara en la cama en su casa, en Fife. Se bebió la cerveza y pidió otra. Tuvo tiempo de pensar.

Ahora subía por la escalera no con los pasos pesados e inseguros de quien se dirige al patíbulo, sino con los pasos rápidos y ligeros de quien tiene que pasar por un trago, pero que al fin y al cabo sobrevivirá. Y de quien tiene una nueva vida por delante a la que debe llegar a tiempo.

La puerta del apartamento estaba abierta.

—Pasa —oyó llamar a Caithness desde algún lugar en el interior.

Suspiró aliviado cuando vio que había reunido sus cosas sobre la mesa del recibidor. Un neceser. Una máquina de afeitar. Un par de camisas y ropa interior. La raqueta de tenis que le había comprado, puesto que los dos jugaban, pero que nunca había llegado a usar. Un collar y unos pendientes de perlas. Duff pasó los dedos por las joyas que le había comprado. Se las había puesto mucho.

—Aquí dentro —llamó Caithness. Se hallaba en el dormitorio.

El equipo de música estaba encendido. Elvis. «Love Me Tender.»

Se acercó a la puerta abierta, dudando, sus pasos ya no eran tan ligeros. El olor del perfume de Caithness llegaba hasta el recibidor.

—Duff —dijo ella con la voz algo pastosa cuando Duff asomó por la puerta—. Te devuelvo lo que me has dado, pero espero una despedida.

Estaba tumbada en la cama vestida con un corsé negro y medias de nailon. Eso también lo había comprado él. Junto al cabecero había una cubitera con una botella de champán abierta de la que sin duda se había servido con generosidad. La contempló. Era la mujer más bella y maravillosa con la que hubiera estado nunca. Cada vez que la veía su belleza le impresionaba como si fuera la primera. Podía sentir todas las caricias que habían intercambiado, cada emocionante cabalgada. Ahora renunciaba a eso. Ahora y para siempre.

—Caithness —dijo Duff notando que estaba a punto de llorar—. Mi querida, querida, hermosa Caithness.

—Ven.

—No puedo...

—Claro que puedes. Has podido durante mucho tiempo, tantas veces, esta es solo la última. Me debes al menos eso.

—No lo disfrutarás. Ninguno de los dos lo hará.

—No quiero disfrutar, Duff, quiero resarcimiento. Quiero que seas tú quien se arrastre, por una vez. Que te tragues tu aire de superioridad y hagas lo que yo deseo. Eso es lo que quiero. Solo eso. Y luego puedes salir corriendo de aquí, joder, volver a cenar con esa a quien ya no amas. Ven, incluso desde aquí veo que ya estás listo...

—No, Caithness, no puedo. Dijiste que te conformarías con lo que pudiera darte de mi corazón. Pero no puedo darte solo un poco, Caithness. Entonces estaría traicionando por partida doble, a ti y a la madre de mis hijos. Eso que has dicho de que ya no la quiero es cierto. —Respiró hondo—. Porque lo había

olvidado. Pero ahora lo recuerdo. Que la amo, que siempre la he amado. Acabo de serte infiel con mi propia esposa.

Vio que sus palabras daban en la diana. Vio cómo el delgado y falso barniz de seducción desaparecía y daba paso a una oscura conmoción. Las lágrimas anegaron sus ojos, se encogió, tiró de la sábana y se tapó.

—Adiós, Caithness. Ódiame como merezco. Ahora me marchó.

Duff se puso la ropa y el neceser bajo el brazo. La raqueta podía quedarse: no se juega al tenis en una granja. Se quedó mirando los pendientes y el collar. Oyó el llanto desgarrado de Caithness en el dormitorio. Eran joyas costosas, había pagado por ellas más de lo que en realidad podía permitirse, pero ahora no tenían ningún valor entre sus manos. Tampoco había nadie a quien dárselas, salvo una casa de empeños. Pero ¿soportaba la idea de que aquellas joyas las llevara una desconocida?

Dudó, miró el reloj. Soltó el resto de las cosas, cogió las joyas y volvió al dormitorio.

Ella dejó de llorar al verle. Su cara estaba bañada en lágrimas, con churretones negros. Su cuerpo se agitó en un último hipido. Una de las medias se había bajado, también un tirante.

—Duff... —susurró.

—Caithness... —dijo él, tragando saliva.

Azúcar en el estómago, un zumbido en la cabeza. Las joyas cayeron al suelo.

El Sargento agarró el rifle de detrás de la barra del bar y corrió hacia la ventana mientras el resto de los miembros se precipitaba al armario de las armas. Efectivamente, fuera había un camión cuyo lateral estaba orientado hacia el club. Con el motor en marcha, aún llevaba el portón colgado del guardabarros. Al igual que Chang, el Sargento se llevó el rifle al hombro en el mismo momento en que dejaron caer la lona de la plataforma. Ahí estaban los hombres de la Guardia Real, con sus feos uniformes negros y las armas levantadas. Pero había algo todavía más feo en aquel camión, algo que le heló la sangre. Tres monstruos.

Dos hechos de acero y montados en soportes, tenían alimentadores de patrones, cañones giratorios y cámaras de refrigeración. El tercero estaba en mitad de los hombres, un tipo calvo, fibroso y delgado que el Sargento nunca había visto, pero al que sabía que conocía desde siempre, que siempre había estado cerca, en cualquier caso. Ahora ese hombre levantaba la mano y gritaba: «¡Fidelidad, hermandad!».

El resto contestó: «¡Bautizados en el fuego, unidos por la sangre!».

Luego una instrucción sencilla. «Fuego», por supuesto. Fuego.

El Sargento le enfocó con la mira y disparó. Un tiro. El último.

La gota de lluvia se desprendió del cielo, atravesó la niebla hacia la sucia ciudad portuaria. Iba en dirección a la ventana de una buhardilla bajo la que una pareja hacía el amor. El hombre estaba en silencio mientras sus caderas subían y bajaban, despacio pero con fuerza. La mujer que tenía debajo se aferraba a la sábana, mientras gemía y lo recibía impaciente. Hacía mucho que en el tocadiscos había dejado de sonar su dulce melodía, la aguja saltaba monótona y reiterativa, como el hombre, sobre la etiqueta del disco que daba la orden: «Love Me Tender». Los amantes no parecían darse cuenta, parecían no darse cuenta de nada que no fueran los movimientos repetitivos en que estaban atrapados, ni siquiera se percataban de la presencia del otro mientras se golpeaban el uno contra el otro, golpeaban a los demonios para expulsarlos, golpeaban hasta hacer desaparecer la realidad, el mundo que los rodeaba, aquella ciudad, aquel día, aquellos minutos, aquella hora escasa. Pero la gota nunca alcanzó la ventana que los cubría. Las frías ráfagas de viento del noroeste la arrastraron hacia el este del río que dividía la ciudad en vertical, y al sur de la línea de ferrocarril clausurada que la cruzaba. Fue bajando hacia la zona de las fábricas, pasó la chimenea apagada de Estex y siguió hacia el este, hacia el edificio bajo de madera, rodeado por una valla, entre fábricas cerradas. La gota terminó su viaje aéreo impactando contra el cráneo brillante de un hombre delgado, descendió por su frente, se

detuvo un momento en sus cortas pestañas, luego se deslizó y bajó como una lágrima por una mejilla que nunca había notado lágrimas verdaderas.

Seyton no sintió que le daban. Ni una gota de lluvia cualquiera ni la bala del Sargento. Con las piernas abiertas sobre la plataforma del camión y la mano alzada, solo notó la vibración cuando las metralletas Gatling empezaron a funcionar, sintió cómo se trasplantaba desde las suelas de sus zapatos hasta las caderas, sintió que el sonido presionaba irregular sus tímpanos, pasando de un tableteo murmurado a un rugido y luego a un aullido continuo cuando los cañones lanzaron las balas cada vez más deprisa. A medida que las balas destrozaban el club, sintió el calor que despedían las dos máquinas. Porque eso eran, dos máquinas infernales con un cometido: devorar el metal con el que las alimentaban y volver a escupirlo como robots bulímicos, solo que más rápido que nada en el mundo.

Aún no eran muy conscientes del daño que habían causado allí dentro, pero empezó a hacerse visible de manera gradual cuando las ventanas y las puertas cayeron y parte de la pared sencillamente se desintegró. Una mujer apareció en el suelo, junto a la puerta. Le faltaba una parte de la cabeza pero su cuerpo seguía agitándose como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica. Seyton notó una erección. Seguramente se debía a la vibración de la plataforma.

Una de las metralletas dejó de disparar.

Seyton se volvió hacia quien la manejaba.

—¿Algún problema, Angus?

—¡El trabajo ya está hecho! —gritó Angus apartándose el flequillo rubio de la frente.

—Nadie parará hasta que yo lo diga.

—Pero...

—¿Entendido? —berreó Seyton.

Angus tragó saliva.

—¿Por Banquo?

—¡Eso fue lo que dije! ¡Por Banquo! ¡Ahora!

La metralleta de Angus volvió a disparar. Seyton vio que Angus tenía razón. El trabajo estaba hecho. Frente a ellos no había ni un decímetro cuadrado sin taladrar. Nada que no estuviera destrozado. Nada que no estuviera muerto.

Aun así, esperó un poco más. Cerró los ojos para sentirlo. Había llegado el momento de dejar que aquellas señoras descansaran.

—¡Alto! —gritó.

Las metralletas enmudecieron.

Del club arrasado se elevaba una especie de nube de polvo. Seyton cerró los ojos y olisqueó el aire. Una nube de almas.

—¿Qué pasa? —ceceó Olafson desde el final de la plataforma.

—Ahorrarnos munición —dijo Seyton—. Tenemos otro trabajo pendiente esta tarde.

—¡Estás sangrando, jefe! El brazo.

Seyton se miró la chaqueta, que se le había pegado al codo de donde manaba sangre por un agujero. Puso una mano sobre la herida.

—No pasa nada —dijo—. Todos listos con las armas de mano. Entremos y hagamos un recuento. El que encuentre a Sweno que me avise.

—¿Y si encontramos supervivientes? —preguntó Angus.

Alguien rio.

Seyton se enjugó una gota de lluvia de la mejilla.

—Repito que Macbeth dijo que ninguno de los asesinos de Banquo sobreviviría. ¿Te vale con esa respuesta, Angus?

Meredith estaba colgando las sábanas recién lavadas de la cuerda de la terraza, junto a la puerta de la calle. Le encantaba aquella casa, rural, sin pretensiones, cargada de tradiciones, modesta pero práctica. Cuando la gente se enteraba de que Duff y ella vivían en una granja en Fife suponían que era un lugar señorial, cuando ella les contaba lo sencilla que era su vida creían que era una manera de hacerse la interesante. Seguro que pensaban qué pintaba una mujer con un apellido como el suyo en una granja abandonada.

Había cambiado todas las sábanas para que Duff no creyera que solo lavaba las del lecho matrimonial. Donde dormirían juntos esta noche. Olvidarían lo malo, reprimirían las penas. Devolver a la vida lo que una vez tuvieron. Solo había permanecido dormido, solo dormido. Al pensarlo, notó una sensación cálida que se asentaba en su estómago. La hora de amor que habían compartido sobre la roca aquella mañana había sido tan maravillosa... Tanto como los primeros años. No, mejor. Tarareó una canción que debía de haber oído en la radio, no sabía cuál; tendió la última sábana y pasó la mano por el algodón mojado, aspiró su agradable aroma. El viento levantó la sábana, el sol se deslizó por su rostro y su vestido. Cálido, bueno, luminoso. Así tendría que ser la vida. Amar, trabajar, vivir. Para eso la habían educado, en esas cosas creía aún.

Oyó chillar a una gaviota y se llevó una mano a los ojos para protegerse del sol. ¿Qué hacía tan al interior, lejos del agua salada?

—¡Mamá!

La gran colada ocupaba varias filas, así que tuvo que girar, bailar camino de la

puerta.

—¿Sí, Ewan?

Su hijo estaba sentado junto a la ventana, con la barbilla apoyada en la mano mirando hacia fuera. Guiñaba los ojos hacia el sol del atardecer.

—¿No viene papá?

—Sí, claro que sí. ¿Cómo va la sopa, Emilie?

—Hace rato que está lista —dijo su hija removiéndola obediente la cacerola grande.

Sopa de carne y verduras. Un alimento tradicional, sencillo y nutritivo.

Ewan hizo una mueca.

—Dijo que vendría antes de cenar.

—Cuando llegue, lo cuelgas del cuello por incumplir su promesa —dijo su madre acariciándole el flequillo rubio.

—¿Hay que colgar a los que no cumplen sus promesas?

—A todos, del primero al último. —Meredith miró su reloj. Podía haberse retrasado mucho debido a los atascos que se formaban por la tarde porque solo estaba abierto el puente Viejo.

—¿Quién lo hará? —preguntó el chico.

—¿Quién hará qué?

—¿Quién va a colgar a los mentirosos? —Ewan tenía la mirada perdida, como si hablara consigo mismo.

—Los honestos, por supuesto.

Ewan se volvió hacia su madre.

—Pues entonces los que mienten son tontos, porque son muchos más que los honestos. Así que podrían ganar a los honestos y mejor colgarles a ellos.

—¡Escuchad! —dijo Emilie.

Meredith aguzó el oído y ella también lo percibió. El rumor lejano del motor de un coche que se acercaba.

El niño saltó del banco.

—¡Ya viene! Emilie, ¡vamos a escondernos y le daremos un susto!

—¡Sí!

Los niños desaparecieron camino del dormitorio mientras Meredith se acercaba a la ventana. Intentó tapar el sol. Sentía una inquietud inexplicable. Tal vez solo tuviera miedo de que el Duff que regresaba no fuera el mismo que se había marchado aquella mañana.

Duff puso el coche en punto muerto y se deslizó por los últimos metros del camino de grava que llevaba hasta la casa. La gravilla susurraba y mordisqueaba bajo las ruedas como si fuera un troll subterráneo. Había conducido como un loco al dejar a Caithness, había incumplido un principio al que había sido fiel hasta ahora: nunca hacer mal uso de la luz azul que llevaba en la guantera. Pero con ella en el techo al menos había podido adelantar la cola que llevaba al puente Viejo. El puente era tan estrecho que había tenido que armarse de paciencia mientras avanzaba a paso de tortuga. Frenó bruscamente y los seres escondidos bajo tierra callaron. Apagó el motor y se bajó. El sol brillaba sobre las sábanas blancas de la terraza que le daban la bienvenida a casa. Había hecho la colada. Había lavado todas las sábanas para que él no creyera que solo había cambiado la cama de matrimonio. A pesar de que acababa de hacer el amor, esa idea lo reconfortó. Había abandonado a Caithness. Caithness lo había abandonado a él. Se había quedado en la puerta, enjugado la última lágrima, le había dado un último beso de despedida y le había dicho que ahora le cerraba la puerta. Que eso se le daba bien, una vez que había tomado la decisión. Que tal vez algún día entraría otro por la puerta por la que ahora salía él. Duff respondió que esperaba que fuera así. Que ese otro sería un hombre afortunado. En la calle dio un saltito de alegría, felicidad, libertad recién adquirida. Sí, imagínate, libre. ¡Libre para estar con su esposa y sus hijos! La vida es rara. Y maravillosa.

Fue hacia la terraza.

—¡Ewan! ¡Emilie! —Cuando llegaba a casa, solían salir corriendo a recibirle. Aunque también a veces se escondían para darle un susto. Se deslizó entre las filas de sábanas—. ¡Ewan! ¡Emilie!

Se detuvo, escondiéndose entre las sábanas que proyectaban sombras alargadas que se movían por el suelo de la terraza. Aspiró el aroma del jabón y el agua dulce en que las habían lavado. También había otro olor. Sonrió. A sopa. Sonrió aún más pensando en la simpática discusión que tendrían cuando Ewan insistiera en pegarse la barba postiza antes de comerse la sopa. El silencio era absoluto. La emboscada podía producirse en cualquier momento.

En las sombras de las sábanas había pequeños lunares de sol.

Las miró fijamente.

Se miró. En su jersey y sus pantalones también había montones de pequeños lunares de sol. Sintió que el corazón le daba un vuelco. Pasó el índice por la sábana. Enseguida encontró un agujero. Otro. La respiración se le cortó.

Apartó la sábana que colgaba de la última cuerda.

La ventana de la cocina había desaparecido. Las paredes estaban tan taladradas que parecían más un agujero que una pared. Miró hacia donde había estado la ventana. La olla parecía un colador. El fogón y el suelo estaban cubiertos de sopa amarillenta y verdosa que aún humeaba.

Quería entrar. Tenía que hacerlo. Pero era incapaz, como si los zapatos se le hubieran quedado pegados al suelo de la terraza y su voluntad estuviera anulada.

«No hay nadie en la cocina», se dijo. Estaba vacía. Tal vez el resto de la casa también estuviera vacía. Destrozada, pero vacía. Tal vez hubieran podido llegar a la caseta de baño. Tal vez. Tal vez no estuviera todo perdido.

Se obligó a moverse, pasó por el hueco donde había estado la puerta. Entró en el cuarto de los niños. Primero en el de Emilie, luego en el de Ewan. Miró en los armarios destrozados a balazos y debajo de la cama. No había nadie. Tampoco en la habitación de invitados. Fue hacia la última habitación. El dormitorio de Meredith y el suyo, con la ancha y blanda cama de matrimonio donde en los buenos domingos había espacio para los cuatro, donde dejaban que se apoyaran en sus brazos, les hacían cosquillas en los pies desnudos hasta provocar risas escandalosas, se rascaban la espalda unos a otros, hablaban de cosas raras y de

cosas corrientes y se habían peleado de broma por quién debía levantarse el primero.

La puerta del dormitorio seguía en su sitio, pero tan agujereada a tiros como el resto de la casa. Duff respiró hondo.

Tal vez no todo estuviera perdido.

Puso la mano en el picaporte. Abrió.

Claro que sabía que estaba engañándose. Había perfeccionado la técnica, cuanto más practicaba el autoengaño, más fácil había sido ver las cosas como no eran. En los últimos días la venda se le había caído de los ojos, y ahora no podía hacer otra cosa que ver lo que tenía delante. Las plumas del colchón estaban por todas partes, como si hubiera nevado. Tal vez por eso reinaba una atmósfera muy pacífica. Parecía que Meredith hubiera intentado darles calor, allí sentada en el rincón, rodeando a Ewan y Emilie con los brazos. A su alrededor plumas rojas se adherían a la pared.

Duff tomó aire tembloroso. Dejó escapar un sollozo. Un solo sollozo herido y furibundo.

Todo se había perdido.

Absolutamente todo se había perdido.

Duff se detuvo en el quicio de la puerta. Vio la colcha de la cama. Sabía que no serviría de nada, que cuanto conseguiría abriéndose paso entre la capa de plumas sería contaminar la escena del crimen, puede que incluso destruir pistas técnicas. Pero debía cubrirlos. Arrojarlos una última vez, no podían estar sentados así. Dio un paso hacia el interior, pero se detuvo al oír algo.

Un grito.

Retrocedió de espaldas y salió al salón, hacia la ventana destruida que daba al sureste, al lago. Volvió a oír el mismo grito. Tan lejos que no podía ver quién gritaba, pero allí, por las tardes, el sonido llegaba muy lejos. La voz parecía enfadada. Había repetido la misma palabra, pero Duff no la distinguía. Tiró de lo que quedaba de un cajón de la cómoda, sacó los prismáticos, los orientó hacia la caseta de baño. Los prismáticos tenían un cristal taladrado, pero con el otro pudo ver a alguien de flequillo rubio que se dirigía hacia él a zancadas. A sus espaldas, delante de la caseta de baño, había un camión y sobre la plataforma un hombre al que reconoció. Seyton. Estaba entre lo que parecían dos enormes picadoras de carne sobre un pedestal. Duff recordó las palabras de Macbeth. «Quédate metido en la cama dos días por lo menos», «... una orden». Macbeth lo sabía. Sabía que Duff estaba a punto de desvelar que había asesinado a Duncan. Lennox. Lennox, menudo traidor. Ningún juez de Capitol acudiría a la ciudad al día siguiente.

Duff vio que Seyton movía los labios antes de que le llegara el sonido. La misma palabra iracunda:

—¡Angus!

Duff se apartó de la ventana para que el reflejo de las lentes de los prismáticos no le delataran. Tenía que largarse.

Cuando la noche cayó sobre la ciudad, la noticia de la masacre del club de los Norse Riders ya se conocía. A las nueve la mayor parte de la prensa, los canales de televisión y las emisoras de radio de la ciudad se habían reunido en la sala Scone. Macbeth estaba en un lateral escuchando cómo Lennox daba la bienvenida a los asistentes a la rueda de prensa.

—Les rogamos que no utilicen el flash hasta que el director de la policía haya terminado su intervención y que formulen sus preguntas levantando la mano y esperando a que les otorguen la palabra. Doy paso al orgulloso director de la policía de la ciudad, Macbeth.

Esa presentación y probablemente también los rumores sobre la victoria contra los Norse Riders en la pelea delante del club, hicieron que un par de los periodistas menos experimentados aplaudieran cuando Macbeth apareció en el estrado, pero sus aplausos solitarios enseguida cesaron ante las elocuentes miradas de sus colegas más veteranos.

Macbeth subió al estrado. No. «Tomó posesión» del estrado, o eso sintió. Resultaba extraño que aquello que había temido más que ninguna otra cosa, hablar frente a una multitud, ahora no solo le gustaba, sino que lo necesitaba. Carraspeó, echó una mirada a sus notas. Empezó:

—Hoy la policía ha llevado a cabo dos acciones armadas contra los responsables de los asesinatos de nuestros policías cometidos en días recientes. Entre ellos, el del director Duncan. También estaban detrás de la introducción en nuestra ciudad de la mayor partida de droga que se hubiera dado nunca. Me alegro de poder decir que la primera fue, teniendo en cuenta las circunstancias, un éxito rotundo. La banda criminal que se hacía llamar Norse Riders ha dejado de existir. —El silencio de la sala quedó roto por un «¡Bravo!» solitario—. Cuando digo «circunstancias» me refiero a que eran unos arrestos planificados

según las nuevas informaciones surgidas tras la liberación de unos cuantos miembros de la banda. Cuando los Norse Riders dispararon contra la Guardia Real, no tuvimos más remedio que responder con contundencia.

—¿Sweno está entre los fallecidos? —se oyó gritar desde el fondo de la sala.

—Sí —respondió Macbeth—. Es cierto que se encuentra entre los cadáveres que no ha sido posible identificar a causa de los severos daños sufridos, pero creo que todos reconoceréis esto. —Levantó un sable brillante. Varios vítores, esta vez pronunciados por algunos de los reporteros más experimentados, se unieron al espontáneo aplauso—. Con esto damos por terminada una época, afortunadamente.

—Corren rumores de que hay mujeres y niños entre los muertos.

—Sí y no —contestó Macbeth—. Mujeres adultas que han elegido libremente asociarse al club, sí. Varias de ellas tienen lo que llamaríamos antecedentes dudosos y ninguna hizo nada por impedir que los Norse Riders iniciaran el tiroteo. Lo de que haya niños es una auténtica estupidez, por supuesto, aquí no hay víctimas inocentes.

—Ha mencionado otra acción. ¿Cuál es?

—Tuvo lugar fuera de la ciudad, en Fife, a continuación de la primera, en un lugar relativamente desierto, así que no os habrá llegado la noticia, pero se llevó a cabo en el intento de detener a un policía que ahora sabemos que colaboraba con los Norse Riders desde hace tiempo. Es lamentable que haya un hombre así en nuestras filas, claro, pero eso también pone de manifiesto que el director Duncan no era infalible cuando dejó la sección Antidroga y más tarde la de Homicidios en manos del inspector Duff. Nosotros tampoco somos infalibles. Tuvimos en cuenta que se hallaba con su familia y creímos que él también lo tendría en cuenta y se entregaría sin causar más daños. Cuando llegamos al lugar y el jefe de la Guardia Real, el subinspector Seyton, se dirigió hacia la casa y rogó a Duff que saliera solo, que se entregara, Duff respondió disparando contra Seyton. —Macbeth señaló hacia Seyton con un movimiento de la cabeza. Estaba bajo la luz de la puerta, a la entrada de la sala para que todo el mundo pudiera

verlo a él y el cabestrillo blanco que le sujetaba el brazo—. Quiso el azar que no fuera un disparo mortal; por suerte el agente Seyton recibió ayuda médica inmediata, y hay bastantes probabilidades de que no sufra secuelas irreversibles. Sin conocer en aquel momento el alcance de sus lesiones, el agente Seyton encabezó el contraataque. Por desgracia, Duff, desesperado, optó cobardemente por utilizar a su propia familia como escudo, con el trágico resultado de que tuvieran que pagar con su vida, mientras que él se escabulló por detrás de la casa y desapareció en su coche. Está en busca y captura, la caza ha empezado. Les prometo aquí y ahora que encontraremos a Duff y que pagará por todo lo que ha hecho. Quiero también aprovechar esta oportunidad para anunciar que pronto podrán dirigirse al subinspector Seyton como inspector Seyton.

Esta vez fueron más los que se sumaron al aplauso. Cuando se acalló, se oyó un carraspeo y luego una voz cuyas erres rasgaban las cuerdas vocales.

—Todo eso está muy bien, señor Macbeth, pero ¿qué pasa con las pruebas... —dijo pronunciando la palabra «pruebas» despacio y con una dicción exageradamente clara, como si fuera un término extranjero difícil de pronunciar — contra los que habéis liquidado?

—En cuanto a los Norse Riders, tenemos testigos que los vieron disparar al coche de Banquo y huellas dactilares dentro y fuera del vehículo, también en la sangre del asiento de Banquo, que coinciden con el grupo sanguíneo de algunos de los que aparecieron muertos en el club después de la operación de esta noche. La policía Científica ha podido acreditar que han aparecido huellas dactilares en la parte interior del parabrisas en el lado del conductor pertenecientes a... — Macbeth hizo una pausa— el comisario Duff —añadió.

Un rumor recorrió la sala.

—Me gustaría agradecer la labor de la policía Científica. Duff llegó al lugar del crimen poco después de los hechos, algo sorprendente, ya que nadie de la sección de Homicidios había podido localizarlo cuando intentaron informarle de lo ocurrido. Es evidente que apareció con intención de borrar las huellas que había dejado y otros indicios que sabía que podrían encontrarse. Pero nuestros

expertos técnicos no permitieron que nadie, absolutamente nadie, se acercara al cadáver y pudiera destruir evidencias. Personalmente puedo añadir que la sospecha de que Duff colaboraba con los Norse Riders surgió ya con la batida en el muelle de los contenedores. En aquel momento tanto la sección Antidroga como nosotros en la Guardia Real habíamos recibido informaciones tan claras que Duff no podía hacer como si nada sin que despertara sospechas de que los protegía bajo su manto corrupto. Así que, con gran habilidad, Duff montó una acción condenada al fracaso, con pocos agentes de escasa experiencia procedentes de su propia sección, sin seguir el procedimiento habitual en estos casos, es decir, solicitar la ayuda de la Guardia Real. Afortunadamente llegaron a nuestros oídos noticias de la operación y nosotros, la Guardia Real, tomamos la iniciativa por cuenta propia. Creo que puedo decir, sin exagerar la importancia de nuestra intervención, que ese fue el principio del fin de los Norse Riders y del inspector Duff. Los Norse Riders y el inspector Duff cavaron su propia tumba cuando vengaron la pérdida del cargamento de droga y las vidas de cinco de sus miembros asesinando primero a Duncan y luego a Banquo y a su hijo. Por cierto que esta será la última vez que me refiera a Duff por su grado, que en nuestra policía se considera un honor desde la mayor graduación hasta la más baja. — Macbeth notó con sorpresa que la leve vibración de indignación de su voz era sincera, completamente sincera.

—¿Quiere decir, Macbeth, de verdad...?

—Levanten la mano antes de... —dijo Lennox, pero Macbeth alzó el brazo en un gesto apaciguador y asintió indicando a Kite que podía seguir. Estaba listo para ocuparse de ese jodido pleiteante respondón.

—¿De verdad está diciendo que la policía no merece crítica alguna por su actuación en estas misiones? En la misma tarde han acabado con la vida de siete personas a las que habían puesto en libertad unas horas antes, nueve miembros de la banda, la mayoría de ellos sin antecedentes, además de seis mujeres que, que sepamos, no tenían nada que ver con los presuntos delitos de los Norse Riders. Y ahora nos cuenta que además hay una familia de Fife que, sin duda

alguna, son víctimas inocentes. A pesar de eso ¿opina usted que no han cometido ni un solo error?

Macbeth observó a Kite. El reportero radiofónico tenía la calva lustrosa rodeada por una franja de cabello negro y un bigote que dibujaba una boca siempre triste alrededor de la suya propia. Siempre malas noticias. ¿Qué clase de destino le esperaba a un hombre así? Ordenó sus papeles. Escogió el folio cuyo contenido había esbozado y que Lady y más tarde Lennox habían pulido. Respiró hondo. Sabía que estaba en perfecto equilibrio. Perfectamente medicado. Que le habían proporcionado el saque perfecto.

—Tiene razón —dijo Macbeth mirando a los presentes—. Hemos cometido errores. —Esperó, esperó a que el silencio fuera absoluto, insoportable, a que les cortara la respiración, a que exigiera sonido. Miró sus apuntes. Tenía que insuflarle vida, que no sonara como si estuviera limitándose a citar el texto—. En una democracia —empezó— hay reglas de juego que hoy nos han llevado a liberar a miembros de la banda que estaban en prisión preventiva. Las hemos cumplido. —Asintió con la cabeza como si dijera amén a sus propias palabras—. En una democracia hay reglas según las cuales la policía puede y debe detener a los sospechosos cuando hay nuevas pruebas en un caso. Las hemos cumplido. —Otro asentimiento—. En una democracia hay reglas sobre cómo debe actuar la policía si un sospechoso se resiste a ser arrestado y si, como en este caso, dispara contra la policía. Y las hemos cumplido. —Podía haber continuado, pero estaban de acuerdo en que con tres «las hemos cumplido» era suficiente. Levantó el dedo índice y la mirada—. Eso es todo lo que hemos hecho. Hay quienes ya lo han calificado de heroicidad. Algunos la han considerado la acción policial más efectiva y ansiada en la historia del sufrimiento de esta ciudad. Y otros, un punto de inflexión en la lucha contra la delincuencia de nuestras ciudades que asola a nuestra juventud. —Vio que su manera de asentir con la cabeza se había ido contagiando a su público; incluso oyó que un par de ellos murmuraban «Sí»—. Pero como director de la policía, lo único que entiendo es que hemos hecho nuestro trabajo. Nada que no nos exijáis como los policías que somos. —Vio

arriba, en el entresuelo vacío, que Lennox estaba preparado junto al proyector de diapositivas mientras seguía el texto en su copia del manuscrito—. Pero debo confesar que me sienta bien poder decir «policías» esta noche —continuó Macbeth— y sentir que lo hago con orgullo. Porque, maldita sea, amigos, dejemos por un momento a un lado las prudentes expresiones del burócrata. El hecho es que esta noche hemos hecho limpieza general. Hemos pagado a Sweno y a su banda de asesinos con su propia moneda. Les hemos demostrado lo que espera a quien nos priva de nuestros mejores hombres... —Notó que se intensificaba la luz alrededor y supo que la foto de Duncan había aparecido en la pantalla que tenía a sus espaldas, y que pronto la cambiarían por otra de Banquo y Fleance de uniforme, bajo el manzano del jardín trasero de su casa—. Pero sí, hemos cometido errores. ¡Nos hemos equivocado al no hacer esta limpieza general antes! Antes de que fuera demasiado tarde para el comisario Banquo, que puso su vida entera al servicio de esta ciudad. Y para su hijo, el cadete de la Academia de Policía, Fleance, que deseaba hacer lo mismo. —Macbeth tuvo que respirar hondo para controlar el temblor de su voz—. Pero esta tarde hemos demostrado que ha llegado un nuevo día. Un nuevo día en que los criminales ya no podrán decidir. Un nuevo día en que los habitantes de esta ciudad se han levantado y han dicho «No, no, no vamos a consentirlo». Hoy es la tarde del primero de esos nuevos días. ¡Y en los que están por venir, seguiremos limpiando las calles de la ciudad, porque esta limpieza general no ha terminado!

Macbeth acabó, dio las gracias y se quedó de pie. De pie en la tormenta de aplausos que se desató, el arrastre de sillas cuando se levantaron, el aplauso que continuó sin perder intensidad. Sintió que se le humedecían los ojos ante la reacción sincera de los cínicos periodistas frente a una farsa. Y cuando al final Kite también se levantó para aplaudir, aunque a un ritmo algo más pausado, se preguntó si sería porque el tipo sabía lo que le convenía. Porque veía que Macbeth se había ganado su amor. Ganado el poder. Veía y oía que al nuevo director de la policía no le daba miedo utilizar ese poder.

Macbeth recorría a zancadas el pasillo trasero de la sala Scone.

Power. Lo sentía en las venas, la armonía continuaba. No tan perfecta como un rato antes, pues el desasosiego y la intranquilidad habían insinuado apenas su llegada, pero de momento tenía medicina más que suficiente. Y esta noche solo iba a disfrutar. Disfrutar de la comida y la bebida, de Lady, de las vistas de la ciudad, de cuanto le pertenecía.

—Buen discurso, director —dijo Seyton, que no parecía tener dificultad en caminar al ritmo de Macbeth.

Lennox llegó corriendo a su lado.

—¡Fantástico, Macbeth! —exclamó sin resuello—. Hay periodistas de Capitol que han venido expresamente a cubrir esto. Quieren una entrevista en profundidad y...

—Diremos que no —dijo Macbeth sin bajar el ritmo—. Nada de entrevistas triunfales, nada de laureles hasta que hayamos llegado a la meta. ¿Alguna novedad sobre Duff?

—Su coche ha aparecido en el centro, aparcado junto al Obelisco. Las carreteras de salida de la ciudad, el aeropuerto, los barcos de pasajeros, todo ha estado bajo vigilancia desde media hora después de que lo viéramos salir de Fife con su coche, en dirección a la ciudad, así que sabemos que todavía está allí, en algún lugar. Hemos inspeccionado la casa de Banquo y la de sus suegros y no está. Pero con este tiempo un hombre ha de tener un techo bajo el que protegerse cuando llega la noche. Por eso estamos registrando con lupa cada hotel, pensión, albergue y burdel. Todos, absolutamente todos, están buscando a Duff esta noche.

—Cazar está bien, capturar mejor.

—Y lo haremos, es cuestión de tiempo.

—Bien. ¿Nos dejas solos un momento?

—Sí, claro —dijo Lennox. Se detuvo y pronto se hizo pequeño a sus espaldas.

—¿Te preocupa algo, Seyton? ¿La herida de bala?

—No, director —contestó Seyton sacando el brazo del cabestrillo.

—¿No? El Sargento te dio en el brazo, ¿no es verdad?

—Cicatrizo excepcionalmente bien —repuso Seyton—. Me viene de familia.

—¿De verdad?

—¿Buena cicatrización?

—Familia. En ese caso lo que te preocupa es otra cosa.

—Dos cosas.

—Adelante.

—El bebé que encontramos e hicimos desaparecer del club después del tiroteo.

—¿Sí?

—No sé muy bien qué hacer con él. Lo tengo bajo llave en mi despacho.

—Me ocuparé de eso —dijo Macbeth—. ¿Qué más te preocupa?

—Angus, director.

—¿Qué le pasa?

—En Fife no obedeció las órdenes. Se negó a disparar y al final se marchó antes de que termináramos la misión. La tildó de carnicería, dijo que no se había enrolado voluntariamente en la Guardia Real para participar en algo así. Creo que nos arriesgamos a que hable. Tenemos que hacer algo.

Se detuvieron frente al ascensor.

Macbeth se frotó la barbilla.

—¿Crees que Angus ha perdido la fe? En ese caso no sería la primera vez. ¿Te ha contado que estudió teología?

—No, pero eso se huele. Va por ahí con una fea y asquerosa cruz cristiana al cuello.

—Ahora tú eres el jefe de la Guardia Real, Seyton. En tu opinión, ¿qué debemos hacer?

—Tenemos que deshacernos de él, director.

—¿Muerte?

—Tú mismo has dicho que estamos en guerra. En la guerra, a los traidores y

los cobardes se los castiga con la muerte. Será como con Duff, correremos la voz de que es un corrupto y haremos que parezca que se resistió durante el arresto.

—Deja que lo piense. Ahora mismo estamos en el punto de mira de la ciudad, necesitamos dar a entender que en el cuerpo policial todos estamos acuerdo, en armonía. Cawdor, Malcolm, Duff y ahora Angus. Empiezan a ser demasiados. La gente prefiere a los criminales muertos antes que a policías traidores. ¿Dónde está?

—Está solo abajo, en las dependencias de la Guardia, afligido. No habla con nadie.

—Vale. Deja que hable con él antes de actuar.

Macbeth dio con Angus en el cuarto de estar. Con la cabeza entre las manos, apenas reaccionó cuando Macbeth dejó una gran caja de zapatos sobre la mesa y se sentó frente a él.

—Me he enterado de lo que pasó. ¿Cómo vas?

No obtuvo respuesta.

—Eres un chico de principios firmes, Angus. Es una de las cosas que más me gustan de ti. Esos principios te importan mucho, ¿verdad?

Angus levantó la cabeza, miró a Macbeth con los ojos inyectados en sangre.

—Los veo arder en tu mirada ahora mismo —dijo Macbeth—. La indignación del justo quema tu corazón, ¿o no? Hace que te sientas como la persona que te gustaría ser. Pero cuando la hermandad te exige un auténtico sacrificio, a veces es justo eso lo que te pide, Angus. Tus principios. Que renuncies a la agradable calidez de tener la conciencia tranquila, que te despierten las mismas pesadillas que al resto de nosotros, que renuncies a lo que más te importa, igual que el que fuera tu Dios le exigió a Abraham que le entregara a su hijo.

Angus se aclaró la voz, pero seguía afónico.

—Puedo dar, pero ¿para qué?

—Por la meta a largo plazo. Por el bien común. Por la ciudad, Angus.

Angus sollozó.

—¿Puedes explicarme cómo puede asesinarse a inocentes por el bien de la comunidad?

—Hace veinticinco años un presidente americano dejó caer la bomba atómica sobre dos ciudades japonesas habitadas por niños, civiles e inocentes. Eso detuvo una guerra. Esas son las paradojas con que Dios nos tortura.

—Es fácil decirlo, tú no estabas allí.

—Sé lo que cuesta, Angus. Hace poco le corté la cabeza a un inocente con mis propias manos por el interés común. Eso no quiere decir que duerma tranquilo por las noches. La duda, la vergüenza, la culpa son parte del precio que debemos pagar si de verdad queremos hacer algo bueno y no solo reconfortarnos en la cálida complacencia de nuestra segura moral.

—Dios no existe y yo no soy ningún presidente.

—Es verdad —dijo Macbeth abriendo la caja de zapatos—. Pero como yo soy las dos cosas en esta casa, con esto te ofrezco la oportunidad de rectificar tu error de Fife.

Angus miró dentro de la caja.

—Vas a llevártelo y quemarlo en el horno de Estex esta misma noche —dijo Macbeth.

Angus tragó saliva, pálido como la muerte.

—E... es el bebé del club...

—Los soldados de la avanzadilla, es decir, tú y yo, comprendemos que en una guerra se pierden vidas inocentes, pero eso no lo saben los que están en sus casas, aquellos por los que luchamos. Debemos ocultárselo para que no se pongan histéricos. ¿Tú te pones histérico, Angus?

—Yo...

—Escucha. Dándote esta misión estoy demostrándote mi confianza. Puedes ir a Estex o puedes utilizarlo para denunciar a tus hermanos de la Guardia Real. Aun así, lo hago. Porque necesito saber que puedo confiar en ti.

Angus negó con la cabeza y soltó un sollozo.

—¡Necesitas que sea tu cómplice para saber que puedes confiar en mí!

Macbeth sacudió la cabeza.

—Ya eres mi cómplice. Solo necesito saber que tienes la fortaleza suficiente para aceptar la culpa y cargarla sobre tus hombros sin que los que están en sus casas sepan el precio que pagamos por protegerles. Solo entonces sabré si eres un hombre de verdad, Angus.

—Haces que parezca que las víctimas somos nosotros, y no este niño. ¡No puedo! ¡Pégame un tiro!

Macbeth miró a Angus. No estaba enfadado. Tal vez porque le gustaba Angus, tal vez porque sabía que Angus no podía hacerles daño. Pero, sobre todo, porque le daba pena. Macbeth puso la tapa a la caja de zapatos y se levantó.

—E... espera —dijo Angus—. ¿Cómo piensas castigarme?

—Oh, tú mismo te castigarás —repuso Macbeth—. Lee lo que reza nuestro escudo. No será el grito de este niño lo que oirás cuando despiertes sudando con pesadillas, serán esas palabras: «¡Fidelidad, hermandad, bautizados en el fuego, unidos por la sangre!». —Cogió la caja de zapatos y se marchó.

Todavía faltaba más de una hora para la medianoche cuando Macbeth abrió la puerta de la suite.

Lady estaba junto a la ventana, de espaldas. La habitación se hallaba apenas iluminada por una vela solitaria y ella iba en camisón. Dejó la caja de zapatos en la consola del espejo, se aproximó a Lady y le besó en el cuello.

—La luz se fue cuando he llegado —dijo Macbeth—. Jack ha ido a comprobar los plomos. Espero que ninguno de los clientes aproveche para salir corriendo con la banca.

—Se ha ido la luz en media ciudad —dijo ella reclinando la cabeza atrás, sobre el hombro de él—. Acabo de verlo desde aquí, ahora mismo. ¿Qué llevas en esa caja de zapatos?

—¿Qué puede haber en una caja de zapatos?

—En tal caso llevas los zapatos como si fueran una bomba.

En ese mismo instante un gran rayo cruzó la ciudad, como una vena blanca y

luminosa en el cielo; la vieron en un destello. Luego la ciudad volvió a quedarse a oscuras y les llegó el estrépito de un trueno.

—¿No es hermosa? —le preguntó inhalando el aroma de su cabello.

—Pero si no sé lo que es.

—Me refiero a la ciudad. Y más hermosa será ahora que Duff no está en ella.

—Seguirá teniendo un alcalde que la afea. ¿No quieres decirme qué hay en la caja? —Su voz sonaba empañada, como si acabara de despertarse.

—Solo es una cosa que hay que quemar, le pediré a Jack que lo lleve a los hornos de Estex mañana.

—Yo también quiero que me quemen, mi amor.

Macbeth se quedó petrificado. ¿Qué estaba diciendo? ¿Acaso caminaba en sueños? Pero los sonámbulos no hablaban, ¿no?

—¿Todavía no habéis dado con Duff? —preguntó ella.

—Todavía no, pero están buscándolo por todas partes.

—Pobre hombre, ha perdido a sus hijos y ahora está solo ahí fuera.

—Alguien lo ayuda, si no le habríamos encontrado. No confío en Lennox.

—¿Porque sabes que está al servicio de Hekate y su poción?

—Porque Lennox es básicamente débil. Puede que se haya vuelto dócil y conspirador, como le pasó a Banquo. Tal vez esté escondiendo a Duff. Debería arrestarlo. Seyton me dice que con Kenneth solían dar a los arrestados unas breves descargas eléctricas en los genitales cuando no hablaban. Y luego una última para que dejaran de hablar.

—No.

—¿No?

—No. Otro arresto en tu grupo de mando daría mala imagen. De momento parece que te has librado de dos manzanas podridas con Duff y Malcolm. Con tres empezará a parecer una purga. Las purgas no solo despiertan curiosidad por los depurados, sino también por los líderes, y no nos interesa nada darle a Tourtell motivos para dudar acerca de tu nombramiento. Por lo que se refiere a descargas eléctricas, de momento no hay corriente en tu parte de la ciudad.

—Entonces ¿qué hago?

—Despertar al electricista y pedirle que lo arregle.

—Esta noche estás difícil, querida. Esta noche, cuando deberías darme lo que te pidiera, aclamarme como a un héroe.

—Y tú a mí como a una heroína, Macbeth. ¿Habéis buscado en casa de Caithness?

—¿Caithness? ¿Qué te hace pensar en ella?

—Aquella noche, durante la fiesta, cuando Duff iba a pasar la noche en casa de un primo...

—Sí, lo mencionó.

—¿No te llamó la atención que el chico del orfanato tuviera familia en la ciudad?

—No todos los primos pueden asumir... —Macbeth frunció el ceño, allí, de pie tras ella—. Quieres decir que Duff y Caithness...

—Querido Macbeth, mi héroe, eres y seguirás siendo un hombre ingenuo sin el ojo de una mujer para detectar cómo se miran dos enamorados en secreto.

Macbeth pestañeó en la oscuridad. Rodeó su pecho con los brazos, cerró los ojos y la atrajo hacia sí. ¿Qué haría sin ella?

—Solo lo detecto cuando tú y yo nos ponemos delante del espejo —le susurró al oído—. Gracias, amada. Ahora vete a dormir, solo voy a avisar a Lennox para que vayan a casa de Caithness inmediatamente.

—Ha vuelto —dijo ella.

—¿El qué?

—La luz. Mira. Nuestra ciudad vuelve a brillar.

Macbeth abrió los ojos, contempló su rostro iluminado. Les miró a los dos. Estaban teñidos del rojo del anuncio de Bacardi del edificio del otro lado de la calle Nøisomhed.

—¿Lennox? —Caithness, de pie en la puerta del apartamento abuhardillado,

cruzada de brazos, ya estaba tan helada que le castañeteaban los dientes—. ¿Subinspector Seyton?

—Inspector Seyton —dijo el hombre delgado, y la empujó a un lado para entrar.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Lo siento, Caithness —dijo Lennox—. Órdenes. ¿Está Duff aquí?

—¿Duff? ¿Por qué demonios iba a estar aquí?

—¿Por qué demonios ibas tú a contestar que sí? —terció Seyton, dirigiendo a los cuatro hombres vestidos con el uniforme de la Guardia Real y armados con metralletas hacia las cuatro habitaciones del piso—. Si está aquí será porque lo escondes, sabes bien que está en busca y captura.

—Buscad donde queráis —dijo ella.

—Muchas gracias por darnos permiso —ironizó Seyton.

La observó de tal manera que ella deseó llevar puesto algo más que el fino camión. Luego sonrió. Caithness sintió un escalofrío. La boca de Seyton dibujó una línea que se elevaba de repente en las comisuras de los labios, bajo los ojos un poco oblicuos, como de serpiente.

—Estás intentando entretenernos, ¿verdad? —dijo él.

—¿Entretener? —dijo esperando que su voz no dejara traslucir el miedo que sentía.

—¿Señor? —Era uno de los hombres—. Aquí hay una puerta que lleva a la escalera de un desván.

—Ah, ¿sí? —repuso Seyton con voz monótona, sin apartar la mirada de Caithness—. Interesante. Así que, desde que llamamos al timbre abajo hasta que llegamos arriba has dejado escapar al gato por la escalera del desván. ¿No?

—En absoluto —contestó ella.

—¿Conoces el incremento de la pena que supone mentir a la policía además de ocultar a alguien que está en busca y captura?

—No miento, subinspector Seyton.

—Inspec... —Se contuvo, recuperó la sonrisa—. Te las estás viendo con la

Guardia Real, señorita Caithness; sabemos hacer nuestro trabajo. Como, por ejemplo, estudiar los planos de un edificio antes de iniciar la acción. —Se llevó la radio a la boca—. Alfa a Charlie. ¿Algún indicio de Duff junto a la puerta del desván? Paso.

El breve zumbido al apretar el botón del transmisor le hizo pensar en olas en una playa, en un lugar muy lejos de allí.

—Todavía no, Alfa —respondió alguien—. Hay bastantes buenas condiciones para un arresto controlado, ¿puede confirmarnos que hay que disparar al objetivo en cuanto lo observemos, suceda lo que suceda? Paso.

Caithness vio que la mirada de Seyton se endurecía, su voz se hacía más cortante.

—Duff es extremadamente peligroso y ya ha liquidado a suficientes policías, la orden procede del director de la policía en persona y hay que cumplirla al detalle.

—Entendido. Corto y cambio.

Los cuatro hombres volvieron al salón.

—No está aquí, jefe.

—¿Nada?

—Encontré esto junto a la puerta del dormitorio. —Uno de ellos sostenía la raqueta de tenis y las joyas.

Seyton tomó la raqueta y se inclinó sobre la mano que sostenía las joyas. A Caithness le dio la sensación de que las olisqueaba. Luego se volvió hacia ella sobando el mango de la raqueta con gesto obsceno.

—Una raqueta muy grande para una mano pequeña como la tuya, señorita Caithness—. ¿Acostumbras tirar tus pendientes al suelo?

Caithness se enderezó. Respiró hondo.

—Creo que es una mala costumbre muy humana, subinspector. Echar perlas a los cerdos. Pero, con el tiempo, se aprende, o eso espero. Si ya habéis acabado de buscar y habéis ejecutado al gato de la escalera del desván, me gustaría seguir durmiendo. Buenas noches, caballeros.

La mirada de Seyton se veló y su boca se abrió, pero calló cuando Lennox le puso la mano en el hombro.

—Sentimos la molestia, Caithness. Pero como colega nuestra entenderás que en este caso debemos mirar debajo de todas las piedras.

Lennox y los hombres se dirigieron a la puerta, pero Seyton se quedó donde estaba.

—A pesar de que no siempre nos guste la mierda que encontramos debajo — dijo—. ¿Así que nunca llegó a comprarte una alianza de boda?

—¿Qué quieres, Seyton?

Este esbozó su repugnante sonrisa.

—Sí. ¿Qué quiere uno en realidad?

Se dio la vuelta y se marchó.

Cerró tras ellos y se apoyó contra la puerta. ¿Dónde estaba Duff? ¿Dónde estaba aquella noche? ¿Y qué le deseaba? ¿El infierno en el que seguro se hallaba, o la redención que no merecía?

Lennox miró a través del agua de lluvia que corría por el parabrisas. La luz roja del semáforo nadaba y oscilaba distorsionada. Dios mío, cómo deseaba que pasaran aquellas horas, aquella guardia, aquella noche. Por Dios, cómo deseaba sentarse en el salón, servirse una copa de whisky y meterse un chute de poción. No es que estuviera enganchado, al menos no tanto como para que fuera un problema. Era un usuario, no un adicto, era él quien controlaba la situación, no la droga. Uno de los pocos afortunados que podían consumir drogas y, aun así, rendir en un trabajo exigente además de ser padre y marido. Sí, en realidad la droga lo ayudaba a funcionar. Sin esos ratos de evasión no estaba seguro de ser capaz de lograrlo. Mantener el equilibrio. Mantener los dientes apretados para no dar un paso en falso. Ceder cuando era necesario, comer mierda sin perder la sonrisa, permanecer quieto, entender quién decidía qué y cuándo, dejarse llevar por el viento. Pero un día llegaría su turno de decidir y ordenar. Y si no, había cosas más importantes. La familia. Al fin y al cabo lo hacía por ellos. Para que

Sheila y él pudieran tener una casa grande en un barrio seguro en la zona oeste, mandar a sus tres estupendos hijos a un buen colegio con sólidos valores, tomarse unas merecidas vacaciones junto al Mediterráneo una vez al año, tener cubierto el seguro médico, el dentista, todo eso. Dios mío, cómo quería a su familia. A veces dejaba a un lado el periódico que estaba leyendo y se limitaba a observarlos, sentados a su alrededor en el salón, cada uno entretenido con lo suyo, y entonces pensaba que aquel era un regalo que nunca creyó que merecería. El amor de otros. Él, a quien habían llamado Albert Albino y pegado los recreos, hasta que le dieron un certificado médico de que no soportaba la luz diurna y le permitieron quedarse solo en el aula y no salir al patio. Había sido pálido, enclenque y bajito, pero tenía la boca muy grande. Así había conseguido a Sheila. Él hablaba en voz alta y por los dos. Y más aún la primera vez que probó la cocaína. Esa droga lo convertía en una versión mejorada de sí mismo, enérgico, siempre al quite, sin miedo. Al menos una temporada, hasta que la necesitó para no transformarse en una versión peor de sí mismo. Después cambió de droga, con la esperanza de que existiera otro camino que no fuera el callejón sin salida de la cocaína. Como máximo, un chute al día. Había gente que necesitaba cinco. Los que no funcionaban. Él estaba muy lejos de esa vida. Su padre se equivocaba, tenía valor. Tenía el control.

—¿Lo tienes controlado?

Lennox dio un respingo.

—¿Perdón?

—Tu lista —dijo Seyton desde el asiento trasero—. ¿Tienes controlado lo que queda?

Lennox bostezó.

—La jefatura. Esa es la última parada.

—La jefatura es grande.

—Sí, pero según el conserje Duff solo tiene tres llaves. Una de la sección Antidroga y una de Homicidios.

—¿Y la tercera?

—El garaje de la Científica. Pero dudo de que opte por coger una pulmonía en ese sótano si puede esconderse debajo de una mesa en una oficina calentita y seca.

La radio policial silbó y una voz nasal les informó de que habían comprobado todas las habitaciones del Obelisco, incluida la suite del ático, sin resultado.

El conserje los esperaba con su gran mazo de llaves ante la entrada del personal de la jefatura. A Lennox, Seyton y los ocho agentes les llevó menos de veinte minutos registrar las instalaciones de la sección Antidroga. Menos todavía buscar en las de Homicidios. Incluso mirando detrás de los paneles del techo y los canales del sistema de ventilación.

—Eso ha sido todo —bostezó Lennox—. Vale por hoy, amigos. Dormid unas horas, mañana seguimos.

—El garaje —dijo Seyton.

—Como ya he dicho...

—El garaje.

Lennox se encogió de hombros.

—Tienes razón, no se tarda nada. Chicos, marchaos a casa. Seyton, Olafson y yo comprobaremos el garaje.

Los tres bajaron en el ascensor a la planta baja, acompañados por el conserje, que les abrió la puerta y encendió la luz.

En el silencio que hubo mientras la electricidad trabajaba para que los fosfatos de los tubos de neón se fluorizaran, Lennox oyó algo.

—¿Lo habéis oído? —susurró.

—No —dijo el conserje—. Pero si hay algo, son ratas.

Lennox dudó. No había sido un roce ni un correteo de patas, sino un rechinar. Como el que harían un par de zapatos.

—Es una plaga —susurró el conserje—. No nos deshacemos de ellas, aquí abajo resulta imposible.

La gran sala del sótano estaba iluminada. Se hallaba vacía, salvo por un

carrito con varias herramientas y el Volvo PV de Banquo, cubierto por una lona delante del portón del garaje.

En la pared se sucedían cinco puertas cerradas.

—Si quieres deshacerte de ratas —dijo Seyton quitando el seguro de la metralleta—, no tienes más que hablar conmigo. Olafson, empezaremos por la izquierda.

Lennox siguió con la mirada al hombre calvo que de forma sorprendentemente ágil y rápida entraba en el local con Olafson pisándole los talones. Abrieron una puerta detrás de otra como en una coreografía precisa, muy ensayada. Seyton abría, Olafson entraba con la metralleta al hombro y se dejaba caer de rodillas mientras Seyton le seguía y pasaba junto a él. Lennox empezó la cuenta atrás. La verdad es que notaba que el pico empezaba a correr un poco deprisa. Ahí, por fin, la última habitación. Seyton tiró del picaporte.

—¡Cerrada! —gritó.

—Ah, sí. Siempre dejamos cerrado el cuarto oscuro —dijo el conserje—. Las fotos se consideran pruebas. Duff no tenía la llave. Al menos yo no se la he dado.

—Entonces nos vamos —dijo Lennox.

Seyton y Olafson venían hacia ellos con los cañones cortos de las metralletas bajados mientras el conserje les sujetaba la puerta.

Por fin.

Pero Seyton alargó la mano hacia el conserje.

—La llave.

—¿Qué?

—Del cuarto oscuro.

El hombre dudó, miró a Lennox, quien suspiró y asintió. El conserje desprendió una llave del manajo y se la dio a Seyton.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el conserje cuando vieron a Seyton y a Olafson pasar despacio junto al Volvo de camino al cuarto oscuro.

—Su trabajo —gruñó Lennox.

—Digo eso que hace con la nariz. Parece como si estuviera olisqueando, como un animal, ¿no?

Lennox asintió, pensando que al menos no era al único al que le parecía que Seyton podía adquirir la forma de un... no sabía muy bien de qué. Pero de algo que no era humano, seguro.

Seyton ya lo reconocía por el olor. Idéntico al de la casa de Fife y al del apartamento de Caithness. O estaba allí, o hacía poco que había estado. Seyton abrió con la llave. Olafson entró y se hincó de rodillas. Cuando el conserje le había dado al interruptor junto a la puerta, las luces del garaje y las habitaciones laterales se habían encendido, pero allí dentro seguía estando a oscuras. Claro. Era un cuarto oscuro.

Seyton entró. El hedor a productos químicos anulaba el olor de la presa, de Duff. Encontró el interruptor junto a la puerta; lo giró, pero seguía a oscuras. Quizá hubieran saltado los plomos cuando se fue la luz, claro. O alguien había desenroscado un poco la bombilla. Seyton encendió la linterna. La pared de encima de la mesa estaba cubierta de grandes fotos que se secaban colgadas de una cuerda. Seyton las recorrió con el haz de linterna. Mostraban una daga con la hoja y el mango ensangrentados. Duff había estado allí. Seyton estaba completamente seguro.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —dijo Lennox.

Aquel albino pequeño y pusilánime quería irse a casa. Sudaba, bostezaba, jodida mujerzuela.

—¡Voy! —gritó Seyton y apagó la linterna—. Vamos, Olafson.

Seyton cedió el paso a Olafson, cerró la puerta tras él con fuerza y se quedó dentro. Escuchó en la oscuridad. Hasta que Duff pensara que el peligro había pasado y se relajara. Seyton alzó la metralleta hacia las fotos. Apretó el gatillo. El arma vibraba entre sus manos, el ruido estallaba en sus tímpanos. Dejó que las balas dibujaran una cruz. Volvió a encender la linterna, se aproximó a las fotos agujereadas y las apartó.

Miró los impactos de bala en la pared de cemento.

Ni rastro de Duff.

Los estallidos de las balas todavía resonaban en sus oídos. Se dio cuenta de que uno de los agujeros era más profundo, tenía que haber sido una casualidad que dos balas impactaran exactamente en el mismo lugar.

Por supuesto.

Seyton se reunió con los demás.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lennox.

—No me gustaban las fotos —dijo Seyton—. Se nos ha olvidado un sitio.

—Sí —gimió Lennox—. ¡Nuestra propia cama!

—Duff está pensando como lo hacían durante los ataques aéreos en la guerra: se esconde en el cráter de las bombas porque cree que es imposible que caigan dos bombas en el mismo sitio.

—Qué dem...

—Ha vuelto a la casa de Fife. ¡Vamos!

La rata salió corriendo de su escondrijo cuando apagaron la luz del garaje, había oído cómo se cerraba la puerta y las voces que se alejaban. Atravesó el suelo de cemento húmedo camino del coche que estaba en el centro. Le atraía el asiento del conductor empapado de sangre, dulce, nutritiva y del día anterior. Solo tenía que atravesar la lona que tapaba el vehículo. Ya casi lo había conseguido cuando se había visto interrumpida por aquellos hombres. Pero ahora royó el resto y se coló dentro. Correteó por el suelo del lado del copiloto, por encima del cambio de marchas hacia la esterilla de goma bajo el asiento del conductor. Por encima de un par de grandes zapatos de cuero. Dio un saltó cuando uno de los zapatos crujió y se levantó. La rata se alzó sobre las patas traseras y bufó. El delicioso y ensangrentado asiento del conductor estaba ocupado.

Duff oyó el roce de la rata que desaparecía. Luego soltó el volante al que estaba aferrado y sintió que el corazón ya no le atronaba el pecho, solo le latía. Había

batido con tanta fuerza cuando Seyton y su gente habían estado en el garaje que creyó que iban a oírlo. Miró el reloj. Todavía faltaban cinco horas para el amanecer. Intentó moverse pero tenía el pantalón pegado a la sangre del asiento. La sangre de Banquo. Le dejaba pegado a aquel lugar. Tenía que irse. Seguir.

—Pero ¿adónde? ¿Y cómo?

Al huir, había pensado que sería más fácil conducir hasta la ciudad y perderse entre la multitud, que esconderse por los caminos, las carreteras, las autopistas. Había dejado el coche en una calle no muy lejos del Obelisco y entrado en el casino, que era el único sitio, aparte del Inverness, que sabía que estaría abierto toda la noche. No podía pedir una habitación, claro, sería lo primero que Macbeth comprobaría, los lugares de la ciudad en los que se podía pernoctar. Pero podía quedarse sentado en medio de la gran franja de máquinas tragaperras, tan solitario y en paz como la persona de la máquina vecina, alimentarla con monedas, dejar que le robaran poco a poco. Eso fue lo que hizo mientras pensaba, intentaba pensar cómo huir, y observaba las escasas probabilidades que giraban ante él en las tres ventanitas. Un corazón. Una daga. Una corona de rey. Horas después fue al bar a pedir una cerveza a ver si le ayudaba a pensar y miró el televisor al que le habían quitado el volumen y que colgaba sobre la cabeza del barman. Transmitían la rueda de prensa de la jefatura. Un rostro familiar ocupó de pronto la pantalla, una cicatriz blanca lo atravesaba como la raya diagonal de una señal de prohibido. Era un primer plano de él mismo, con el rótulo de SE BUSCA impreso encima. Duff se había marchado inmediatamente con las solapas alzadas levantado y la cabeza gacha. El frío aire nocturno le había aclarado la mente lo suficiente como para caer en la cuenta de que el mejor lugar para pasar la noche era su antiguo nido de amor, el garaje.

Pronto amanecería, sería viernes, un día laborable, tenía que salir antes de que la gente llegara al trabajo y, allí fuera, los expositores de los quioscos de prensa estuvieran decorados con su cara.

Se metió la mano en la chaqueta. Notó el papel satinado con la yema de los

dedos. Sacó el paquete. No pudo evitar imaginar la cara de Ewan al ver que le habían regalado lo que había pedido. Duff oyó su propio sollozo incontrolado. ¡Basta! ¡Ahora no debía, no podía pensar en ellos! El duelo sería un lujo que se permitiría si sobrevivía.

Encendió la luz del habitáculo del coche, se enjugó las lágrimas, arrancó el papel, sacó la barba, abrió el tubo de pegamento y lo presionó para que saliera el líquido transparente con el que se untó la barbilla, el contorno de los labios y el interior de la barba postiza. Se miró en el retrovisor para pegársela. Se caló la estrecha gorra de lana de manera que la parte superior de la cicatriz quedó tapada. Luego se puso las gafas. La montura de un ancho ridículo cubría la cicatriz en la mejilla y la nariz. Vio que tenía pegamento en la mejilla, por encima de la barba. Buscó en vano algo en sus bolsillos para secarlo, pero entonces abrió la guantera, encontró un cuaderno y lo sacó para arrancar la primera página. Se detuvo. A la luz vio surcos en el papel. Alguien había escrito hacía poco en la hoja de encima de aquella. ¿Y qué? Duff arrancó la hoja y se limpió el pegamento de la mejilla. Luego la arrugó y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Devolvió el cuaderno a la guantera.

Bueno.

Se reclinó en el asiento. Cerró los ojos.

Cinco horas. ¿Por qué se había puesto la barba tan pronto? Ya le picaba.

Se puso a pensar otra vez. Se esforzó por mantener sus pensamientos lejos de Fife. Tenía que encontrar un lugar donde esconderse. En la ciudad, todos los caminos estarían vigilados. Además, no tenía ningún sitio para ocultarse que no fuera la ciudad o Fife, ninguno donde pasar las noches que no estuviera ya localizado, nadie que viviera fuera que se hallara dispuesto a esconder a un asesino de policías en busca y captura. Entonces cayó en la cuenta. No conocía a nadie que pudiera ayudarle, ni allí ni en ningún otro sitio. Era una persona con la que la gente se relacionaba sin problemas, no es que les disgustara. Pero tampoco les gustaba. ¿Y por qué iban a apreciarle? ¿Qué había hecho él nunca por otros si no le convenía a él también? Tenía alianzas, no amistades. Ahora,

cuando Duff de verdad necesitaba ayuda, un amigo, alguien que le abriera su corazón, era un hombre sin crédito, un proyecto fallido. Observó su propia imagen patética, cubierta de pelo tieso. El zorro. Los cazadores estaban acechándolo, el nuevo perro guardián de Macbeth, Seyton, le pegaba dentelladas en los talones. Tenía que huir. ¿Dónde podía el zorro encontrar una salida?

Cinco horas para el amanecer. Para el viernes. Para el cumpleaños de...

¡No! ¡Nada de llorar! ¡Sobrevivir! Un hombre muerto no puede vengar a nadie.

Tenía que mantenerse despierto hasta que amaneciera para buscarse otro refugio. Tal vez una de las fábricas clausuradas. No, ya lo había pensado antes y lo había descartado, Macbeth sabía tan bien como él mismo dónde pensaría en esconderse. Mierda, había empezado a pensar de formar circular, pasaba por encima de sus propias huellas, como hace la gente que se ha perdido.

Estaba muy cansado, pero tenía que permanecer despierto hasta que llegara la luz. Ewan nunca cumplió diez años. ¡Mierda! Intentó pensar en algo que lo distrajera. Leyó todos los instrumentos del salpicadero. Sacó la hoja del bolsillo, deshizo los pliegues, la alisó. Intentó leer. Rebuscó en la guantera hasta dar con un lápiz. Lo puso de lado sobre el papel y lo pasó por encima de los surcos para que el carbono las rodeara. Lo que había estado escrito en la hoja, la que habían arrancado, apareció, blanco sobre negro: «Dolphin. Calle Garveri, 66. Distrito 6. Alfie. Puerto seguro».

Una dirección. Existía una calle Garveri en la ciudad, pero ningún Distrito 6. Solo había otra urbe dividida en distritos: Capitol. ¿Cuándo podían haber escrito la nota? No tenía ni idea de cuánto tiempo pasaba antes de que desapareciera la huella de un lápiz. ¿Y qué quería decir «puerto seguro»?

Duff apagó la luz y cerró los ojos. Tal vez podría dormir solo un poco.

Capitol. Viernes. Había visto esa combinación en algún lugar, hacía poco.

Duff estaba a punto de dejarse llevar por un sueño con asociaciones a esas dos palabras, cuando dio un respingo en el asiento.

Volvió a encender la luz.

—Meredith y yo vamos a casarnos —anunció Duff. Parecía que llevara un sol en su interior que resplandecía a través de sus ojos.

—¿De veras? Eso ha sido... bueno... rápido.

—¡Sí! ¿Quieres ser mi padrino, Macbeth?

—¿Yo?

—¡Por supuesto! ¿Quién si no?

—Eh... ¿Cuándo...?

—El seis de julio. En la casa de campo de los padres de Meredith. Todo está listo, las invitaciones han salido hoy.

—Es muy amable por tu parte preguntarme, Duff. Lo pensaré.

—¿Pensar?

—En julio he... planificado un viaje bastante largo. Es un mes complicado, Duff.

—¿Un viaje? No me habías dicho nada.

—No, quizá no.

—Pero también es verdad que hace mucho que no hablamos. ¿Dónde te has metido últimamente? Meredith me ha preguntado por ti.

—Ah, ¿sí? Aquí y allí, he estado algo ocupado.

—¿Y adónde vas de viaje?

—A Capitol.

—¿Capitol?

—Sí, yo... bueno, nunca he estado. Es hora de ver la capital, ¿no crees? Dicen

que es mucho más bonita.

—Ahora óyeme, mi querido Macbeth, te pagaré un billete de avión de ida y vuelta a Capitol. Solo faltaría que mi mejor amigo no estuviera el día de mi boda. ¡Va a ser un fiestón! Imagínate todas las amigas solteras de Meredith...

—Y de Capitol me iré al extranjero. Es un viaje largo, Duff. Creo que estaré fuera todo julio.

—Pero... ¿tiene esto que ver con que Meredith y tú flirtearais un poco aquella vez?

—Así que si estaremos una temporada sin vernos, te deseo suerte con la boda y... todo.

—¡Macbeth!

—Tengo que irme.

—¡Macbeth!

—Pero gracias, Duff, no olvidaré que te debo sangre de dragón. Dale recuerdos a Meredith y las gracias por aquel corto flirteo.

—¡Macbeth, señor!

Macbeth abrió los ojos. Estaba en la cama. Era un sueño. ¿No habían sido esas sus palabras en aquella ocasión? «Sangre de dragón.» Lorreal. ¿De verdad había dicho eso?

—¡Macbeth!

La voz llegaba del otro lado de la puerta del dormitorio, ahora acompañada de golpes frenéticos. Miró el reloj de la mesilla. Las tres de la mañana.

—Señor, ¡soy Jack!

Macbeth se dio la vuelta. Se encontraba solo. Lady no estaba.

—Señor, tiene que...

Macbeth abrió la puerta de un tirón.

—¿Qué pasa, Jack?

—Camina en sueños.

—¿Y qué? ¿Acaso no velas tú por ella?

—Esta vez es diferente, señor. Ella... Venga.

Macbeth bostezó, encendió la luz, se puso la bata e iba a salir cuando su vista se posó sobre la consola del espejo. La caja de zapatos había desaparecido.

—¡Deprisa! ¡Dime dónde está, Jack!

La encontraron en la azotea. Jack detuvo a Macbeth en el umbral de la puerta metálica abierta. Había dejado de llover y solo se oían el viento y el zumbido constante del tráfico, que nunca descansaba. Estaba en el mismo borde, a la luz del anuncio luminoso de Bacardi, de espaldas a ellos. Una ráfaga de viento se enredó en su fino camisón.

—¡Lady! —gritó Macbeth queriendo abalanzarse hacia ella, pero Jack lo retuvo.

—El psiquiatra ha dicho que no hay que despertarla cuando está sonámbula, señor.

—Pero ¡puede precipitarse al vacío!

—Viene con frecuencia y se coloca justo ahí —explicó Jack—. Aunque esté dormida, es capaz de ver. El psiquiatra dice que los sonámbulos rara vez se hacen daño. Lo que puede desconcertarlos y dañarlos es que alguien los despierte.

—¿Por qué no me ha dicho nadie que sube aquí? Creía que por lo general se paseaba por el pasillo, sin más.

—Me dio instrucciones tajantes de no contarle a usted nada de lo que hace en sueños, señor.

—¿Y qué hace?

—A veces solo da un corto paseo, como dice usted. O va a la lavandería y utiliza el jabón fuerte que hay allí. Se lava las manos, a veces hasta dejárselas totalmente enrojecidas. Luego sube a la azotea.

Macbeth la miró. Su amada Lady. A la intemperie, tan desnuda y vulnerable en el viento nocturno. Tan sola en la oscuridad de su mente, la oscuridad de la que le había hablado, adonde no podía llevarle. Él nada podía hacer. Solo esperar y creer que elegiría volver de esa noche. Tan cerca y a la vez tan fuera de su alcance.

—¿Qué te hace pensar que precisamente ahora podría quitarse la vida?

Jack miró sorprendido a Macbeth.

—No creo eso, señor.

—Entonces ¿qué pasa, Jack?

—¿Qué, señor?

—¿Qué te ha preocupado tanto como para despertarme?

En el mismo instante la luna se abrió paso entre un desgarrón de las nubes. Y como si fuera una señal que hubieran acordado, Lady se volvió y empezó a caminar hacia ellos.

—Eso, señor.

—Que Dios nos libere y nos proteja —susurró Macbeth, retrocediendo un paso.

Lady llevaba un atado en los brazos. Se había bajado el camisón, dejando un pecho al descubierto, al que mantenía pegado el bulto. Macbeth vio la cabeza de un bebé. En ella contó cuatro agujeros negros.

—¿Está durmiendo? —preguntó Macbeth.

—Creo que sí —susurró Jack.

La habían seguido desde la azotea, por la escalera, hasta la suite. Estaban junto a la cama donde se había tapado a ella misma y al bebé con la manta.

—¿Se lo quitamos?

—Deja que se lo quede —dijo Macbeth—. ¿Qué mal puede hacerle? Pero quiero que esta noche te quedes velando su sueño. Mañana tengo una entrevista importante en la radio y debo dormir, así que dame la llave de otra habitación.

—Por supuesto —dijo Jack—. Llamaré a alguien para que se encargue de la recepción.

Cuando Jack salió, Macbeth acarició la mejilla del bebé. Fría, rígida, un niño destruido. Como lo fueron Lady y él. Pero habían conseguido reconstruirse, Macbeth con la ayuda de Banquo. Y antes, en el orfanato, con la de Duff. Si Duff no hubiera matado a Lorreal, probablemente Macbeth habría acabado

quitándose la vida. Incluso cuando consiguió alejarse del orfanato seguía con cuatro agujeros negros en el corazón. Cuatro agujeros que había que llenar con algo. La poción era lo que tenía más a mano y lo que funcionaba más deprisa para taponar los huecos. Pero al menos se mantuvo con vida, gracias a Duff, ese hijo de puta.

Luego estaba Lady, claro. Que le había demostrado que los corazones pueden llenarse de amor y el dolor paliarse con pasión. Acarició su mejilla. Cálida, suave.

¿Había alguna manera de dar marcha atrás o se habían olvidado de planificar una posible retirada? ¿Solo se habían preparado para la victoria? Sí, y habían ganado. ¿Y si la victoria es amarga, cuesta demasiado, y prefieres cambiarla por una derrota barata? Entonces ¿qué haces? ¿Abdicas, renuncias a la corona y al trono, pides humildemente perdón y retomas tus quehaceres cotidianos? Cuando tropiezas con el borde del tejado y los adoquines de la calle de las putas se abalanzan hacia ti, ¿pides a la ley de la gravedad que te restituya ese paso imprudente? No. Aceptas lo que llega. Lo haces lo mejor que puedes. Te aseguras de caer de pie y a lo mejor te rompes un peroné o los dos. Pero sobrevives. Y te has convertido en un hombre mejor que ha aprendido que la próxima vez deberá pisar con más cuidado.

Jack entró de nuevo.

—La recepción ya está atendida —dijo dándole a Macbeth una llave.

Macbeth la observó.

—¿La habitación de Duncan?

Jack se llevó la mano a la boca, espantado.

—Pensé que era la mejor habitación, señor. Pero si prefiere...

—Está bien, Jack, así estaré aquí al lado si pasa algo. No creo en los fantasmas. Y como todo el mundo sabe, no tengo nada que temer del fantasma de Duncan.

—No, ¿de qué iba a tener miedo?

—Sí, de qué iba a tener miedo. Buenas noches.

Se presentaron en cuanto cerró los ojos.

Duncan y Malcolm, estaban bajo el edredón, cada uno a un lado.

—¡Aquí no cabemos todos! —gritó Macbeth y los echó a patadas al suelo, donde bufaron, rasparon sus colas de rata contra la pared y desaparecieron.

Entonces se abrió la puerta y entraron de puntillas Banquo, Fleance y Duff con sendas dagas en las manos, levantadas para asestar el golpe.

—¿Qué queréis?

—Vengar la justicia, reinstaurar el sueño.

Macbeth reía y se retorció en la cama.

—¡No ha nacido la persona que pueda herirme! ¡Solo *Bertha* puede echarme del despacho del director de la policía! ¡Soy eterno! ¡Macbeth es eterno! ¡Marchad vosotros, mortales sin vida!

Fred Ziegler bostezó.

—Fred, necesitas un café —dijo el capitán del *Glamis* soltando una risita—. Con este tiempo no podemos permitirnos que el práctico se quede dormido. Dime, ¿siempre estás cansado?

—Son días de mucho trabajo y poco dormir —respondió Fred.

No podía contarle al capitán que la razón por la que siempre estaba bostezando era que tenía miedo. Fred había descubierto los mismos síntomas de nerviosismo en su perro, pero por suerte la gente solía interpretar los bostezos como lo contrario. Que uno estaba completamente relajado. Se aburría. O no había dormido lo suficiente.

El capitán cogió el auricular del intercomunicador y su pedido de café bajó por el cable hasta la cocina atravesando cubierta tras cubierta. Porque el *Glamis* era un barco grande. De mucha altura. Ese era el problema.

Fred Ziegler reprimió otro bostezo y fijó la vista en el fiordo. Conocía cada escollo, cada bajío, cada profundidad medida, hasta el último artículo de las normas de las autoridades portuarias sobre la entrada y la salida del puerto, dónde rompían las olas, dónde estabas a sotavento y dónde se hallaba cada noray del muelle. O sea, que no era por eso. El fiordo estaba controlado, podía sacar y meter barcos a ciegas y lo hacía con frecuencia, literalmente. Tampoco era por el tiempo. El viento helado soplaba con fuerza y el cristal ya estaba cubierto de espuma del mar y sal. Pero había entrado y salido con barcos más grandes y también más pequeños en pleno huracán y cosas peores, sin ver una baliza, una

boya o un mojón. Tampoco era por la travesía en el pequeño velero que lo llevaría a tierra, aunque fuera tan navegable como una vaca; apenas soplaba una brisa ligera empezaba a entrar agua y si el viento soplaba con fuerza se volcaba si el piloto no cogía las olas bien.

Fred Ziegler bostezaba porque pensaba con horror en el momento en que arriarían la bandera roja y blanca que indicaba que el práctico iba a bordo. O, más concretamente, en el instante de bajarse del barco. Bajar por la escala de cuerdas.

Llevaba doce años trabajando como práctico y aún no se había acostumbrado a subir o bajar por el flanco del buque hasta el barco. No se trataba de que pudiera acabar en el agua, a pesar de que era consciente de que era eso lo que debía temer, ya que no sabía nadar.

No. Era la altura.

El terror que lo paralizaría cuando al cabo de unos instantes se hubieran alejado lo suficiente y tuviera que bajar de espaldas por el casco del barco. Incluso con aquel tiempo el buque era tan grande que con la escala a resguardo del viento no era difícil bajar, desde un punto de vista puramente técnico. Era ver, o solo saber, que quince metros de aire transparente lo separaban del abismo. Siempre había sido así y siempre lo sería. Cada jodido día de trabajo iba unido a ese pequeño infierno, era lo primero en lo que pensaba cuando despertaba por las mañanas y lo último que cruzaba su mente al acostarse. Pero ¿qué más daba? Si miraba alrededor se daba cuenta de que no era infrecuente, de que había gente que pasaba toda la vida en un trabajo, en un puesto, para el que no servía.

—Supongo que ya has entrado y salido tantas veces de aquí que ya podrías pedirle a la autoridad costera prescindir del práctico —dijo Fred.

—¿Prescindir? —repuso el capitán—. No quisiera pasar sin tu compañía, Fred. ¿Qué pasa? ¿No te caigo bien?

«No me gusta tu barco —pensó Fred—. Soy un hombre menudo al que no le gustan los buques altos.»

—Me verás menos a partir de ahora, por cierto —dijo el capitán.

—Ah, ¿sí?

—No hay carga suficiente. El año pasado perdimos Graven cuando quebró y luego cerraron Estex. Lo que llevamos a bordo es lo último que quedaba en el almacén.

Por la manera como el buque hendía el agua, Fred había deducido que iba menos cargado de lo habitual.

—Una pena —dijo.

—No, mejor así —aseguró el capitán con tono grave—. Saber que las mercancías envenenadas que llevamos años transportando se han cobrado las vidas de nuestros conciudadanos... No siempre he dormido tranquilo, créeme, a veces he pensado en cómo sería ser capitán de una de esas naves de esclavos. Que hay que ser creativo para inventarse excusas que resulten lo bastante convincentes a uno mismo. Puede que sepamos la diferencia entre el bien y el mal antes de emplear nuestro grande y maravilloso cerebro. Con él como vehículo somos capaces de enlazar argumentos que parecen suficientes por separado y que sumados pueden llevarnos justo donde queremos, por muy loca que sea la conclusión. No, Fred, no pediré autorización a la guardia costera para navegar sin carga en estas aguas contaminadas. El miércoles pasado estábamos en la cola cuando llegó un mensaje del director del puerto en persona dándonos prioridad. Completamente gratis.

—Esa sería una grata sorpresa, ¿no?

—Sí. Así que estudié con un poco más de detenimiento la documentación de la carga. Por lo visto llevábamos dos metralletas Gatling. Esto empieza a parecerse a cómo eran las cosas con Kenneth. ¡Eh, cuidado! ¡Que nos quemas al práctico, chico!

El hombre vestido con el traje de cocinero de cuadritos había perdido el equilibrio cuando el buque tomó una ola y vertió café en el uniforme negro del práctico. El hombre masculló una disculpa, dejó las tazas y se apresuró a salir.

—Lo siento, Fred. Incluso aquí, donde la mitad de la población está en paro,

es difícil encontrar gente capaz de aguantar la marejada. Este vino esta mañana y aseguró que había trabajado antes en una cocina, pero que había perdido las referencias.

Fred dio un sorbo a la taza.

—No ha pisado un barco y no sabe preparar café.

—Bueno, bueno... —suspiró el capitán—. Mientras solo tengamos que ir a Capitol. Ya hemos dejado atrás el islote de Horn y pasado lo peor. Llamaré a tu barco y le pediré al contramaestre que lance la escala.

—Sí —dijo Fred tragando saliva—. Y habremos pasado lo peor.

Sentado en una silla del pasillo, Macbeth se estrujaba las manos mirando fijamente la puerta de la suite.

—¿Qué estará haciendo ahí dentro?

—No sé mucho de psiquiatría —dijo Jack—. ¿Quiere que traiga más café, señor?

—No, no, quédate sentado. Pero ¿dices que es bueno?

—Sí, el señor Alsaker tiene reputación de ser el mejor de la ciudad.

—Eso está bien, Jack. Está bien. Es horroroso, horroroso.

Macbeth se inclinó y se llevó las manos a la cara. Todavía faltaba una hora para la entrevista radiofónica. Los gritos procedentes de la habitación de Lady lo habían despertado antes del amanecer. Cuando entró corriendo la vio de pie junto a la cama señalando al bebé muerto.

—¡Mira! —gritó—. ¡Mira lo que he hecho!

—Pero no has sido tú, mi amor. —Intentó rodearla con sus brazos pero ella se zafó y cayó de rodillas sollozando.

—¡No me llames amor! ¡No puedo ser amada, una asesina de niños no debe recibir amor! —Entonces se había vuelto hacia Macbeth y lo había observado con aquella mirada oscura, alienada—. Ni siquiera un asesino de niños puede amar a una asesina de niños. ¡Lárgate!

—Ven y tumbate aquí conmigo un ratito, querida.

—¡Fuera de mi dormitorio! ¡Y no toques al bebé!

—Esto es una locura. Hoy mismo lo quemaré.

—Tócalo y te mato, Macbeth, lo juro. —Cogió el cadáver del niño en brazos y lo meció.

Macbeth tragó saliva. Necesitaba el chute matinal de power.

—Cogeré algo de ropa y te dejaré en paz —dijo acercándose al armario. Abrió el cajón. Lo miró.

—Lo siento, se acabó —dijo ella—. Tendrás que conseguir más. Lo necesitamos, los dos.

Macbeth salió, pero en lugar de hacerse con power, hizo que Jack buscara ayuda psiquiátrica.

Volvió a consultar su reloj. ¿Cuánto tiempo podía llevar arreglar un pequeño cortocircuito como ese?

En el umbral apareció un hombre menudo de barba canosa y rala y unos párpados a los que parecían sobrarles dos tallas.

—¿Y bien? —preguntó Macbeth—. Señor..., ejem...

—Señor Alsaker —dijo Jack.

—Le he suministrado un tranquilizante —dijo el psiquiatra.

—¿Qué le pasa?

—Es difícil decirlo.

—¿Difícil? Dicen que usted es el mejor.

—Me alegra oírlo, pero ni siquiera el mejor conoce todos los vericuetos de la mente, señor Macbeth.

—Tiene que curarla.

—Como ya he dicho, con lo poco que en realidad sabemos de la mente humana es mucho pedir que...

—No estoy pidiendo, doctor, estoy dándole un ultimátum.

—¿Un ultimátum, señor Macbeth?

—Si no consigue que recupere la normalidad, tendré que denunciarle por intrusismo.

Alsaker lo miró desde debajo de sus párpados descomunales.

—Veo que duerme usted mal y está alterado, señor. Le aconsejo que no vaya a trabajar hoy. Y en cuanto a su esposa...

—Se equivoca —dijo Macbeth sacando la daga de la funda del hombro—. En estos tiempos de estado de excepción el castigo por no hacer su trabajo sería severo.

—Señor... —empezó Jack.

—Cirugía —dijo Macbeth—. Eso es lo que hace falta, eso haría un médico de verdad: extirpar lo malo. Excluye la idea del sufrimiento del paciente, porque eso solo le haría vacilar. Se destruye y elimina la parte, un tumor o un pie putrefacto, para salvar el todo. No es que el pie o el tumor en sí sean malos, pero hay que sacrificarlos. ¿No, doctor?

El psiquiatra ladeó la cabeza.

—¿Está seguro de que quien necesita un reconocimiento es su mujer y no usted, señor Macbeth?

—Le he dado un ultimátum.

—Y yo me marchó ya. Puede clavarme eso en la espalda si no le queda más remedio.

Macbeth vio cómo Alsaker se daba la vuelta y se encaminaba a la escalera. Se quedó mirando la daga que sostenía. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—¿Alsaker! —Macbeth corrió tras el psiquiatra. Le alcanzó y se hincó de rodillas ante él—. ¡Por favor! ¡Tiene que ayudarla! Ella es todo lo que tengo. Necesito recuperarla. Tiene que hacer que vuelva. Le pagaré lo que me pida.

Alsaker se estiró la barba sujetándola entre el índice y el pulgar.

—¿Es poción de bruja? —preguntó.

—Power —dijo Macbeth.

—Claro.

—¿Lo conoce?

—Con distintos nombres, pero los principios activos son los mismos. La gente

cree que se trata de un antidepresivo porque las primeras veces anima. Hasta que causa psicosis.

—Sí, sí, eso es lo que consume.

—Preguntaba qué consume usted, Macbeth. Y ahora lo sé. ¿Cuánto tiempo hace que toma power?

—Yo...

—Parece que no mucho. Lo primero que se rompe son los dientes. Luego la mente. Es difícil escapar de la cárcel de la psicosis. ¿Sabe cómo lo llaman cuando uno se ha hecho totalmente dependiente del power? Un POW, *prisoner of war*.

—Oiga...

—Un prisionero de guerra. Ingenioso, ¿verdad?

—Todavía no ha llegado el momento de ser su paciente, Alsaker. Le suplico que no se vaya de aquí sin hacer absolutamente cuanto esté en su mano.

—Prometo volver, pero ahora me esperan otros pacientes.

—Jack —dijo Macbeth sin apartar la mirada del psiquiatra.

—¿Sí, señor?

—Muéstraselo.

—Pero...

—Está obligado por el juramento hipocrático.

Jack desenrolló las telas que envolvían el cuerpecillo y se lo mostró al doctor. El médico retrocedió tapándose la nariz y la boca con la mano.

—Lady cree que es suyo —dijo Macbeth—. Si no lo hace por ella o por mí, hágalo por esta ciudad, doctor.

Macbeth sintió una extraña presión en los oídos cuando cerraron la puerta a su espalda y pensó que por fin estaba en el manicomio. Las paredes del cuartito cuadrado se hallaban acolchadas, salvo por la pequeña ventana a través de la que tres personas lo observaban.

—No tema —le dijo el hombre que había sentado a la mesa—. Solo voy a

hacerle unas preguntas, acabaremos enseguida.

—No temo las preguntas, sino las respuestas —dijo Macbeth sentándose.

El hombre sonrió, la música de los altavoces atornillados sobre la ventana cesó. Se llevó un dedo a los labios cuando una luz roja se encendió en la pared.

—Esto es *Actualidad*, con Walt Kite —dijo el hombre al micrófono, marcando las erres—. Contamos con la presencia del nuevo favorito de la ciudadanía, el director de la policía, Macbeth. Después de haber acabado con una de las bandas de narcotraficantes más conocidas de la ciudad, los Norse Riders, ahora persigue sin titubear a sus corruptos aliados en sus propias filas y se ha ganado los corazones de la gente despertando sus esperanzas con inspirados discursos en que, entre otras cosas, afirma que estamos ante un tiempo nuevo. Es usted el director de la policía, Macbeth, pero ¿esa retórica no es más propia de un político?

Macbeth carraspeó. Se sentía en forma. Volvía a estar perfectamente medicado.

—Soy un hombre sencillo, Walt, sé muy poco de retórica. Solo he dicho lo que pensaba. Que si esta ciudad tiene la voluntad también tendrá los músculos necesarios para alzarse de nuevo. Pero ni el director de la policía ni los políticos pueden levantar una ciudad, tienen que hacerlo sus ciudadanos.

—¿Se les puede inspirar y dirigir?

—Por supuesto.

—Ya se ha dicho de usted que tiene madera para ser alcalde. ¿Eso le tienta?

—Soy el director de la policía y solo deseo servir a la ciudadanía desde el puesto que se me ha otorgado.

—Un humilde servidor del pueblo, en otras palabras. Su antecesor, el director Duncan, también se consideraba un servidor de la ciudadanía, mas no tan humilde. Prometió liquidar al criminal más poderoso de la ciudad, Hekate, también conocido como la Mano Invisible en el plazo de un año. Ahora resulta que usted ha acabado con los Norse Riders. ¿Qué plazo se da para deshacerte de Hekate?

—Para empezar, hay una razón por la que se lo conoce como la Mano Invisible. Sabemos bien poco de Hekate salvo que, probablemente, esté detrás de la producción de poción. Con una cantidad de droga y una distribución a tan gran escala, es de igual modo posible que se trate de una red o de un producto de origen diverso.

—¿Me parece oír que no va a dar tanta prioridad a la caza de Hekate como Duncan?

—Está oyendo a un director de la policía que se niega a dedicar todos sus recursos a practicar detenciones que puedan generar titulares, honores para el director y brindis con champán en el ayuntamiento, pero que en realidad significan muy poco para la cotidianidad de la gente. Podemos atrapar a un tipo que probablemente se llame Hekate, pero solo conseguiremos que otros se hagan cargo de su cuota de mercado mientras no nos enfrentemos, agarrándolo por los cuernos, al verdadero problema de la ciudad.

—¿Que es...?

—Los puestos de trabajo, Walt. Dar a la gente un trabajo. Esa es la mejor medida contra el crimen, la más económica. Podemos llenar nuestras cárceles, pero mientras la gente deambule por la calle sin comida que llevarse a la boca...

—Ahora sí que habla como si tuviera intención de presentarse a las elecciones.

—Me da igual lo que parezca, solo quiero enderezar el rumbo de esta ciudad.

—¿Cómo lo hará?

—Asegurándonos de que sea un lugar seguro para inversores y trabajadores. Los empresarios no podrán eludir el pago de impuestos ni pagar sobornos para obtener favores, pero la ciudad les garantizará estabilidad y la seguridad de que se cumplen las reglas del juego. Los trabajadores sabrán que su puesto laboral no está contaminado. Nuestro recién fallecido héroe policial, Banquo, perdió hace años a su esposa, Vera, debido a que estuvo respirando aire envenenado en la fábrica durante toda su vida laboral. Vera era una excelente esposa y madre, trabajaba duro; la conocía personalmente y la quería. Como director de la

policía, prometo a nuestros conciudadanos que ninguno de los futuros puestos de trabajo de la ciudad se llevará por delante a más mujeres como Vera. Hay otras maneras de dar trabajo a la gente. Maneras mejores que proporcionan existencias mejores.

Por la media sonrisa de Walt Kite, Macbeth se dio cuenta de que lo había impresionado. Macbeth mismo lo estaba también, nunca había tenido las ideas tan claras; debían ser los nuevos polvos, que trasladaban las palabras, concisas y evidentes, de su cerebro hasta su lengua.

—Su popularidad ha sido repentina y enorme, director. ¿Tal vez por eso se atreve a pronunciarse de una manera que yo, si fuera el alcalde Tourtell, encontraría desafiante? Desde un punto de vista formal es su jefe, supongo; tiene que ratificar su nombramiento como director de la policía si no quiere perder el puesto.

—No solo soy un subordinado del alcalde, Walt: también lo soy de mi propia conciencia y de los habitantes de esta ciudad. Para mí, la conciencia y el bienestar de los ciudadanos están por encima de un cómodo sillón en un despacho de director de la policía.

—Las elecciones a la alcaldía serán dentro de cuatro meses y el plazo para hacer públicas las nuevas candidaturas acaba dentro de tres semanas.

—Si usted lo dice así será, Walt.

Walt Kite se echó a reír y levantó los brazos.

—Y con estas palabras damos las gracias al director de la policía Macbeth. No estoy muy seguro de que diga toda la verdad cuando afirma no saber nada de retórica política. Aquí llega Miles Davis... —Dejó caer los brazos y señaló la ventana. La luz roja se apagó y una trompeta seca y suave salió por los altavoces.

—Gracias —dijo sonriendo Kite—. «Ninguno de los futuros puestos de trabajo de la ciudad se llevará por delante a más mujeres como Vera.» ¿Sabe que podría salir elegido como alcalde solo por esa frase?

—Gracias por la entrevista —dijo Macbeth sin moverse.

Kite lo miró con expresión interrogante.

—Si le he entendido bien —dijo Macbeth en voz baja, despacio—, ¿hacia el final me has acusado de mentir?

Kite pestañeó desconcertado.

—¿Mentir?

—«No estoy muy seguro de que diga toda la verdad cuando afirma...»

—Ah, eso... —La nuez del periodista radiofónico subió y bajó—. Era una broma, claro, una..., bueno, una manera de hablar, una...

—Solo estoy tomándole el pelo —dijo Macbeth sonriendo y levantándose—. Hasta pronto.

Al salir del edificio de la radio, bajo la lluvia, Macbeth intuyó que Walt Kite no volvería a causarle problemas.

En el asiento trasero de la limusina sintió que el Obelisco, Duff y la enfermedad de Lady tampoco serían un problema. Porque sus pensamientos eran más nítidos que nunca.

—Conduce un poco más despacio —dijo.

Quería disfrutar del recorrido por la ciudad, su ciudad.

Cierto que todavía no era suya del todo, pero pronto lo sería. Porque era invencible. Y estaba perfectamente medicado.

Mientras esperaban ante el semáforo en rojo, su mirada se posó en un hombre que esperaba en el paso de peatones a pesar de tenerlo verde. Su torso y su rostro quedaban ocultos por un gran paraguas negro, así que cuanto Macbeth pudo ver fue el guardapolvo claro, los zapatos negros y el gran perro negro que llevaba sujeto de una correa. Una idea se abrió paso en su mente: ¿el perro sabía por qué tenía un dueño, por qué iba atado? Le dan algo de comer, la ración justa, suficiente para que no se sienta del todo seguro, para tenerlo controlado. Es lo único que impide que se acerque al dueño mientras duerme, le desgare la garganta y se quede con la casa. Porque no hay más que hacerlo. De hecho, cuando has deducido cómo se abre la puerta de la despensa, es lo más lógico.

Tercera parte

—La mejor lana que tenemos —aseguró el dependiente pasando la mano con aire solemne sobre el traje negro que colgaba de una percha.

Tras la ventana de la sastrería lloviznaba; en el fiordo, el mar se iba calmando después de varios días de fuerte marejada.

—¿Qué opinas, Bonus? —dijo Hekate—. ¿No crees que le quedaría bien a Macbeth?

—Creí que ibas a escoger un esmoquin, no un traje oscuro.

—Como bien sabes, no se va de esmoquin a la iglesia. Macbeth tiene que acudir a varios entierros esta semana.

—¿Así que nada de esmoquin hoy? —preguntó el dependiente.

—Nos llevaremos las dos cosas, Al.

—Solo quería comentarle que si se trata de una cena de gala se suele elegir un frac, señor.

—Gracias, Al, pero no estamos hablando de palacio, solo de nuestro ayuntamiento. ¿Qué opinas, Bonus? ¿Un frac no resultaría un poco... —Hekate chasqueó los labios— pretencioso?

—Estoy de acuerdo —repuso Bonus—. Cuando los *nouveau riches* intentan vestirse con los ropajes del dinero con solera es cuando de verdad hacen el ridículo.

—Bien, un traje oscuro y un esmoquin. ¿Mandas un sastre al Inverness, Al? Cárgalo todo a mi cuenta.

—Nos ocuparemos de todo, señor.

—Y ahora un esmoquin para este caballero.

—¿Para mí? —exclamó Bonus sorprendido—. Pero si yo ya tengo un buen...

—Lo he visto. Y necesitas uno nuevo, créeme.

—¿Sí?

—Tu puesto requiere un aspecto impecable, Bonus. Además trabajas para mí.
Bonus no respondió.

—¿Vas corriendo por unos cuantos esmoquin más, Al?

—Claro —repuso el dependiente obediente correteando sobre sus piernas arqueadas hacia la escalera.

—Sé lo que estás pensando —dijo Hekate—. Reconozco que vestiros es una manera de ejercer mi poder, igual que cuando un rey viste a sus soldados y servidores, pero ¿qué puedo decirte? Me gusta.

Bonus no estaba seguro de si los dientes excepcionalmente blancos y uniformes de la sonrisa del viejo eran suyos. Si se trataba de una dentadura postiza, resultaba bastante excéntrica con aquellas tres coronas de oro.

—Hablando de ejercer el poder —dijo Hekate—. Ese bello joven que estuvo en la cena en el Inverness, ¿cómo se llamaba? ¿Kasi?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Quince años y medio —dijo Bonus.

—Mmm... Es muy joven.

—La edad es...

—No tengo ningún prejuicio moral, pero tampoco tu gusto por los jovencitos, Bonus; solo estoy haciéndote notar que es ilegalmente joven. Por eso puede, de manera potencial, resultar muy dañino. Veo que el tema te incomoda, así que cambiemos de asunto. ¿Lady está enferma?

—Eso dice el psiquiatra. Una psicosis severa, puede llevar su tiempo. Teme que intente suicidarse.

—¿Los médicos no tienen obligación de preservar la intimidad de sus pacientes?

—Puede que el doctor Alsaker también necesite un esmoquin nuevo muy pronto.

Hekate se echó a reír.

—No tienes más que mandarme la cuenta. ¿Puede curarla?

—Dice que sin ingresarla no. Pero no es eso lo que queremos, ¿verdad?

—Veamos cómo evolucionan las cosas. Es tan del dominio público que Lady es una de las principales consejeras del director de la policía, que en estos días tan críticos resultaría negativo que se hiciera público que ha enloquecido, sí.

—Bueno, una psicosis es...

—¿Sí?

Bonus tragó saliva.

—Nada. —¿Qué tenía Hekate para que siempre le hiciera sentirse como un adolescente inseguro? Porque era más que el poder que ejercía, era otra cosa, algo a lo que Bonus tenía un miedo cerval, que no era capaz de definir. No era lo que veía en los ojos de Hekate, era lo que no veía. Era la aterradora certeza de la nada. El desierto, el paralizante frío de la noche.

—En cualquier caso —añadió Hekate—, de quien quería hablar era de Macbeth. Estoy preocupado por él. Ha cambiado.

—¿Sí?

—Me temo que se ha vuelto adicto. Tal vez no resulte extraño, tratándose de la droga más adictiva del mundo.

—¿Power?

—Sí. Pero no el que se presenta en polvo, sino el poder de verdad. Solo que no fui capaz de prever que lo atraparía tan rápido. Ya se ha deshecho de los sentimientos que le atan a la moralidad y a sus congéneres, ahora el poder es su nueva y única amante. Ya oíste la entrevista radiofónica el otro día, el niño quiere ser alcalde.

—Pero como director de la policía, en la práctica tiene más poder que...

—Como director de la policía ya se ocupará de que el poder real sea transferido al ayuntamiento antes de ocupar el despacho de alcalde. Acuérdate de

mis palabras: Macbeth sueña con dominar esta ciudad. Ahora mismo se cree invencible. Piensa que también puede alzarse contra mí.

Bonus miró sorprendido a Hekate, que había cruzado las manos sobre el mango del bastón y se contemplaba en el espejo.

—Sí, Bonus, debería ser al revés, deberías ser tú quien me dijera que Macbeth va a por mí. Para eso te pago. Ahora tu pequeño cerebro de pez se pregunta cómo puedo saberlo. Bien, pregúntame.

—Yo... eh... ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo dijo en ese programa de la radio que también escuchaste.

—A mí me pareció lo contrario: que anunció que la persecución de Hekate no tendría la misma prioridad que en tiempos de Duncan.

—¿Cuándo fue la última vez que oíste a alguien con ambiciones políticas contar por la radio lo que no pensaba hacer por sus electores? Podría haber dicho que iba a atrapar a Hekate además de crear puestos de trabajo, los políticos serios siempre prometen darlo todo. Pero lo que dijo no iba dirigido a los electores, sino a mí, Bonus. No tenía necesidad y, sin embargo, se tumba a la vista de todo el mundo y menea el rabo para mí. Es cuando la gente menea el rabo cuando debes llevar cuidado.

—Crees que quiere ganarse tu confianza... —Bonus miró a Hekate para asegurarse de que iba bien encaminado—. ¿Porque espera que así te relajarás, dejarás que se acerque a ti y podrá eliminarte?

Hekate se arrancó un cabello negro de una verruga de la mejilla y lo estudió.

—Podría aplastarlo ahora mismo, claro. Pero he invertido mucho para colocarlo donde está y, si hay algo que odio, son las malas inversiones, Bonus. Por eso quiero que mantengas los ojos y los oídos abiertos y te enteres de cuál es su plan. —Hekate abrió los brazos—. Ah, mira, aquí llega Al con más esmóquines. Busquemos uno que le quede bien a tus largos tentáculos.

Bonus tragó saliva.

—¿Y si no soy capaz de descubrirlo?

—Entonces no te necesitaré, querido Bonus.

Lo dijo con ligereza, con sencillez, restando a sus palabras el peligro con una sonrisita. La mirada de Bonus buscó detrás de esa sonrisa. Pero allí no había nada. Noche y frío.

—Mira el reloj —ordenó el doctor Alsaker haciéndolo oscilar frente a los ojos de la paciente—. Te relajas, los brazos y las piernas te pesan, te sientes cansada, te duermes. No volverás a despertar hasta que yo diga «castañas».

Era fácil hipnotizarla. Tanto que en un par de ocasiones Alsaker tuvo que comprobar que no estaba fingiendo. Cada vez que llegaba al Inverness, el recepcionista Jack lo acompañaba a la suite donde ella esperaba en bata. Se negaba a ponerse otra cosa. Tenía las manos enrojecidas por la limpieza diaria, compulsiva, y aunque insistía en que no consumía nada, en las pupilas de Lady él veía que estaba bajo los efectos de alguna droga. Ese era uno de los varios inconvenientes de que le negaran la posibilidad de ingresarla en la sección de psiquiatría, donde podría controlar la medicación, el sueño y las comidas y observar su comportamiento de manera continuada.

—Empecemos donde lo dejamos la vez anterior —dijo Alsaker consultando sus notas.

No es que las necesitara para recordar (los detalles eran lo bastante horribles como para haberse adherido a su mente), sino para creer lo que le había contado. Las primeras líneas no eran infrecuentes, al contrario, casi componían el estribillo de muchos casos similares en aquella ciudad.

—Padre alcohólico y parado, madre depresiva y violenta. Creciste junto al río en lo que calificas de «chabola» o «nido de ratas», literalmente. Me contaste que uno de tus primeros recuerdos de infancia son las ratas que llegan nadando hacia tu casa a la caída del sol, que creías que la casa era de las ratas, que dormías en su cama, que comíais de su comida, que cuando se subían a tu cama, entendías que te mordieran.

Su voz sonó suave y baja:

—Solo querían lo que era suyo.

—Lo mismo decía tu padre al meterse en tu cama.

—Solo quería lo que era suyo.

Alsaker echó un vistazo a las páginas del cuaderno. No es que fuera la primera historia de abusos que hubiera oído, pero esta tenía algunos detalles... perturbadores.

—Te quedaste embarazada a los trece años. Distes a luz a una niña. Tu madre te llamaba puta. Dijo que iba a tirar a esa hija de puta al río, pero te negaste.

—Solo quería lo que era mío.

—Así que os echaron de la casa al bebé y a ti, y pasaste la primera noche fuera con el primer hombre que encontraste.

—Primero dijo que mataría al bebé a golpes si no dejaba de llorar, así que lo subí a la cama. Pero entonces dijo que no podía concentrarse porque estaba mirándole.

—Mientras dormía le robaste dinero de los bolsillos y comida de la cocina.

—Solo cogí lo que era mío.

—¿Y qué es tuyo?

—Lo que tienen todos los demás.

—Entonces ¿qué ocurrió?

—El río se secó.

—Vamos, Lady, ¿qué pasó?

—Construyeron más fábricas. Llegaron más trabajadores a la ciudad. Ganaba algo más de dinero. Mi madre me buscó para contarme que mi padre había muerto. Los pulmones. Había sido doloroso. Le conté que me hubiera gustado estar allí para verlo sufrir.

—No evites la cuestión, Lady, métete en ella. ¿Qué pasó con el bebé?

—¿Ha visto cómo la cara de un bebé puede cambiar casi de un día para otro? Bueno, pues un día de repente tenía su cara.

—¿La de tu padre?

—Sí.

—Entonces ¿qué hiciste?

—Le di mucha leche, para que me sonriera con dulzura antes de dormirse. Luego aplasté su cabeza de bebé contra el muro. Una cabeza se rompe con tanta facilidad... ¿Lo sabía? ¿Sabía lo frágil que es una vida humana?

Alsaker tragó saliva y carraspeó.

—¿Lo hiciste porque la cara del bebé te recordaba a la de tu padre?

—No. Pero eso lo hizo posible, por fin.

—¿Eso significa que llevabas tiempo pensándolo?

—Sí, claro.

—¿Podrías explicarme por qué está tan claro?

Lady se quedó en silencio un rato. Alsaker vio que sus pupilas se movían. Le recordaban a algo. A huevos de rana. El renacuajo que intenta liberarse del huevo pegajoso.

—Si quieres alcanzar tus metas, tienes que ser capaz de renunciar a quien amas. Si aquel con quien trepas hasta la cima muestra síntomas de debilidad debes animarlo a que cumpla o cortar la cuerda.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Si cae, os arrastrará a los dos al abismo. Si quieres sobrevivir, tu mano tendrá que hacer aquello de lo que tu corazón reniega.

—¿Matar a quien amas?

—Como Abraham sacrificó a su hijo Isaac. Deja que la sangre fluya, amén.

Alsaker sintió un escalofrío y tomó nota.

—¿Qué hay en esa cima a la que quieres llegar?

—En la cima está la cima. Has llegado. Por encima de todos y de todo.

—¿Es necesario llegar allí?

—No, uno puede arrastrarse por la planicie, claro. Por el vertedero. Por el fango del río. Pero cuando has empezado a escalar, ya es tarde, ya no hay forma de retroceder: o cumbre, o abismo.

Alsaker dejó la pluma.

—Por esa cima estás dispuesta a sacrificarlo todo, también aquello que amas. ¿La supervivencia se halla por encima del amor?

—Por supuesto. Pero últimamente también he comprendido que las personas no pueden vivir sin amor. Tanto sobrevivir será la causa de mi muerte, doctor.

Su mirada tenía una repentina nitidez que hizo pensar a Alsaker que a pesar de todo no estaba psicótica. Pero solo era la hipnosis o un despertar temporal, claro. Alsaker lo había visto antes, en varias ocasiones; había visto cómo un paciente psicótico o aquejado de una profunda depresión de pronto parecía revivir, igual que alguien que se ha ahogado emerge a la superficie con un esfuerzo de voluntad, dando esperanzas tanto a la familia como al psiquiatra inexperto. Mantenerse a flote varios días para acabar por utilizar ese resto de voluntad a fin de hacer aquello con lo que amenazaban, o volver a hundirse en la oscuridad de la que procedían. Pero no, solo se trataría un efecto de la hipnosis, porque ahora sus ojos volvían a estar cubiertos por el velo de los huevos de rana.

—Aquí dicen que después de esa entrevista en la radio todo el mundo está esperando a que presentes tu candidatura a las elecciones a la alcaldía —dijo Seyton. Había abierto el periódico sobre la mesa de centro y estaba cortándose las uñas encima.

—Deja que escriban —dijo Macbeth mirando el reloj. Tourtell debería haber llegado hacía diez minutos.

—Pero ¿lo harás, director? —Se oyó un nítido chasquido cuando cortó la larga y afilada uña del índice.

Macbeth se encogió de hombros.

—Es una de esas ideas que necesitan madurar. Quién sabe, tal vez cuando lo haga lo vea de otra manera.

Abrieron la puerta. Por la estrecha abertura asomó el pequeño y dulce rostro de Priscilla recargado de maquillaje.

—Está aquí, señor.

—Bien, hazle pasar —dijo Macbeth levantándose—. Y tráenos café.

Priscilla sonrió de tal manera que sus ojos desaparecieron entre sus rollizas mejillas. Luego desapareció ella también.

—¿Me marchó? —preguntó Seyton haciendo ademán de levantarse.

—Tú te quedas —dijo Macbeth.

Seyton prosiguió con el corte de uñas.

—Pero de pie.

Se apresuró a obedecer.

La puerta se abrió de par en par.

—¡Macbeth, amigo mío! —vociferó Tourtell, y por un instante Macbeth dudó de si la puerta sería lo bastante ancha. Y de si sus costillas serían lo bastante resistentes cuando el alcalde golpeó su columna con su manaza—. Sí que has metido la quinta, Macbeth.

—Gracias. Toma asiento.

Tourtell saludó a Seyton con una leve inclinación de la cabeza y se sentó.

—Gracias. Y mi agradecimiento al director de la policía por recibirme con tan poca antelación.

—Eres mi empleador, soy yo quien debe sentirse honrado porque me dediques tu tiempo, Tourtell. Además has venido tú aquí, y no al contrario.

—Ah, eso. No me gusta dar a la gente la sensación de que los convoco.

—¿Eso significa que me has convocado? —preguntó Macbeth.

El alcalde se rio.

—En absoluto, Macbeth, solo quería saber cómo te iba. Si te adaptas. Quiero decir que es una transición muy fuerte. Con todo lo que ha ocurrido en los últimos días... —Tourtell alzó los ojos con aire exasperado—. Cualquiera podría hacerse un lío.

—¿Quieres decir que eso es lo que ha pasado? ¿Que me he hecho un lío?

—No, no, no. ¿Por qué iba a decir tal cosa? Me parece que lo has gestionado todo sorprendentemente bien, al fin y al cabo eres nuevo en el juego.

—Nuevo en el juego.

—Sí. Las cosas van un poco deprisa. Hay que reaccionar sobre la marcha. Hacer declaraciones. Entonces, a veces uno dice cosas que ni siquiera piensa.

Priscilla entró, dejó la bandeja del café sobre la mesa, sirvió, hizo una

reverencia un poco fuera de lugar y se marchó.

Macbeth bebió un sorbo de su taza.

—Mmm... ¿Te refieres a la entrevista radiofónica?

Tourtell se estiró para alcanzar el platillo de los terrones de azúcar, cogió tres y se metió uno en la boca.

—Algunas de las cosas que dijiste podrían interpretarse como críticas al consistorio y a mí. Y por favor, apreciamos que el director de la policía hable claro, aquí no le ponemos bozal a nadie. La pregunta, sin embargo, es si la crítica no pareció un poco más severa de lo que pretendías, ¿o qué?

Macbeth se puso un índice bajo la barbilla y miró pensativo al infinito.

—Yo no la percibí como exageradamente severa, señor alcalde.

—¿Ves? Eso es justo lo que pensé, ¡no tenías intención de ser tan duro! Porque tú y yo queremos lo mismo, Macbeth. Lo mejor para la ciudad. Que la maquinaria se ponga a girar. Sabemos por experiencia que cuando baja el desempleo también se reduce la tasa de criminalidad, de tráfico de drogas, que a su vez repercute en un menor número de delitos contra la propiedad. Enseguida las colas para cumplir condena disminuyen y todo el mundo se pregunta cómo ha logrado el director de la policía Macbeth lo que no consiguió ninguno de sus antecesores. Como sabes, un alcalde solo puede optar a dos mandatos. Así que cuando, como espero, me hayan reelegido y termine la siguiente legislación, tendrá que entrar otro candidato. Entonces es posible que la ciudadanía piense que lo que necesita es precisamente un hombre así, uno que ha conseguido resultados como director de la policía.

—¿Más café? —Macbeth sirvió café en la taza ya llena de Tourtell y el líquido marrón la desbordó y se derramó en el platillo—. ¿Sabe lo que solía decir mi amigo Banquo, señor alcalde? «Besa a la chica mientras todavía esté enamorada.»

—¿Eso qué significa? —dijo Tourtell observando el platillo.

—Que los sentimientos son volátiles. La ciudad me ama ahora. Cuatro años es mucho tiempo.

—Quizá. Pero uno tiene que elegir sus batallas, Macbeth. Tu elección ahora mismo radica entre retar al alcalde actual, algo que históricamente muy pocas veces ha conducido a la victoria, o esperar cuatro años y recibir el apoyo del alcalde saliente en la campaña, algo que históricamente con frecuencia conduce a la victoria.

—Cuesta muy poco hacer una promesa como esa y aún menos romperla.

Tourtell negó con la cabeza.

—He basado mi larga carrera política en alianzas y colaboraciones estratégicas, Macbeth. Kenneth se ocupó de otorgar a la dirección de la policía poderes tan amplios que yo, como alcalde, dependía y dependo por completo de la buena voluntad del director de la policía. Créeme, sé que romper mi promesa me costaría muy caro. Eres un hombre inteligente, y aprendes deprisa, Macbeth. Pero te falta experiencia en el complejo juego estratégico que llamamos política. La popularidad momentánea y un par de declaraciones fáciles de citar en la radio no bastan. Mi apoyo por sí solo tampoco, pero es más de lo que podrías aspirar a conseguir solo.

—No habrías venido aquí para convencerme de que no me presente a las próximas elecciones si no me consideraras un oponente serio.

—Crees eso —dijo Tourtell— porque todavía no sabes bastante de política para ver la imagen de conjunto. Esa imagen, hoy por hoy, es que yo seguiré siendo alcalde y tú director de la policía los próximos cuatro años y será un problema para la ciudad que sus dos hombres más importantes mantengan una desgarradora lucha electoral que les impida colaborar. Eso me imposibilitaría apoyar tu candidatura a la alcaldía más adelante, seguro que lo entiendes.

«Seguro que lo entiendes.» Había un ligero toque condescendiente. Macbeth abrió la boca para contradecirle, pero fue como si el pensamiento que debía dar forma a sus palabras no se presentara.

—Permíteme que te haga una propuesta —continuó Tourtell—. No te presentarás a las elecciones, pero no tendrás que esperar cuatro años para contar con mi apoyo.

—¿Sí?

—Sí. El día que atrapes a Hekate, que será una gran victoria para los dos, anunciaré públicamente que espero que seas mi sucesor en las elecciones de dentro de cuatro años. ¿Qué opinas, Macbeth?

—Creo haber dicho por la radio que Hekate no es nuestra prioridad.

—Lo oí. Y lo interpreté en el sentido de que no quieres verte sometido a la misma presión a la que Duncan expuso a la policía y a sí mismo haciendo promesas inmediatas y demasiado concretas. Ahora su captura será una paga extra. Porque piensas cogerlo ¿verdad?

—Por supuesto. Hekate es un hombre difícil de atrapar, pero si se presentara la ocasión...

—Por mi experiencia sé que las oportunidades no se presentan solas, por desgracia —explicó Tourtell—. Al contrario, hay que crearlas y luego aprovecharlas. ¿Cuál es tu plan para capturar a Hekate?

Macbeth carraspeó, manoseó la taza de café. Intentó concentrarse. Se había dado cuenta de que en ocasiones le costaba hacerlo, como si fuera demasiado, demasiados balones en el aire a la vez y cuando uno caía, caían todos. Y tenía que volver a empezar. ¿Estaba tomando mucho power? ¿O no el suficiente? Macbeth buscó con la mirada a Seyton, que se había sentado junto a la mesa de centro, pero no podía ayudarle. Claro que no. Solo ella podía. Lady. Tenía que dejar la droga, solo hablar con ella. Solamente ella podía disipar la niebla, ordenar y clasificar sus pensamientos.

—Le tenderé una trampa —dijo Macbeth.

—¿Qué clase de trampa?

—Todavía no disponemos de un plan detallado.

—Estamos hablando del enemigo número uno de la ciudad, así que te agradeceré que me mantengas informado —dijo Tourtell levantándose—. ¿Tal vez puedas informarme de manera sucinta mañana, en el entierro de Duncan? Junto con tu decisión sobre las elecciones.

Sin levantarse, Macbeth estrechó la mano que Tourtell le tendía. El alcalde

señaló con la cabeza el cuadro que colgaba de la pared detrás de Macbeth.

—Siempre me ha gustado ese cuadro. Conozco el camino.

Macbeth lo siguió con la mirada. Tourtell parecía más enorme cada vez que lo veía. No había probado el café. Giró la silla hacia el cuadro. Era grande y mostraba a un hombre y a una mujer, vestidos como obreros, que paseaban cogidos de la mano. Detrás de ellos iba una fila de niños y a su espalda salía el sol. La gran imagen. Apostaba a que era Duncan quien la había colgado allí. Al parecer Kenneth había puesto su propio retrato. Macbeth ladeó la cabeza, pero no acababa de captarlo del todo, de entender qué quería decir el cuadro.

—Dime, Seyton, ¿qué opinas?

—¿Qué opino? A la mierda con Tourtell. Eres más popular que él.

Macbeth asintió. Seyton era como él, no era un hombre con visión de conjunto. Solo Lady la tenía.

Lady se había encerrado en la habitación.

—Necesito hablar contigo —dijo Macbeth.

No obtuvo respuesta.

—¡Querida!

—Es por el niño —dijo Jack.

Macbeth se volvió hacia este.

—Se lo he quitado. Empezaba a oler y no sabía qué hacer. Pero ella cree que lo ha ordenado usted.

—Bien. Bien, Jack. Es que necesito su consejo en una cuestión y... bueno.

—No va a poder darle los consejos que necesita en el estado en que se encuentra ahora, señor. Podría preguntarle... No. Perdón, se me olvidaba que usted no es Lady, señor.

—¿Has creído que era ella?

—No, yo solo... Lady suele comentar sus ideas conmigo, y yo contribuyo en la medida de mis posibilidades. No es que tenga mucho que aportar, pero a veces las ideas se aclaran solo con expresarlas en voz alta a alguien.

—Mmm... Prepáranos un café, Jack.

—Enseguida, señor.

Macbeth se dirigió a la balaustrada. Miró hacia la sala de juego. Otra noche tranquila. No vio ninguno de los rostros habituales. ¿Dónde estaban?

—En el Obelisco —dijo Jack tendiéndole una taza de café humeante.

—¿Qué?

—Nuestros clientes habituales están en el Obelisco. Eso era lo que se estaba preguntando, ¿verdad?

—Puede ser.

—Ayer estuve en el Obelisco y reconocí a cinco de ellos. Hablé con dos. Por lo visto, no solo nosotros espiamos a ese casino, ellos también tienen gente aquí. Han observado quiénes son nuestros clientes fijos y les han ofrecido mejores condiciones allí.

—¿Mejores condiciones?

—Crédito.

—Eso es ilegal.

—De manera extraoficial, por supuesto. No aparecerá en ningún registro contable del Obelisco y si les habla de la cuestión, lo negarán hasta la muerte.

—En ese caso tendremos que ofrecer lo mismo.

—Creo que el problema es más grave, señor. ¿Ve la poca gente que hay esta noche en el bar? En el Obelisco hay cola. La cerveza y las copas cuestan un treinta por ciento menos, lo que no solo aumenta el número de visitantes, sino que también hace que la gente juegue con más alegría.

—Lady opina que nos dirigimos a un público diferente, a quien interesa más la calidad.

—Los clientes de los casinos de esta ciudad pueden, a grandes rasgos, dividirse en tres grupos, señor. Están los jugadores puros a quienes les da igual la calidad de las alfombras o el buen coñac, buscan un crupier eficiente, una mesa de póquer con paletos de excursión en la ciudad a quienes desplumar y, a ser posible, crédito. Ese grupo va al Obelisco. Luego están los mencionados

paletos de viaje en la ciudad que solían venir al Inverness porque tenía fama de ser el casino de verdad. Pero han descubierto que prefieren el ambiente más sencillo, más divertido e inmoral del Obelisco. Es gente con mayor tendencia a ir al bingo que a la ópera.

—¿Y nosotros somos la ópera?

—Quieren cerveza barata, mujeres baratas. Si no, ¿para qué venir a la ciudad?

—¿Y el último grupo?

—La gente de los barrios del oeste —contestó Jack, señalando hacia la sala—. Los que no desean mezclarse con la plebe. Nuestros últimos fieles. De momento. Porque el Obelisco tiene planes de abrir otra sala de juego en año nuevo, con código de vestimenta, apuesta mínima incrementada y marcas de coñac más caras en el bar.

—Mmm... ¿Y qué propones que hagamos?

—¿Yo? —Jack se echó a reír—. Yo solo soy un recepcionista, señor.

—Y crupier. —Macbeth bajó la vista hacia la mesa de black-jack donde él, Lady y Jack se encontraran por primera vez—. Déjame que te pida un consejo, Jack.

—Un crupier solo observa cómo la gente hace sus apuestas, señor, nunca da consejos.

—Bien, en ese caso límitate a escuchar. Tourtell vino a mí para decirme que no quiere que me presente a las elecciones para alcalde.

—¿Tenía intención de hacerlo, señor?

—No lo sé. Lo he pensado a medias, casi lo he descartado y luego he vuelto a considerarlo. Sobre todo después de que Tourtell me quisiera explicar con aire de suficiencia lo que la política es realmente. ¿Qué opinas?

—Ay, estoy seguro de que sería un alcalde excelente, señor. ¡Imagine todo lo que usted y Lady podrían hacer por esta ciudad!

Macbeth observó el rostro arrebolado de Jack, la alegría indisimulada, su inocente optimismo. Como un reflejo de quien él mismo fuera una vez. Le asaltó la extraña idea de que le gustaría ser Jack, el recepcionista.

—También tengo mucho que perder —continuó Macbeth—. Si no me presento ahora, Tourtell me apoyará en las próximas elecciones. Acierta cuando dice que el alcalde actual casi siempre es reelegido.

—Mmm... —Jack se rascó la cabeza—. Salvo que surja un escándalo justo antes de las elecciones, claro. Un escándalo tan grave que la ciudad no pueda permitir que Tourtell continúe.

—¿En qué estás pensando?

—Lady me pidió que hiciera unas averiguaciones acerca del jovencito que el alcalde llevó a la fiesta. Mis fuentes me informan de que la esposa de Tourtell se ha mudado a la casa de veraneo de Fife, mientras que el chico se ha ido a vivir con él. Por decirlo de alguna manera, no llega a la edad mínima para tener relaciones sexuales consentidas. Lo que necesitamos son pruebas fehacientes de que fornican. Testigos. Por ejemplo, empleados domésticos de la residencia del alcalde.

—Pero Jack, ¡eso es fantástico! —La idea de pillar a Tourtell le emocionó tanto que a Macbeth le ardían las mejillas—. ¡Conseguiremos esas pruebas y luego haré que Kite organice un debate electoral en directo en que pueda echar al alcalde en cara su relación inadecuada, pillándolo desprevenido! ¿O qué?

—Puede ser.

—¿Puede ser? ¿Qué quieres decir?

—Estoy pensando, señor, que usted mismo fue a vivir con un hombre sin hijos cuando tenía quince años. Que el alcalde podría devolver el golpe al instante.

Macbeth sintió que la sangre abandonaba su rostro.

—¿Qué? ¿Qué Banquo y yo...?

—Tourtell no dudará si usted tira la primera piedra, señor. En el amor y la política todo está permitido. Al mismo tiempo, sería inapropiado que pareciera que ha abusado de su puesto como director de la policía para investigar la vida privada de Tourtell.

—Mmm... Tienes razón. ¿Tú cómo lo harías?

—Déjeme pensar un poco. —Jack bebió un trago de su café, y luego otro.

Después dejó la taza sobre la mesa que había entre ellos—. Habría que filtrar la información sobre el chico de manera indirecta. Mientras usted sea el contrincante de Tourtell seguirá siendo sospechoso de ser la fuente. Habría que hacer la filtración antes de que anuncie su candidatura. Sí, para estar seguro de no despertar sospechas tal vez debería anunciar que no va a presentarse a las elecciones, al menos no hasta dentro de cuatro años, que antes tiene una labor pendiente como director de la policía. Luego, cuando el escándalo haya descalificado a Tourtell, podrá decir, un tanto contrariado, que se pone a disposición de la ciudad en un momento difícil en que se necesita a un dirigente con muy poco preaviso. Se negará a comentar el escándalo de Tourtell cuando los periodistas pregunten, les demostrará que está por encima de ese tipo de cosas y se concentrará exclusivamente en cómo poner la ciudad en... eh, empleó usted una expresión muy adecuada en la radio, señor, ¿cuál era?

—Enderezar el rumbo —dijo Macbeth—. Ahora entiendo por qué Lady te utiliza de consejero, Jack.

—Gracias, señor. Pero no exagere mi importancia.

—No lo hago, pero tienes una visión excepcionalmente aguda para estos temas.

—Puede que resulte más fácil ser crupier y observador que ejecutante, señor, con el riesgo y los intensos sentimientos que acarrea eso.

—Yo creo que eres la leche como crupier, Jack.

—Como crupier le aconsejaría que estudiara sus cartas con aún más detalle, por si pudieran jugarse todavía mejor.

—¿Eh?

—Tourtell le prometió su apoyo en las próximas elecciones si no se presentaba ahora, pero ese apoyo valdría muy poco si se lo considerara públicamente un pedófilo, ¿no es cierto?

Macbeth se mesó la barba.

—Muy cierto.

—Así que debería pedirle otra cosa ya mismo. Dígale a Tourtell que ni

siquiera está seguro de presentarse a las siguientes elecciones. Que por eso prefiere pedirle algo concreto que pueda darle ahora.

—¿Y eso qué es?

—¿Qué desea, señor?

—¿Qué...? —Macbeth vio que Jack movía la cabeza en dirección a la sala—. ¿Más clientes?

—Sí. Los del Obelisco. Pero como director de la policía no tiene autoridad para clausurar el otro casino, aún en el caso de que dispusiera de indicios de que dan crédito de manera ilegal.

—¿No tengo autoridad?

—Casualmente, como crupier sé que las autoridades policiales pueden acusar a particulares, pero que solo la Comisión de Juego y Casinos puede clausurar un casino entero, señor. Y esa comisión depende de...

—Del ayuntamiento. De Tourtell.

Macbeth lo veía claro. No necesitaba power. Iba a tirar lo que le quedaba por el retrete. En algún lugar sonó una campanilla.

—Parece que tenemos clientes en la recepción, señor. —Jack se puso de pie.

Macbeth lo agarró por el brazo.

—Espera a que Lady oiga lo que hemos ideado. Seguro que se sentirá mejor al instante. ¿Cómo podríamos agradeceréte, Jack?

—No hace falta, señor. —Jack esbozó una media sonrisa—. Bastó con que me salvaran la vida.

Duff soportó las náuseas. Era el cuarto día de navegación, mas no había ningún indicio de mejora. Una cosa era el movimiento del barco; otra, el aire viciado de la cocina. Detrás de la puerta batiente había una mezcla de grasa rancia y leche agria; al otro lado, en el comedor donde los chicos comían, a sudor y tabaco. El cocinero había dejado a Duff a cargo del desayuno, le dijo que al menos eso tendría que ser capaz de hacerlo solo. Sacar el pan y el embutido, cocer huevos y preparar café, que hasta un grumete mareado en su primera travesía lo haría.

A Duff le habían avisado otra vez a las seis. Lo primero que hizo fue vomitar en el cubo junto a su litera. Todavía no había pasado dos noches en el mismo camarote, la falta de literas hacía que tuviera que tomar prestada la de quien estuviera de guardia pero, afortunadamente, le tocaron solo las de abajo y no tuvo que subir el cubo del vómito a la cama. Le dio tiempo a quitarse el jersey por la cabeza antes de que lo embistiera el siguiente acceso de náuseas. De camino a la cocina se había parado a vomitar en el retrete junto al camarote del contramaestre y en el lavabo de debajo de la escalera.

Había sacado el desayuno y los miembros de la tripulación que empezaban la guardia parecían haberlo tomado. Era hora de recoger antes de ponerse a preparar el almuerzo.

Duff inhaló y espiró profundamente tres veces en aquel aire enrarecido, se levantó y fue a la cantina. Había cuatro personas sentadas a la mesa más próxima. Llevaba la voz cantante un maquinista algo cargado de peso, de voz potente y axilas pobladas. Vestía una camiseta de Esso manchada de grasa y con

cercos de sudor y llevaba una gorra del Hull City Tigers. Cuando hablaba resoplaba antes y después, como si pusiera comillas a lo que decía. Lo que iba entrecomillado era, sin excepción, la denigración de aquel que ocupara el lugar más bajo en el escalafón.

—¡Eh, Chispa! —gritó el maquinista para asegurarse de que todo el mundo se enteraba de que se dirigía al chico de gafas del final de la mesa—. ¿No deberías pedirle aquí al nuevo pinche que te caliente un pudin de pescado para que puedas meter la polla y sentirte lo más cerca que vas a estar nunca de un coño? — Resopló antes de echarse a reír. Los otros solo le concedieron unas breves risas forzadas.

El joven telegrafista esbozó una sonrisa y bajó la cabeza todavía más hacia el plato.

El maquinista, al que Duff había oído que los otros llamaban Hutch, resopló.

—A juzgar por el desayuno de hoy, no sabrías calentar un pudin de pescado, ¿a que no, tío? —Volvió a resoplar.

Duff hizo lo mismo que el telegrafista, bajó la cabeza. Era cuanto iba a hacer hasta que llegaran al puerto de Capitol. Callarse, mantener las apariencias, pasar inadvertido.

—¡Contesta, pinche! ¿O llamas a esto huevos revueltos?

—¿Algo va mal? —preguntó Duff.

—¿Mal? —El maquinista puso los ojos en blanco exasperado y se volvió hacia los demás—. ¿El pringao pregunta si algo va mal? Solo que estos huevos revueltos parecen vómito y saben a vómito. Tu vómito. De tu cabezón verde y mareado.

Duff miró al maquinista. El tipo esbozaba un sonrisita, en sus ojos brillantes había algo perverso. Lo había visto antes. En Lorreal, en los ojos del director del orfanato.

—Lamento si los huevos revueltos no están a la altura de tus expectativas.

—«No están a la altura de tus expectativas»— imitó el maquinista y resopló

—. ¿Te crees que estás en un restaurante finolis de esos, o qué? En la mar queremos comida, no mierda en nuestra escudilla. ¿O qué, chicos?

Los hombres que lo rodeaban murmuraron para darle la razón, pero Duff vio que dos de ellos bajaban la mirada avergonzados. Seguramente le seguían la corriente para no ser el blanco de sus ataques.

—El cocinero estará de turno para el almuerzo —dijo Duff poniendo el embutido y los cartones de leche sobre la bandeja—. Esperemos que sea mejor.

—Lo que no va a mejorar es la pinta que llevas —dijo el maquinista—. ¿Tienes piojos? ¿Por eso llevas esa gorra? ¿Y qué pasa con esos asquerosos pelos de coño que llevas como barba? ¿Qué pasó, pinche? ¿Te pusieron el coño de tu madre donde los demás llevan la cara?

El maquinista miró esperanzado alrededor, pero esta vez los otros miraban al suelo.

—Se me ocurre una propuesta —dijo Duff, sabiendo que no debería. Sabía que se había prometido que no lo haría—. El Chispa puede meterte la polla en el sobaco, así tendrá un coño húmedo y a ti por fin te habrán dado lo que quieres.

El silencio en torno a la mesa era tan absoluto que solo se oía a Duff sirviendo los platos de queso, jamón y pepino sobre la bandeja.

—¿Qué has dicho, tío? —dijo el maquinista en voz baja, siseante. Esta vez no resopló.

—Voy a repetir la parte que más te interesa —dijo Duff dejando la bandeja—. Por fin tendrás polla —y alargó la «o» de polla para que no cupiera duda alguna de lo que estaba diciendo.

Duff se volvió hacia la mesa. El maquinista se había puesto de pie y avanzaba hacia él.

—Quítate las gafas —dijo.

—Sin ellas no veo una mierda —repuso Duff—. Y con ellas veo una mierda.

El maquinista echó el brazo atrás, anunció adónde iría el golpe y osciló. Duff retrocedió un paso, se balanceó un poco, y cuando el puño manchado de grasa negra pasó por su lado, dio rápidamente dos pasos al frente, agarró la otra mano

del maquinista, que había perdido el equilibrio, la apretó hacia la muñeca, puso la otra mano debajo del codo del maquinista y dejó que continuara moviéndose hacia delante mientras Duff se colocaba a su espalda. El maquinista gritó, se agachó instintivamente para aliviar la dolorosa presión sobre la muñeca en el momento en que Duff lo lanzaba hacia la pared con la cabeza por delante. Luego tiró del maquinista hacia atrás y volvió a empujarlo hacia delante. Su cabeza se estampó contra el tabique. Duff presionó el brazo derecho del maquinista indefenso hacia arriba, sintiendo que pronto algo tendría que ceder, partirse. El grito del maquinista se transformó en alarido, sus dedos buscaban desesperados la gorra de Duff. Este empujó la cabeza del maquinista contra el tabique por tercera vez. Se preparaba para la cuarta, cuando oyó una voz:

—¡Ya basta, Johnson!

Duff tardó un instante en recordar que ese era el nombre que había dado al embarcarse y que la voz pertenecía al capitán. Alzó la vista. El capitán estaba frente a ellos. Duff soltó al maquinista, que cayó de rodillas entre sollozos.

—¿Qué está pasando aquí?

Duff notó ahora su respiración acelerada. Su excitación. La furia.

—Nada, capitán.

—Conozco la diferencia entre nada y algo, Johnson. ¿Qué es esto? ¿Hutchinson?

Duff no estaba seguro, pero parecía que el hombre arrodillado lloraba.

Aclarándose la voz, dijo:

—Una apuesta amistosa, capitán. Yo quería demostrar que este truco de Fife es más eficiente que un puñetazo en gancho de Hull. Quizá me haya pasado un poco. —Dio una palmada en la espalda temblorosa del maquinista—. Lo siento, colega, pero ¿estaremos de acuerdo en que esta vez Fife ha derrotado a Hull?

El maquinista asintió hipando.

El capitán se quitó la gorra y miró a Duff con detenimiento.

—Así que un truco de Fife, ¿no?

—Eso es.

—Hutchinson, te necesitan abajo en máquinas. Los demás tenéis un trabajo que hacer, ¿o no?

La cantina se vació de inmediato.

—Sírreme una taza de café y siéntate —dijo el capitán.

Duff obedeció.

El capitán se llevó la taza a los labios un par de veces. Miró el café negro y murmuró para sí. Cuando Duff ya empezaba a preguntarse si se habría olvidado de que estaba allí, levantó la vista.

—No suelo considerar que merezca la pena averiguar mucho de cada uno de los miembros de la tripulación, Johnson. La mayoría son hombres sencillos con escasa vida interior, con un pasado en el que mejor no indagar y un futuro que no está a bordo del *Glamis*. Sé que en ningún caso estarán a mi servicio o serán mi problema tanto tiempo para que merezca la pena involucrarse demasiado. Lo único que me preocupa es su funcionamiento en grupo como mi tripulación.

El capitán bebió otro sorbo e hizo una mueca. Duff no supo si era por el café, porque le dolía algo o por el tema que los ocupaba.

—Pareces un hombre con formación e iniciativa, Johnson, pero no voy a preguntarte cómo has acabado aquí. Supongo que en ningún caso me enteraría de la verdad. Intuyo que eres una persona que sabe algo de cómo funciona un grupo. Sabes que siempre habrá una jerarquía en las bromas y en ellas todos tendrán su papel, su lugar. El capitán, arriba del todo; el chico que navega por primera vez, abajo del todo. Mientras cada cual acepte su lugar y el de los demás, tendremos una tripulación funcional. Exactamente como quiero que sea. Pero ahora mismo reina el desconcierto en los últimos puestos del escalafón del *Glamis*. Tenemos tres perdedores potenciales: el Chispa, porque es el más joven; tú, porque es tu primer viaje, y Hutchinson, porque es el más tonto y es muy difícil que le caiga bien a alguien. —Dio otro trago—. El Chispa habría sobrevivido a un viaje siendo el último mono. Es joven, lo bastante inteligente y aprenderá. Acabo de ver cómo tú, Johnson, subías varios puestos en el escalafón por lo que le has hecho a Hutchinson. Mi experiencia me dice que quizá

provocarás la situación precisamente para conseguirlo. Pero si conozco a Hutch, empezó él. Como el idiota que es, volvió a ponerse la zancadilla. Ya estará buscando a otra persona a quien someter. Probablemente un desgraciado que embarque en Capitol, donde necesitaremos un par de tripulantes porque la gente se desembarca del *Glamis* constantemente, ¿entiendes?

Duff se encogió de hombros.

—Ese es mi problema, Johnson. Que Hutch seguirá intentándolo, pero que haga lo que haga siempre será el más pringado. Habría preferido que se metieran con otro, con alguien que aceptara en silencio su destino, al menos de momento. Pero en vista de que Hutch es un liante perverso al que le parece que ya le han dado bastante cera en la vida y que le ha llegado el turno a otro, seguirá creando mal ambiente a bordo. No es un mal maquinista, pero la tripulación funcionará peor de lo que lo haría si él no estuviera. —Un sonoro sorbo al café—. Te preguntarás por qué no me deshago de él. Lo preguntas porque no eres marinero y no conoces los contratos del Sindicato de la Marina, que implican que estoy atado a Hutch hasta que tenga algo contra él que pueda considerarse una razón objetiva para dejarlo en tierra. Atacar físicamente a un compañero sería una razón, así...

Duff asintió.

—¿Así qué? Que todo lo que necesito es tu firma dirigida al Sindicato de la Marina, yo conseguiré al resto de los testigos.

—Estábamos de broma, capitán. No volverá a pasar.

—No, supongo que no. —El capitán se rascó debajo de la barbilla—. Como ya he dicho no suelo indagar en mi tripulación más de lo necesario. Pero debo decir que esa llave que le hiciste a Hutch solo se la he visto hacer a dos tipos de gente: a la policía militar y a la policía portuaria. El común denominador es, en todo caso, que son policías. Quiero saber la verdad.

—¿La verdad?

—Sí. ¿Te atacó?

Duff se quedó mirando al capitán largo rato. Probablemente hacía mucho que

sabía que Cliff Johnson no era su verdadero nombre y que su pinche de cocina no había trabajado en ningún restaurante. Todo lo que pedía era un sí y una firma falsa. Cuando se mencionara la identidad del tal Johnson, si es que llegaba a darse el caso, Duff estaría muy lejos de allí.

—Bien, esta es la verdad —dijo Duff viendo que el capitán se inclinaba sobre la mesa—. Solo estábamos de broma, jefe.

El capitán se reclinó en su silla. Se llevó la taza de café a los labios. Clavó la mirada en Duff por encima de la loza. No en sus ojos, sino más arriba, en su frente. La nuez del capitán subía y bajaba cuando tragaba. Dejó la taza vacía sobre la mesa con un golpe.

—¿Johnson?

—¿Sí, capitán?

—Me gustas.

—Capitán...

—No tengo motivos para pensar que soportes a Hutch más que ninguno de nosotros. Pero no eres un chivato. Puede que eso me venga mal como capitán, pero demuestra que eres íntegro. Eso lo respeto, no volveré a hablar del tema. Te mareas, y mientes, pero me vendrían bien más hombres como tú en mi tripulación. Gracias por el café. —El capitán se levantó y se marchó.

Duff se quedó sentado un instante. Luego llevó la taza vacía a la cocina y la dejó en el fregadero. Cerró los ojos, apoyó las manos en la encimera metálica y fría y aguantó el mareo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no había dicho la verdad, que Hutch era un matón?

Abrió los ojos. Vio su reflejo en la cazuela colgada debajo de un estante. Su corazón dio un vuelco. No se había percatado de que la gorra se le había subido hasta el nacimiento del cabello. Hutchinson la habría empujado al intentar cogerlo por la cara. La cicatriz lucía en la piel de su frente como la ancha estela de humedad condensada de un avión en el cielo. La cicatriz. Eso era lo que había mirado fijamente el capitán antes de dejar la taza.

Cerró los ojos, se dijo que debía tomárselo con calma, pensar bien las cosas.

Había partido del puerto tan temprano que los periódicos todavía no estaban en la calle, el capitán no podía haber visto ninguna foto de la busca y captura. Salvo que hubiera visto la cara de Duff en la retransmisión televisada de la rueda de prensa de la noche anterior. ¿Había sorpresa en la expresión del capitán al ver la cicatriz, si es que la había visto? No. ¿Quizá el capitán era un buen actor y no quería desvelar que lo había reconocido hasta que se lanzaran sobre él más tarde? Como había muy poco que Duff pudiera hacer al respecto, resolvió que el capitán no se había dado cuenta. ¿Y el resto de la tripulación? No, les había dado la espalda hasta que el capitán les ordenó que salieran. Salvo por Hutchinson, que estaba delante. Aunque hubiera visto la cicatriz, Duff no creyó que fuera de los que leen las noticias al detalle.

Volvió a abrir los ojos.

Dos días después, el miércoles, habrían llegado.

Cuarenta y ocho horas. Mantener la cabeza baja dos días. Tenía que lograrlo.

Empezó a sonar un órgano. Macbeth, de pie entre los bancos de la catedral, sintió que se le ponía la piel de gallina. No era la música la que le causaba escalofríos, ni el sacerdote, ni la necrológica pronunciada por el alcalde, ni el ataúd de Duncan que en ese momento seis hombres portaban por el pasillo, ni el hecho de que no hubiera tomado power. Cada vez que se movía, el grueso paño de lana rozaba su piel y le daba grima. El traje viejo era de un tejido más barato, gastado y cómodo. Por supuesto, podría haber escogido el traje negro nuevo que le habían llevado a la jefatura y que solo podía proceder de Hekate. Era de una lana de mejor calidad que la del uniforme pero, por alguna extraña razón, picaba más. Además, presentarse en un entierro vestido con algo que no fuera el uniforme policial era romper con el protocolo.

El ataúd pasó frente al banco de Macbeth. La esposa y los dos hijos de Duncan lo seguían con la vista baja. Uno de los chicos de pronto levantó la mirada y por casualidad se cruzó con la de Macbeth, quien la apartó instintivamente.

Todos se movieron hacia el pasillo central y se unieron a la comitiva. Macbeth se colocó a la altura de Tourtell y caminó a su lado.

—Bonitas palabras —dijo Macbeth.

—Gracias. Siento mucho que el ayuntamiento no aprobara correr con los gastos del entierro. Con el cierre de las fábricas y la caída de la recaudación de impuestos, me temo que el listón para ese tipo de honores se ha puesto cada vez más alto. No por eso deja de ser poco civilizado, en mi opinión.

—El consistorio cuenta con mi comprensión.

—Creo que no podemos decir lo mismo de la familia de Duncan. Su mujer me llamó y me dijo que deberíamos haber recorrido las calles con la comitiva, haber dado a la gente la oportunidad de demostrar que les importa, que quieren lo mismo que quería Duncan.

—¿Crees que la gente habría respondido?

Tourtell se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo sé, Macbeth. Mi experiencia con nuestros conciudadanos es que no les importan las supuestas reformas que emprendamos si eso no significa comida sobre la mesa y algo de dinero extra para una cerveza más. Creí que la ciudad estaba cambiando, pero, si fuera así, el asesinato de Duncan debería haber provocado una indignación generalizada. Por el contrario, parece que la gente ha aceptado que en esta ciudad el bien es derrotado y el único que ha abierto la boca ha sido Kite. ¿Irás mañana al entierro de Banquo y su hijo?

—Por supuesto. En la iglesia obrera. Banquo no era muy creyente, pero su mujer, Vera, está enterrada allí.

—Mientras que el funeral por la esposa y los hijos de Duff será aquí en la catedral, por lo que he podido saber.

—Sí. No estaré presente personalmente.

—¿Personalmente?

—Tendremos gente allí por si a Duff se le ocurre hacer acto de presencia.

—Ah, sí. Acompañar a tus propios hijos a la tumba. Uno no debería tener que

pasar por eso. Sobre todo si uno sabe que es culpable de ello.

—Sí, resulta curioso que la culpa quede marcada a fuego, mientras que el honor y la gloria se van con el agua de la ducha la primera noche.

—Por un momento has parecido un hombre que sabe algo de la culpa, Macbeth.

—En ese caso confesaré aquí y ahora que he arrebatado la vida a quien me era más cercano, alcalde.

Tourtell se detuvo un instante y miró a Macbeth.

—¿Qué estás diciendo?

—A mi madre. Murió en el parto. Caminemos.

—¿Y tu padre?

—Se enroló en un barco en cuanto supo que mi madre estaba embarazada y no volvió a aparecer. Me crié en un orfanato. Duff y yo nos criamos allí. Compartimos habitación. Supongo que nunca has visto una habitación de orfanato, Tourtell.

—Bueno, he inaugurado un par de ellos.

Habían llegado a la escalinata de la iglesia, donde los recibió el viento frío del noroeste. Macbeth se percató de que abajo, sobre la gravilla, el ataúd se inclinaba peligrosamente.

—Bueno, bueno —dijo Tourtell—. El mar también es una manera de escapar.

—¿Estás criticando a mi padre, Tourtell?

—Ninguno de los dos lo conocía, yo solo digo que el mar está lleno de hombres como él, que no aceptan la responsabilidad que la naturaleza les ha dado.

—Por eso los hombres como tú y como yo hemos de asumir una responsabilidad aun mayor, alcalde.

—Exacto. ¿Has tomado una decisión?

Macbeth carraspeó.

—Creo que lo mejor para la ciudad es que el director de la policía siga siéndolo y continúe con su cercana y productiva colaboración con el alcalde.

—Sabias palabras, Macbeth.

—Siempre que esa colaboración funcione, claro.

—¿A qué te refieres?

—A los rumores según los cuales en el Obelisco se ejerce la prostitución al amparo del casino y se concede crédito ilegal a algunos jugadores.

—La primera acusación es vieja, la segunda, nueva. Como sabes, suele resultar complicado llegar al fondo de esos rumores, por lo que suelen quedarse en meras habladurías.

—Tengo sospechas concretas en el caso de, al menos, dos jugadores. Aplicando métodos eficientes en los interrogatorios y prometiéndoles que me olvidaré del asunto podré, creo que sí, demostrar que el Obelisco les ha ofrecido crédito. Luego la Comisión de Juego y Casinos probablemente deba cerrar el lugar mientras se investiga con mayor detalle el alcance de las irregularidades cometidas.

El alcalde se tiró de una de sus múltiples papadas.

—¿Quieres decir que te abstendrás de presentarte a las elecciones a cambio de que el Obelisco cierre?

—Solo quiero decir que la dirección política y administrativa de la ciudad ha de ser consecuente en la aplicación de leyes y reglamentos. Si no, podrían resultar sospechosos de haberse dejado comprar por los que se salen con la suya.

El alcalde chasqueó la lengua. Igual que un niño comiéndose una aceituna, pensó Macbeth, que es una de esas cosas cuyo sabor acaba gustándote con el tiempo.

—Estamos hablando de una serie de supuestas irregularidades —dijo Tourtell como si hablara consigo mismo—. Como ya he dicho, puede resultar complicado llegar al fondo de esa clase de rumores. Lleva su tiempo.

—Mucho —dijo Macbeth.

—Avisaré a la comisión de que podrían llegar informaciones que hicieran necesario el cierre. Por cierto ¿dónde está la hermosa Lady? Esperaba que... puesto que ella y Duncan...

—No se encuentra muy bien, por desgracia. Pero pasará.

—Vaya. Dale recuerdos de mi parte y dile que se mejore. Supongo que deberíamos bajar a dar el pésame a la familia.

—Ve tú primero, yo iré después.

Macbeth vio a Tourtell oscilar escaleras abajo, agarrar la mano de la señora Duncan entre las suyas, vio que movía los labios ladeando la cabeza con profunda simpatía. Era innegable que recordaba a una tortuga. Pero el alcalde había dicho una cosa..., que el mar estaba lleno de ellos. De hombres que se habían escapado.

—¿Todo bien, jefe? —Era Seyton. Había esperado fuera, pues no soportaba las iglesias. No era un problema. Quienes podrían tener intención de acabar con la vida del director de la policía no estarían allí dentro.

—Comprobamos todos los barcos de pasajeros que salían de la ciudad —dijo Macbeth—. Pero ¿alguien pensó en comprobar el resto de los barcos?

—¿Te refieres a si llevaban polizones?

—Sí. O gente que se hubiera enrolado, sin más.

—No creo.

—Manda una descripción detallada a todas las embarcaciones que hayan salido del puerto desde ese día. Inmediatamente.

—Vale, jefe. —Seyton bajó la escalera con dos zancadas y desapareció tras la esquina.

Meredith. Meredith ya no existía. Mas la cicatriz de su corazón seguía allí. Aun así, Macbeth no iría al entierro. Porque hacía mucho que ella dejó de existir, tanto que ya no recordaba quién era. Tanto que ya no recordaba quién era él entonces.

Se apoyó sobre la otra pierna, sintió el roce de la tela en la cara interior del muslo, el olor a lana mojada. Y se estremeció.

Duff estaba en la cocina mirando hacia la tripulación reunida en la cantina. Tras comerse el almuerzo, ahora liaban cigarrillos y hablaban en voz baja, bebiendo café. Había uno que estaba sentado solo. Hutchinson. El gran esparadrapo color carne de su frente era señal de la paliza que le habían dado para quienes no habían estado presentes. Hutchinson intentaba aparentar que meditaba sobre algo que requería concentración mientras chupaba el cigarrillo de tabaco de liar, pero no era lo bastante buen actor para no parecer perdido.

—Mañana arribamos a puerto —dijo el cocinero fumando, apoyado en la encimera—. Has aprendido deprisa. ¿Quieres más vueltas?

—¿Cómo?

—¿Te apuntas al siguiente viaje?

—No —dijo Duff—. Pero gracias por preguntar.

El cocinero se encogió de hombros. Duff vio a uno que llegaba tarde al almuerzo hacer equilibrios con su escudilla de estaño hacia la mesa de Hutchinson hasta que levantó la vista, vio quién estaba allí sentado y optó por hacerse sitio en una mesa que ya estaba llena. Duff vio que Hutchinson se había dado percatado y se concentraba todavía más en su colilla pestañeando varias veces.

—¿Queda algo de esa tarta de queso de ayer?

Duff se volvió. Era el primer maquinista, que estaba de pie en la puerta batiente con gesto esperanzado.

—Lo siento —dijo el cocinero—. Nada de nada.

—Espera un momento —terció Duff—. Creo recordar que guardé un trocito.
—Fue hacia la cámara refrigerada, cogió un platillo tapado con papel de plata y volvió. Se lo ofreció al primer maquinista—. Está bastante fría.

—No pasa nada —dijo este relamiéndose—. Me gusta fría.

—Una cosa...

—¿Sí?

—Hutchinson...

—¿Hutch?

—Sí. Parece un poco..., bueno, tristón. Solo estaba pensando en algo que me dijo el capitán: que Hutchinson es un buen maquinista. ¿Es cierto?

El primer maquinista negó con la cabeza mirando a Duff algo desconcertado.

—Supongo que vale para lo suyo.

—Tal vez sería bueno que alguien se lo dijera.

—¿Decirle qué?

—Que vale.

—¿Por qué?

—Creo que a lo mejor necesita oírlo.

—Pues no sé yo... Si ensalzas demasiado a la gente, solo consigues que pidan más sueldo y descansos más largos.

—Cuando empezaste como maquinista, ¿el primer maquinista te transmitía la sensación de que le hacías buena falta?

—Sí, pero es que era el caso.

—Intenta recordar lo buen maquinista que en realidad eras entonces.

El primer maquinista se quedó un rato con la boca entreabierta. En ese mismo instante el barco dio un bandazo y se oyó un griterío en la cantina.

—¡Joder! ¡Coño! —gritó el cocinero.

Al volverse, Duff vio que el gigantesco caldero de sopa se había caído al suelo. Observó la espesa sopa de habas verde desparramada. Su estómago se vació sin preaviso, sintió el vómito en la garganta y apenas tuvo tiempo de llegar hasta el marco de la puerta antes de que saliera de su boca como un surtidor.

—Bien, novato —dijo el primer maquinista—. ¿Algún otro buen consejo? —
Se dio la vuelta y se marchó.

—Pero joder, Johnson —gimió el cocinero pasándole un rollo de papel—.
¿Todavía no has acabado con eso?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Duff limpiándose la boca.

—Marejada repentina. A veces sucede.

—Ve a descansar un rato. Yo lo limpiaré.

Cuando Duff acabó de fregar el suelo, fue a la cantina y recogió los cacharros.
Solo quedaban tres hombres en torno a una de las mesas, además de Hutch, que
no se había movido de la suya.

Duff escuchó la charla a su espalda mientras apilaba escudillas de estaño y
vasos sobre la bandeja.

—La marejada tiene que haber sido por un terremoto, un desprendimiento o
algo así —dijo uno de ellos.

—A lo mejor están probando explosivos —repuso otro—. Dicen que los
soviéticos tenían algo en el mar de Barents, parece que esas ondas expansivas
dan la vuelta al mundo.

—¿No te han avisado de nada de eso, Chispa?

—No —rio Chispa—. Lo único emocionante que he recibido ha sido una
orden de busca y captura de un tipo con una cicatriz que le cruza la cara.

Duff se puso tenso. Siguió recogiendo sin dejar de escuchar.

—Sí, sí, va a ser una gozada bajar a tierra mañana.

—Sí, joder. Mi mujer dice que está embarazada otra vez.

—A mí no me mires.

Hubo risas amables en torno a la mesa.

Duff se dio la vuelta con la bandeja en las manos. Hutchinson había levantado
la cabeza y de pronto su espalda se puso tiesa como una espada. Las pocas veces
que se habían cruzado después de la pelea de allí abajo Hutchinson había bajado
la vista y evitado la mirada de Duff, pero ahora lo miraba con los ojos muy

abiertos. Como un buitre que sin esperarlo acaba de vislumbrar un animal herido e indefenso.

Duff empujó la puerta de la cocina con el pie y la oyó batir tras él. Dejó la bandeja en la encimera. ¡Mierda, mierda! Ahora no, ahora que solo faltaban menos de veinticuatro horas para llegar a tierra.

—Vaya despacio por aquí —dijo Caithness mirando por el parabrisas.

El taxista redujo la velocidad, avanzaron lentamente por delante del Obelisco. La gente salía en oleadas a la calle por la puerta principal. Había dos coches patrulla aparcados en la acera. Las luces azules giraban despacio.

—¿Qué pasa? —dijo Lennox metiendo su cara pálida en el hueco de los asientos delanteros. Al igual que Caithness todavía iba de uniforme, pues el taxi los había recogido en la puerta de la iglesia nada más finalizar el funeral de Duncan—. ¿Ha saltado la alarma contra incendios?

—La Comisión de Juego y Casinos lo clausura hoy —dijo Caithness—. Hay sospechas de infracción de la ley de casinos.

Vieron que uno de los policías hacia salir a un hombre que gesticulaba alterado. Iba vestido con un traje claro, camisa floreada y tenía unas patillas impresionantes. Parecía que el tipo intentaba explicarle algo al agente, pero era evidente que este hacía rato que había dejado de escucharle.

—Una pena —dijo el taxista.

—¿Qué da pena? —preguntó Lennox—. ¿Que se aplique la ley?

—Aplicar y aplicar... En el Obelisco al menos podías tomarte una cerveza y echar una partida de cartas sin tener que trajearte y sin arruinarte. Hablando de cerrado, ¿saben que la fábrica a la que se dirigen está cerrada?

—Sí —respondió Caithness, pensando que era lo único que sabía.

El agente Angus había llamado por la mañana y le había pedido con insistencia que se llevara al comisario Lennox de Anticorrupción a Estex, que les contaría el resto cuando llegaran. Que se trataba de corrupción al más alto nivel, que de momento no debían mencionarle la reunión a nadie. Cuando ella

respondió que creía que no conocía a ningún agente Angus, le explicó que era el tipo de la Guardia Real que llevaba el pelo demasiado largo a quien solía saludar en el ascensor. Lo recordaba. Era majo. Parecía más un hippie ingenuo y alejado de la realidad que un miembro de la Guardia Real.

Siguieron su trayecto por las calles. Vio a los desempleados arrimados a las fachadas de las casas para guarecerse de la lluvia, con la colilla en los labios, las gabardinas mojadas, las miradas hambrientas y cansadas. Hienas. No porque fueran así de nacimiento, sino por la ciudad. Duncan había dicho que si lo que hay en el menú es carroña, serás carroñero, da igual lo que pensaras ser. Que hicieran lo que hicieran en la jefatura, la mejor medida para reducir la tasa de delincuencia era poner de nuevo a los ciudadanos a trabajar.

—¿Van a reabrir Estex? —preguntó el taxista mirando a Caithness con los ojos entornados.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Creo que Macbeth es más listo que Duncan, menudo imbécil.

—¿Sí?

—¿Cerrar una fábrica que funcionaba perfectamente solo porque dejaba escapar alguna porquería? Joder, todos los que trabajaban allí fuman, morirán contaminados de todas formas. Eran cinco mil puestos de trabajo. ¡Cinco mil puestos de trabajo que esta ciudad necesitaba! Solo un tipo de clase alta de Capitol puede ser tan finolis. Macbeth, por el contrario, es de los nuestros, lo entiende y actúa en consecuencia. Dejen que Macbeth decida un poco y a lo mejor la gente de esta ciudad podría permitirse coger un taxi.

—Hablando de Macbeth —dijo Caithness volviéndose hacia el asiento trasero—. Ha cancelado la reunión matinal dos días seguidos y al salir de la iglesia estaba muy pálido. ¿Está enfermo?

—Él no —contestó Lennox—, Lady. Macbeth casi no ha pasado por jefatura.

—Está muy bien que cuide de ella, claro, pero es el director de la policía y tenemos una ciudad a nuestro cargo.

—Pues menos mal que nos tiene a nosotros —sonrió Lennox.

El taxi se detuvo frente al portón del que colgaba una cadena con candado cortada. La señal de CERRADO se hallaba sobre el asfalto lleno de baches. Caithness se bajó, se colocó junto a la ventanilla del conductor y echó un vistazo por el desértico paisaje de las fábricas abandonadas mientras esperaba el cambio. No había cabinas y los teléfonos de Estex probablemente estarían cortados.

—¿Cómo vamos a conseguir un taxi para volver? —preguntó.

—Aparcaré aquí y esperaré —dijo el taxista—. De todas maneras no hay forma de pillar una carrera en la ciudad.

Tras el portón había un torno oxidado y una pila de palés de madera putrefactos. Junto a la puerta mecánica se veía una puerta entreabierta.

Caithness y Lennox entraron en la nave. Dentro hacía frío, aún más bajo el gran techo abovedado que había a continuación. Los hornos asemejaban los gigantescos bancos de una iglesia que se alargaba hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Hola? —llamó Caithness y el eco la estremeció.

—¡Aquí! —La voz llegó de lo alto, donde habían construido el despacho del capataz y su puesto de vigilancia.

«Como la torre de una cárcel —pensó Caithness—. O un púlpito.»

El chico estaba allí arriba señalando una escalera de acero.

Caithness y Lennox subieron los peldaños.

—Soy el agente Angus —se presentó dándoles la mano. Su rostro traslucía que estaba nervioso, pero también decidido.

Le siguieron hasta el despacho del capataz, que olía a una mezcla de sudor reseco y tabaco. Las grandes ventanas que daban a la nave de la fábrica estaban cubiertas por una extraña capa amarillenta, como un esmalte quemado sobre el cristal. Sobre las mesas había archivadores que parecían sacados de las estanterías de la pared. El joven iba sin afeitarse, vestía unos estrechos vaqueros gastados y una parca verde militar.

—Gracias por venir tan rápido —dijo Angus indicando con la mano las sillas de madera manchadas de pintura.

—No quiero presionarte, pero espero que esto sea importante —dijo Lennox sentándose—. He tenido que posponer una reunión urgente.

—En vista de que tenéis poco tiempo, de que todos disponemos de poco tiempo, iré al grano.

—Gracias.

El chico se cruzó de brazos. Movía las mandíbulas y su mirada era insegura, pero había en él algo resuelto, como alguien que sabe que tiene razón.

—Dos veces he sido creyente —dijo Angus, y tragó saliva. Caithness comprendió que repetía un texto que había escrito y memorizado para la ocasión—. Y dos veces he perdido la fe. La primera vez creí en Dios. La segunda, en Macbeth. La primera porque no existe. La segunda porque no es quien pretende ser. Macbeth no es ningún redentor. Es un asesino corrupto. Solo quería decir esto primero para que sepáis por qué lo hago: para liberar a la ciudad de Macbeth.

En el silencio que siguió oyeron los profundos suspiros de las gotas que caían en el suelo de la nave de la fábrica. Angus respiró hondo.

—Fuimos...

—¡Alto! —dijo Caithness—. Gracias por tu honestidad, Angus, pero antes de que digas nada más, el inspector Lennox y yo tendremos que decidir si queremos escucharlo o no.

—Deja que Angus acabe —dijo Lennox—. Luego podremos discutirlo sin presencia de extraños.

—Espera —dijo Caithness—. No habrá marcha atrás si nos dan información que...

—Nos enviaron al club para matarlos a todos —dijo Angus.

—No quiero escucharlo —dijo Caithness levantándose.

—No íbamos a detener a nadie —continuó Angus alzando la voz—. Fuimos nosotros quienes empezamos a disparar contra los Norse Riders y ellos tuvieron tiempo de disparar una... —añadió, levantando un índice que temblaba tanto como su voz— ¡una jodida bala en su defensa! A diferencia de nosotros...

Caithness caminaba a grandes zancadas para ahogar las palabras de Angus, abrió la puerta, e iba a salir cuando oyó su nombre y se quedó petrificada.

—... Duff en Fife. De la casa no salió ni un solo disparo. Porque él no estaba allí. Cuando entramos, después de haberla arrasado, encontramos a una niña y a un niño y a su madre que... —dijo, pero la voz lo traicionó.

Caithness se volvió hacia él. El chico se apoyaba sobre la mesa y cerraba los ojos con fuerza.

—... que había intentado protegerlos con su propio cuerpo en el dormitorio.

—No, no... —se oyó susurrar Caithness.

—Fue Macbeth quien dio la orden —dijo Angus—. Fue Seyton quien se aseguró de que la Guardia Real la cumpliera hasta el más mínimo detalle. Incluyéndome... —carraspeó—a mí.

—¿Por qué demonios iba Macbeth a ordenar esas... matanzas? —preguntó Lennox escéptico—. Podía haberse limitado a arrestarlos, tanto a Duff como los Norse Riders.

—Puede que no —dijo Angus—. Tal vez supieran algo de Macbeth que lo obligaba a silenciarles.

—¿Cómo qué?

—¿No os habéis preguntado por qué los Norse Riders se vengaron de Banquo? ¿Por qué no mataron a quien había dado las órdenes, al mismo Macbeth?

—Es fácil de responder —gruñó Lennox—. Macbeth está mejor protegido. ¿Tienes una sola prueba de lo que dices?

—Estos ojos —dijo Angus señalándoselos.

—Son tuyos, igual que tus acusaciones. Dame una sola razón para que te creamos.

—Hay una razón —dijo Caithness que avanzaba despacio de vuelta a su silla—. Es fácil conseguir que otros miembros de la Guardia Real confirmen o nieguen las acusaciones de Angus y, si son falsas, perderá el trabajo, lo condenarán y tendrá unas pésimas expectativas de futuro. Y lo sabe.

Angus se rio.

Caithness enarcó una ceja, sorprendida.

—Perdón, ¿he dicho alguna tontería?

—Es la Guardia Real —dijo Lennox—. «Fidelidad, hermandad, bautizados en el fuego unidos por la sangre.»

—¿Perdón?

—Nunca conseguirás que nadie de la Guardia Real diga nada que pueda perjudicar a Macbeth —explicó Angus—. O a Seyton. O a ninguno de los otros hermanos.

Caithness se puso de jarras.

—¿Así que vienes a nosotros con esas acusaciones de matanzas a pesar de que sabes que no hay ninguna manera de demostrarlas?

—Macbeth me pidió que quemara el cadáver de un bebé de la masacre del club —dijo Angus. Se manoseaba la cadena—. Aquí, en uno de los hornos.

Caithness se estremeció. Se arrepentía de haber vuelto. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué no estaba ya en el taxi alejándose de aquello?

—Dije que no —prosiguió Angus—. Pero eso significa que otro lo habrá hecho. Tal vez él mismo. He mirado en los hornos, uno de ellos se ha usado hace poco. Pensé que si tus técnicos lo revisan, tal vez encuentren pistas. Huellas dactilares, restos de huesos, ¿qué sé yo? Si encontráis algo, Anticorrupción podría seguir con el caso.

Lennox y Caithness intercambiaron miradas.

—La policía no puede investigar a su propio director —dijo Lennox—. ¿No lo sabías?

Angus frunció el ceño.

—Pero... ¿Anticorrupción no es...?

—No, no podemos llevar a cabo investigaciones internas —dijo Lennox—. Si vas a ir a por el director de la policía tendrás que presentarles las pruebas al consistorio y a Tourtell.

Angus negó con la cabeza desesperado.

—No, no. ¡Todos ellos están más que vendidos! Tenemos que hacerlo por nuestra cuenta, debemos acabar con Macbeth desde dentro.

Caithness no respondió. Se limitó a concluir que Angus tenía razón. Nadie del consistorio, incluido el alcalde, se atrevería a atacar abiertamente a Macbeth. Kenneth se había asegurado de que la Dirección General de la Policía tuviera poder legal para atajar con fuerza ese tipo de rebeliones políticas.

Lennox consultó su reloj.

—Tengo una reunión dentro de veinte minutos. Te aconsejo que dejes este asunto hasta que tengas algo concreto, Angus. Entonces podrás arriesgarte con el ayuntamiento.

El agente parpadeó incrédulo.

—¿Arriesgarme? —dijo con voz temblorosa.

Se volvió hacia Caithness. Su rostro dejó traslucir desesperación, ruego, miedo y esperanza como si fuera un lienzo en blanco. De pronto ella comprendió que Angus no le había pedido que acudiera allí porque necesitara que la policía Científica investigara los hornos. Cuando Angus fuera a presentar el caso a Anticorrupción necesitaría un testigo, una tercera persona que imposibilitara a Lennox fingir que no tenía esa información que, pasara lo que pasara, podía resultar incómoda. Angus había elegido a Caithness sencillamente porque ella le había sonreído con amabilidad en el ascensor. Porque tenía aspecto de ser una persona en quien poder confiar.

—¿Inspectora Caithness? —dijo en voz baja, casi rogando.

Ella respiró hondo y dijo:

—Lennox tiene razón, Angus. Nos pides que atacemos a un oso armados con una espada de cartón.

Los ojos de Angus se llenaron de lágrimas.

—Tenéis miedo. —Le costaba hablar—. Me creéis. Si no, os habríais marchado. Pero tenéis miedo. Porque me creéis. Porque os he demostrado de lo que Macbeth es capaz.

—Pongámonos de acuerdo en que esta reunión no ha tenido lugar —dijo

Lennox encaminándose a la puerta.

Caithness se disponía a seguirle cuando Angus la cogió del brazo.

—Un bebé —susurró ahogado por el llanto—. Cabía en una caja de zapatos.

—Fue una víctima inocente en la lucha contra una mafia delictiva —repuso ella—. Son cosas que pasan. Que Macbeth quiera ocultárselo a la prensa para evitar que un escándalo salpique a la policía no significa que sea un asesino.

Caithness notó que Angus soltaba su brazo como si quemara. Dio un paso atrás y la miró. Caithness se volvió y se marchó.

En la escalera de acero que descendía a la nave, el frío golpeó sus mejillas encendidas.

De camino a la puerta se detuvo frente a uno de los hornos. Había rayas y marcas en la capa de polvo gris.

Lennox, en la puerta de la fábrica, hacía señas al taxista para que se acercara al portón y no tuvieran que cruzar a la carrera bajo el martilleo de la lluvia.

—¿Qué crees que pretende Angus? —preguntó él.

—¿Pretender? —Caithness se giró hacia la caseta del capataz.

—Tiene que entender que es demasiado joven para un puesto de mando —dijo Lennox—. ¡Eh! ¡Hacia aquí! ¿Solo quiere honor y fama?

—Tal vez sea como dice, alguien tendría que parar a Macbeth.

—¿La llamada del deber? —Lennox rio un instante y Caithness oyó la gravilla crujir bajo los neumáticos—. Todo el mundo quiere algo, Caithness. ¿Vienes?

—Sí. —Apenas distinguía la silueta de Angus allá arriba, detrás de la ventana. No se había movido desde que lo dejaron solo. Seguía allí de pie. Como si esperara algo.

¿Cuánto tardaría Lennox en informar a Macbeth del intento de sublevación?

¿Qué haría ella con lo que Angus les había contado?

Se llevó la mano a la mejilla. Sabía a qué se debía el calor. Se había sonrojado. De vergüenza.

Lennox atajó por el vestíbulo de la estación central. Le gustaban los atajos.

Siempre había sido así. Había comprado golosinas para hacer amigos, fanfarroneado con que se había tirado de cabeza desde la grúa del muelle y había pagado a la chica que trabajaba en el quiosco Indigo para que le hiciera una paja. Se había comprado zapatos con más cuña que los del resto, había copiado en los exámenes y, a pesar de eso, mentía sobre las notas al conocer sus resultados. Su padre solía decir, preferentemente durante las reuniones familiares y sin disimular a quién se refería, que solo un hombre sin principios tomaba atajos. Cuando su padre hizo una donación menor a la universidad privada para ahorrarle a Lennox y a sí mismo la vergüenza de estudiar en la pública, Lennox también había falsificado su expediente universitario. No para enseñárselo a sus potenciales empleadores, pero su padre había pedido verlo. Lo desenmascararon, claro, puesto que Lennox no tenía agallas para resistir la mirada desconfiada de su padre y su interrogatorio. Su padre le dijo que no entendía cómo un blandengue como él podía mantenerse de pie, ¿si no tenía esqueleto!

Vale, pero al menos tenía agallas para no hacer ni caso a los camellos que se le acercaban y le murmuraban sus ofertas. Reconocían a un adicto cuando lo veían. No era así como se hacía con la poción, pues se la enviaban en sobres marrones sin remitente. O cuando de vez en cuando pedía un tratamiento especial, le vendaban los ojos y lo llevaban, como a un prisionero de guerra, al pelotón, a la cocina secreta donde le daban su pico directamente de la marmita.

Pasó por delante de *Bertha Birnam*, donde Duff se había tragado el farol del juez de Capitol. Hekate no le había dicho que Macbeth mataría a la mujer y a los hijos de Duff. Lennox apretó el paso al cruzar la plaza de los Trabajadores, como si tuviera que apresurarse antes de que ocurriera algo. Que le ocurriera a él.

—Macbeth está ocupado —dijo el menudo recepcionista del Inverness.

—Dile que soy el inspector Lennox. Que es importante y no me llevará más de un minuto.

—Deje que le llame, señor.

Mientras Lennox esperaba, miró alrededor. No podía explicar por qué, pero era como si faltara algo. Un toque final de alguna clase. Tal vez solo fuera que el

ambiente había cambiado, que caballeros no tan bien vestidos reían demasiado alto camino de la sala de juego. No había visto ese tipo de clientes la última vez.

Macbeth bajó por la escalera.

—Buenos días, Lennox.

—Buenos días, director. Hay mucha gente hoy.

—Jugadores diurnos, vienen directos del Obelisco. La Comisión de Juego y Casinos lo cerró hace unas horas. Sentémonos aquí. Lo lamento, pero no dispongo de mucho tiempo.

—Gracias. Solo quería informarte de una reunión que ha tenido lugar hoy.

Macbeth bostezó.

—Ah, ¿sí?

Lennox tomó aire. Dudó. Porque, claro, había millones de frases con que empezar. Miles de maneras de formular el mismo mensaje. Cientos de primeras palabras para escoger. Y sin embargo, solo dos opciones.

Macbeth frunció el ceño.

—Señor —dijo el recepcionista—. Un mensaje de la mesa de black-jack. Preguntan si podemos conseguirles otro crupier más. Hay cola.

—Voy, Jack. Perdona la interrupción, Lennox, de estas cosas suele ocuparse Lady. ¿Y bien?

—Sí. La reunión... —Lennox pensó en quienes le esperaban en casa. En su hogar. En el jardín. En el vecindario seguro donde los niños no estaban expuestos a porquerías. En la universidad en que estudiarían. En el cheque con su salario que lo hacía posible. Además de los ingresos adicionales que se habían hecho imprescindibles para mantenerlo todo. No era por él, era por la familia, la familia, la familia. Su familia, no por una casa en Fife, no...

—¿Y?

Se abrió la puerta principal.

—¡Jefe!

Se volvieron. Era Seyton. Estaba sin aliento.

—Le tenemos, jefe.

—¿Hemos encontrado a...?

—A Duff. Y tenías razón. Está a bordo de un buque que zarpó de aquí. El *Glamis*.

—¡Fantástico! —Macbeth se giró hacia Lennox—. Tendrás que esperar, inspector, debo salir corriendo.

Lennox se quedó sentado mientras los otros dos desaparecían por la puerta.

—Un hombre ocupado. —Sonrió el recepcionista—. ¿Un café, señor?

—No —dijo Lennox con mirada perdida. La oscuridad ya había anunciado su presencia pero todavía faltaban varias horas para el próximo chute. Una eternidad—. Pensándolo bien, sí gracias. —Una eternidad para un hombre sin principios.

—¿Adónde vas? —susurró Meredith.

—No lo sé —contestó Duff intentando acariciarla, pero la mano no alcanzaba su mejilla—. Tengo una dirección. Pero no sé qué hay allí.

—Entonces ¿por qué vas?

—Lo escribieron justo antes de que Banquo y Fleance murieran. Pone «puerto seguro»; si estaban huyendo, puede que también sea un puerto seguro para mí. No lo sé, no tengo otra cosa, mi amor.

—En ese caso...

—¿Dónde estáis?

—Aquí.

—¿Dónde es aquí? ¿Qué hacéis?

Meredith sonrió.

—Estamos esperándote. Todavía es el minicumpleaños.

—¿Dolió?

—Un poco. Ya ha pasado.

Duff sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Ewan y Emilie estaban asustados?

—Chist, cariño, no hablemos de eso ahora.

—Pero...

Le tapó la boca con la mano.

—Chist, están durmiendo. No los despiertes.

Su mano. No podía respirar. Intentó apartarla, pero ella era demasiado fuerte.

Duff abrió los ojos.

En la oscuridad, encima de él, vio una silueta, alguien que le tapaba la boca. Intentó gritar y agarró una muñeca peluda, pero el otro era demasiado fuerte. Comprendió de quién se trataba cuando oyó el resoplido: Hutchinson. Este se inclinó y le susurró al oído:

—Ni una palabra, Johnson. O mejor dicho: Duff.

Lo habían descubierto. ¿Le habrían puesto precio a su cabeza, vivo o muerto? Había llegado la hora de la venganza. ¿Cuchillo? ¿Punzón? ¿Martillo?

—Escúchame, Johnson. Si despertamos al de la litera de arriba, se acabó, ¿entiendes? ¿Por qué el maquinista le había despertado y no se había limitado a matarlo?

—La policía vendrá a buscarte cuando atraquemos en Capitol, Johnson. — Apartó la mano de la boca de Duff—. Estás advertido, estamos en paz.

El camarote se iluminó un instante cuando se abrió la puerta. Luego se cerró y el hombre había desaparecido.

Duff pestañeó en la oscuridad, pensó por un momento que Hutchinson también había sido parte del sueño. Alguien tosió en la litera superior. Duff no sabía quién dormía allí, compartían las pocas que había e iban cambiándose. El cocinero le había explicado que la falta de camas se debía a que a la ida habían transportado «unas cajas jodidamente importantes de munición». Habían tenido que quitar literas y utilizar dos de los camarotes porque el reglamento solo permitía almacenar una determinada cantidad de explosivos en el mismo lugar del barco. Únicamente los que llevaban galones en el uniforme tenían un camastro fijo. Duff puso los pies en el suelo y se precipitó por el pasillo. Vio la espalda sucia de la camiseta de Esso camino de la escalerilla que llevaba a los motores.

—¡Espera!

Hutchinson se volvió.

Duff corrió hasta él.

El maquinista seguía teniendo los ojos brillantes, pero no había en ellos rastro

de maldad.

—¿De qué hablas? —dijo Duff—. ¿Policía? ¿Estar en paz?

Hutchinson se cruzó de brazos. Resopló.

—Fui a ver al Chispa para... —dijo, y soltó otro resoplido— pedirle perdón. El capitán estaba allí dentro hablando por la radio. Estaban de espaldas, no me oyeron llegar.

Duff sintió que su corazón dejaba de latir y se cruzó de brazos.

—Sigue.

—El capitán dijo que tenía un tal Johnson que coincidía con quien buscaban. Que tenías una cicatriz en el careto y que te habías enrolado en la fecha que decían. La voz de la radio dijo que el capitán no debía hacer nada, que Duff era peligroso, que la policía estaría preparada cuando llegáramos a puerto. El capitán dijo que mejor así después de haberte visto en acción en el comedor. — Hutchinson se pasó dos dedos por la frente.

—¿Por qué me avisas?

El maquinista se encogió de hombros.

—Fue el capitán quien me dijo que le pidiera perdón al Chispa. Dijo que la única razón por la que podría conservar el trabajo un poco más era que te habías negado a chivarte. Y yo quiero el trabajo...

—¿Eso es lo que quieres?

El maquinista resopló.

—No me queda más remedio. Es para lo único que sirvo, según el primer maquinista.

—Ah, ¿sí? ¿Eso te ha dicho?

Hutchinson soltó una risita.

—Se me ha acercado esta noche y ha dicho que no me hiciera ilusiones, que soy un grano en el culo de este carguero, pero un buen maquinista. Luego se ha ido, así, sin más. Hay mucho tío raro enrolado en este barco, ¿o qué? —Se echó a reír. Casi parecía feliz—. Mejor me voy ahí abajo, donde hago falta.

—Espera. ¿De qué le sirve a un hombre condenado a muerte que le cuentes

que lleva una cuerda alrededor del cuello? No tengo ninguna posibilidad de escapar antes de que llegemos a puerto.

—Ese no es mi problema, Johnson. Estamos en paz.

—¿Lo estamos? Tu buque transportó las metralletas que mataron a mi mujer y a mis hijos, Hutchinson. No, no es tu problema y no fue el mío que el capitán me pidiera que le diera una razón para echarte.

Resoplido.

—Pues tírate al mar, hombre. Aléjate nadando. Son solo unos cuartos de milla. Plazo de entrega a las nueve, Johnson. —Resoplido.

Duff vio cómo el maquinista desaparecía en las entrañas del barco. Luego se acercó al ojo de buey, miró al mar. Amanecía. Faltaban ocho horas para tocar tierra. Había oleaje. ¿Cuánto tiempo era posible nadar en aquellas condiciones, en un agua tan fría? ¿Veinte minutos? ¿Media hora? Cuando estuvieran acercándose a tierra seguro que el capitán pondría a alguien a vigilarle. Duff apoyó la frente contra el cristal.

No había salida.

Volvió al camarote. Miró el reloj. Las cinco menos cuarto. Solo faltaba un cuarto de hora para tirarse de la cama, como decían a bordo. Se tumbó en el camastro y cerró los ojos.

Podía ver a Meredith, sobre la roca, saludándole al otro lado del agua; lo llamaba:

—Estamos esperándote.

«Como en un sueño», pensó Macbeth. O como nadar en una cueva subterránea. Así tenía que ser andar en sueños. Sujetó la linterna en una mano y a Lady con la otra. Dejó que la luz pasara sobre la mesa de la ruleta y las sillas vacías. Siguieron caminando. Las sombras se deslizaban por las paredes como fantasmas. El cristal falso brillaba sobre sus cabezas.

—¿Por qué no hay nadie? —preguntó Lady.

—Todos se han ido a casa —dijo Macbeth, iluminó un vaso de whisky medio

vacío sobre una de las mesas de póquer y sus pensamientos fueron automáticamente hacia la droga. Había empezado a notar su falta, pero se mantenía firme. Estaba fuerte, más que nunca—. Solo estamos tú y yo, mi amor.

—Pero si nosotros nunca cerramos. —Soltó su mano—. ¿Has cerrado el Inverness? Lo has cambiado todo. ¡No reconozco nada! ¿Qué es eso?

Habían entrado en una nueva sala donde la linterna iluminó una fila de máquinas tragaperras, que se alineaban hasta el final de la estancia. «Como un ejército de pequeños robots dormidos», pensó Macbeth. Cajas mecánicas que nunca despertarían.

—Mira, ataúdes de niños —dijo Lady—. Tantos, tantos... —Su voz se apagó y el llanto silencioso volvió a ocupar su lugar.

Macbeth la atrajo hacia él, la alejó de las máquinas de juego.

—No estamos en el Inverness, mi amor, este es el Obelisco. Quería enseñarte lo que he hecho por ti. Mira, está cerrado, hasta han cortado la luz. Mira, esta es nuestra victoria, este es el campo de batalla del enemigo, cariño.

—¡Es feo! ¡Es horrible! Y huele mal. ¿No lo notas? Apesta a cadáver, viene del armario.

—Querida, querida, es la cocina. La policía echó a todo el mundo de golpe para que nadie tuviera tiempo de destruir pruebas. Mira, todavía hay solomillos en los platos.

Macbeth pasó la luz por las mesas de manteles blancos, velas consumidas y viandas a medio comer. Se quedó petrificado cuando el haz se reflejó en un par de ojos amarillos y luminosos, que los miraban. Lady gritó. Él se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, pero solo tuvo tiempo de atisbar un cuerpo esquelético de tendones marcados que se perdía en la oscuridad. Macbeth se dio cuenta que aferraba la daga de plata.

—Tranquila, amor —dijo—. Solo era un perro. Debe haber notado el olor y ha conseguido entrar. Vamos, vamos, se ha ido.

—¡Quiero irme! ¡Sácame de aquí! ¡Quiero irme!

—Sí, sí. Ya hemos visto suficiente, ahora volvamos al Inverness.

—¡He dicho marcharme!

—¿Qué quieres decir? ¿Marcharte adónde?

—¡Marcharme!

—Pero... —No acabó la frase, solo el pensamiento. Que no tenían a donde ir. Nunca lo habían tenido, no lo había pensado hasta entonces. Todo el mundo tenía familia, un hogar de infancia, parientes, un lugar de veraneo, amigos. Ellos solo se tenían el uno al otro y el Inverness. Jamás pensó que no sería suficiente. Nunca hasta ahora, cuando habían desafiado al mundo y estaba perdiéndola. Ella tenía que volver, despertarse, tenía que sacarla del lugar oscuro donde estaba atrapada, por eso la había llevado allí. Pero ni siquiera el triunfo parecía capaz de traerla de vuelta a la realidad. La necesitaba, necesitaba su mente aguda, su mano firme, no a aquella mujer que lloraba en silencio y no se daba cuenta de lo que pasaba alrededor—. Hemos encontrado a Duff —dijo mientras la conducía presuroso por la oscuridad hacia la salida—. Seyton ha volado a Capitol y a las dos el *Glamis* arribará a puerto.

Fuera era de día, pero en el Obelisco las ventanas estaban tapadas, había una eterna luz de medianoche, siempre era hora de montar fiestas. Mesas de juego que no recordaba haber visto antes surgían de pronto bajo el haz de luz, bloqueándoles el paso. Sus pasos quedaban amortiguados por la alfombra. Le pareció oír gruñidos y perros que lanzaban dentelladas tras ellos. «Joder, ¿dónde estaba? ¿Dónde estaba la salida?»

Lennox se hallaba sobre el césped verde. Había aparcado junto a la carretera principal y se había puesto las gafas de sol.

Era una de las razones por las que nunca viviría en Fife. Demasiada luz. Ya casi notaba el sol quemando su piel pálida, rosácea, igual que si fuera a echar llamaradas como un jodido vampiro.

No era ningún vampiro, ¿a que no? Algunas cosas no se veían hasta que no estabas muy cerca de ellas. Como la casa pintada de blanco que tenía delante. Debías aproximarte para ver que estaba taladrada por pequeños agujeros negros.

—Bienvenido a bordo —dijo el capitán del *Glamis* cuando el práctico subió al puente—. Hoy quisiera llegar a la hora prevista, hay gente esperándonos.

—Así lo haremos —dijo el práctico, que tendió la mano al capitán y se colocó a su lado—. Si las máquinas funcionan como deben.

—¿Por qué no iba a ser así?

—Uno de tus maquinistas me pidió irse con mi barco a tierra, tenía que conseguir una pieza que el primer maquinista quiere tener disponible en cuanto toquéis puerto.

—Ah, ¿sí? —repuso el capitán—. Pues no sabía nada.

—Seguro que se trata de un detalle sin importancia.

—¿Quién era el maquinista?

—Hutch no sé qué más. Ahí van. —El práctico señaló su barco, que se alejaba deprisa. El capitán cogió los prismáticos. Sobre la cubierta de popa vio una gorra con rayas de tigre y la espalda de una camiseta blanca con el logotipo de Esso.

—¿Algún problema? —preguntó el práctico.

—Nadie abandona mi barco sin que se me informe —dijo el capitán—. Al menos no hoy. Cogió el micrófono del intercambiador y apretó el botón de la cantina.

—¡Cocinero!

—Capitán —se oyó al otro lado.

—Mándame a Johnson con unos cafés.

—Iré yo, capitán.

—He dicho a Johnson.

—Le duele el estómago, capitán, le dije que se quedara tumbado hasta que atraquemos.

—Comprueba que esté en su litera.

—De acuerdo.

—Tres grados a babor —pidió el práctico.

—A la orden, señor —dijo el timonel.

El inspector Seyton había dicho que sería más seguro que no lo supiera nadie más, aparte del capitán y el telegrafista, para que Duff no dedujera por la actitud de su entorno que lo habían descubierto. Seyton y dos de sus mejores hombres estarían listos en el muelle cuando atracaran, subirían a bordo y reducirían a Duff. Seyton había insistido en que cuando eso pasara la tripulación estuviera alejada, para que no hubiera heridos en el caso de que se produjera un tiroteo. Aunque al capitán le había parecido entender que decía «cuando» se produjera un tiroteo.

—¡Capitán! —Era el cocinero—. Johnson duerme como un bebé en su litera. ¿Lo despierto...?

—¡No! Déjalo dormir. ¿Está solo en el camarote?

—Sí, capitán.

—Bien, bien. —El capitán miró su reloj. Dentro de una hora debería haber pasado todo y podría irse a casa con su mujer. Pronto dispondría de un par de días libres. Solo le quedaba presentarse en las oficinas de la naviera a la mañana siguiente por ese informe de la aseguradora en que se hacía referencia a una sospechosa cantidad de casos del mismo tipo de enfermedad entre los tripulantes que habían trabajado en la bodega de carga del *Glamis* en los últimos diez años. Algo en la sangre.

—El rumbo va bien —dijo el práctico.

—Esperemos que sí —murmuró el capitán—. Esperemos que sí.

La una y diez. Diez minutos antes una gran cabeza de alce había salido de un

reloj de pared y soltado mugido. Angus miró alrededor. Se arrepentía de haber elegido aquel sitio. Aunque durante el día en el Albañil solo había parados que se dedicaban a matar el tiempo y borrachos, era el bar preferido por los miembros de la Guardia Real; si alguien de la jefatura lo veía hablando con el periodista, seguramente Macbeth se enteraría. Por otro lado, resultaba menos sospechoso que estuviera en su bar habitual y no en algún garito escondido.

A Angus no le gustaba. Le disgustaba el alce. Que el reportero todavía no hubiera llegado. Angus se habría marchado hacía rato, si no fuera porque aquella era su última oportunidad.

—Siento el retraso.

Las erres marcadas. Angus levantó la vista. Solo la voz le confirmó que quien estaba allí con un chubasquero amarillo era Walter Kite. Angus había leído que el periodista radiofónico se negaba sistemáticamente a salir en la televisión y a que su foto se publicara en periódicos y revistas del corazón, puesto que opinaba que la imagen distraía, que la palabra lo era todo.

—Lluvia y tráfico —dijo Walt Kite desabrochándose. El agua chorreaba de su cabello ralo.

—Siempre hay lluvia y tráfico.

—Es la excusa que ponemos siempre —repuso el reportero radiofónico y se sentó frente a él—. La verdad es que se me ha salido la cadena de la bicicleta.

—No creí que Walter Kite mintiera.

—El reportero radiofónico Kite nunca miente —dijo el periodista con una media sonrisa—. El particular Walt lo lleva bastante peor.

—¿Está solo?

—Siempre. Cuéntame lo que no me dijiste por teléfono.

Angus tomó aire y empezó a hablar. No sentía ni rastro del nerviosismo que le embargó al presentar el caso a Lennox y Caithness. Tal vez porque la suerte ya estaba echada, no había vuelta atrás. Utilizó más o menos las mismas palabras que el día anterior en Estex; también mencionó su encuentro con Lennox y Caithness. Le dio a Kite todo. Los nombres. Los detalles del club y de Fife. La

orden de quemar el cadáver del niño. Mientras Angus hablaba, Kite cogió una servilleta de la cajita de la mesa e intentó limpiarse los dedos de grasa negruzca.

—¿Por qué yo? —preguntó cogiendo otra servilleta.

—Porque se te considera un reportero valiente e íntegro.

—Me alegra oír que la gente piensa eso —dijo Kite mirando atentamente a Angus—. Tu lenguaje es más esmerado que el de otros jóvenes policías.

Angus se encogió de hombros.

—Estudié teología.

—Mira, eso explica tanto el lenguaje como por qué quieres exponerte a esto. Crees en la salvación a través de las buenas obras.

—Se equivoca, señor Kite. No creo ni en la salvación ni en lo divino.

—¿Has hablado con otros periodistas? —Esbozó una media sonrisa—. ¿Con o sin integridad?

Angus negó con la cabeza.

—Bien. Porque si voy a trabajar en este caso, debo tener la exclusiva total. Así que ni una palabra a otros periodistas, ni una palabra a nadie. ¿De acuerdo?

Angus asintió.

—¿Dónde podré encontrarte, Angus?

—Mi número de teléfono...

—Nada de teléfonos. La dirección.

Angus la anotó en la servilleta manchada de grasa de Kite.

—¿Qué va a pasar ahora?

Kite soltó un hondo suspiro. Como un hombre que sabía que tenía una gran tarea por delante.

—Primero tengo que hacer una serie de comprobaciones. Este es un caso muy gordo. No quisiera que me cogieran faltando a la verdad o que se sospechara que formo parte del plan de alguien.

—Mi único plan es que se sepa la verdad, que detengan a Macbeth.

Angus se dio cuenta de que había alzado la voz porque Kite miró alrededor en el local medio vacío, como para asegurarse de que nadie lo había oído.

—Si es verdad, no es cierto que no creas en la divinidad.

—Dios no existe.

—Estoy refiriéndome en lo divino que hay en el ser humano, Angus.

—Se refiere a lo humano que hay en las personas, Kite. Buscar el bien es tan humano como pecar.

Kite asintió despacio.

—Tú eres el teólogo. Aunque te confieso que creo en tu historia, debo comprobarla. Y también a ti como persona. Eso es lo que suele llamarse... —añadió, levantándose y abrochándose el chubasquero— integridad.

—¿Cuándo cree que podrá publicarlo? —Angus tomó aire y lo volvió a soltar deprisa—. No me fío de Lennox, irá a hablar con Macbeth.

—Le daré prioridad a este asunto. En dos días debería darme tiempo a hacer mucho. —Sacó la cartera.

—Gracias, me pagaré mi café.

—Vale —dijo Kite metiéndose la cartera al bolsillo interior de la chaqueta—. Eres un ejemplar extraño en esta ciudad. ¿Lo sabes?

—Al menos en peligro de extinción —dijo Angus con una débil sonrisa.

Siguió al reportero con la vista hasta que salió por la puerta. Miró en torno. No había nadie que llamara la atención. Todos parecían estar ocupados en sus cosas. Dos días. Tenía que intentar mantenerse con vida dos días.

A Seyton no le gustaba Capitol. No le gustaban las anchas avenidas, los majestuosos edificios antiguos del Congreso de los Diputados y otras mierdas de esas: los parques verdes, las bibliotecas, el edificio de la ópera, los artistas callejeros, las minúsculas iglesias góticas y la catedral ridículamente pretenciosa, la gente sonriente en las terrazas de los cafés y el carísimo Teatro Nacional con sus obras pomposas, diálogos incomprensibles y reyes ávidos de poder que morían en el último acto.

Por eso prefería estar así, de espaldas a la ciudad, mirando el mar.

Estaban en una de las oficinas del puerto y ya divisaban el *Glamis*.

—¿Estáis seguros de que no queréis apoyo? —preguntó el agente con el escudo de la policía de Capitol cosido al uniforme.

Antes que llegaran había habido una discusión sobre las normas jurisdiccionales, pero el director de la policía de Capitol quería colaborar. Según dijo, en parte porque se trataba de participación en el asesinato de un policía en otra ciudad y en parte porque podían hacerse excepciones a bordo de un barco.

—Te lo agradezco de nuevo, pero estoy completamente seguro —dijo Seyton.

—Bien, pero cuando esté detenido y baje a tierra, nosotros nos haremos cargo.

—Por supuesto, siempre que vigiléis la pasarela y el buque.

—No se escapará, inspector. —El policía de Capitol señaló las dos barcas de remos con policía de paisano a bordo que estaban a cincuenta metros del muelle fingiendo pescar, listos para atrapar a Duff si saltaba al mar.

Seyton asintió. No hacía mucho que había estado en la misma situación de espera en una oficina portuaria. En aquella ocasión fue Duff quien no quiso ayuda, ese loco idiota. Pero ahora habían intercambiado los papeles. Y Duff lo notaría. Lo sentiría. Durante unos segundos interminables. Por supuesto que la policía de Capitol no conocía las órdenes de Macbeth: que no se condujera a Duff a tierra, a menos que lo llevaran en una bolsa para cadáveres.

El buque dio marcha atrás y el mar se agitó hasta volverse blanco, el blanco subió a la superficie, espumó como burbujas de champán. Seyton cargó su MP-5.

—Olafson. Ricardo. ¿Preparados?

Los hombres de la Guardia Real asintieron. Tenían los planos del barco que mostraban dónde estaba el camarote de Duff.

Los cabos de amarre fueron lanzados a tierra, uno delante y otro detrás, sujetos y aballestados. El casco del barco se movía suavemente sobre los neumáticos quejumbrosos. Colocaron una pasarela.

—¡Ahora! —dijo Seyton.

Corrieron por el muelle hacia la pasarela. Los miembros de la tripulación los miraban con la boca abierta; sin duda el capitán había sabido guardar el secreto.

Descendieron más y más. Se detuvieron frente al camarote número 12.

Seyton aguzó el oído, pero solo oyó su propia respiración y el zumbido de las máquinas. Ricardo se había situado al final del pasillo, donde podía vigilar el resto de las puertas por si Duff estaba en otro camarote, los oía e intentaba huir.

Seyton encendió la linterna y le hizo un gesto a Olafson. Luego entró. La linterna no hacía falta, había luz suficiente. Duff estaba en la litera de abajo, vuelto hacia la pared, tapado con una manta. Llevaba puesta la gorra verde que el capitán le había explicado que «Johnson» jamás se quitaba, que siempre llevaba calada hasta las grandes gafas. Salvo aquella vez que se le había subido y el capitán había visto la cicatriz. Seyton sacó la pistola que pondría en la mano de Duff y disparó dos veces a la pared que tenía detrás. El estallido lo dejó sordo unos segundos, solo oía un agudo pitido. Duff se había quedado rígido en la litera. Seyton se acercó a su oreja.

—Gritaron —dijo—. Gritaron y fue bonito escucharles. Tú también puedes gritar un poco, Duff. Porque tengo intención de empezar por dispararte en el vientre. Por nuestra vieja amistad, arrogante gilipollas.

Duff olía muy fuerte. Seyton aspiró aquel olor. No era el aroma delicioso del miedo. Era... sudor. Viejo y apestoso sudor de hombre. Más antiguo que los pocos días que habían pasado desde la desaparición de Duff.

El hombre de la litera se volvió hacia él.

No era la cara de Duff.

—¿Eh? —dijo el tipo.

La manta cayó dejando a la vista un torso desnudo y un antebrazo peludo.

Seyton apoyó el cañón de la metralleta en la frente del hombre.

—Policía. ¿Qué haces aquí y dónde está Duff?

El hombre resopló.

—No ves que estoy durmiendo. No tengo ni idea de quién es Duff.

—Johnson —dijo Seyton presionando el cañón con tanta fuerza sobre la frente del hombre que su cabeza se hundió en la almohada.

Resopló otra vez.

—¿El pinche de cocina? ¿Has mirado, por ejemplo, en la cocina? ¿O en los otros camarotes? En este viaje pillamos la litera que esté libre. ¿Qué ha hecho ese Johnson, eh? Parece que algo serio. Oye, si vas a taladrarme los sesos mejor disparas ya, ¿vale?

Seyton retiró la metralleta.

—Olafson, llévate a Ricardo y registra el barco. —Seyton miró la cara fofa que tenía delante. Olfateó. ¿De verdad que aquel hombre no tenía miedo, o era que el hedor de otras funciones corporales era más fuerte que el olor del pánico?

Olafson seguía a su espalda.

—¡Registrad el barco! —gritó Seyton. Oyó las botas de Olafson y Ricardo por el pasillo y las puertas de los camarotes al abrirse de golpe. Seyton se estiró—. ¿Cómo te llamas y porqué llevas la gorra de Johnson?

—Hutchinson. La gorra te la doy si quieres, parece que necesitas hacerte una paja y echarlo en algún sitio.

Seyton se echó a reír. El arma rajó la piel de la mejilla del hombre y la sangre empezó a manar. El tipo no movió un músculo de la cara, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Contesta —siseó Seyton.

—Me desperté porque hacía frío y fui a ponerme la camiseta que había dejado en aquel arcón. Pero mi camiseta y mi gorra habían desaparecido y en su lugar estaba esta. Hacía frío así que la cogí prestada, ¿vale?

A Hutchinson le temblaba la voz, pero el odio descollaba entre sus lágrimas. Miedo y odio, odio y miedo, siempre lo mismo, pensó Seyton limpiando la sangre del cañón.

Se oyeron voces airadas en el pasillo. Seyton lo sabía. Que buscarían por todo el buque, en cada rincón, sin dar con él. Duff había desaparecido.

Duff se apresuraba por anchas avenidas, frente a los majestuosos edificios antiguos, parques, músicos callejeros y retratistas. En la terraza de un café una pareja sonriente le indicó el camino cuando les enseñó la nota con la dirección. Observaron su barba, que había empezado a despegarse por un lado. Duff, intentando no correr, pasó de frente a la catedral de Capitol.

Hutchinson se había dado la vuelta.

Se dio la vuelta cuando se dirigía a la sala de máquinas. Volvió a subir. Escuchó la historia de Duff. Incluso cuando Duff dio detalles que él mismo no se habría creído si alguien se los hubiera contado, Hutchinson siguió asintiendo, como si reconociera la historia. Como si nada de lo que los seres humanos fueran capaces de infligirse los unos a los otros le resultara desconocido. Cuando Duff acabó, el maquinista le propuso un plan de fuga. Con tanta seguridad y de manera tan lógica, que Duff supuso que era una vía de escape que el maquinista en algún momento había pensado para sí mismo. Sencillamente, Duff se pondría la ropa de Hutchinson, buscaría al práctico y estaría listo junto a la escalerilla.

—Solo asegúrate de estar de espaldas al puente para que el capitán no te vea la jeta, y así crea que soy yo. El de la barca te dejará soltar la escalera de cuerda si ya estás ahí. Así que se la lanzas pronto, bajas y te quedas listo al final de la escalera cuando el barco del práctico se acerque. Entonces les dices que vas con ellos a puerto antes de que ataque el *Glamis* porque tienes que buscar un repuesto en las oficinas de la naviera que necesitamos para el cabrestante que tensa los cabos de amarre en el muelle.

—¿Por qué?

—¿Eh?

—¿Por qué haces esto por mí?

Hutchinson se encogió de hombros.

—Ayudé a descargar esas cajas de munición. Había un policía calvo y delgado en el muelle, cruzado de brazos, con pinta de tener ganas de escupirnos mientras las subíamos a la plataforma del camión.

Duff esperó. El resto de la explicación.

—La gente hace cosas por los demás —dijo Hutchinson y resopló—. Eso parece. —Otro resoplido—. Y si te he entendido bien, estás bastante solo contra... —señaló las cubiertas por encima de sus cabezas— esos de ahí. Sé un poco cómo es.

Solo. Esos de ahí.

—Gracias.

—De nada, Johnson. —El maquinista estrechó la mano que Duff le tendió. Brevemente, casi con timidez. Después se pasó la mano por el esparadrapo de la frente—. La próxima vez estaré preparado y serás tú quien se lleve una paliza.

—Claro.

Duff había llegado al este del centro.

—Perdón, ¿el Distrito 6?

—Por allí.

Pasó delante de un quiosco con la prensa expuesta. Las casas fueron haciéndose más pequeñas, las calles más estrechas.

—¿La calle Garveri?

—Vaya hasta el semáforo y luego tome la segunda o la tercera a la izquierda.

Una sirena de la policía subía y bajaba de volumen. Aquí en la capital sonaba diferente, menos dura y aguda. Otro tono. No tan siniestro, no tan cortante y falto de armonía.

—¿Dolphin?

—¿El club nocturno? ¿No lo cerraron? En cualquier caso, ¿ves ese café? Justo

al lado —Pero esta mirada se quedó demasiado rato posada en la cicatriz, intentado recordar algo.

—Gracias.

—De nada.

La calle Garveri, número 66.

Duff leyó los nombres de los timbres que había junto al grande y oscuro portalón de madera carcomida. Ninguno le sonaba. Tiró de la puerta. Estaba abierta. O, mejor dicho, con la cerradura estropeada. El interior estaba oscuro, se detuvo hasta que sus pupilas se acostumbraron a la oscuridad. Una escalera, papel de periódico mojado, olor a orina. El sonido de una tos tuberculosa detrás de una puerta. Otro como de bofetada, severa y húmeda. Duff empezó a subir la escalera. Había dos puertas por descansillo, además de una puerta baja en cada rellano. Llamó a uno de los timbres. Desde el interior llegaron los gruñidos nerviosos de un perro y pies que se arrastraban. Una mujer bajita, tan arrugada que casi resultaba cómica, abrió. No tenía cadena de seguridad.

—¿Sí, querido?

—Buenos días, señora. Soy el inspector Johnson.

Lo miró escéptica. Supuso que ella también percibía el olor de la camiseta de Hutchinson. Al menos el olor parecía haberle cerrado la boca al perrillo peludo.

—Estoy buscando a... —dijo, pero en realidad ¿qué estaba buscando?— a alguien cuya dirección me dio un amigo mío, Banquo.

—Lo siento, joven. No conozco a ningún Banquo.

—¿Alfie?

—Ah, Alfie. Vive en el segundo derecha. Perdón pero, eh..., se te está cayendo la barba.

—Gracias.

Duff se arrancó la barba y las gafas mientras subía al segundo. La puerta de la derecha no tenía ningún letrero con el nombre, solo un timbre cuyo botón colgaba de un muelle metálico en espiral.

Duff llamó con los nudillos. Luego con más fuerza. Se oyó otro bofetón

atenuado.

Tiró de la puerta. Estaba cerrada. ¿Debía esperar a ver si llegaba alguien? Siempre sería mejor que dejarse ver por la calle.

Oyó una tos baja, procedente de la puertecita del descansillo. Duff bajó los cinco escalones y tiró del pomo. Cedió un poco, como si alguien estuviera sujetándola desde dentro. Llamó.

No obtuvo respuesta.

—¿Oiga? ¿Oiga, hay alguien ahí?

Contuvo la respiración y acercó la oreja a la puerta. Oyó algo, como un papel que se arrugaba. Alguien se escondía.

Duff bajó la escalera con pasos pesados y sonoros, se quitó los zapatos en el piso de abajo y subió otra vez, ahora de puntillas.

Agarró el picaporte y tiró. Oyó que se rompía algo en el momento que la puerta se abría. Un trozo de cuerda.

Se vio a sí mismo.

La foto no era muy grande y estaba en el lado izquierdo del periódico, debajo de un titular.

El periódico descendió y Duff se quedó frente a un anciano de larga barba descuidada. Estaba inclinado hacia delante, sentado sobre un cajón, con los pantalones a la altura de los tobillos.

Un retrete comunitario. Duff los había visto antes, en los viejos bloques obreros que había junto al río. Los vecinos de todas las plantas se aliviaban por un conducto común en cuya base había un contenedor. No era algo que se olvidara fácilmente.

—Lo siento —dijo Duff—. ¿Eres Alfie?

El hombre no respondió, se limitó a mirar fijamente a Duff. Dio la vuelta despacio a la página del periódico, observó la foto y luego a Duff. Se humedeció los labios.

—Más alto —dijo señalándose la oreja con una mano.

—¿Eres Alfie? —dijo Duff alzando la voz.

—Más alto.

—¡Alfie!

—Chist. Sí, Alfie.

Tal vez los gritos impidieron a Duff oír que alguien se acercaba. Solo pudo concluir que algo duro apretaba su nuca, que la voz que le susurró le resultaba vagamente conocida.

—Sí, es una pistola, inspector. Así que no te muevas, solo dínos cómo nos has encontrado, quién te manda.

Duff quiso girarse, pero una mano volvió su rostro al frente, hacia Alfie, que evidentemente daba la situación por aclarada y había retomado la lectura del periódico.

—No sé quiénes sois —dijo Duff—. Encontré el rastro de una dirección en un bloc de notas en el coche de Banquo. No me manda nadie, estoy solo.

—¿Por qué has venido aquí?

—Porque Macbeth intenta matarme, de la misma manera que estoy casi seguro que hizo que mataran a Banquo y a Fleance. Así que si Banquo tenía una dirección en que ponía «puerto seguro» puede que lo sea para mí también.

Una pausa. Parecía que estaban pensando.

—Ven.

Hicieron que Duff se diera la vuelta de tal manera que la persona que empuñaba la pistola seguía estando a su espalda. Lo guiaron por la escalera hacia la puerta a la que había llamado, ahora abierta. Lo empujaron hacia una gran habitación que olía a cerrado, a pesar de que las ventanas estaban abiertas de par en par. Había una gran mesa con tres sillas, una encimera de cocina con un lavabo, un frigorífico, una cama estrecha, un sofá y un colchón en el suelo. Y una persona más. Ocupaba una de las sillas, tenía los antebrazos y las palmas de las manos sobre la mesa mientras miraba de frente a Duff. Las gafas eran las mismas, también sus largas piernas, que asomaban por debajo de la mesa. Pero algo hacía que pareciera diferente. Tal vez fuera la barba. O que su rostro se había afilado.

—Malcolm —dijo Duff—. Estás vivo.

—Duff, toma asiento.

Duff se sentó frente al subdirector de la policía. Malcolm se quitó las gafas. Las limpió.

—¿Creíste que me había ahogado después de matar a Duncan?

—Al principio lo creí, sí. Hasta que comprendí que Macbeth estaba detrás del asesinato de Duncan. Entonces deduje que probablemente te había ahogado a ti para despejarse el camino hasta el despacho de director. Que la nota de suicidio era falsa.

—Macbeth amenazó con asesinar a mi hija si no firmaba. ¿Qué quieres, Duff?

—Dice que... —Empezó a hablar la voz a su espalda.

—Os he oído —interrumpió Malcolm—. Veo que la prensa afirma que Macbeth te persigue, Duff. Pero también podría ser que colaboréis y que lo que se publica se haya filtrado para que pudieras llegar hasta nosotros.

—¿Matar a mi familia fue parte de la conspiración?

—También lo leí, pero ya no me creo nada, Duff. Si Macbeth y todo el estamento policial estuvieran tan preocupados por cogerte lo habrían hecho.

—Tuve suerte.

—Y viniste aquí. —Malcolm tamborileó con los dedos sobre la mesa—. ¿Por qué?

—Puerto seguro.

— ¿Seguro? —Malcolm negó con la cabeza—. Eres policía, Duff; sabes que si a ti te resulta tan fácil dar con nosotros, Macbeth también podrá hacerlo. Alguien medianamente inteligente a quien buscan se esconde solo y se queda quietecito, no se pone en contacto con gente a la que buscan al menos tanto como a él. Así que dame una respuesta mejor. ¿Por qué aquí?

—¿Tú qué crees?

—Dímelo. La pistola apunta derecha a donde tienes, o no, un corazón herido.

Duff tragó saliva. ¿Por qué allí? Había supuesto que albergaba una esperanza

demasiado grande. Pero también era la única que tenía. Las probabilidades eran escasas, la cuenta sencilla. Duff respiró hondo.

—La noche en que murió, Banquo iba a encontrarse conmigo para contarme algo. Fue el último que te vio cuando desapareciste. Pensé que había alguna posibilidad de encontrarte aquí. Que podríamos ayudarnos. Tengo pruebas de que fue Macbeth quien asesinó a Duncan. Y Macbeth lo sabe, por eso quiere liquidarme.

Malcolm enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Cómo podemos ayudarnos? ¿No creerás que la policía de Capitol querrá apoyarnos?

Duff negó con la cabeza.

—Tienen órdenes de arrestarnos y entregarnos a Macbeth inmediatamente. Pero juntos podemos hacer caer a Macbeth.

—Para vengar a tu familia.

—Sí, esa fue mi idea inicial.

—¿Pero?

—Pero hay algo más grande que la venganza.

—¿El puesto de director?

—No.

—Entonces ¿qué?

Duff señaló la ventana con un movimiento de la cabeza.

—La ciudad de Capitol es imponente, ¿verdad? Es difícil que no te guste. Incluso no enamorarse de ella, una belleza sonriente y rubia de mirada luminosa. Pero tú y yo nunca podremos amarla, ¿verdad? Porque ya hemos entregado nuestros corazones a esa maldita ciudad putrefacta de la costa oeste. La he negado, he creído que no significaba nada para mí, que mi carrera y yo estábamos por encima de una ciudad que no había hecho más que oscurecer nuestro ánimo, corromper nuestros corazones y acortar nuestras vidas. Un amor irracional y desperdiciado, eso pensaba. Pero es así. Nos damos cuenta demasiado tarde de a quién amamos de verdad.

—¿Estás dispuesto a sacrificarte por semejante ciudad?

—No es difícil. —Duff sonrió—. Lo he perdido todo, no me queda mucho más que dar que mi propia vida. ¿Y tú, Malcolm?

—Puedo perder a mi hija.

—Solo puedes salvarla derrotando a Macbeth. Escucha, eres quien puede llevar adelante la labor de Duncan. Por eso estoy aquí, para apoyarte si quieres el cargo de director de la policía para ejercerlo con justicia.

Malcolm lo observó largo rato.

—¿Yo?

—Sí.

Malcolm se echó a reír.

—Gracias por tu apoyo moral, Duff, pero déjame que antes te aclare un par de cosas.

—¿Sí?

—La primera es que nunca me has gustado.

—Es comprensible. Nunca he dedicado ni un pensamiento a nadie que no fuera yo mismo. No digo que me haya transformado en otro hombre, pero lo ocurrido al menos me ha dado otro punto de vista. Sigo sin ser un hombre sabio, pero quizá sí algo menos tonto que antes.

—Puede que sea así, también que solo digas lo que crees que quiero oír. Lo que no quiero escuchar son chorradas de un recién converso. Tal vez tú hayas cambiado mínimamente, pero el mundo sigue siendo el mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Me alegro de que me consideres más o menos honrado. Si voy a incluirte en mi equipo necesito saber que no tienes unas alas de ángel que te impidan tener los pies en la tierra. ¿No creerás que es posible llegar al puesto que tengo sin hacer la vista gorda en un par de asuntos? Aceptar algunas... prácticas habituales sobre quién escapará y quién no, quién recibe los sobres marrones. Si le quitas a un policía mal pagado todas sus retribuciones en especie de la noche a la

mañana, ¿cómo te ganas su fidelidad? ¿No da mejor imagen vencer algunas batallitas de vez en cuando que empeñarse en perder siempre las grandes?

Duff observó al hombre de la barba, como para asegurarse de que en verdad era Malcolm.

—¿Quieres decir no perseguir a Hekate, si no a sus pequeños competidores?

—Me refiero a ser realista, querido Duff. Nadie sale ganando con un director de la policía que no sepa cómo funcionan las cosas en este mundo. Haremos una ciudad mejor y más limpia que la de nuestros antecesores, Duff, pero nos pagarán por ello.

—¿Te refieres a que cobremos por ello?

—Quiero el bien, como tú. Pero Roma no se hizo en un día. Eres un guerrero, Duff. Mas no pelees contra los tuyos. Déjales un poco de manga ancha, a la larga las cosas irán mejor. ¿Estás conmigo?

—¿Quieres aceptar el dinero de Hekate en lugar de luchar contra él?

—No podemos derrotar a Hekate, querido Duff. Todavía no. Mientras tanto, podemos dejar que pague algunos de nuestros salarios a fin de que estemos capacitados para luchar contra el resto de los criminales de la ciudad. Los dioses saben que hay para dar y tomar.

Duff se percató de que estaba muy cansado. Fue presa de un extraño alivio. La lucha había terminado, podía rendirse, descansar. Con Meredith. Negó con la cabeza.

—No puedo aceptarlo. No eres quien yo esperaba, Malcolm, mi última esperanza se ha perdido.

—¿Crees que hay hombres mejores? ¿Eres tú un hombre mejor?

—Yo no, pero he conocido hombres en las entrañas de un buque que son mejores que tú y que yo, Malcolm. Ahora me levantaré y me iré, tendrás que apresurarte a decidir si me dejas marchar o me pegas un tiro.

—No puedo dejar que te vayas ahora que sabes dónde estoy. Salvo que jures no decirlo.

—Tal promesa entre traidores no tendría mucho valor, Malcolm, aun así no

quiero concederte ni eso. ¿Podría pedir que fuera un tiro en la cabeza? Mi familia me espera.

Duff se levantó, Malcolm hizo lo mismo, le puso las manos en los hombros y lo empujó para que se sentara.

—Me has hecho una serie de preguntas, Duff. En una entrevista las preguntas suelen ser más ciertas y desvelar más que las respuestas. Te he mentido y tus preguntas han sido acertadas. Pero no estaba seguro de que tu justa ira era real hasta ahora, cuando te has levantado dispuesto a recibir un balazo por una policía limpia, por la ciudad.

Duff pestañeó. El cuerpo le pesaba tanto... le faltaba poco para desplomarse.

—En esta habitación somos tres hombres —continuó Malcolm—. Tres que estamos dispuestos a sacrificarlo todo por lo que Duncan representaba. —Volvió a ponerse las gafas, ahora limpias—. Tres hombres que quizá no sean mejores que otros, sino que los tres ya hayan perdido tanto que no les cueste mucho sacrificar el resto. Esa es la simiente y la lógica de la revolución, no nos dejemos intoxicar por nuestra superioridad moral y constatemos que al menos tenemos voluntad de hacer lo correcto, independientemente de si el combustible que alimenta nuestra voluntad no es solo un cristalino sentido de la justicia sino también... —se encogió de hombros— el deseo de venganza del hombre de familia, la vergüenza del traidor, la autoestima moralista de los privilegiados y el miedo a quemarse en el infierno de los temerosos de Dios. Porque es lo correcto, lo que necesitamos ahora es esa voluntad. Porque no existe un camino fácil hacia la justicia y la limpieza, solo uno difícil.

—Tres hombres.

—Tú, yo...

—Y Fleance —dijo Duff—. ¿Cómo lo conseguiste, chico?

—Mi padre me tiró del puente de una patada —dijo la voz a su espalda—. A mí consiguió enseñarme lo que Macbeth nunca aprendió: a nadar.

Duff miró a Malcolm, quien suspiró, pero después sonrió. Para su sorpresa sintió que él también sonreía. Que algo se habría camino por su garganta. Un

sollozo. Comprendió que era risa, no llanto, porque entonces vio que Malcolm también se echaba a reír y después Fleance. «La risa de la guerra.»

—¿Eh?

Se giraron hacia el viejo Alfie, que los observaba desde la puerta como la viva encarnación de un interrogante, y aún rieron más.

Lennox miraba por la ventana. Sopesó la granada en la mano. Angus, Angus... Todavía no le había hablado a nadie de la reunión en Estex. No sabía por qué. Solo sabía que había sido incapaz de hacer nada en todo el día. Ni ayer. Ni el día anterior. Cada vez que iba a leer un informe perdía la concentración. Como si las letras se movieran para formar nuevas palabras. «Probable» se convertía en «culpable» y «caución» en «traición». Cada vez que levantaba el teléfono para llamar parecía pesar una tonelada y tenía que colgar. Había intentado leer la prensa y se enteró de que el anciano y honorable Zimmermann se presentaba a las elecciones a la alcaldía. Zimmermann no era ni controvertido ni carismático, sino alguien respetado y eficiente, pero en realidad no era competencia para Tourtell. Lennox también había empezado a leer el artículo sobre el incremento del tráfico de drogas que, según Naciones Unidas, lo había convertido en la industria más importante después de la de armamento. Se dio cuenta de que solo miraba las frases, pero sin leerlas.

Habían pasado ocho días desde que Duff escapó en Capitol. Cuando Lennox y Seyton entraron en el despacho del director de la policía, Macbeth estaba tan iracundo que literalmente echaba espuma por la boca. Burbujas de saliva blanca se acumulaban en las comisuras de sus labios, mientras despotricaba sobre la imagen de idiota que ahora tendría en la capital. Que si Lennox y Seyton hubieran hecho su trabajo y atrapado a Duff mientras todavía estaba en la ciudad, se lo habrían ahorrado. Por su parte, Lennox sentía un contradictorio alivio porque Duff todavía estuviera vivo y en libertad.

No quedaba mucha luz, pero le escocían los ojos. Quizá hoy necesitara un chute extra, solo para pasar aquel día en especial. El día siguiente iría mejor.

—¿Es una granada de verdad o algo para fabricar un cenicero?

Lennox se giró hacia la voz que procedía de la puerta.

Macbeth había adoptado una postura extraña: estaba ligeramente echado hacia delante con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, como si estuviera frente a un vendaval. Y tenía la cabeza inclinada de tal manera que las pupilas ocupaban la parte superior de sus ojos al observar a Lennox.

—A mi abuelo le cayó encima en la Primera Guerra Mundial.

—Mentira. —Macbeth rio, entró y cerró la puerta—. Es una granada alemana Stielhandgranate 24 y no se usó hasta 1924. Es un cenicero.

—No creo que mi abuelo...

Macbeth cogió la granada de la mano de Lennox, agarró el cordón del final de la anilla y empezó a tirar.

—¡No!

Macbeth enarcó una ceja mirando al asustado responsable de Anticorrupción que prosiguió:

—Va... va a explotar...

—¿La historia de tu abuelo? —Macbeth empujó el cordón y dejó la granada sobre el escritorio—. Eso no puede ser, claro. ¿En qué estabas pensando, inspector?

—En la corrupción —dijo Lennox y guardó la granada en un cajón—. Y la anticorrupción.

Macbeth empujó la silla de las visitas hacia delante.

—¿Qué es en realidad la corrupción, Lennox? ¿Es corrupto un revolucionario convencido de su vocación a quien pagan por espiar a nuestro gobierno? ¿Es corrupto un servidor obediente pero pasivo que no hace más que recibir un salario fijo que sabe que está algo inflado en un sistema basado en la corrupción?

—Hay muchos claroscuros, director. Uno suele saber si es corrupto o no.

—¿Quieres decir que es cuestión de sentimientos? —Macbeth tomó asiento y

Lennox lo imitó, para no mirarle desde arriba—. Si no te sientes corrupto porque la familia que mantienes depende de tus ingresos, ¿no lo eres? Si el motivo es lo bastante justificado (lo mejor para la familia, para la ciudad), podemos limitarnos a denominar la «corrupción» como «policías prácticos», por ejemplo.

—Creo que es lo contrario. Me parece que cuando uno sabe que es avaricia y nada más, recurre a excusas para justificarse ante sí mismo, mientras que el crimen moralmente justificado no necesita de palabrería, no tenemos problema en llamarlo por su nombre. Corrupción, robo, asesinato.

—Así que estás aquí pensando —dijo colocándose la yema de los dedos bajo la barbilla—. Preguntándote si eres o no corrupto.

—¿Yo? —Lennox soltó una risita—. Me refería a nuestra investigación, por supuesto.

—No por eso dejamos de referirnos a nosotros mismos. Sigo afirmando que cuando las circunstancias obligan, la gente llama a su corrupción de otra manera. Si el pago que recibes por hacer uso de tu puesto no es dinero, sino piedad. Vida. La vida de tu familia, por ejemplo. ¿Entiendes?

—No sé...

—Deja que te ponga un ejemplo. Un reportero radiofónico, conocido por su integridad, recibe una llamada de un joven agente que cree tener una historia que podría defenestrar a un jefe de la policía. Lo que este agente traidor, llamémosle Angus, no sabe es que ese periodista mantiene cierta... relación con el mando policial. Que el periodista tiene razones fundadas para temer por su familia si no hace lo que el jefe de la policía, le dice. Así que informa al jefe de los planes subversivos del agente y el director de la policía le pide que se reúna con él en un lugar donde nadie pueda verles ni oírles. Donde el jefe o su gente puedan.... En fin. Ya me entiendes.

Lennox no respondió, se limitó a secarse el sudor de las manos en los pantalones.

—Así que el jefe está tranquilo. Pero se pregunta quién es en este caso el

verdadero corrupto, claro. ¿El joven agente, el reportero radiofónico... o quién, Lennox?

Lennox carraspeó, dudó.

—¿El mando policial?

—No, no. —Macbeth negó con la cabeza—. El tercero. El que en realidad tendría que haber informado al mando policial desde el principio. El tercero que sabía de los planes de Angus, que no forma parte de la trama, pero que de manera indirecta sí que participa de ella cuando elude acudir a su jefe y, de esa manera, no lo salva. O al menos, no lo ha hecho todavía. Porque tiene que pensar. Y pensar. Y mientras piensa, él mismo está convirtiéndose en un corrupto, ¿o no?

Lennox intentó sostener la mirada de Macbeth, pero era como mirar al sol.

—El encuentro en Estex, Lennox. No sé cuándo pensabas contármelo.

Lennox pestañeaba y pestañeaba.

—Yo... yo pensaba...

—Sí, es difícil de evitar. Los pensamientos se presentan así sin más. ¿Verdad? Por mucho que creamos en el libre albedrío, está dirigido por nuestros pensamientos, voluntarios o no. Cuéntame los que te han asaltado a ti, Lennox.

—Esa persona...

—Di el nombre.

—Él es...

—¡Di el nombre!

Lennox tomó aire.

—El agente Angus.

—Sigue.

—Ya conoces a Angus, es joven, impulsivo. Con todo lo que ha sucedido últimamente, cualquiera puede tener una reacción poco racional. Pensé que antes de acudir a ti con esas graves acusaciones, era mejor convencerle de que fuera sensato. Dejar que las ideas se enfriaran un poco.

—¿Y que entretanto yo no supiera nada? ¿Porque suponías que tu valoración

del asunto sería mejor que la mía? ¿Que no daría a Angus, a quien contraté personalmente para la Guardia Real, una segunda oportunidad? ¿Que dejaría que le cortaran de inmediato esa cabeza recalentada pero por lo demás inocente?

—Yo... —Lennox trataba de para acabar la frase.

—Te equivocas, Lennox. Siempre doy a mis subordinados dos oportunidades. Esa regla beneficiará tanto a Angus como a ti.

—Me alegra oírlo.

—Creo en la magnanimidad. Lo habría dejado estar si Angus se hubiera arrepentido y negado a encontrarse con el reportero cuando este lo llamó para concertar una segunda cita. Entonces no habría vuelto a pensar en ello. Habría seguido adelante. El agente Angus, por desgracia, no hizo tal cosa. Dijo que sí. No tengo una tercera mejilla que ofrecerle. —Macbeth se acercó a la ventana—. Y esto me conduce a tu segunda oportunidad, Lennox. Mi reportero ha sido informado de que Seyton y tú iréis a esa reunión. Tendrá lugar en la fábrica de Estex esta noche. Angus acudirá con un fotógrafo para tomar imágenes de un horno donde cree que el cuerpo de un bebé fue incinerado. Allí, tú en persona castigarás al traidor.

—¿Castigar?

—Lo prepararás y lo llevarás a cabo como gustes. Mi única exigencia es que la muerte sea la consecuencia final. —Macbeth se giró hacia un Lennox jadeante—. Después Seyton te ayudará a deshacerte del cadáver.

—Pero...

—Seguro que hay terceras oportunidades. En el cielo. ¿Cómo está tu familia, por cierto?

Lennox abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

—Bien —dijo Macbeth—. En ese caso, Seyton vendrá a recogerte a la seis. Dependiendo del castigo que elijas, que debería concluirse en hora y media, propongo que llames a tu encantadora esposa y avises de que llegarás un poco tarde a cenar. Por las compras que ha hecho hoy, se diría que tiene intención de preparar unas morcillas.

Macbeth cerró la puerta tras él sin hacer ruido.

Lennox se llevó las manos a la cabeza. Un blandengue. Un ser sin esqueleto.
Un chute. Necesitaba un chute.

Los pasos de Macbeth retumbaron mientras avanzaba por el pasillo. Intentó acallar la voz que le decía que necesitaba power. O poción. O lo que fuera. Había conseguido estar una semana sin meterse nada. Iba a ir a peor antes de mejorar, pero mejoraría. Lo había hecho antes y lo haría otra vez. Lo malo era ese maldito sudor. Apestaba, apestaba a descontento, a miedo y a dolor. Pasaría. Todo pasaría. Tenía que pasar. Atravesó la antesala.

—Director...

—No quiero teléfonos ni mensajes, Priscilla.

—Pero...

—Ahora no, luego.

—Tiene visita.

Macbeth se detuvo en seco.

—¿Has dejado que pasara alguien... allí? —dijo señalando la puerta de su despacho.

—Ella insistió. —Macbeth reparó en el gesto desesperado de Priscilla—. Es su esposa.

—¿Qué? —exclamó asombrado. Se abrochó el último botón de la chaqueta del uniforme y entró en su despacho.

Ella estaba de pie detrás de su escritorio contemplando el cuadro de la pared.

—¡Cariño! De verdad que tienes que hacer algo con el arte que tienes aquí.

Macbeth observó a Lady incrédulo. Bajo el abrigo de piel llevaba un sencillo y elegante traje de chaqueta, y era evidente que acababa de salir de la peluquería. Tenía un aspecto descansado y enérgico. Se aproximó a ella con tiento.

—¿Cómo... estás, querida?

—Perfectamente. Ya veo que ese cuadro anuncia algo, pero me pregunto qué...

Macbeth no podía apartar la vista de ella. ¿Dónde estaba la persona loca de ayer? Desaparecida.

—¿Sí? —Macbeth alzó la mirada y observó el cuadro. Miró los rudos rostros de los trabajadores—. Es algo que dejaron mis predecesores, ya lo cambiaré. Me alegro tanto de que te encuentres mejor... ¿Te han... cambiado la medicación?

Ella negó con la cabeza.

—Nada de medicina. He dejado la medicina. Toda.

—¿Porque no queda?

Ella esbozó una sonrisa.

—Ya vi que se había acabado. Tú también lo has dejado. —Se sentó en la silla de él—. Es un poco... estrecha, ¿no?

—Puede ser. —Macbeth se sentó en una reservada a las visitas. «Tal vez su locura solo ha sido un laberinto, un laberinto del que ahora ha encontrado la salida.»

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Porque esta mañana he hablado con Jack. Sobre ese plan que tenéis para las elecciones a la alcaldía.

—Sí. Y bien, ¿qué te parece?

Ella hizo un mohín y ladeó la cabeza.

—Lo habéis hecho lo mejor que habéis podido, pero os habéis olvidado de una cosa.

—¿De qué?

—Tenéis pensado que filtremos información sobre la relación de Tourtell con ese jovencito justo antes de las elecciones. Entonces tú, el que acabó con Sweno, acudirás al rescate para ocupar su lugar momentos antes de que la gente vaya a votar.

—¡Sí! —dijo Macbeth entusiasmado.

—El problema es que ese hueco se ocupó en el mismo instante en que Zimmermann anunció que se presentaría a las elecciones.

—¿Ese tipo aburrido? No interesa a nadie.

—Es cierto que Zimmermann no tiene un gran carisma, pero la gente le

conoce y sabe lo que puede esperar de él. Así se siente segura. La seguridad es importante para la gente en estos tiempos dramáticos, por eso habría reelegido a Tourtell.

—¿De verdad crees que Zimmermann podría derrotarme?

—Sí. Salvo que cuentes con el apoyo oficial de un Tourtell que no haya sido víctima de un escándalo y además hayas cogido a Hekate. Si consigues ambas cosas, serás invencible.

Macbeth sintió un ligero alivio. Había salido del laberinto, estaba allí, junto a él de nuevo.

—Bien, pero ¿cómo se consigue eso?

—Dándole a Tourtell un ultimátum. Puede no presentarse de manera voluntaria a las elecciones, achacarlo a la edad y a su salud, apoyarte oficialmente de manera incondicional. O podemos obligarle a retirarse porque haremos público que es un cerdo perverso, luego será detenido y encarcelado en la prisión estatal, donde sabe muy bien lo que les ocurre a los pederastas. No debería ser una elección difícil para él.

—Mmm... —Macbeth se rascó la barba—. Nos habríamos creado un enemigo.

—¿Tourtell? En absoluto, sabe muy bien lo que es la lucha por el poder y estará agradecido de le hayamos dado una alternativa piadosa.

—Deja que lo piense.

—Ya está pensado, amor. No hace falta que le des más vueltas. Luego está el titiritero, Hekate. Ha llegado la hora de que lo quiten de en medio.

—No estoy seguro de que sea buena idea, querida. Recuerda que es nuestra garantía de protección ante nuestros enemigos.

—Hekate aún no ha exigido su pago por hacerte director de la policía. Pronto llegará la hora de rendirle cuentas. Entonces harás así —dijo y levantó el codo como si estuviera sujeto a un hilo—. Y así. —Dio una patada—. ¿Deseas ser la marioneta de Hekate, mi amor? No se conformará con que reduzcas un poco la presión sobre él, querrá más y más y acabará por quererlo todo, los que son

como él son así. La cuestión es si quieres dejar que Hekate controle la ciudad a través de ti. O... —añadió apoyando los codos en la mesa— si quieres ser tú el marionetista, ser el héroe que capturó a Hekate y después fue alcalde.

Macbeth la miró un largo rato. Luego asintió despacio.

—Invitaré a Tourtell a una partida privada de black-jack —dijo Lady levantándose—. Tú avisarás a Hekate de que quieres verlo a solas.

—¿Por qué crees que accederá?

—Porque querrás entregarle una maleta llena de oro en agradecimiento por habernos dado el sillón de director de la policía.

—¿Crees que se tragará ese anzuelo?

—A algunas personas las ciega la posibilidad de tener poder, a otras el dinero. Hekate es de los segundos. Te daré los detalles luego.

Macbeth la acompañó a la puerta.

—Mi amor —le dijo, le puso una mano en la espalda y acarició la mullida piel del abrigo—. Qué bien que estés de vuelta.

—Lo mismo digo —dijo Lady dejando que le besara en la mejilla—. Sé fuerte. Hagámonos fuertes el uno al otro.

La siguió con la mirada mientras ella cruzaba la antesala preguntándose si alguna vez comprendería del todo quién era Lady. O si quería saberlo. Si no era precisamente eso lo que la volvía tan irresistible para él.

Lennox y Seyton habían aparcado enfrente de Estex. Estaba tan oscuro que Lennox no veía la llovizna, solo la oía como un susurro sobre el techo del coche y el parabrisas.

—Ahí está el reportero —dijo Seyton.

La luz del faro de la bicicleta osciló sobre la carretera. Giró por el portón y desapareció.

—Le daremos dos minutos —dijo Seyton comprobando la metralleta.

Lennox bostezó. Menos mal que había conseguido el chute.

—Ahora —dijo Seyton.

Se bajaron, corrieron por la oscuridad, cruzaron el portón y cerraron la puerta al entrar en la fábrica.

En el despacho del capataz, en la parte alta de la pared, se oían voces. Seyton olfateó el aire. Luego indicó la escalera de hierro con un movimiento de la cabeza.

Subieron de puntillas, Lennox sintió la deliciosa ausencia de pensamientos, el acero de la barandilla, tan frío que quemaba las palmas de las manos. Se colocaron frente a la puerta. La droga hacía que estuviera en un lugar cálido y seguro viéndose a sí mismo. Las voces que zumbaban allí dentro le recordaban a las de sus padres en el salón, cuando era pequeño y se había ido a la cama.

—¿Cuándo lo publicarán? —se oyó decir a Angus.

La respuesta llegó arrastrándose arrogante con unas erres muy marcadas.

—Pues, salvo que no decimos «publicar» en la radio, espero que...

Cuando Seyton abrió fue como si hubieran apretado el botón de stop de un casete. Los ojos de Walt Kite parecían muy grandes tras sus gafas. De miedo. De excitación. ¿De alivio? Al menos no porque estuviera sorprendido, Lennox y Seyton llegaban puntuales.

—Buenas noches —dijo Lennox sintiendo que una cálida sonrisa a floraba a su cara.

Angus se levantó, la silla cayó a su espalda mientras intentaba agarrar algo dentro de su chaqueta. Se quedó helado al ver la metralleta de Seyton.

En el silencio que siguió, Kite se abrochó el chubasquero amarillo. Fue como en un aseo de caballeros: no se intercambiaron miradas, no se dijo ni una palabra, los dejó allí con prisa, con la cabeza baja. Había cumplido con su parte. Dejó que los otros se quedaran en la hediondez.

—¿A qué esperas, Lennox? —preguntó Angus.

Lennox fue consciente de la existencia de su brazo estirado y la pistola que sujetaba.

—A que el reportero se haya alejado lo bastante como para que no oiga el disparo —dijo.

La nuez de Angus subía y bajaba.

—¿Así que vas a dispararme?

—Salvo que tengas otra propuesta. Me han dado bastante libertad para elegir qué procedimiento seguir.

—Vale.

—¿Vale en el sentido de «entiendo» o en el de «sí, quiero que me pegues un tiro»?

—Como...

Lennox disparó. En aquella habitación cerrada sintió la presión física del estallido en sus tímpanos. Abrió los ojos. Pero Angus seguía frente a él, con la boca abierta. Había un agujero en el archivador de la estantería que tenía a su espalda.

—Disculpa —dijo Lennox acercándose dos pasos—. Pensé que un tiro repentino en la cabeza sería lo más humano en este caso. Pero las cabezas son blancos muy pequeños. Quédate quieto, haz el favor... —No pudo evitar que se le escapara una risa.

—Inspector Lennox, no...

El segundo disparo dio en la diana. Y el tercero.

—No es por criticar —comentó Seyton bajando la vista hacia el muerto—. Habría resultado más práctico que le ordenaras descender a los hornos y haberlo hecho allí. Ahora tendremos que cargar con él.

Lennox no contestó. Observaba el charco de sangre que manaba del cuerpo del chico y se extendía hacia él. Había algo extrañamente hermoso en las formas y los colores, en el rojo brillante, en la manera como se ampliaba hacia todas partes, igual que globos rojos.

Recogieron los casquillos vacíos, limpiaron el suelo, sacaron la bala del tiro errado de la pared. Bajaron a Angus a la nave de la fábrica, le quitaron el reloj, una cadena con una cruz de oro y consiguieron meter el cadáver en uno de los hornos. Lo cerraron, lo encendieron. Esperaron. Lennox observaba el canalillo

que desde el fondo del horno iba a un recipiente del suelo. Se oyó un siseo no muy fuerte en el interior del horno.

—¿Qué pasa con...?

—Se evapora —dijo Seyton—. Todo se evapora o se convierte en ceniza cuando se alcanzan más de dos mil grados. Salvo el metal, que se funde.

Lennox asintió. No conseguía apartar los ojos del canalillo. Entonces apareció una gota gris y temblorosa recubierta de una capa, como una telilla.

—El plomo —dijo Seyton— se funde a trescientos treinta.

Esperaron. Dejó de oírse el siseo.

Entonces salió una gota dorada.

—Ahí hemos pasado de los mil —dijo Seyton.

—¿Qué... qué es eso?

—Oro.

—Pero le hemos quitado...

—Son los dientes. Esperaremos a que pase de mil seiscientos, por si acaso tuviera algo de acero en el cuerpo. Luego solo queda aspirar la ceniza. Eh, ¿estás bien?

Lennox asintió.

—Un poco mareado. Yo no he... bueno, no había disparado a nadie antes. Tú si lo has hecho, supongo que recuerdas cómo fue la primera vez.

—Sí —dijo Seyton en voz baja.

Lennox iba a preguntarle qué había sentido, pero algo en el brillo que vio en los ojos de Seyton le hizo cambiar de opinión.

Macbeth estaba en la azotea del Inverness mirando con los prismáticos hacia el este. Dada la oscuridad no era fácil estar seguro, pero ¿no salía humo de la chimenea de Estex? En ese caso el asunto estaba resuelto. Tenían otros dos hombres atrapados en su tela de araña, dos hombres con las manos ensangrentadas: Kite y Lennox. Kite podía serle útil en la campaña a la alcaldía, si es que quedaba algún oponente. Lennox pronto necesitaría a otro que le consiguiera la droga, pues Hekate —él también— pronto pasaría a la historia.

Macbeth había esperado quince minutos junto a la escalera del baño de la estación central antes de que apareciera Strega. Antes que nada dijo que no quería las bolsitas de power, que solo estaba allí para darle un mensaje a Hekate: quería reunirse con él lo antes posible. Informarle un poco de cuáles eran sus planes de futuro y además hacerle entrega de un regalo como muestra del agradecimiento de Macbeth y Lady por lo que había hecho por ellos. Un regalo que estaba seguro de que Hekate, si eran ciertos los rumores de que le gustaba el oro, apreciaría.

Strega había dicho que tendría noticias tuyas. Tal vez.

Sí, vaya si salía humo de la chimenea.

—Cariño, Tourtell está aquí.

Macbeth se volvió. Lady estaba en la puerta. Se había puesto el vestido rojo.

—Voy. Estás preciosa. ¿Te lo había dicho?

—Sí, lo has dicho. Y eso será lo único que digas en un buen rato, mi amor.

Deja que yo tome la palabra, nos limitaremos a seguir el plan.

Macbeth se echó a reír. Sí, vaya si había vuelto.

Tanto la sala de juego como el restaurante estaban tan llenos de clientes que tuvieron que abrirse paso hasta la mesa de juego que habían preparado en el reservado del final del restaurante. Allí los esperaba Tourtell.

—¿Has venido solo esta noche? —dijo Macbeth estrechando la mano del alcalde.

—La juventud tiene que preparar los exámenes —repuso Tourtell sonriendo—. He visto que había cola para entrar.

—Desde las seis —dijo Lady sentándose a su lado—. Estamos tan llenos que tuve que convencer a Jack para poder disponer de un crupier.

—Eso me hace pensar que debería haber sitio para dos casinos en esta ciudad —dijo Tourtell tirando de su pajarita negra—. Ya sabes lo descontentos que están los electores cuando no pueden ir a jugarse el dinero.

—Estoy de acuerdo —dijo Lady y llamó a un camarero—. ¿El alcalde está de suerte esta noche, Jack?

—Es un poco pronto para decirlo —repuso Jack sonriendo, con su chaqueta roja de crupier—. ¿Otra carta, señor alcalde?

Tourtell miró las dos cartas que tenía.

—El que no arriesga no gana. ¿O no, Lady?

—Tienes toda la razón. Por eso había pensado hablarte de un consorcio que está dispuesto a arriesgar su dinero no solo haciéndose cargo del Obelisco, sino reformándolo y reinaugurándolo como uno de los casinos más espectaculares del país. Hay un riesgo económico, claro, pues el nombre del Obelisco ha perdido toda reputación, pero estamos dispuestos a apostar a que un nuevo propietario y un nuevo perfil puedan arreglarlo.

—¿«Estamos», Lady?

—Sí, formo parte del consorcio. Junto con el inversor inmobiliario de Capitol, Janovic, entre otros. Como has dicho, es importante para la ciudad que el Obelisco reabra sus puertas. Piensa en todos los impuestos que traerá de las poblaciones vecinas. Cuando dentro de unos meses inauguremos el espectacular

Obelisco recién reformado, será una atracción turística. La gente vendrá desde Capitol para jugar en nuestra ciudad, Tourtell.

El alcalde miró la carta que Jack le había dado y suspiró.

—No parece que sea mi noche.

—Pero todavía podría serlo —señaló Lady—. Las acciones del consorcio no se han repartido todavía, hemos pensado en ti como posible inversor. También tú necesitas algo con lo que retirarte cuando termine tu etapa como alcalde.

—¿Inversor? —Tourtell rio—. Me temo que como alcalde no tengo ni permiso ni medios para comprar acciones en las empresas de la ciudad, así que lamento que esa fiesta accionarial, que sin duda lo será, tenga que celebrarse sin mí.

—Las acciones pueden pagarse de distintas maneras —observó ella—. Por ejemplo, mediante la prestación de servicios.

—¿En qué estás pensando, mi hermosa duquesa?

—En que respaldes públicamente a Macbeth como el nuevo alcalde.

Tourtell volvió a mirar sus cartas.

—Ya he hecho esa promesa y soy conocido por cumplir lo que prometo.

—Nos referimos a estas elecciones.

Tourtell apartó la mirada de sus cartas. Observó a Macbeth.

—¿Estas?

Lady puso una mano sobre el brazo del alcalde y se inclinó hacia él.

—Sí, porque no querrás presentarte.

Tourtell pestañeó dos veces.

—¿No querré?

—Es cierto que habías dado a entender que te presentarías, pero luego cambiaste de opinión.

—¿Por qué?

—Tu salud ya no es muy buena, el trabajo de alcaldía es muy exigente. Exige a un hombre del futuro. Si no eres alcalde serás libre de participar en un consorcio que en la práctica se hará con el monopolio de la gestión de los

casinos de esta ciudad y que, al contrario que las cartas que tienes ahora mismo, te convertirán en un hombre muy rico.

—Pero yo no deseo...

—Recomendarás a los electores que voten a Macbeth como tu sucesor porque es un hombre del pueblo, que trabaja para el pueblo y que dirige con el pueblo. Como el director de la policía que acabó con Sweno y con Hekate, se ha demostrado capaz de cumplir lo que promete.

—¿Hekate?

—Macbeth y yo estamos adelantándonos un poco a los hechos, pero Hekate es hombre muerto. Vamos a concertar un encuentro con él del que no saldrá con vida. Es una promesa, yo también soy conocida por cumplir mis promesas, querido alcalde.

—¿Y si no accedo a participar en este... intercambio de acciones? —dijo, escupiendo las últimas palabras como si fueran una uva podrida.

—Sería una pena.

Tourtell se reclinó en su silla y se cogió una de sus papadas entre el índice y el corazón.

—¿Qué más, mujer?

—¿Estás seguro de que no quieres que lo dejemos aquí? —preguntó Lady.

Jack carraspeó, golpeó el mazo de cartas con el índice.

—¿Tiene cartas suficientes, señor alcalde?

—¡No! —bufó Tourtell sin apartar la mirada de Lady.

—Como quieras —dijo ella y suspiró—. Serás arrestado y procesado por mantener relaciones inmorales con un chico que aún no ha alcanzado la edad para mantener relaciones sexuales consentidas. —Indicó con la cabeza la carta que Jack había dejado frente a él—. Mira, has ido demasiado lejos, te has pasado.

Tourtell la miraba con pesados ojos de merluzo. El húmedo y protuberante labio inferior se movía.

—No podréis cogerme —bufó—. ¿Me habéis oído? ¡No podréis!

—Si somos capaces de atrapar a Hekate, también podremos contigo.

Tourtell se levantó. Los miró de arriba abajo. Las papadas, las mejillas encendidas, todo su cuerpo temblaba de ira. Giró sobre los talones y se alejó, con un frufú debido al rozamiento del tejido de la parte interior de los muslos.

—¿Qué opinas? —preguntó Macbeth cuando desapareció.

—Ah, hará lo que queremos —dijo Lady—. Tourtell no es ningún potro descerebrado, solo necesita un poco de tiempo para calcular las probabilidades antes de apostar.

Caithness soñaba con Angus. La llamaba, ella no se atrevía a descolgar el teléfono porque sabía que alguien había manipulado el aparato y estallaría. Despertó y se giró hacia el despertador que estaba junto al teléfono, que sonaba. Era más de medianoche. Tenía que tratarse de un asesinato. Esperaba que fuera un asesinato, un asesinato normal y corriente y no un... Levantó el auricular.

—¿Hola? —Oyó el clic que sonaba en su teléfono desde la reunión de Estex.

—Perdone que llame tan tarde —dijo la voz de un hombre joven, desconocido—. Solo quiero verificar que vendrá a la 323 a la hora habitual mañana, señora.

—¿Que haré qué?

—Disculpe, tal vez me haya equivocado de número. ¿Es con la señora Mittbaum?

Caithness se incorporó en la cama, completamente despierta. Se humedeció los labios. Imaginó la rueda de la grabadora que giraba en algún lugar, tal vez en el primer piso, en el servicio de Vigilancia.

—No soy yo —dijo—. Pero yo no me preocuparía, la gente con apellido alemán suele ser puntual.

—Disculpe. Buenas noches.

—Buenas noches.

Caithness se quedó tumbada con el corazón acelerado.

La 323. La habitación del Gran Hotel donde Duff y ella solían quedar a la hora del almuerzo, reservada a nombre de Mittbaum.

Hekate giró la base del telescopio. La luz de la mañana se abrió paso entre las nubes y bajó en forma de pilares hasta la ciudad.

—¿Macbeth dijo que pensaba matarme durante la reunión?

—Sí —respondió Bonus.

Hekate miró por el telescopio.

—Mira por dónde, ya hay cola para entrar en el Inverness.

Bonus miró alrededor.

—¿Los camareros tienen el día libre?

—¿Te refieres a los chicos? Solo los contrato cuando me hacen falta, exactamente igual que esta suite del ático. Poseer cosas es atarse a ellas. Y a las personas, Bonus. Cuando notes que tu carro está tan lleno de cosas que te hace avanzar más despacio, deshazte de la chatarra, no del carro. Eso es lo que Macbeth no ha comprendido. Que yo soy el carro, no la chatarra. ¿Pudiste llamar a Macbeth, Strega?

La gran mujer varonil, que acababa de entrar en la suite, emergió de las sombras.

—Sí.

—¿Qué habéis acordado?

—Que vendrá aquí solo, mañana a las seis, para hablar contigo.

—Gracias.

Volvió a perderse entre las sombras.

—No entiendo cómo se atreve —dijo Bonus.

—¿Atreverse? No puede evitarlo. Macbeth se ha convertido en una pobre mosca que se ve atraída sin remedio por la luz del poder.

—Y como una mosca arderá.

—Tal vez. No es a mí a quien más debe temer sino, como la mosca, a sí mismo.

Caithness consultó su reloj. Eran las doce del mediodía. Luego dirigió su mirada hacia la puerta de la habitación del hotel que tenía delante. Los números de bronce que nunca olvidaría, daba igual cuántos años viviera y a cuántos hombres conociera, amara, con cuántos compartiera días y noches.

La 323.

Todavía podía volverse atrás. Sin embargo había acudido. ¿Por qué? ¿Porque creía que iba a volver a ver a Duff y que algo habría cambiado? Lo único que había cambiado era que ahora sabía que podía pasar perfectamente sin él. ¿O porque suponía que detrás de esa puerta podía haber una nueva oportunidad, una oportunidad de hacer las cosas bien? Lo que no había hecho cuando abandonó a Angus en Estex. Había conseguido su número de teléfono privado en la Guardia Real, pero no le respondía.

Levantó la mano.

La puerta explotaría si llamaba.

Llamó.

Esperó. Iba a llamar otra vez cuando se abrió. Apareció un hombre joven.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Fleance, el hijo de Banquo. —Era la misma voz que al teléfono. Dio un paso a un lado—. Pase, señora Mittbaum.

La habitación de hotel estaba igual.

Malcolm estaba igual.

Duff no. Había envejecido. No solo por los meses que habían pasado desde la última vez que lo vio sentado sobre la colcha de felpa de la cama de hotel,

esperándola igual que ahora, sino en los días transcurridos desde que salió de su piso.

—Has venido —dijo Duff.

Ella asintió.

Malcolm carraspeó y limpió sus gafas.

—No pareces muy sorprendida de vernos aquí, Caithness.

—Sobre todo estoy sorprendida de estar yo aquí. ¿Qué sucede?

—¿Qué esperas que pase, Caithness?

—Espero que acabemos con Macbeth, el asesino.

Seyton tiró de la palanca de la puerta de hierro y la abrió. Macbeth pasó y giró el interruptor del interior. Los tubos de neón parpadearon dos veces antes de proyectar una luz azulada y fría sobre las estanterías llenas de cajas de munición y armas diversas. En el suelo de la estancia cuadrada había una caja fuerte y dos metralletas Gatling a medio desmontar. Macbeth se acercó a la caja fuerte, giró el disco con la combinación numérica y abrió. Sacó una maleta con un estampado de cebra.

—La sala de la munición era la única con muros lo bastante gruesos para que nos atreviéramos a guardarla —dijo—. Aun así, también la metimos en una caja fuerte.

—De modo que se trata de una bomba.

—Eso es —dijo Macbeth que se había puesto en cuclillas y había abierto la maleta—. Camuflada como una maleta llena de oro. —Sacó los lingotes que cubrían el fondo—. Solo son de hierro bañado en oro, pero la bomba que hay debajo... —añadió levantando la base— es auténtica del todo.

—Vaya —dijo Seyton y silbó bajito—. Una bomba de hierro clásica.

—Es una idea genial, ¿o no? El oro hace que a nadie le llame la atención cuánto pesa. En su día estuvo destinada a volar el Inverness.

—Ah, aquel asunto. ¿Por qué no se destruyó la bomba?

—Fue idea mía —dijo Macbeth estudiando el mecanismo, similar al de un

reloj—. Es un trabajo excelente, la hicimos desmontar por completo. Pensé que la Guardia Real podría necesitarla algún día. Y así ha sido... —Tiró levemente de una barrita metálica del tamaño de una cerilla—. Solo hay que sacar esto y el reloj seguirá con su cuenta atrás. Parece sencillo, pero tardamos casi cuarenta minutos en desarmarlo y ahora solo quedarán veinticinco minutos y cincuenta y cinco segundos de la cuenta atrás. En la práctica, cuando tire de esto ya no habrá marcha atrás.

—Entonces tendrás que ser rápido en tus negociaciones con Hekate.

—Ay, la reunión no será larga. Diré que el oro es una muestra de mi agradecimiento por lo que ya ha hecho y que habrá más si me ayuda a salir elegido como alcalde.

—¿Crees que lo hará?

—No lo sé, en todo caso estará muerto diez minutos después. Lo importante es que no sospeche, sabe que en esta ciudad nadie da nada sin esperar algo a cambio. Le pediré que se lo piense, miraré el reloj, diré que tengo una reunión con el grupo de mando, lo que es cierto, y me iré de allí.

—Perdón... —Se volvieron hacia la puerta. Era Ricardo—. Una llamada.

—Diles que les llamaré luego —dijo Seyton.

—No es para ti, es para el director.

Macbeth notó la frialdad casi imperceptible de su voz. También lo había notado al entrar en las oficinas de la Guardia Real. Cómo los hombres habían murmurado un saludo obediente, pero habían desviado la mirada y parecían estar ocupados en otra cosa.

—¿Para mí?

—Tu secretaria ha pasado la llamada. Dice que es el alcalde.

—Muéstreme el camino.

Siguió al veterano guardia real. Algo en el rostro aristocrático y alargado de Ricardo, el brillo negro de su piel, sus majestuosos andares hacían que Macbeth pensara que el agente era descendiente de la famosa tribu de cazadores de leones, ¿cómo se llamaba esa tribu? Un hombre de honor, fiel, Ricardo, alguien

que Macbeth sabía que estaría dispuesto a seguir a sus hermanos hasta la muerte si hiciera falta. Un hombre que valía su peso en oro. Oro auténtico.

—¿Pasa algo, Ricardo?

—¿Señor?

—Parece que estáis todos muy callados hoy. ¿Algo que debiera saber?

—Es que estamos preocupados por Angus.

—Oí que había estado algo afectado, sí. Este trabajo no es para todo el mundo.

—Me refería sobre todo a que no ha venido a trabajar, nadie sabe dónde está.

—Volverá, seguro. Es probable que haya necesitado una pausa para pensar un poco. Pero sí, entiendo que tengas miedo a que haya tomado medidas drásticas.

—Si ha sucedido algo drástico... —dijo Ricardo deteniéndose frente al despacho abierto donde había un auricular sobre el escritorio—, no creo que sea Angus el responsable.

Macbeth se detuvo y lo miró.

—Entonces ¿qué crees?

Se observaron mutuamente. Macbeth no percibió ni rastro de la admiración y la alegría que al verlo solían manifestar sus hombres de la Guardia Real. Ricardo bajó los ojos.

—No lo sé, señor.

Macbeth cerró la puerta del despacho y cogió el teléfono.

—¿Sí, alcalde?

—He mentido al decir que era el alcalde para que me pasaran contigo. Igual que mentiste tú. Me prometiste que nadie moriría.

Macbeth pensó que era extraño cómo el miedo podía con la arrogancia. No quedaba ni rastro de esta última en la voz de Walt Kite.

—Debes de haberme malinterpretado —dijo Macbeth—. Quise decir que no moriría nadie de tu familia.

—Eres...

—Y no lo harán. Si sigues haciendo lo que te diga. Estoy ocupado, así que si

no quieres nada más, Kite... —Al otro lado solo se oían las interferencias la línea—. Me alegro de que lo hayamos aclarado.

Macbeth colgó. Miró la foto que había colgada de la pared sobre el escritorio. Era de toda la panda de la Guardia Real, en el Albañil. Las amplias sonrisas y las jarras de cerveza alzadas daban testimonio de la celebración de otra exitosa misión. Allí estaban Banquo. Ricardo. Angus y el resto. Y él. Tan joven... Con una sonrisa estúpida. Tan ignorante... Feliz en la ausencia de poder.

—De modo que ese es el plan —dijo Malcolm—. Eres la única que lo conoce aparte de nosotros tres. ¿Qué, Caithness, estás con nosotros?

Estaban en la estrecha habitación de hotel. Caithness los miró de uno en uno.

—Si digo que el plan es una locura, que no quiero tener nada que ver con él, ¿me dejareis salir de aquí como si nada, para que pueda ir a contárselo a Macbeth?

—Sí —respondió Malcolm.

—¿Eso no resulta bastante ingenuo?

—Bueno. Supongo que si tuvieras intención de acudir a Macbeth hubieras empezado por decirnos que era un plan genial y que contáramos contigo. Y luego nos habrías delatado. Te preguntamos porque hemos calculado los riesgos. Nos negamos a creer que no hay gente buena ahí fuera, personas que se preocupan, que anteponen el bien de la ciudad al suyo.

—¿Pensáis que soy una de ellas?

—Duff lo cree —dijo Malcolm—. En realidad lo dice con más convicción: dice que lo sabe. Dice que eres mejor que él.

Caithness miró a Duff.

—Es una idea genial y contad conmigo —dijo.

Malcolm y Fleance se echaron a reír, y sí, incluso en los ojos mortecinos y tristes de Duff ella vio un atisbo de sonrisa.

A las seis menos cinco Macbeth entró en la recepción del hotel Obelisco. El gran vestíbulo estaba casi vacío, solo vio un portero, un par de botones y tres recepcionistas con trajes negros que hablaban en voz baja entre sí, como agentes de una funeraria. Era evidente que el cierre del casino tampoco había sido bueno para su negocio.

Macbeth fue derecho al ascensor, que estaba abierto, entró y pulsó el botón del piso veinte. Apretó los dientes, soltó el aire para compensar la presión. El ascensor más rápido del país, incluso lo habían destacado en la publicidad, atraería a los pueblerinos. El asa de la maleta estaba resbaladiza. ¿Por qué Collum, aquel jugador sin suerte, había elegido una maleta con estampado de cebra para camuflar una bomba?

La puerta del ascensor se abrió y Macbeth salió. Sabía por los planos que la escalera del ático estaba a la izquierda. Subió los quince escalones y recorrió un corto pasillo hasta la única puerta de la planta. Levantó la mano para llamar. Pero se detuvo. Se observó la mano. ¿Acaso veía un temblor casi imperceptible, el temblor que los veteranos decían que experimentaban tras llevar siete años en la Guardia Real? Los temblores del séptimo año. No, no temblaba. Decían que era peor si dichos temblores no llegaban, que entonces sí que había llegado el momento de abandonar.

Macbeth llamó.

Oyó pasos.

Su propia respiración.

No iba armado, le registrarían, no había ninguna razón para ponerles sobre aviso, al fin y al cabo tenía que parecer una reunión de negocios. Se repitió que solo debía contarle que iba a presentarse a las elecciones para alcalde y luego entregarle la maleta como agradecimiento por los servicios prestados. Esta explicación resultaría plau..., ¿cómo era esa palabra?

—¿Señor Macbeth? —Abrió un chico joven vestido con pantalones de montar blancos y guantes.

—Sí.

El chico se hizo a un lado.

—Adelante.

La suite del ático tenía vistas a todas partes. Había dejado de llover y al oeste, detrás del Inverness, el sol del atardecer teñía la parte inferior de la fina capa de nubes de un tono anaranjado. Macbeth paseó la vista sobre el puerto del sur y las torres de las fábricas al este.

—El señor Hand dijo que se retrasaría un poco, pero no mucho —explicó el chico—. Traeré champán.

La puerta se cerró con suavidad, Macbeth se quedó solo. Se sentó en una de las butacas de piel junto a la mesa redonda de plexiglás. El señor Hand. Pues bueno.

Macbeth miró el reloj. Habían pasado exactamente tres minutos y treinta y cinco segundos desde que, sentado en el coche de la Guardia Real con Seyton, tiró del palito que iniciaba la cuenta atrás. Faltaban veintidós minutos y dieciséis segundos para la detonación.

Se acercó a la gran nevera marrón pegada a una de las paredes y la abrió. Estaba vacía. El armario también. Echó un vistazo al dormitorio, intacto. Allí no vivía nadie. Volvió a sentarse en la butaca de piel.

Veinte minutos y seis segundos.

Intentó no pensar en nada, pero las ideas no dejaban de agolparse en su mente.

Decían que se acababa el tiempo.

Que la oscuridad se cerraba.

Que la muerte se aproximaba.

Macbeth respiró hondo, con serenidad. ¿Y qué si la muerte hacía acto de presencia? Sería un final sin sentido, claro, pero ¿acaso no lo eran todos los finales? Nos interrumpen en mitad de una frase de nuestro relato, se queda colgando en el aire, sin significado, sin conclusión, sin un acto final aclaratorio. Un breve eco de la última palabra que dejaste a medio pronunciar y te habrán olvidado. Olvidado, olvidado, ni la más impresionante de las estatuas puede cambiar eso. Quien fuiste, quien eras de verdad, desaparece más deprisa que las ondas en un lago. ¿Cuál era el sentido de esta breve, interrumpida actuación como secundario? ¿Seguir el juego lo mejor que se pueda, aferrarse a las diversiones y los placeres que la vida ofrece mientras dura? ¿O dejar huella, cambiar el orden de las cosas, hacer del mundo un lugar un poco mejor antes de que tengas que abandonarlo? ¿O tal vez el sentido esté en reproducirse, traer al mundo pequeñas criaturas mejor preparadas con la esperanza de que los seres humanos en algún momento lleguen a ser los semidioses que han imaginado que son? O tal vez nada tenga sentido, tal vez solo somos frases sueltas en un murmullo eterno y caótico en que todos hablan y nadie escucha, y nuestra peor premonición resulta ser cierta: estamos solos. Completamente solos.

Diecisiete minutos.

Solo. Entonces llegó Banquo y lo acogió, le hizo miembro de su familia. Se había deshecho de él. De todos. Volvía a estar solo. Él y Lady. ¿Qué buscaba con todo aquello? ¿Lo quería? ¿O quería dárselo a alguien? ¿Era para ella, para Lady?

Catorce minutos.

¿De verdad creía que duraría? ¿No era todo tan frágil como la psique de Lady, no estaba este reino que construía condenado a derrumbarse, no era solo cuestión de tiempo? Quizá, pero ¿qué tenemos sino el tiempo, un instante, la frustrante temporalidad de lo no eterno?

Once minutos.

¿Dónde se había metido Hekate? Ya era demasiado tarde para llevar la maleta

al muelle y lanzarla al agua. La alternativa era dejarla caer por una alcantarilla en la calle, pero estaban en pleno día y había muchas probabilidades de que lo reconocieran después de las noticias y los artículos de prensa de los últimos tiempos.

Siete minutos.

Macbeth se decidió. Si Hekate no llegaba dentro de dos minutos, se iría. Dejaría la maleta con la esperanza de que Hekate apareciera antes de que hiciera explosión.

Cinco minutos. Cuatro.

Macbeth se levantó y se acercó a la puerta. Aguzó el oído.

Nada.

Tres y medio.

Había llegado la hora de la retirada.

Agarró el picaporte. Tiró. Tiró con más fuerza. Estaba cerrada. Lo habían encerrado.

—¿Cree usted que le han engañado, señor?

Lady estaba junto a la ruleta. La habían llamado porque un cliente estaba causando problemas. El hombre no estaba del todo sobrio, pero tampoco borracho. Chaqueta de traje de cuadros, arrugada. No le hacía falta ni adivinarlo: un cliente del Obelisco procedente del campo.

—Joder, sí —dijo el hombre mientras Lady paseaba la mirada por la sala, que volvía a estar llena; tenía que contratar más gente, en el bar hacían falta al menos dos más—. La bola cae en el número catorce tres veces seguidas, ¿qué probabilidades hay de que ocurra eso, eh?

—Las mismas que hay de que caiga en el tres, el veinticuatro y después en el dieciséis —repuso Lady—. Una contra cincuenta mil. Exactamente la misma que para cualquier otra combinación numérica.

—Pero...

—Caballero —sonrió Lady poniéndole la mano en el brazo—. ¿Alguna vez le

ha contado alguien que durante un bombardeo debe esconderse en un cráter formado por bombas anteriores porque la posibilidad de que la segunda bomba caiga en el mismo sitio es mínima? Pues fue entonces cuando le engañaron. Pero ahora está en el Inverness, señor. —Le entregó un vale—. Tómese una copa en el bar a mi salud. Solo pido que medite sobre la lógica de lo que le acabo de decir y luego hablaremos. ¿De acuerdo?

El hombre echó la cabeza un poco atrás y la contempló. Cogió el vale y se largó.

—Lady.

Se dio la vuelta. Sobre ella se cernía una mujer de anchos hombros. O un hombre.

—El señor Hand quisiera hablar con usted. —La mujer varonil señaló con un movimiento de la cabeza a un hombre de edad que estaba unos metros más allá. Vestía un traje blanco, llevaba el cabello teñido de un tono oscuro y se apoyaba en un bastón dorado mientras contemplaba con interés la araña que colgaba sobre él.

—Si pudiera esperar dos minutos... —sonrió Lady.

—También tiene un alias. También empieza por H.

Lady se detuvo.

—Él prefiere Hand —dijo sonriendo la mujer varonil.

Lady se acercó al anciano.

—¿Cristal de Baccarat o de Bohemia? —preguntó este sin apartar la mirada de la araña.

—De Bohemia —contestó ella—. Es, como tal vez sepa, una copia algo menor que la araña del palacio Dolmabahce de Estambul.

—Me temo que nunca he estado allí, señora, pero una vez visité una capilla en un pueblo de Checoslovaquia. Después de la peste negra había tantos esqueletos que no tenían dónde dejarlos. Pusieron a un monje tuerto a organizar aquello y a amontonar los restos. En lugar de esconderlos, los empleó para decorar el templo. Allí hay colgada una hermosa araña hecha solo con calaveras y

esqueletos. Algunos opinan que es una falta de respeto hacia los muertos. Yo opino todo lo contrario. —El viejo apartó la mirada de la araña y la observó—. ¿Qué mayor regalo puede hacerse a una persona sino la pizca de inmortalidad que entraña tener una función que cumplir también después de muerto, señora? Convertirse en un arrecife de coral, en una araña de cristal. O un símbolo y guía, un director de la policía que muere tan prematuramente que la gente todavía conserva la imagen de una buena persona, el líder desinteresado, tan maravillosamente pronto que nunca hubo tiempo de desenmascararle como otro rey corrupto y ávido de poder. Estoy convencido de que necesitamos esa clase de muertos, señora. Espero que el monje tuerto recibiera el agradecimiento que merecía.

Lady tragó saliva. Normalmente sabía leer en la mirada de la gente, veía algo que podía interpretar, entender y utilizar. Tras la mirada de aquel hombre no encontró nada, era como mirar a los ojos a un ciego.

—¿En qué puedo servirle, señor Hand?

—Como sabe, ahora tendría que estar reunido con su marido. Está en una suite de hotel esperando para matarme.

Lady sintió como si su tráquea se encogiera. Supo que si intentaba hablar su voz sonaría aguda y débil. No dijo nada.

—Como no veo que vaya a cumplir ninguna función útil como cadáver, pensé que lo mejor sería hacer entrar en razón al sensato de los dos.

Lady lo miró. Él asintió y sonrió dulcemente, con melancolía, como un abuelo sabio. Como alguien que la entendía. Le explicaba que las escapadas eran innecesarias, en todo caso, inútiles.

—Bien —dijo Lady carraspeando con fuerza—. En ese caso necesitaré una copa. ¿Qué puedo ofrecerle?

—Bueno, si tu barman sabe cómo se prepara un dirty Martini.

—Venga.

Se acercaron al bar, donde la gente hacía cola. Lady se abrió paso detrás de la barra, agarró dos copas para Martini, escanció de la botella de ginebra, después

de la de Martini y luego siguió mezclando las copas en el mostrador de debajo de la barra. Menos de un minuto después estaba de vuelta. Ofreció al viejo una de las copas.

—Espero que le parezca lo bastante sucio.

Él lo probó.

—Sin duda. Pero si no me equivoco lleva un ingrediente extra.

—Dos. Es mi receta personal. Por aquí, por favor.

—¿Cuáles son esos ingredientes?

—Ese es un secreto profesional, claro, pero le diré que opino que todas las bebidas deben llevar un elemento local. —Lady condujo al viejo y a la mujer varonil de gran altura hasta el reservado vacío al fondo del restaurante.

—Un hombre en mi posición lógicamente entiende que uno quiera proteger sus secretos profesionales —comentó Hekate y esperó a que la mujer varonil que lo acompañaba le ofreciera una silla—. Tendrán que disculpar que haya desvelado que querían hacerse con mi ciudad. Respeto sus ambiciones, mis planes son otros.

Lady dio un sorbo a su Martini.

—¿Va a matar a mi marido?

Hekate no contestó.

Ella repitió la pregunta.

Macbeth miraba fijamente a la puerta y sintió que se le secaba la boca. Estaba encerrado. Incluso creía oír el tictac de la bomba a su espalda. No había otra salida, eso también lo había comprobado al estudiar los planos del edificio. Por la ventana la pared lisa bajaba veinte pisos en picado hasta el asfalto.

Encerrado. Atrapado en su trampa. La trampa de Hekate. La suya propia.

Tomó aire por la boca e intentó controlar el pánico que se abría paso en su interior.

Su mirada buscó por la habitación. No había un lugar donde esconderse, la

bomba era demasiado potente. Su vista volvió a la puerta. A la cerradura bajo el picaporte.

Cerradura giratoria. Soltó el aire en un largo siseo aliviado. Joder, ¿qué le pasaba? Estuvo a punto de reírse. Una puerta de hotel debe bloquearse cuando se cierra. Si él vivía en un hotel, joder. Solo había que girar el pestillo y podría abrir.

Alargó la mano. Dudó. ¿Por qué algo le decía que no podía ser tan sencillo? Que nunca lo era, que de donde estaba, de donde se había encerrado, era imposible salir, que estaba condenado a salir volando por los aires.

Sintió los dedos empapados en sudor, escurridizos al rodear el pestillo. Giró.

El pestillo giró.

Bajó el picaporte.

Empujó la puerta.

Salió. Bajó deprisa la escalera y siguió por el pasillo maldiciendo por lo bajo.

Fue al ascensor y apretó el botón.

Vio en el luminoso de la pared que subía.

Miró el reloj. Dos minutos y cuarenta segundos.

El ascensor se aproximaba. ¿Oía algo? ¿Un tintineo? ¿Voces? ¿Había gente dentro? ¿Y si era Hekate? Ya no quedaba tiempo para regresar a la suite y charlar.

Macbeth salió corriendo. Según los planos había una escalera de incendios a la vuelta de la esquina, a la izquierda.

Así era.

Abrió la puerta de la escalera de emergencia a la vez que oía un «pling» que indicaba que el ascensor había llegado. Contuvo la respiración y sujetó la puerta mientras esperaba.

Voces. Dos voces jóvenes y cristalinas.

—No entiendo muy bien qué...

—El señor Hand no va a venir, solo nos han dicho que entretengamos al que ha venido media hora. Espero que le guste el champán.

El sonido de las ruedas de un carrito.

Macbeth cerró la puerta a su espalda y se precipitó escaleras abajo.

En cada planta había un número.

Se detuvo en la dieciocho.

Lady asintió. Respiró hondo.

—¿Lo matará otro día?

—Depende. ¿Le ha puesto zumo de manzana?

—No. ¿Depende de qué?

—De si esto solo es un desconcierto momentáneo. Por lo visto, los dos habéis dejado de utilizar mis productos y tal vez sea lo mejor para todas las partes.

—No lo mata porque lo necesita como director de la policía. Ahora, una vez que ha desvelado los planes de Macbeth, cuenta con que habrá aprendido la lección. Un perro no está adiestrado del todo hasta que ha desobedecido y ha sido castigado por ello.

El viejo se volvió hacia la mujer varonil.

—¿Entiendes ahora lo que quiero decir cuando afirmo que ella es la inteligente de los dos?

—Entonces, ¿qué quiere de mí, señor Hand?

—¿Jengibre? No, la receta es secreta, su respuesta en ningún caso sería fiable. Solo quería hacer que repararan en las opciones que tienen. Obedezcan y protegeré a Macbeth de todo aquello que pueda perjudicarlo, será su Titón. Desobedezcan y los liquidaré a los dos como se hace con los perros a los que es imposible adiestrar. Mire a su alrededor, Lady. Mire todo lo que puede perder. Tiene todo lo que soñaba. Tal vez no deba soñar con más. Hablando de recetas, los sueños demasiado ambiciosos son la receta de la desgracia. —El viejo apuró el combinado y dejó la copa sobre la mesa—. Pimienta: una de esas dos cosas.

—Sangre —dijo Lady.

—¿De veras? —Cogió con ambas manos la empuñadura del bastón y se empujó hasta estar de pie—. ¿Sangre humana?

Lady se encogió de hombros.

—¿Acaso importa? Usted así lo cree y la receta pareció gustarle.

El viejo se rio.

—Usted y yo podríamos haber sido muy buenos amigos si las circunstancias hubieran sido otras, Lady.

—En otra vida.

—En otra vida, mi pequeño lirio. —Golpeó el suelo dos veces con el bastón —. Quédese sentada, encontraremos la salida.

Lady mantuvo la sonrisa hasta que él desapareció de su vista. Luego boqueó para coger aire, sintió que la habitación daba vueltas, tuvo que aferrarse a los apoyabrazos. Lo sabía. ¿Cómo podía saberlo?

Planta dieciocho.

Macbeth miró el reloj. Quedaba un minuto. Entonces ¿por qué se había parado? Tenían que subir el carrito por la escalera. Empujarlo hasta la habitación. Estarían allí cuando explotara la bomba. ¿Y qué? Eran los hombres de Hekate. Tenían que formar parte del entramado, ¿cuál era el problema? Nadie era inocente en aquella ciudad. Entonces ¿por qué le había asaltado una idea en ese mismo instante? ¿Era de un discurso? ¿Escrito por Lady y dado por él? O venía de más atrás, ¿acaso un juramento que habían hecho al licenciarse en la Academia de Policía? O incluso antes, ¿algo que Banquo le había dicho? Algo, algo... pero no era capaz de recordar exactamente qué. Solo que...

¡Joder, joder!

Cincuenta segundos.

Macbeth corrió.

Escaleras arriba.

—¡Venid conmigo! —gritó Macbeth.

Los dos chicos jóvenes miraban fijamente al hombre que de pronto había aparecido por la puerta de la suite del ático. Uno de ellos sujetaba una botella de champán y había empezado a soltar la rejilla del corcho.

—¡Ya! —gritó Macbeth.

—Señor, nosotros...

—¡Disponéis de treinta segundos si no queréis morir!

—Tranquilo, señor...

Macbeth agarró la cubeta del champán y la tiró contra la ventana. Los cubos de hielo saltaron y rebotaron por el parqué. En el silencio que se hizo a continuación, dijo bajando la voz:

—Una bomba explotará aquí dentro de veinticinco segundos.

Se dio la vuelta y corrió. Bajó la escalera. Oyó los pasos atropellados de los otros tras él. Pasó como un rayo por delante del ascensor. Sostuvo abierta la puerta de la escalera para que los dos pasaran.

—¡Corred! ¡Corred!

Cerró la puerta y se precipitó tras ellos.

Quince segundos. Macbeth no tenía ni idea de cuál era la potencia exacta de la bomba, pero si se había fabricado con la intención de destruir algo tan sólido como el Inverness, debían alejarse todo lo posible. Planta diecisiete. Notó que empezaba a dolerle la cabeza, como si ya pudiera sentir la presión de la

explosión contra los tímpanos, los globos oculares, la cavidad bucal. Planta quince. Miró el reloj. Habían pasado quince segundos de más.

Doce. Nada. Quizá aquel tipo de cronómetro no fuera del todo preciso o que hubieran introducido un retardo de manera intencionada. Los chicos, que iban delante, redujeron la velocidad. Macbeth gritó. Y aceleraron.

En la novena planta los dos jóvenes se metieron por la puerta del descansillo, pero Macbeth siguió bajando hasta el final. Prefería la escalera; según los planos los cables de los ascensores estaban sujetos en la parte alta del edificio. Cuando llegó al último piso, la bomba ya se había retrasado casi tres minutos.

Salió al vestíbulo. La misma gente seguía allí, apoyada contra el mostrador como si nada. No se fijaron en él. Emergió a la lluvia. Miró hacia arriba, y así permaneció hasta que le dolió el cuello. Empezó a cruzar la plaza desierta hacia Seyton, que lo esperaba en el coche. ¿Qué cojones había pasado? O mejor dicho, ¿qué no había pasado? ¿La bomba no había resistido la humedad del sótano de la jefatura? ¿O alguien había sido capaz de interrumpir la cuenta atrás cuando él salió de la suite del ático? ¿O había explotado pero con una fuerza mucho menor que la que los técnicos de la Guardia Real habían estimado aquella vez? ¿Y ahora qué? Se detuvo en seco. ¿Y si Hekate o su gente llegaban a la suite más tarde y descubrían que Macbeth había dejado una bomba allí? Tenía que volver y recoger la maleta.

Macbeth se volvió. Avanzó dos pasos. De pronto, vio que su sombra se dibujaba sobre los adoquines y oyó un estruendo sordo como de una tormenta. Por un instante pensó que las partículas blancas que le caían sobre la frente y las manos eran granizo, que repicaba sobre los adoquines y bailaba encima de los coches aparcados. La alcachofa de una ducha impactó contra el suelo a unos metros de él. Apenas tuvo tiempo de mirar hacia arriba antes de que algo se desplomara sobre él y lo tumbara en el suelo con un rugido. Macbeth levantó los brazos para protegerse, pero el hombre que lo había tirado ya se había levantado, se sacudió la suciedad de su guardapolvo gris y salió corriendo. Macbeth vio una nevera marrón reventada en el lugar que él había ocupado unos segundos antes.

Apoyó la cabeza sobre los adoquines fríos.

De lo alto del Obelisco salían llamas y un humo negro se elevaba hacia el cielo. Algo llegó rebotando por los adoquines y se detuvo junto a su cabeza. Lo recogió. Todavía estaba atrapado en la malla de hilos metálicos.

—¿Qué cojones ha pasado? —exclamó Seyton cuando Macbeth se metió en el coche.

—Tourtell —dijo Macbeth—. Ha avisado a Hekate. Arranca.

—¿Tourtell? —repitió Seyton alejando el coche del bordillo mientras las escobillas quitaban pequeños cristales blancos del parabrisas.

—Tourtell era el único que conocía nuestro plan y habrá informado a Hekate con la esperanza de que este me matara en su lugar.

—¿Hekate no ha intentado matarte?

—No. Todo lo contrario. Me ha salvado.

—¿Por qué?

—Necesita a sus marionetas.

—¿Qué?

—Nada, Seyton. Vamos al Inverness.

Macbeth paseó la mirada por la acera, por la gente con la cara levantada y la boca abierta. Buscaba guardapolvos grises. ¿Cuántos eran? ¿Todos llevaban esa prenda o solo algunos? ¿Estaban siempre allí? Cerró los ojos. Inmortal. Tan inmortal como un muñeco de madera. La presión en su cabeza no dejaba de aumentar. Un extraño pensamiento cruzó su mente: la promesa de Hekate de hacerlo invulnerable no era una bendición, sino una maldición. Sintió los hilos metálicos sobre la piel mientras giraba el tapón del champán entre los dedos y oía la primera sirena policial.

Seyton se había detenido frente al Inverness, Macbeth iba a bajarse del coche cuando oyeron la voz de Tourtell en la radio.

—Sube el volumen —dijo volviendo a meterse.

—«... y para hacer frente a esos rumores, y por respeto a que ustedes,

queridos ciudadanos, tienen derecho a saber quiénes son sus representantes electos, hoy he decidido informaros de que hace quince años tuve una breve relación extramatrimonial que me hizo padre de un chico. De acuerdo con los implicados, es decir, la madre de mi hijo y mi esposa, decidimos que no fuera de conocimiento público. Todo este tiempo he tenido contacto con mi hijo y su madre, y los he mantenido con mis medios particulares. No hacerlo público entonces fue una decisión meditada. Había varios implicados que merecían consideración. La ciudad no era uno de ellos, puesto que en aquel momento yo no ocupaba ningún cargo público y no tenía que responder ante nadie más que ante mis allegados y ante mí mismo. Ahora las cosas son diferentes y es correcto hacer pública esta información. La madre de mi hijo está gravemente enferma y, con su consentimiento, hace dos meses que el chico vive en mi hogar. Durante ese tiempo he llevado a Kasi a actos públicos en que lo he presentado como hijo mío pero, paradójicamente, parece que mi honestidad ha generado otros rumores. Como se sabe, la verdad es siempre la última en ser creída. No estoy orgulloso de haber sido infiel hace quince años, pero hay poco que pueda hacer al respecto más allá de haber obtenido el perdón de mis seres queridos. Tan poco como puedo hacer respecto a que algunos opinen que mi vida privada puede influir en mis cualidades como dirigente. Todo lo que puedo hacer es pedir su confianza, de la misma manera que les doy muestra de mi confianza al hacer públicos detalles que tratan de lo que es más vulnerable y precioso para mí. Porque si he hecho cosas de las que no estoy orgulloso, hay una cosa de la que lo estoy. Y es mi hijo de quince años, Kasi, con el que ayer mantuve una larga conversación tras la cual me pidió que hiciera lo que estoy haciendo ahora. Contarle a esta ciudad que soy su padre. —Tourtell respiró hondo antes de terminar con cierto temblor en la voz—: Y que él es mi hijo. —Carraspeó—. Y me pidió también que ganara las próximas elecciones a alcalde.» —Silencio. Luego se oyó una voz femenina también claramente emocionada—: «Este ha sido un mensaje del alcalde Tourtell. Y ahora volvemos a las noticias. Repetimos que se ha informado de una fuerte explosión en el Distrito 4, concretamente en la

última planta del casino del Obelisco. De momento no hay constancia de personas desaparecidas o heridas, pero...».

Macbeth apagó la radio.

—Mierda —dijo sin más. Luego soltó una sonora carcajada.

Lady se reclinó sobre los almohadones y sacó un pie de debajo de la bata en dirección a Macbeth, que estaba sentado en un banquito al pie de la cama. Había preparado dos vestidos rojos. Él acarició su largo empeine y la suave pantorrilla recién depilada.

—Hekate conocía el plan para matarle —dijo—. ¿Mencionó quién se lo había contado?

—No —dijo Lady—. Pero dijo que serías mi Titón si nos portábamos bien.

—¿Quién es Titón?

—Un bello griego a quien se le otorgó la inmortalidad. También dijo que si no le obedecemos a partir de ahora, nos liquidará como a perros imposibles de adiestrar.

—Mmm... Tourtell es el único que puede haberle informado.

—Es la tercera vez que lo dices, cariño.

—Ese cínico no solo nos ha denunciado. El chico es su hijo de verdad. Ahora la cuestión es si la gente de esta ciudad quiere a un putero como alcalde.

—¿Por una cana al aire hace quince años? ¿Que Tourtell ya reconoció en su día, por la que pidió perdón y por la que desde entonces ha pagado manteniendo al hijo y a la madre? Y cuando ella enferma, ¿Tourtell, el santo, se hace cargo del hijo? La gente lo quiere por esto, cariño. Ha cometido un error que la mayoría comprende y luego se ha arrepentido y demostrado su buen corazón. Tourtell se ha convertido en uno del pueblo. Esa declaración fue una genialidad; la gente irá como loca a votarle.

—Tourtell se presentará a las elecciones y las ganará. Y nosotros ¿qué haremos?

—Sí, ¿qué haremos nosotros? Empecemos por lo más importante. ¿Qué vestido escojo, Jack?

—El español —dijo Jack pasando la taza de té de Lady de la bandeja a la mesilla de noche.

—Gracias. ¿Qué pasa con Tourtell y Hekate, Jack? ¿Hacemos algo al respecto o es demasiado arriesgado?

—No soy ningún estratega, señora. Pero he leído que cuando uno tiene enemigos en dos frentes, hay dos tácticas clásicas. Una es negociar un alto el fuego con uno de ellos, unir las tropas para derrotar al otro y luego, sin previo aviso, incumplir la tregua. La otra es enfrentar a los dos enemigos, esperar a que los dos estén debilitados y atacar.

Le pasó la taza de café a Macbeth.

—Recuérdame que te ascienda —dijo este.

—Oh, ya ha ascendido —comentó Lady—. Lo tenemos todo reservado para las próximas dos semanas, desde hoy Jack cuenta con un ayudante. Un ayudante que se dirigirá a él llamándole «señor» y por su apellido.

Jack se echó a reír.

—No fue idea mía.

—Fue mía —admitió Lady—. No es una ocurrencia, es solo razonable tener normas sobre cómo dirigirse a la gente, pues así todo el mundo se acuerda de cuál es la jerarquía y se evitan malentendidos. Por ejemplo, si un alcalde declara el estado de excepción es importante saber quién se queda al frente de la ciudad. ¿Y esa persona es...?

Jack negó con la cabeza.

—El director de la policía —dijo Macbeth, y dio un sorbo a su café—. Hasta que el director de la policía anule el estado de excepción.

—¿De veras? —dijo Jack—. ¿Si el alcalde muriera el director de la policía también se haría cargo?

—Sí —dijo Macbeth—. Hasta que se elija un nuevo alcalde.

—Normas que Kenneth introdujo nada más acabar la guerra —señaló Lady—. En aquellos tiempos se daba prioridad a un liderazgo militante y fuerte en caso de crisis.

—Parece sensato —dijo Jack.

—Lo bueno de un estado de excepción civil es que el director de la policía lo controla absolutamente todo. Puede desactivar el sistema judicial, censurar a la prensa, aplazar las elecciones de manera indefinida, en resumidas cuentas es...

—Un dictador.

—Exacto, Jack. —Lady removi6 el t6—. Lamentablemente Tourtell no acceder6 a declarar el estado de excepci6n, tendremos que conformarnos con la segunda mejor opci6n.

—¿Que es...?

—Que se muera, por supuesto —dijo Lady bebiendo un sorbito de t6.

—¿Morir? Quiere decir...

—Un atentado —dijo Macbeth apretando suavemente la pantorrilla de Lady—. Eso es lo que quieres decir, ¿verdad, querida?

Ella asintió.

—El director de la policía anunciará que asume la direcci6n de la ciudad mientras se investiga el atentado. ¿Pueden ser adversarios pol6ticos los responsables? ¿Hekate? ¿Tuvo algo que ver la infidelidad de Tourtell? La investigaci6n se alarga, claro.

—Solo me dejarán gobernar de manera provisional —dijo Macbeth—, hasta que se elija a un nuevo alcalde.

—Pero, cari6o, mira: hay sangre en las calles. Asesinatos de polic6as y atentados contra pol6ticos. El director de la polic6a, que ahora cumple las funciones de alcalde, toma la razonable decisi6n de declarar el estado de excepci6n civil. Aplaza las elecciones de manera indefinida, hasta que las aguas hayan vuelto a su cauce. Es el director de la polic6a quien decide cu6ndo puede considerarse que las aguas han vuelto a su cauce.

Macbeth sintió la misma alegría infantil que cuando Duff era el rey de la montaña en el patio del orfanato y hasta a los mayores más macarras no les quedaba otro remedio que aceptarlo.

—En la práctica tendremos poder ilimitado todo el tiempo que queramos. ¿Estás segura de que Capitol no puede intervenir?

—Querido, hoy he mantenido una larga y muy interesante conversación con uno de nuestros jueces del Supremo. Capitol tiene poca, si acaso tiene alguna, capacidad de reacción mientras las leyes que introdujo Kenneth no vayan en contra de las leyes federales.

—Bien —dijo Macbeth frotándose la barbilla—. En verdad es interesante. Entonces, todo lo que hace falta es que Tourtell muera o declare él mismo el estado de excepción.

Jack carraspeó.

—¿Desean algo más, señora, señor?

—No, gracias, Jack. —Lady le dijo adiós alegremente.

Macbeth oyó el golpeteo sordo procedente del piso de abajo cuando Jack abrió la puerta y la sirena quejumbrosa de una ambulancia en el silencio que siguió al cerrarla.

—Tourtell planea detenernos —dijo Lady—. El atentado debe llevarse a cabo enseguida.

—¿Y Hekate? Si esta serpiente es Tourtell y Hekate, Tourtell es la cola y Hekate la cabeza. Una cola cercenada solo le volverá más peligroso. ¡Tenemos que empezar por la cabeza!

—No.

—¿No? Dice que nos liquidará si no aceptamos su adiestramiento. ¿Quieres ser su perro faldero?

—Quédate quieto y escúchame, cariño. Ya has oído a Jack. Declara una tregua con una de las partes mientras te ocupas de la otra. Este no es el momento apropiado para desafiar a Hekate. No estoy muy segura de que Tourtell y Hekate colaboren entre sí. En tal caso, Hekate nos habría dicho que nos mantuviéramos

alejados de Tourtell y del cargo de alcalde. Pero no lo ha hecho, ni siquiera después de las especulaciones sobre si te presentarías a las elecciones. Mientras Hekate crea que hemos aprendido la lección y ahora somos sus perros obedientes se limitará a aplaudir el hecho de que nosotros, e indirectamente él mismo, nos hagamos cargo de la dirección política de la ciudad. ¿Entiendes? Nos ocuparemos de este único enemigo ahora y conseguiremos lo que queremos. Después ya veremos qué hacemos con Hekate.

Macbeth subió la mano por su pantorrilla, pasó sobre la rodilla. Ella guardó silencio y él escuchó su respiración. Su respiración que sin palabras le ordenaba lo que su mano debía o no hacer.

Durante la tarde y la noche la lluvia siguió lavando la ciudad, que nunca quedaba limpia. Repiqueteaba sobre el techo del Gran Hotel, donde Fleance, Duff, Malcolm y Caithness habían decidido alojarse hasta que pasara todo. A las dos de la madrugada Caithness despertó porque llamaban a su puerta. Supo al momento de quién se trataba.

No era por el número de golpes, el tiempo que transcurría entre ellos o su intensidad. Era por la manera de llamar. Lo hacía con la palma de la mano. Conocía esa mano, cada recoveco y cada pliegue.

Entreabrió la puerta.

El cabello y la ropa de Duff goteaban de lluvia, los dientes le castañeteaban. Estaba tan pálido que la cicatriz casi no se distinguía en su piel.

—Lo siento, pero necesito una ducha muy caliente.

—¿No tienes...?

—Fleance y yo compartimos una litera y un lavabo.

Abrió un poco más y él se coló por su lado.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella.

—En la tumba —dijo él desde el baño.

—¿En plena noche?

—Hay menos gente por ahí.

Ella oyó correr el agua del grifo. Se acercó a la puerta del baño, que estaba abierta.

—¿Duff?

—Sí.

—Solo quería decir que lo siento.

—¿Qué? —gritó él.

Ella carraspeó y levantó la voz:

—Lo de tu familia.

Se quedó escuchando el rumor del agua que ahogaba sus palabras, miró el vapor que le ocultaba su presencia.

Cuando Duff salió envuelto en el albornoz que colgaba de la puerta del baño con la ropa mojada sobre el brazo, Caithness se había vestido y estaba tumbada en la ancha cama. Él sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón mojado y la miró. Ella asintió, él se tumbó a su lado. Caithness apoyó la cabeza en su brazo observando el globo de luz amarilla, cuyo fondo estaba salpicado de insectos muertos.

—Eso es lo que pasa cuando uno quiere acercarse demasiado a la luz — comentó Duff, que aún era capaz de adivinar lo que ella estaba pensando.

—Ícaro.

—Macbeth —dijo él encendiendo un cigarrillo.

—No sabía que hubieras vuelto a fumar.

—No, es un poco extraño, en realidad nunca me ha gustado esta mierda de los cigarrillos. —Hizo una mueca lanzando un grueso anillo de humo hacia el techo.

Ella rio por lo bajo.

—Entonces ¿por qué empezaste?

—¿Nunca te lo he contado?

—Hay muchas cosas que nunca me has contado.

Él tosió y le pasó el cigarrillo.

—Porque quería parecerme a Macbeth.

—Me parecería más lógico que él quisiera ser como tú.

—Tenía un aspecto tan jodidamente bueno. Era tan... libre... Armónico y feliz, tan satisfecho en su propia piel. Yo nunca me sentí así.

—Pero tú tenías el intelecto. —Ella dio una calada y le devolvió el cigarrillo—. La capacidad de convencer a la gente de que tenías razón.

—A la gente no le gusta reconocer que se ha equivocado. Yo no era capaz de convencerles de que debía gustarles. Él sí.

—Un atractivo barato, Duff. Mira quién es ahora. Engañó a todo el mundo.

—No. —Duff negó con la cabeza—. No, Macbeth no engañó a nadie. Era puro y claro. No es que fuera un santo, pero no tenía segundas intenciones, lo que veías era lo que había. Puede que al hablar no impresionara a nadie por su agudeza y originalidad, pero confiabas en cada palabra que decía. Con razón.

—¿Confiar? Es un asesino sin sentimientos, Duff.

—Te equivocas. Macbeth está lleno de sentimientos. Por eso es incapaz de matar a una mosca. O mejor dicho, sobre todo a una mosca. Una avispa que le atacara, sí, pero ¿una mosca indefensa? Nunca, por mucho que le molestara.

—¿Cómo puedes defenderlo, Duff? Tú, que has perdido...

—No estoy defendiéndolo. Por supuesto que es un asesino. Lo único que digo es que no es capaz de matar a alguien incapaz de defenderse. Solo lo ha hecho una vez, y fue para salvarme a mí.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres contármelo?

—No. —Dio una gran calada al cigarrillo—. Pero fue cuando mató a ese tipo de los Norse Riders en el camino rural, cerca de Forres. Un chaval que acababa de ser testigo de cómo yo había liquidado a su compañero creyendo que se trataba de Sweno.

—¿No os amenazaron con sus armas?

Duff negó con la cabeza.

—Pero entonces Macbeth no es mejor que tú —dijo Caithness.

—Sí. Yo maté solo por mí. Él lo hizo por otro.

—Porque eso es lo que hacemos en la policía, cuidamos los unos de los otros.

—No. Porque pensaba que me lo debía.

Caithness se incorporó apoyándose en los codos.

—¿Te lo debía?

Duff sostuvo el cigarrillo hacia el techo, cerró un ojo y con el otro apuntó por encima de la brasa.

—Cuando mi abuelo murió y acabé en un orfanato, ya casi era demasiado mayor para estar allí. Tenía catorce años. Macbeth y yo éramos de la misma edad, pero él estaba el centro desde los cinco. Compartíamos habitación, nos hicimos amigos desde el primer momento. Por aquel entonces Macbeth tartamudeaba. Sobre todo a medida que se acercaba la noche del domingo, que era el día de la semana en que desaparecía de la habitación en plena la noche y regresaba una hora después. Nunca quería decir dónde había estado, hasta que en broma le amenacé con contárselo a nuestro temido director, Lorreal, y me dijo que eso no llevaría a nada bueno. —Duff dio otra calada larga al cigarrillo—. Porque era de allí de donde venía.

—Quieres decir que... el director...

—... había abusado de Macbeth desde que este tenía memoria. Casi no pude creer lo que estaba oyendo. Lorreal le había hecho cosas que... que no podrías imaginar que alguien pudiera hacerle a otro ser o encontrar placer en ello. La única vez que Macbeth se resistió Lorreal le había pegado hasta dejarlo medio muerto y le tuvo dos semanas encerrado en la habitación del sótano que llamaban «el correccional», una auténtica celda. Estaba tan enfadado que me eché a llorar. Porque sabía que cada palabra era cierta, Macbeth nunca miente. Dije que teníamos que matar a Lorreal, que le ayudaría. Macbeth aceptó mi ayuda.

—¿Planeasteis matar a un hombre?

—No —dijo Duff pasándole el cigarrillo—. No planificamos mucho. Solo lo matamos.

—Vosotros...

—Fuimos a su habitación un jueves. Desde la puerta comprobamos que Lorreal roncaba. Entramos. Macbeth conocía la estancia de memoria. Yo monté

guardia desde el interior de la puerta mientras Macbeth se acercaba a la cama y levantaba la daga. Pero tardaba mucho y, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi que estaba allí parado, tieso como una estatua de sal. Luego pareció hundirse, se acercó a mí, me susurró que no po... podía. Yo cogí la daga, me acerqué a Lorreal y la clavé con fuerza en su boca, que roncaba. Lorreal se contrajo una vez y luego, sencillamente, dejó de roncar. No había mucha sangre. Salimos de allí.

—¡Dios santo! —Caithness estaba encogida en posición fetal—. ¿Qué pasó después?

—No mucho. Había doscientos jóvenes sospechosos entre los que elegir. Nadie se percató de que Macbeth tartamudeaba más que antes. Cuando se fugó un par de semanas después, nadie lo asoció al asesinato, los niños se escapaban continuamente.

—¿Macbeth y tú volvisteis a encontraros?

—Lo vi un par de veces junto a la estación central. Quise hablar con él, ayudarle, pero escapó. Ya sabes, como alguien arruinado escapa de sus acreedores. Luego nos encontramos varios años después, en la Academia de Policía. Ya no consumía drogas y había dejado de tartamudear por completo, era un chico diferente. El chico que yo quería ser.

—¿Porque era un hombre puro, de buen corazón y piadoso sin un asesinato sobre su conciencia, como tú?

—Macbeth nunca ha considerado el hecho de ser capaz de matar a sangre fría una virtud, sino una debilidad. En todo el tiempo que estuvo en la Guardia Real solo mató si le atacaban a él o a uno de sus hombres.

—¿Y todos estos asesinatos?

—Ha ordenado a otros que los cometan por él.

—Asesinatos de mujeres y niños. Se ha convertido en un hombre distinto al que tú conociste, Duff.

—La gente no cambia.

—Tú has cambiado.

—¿Lo he hecho, de verdad?

—Si no, no estarías aquí. Luchando en esta batalla. Hablando así de Macbeth. Eras un egoísta redomado, dispuesto a pasar por encima de todo y de todos los que te estorbaran. Tus colegas, tu familia. Yo.

—Solo recuerdo haber querido cambiar de verdad una vez, y fue cuando quise ser como Macbeth. Y cuando comprendí que era imposible, tuve que ser algo mejor. Alguien que pudiera coger lo que él quería, aunque para mí tuviera menos valor que para él, como Hekate le quitó el ojo a ese chico. ¿Sabes cuándo me enamoré de Meredith?

Caithness negó con la cabeza.

—Cuando estábamos allí sentados los cuatro juntos por primera vez, Macbeth, yo, Meredith y su amiga, y vi cómo miraba Macbeth a Meredith.

—Dime que no es verdad, Duff.

—Lo lamento, pero es cierto.

—Eres un hombre mezquino.

—Eso es lo que intento contarte. Cuando dices que peleo en esta batalla por otros, no sé si es cierto, o si solo quiero quitarle a Macbeth lo que sé que desea.

—Pero no lo quiere, Duff. La ciudad, el poder, la riqueza, no le interesan, solo quiere su amor.

—De Lady.

—Todo esto es por ella. ¿No te has dado cuenta?

Duff expelió un deforme anillo de humo hacia el techo.

—A Macbeth lo mueve el amor, mientras que a mí me impulsan la envidia y el odio. Donde él ha mostrado piedad, yo he matado. Mañana cogeré al que una vez fue mi mejor amigo, le tenderé una emboscada. La piedad y el amor habrán vuelto a perder.

—Los que hablan son el cinismo y el desprecio que sientes por ti mismo, Duff.

—Mmm... —Apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesilla—. Se te ha olvidado la pena que me doy a mí mismo.

—Sí. Y la pena por ti mismo.

—He sido egoísta y arrogante toda mi vida. No entiendo cómo pudiste amarme.

—Algunas mujeres sienten debilidad por los hombres que creen que podrán redimirlas, otras por hombres a los que creen poder redimir.

—Amén —dijo Duff levantándose—. No comprendéis que los hombres no cambiamos. Ni cuando descubrimos el amor ni cuando nos damos cuenta de que vamos a morir. Nunca.

—Algunos recurren a la falsa arrogancia para disimular su inseguridad, pero tu arrogancia es auténtica, Duff. Se debe a lo seguro que estás de todo.

Duff sonrió, se puso los pantalones mojados.

—Intenta dormir, tenemos que estar en forma para mañana.

Cuando se marchó, Caithness se levantó, apartó la cortina y miró la calle. El chasquido de neumáticos en los charcos. Los gastados carteles publicitarios de la hamburguesería de Joey, la lavandería Pekin y el bingo Tandrella. Un cigarrillo que brillaba un instante en un callejón.

Dentro de unas horas llegaría la luz del día.

Ahora sería incapaz de dormir.

El sábado amaneció lloviendo. Las portadas de los dos periódicos de la ciudad estaban protagonizadas por la declaración del alcalde Tourtell y la explosión en la última planta del Obelisco. El diario *Dagsavisen* comentaba en su editorial que había que interpretar las palabras de Macbeth en su entrevista radiofónica en el sentido de que no descartaba categóricamente la posibilidad de presentarse a las elecciones a la alcaldía. Que Tourtell no estaba disponible para hacer declaraciones porque pasaba los días en la cabecera de la cama de la madre de su hijo en el hospital St Jordi. A media mañana dejó de llover.

—Llegas pronto —dijo Sheila secándose las manos en el delantal y mirando preocupada a su marido.

—No se me ocurría nada que hacer. Creo que casi he sido el único que ha ido a trabajar —dijo Lennox.

Dejó el maletín de piel junto a la cómoda, cogió una percha del armario y colgó la gabardina. Habían pasado dos años desde que el consistorio había acordado la semana de cinco días para la función pública, pero en la jefatura era un regla no escrita que quien quería ascender, llegar a algo, debía aparecer por allí los sábados también.

Lennox besó fugazmente a su mujer en la mejilla, notó un perfume nuevo, desconocido, y una idea hasta ahora impensable cruzó por su mente: ¿y si la hubiera sorprendido en la cama con otro hombre? Lo descartó enseguida. Para empezar no era su estilo. Tampoco era lo bastante atractiva; de hecho, alguna razón había por la que había acabado casándose con un albino de escasa estatura.

La tercera y mejor razón para apartar esa idea era muy sencilla: resultaba insoportable.

—¿Pasa algo? —dijo ella siguiéndole al salón.

—No, no. Solo estoy un poco cansado. ¿Dónde están los niños?

—En el jardín. Por fin ha dejado de llover un rato.

Fue al ventanal del salón. Observó a los niños, que reían y gritaban dando vueltas en un juego que desconocía. Parecía consistir en escaparse. Un buen entrenamiento. Miró el cielo. No llovía. Una pequeña pausa antes de que la mierda volviera a desplomarse. Se dejó caer en la butaca. ¿Cuánto tiempo lo aguantaría?

—No cenamos hasta dentro de una hora —dijo ella.

—Está bien, querida.

La miró. La quería muchísimo, pero ¿había estado enamorado de ella alguna vez? No se acordaba, tal vez no tuviera mucha importancia. No es que ella hubiera dicho ni lo uno ni lo otro, pero estaba bastante seguro de que tampoco había estado enamorada de él. Sheila hablaba poco, en general. Tal vez por eso había cedido a sus argumentos, al final había aceptado ser su novia y, con el tiempo, su esposa. Había encontrado a uno que podía hablar por los dos.

—¿Estás seguro de que no pasa nada?

—Seguro, cariño. Huele bien. ¿Qué es?

—Bueno, bacalao —dijo frunciendo el ceño, con gesto interrogante.

Lennox iba a aclarar que se refería al perfume, no a la cena que apenas había empezado a preparar. Ella se fue a la cocina, él giró la silla hacia el jardín. Su hija mayor le vio, se le iluminó la cara y gritó algo a los otros dos. Él los saludó con la mano. ¿Cómo era posible que dos personas tan poco agradecidas tuvieran unos hijos tan guapos? Entonces, volvió el pensamiento revoloteando: «Si es que en verdad son tuyos, claro».

Infidelidad y traición.

Ahora su hijo le gritaba algo, no oyó qué, pero cuando vio que había llamado la atención de su padre, hizo una voltereta lateral en el césped. Lennox aplaudió

levantando mucho las manos y, de pronto, todos se pusieron a hacer volteretas. Impresionar a papá, impresionar a alguien a quien todavía admiraban, alguien que creían que era una persona cuya aprobación merecía la pena buscar. Gritos, risas y follón. Lennox pensó en el silencio que reinaba en Fife, en el sol, la cortina que se movía en una ventana reventada a balazos, la brisa que silbaba una nota triste, casi inaudible, a través de uno de los agujeros de la pared. Todos pensamientos insoportables. Había tantas maneras de perder a los seres queridos.... ¿Y si un día llegaban a saber, comprendían, qué clase de persona era en verdad su esposo, su padre? ¿Cantaría entonces la brisa la misma canción triste al atravesar el agujero?

Cerró los ojos. Descansar un poco. Que no lloviera por un rato.

Sintió que había alguien allí, alguien que estaba sobre él y le echaba su aliento. Abrió los ojos. Era Sheila.

—¿No me has oído llamar? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Tienes una llamada. El inspector Seyton.

Lennox fue al recibidor, agarró el auricular que la mesita.

—¿Diga?

—¿Has llegado pronto a casa, Lennox? Esta noche voy a necesitar un poco de ayuda.

—No me encuentro muy bien, será mejor que busques a otro.

—El director de la policía opina que debería llevarte a ti.

Lennox tragó saliva. La boca le sabía a plomo.

—¿Llevarme a dónde?

—De visita al hospital. Prepárate, te recogeré dentro de una hora. —La comunicación se cortó.

Lennox colgó. Plomo.

—¿Qué era? —gritó Sheila desde la cocina.

Un metal pálido que adopta la forma del entorno, que envenena y mata, un material pesado, sin voluntad, que se funde a solo trescientos treinta grados.

—Nada, tesoro. Nada.

Macbeth despertó de un sueño sobre la muerte. Llamaron a la puerta. Algo en el modo de llamar le dijo que llevaban mucho tiempo haciéndolo.

—¡Señor! —Era la voz de Jack.

—Sí —rezongó Macbeth mirando alrededor.

La habitación estaba inundada de luz, ¿qué hora sería? Había soñado. Soñado que estaba inclinado sobre la cama con la daga en la mano. Pero la cara de quien ocupaba la almohada cambiaba cada vez que pestañeaba.

—La inspectora Caithness está al teléfono, señor. Dice que es urgente.

—Pásamela —dijo Macbeth dejándose caer hacia la mesilla. Tenía la mirada clavada en la alfombra color burdeos, en las flores bordadas.

El teléfono sonó, Macbeth levantó el auricular sin apartar la vista de la alfombra.

—¿Caithness?

—Siento llamar un sábado, pero hemos encontrado un cadáver y no me queda más remedio que pedirte que nos ayudes —dijo, resollante.

—¿Por qué?

—Porque creo que podría tratarse de Fleance, el hijo de Banquo. El cadáver está en malas condiciones, y puesto que no tiene parientes en la ciudad, parece que eres la persona más cercana que puede identificarlo.

—Ah —dijo Macbeth sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Perdón?

—Sí, supongo que lo soy —repuso él tapándose mejor con el edredón—. Cuando alguien ha estado metido en el agua tanto tiempo...

—Esa es la cuestión.

—¿Qué cuestión?

—No hemos encontrado el cadáver en el mar, sino en un callejón entre la calle 14 y la 15.

—¿Qué?

—Por eso necesitamos estar seguros de que es Fleance antes de actuar al respecto.

—¿Dijiste entre la 14 y la 15?

—Ve a la 14 y Doheney, yo te esperaré delante del Burger de Joey.

—De acuerdo, Caithness. Estaré allí dentro de unos veinte minutos.

—Gracias, señor.

Macbeth colgó. Lirios. Las flores de la alfombra eran lirios. Lirio. Ese era el nombre del bebé de Lady. ¿Por qué no lo había asociado antes? Muerte. Porque nunca antes había visto, probado, comido y dormido tanta muerte. Cerró los ojos. Volvió a ver los rostros cambiantes del sueño. La que había sido la cara del director Lorreal, que dormía ignorante con la boca abierta, se convirtió de repente en la del director de la policía Duncan, con ojos que se abrían y lo miraban fijamente sabiéndolo todo. Luego en la mirada fija, quebrada de Banquo. Sin cuerpo, solo la cabeza sobre la almohada. La expresión aterrorizada del chico sin nombre arrodillado sobre el asfalto mirando a su compañero ya muerto y a Macbeth, que se dirigía hacia él. Clavó la vista en el techo. Recordó todas las veces que se había despertado de una pesadilla y respirado con alivio. Aliviado porque en la vida real no estaba a punto de ahogarse en arenas movedizas o ser devorado por perros. A veces ocurría que creía despertar de una pesadilla, pero seguía soñando, seguía ahogándose, que tenía que atravesar varias capas antes de llegar a estar despierto. Cerró los ojos con fuerza. Volvió a abrirlos. Se levantó.

La robusta mujer negra de la recepción del hospital St Jordi alzó la vista de la tarjeta de identificación que Lennox le mostraba.

—Nos han avisado de que nadie tiene acceso... —Volvió a mirar la identificación—. Inspector.

—Es un asunto policial —dijo él—. Es absolutamente prioritario, hay que informar al alcalde de inmediato.

—Si deja un mensaje, yo...

—Es un asunto confidencial y urgente.

Ella suspiró.

—Habitación 204, segundo piso.

Tourtell y el chico ocupaban sendas sillas de madera junto a una de las camas de la amplia sala. El mayor rodeaba con un brazo los hombros del joven. Ambos levantaron la vista cuando Lennox se colocó tras ellos y carraspeó. En la cama descansaba una mujer pálida, de escaso cabello y de mediana edad. Lennox notó enseguida su parecido con el chaval.

—Buenas noches, alcalde. No creo que se acuerde de mí, pero nos conocimos en la cena del casino Inverness.

—Inspector Lennox, ¿verdad? De Anticorrupción.

—Estoy impresionado. Siento presentarme de esta manera.

—¿En qué puedo ayudarle, Lennox?

—Disponemos de información creíble sobre un atentado dirigido contra usted. El chico se encogió. Tourtell no movió un músculo de la cara.

—Deme más detalles, inspector.

—De momento no sabemos más, pero lo tomamos en serio, estoy aquí para escoltarlo a un lugar más seguro.

Tourtell arqueó una ceja.

—¿Qué lugar iba a ser más seguro que un hospital?

—En el periódico de hoy informan de que está usted aquí, señor alcalde. En un lugar al que cualquiera tiene acceso. Deje que le acompañe hasta su coche y que le siga hasta que se halle a salvo entre las paredes de su casa. Así esperamos disponer de más tiempo para recabar información. De modo que, si me acompaña...

—¿Ahora mismo? Como puede ver...

—Lo veo y lo lamento, pero es su deber tanto como el mío proteger al alcalde.

—Póngase junto a la puerta y vigile, Lennox, así...

—Esas no son mis órdenes.

—Ahora lo son, Lennox.

—Vete. —La palabra susurrada, apenas audible, procedía de la mujer de la cama—. Vete y llévate a Kasi.

Tourtell puso la mano sobre la suya.

—Pero Edith, tú...

—Estoy cansada, querido, quiero estar sola. Kasi estará más seguro contigo, haz caso al hombre.

—¿Estás...?

—Sí, estoy segura.

La mujer cerró los ojos. Tourtell le dio unas palmaditas en la mano y se volvió hacia Lennox.

—Bien. Vayámonos.

Salieron. El chico iba unos pasos por delante.

—¿Lo sabe? —preguntó Lennox.

—¿Que ella va a morir? Sí.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Algunos días peor que otros. Hace tiempo que lo sabe. —Bajaron por la escalera hacia el quiosco y la salida—. Pero dice que todo irá bien. Que irá bien mientras nos tenga a uno de los dos. Voy a comprar cigarrillos. ¿Me esperáis?

—Ahí está —dijo Macbeth señalándola.

Jack acercó el coche a la acera, frente al Gran Hotel, entre una lavandería y una hamburguesería. Ambos bajaron. Macbeth miró a un lado y al otro de la calle llena de gente.

—Gracias por venir tan rápido —dijo Caithness.

—Faltaría más —dijo Macbeth. Ella olía a un perfume muy intenso. No recordaba haberlo notado antes.

—¿Dónde está? —dijo Macbeth.

Macbeth y Jack la siguieron por la calle. Apenas comenzaba la noche del sábado. Frente a un cartel de neón con siluetas de mujeres desnudas que se

encendían y apagaban, un captador de clientes vestido de esmoquin contempló a Caithness. Tiró la colilla al suelo y la pisó con gesto agresivo.

—Creí que tal vez traerías a Seyton —dijo Caithness.

—Esta noche tenía que ir de visita a St Jordi. ¿Es aquí?

Caithness se había detenido en la entrada de un estrecho pasaje que estaba acordonado con las cintas de plástico naranja de la sección de Homicidios. Macbeth miró dentro. Era tan estrecho que los contenedores de basura de las puertas traseras de los dos lados se tocaban. Estaba demasiado oscuro como para poder ver gran cosa.

—Yo he llegado primero. El resto de la policía Científica vendrá después. Es lo que tienen los fines de semana, la gente anda repartida por todas partes. — Caithness levantó la cinta y Macbeth se deslizó por debajo—. Si puedes pasar y echar un vistazo al cadáver solo. Lo he cubierto con una sábana, pero no toques nada más. Queremos contaminar el lugar lo menos posible. Tu chófer puede esperar aquí mientras yo vuelvo al Joey para recoger al forense. Debe estar al llegar.

Macbeth la miró. No vio nada en su expresión, pero aun así... Ella creía que Seyton iría con él, llevaba un perfume muy fuerte. Que podría camuflar otros olores que pudiera emitir.

—Vale —dijo y empezó a caminar por el callejón.

No había avanzado más de diez metros cuando los ruidos de la calle principal cesaron, todo lo que se oía eran las vibraciones de los extractores, una tos a través de una ventana abierta y el zumbido de una radio: Todd Rundgren, «Hey, it's me». Se deslizó entre los cubos de basura, anduvo con sigilo sin saber por qué. Probablemente por deformación profesional.

El cadáver estaba en mitad del callejón, en medio de un haz luminoso de un farol de pared. Podía atisbar la calle 15 al final del pasaje, pero estaba demasiado lejos como para distinguir si allí también había cinta policial.

Unos pies asomaban bajo la sábana blanca. Enseguida reconoció los zapatos de punta.

Se acercó. Respiró hondo. El aire tenía el olor dulzón de los productos químicos que soltaba un ruidoso extractor desde la puerta que tenía a su espalda. Agarró la sábana por la mitad, la apartó de un tirón.

—Hola, Macbeth.

Macbeth miraba el cañón de la escopeta con que le apuntaba el hombre tumbado en la oscuridad. La cicatriz tenía luz propia. Macbeth soltó el aire de sus pulmones.

—Hola, Duff.

Sin dejar de escrutar las manos de Macbeth, Duff dijo:

—Macbeth, quedas arrestado. Pero si mueves un dedo, te dispararé, tú decides.

Macbeth miró hacia la calle 15.

—Soy el director de la policía de esta ciudad, Duff, no puedes arrestarme.

—Hay otras autoridades.

—¿El alcalde? —Macbeth soltó una risotada—. No creo que debas contar con que viva mucho más.

—No me refiero a nadie de esta ciudad. —Duff se puso de pie sin apartar el cañón de la escopeta de Macbeth—. Estás arrestado por tu participación en los asesinatos cometidos en el condado de Fife, serás trasladado allí para llevarte ante la justicia. Hemos hablado con ellos. Te acusarán del asesinato de Banquo ocurrido en el condado de Fife. Pon las manos sobre la cabeza y vuélvete hacia la pared.

Macbeth obedeció.

—No tenéis nada contra mí, lo sabes.

—Con el testimonio de la inspectora Caithness de lo que el agente Angus le contó, tenemos suficiente para mantenerte detenido en Fife una semana o así. Una semana en la que no estarás al mando y tendremos tiempo para presentar acusaciones contra ti también en la ciudad. El asesinato de Duncan. Disponemos

de pruebas científicas. —Duff sacó las esposas—. Date la vuelta, pon las manos detrás de... bueno, ya te lo sabes.

—¿De verdad que me vas a pegar un tiro, Duff? Vamos, eres un hombre que vive para vengarse.

Duff esperó a que Macbeth le hubiera dado la espalda y se hubiera puesto las manos en la cabeza para acercarse.

—Entiendo que te afectara que el chico que mataste no fuera Sweno, Duff. Pero ahora que estás completamente seguro de que tienes delante al hombre correcto, ¿no vas a vengarlos? ¿O es que tu madre significaba más para ti que Meredith y los niños?

—Quédate quieto y cierra la boca.

—Llevo años con la boca cerrada, Duff. Me he callado que la agente que Sweno mató en Stoke era tu madre. ¿En qué año fue aquello de Stoke? No eras más que un mocosito entonces.

—Era joven. —Duff cerró las esposas alrededor de las muñecas de Macbeth.

—¿Por qué tomaste el nombre de Duff de tu abuelo materno en lugar del apellido de tus padres?

Duff giró a Macbeth de manera que sus rostros casi se tocaban.

—No hace falta que contestes —dijo Macbeth—. Lo hiciste para que nadie, ni en la policía ni en los Norse Riders, pudiera asociar tu nombre a la masacre de Stoke. Que nadie comprendiera que no te hiciste policía para ponerte al servicio de la ciudad y toda esa mierda que juramos. Se trataba solo de cazar a Sweno, de vengarte. El odio te impulsaba, Duff. En el orfanato, cuando mataste a Lorreal, te resultó fácil, ¿verdad? Solo tuviste que imaginar que era Sweno. Lorreal era otro hombre más que había estropeado la infancia de un niño.

—Quizá. —Duff estaba tan cerca que podía ver su propio reflejo en los ojos castaños de Macbeth.

—¿Qué ha ocurrido, Duff? ¿Por qué no matas ahora? Soy yo quien te arrebató a tu familia, es tu oportunidad.

—Pagarás por lo que has hecho.

—¿Qué he hecho?

Duff lanzó una ojeada hacia la calle 15, donde Malcolm y Fleance les esperaban en un coche y hacia donde se dirigía Caithness.

—Has matado a gente inocente.

—Es nuestra maldita obligación matar a gente inocente, Duff. Mientras sirva a un fin superior, tenemos que dominar nuestra naturaleza sentimental, indulgente. No le rebané el cuello al chaval en el camino por ti, no fue en pago por haber matado a Lorreal por mí. Me convertí en un asesino para que nadie pudiera ensuciar el nombre de la policía, fue por la ciudad, contra la anarquía.

—Vamos, nos marchamos.

Duff lo agarró por el brazo, pero Macbeth se zafó.

—¿Tu ansia de poder es más fuerte que tu deseo de venganza, Duff? ¿Crees que te darán la sección del Crimen Organizado si arrestas al mismísimo director de la policía?

Duff apretó el cañón de la escopeta bajo la barbilla de Macbeth.

—Podría decir que te habías resistido, claro.

—¿Difícil elección?

—No —contestó Duff volviendo a bajar el cañón—. Esta ciudad no necesita más cadáveres.

—¿No los querías? ¿A Meredith? ¿A los niños? Ah, no, se me olvidaba. Tú no eres capaz de amar...

Duff le golpeó. El cañón de la escopeta le dio a Macbeth en la boca.

—Recuerda que nunca he tenido el mismo problema que tú para matar a un hombre indefenso cara a cara, Macbeth.

Macbeth rio y escupió sangre. Algo que podía ser un diente salió disparado hacia la oscuridad.

—Pues demuéstrole. Pégale un tiro al único amigo que has tenido. Vamos, ¡hazlo por Meredith!

—No la menciones.

—¡Meredith! ¡Meredith!

Duff sintió que la sangre atronaba en sus oídos, que cada pesado latido de su corazón le dolía. No debía... La frente de Macbeth impactó contra su nariz con un crujido. Estaban demasiado cerca el uno del otro y Macbeth no pudo tomar impulso y fuerza suficientes para tirarlo al suelo. Duff retrocedió dos pasos y se llevó la escopeta al hombro.

En ese mismo instante se abrió la puerta que Macbeth tenía a su espalda.

Una silueta en el umbral, el brazo de un guardapolvo gris salió lanzado, probablemente agarró las esposas que Macbeth llevaba a la espalda y tiró de él. El tirón fue tan fuerte que Macbeth quedó alzado del suelo y desapareció por la puerta hacia la oscuridad del interior.

Duff apretó el gatillo.

El estallido restalló en sus tímpanos haciendo vibrar las paredes del callejón.

Medio sordo, Duff miró hacia el interior. En el aire que respiraba algo se movía. Parecían personas que le esperaban en formación. El olor a percloroetileno resultaba agobiante. Con la mano libre dio con un interruptor en la pared, junto a la puerta. Los que hacían fila eran soportes de los que colgaban gabardinas y abrigos metidos en fundas de plástico y etiquetas con el nombre y la fecha. Frente a él había un plástico agujereado sobre una piel marrón. Duff comprendió que lo que había escupido eran pelos de animal. Aguzó el oído, pero solo oyó la vibración de la máquina verde de lavado en seco de marca Garret pegada a la pared. Luego un tintineo, como el de la campanilla colgada sobre la puerta de una tienda. Se lanzó contra el muro de ropa, se abrió paso entre estantería tras estantería, por una puerta, hasta un mostrador donde un matrimonio chino lo miraba asustado. Pasó corriendo por su lado hasta llegar a la calle. Miró a ambos lados. El atasco del sábado por la noche había empezado. Un hombre tropezó con él y perdió el equilibrio un instante. Duff siguió avanzando mientras el hombre se disculpaba y seguía su camino.

Oyó unas risas a su espalda. Se dio la vuelta y vio a un tipo desharrapado, marrón de porquería, con unos restos de dientes en las fauces abiertas.

—¿Le han asaltao, míster?

—Sí —dijo Duff y bajó la escopeta—. Me han asaltado.

Lennox estaba frente a la entrada del hospital con Kasi. Miró primero hacia el quiosco donde Tourtell hacía cola para comprar tabaco; luego al aparcamiento. La luz interior de la limusina del alcalde estaba encendida. Se encontraba a unos cien metros. Más o menos la misma distancia que había hasta el tejado del aparcamiento situado a la izquierda. Lennox se estremeció. Con el raro viento del noreste los cielos solían despejarse, pero también llegaba el frío. Solo con que el aire soplara un poco más, el cielo se quedaría sin nubes. A la luz de la luna seguro que Olafson podría haber disparado a Tourtell desde cualquier sitio, mas en la oscuridad el plan era que lo hiciera en el aparcamiento, bajo una de las farolas.

Volvió a consultar su reloj. El frío le taladraba el cuerpo, tosió. Los pulmones. No soportaba el sol, pero tampoco el frío. ¿Cuál era la intención de Dios al poner en el mundo a un ser como él, un cerebro solitario y doliente sin armadura, un ser blando, sin esqueleto?

—Gracias por ayudarnos.

—¿Perdón? —Lennox se volvió hacia el chico.

—Gracias por salvar a mi padre.

Lennox lo miró fijamente. Llevaba el mismo tipo de cazadora vaquera que su hijo. No fue capaz de reprimir el pensamiento de que allí estaba ese chaval, un chico no mucho mayor que el suyo, a cuya madre estaba perdiendo. Y también a su padre. «Pero dice que todo irá bien. Que irá bien mientras nos tenga a uno de los dos.»

—Vámonos —dijo Tourtell que apareció dando una calada a un cigarrillo recién comprado.

—Sí —dijo Lennox.

Cruzaron la calle y entraron en el aparcamiento. Lennox se movió hasta colocarse a la derecha de Tourtell. Kasi iba unos pasos por delante. Todo lo que Lennox tenía que hacer era detenerse cuando fueran a pisar el haz luminoso de la primera farola a fin de salir de la línea de fuego; el resto dependería de Olafson.

Lennox sentía la lengua, los dedos de las manos y de los pies extrañamente entumecidos.

—Ya vienen —dijo Seyton bajando los prismáticos.

—Los veo —ceceó Olafson.

Tenía una rodilla clavada en la tela asfáltica del tejado del aparcamiento. Un ojo cerrado, el otro muy abierto ante la mira telescópica del rifle apoyado sobre el murete que tenían delante. Seyton echó una ojeada a la azotea para asegurarse de que seguían estando solos. Su coche era el único que había aparcado allí arriba, la gente no parecía visitar a sus enfermos los sábados por la noche. Oía la música que ascendía desde los callejones, hasta allí le llegaba el olor a perfume y testosterona.

En el aparcamiento, el chico caminaba por delante de Tourtell y de Lennox, quedaba fuera de la línea de fuego. Bien. Oyó a Olafson respirar hondo. Los dos hombres entraron en el haz luminoso que proyectaba una de las farolas.

Seyton sintió que su corazón daba un vuelco de alegría.

Ahora.

No hubo ningún disparo.

Los de allí abajo salieron del círculo de luz, volvieron a convertirse en seres borrosos en la oscuridad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Seyton.

—Lennox estaba en la línea de fuego —dijo Olafson—. Supongo que se quitará de en medio cuando pasen por debajo de la farola siguiente.

Seyton volvió a mirar por los prismáticos.

—¿Tienes alguna idea de quién viene a por mí, Lennox?

—Sí —dijo Lennox. Quedaban dos farolas antes de llegar a la limusina.

—¿Y bien?

Tourtell lo miró sorprendido y redujo el paso. Lennox tuvo cuidado de hacer lo mismo.

—No mires hacia el aparcamiento que tengo detrás, Tourtell, pero en la azotea hay un tirador de élite y ahora mismo nos encontramos en su punto de mira. Mejor dicho, yo lo estoy. Ten cuidado de caminar exactamente al mismo ritmo que yo, si no te pegarán un tiro en la cabeza.

En los ojos de Tourtell vio que le creía.

—El chico...

—No corre peligro. Sigue caminando, como si nada.

Lennox vio que el alcalde abría la boca, como si fuera la única manera de que llegara oxígeno suficiente a su gran cuerpo al aumentar su frecuencia cardíaca. Luego asintió con un leve movimiento de la cabeza y aceleró dando pasos más cortos.

—¿Cuál es tu papel en todo esto, Lennox?

—De maleante —dijo Lennox viendo que el chófer, que seguramente había estado pendiente de la salida del hospital, se bajaba para abrir la portezuela trasera de la limusina—. ¿Está blindado?

—Soy alcalde, no presidente. Si eres el maleante, ¿por qué haces esto?

—Porque alguien tiene que salvar esta ciudad de Macbeth. Yo no puedo, así que tendrás que ser tú, Tourtell.

—¿Qué coño hace Lennox? —preguntó Seyton apartando de golpe los prismáticos de sus ojos, como si quisiera comprobar que lo que veía a través de ellos se correspondía de verdad con lo que estaba sucediendo abajo—. ¿Está cubriendo a Tourtell intencionadamente?

—No lo sé, jefe, pero hay que darse prisa, van a llegar al coche.
—Tus balas, ¿atravesarán a Lennox?
—¿Cómo, jefe?
—¿Atravesarías a Lennox y matarías a Tourtell?
—Utilizo munición perforante, jefe.
—¿Sí o no?
—¡Sí!
—Pues pégale un tiro al traidor.
—Pero...
—Chist —susurró Seyton.
—¿Qué? —la frente del joven agente estaba perlada de sudor.
—No hables, no pienses, Olafson. Lo que has oído era una orden.

El conductor había dado la vuelta al coche y sonreía mientras sostenía la puerta abierta. Su sonrisa se esfumó cuando vio la expresión de Tourtell. El chico fue hacia la puerta trasera izquierda.

—Meteos dentro y agachaos —siseó Lennox—. Chófer, sáquelos de aquí.
¡Ahora!

—Señor, qué...

—¡Haz lo que dice! —dijo Tourtell—. Es...

Lennox sintió el impacto en la espalda antes de oír un estallido como el que produciría un látigo. Las piernas le fallaron, cayó hacia delante, se abrazó instintivamente a Tourtell y lo arrastró en su caída.

Lennox lo percibió todo. El asfalto que se les echaba encima. No notó el golpe, pero sí cada cosa que estaba oliendo: polvo, gasolina, goma, orina. No podía moverse y era incapaz de emitir sonido alguno, pero oía. Los gemidos de Tourtell que estaba debajo él sobre el asfalto. El asustado «¿Señor, señor?» del chófer.

Y Tourtell:

—¡Corre, Kasi, corre!

Casi habían llegado. Un metro más y estarían a resguardo del coche. Lennox quiso decir algo, el nombre de un animal, pero no emitía sonido alguno. Intentó sin éxito mover la mano. Estaba muerto. Pronto flotaría, contemplaría su cuerpo desde arriba. Un metro. Oyó pasos alejándose deprisa, que el chófer se había agachado e intentaba apartarlo del cuerpo de Tourtell.

—¡Lo meteré en el coche, señor!

Sonaron más latigazos y Lennox se sintió cegado por algo húmedo que le entró en los ojos. Pestañeó; así que al menos podía mover los párpados. El chófer estaba tumbado a su lado mirando al vacío. Su frente había desaparecido.

—Tortuga —susurró Lennox.

—¿Qué? —jadeó Tourtell debajo de él.

—Arrástrese. Yo soy su caparazón.

—Chófer eliminado —dijo Olafson mientras metía otro cartucho en el cargador.

—Date prisa, Tourtell está intentando gatear detrás del coche —dijo Seyton—. Y el chico se escapa.

Olafson cargó. Se llevó la culata al hombro y guiñó un ojo.

—Tengo al chico en el objetivo.

—¡Me la sopla el chico! —bufó Seyton—. ¡Dispara a Tourtell!

Seyton vio a Olafson mover el cañón del rifle de un lado a otro, lo vio pestañear, una gota de sudor colgaba de sus pestañas.

—No lo veo, jefe.

—¡Demasiado tarde! —Seyton plantó las palmas de las manos sobre el murete—. Están detrás del coche. Tendremos que bajar a terminar el trabajo.

Lennox oyó a Tourtell gemir al liberarse de él. Lennox rodó sobre el asfalto mojado. Estaba boca abajo, indefenso, sus piernas todavía asomaban por detrás del coche, hasta que Tourtell le arrastró para ponerle a salvo.

Se oyó el chirriar de unos neumáticos en el asfalto. Un coche se dirigía hacia

ellos. Lennox miró por debajo del coche, pero solo vio el cadáver del chófer. Tourtell se había sentado con la espalda apoyada en el lateral del vehículo. Lennox intentó abrir la boca para decirle que tenía que subirse al coche y salir pitando, salvarse. Pero no había manera, era la vieja historia de siempre, como si toda su vida se resumiera en eso: no era capaz de hacer lo que su cerebro y su corazón querían.

Un coche se detuvo, las puertas se abrieron.

Se oyeron pasos sobre el asfalto mojado.

Lennox intentó girar la cabeza, pero no pudo. Con el rabillo de ojo vio los cañones de una escopeta colgando en paralelo a un par de perneras de pantalón.

Estaban acabados. De alguna extraña manera se sintió aliviado.

Las perneras se aproximaron un paso más. Una mano le rodeó el cuello. Iban a liquidarle en silencio, ahogándole. Lennox miró los zapatos. Hacía tiempo que habían pasado de moda. Zapatos de rejilla de puntera afilada.

—Este está muerto —dijo una voz conocida desde el otro lado del coche.

—Tourtell está ileso —dijo el hombre que iba a estrangularlo—. Lennox no se mueve, pero tiene pulso. ¿Desde dónde han disparado?

—¡Desde la azotea del aparcamiento! —sollozó Tourtell—. Lennox me ha salvado.

—¡Pásate a este lado, Malcolm!

La mano dejó su cuello y un rostro apareció en el campo de visión de Lennox. Duff le miró a los ojos.

—¿Está consciente? —dijo una voz a su espalda. Era Caithness.

—Inválido o en estado de shock —dijo Duff—. Mueve los ojos, pero no se mueve ni habla. Tenemos que meterlo en el hospital.

—Un coche —dijo una voz; era un chico joven—. Está saliendo del aparcamiento.

—Parece uno de los coches de la Guardia Real —dijo Duff, se puso de pie y se llevó la escopeta al hombro.

Estuvieron en silencio un par de segundos. El motor del coche se alejaba.

—Deja que se vayan —dijo Malcolm.

—Kasi. —Era la voz de Tourtell.

—¿Qué?

—Tenéis que encontrar a Kasi.

Kasi corría. Notaba el corazón en la garganta, sus pies impactaban sobre el asfalto, más deprisa, más deprisa. Hasta que corrieron tan deprisa como la canción que solía sonar en su cabeza cuando se asustaba, «Help!». Iba a meterse en el coche cuando había oído la primera explosión y vio cómo parecía tirar de la espalda de la gabardina del policía pálido antes de caer sobre su padre, y su padre le había gritado que corriera.

De manera instintiva se encaminó hacia la zona donde se había criado, hacia el río. Había una casa quemada donde solían jugar, la «casa de las ratas» la llamaban.

La casa de cemento carbonizada era blanca con zonas ennegrecidas alrededor de los marcos de las puertas y las ventanas, como una puta decrepita y muy maquillada. Allí, cerca del río, las casas estaban muy juntas, como si quisieran darse cobijo. Salvo esta, que quedaba aislada, como si las demás la evitaran. Era una casa de madera azul, alrededor los juncos crecían altos. Casi corrió entre ellos, subió por la escalera, por la entrada sin puerta de lo que había sido una cocina y ahora solo era una cáscara vacía, apestosa a orina, con nombres y tacos pintarrajeados por las paredes. Bajó por la estrecha escalera que llevaba a los dormitorios. En uno de ellos había un colchón mohoso, había estado allí tumbado cuando le dieron su primer beso, entre botellas de licor vacías y ratas de río muertas esparcidas por el suelo. Una tarde, cuando tenía diez u once años, él y dos amigos se habían tumbado allí y fumado su primer cigarrillo entre toses. Al atardecer habían visto cómo las ratas llegaban por la arcilla cuarteada y cubierta de basura del lecho del río seco. Tal vez fueran allí a morir.

¿Debía volver? No, su padre había dicho que se alejara. El otro, Lennox, era

de la policía, seguro que había otros informados de los planes de atentar contra el alcalde.

Solo debía esconderse hasta que pasara todo y luego volver a casa.

Kasi abrió el gran armario ropero del rincón. Estaba vacío, despojado de todo. Se encogió dentro y cerró. Tarareó bajito la canción de su cabeza. «Help!» Se acordó de la película en que los Beatles corrían de un lado a otro desconcertados, haciendo el tonto, un corto gracioso, en un mundo donde no ocurría nada verdaderamente horrible. Allí nadie podría encontrarle. Si no sabían dónde estaba. Además, él no era el alcalde, solo era un chaval que no había hecho nada peor en su vida que fumarse unos cigarrillos a escondidas, compartir media botella de whisky aguado y besar a un par de chicas que tenían novio.

Su corazón fue tranquilizándose poco a poco.

Aguzó el oído. Nada. Debía esperar un poco más. Había recuperado el resuello lo bastante como para respirar por la nariz. No sabía cuántos años haría que no había ropa colgada en ese armario, pero aun así podía olerla. Los olores, fantasmas de la vida de desconocidos. Dios sabe dónde andarían ahora. Su madre decía que había sido un hogar desgraciado, con alcohol, palizas y cosas peores. Que tenía que dar las gracias por tener un padre que lo quería y nunca le ponía la mano encima. Kasi se había considerado afortunado. Nadie sabía que su padre fuera el alcalde, tampoco él iba contándolo por ahí, ni a los que lo llamaban bastardo ni a los otros bastardos que nunca veían a su padre o ni siquiera sabían quién era. Le daban pena. Le había dicho a su padre que un día los ayudaría. A ellos y a todos los que lo pasaban mal tras el cierre de Estex. Su padre no le había dado una palmadita en la cabeza y se había echado a reír, como otros padres. Le había escuchado muy serio y le dijo que si llegado el momento Kasi de verdad quería hacer algo, él lo ayudaría. ¿Quién sabe? Tal vez un día se convertiría en alcalde, cosas más extrañas se habían visto, dijo su padre llamándolo «Tourtell junior».

«Help!»

Pero el mundo no era así. El mundo no estaba hecho para buenas acciones y

graciosos cantantes pop en películas pasadas de revoluciones. No se podía ayudar a nadie. Ni a su padre ni a su madre ni a otros niños. Solo a uno mismo.

Olafson frenó cuando el autobús que los precedía se detuvo. Gente joven, sobre todo mujeres, se desparramaron por la acera. Arreglados. Era sábado por la noche. Eso es lo que debería haber estado haciendo esa noche, tomarse una cerveza, bailar con una de las chicas. Beber, bailar hasta que la imagen de ese chófer desapareciera. A su lado, Seyton estiró la mano y apagó la radio del coche y a Lindsfarne y su «Meet me on the corner».

—¿De dónde coño han salido esos? Duff, Malcolm, Caithness. Ese chico joven creo que era el hijo de Banquo, joder.

—¿Volvemos a la jefatura? —preguntó Olafson. Aún no era demasiado tarde para pasar un sábado por la noche de verdad.

—Todavía no. Tenemos que dar con el chico.

—¿El hijo de Tourtell?

—No me gustaría volver ante Macbeth con las manos vacías, el chico puede servir. Gira a la izquierda. Ve todavía más despacio.

Olafson metió el coche por una calle estrecha mirando de soslayo a Seyton, que había abierto las ventanas y olisqueaba el aire mientras sus fosas nasales se abrían y cerraban. Olafson estuvo a punto de preguntarle cómo podía saber hacia dónde había corrido el chico, pero lo dejó estar. Si aquel hombre era capaz de sanar un hombro solo con tocarlo, también estaría en condiciones de oler dónde se había metido una persona, vaya. ¿Le daba miedo su nuevo jefe? Tal vez. Al menos se había preguntado si se arrepentía del cambio. Pero no podía imaginar que llegarían a esto. Todo lo que sabía era que el cirujano del hospital había señalado la radiografía del hombro, le había explicado que la bala había destrozado la articulación, que había quedado inválido y que debía hacerse a la idea de que nunca más podría trabajar como tirador de la Guardia Real. En unos minutos el cirujano le había arrebatado a Olafson todo con lo que alguna vez había soñado, todo lo que había deseado. No le había costado nada decir que sí

cuando Seyton le dijo que lo arreglaría si Olafson aceptaba este intercambio. Ni siquiera lo dijo de verdad, porque, ¿quién iba a ser capaz de arreglar un brazo en menos de veinticuatro horas? ¿Qué podía perder? Ya había jurado fidelidad a la hermandad de la Guardia Real, lo que Seyton quería de Olafson era, en cierta manera, algo que ya tenía.

No, ya no tenía sentido arrepentirse. Solo había que ver cómo le había ido a su mejor amigo, a Angus. Ese idiota había traicionado a la Guardia Real. Había traicionado a lo único, lo más querido que tenían. Bautizarse por el fuego y unirse por la sangre no era una frase, era así como tenía que ser, no había alternativa. Quería esto. Saber que lo que hacían tenía un propósito, que significaba algo para alguien. Para sus colegas. Incluso cuando no le veía el sentido a lo que hacía. Ese era trabajo de otros. No el de Angus, menudo tonto testarudo. Seguramente se había vuelto loco. Angus había intentado convencerle de que fuera con él, pero él le dijo que se fuera a la mierda, claro, que no quería tener nada que ver con alguien que traicionara a la Guardia Real. Angus lo miró fijamente, le preguntó cómo se había curado el hombro tan deprisa, que de una herida de bala como esa no se sanaba en un par de días. Olafson no contestó. Se limitó a echarlo.

La calle se acabó. Habían llegado hasta el lecho del río.

—Caliente, caliente —dijo Seyton—. Ven.

Bajaron, caminaron entre las casuchas entre la calle y el río. Pasaron por delante de una casa detrás de otra. Seyton no dejaba de olfatear el aire. Se detuvo junto a un edificio pintado de rojo.

—¿Aquí? —preguntó Olafson.

Seyton olisqueó en dirección a la casa.

—¡Putá! —exclamó, y siguió andando.

Pasaron por delante de una casa de cemento quemada, un garaje con una cancela enrejada y llegaron a una casa azul donde había un gato en la escalera. Seyton se detuvo otra vez.

—Aquí —dijo.

—¿Aquí?

Kasi miró el reloj. Se lo había regalado su padre y las manecillas y los números brillaban verdes en la oscuridad, como imaginaba que hacían los ojos de los lobos en la noche, fuera del alcance de la hoguera. Habían pasado más de veinte minutos. Estaba bastante seguro de que nadie lo había seguido cuando salió corriendo del aparcamiento; se había dado la vuelta varias veces y no había visto a nadie. Ya debía de estar a salvo, conocía la zona como la palma de su mano, por eso había ido justo allí. Podía bajar al puente de Penny y coger el autobús 22, ir hacia el oeste. Hacia casa. Su padre estaría allí. Tenía que estar allí. Kasi se puso tenso. ¿Había oído algo? ¿Un crujido en la escalera? Era lo único de madera que había sobrevivido al incendio, no sabía por qué, solo que crujía cuando hacía viento o cambiaba el tiempo. O si venía alguien. Contuvo la respiración. Aguzó el oído. No. Seguro que se debía al cambio de tiempo.

Kasi contó despacio hasta sesenta.

Empujó la puerta del armario con la pierna.

Miró fijamente.

—Tienes miedo —dijo el hombre que lo observaba desde arriba—. Ha sido buena idea esconderte en un armario, ha contenido el olor. Casi. —Abrió los brazos con las palmas hacia arriba. Respiró hondo—. Pero ahora el aire está saturado del delicioso aroma de tu miedo, chico.

Kasi parpadeó. El hombre era delgado, sus ojos iguales que las manecillas del reloj. Ojos de lobo. Tenía que ser viejo. No es que lo pareciera, pero Kasi supo que aquel hombre era muy, muy viejo.

—¡Soco...! —empezó a decir Kasi antes de que el hombre lanzara su brazo al frente y lo agarrara del cuello. Kasi no podía respirar. Pensó que ahora sabía por qué había ido allí. Era como una rata de río. Había ido allí a morir.

Duff miró su reloj, bostezó, se hundió todavía más en su silla. Sus largas piernas casi cruzaban el pasillo del hospital, hasta Caithness y Fleance. Su mirada se encontró con la de Caithness.

—Tenías razón —dijo ella.

—Los dos la teníamos —repuso él.

Había pasado menos de una hora desde que, maldiciendo, se había metido de un salto en el coche en la calle 15 y les había contado que Macbeth se había escapado. Que había algo en marcha, que Macbeth había dicho que el alcalde no viviría mucho.

—Atentado —había dicho Malcolm—. Tomar el poder. Se ha vuelto completamente loco.

—¿Qué?

—Según las leyes de Kenneth, si el alcalde muere o declara el estado de excepción civil, el director de la policía toma el mando de manera provisional y, en principio, tiene poderes ilimitados. Hay que advertir a Tourtell.

—St Jordi —dijo Caithness—. Seyton está allí.

—¡Arranca! —había gritado Duff y Fleance pisó el acelerador a fondo.

Tardaron menos de veinte minutos. Oyeron el primer tiro en el aparcamiento cuando se detuvieron frente a la entrada principal del hospital y ya subían la escalera.

Duff cerró los ojos. La noche anterior no había dormido, esto ya tendría que haber terminado, Macbeth tendría que estar entre rejas en Fife.

—Aquí están —dijo Caithness.

Duff volvió a abrir los ojos. Tourtell y Malcolm avanzaban hacia ellos por el pasillo.

—El médico dice que Lennox sobrevivirá —dijo Malcolm sentándose—. Está consciente y puede hablar, mover los brazos. Pero está paralizado de la cintura para abajo, y probablemente sea para siempre. La bala impactó en la columna vertebral.

—La detuvo la columna vertebral —añadió Tourtell—. Si no, le habría atravesado y me habría dado a mí.

—Su familia está en la sala de espera —dijo Malcolm—. Han pasado a verle y el médico dice que por hoy ya es suficiente, le han dado morfina, necesita descansar.

—¿Sabéis algo de Kasi? —preguntó Caithness.

—Todavía no ha ido a casa —dijo Tourtell—. Pero conoce bien esta zona, puede haber ido a casa de algún amigo o haberse escondido. No estoy preocupado.

—¿No?

Tourtell hizo una mueca.

—Todavía no.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —pregunto Duff.

—Esperaremos unos minutos a que la familia se haya marchado —dijo Malcolm—. Tourtell ha convencido al médico para que nos deje dos minutos a solas con Lennox. Necesitamos que confiese públicamente lo antes posible, para que podamos conseguir que Capitol emita una orden de detención federal contra Macbeth.

—¿No bastan nuestros testimonios? —preguntó Duff.

Malcolm negó con la cabeza.

—Ninguno de nosotros ha sido amenazado de muerte por Macbeth en primera persona ni le hemos oído dar la orden de que se cometa un asesinato.

—¿Y el chantaje? —preguntó Caithness—. Alcalde, acaba de contarnos que

jugó al black-jack en privado en el Inverness y Macbeth y Lady intentaron presionarle para que retirara su candidatura a la alcaldía. Le ofrecieron acciones del Obelisco y le amenazaron con desvelar que mantenías relaciones sexuales con un menor.

—En mi sector llamamos política a esa clase de chantaje —dijo Tourtell—. No es punible.

—¿Macbeth tiene razón? —dijo Duff—. ¿No tenemos nada contra él?

—Esperemos que Lennox tenga algo —dijo Malcolm—. ¿Quién de nosotros va a hablar con él?

—Yo —propuso Duff.

Malcolm lo miró pensativo.

—Bien, pero solo es cuestión de tiempo que alguien te reconozca, o me reconozca a mí, y dé la voz de alarma.

—Sé la cara que pone Lennox cuando miente —dijo Duff—. Y sabe que estoy aquí.

—Pero puedes convencerle para hacer pública su participación y así...

—Sí .

—No le convenzas como hiciste con el herido de los Norse Riders, Duff.

—Fue otro hombre quien lo hizo, jefe. Yo ya no soy él.

—¿No?

—No, jefe.

Malcolm sostuvo la mirada de Duff unos segundos.

—Bien, Tourtell, ¿acompaña a Duff, por favor?

Duff se levantó. Caithness apretó su mano un instante.

—Solo por curiosidad —dijo Duff cuando Tourtell y él se habían alejado por el pasillo—. Cuando Macbeth le planteó el ultimátum, ¿por qué no le explicó que Kasi era su hijo?

Tourtell se encogió de hombros.

—¿Por qué contarle a la persona que te apunta con un arma que no está cargada? Lo único que conseguirás es que se ponga a buscar otra arma.

El médico los esperaba frente a una puerta cerrada. Abrió.

—Solo él —dijo Tourtell señalando a Duff.

Duff entró.

Lennox estaba tan blanco como las sábanas que lo tapaban. Tubos y cables iban de su cuerpo a goteros y máquinas que emitían breves pitidos. Parecía un niño asombrado mirando a Duff con los ojos y la boca muy abiertos. Duff se quitó el gorro y las gafas.

Lennox pestañeó.

—Necesitamos que declares públicamente que Macbeth está detrás de esto —dijo Duff—. ¿Estás dispuesto?

Un hilillo de saliva brillante se deslizó por la comisura de la boca de Lennox.

—Escucha, Lennox, dispongo de dos minutos y...

—Macbeth es el responsable de esto —dijo, con voz afónica, oxidada, como si hubiera envejecido veinte años. Pero su mirada se iluminó—. Nos ordenó a Seyton, a mí y a Olafson que liquidáramos a Tourtell. Porque quiere hacerse con el poder de la ciudad. Y porque cree que el alcalde es el informador de Hekate. Pero no es él.

—Entonces ¿quién es?

—Te lo contaré a cambio de un favor.

Duff respiró con fuerza por la nariz. Se concentró en controlar la voz.

—¿Quieres decir que te deberé un favor?

Lennox cerró los ojos. Duff vio una lágrima. Serían los dolores de la herida de bala.

—No —susurró Lennox con voz cada vez más débil. Duff se inclinó sobre él. Lennox tenía un aliento dulzón, nauseabundo, como el de acetona de un diabético, cuando susurró—: Soy yo quien informa a Hekate.

—¿Tú? —Duff intentó asimilar la información, hacerla encajar.

—Sí. ¿Cómo crees que nos ha eludido todos estos años, ha ido siempre un paso por delante?

—Espías tanto para...

—... Hekate como para Macbeth. Sin que Macbeth lo sepa. Por eso sé que Tourtell no está en manos de Hekate. Ni de Macbeth. Pero no fui yo quien puso sobre aviso a Hekate, tiene que haber otro informante. Alguien que está muy cerca de Macbeth.

—¿Seyton?

—Tal vez. O quizá no sea un hombre.

—¿Una mujer? ¿Por qué crees eso?

—No lo sé. Alguien invisible, alguien que solo está ahí.

Duff asintió despacio. Levantó la vista hacia la oscuridad de la noche, al otro lado de la ventana.

—¿Qué siente uno?

—¿Qué siente uno cuándo?

—Cuando lo dice en voz alta, por fin. Que eres un traidor. ¿Es un alivio o te pesa todavía más cuando las palabras te hacen comprender que es verdad, que tú has sido el causante de los daños?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque a veces me lo he preguntado —dijo Duff. Fuera el cielo estaba oscuro, cubierto, no daba ninguna señal, ninguna respuesta—. Qué sentiría si se lo contara todo a mi familia.

—Pero no lo hiciste. No lo hacemos. Porque preferimos aniquilarnos antes que ver el dolor en sus caras. No tuviste tiempo de elegir.

—Sí. Elegí. A diario. Ser infiel.

—¿Me ayudarás, Duff?

Duff se obligó a apartarse de la espiral de sus pensamientos. Pestañeó. Necesitaba dormir cuanto antes.

—¿Ayudar?

—El favor. La almohada. Ponla sobre mi cara y aprieta. Parecerá que he muerto a consecuencia del disparo. ¿Les contarás a mis hijos que su padre, siendo un asesino y un traidor, al menos se arrepintió?

—Yo...

—Eres el único que conozco que puede entenderme, Duff. Que se pueda amar tanto a alguien y, a pesar de eso, traicionarlo. Cuando es demasiado tarde, es demasiado tarde. Todo lo que uno puede hacer es... algo correcto, pero demasiado tarde.

—Como salvarle la vida al alcalde de la ciudad.

—No es suficiente, ¿verdad que no, Duff? —La risa seca de Lennox acabó siendo una tos—. Una última acción desesperada que, vista desde fuera, es un sacrificio, pero que en lo más profundo de tu fuero interno esperas que sea premiada con el perdón de tus pecados y te abra las puertas del cielo. Pero estaría demasiado bien pagado, Duff. ¿Tú tampoco crees que nada pueda nunca compensarlo todo, a que no?

—No. No puedo compensarlo, pero puedo empezar por perdonarte a ti.

—¡No!

—Sí.

—¡No, no puedes! ¡No lo hagas, no...! —Su voz se desvaneció. Duff lo miró. Pequeñas gotas brillantes se deslizaban por sus mejillas blancas.

Duff respiró hondo.

—Consideraré la posibilidad de no perdonarte con una condición, Lennox. —Este asintió—. Que accedas a dar una entrevista radiofónica esta noche, en la que lo cuentes todo y exonerés a Malcolm.

Lennox levantó la mano despacio y se enjugó las mejillas. Luego, con la mano bañada en lágrimas, asió la muñeca de Duff.

—Llama a Priscilla y pídele que venga.

Duff asintió, se levantó y se soltó. Bajó la mirada hacia Lennox una última vez, preguntándose si estaba viendo a un hombre que había cambiado o solo a alguien que había elegido la salida más fácil.

—¿Y bien? —dijo Tourtell levantándose de la silla pegada a la pared de pasillo al ver salir a Duff.

—Ha confirmado que fue Macbeth quien intentó matarle, alcalde, y concederá

la entrevista. Pero Hekate tiene un informador, alguien infiltrado que está cerca de Macbeth. Puede que alguien de la jefatura...

—¡Da igual! —tronó Tourtell mientras se apresuraban por el pasillo—. ¡Con el testimonio de Lennox, Macbeth está acabado! Llamaré a Capitol para que emitan una orden de arresto federal.

Una enfermera se aproximó a ellos.

—¿Señor alcalde?

—¿Sí?

—Ha llamado Agnes, su ama de llaves, para darle el mensaje de que Kasi aún no ha vuelto a casa.

—Gracias —dijo Tourtell. Siguieron caminando—. Seguro que habrá ido a casa de unos amigos y está allí esperando a que no haya moros en la costa.

—Seguro. Su ama de llaves...

—¿Sí?

—Nunca he tenido un sirviente, pero imagino que después de un tiempo será como si fuera parte del mobiliario. Hablas libremente, no piensas en que no debe escuchar cosas que no deban saberse, ¿no?

—¿Agnes? Sí. Sí, al menos con el tiempo, cuando supe que podía confiar en ella. Pero se tarda en llegar a ese punto.

—Es imposible estar seguros de lo que otra persona piensa o siente, ¿verdad?

—Mmm... ¿Estás pensando que Macbeth tiene una secretaria particular en la jefatura que podría haber...?

—¿Priscilla? No. Como ha dicho usted, confiar en alguien lleva su tiempo.

—¿Y?

—Ha dicho que había jugado al Black-jack en privado mientras Macbeth y Lady le presentaban su plan para matar a Hekate. ¿Para eso no hacía falta una cuarta persona?

—¿Cómo?

—Para jugar al black-jack, ¿no hace falta un crupier?

—¿Jack?

—¿Sí, Lady?

Jack retiró la mano, que había apoyado como por casualidad en las curvas lumbares de la espalda de Billy mientras ambos se inclinaban sobre el libro de registro de los clientes alojados en el hotel y Jack le explicaba al novato cómo apuntar a los nuevos huéspedes.

—Tengo que hablar contigo de una cosa, Jack. Subamos a mi suite.

—Por supuesto. ¿Te quedas a cargo del fuerte, Billy?

—Lo haré lo mejor que pueda, señor Bonus.

Jack sonrió sabiendo que había sostenido la mirada del chico recién contratado un momento más de lo adecuado. Se apresuró a subir la escalera en pos de Lady.

—¿Qué opinas del nuevo? —le preguntó ella cuando la alcanzó.

—Es un poco pronto para decirlo, señora, algo joven e inexperto, pero no parece un caso perdido.

—Bien. Necesitamos contratar dos camareros para el restaurante, los que se han presentado hoy eran unos inútiles. ¿Cómo creen los jóvenes que van a sobrevivir en este mundo si no se toman las cosas en serio y aprenden algo? ¿Creen que se lo van a dar todo servido en una bandeja de plata?

—Tiene mucha razón —dijo Jack entrando en la suite mientras Lady le sujetaba la puerta abierta.

Luego se dio la vuelta, cerró y se dejó caer en una silla sollozando.

—¿Lady? ¿Qué pasa?

—Lirio —sollozó—. Lirio. Lo dijo.

—Lirio, ¿como la flor, señora?

Lady ocultó su rostro entre las manos, el llanto sacudió su cuerpo.

Jack se quedó desconcertado. Fue a dar un paso hacia ella, pero se detuvo.

—¿Quiere... hablar de ello?

—¡No! —exclamó ella. Tomó aire, temblorosa—. No, no quiero hablar de ello. El doctor Alsaker quiso hacerlo. Está loco ¿lo sabías? Me lo contó él

mismo. Dice que eso no lo convierte en un mal psiquiatra, más bien al contrario. No necesito palabras, Jack, las he oído todas. Las mías y las de los demás y ya no me consuelan. Necesito medicina. —Sorbió y se pasó con cuidado el dorso de la mano bajo los ojos—. Sencillamente medicina. Sin ella no soy capaz de ser ella, la que debo ser.

—¿Y ella quién es?

—Es Lady, Jack. —Se miró la mano manchada de negro—. La que vive y deja morir. Pero Macbeth ha dejado de tomar la medicina, por eso no tengo. Imagínate... Él es más fuerte que yo, ¿a que no lo hubieras dicho? Así que tienes que ir a comprármela, Jack.

—Lady...

—Si no, todo esto se derrumbará. Oigo el llanto de un niño sin parar, Jack. Voy por la sala de juego sonriendo y hablando. —Las lágrimas volvieron a correr—. Hablo en voz alta, río para no oír al bebé, no puedo más. Sabía cómo se llamaba la niña. Repitió las mismas palabras que yo pronuncié a modo de despedida.

—¿Qué quiere decir?

—Hekate. Lo sabía. Las palabras que dije antes de aplastar aquella cabecita de interrogantes ojos azules. «En otra vida, mi pequeño lirio.» Nunca se lo he contado a nadie. ¡Nunca! Al menos despierta. Tal vez en sueños. Tal vez cuando he caminado en... —Se detuvo. Frunció el ceño, como si hubiera caído en la cuenta de algo.

—La hipnosis. Lo ha dicho bajo hipnosis, Hekate lo sabe por el doctor Alsaker.

—¿Hipnosis? —Ella asintió despacio—. ¿Eso piensas? Que es Alsaker quien me ha traicionado. ¿Le habrán pagado, no crees?

—La gente es avariciosa, es su naturaleza, señora. Sin ese afán la especie humana no hubiera ganado la batalla por el planeta. Mira lo que usted misma ha creado, señora.

—¿Crees que es por avaricia?

—No de dinero, señora. Creo que las personas son diferentes y ansían cosas distintas. Poder, sexo, admiración, amor, conocimiento, temor...

—¿Qué ansías tú, Jack?

—¿Yo? —Se encogió de hombros—. Me gustan los clientes felices, satisfechos. Sí, quiero la felicidad ajena, como la suya, señora. Cuando usted está contenta, yo también lo estoy.

Lo miró largo rato. Luego se levantó, se acercó al espejo, cogió el cepillo del pelo del velador.

—Oye, Jack...

A él no le gustó el tono en que lo llamó, pero le sostuvo su mirada en el espejo.

—¿Sí, señora?

—Tú deberías saber bastante sobre la soledad.

—Ya sabe usted que es así, señora.

Empezó a peinar su larga cabellera de un rojo fuego, por la que los hombres se habían sentido atraídos o la habían tomado como una advertencia, según las circunstancias.

—¿Sabes qué es todavía más solitario que no haber tenido nunca a nadie? Es creer que lo has tenido, y luego resulta que esa persona, ese que creías que era tu amigo más cercana, nunca lo fue. —El cepillo se atascó, ella lo obligó a seguir deslizándose por su espeso cabello indomable—. Que te traicionaron todo el tiempo. ¿Puedes imaginarte una soledad mayor, Jack?

—No, no puedo señora.

Jack la miró. No sabía qué hacer ni qué decir.

—Alégrate de tu falta de experiencia en que te traicionen, Jack. —Dejó el cepillo y le ofreció unos billetes—. Eres como el pez rémora, demasiado pequeño para ser traicionado; solo puedes traicionar. El tiburón deja que te pegues a él porque le limpias de otros parásitos peores. A cambio, te lleva por todos los océanos del mundo. Así viajáis, para vuestra mutua alegría, y tan

íntima y cercana es vuestra asociación que puede confundirse con amistad. Hasta que pasa un tiburón más grande y saludable. Vamos, Jack, cómprame poción.

—¿Está segura, señora?

—Di que quieres la fuerte, la que funciona. La que puede elevarte, alejarte. Tan alto que te revienta el cráneo si caes. Porque ¿quién querría vivir en un mundo frío y sin amistades como este?

—Haré lo que pueda, señora. —Cerró la puerta sin hacer ruido.

—Oh, estoy segura de que sabrás dónde encontrarla, Jack Bonus —susurró Lady a su reflejo en el espejo—. No dejes de darle recuerdos a Hekate. —Una lágrima resbaló por su mejilla, por la huella salada que dejó la anterior—. Mi querido, mi buen Jack. Mi pequeño, pobre Jack.

—¿Señor Lennox?

Lennox abrió los ojos. Miró el reloj. Faltaba hora y media para la medianoche. Sus párpados se cerraron. Había insistido hasta que le pusieron más morfina, solo quería dormir, el sueño atormentado de los culpables.

—Señor Lennox.

Volvió a abrir los ojos. Lo primero que vio fue la mano que sostenía un micrófono. Tras él, vislumbró algo amarillo. Poco a poco lo enfocó. Una persona en un chubasquero amarillo estaba sentada en una silla junto a la cama.

—¿Tú? —susurró—. ¿De todos los reporteros del mundo te han mandado a ti? Walt Kite se recolocó las gafas.

—Tourtell, Malcolm y los demás no saben que yo... que yo...

—¿Estás en poder de Macbeth? —Lennox alzó la cabeza de la almohada. Estaban solos en la habitación. Se retorció para buscar el avisador que colgaba del cabecero, pero el reportero lo tapó con la mano.

—No te hace falta —dijo Kite sereno.

Lennox intentó apartarle la mano del timbre, pero no tenía fuerzas.

—¿Para que puedas echarme a los pies de Macbeth? —resopló Lennox—. ¿Como nos echaste a nosotros a Angus?

—Estaba en la misma situación que tú, Lennox. No tenía elección. Amenazó a mi familia.

Lennox se rindió y se dejó caer sobre la cama.

—¿Qué quieres ahora? ¿Has traído un cuchillo? ¿Veneno?

—Sí. Este. —Kite blandió el micrófono.

—¿Me vas a matar a golpes con eso?

—A ti no, a Macbeth.

—¿Sí?

Walt Kite dejó el micrófono, se desabrochó el chubasquero y se limpió el vaho de las gafas.

—Cuando Tourtell me llamó comprendí que tienen bastante como para cogerle. Tourtell ha conseguido que el médico me dé cinco minutos, tenemos que apresurarnos. Cuéntame la historia e iré derecho a la emisora y lo emitiré al instante, en crudo, sin editar.

—¿En mitad de la noche?

—Me dará tiempo a hacerlo bastante antes de la medianoche. Será suficiente con que lo oiga alguien. Que sea, innegablemente, tu voz. Escucha, estoy saltándome todos los principios periodísticos del derecho a réplica y comprobación de las afirmaciones vertidas solo para salvar...

—Tu propio pellejo. Solo para volver a cambiar de bando, para estar seguro de que vas con el equipo ganador.

Vio que Kite abría la boca y volvía a cerrarla. Tragaba saliva. Pestañeaba detrás de los cristales todavía cubiertos de vaho.

—Reconócelo sin más, Kite. No pasa nada, no eres el único. No somos héroes, sino personas corrientes que tal vez soñemos despiertos con ser héroes, pero puestos a elegir entre la vida y los principios de los que presumimos en voz alta, somos bastante normales.

Kite sonrió.

—Tienes razón, he sido un moralista arrogante, cobarde y charlatán.

Lennox tomó aire, ya no sabía si hablaba así por efecto de la morfina.

—Si te dieran la oportunidad, ¿crees que actuarías de forma diferente?

—¿Qué quieres decir?

—¿Podrías haber sido otra persona? ¿Haberte obligado a sacrificar algo que fuera más grande que tu propia reputación?

—¿Cómo qué?

—¿Como hacer algo que sería heroico de verdad porque acabaría con la reputación del respetado periodista Kite?

Macbeth cerró los ojos. Esperaba que al abrirlos despertaría de la pesadilla, de la noche demasiado larga. Mientras tanto, la voz de la radio de la estantería colocada detrás de su escritorio no callaba. Cada erre sonaba como disparada por una metralleta.

—Inspector Lennox, en resumen. Afirma que el director de la policía Macbeth está detrás de los asesinatos tanto del anterior director Duncan, como del inspector Banquo, de las masacres del club de los Norse Riders, del asesinato de la familia del inspector Duff, además del arresto del agente Angus, en el que usted, junto con el inspector Seyton, ejecutó la orden de matarlo en persona. Y que tras el atentado fallido contra el alcalde de esta misma tarde estaban Macbeth, junto con el jefe de la Guardia Real, Seyton, y el agente Olafson.

—Así es.

—Con esas palabras nos despedimos dando las gracias al inspector Lennox, que hablaba desde su cama del hospital St Jordi. Nos atrevemos a decirlo porque esta grabación se ha hecho ante testigos para que pueda utilizarse en un juicio con independencia de que Lennox también fuera asesinado. Ahora, queridos oyentes, para terminar quiero añadir que yo, Walt Kite, también soy culpable de la muerte del agente Angus, al poner la integridad con que vosotros me habéis honrado a disposición del director de la policía y asesino Macbeth. Que mi familia y yo fuéramos amenazados podrá probablemente ser una circunstancia atenuante en el juicio donde me condenarán y en las conversaciones que tendré con mis allegados en los próximos días. Pero no en mi profesión de periodista,

donde ha quedado claro que se me puede amenazar, utilizar y manipular para que os mienta. Me he traicionado a mí mismo y os he traicionado a vosotros. Eso significa decir que será la última vez que me escuchéis a mí, Walt Kite, informar en la radio. Os echaré de menos, más que vosotros a mí. Demostrad que sois mejores ciudadanos que yo, salid a las calles y defenestrad a Macbeth. Buenas noches. Que Dios bendiga a nuestra ciudad.

Sintonía.

Macbeth abrió los ojos. Pero seguía estando en su despacho, Seyton continuaba tumbado en el sofá, Olafson en la silla, la radio encendida.

Macbeth se levantó y la apagó.

—¿Y ahora? —dijo Seyton.

—Chist —dijo Macbeth.

—¿Qué?

—¡Que te calles un poco! —Con el índice y el pulgar se apretaba el caballete de la nariz. Estaba cansado, tanto que no podía pensar con la claridad necesaria. Tenía que hacerlo, sus próximas decisiones iban a resultar cruciales, las próximas horas iban a decidir la batalla por la ciudad.

—Mi nombre —dijo Olafson.

—¿Qué?

—Han dicho mi nombre por la radio. —Sonrió como un idiota—. Creo que nunca habían dicho el nombre de nadie de mi familia por la radio.

Macbeth escuchó el silencio. El tráfico, ¿dónde estaba el ronroneo bronco y constante de los coches? Era como si la ciudad contuviera la respiración. Se puso de pie.

—Venid.

Bajaron en ascensor al sótano.

Pasaron por delante de la bandera del estandarte de la Guardia Real, con el dragón rojo.

Seyton abrió el almacén de la munición y encendió la luz.

El chico estaba entre los trípodes de las metralletas, amordazado y atado a la

caja fuerte. El iris castaño solo era un fino aro alrededor de las pupilas, que estaban negras y agrandadas por el miedo.

—Le llevaremos al Inverness —dijo Macbeth.

—¿Al Inverness?

—Ninguno de nosotros está seguro aquí, ya no. Desde el casino podremos doblegar a Tourtell.

—¿Quiénes, nosotros?

—Los últimos leales. Los que serán recompensados cuando la batalla esté ganada.

—¿Tú, y yo y Olafson? ¿Nosotros tres vamos a someter a la ciudad?

—Confía en mí. —Macbeth le pasó la mano por la cabeza a Kasi como si fuera un perro fiel—. Hekate nos necesita y nos protege.

—¿Contra toda la ciudad? —preguntó Olafson.

—Los ayudantes de Hekate forman un ejército, Olafson. Son tan invisibles como él, pero están allí, ya me han salvado dos veces. Tenemos a las hermanas, las Gatling y las leyes de Kenneth de nuestra parte. Cuando el alcalde ceda y declare el estado de excepción civil, la ciudad será mía. ¿Qué decís? ¿Fidelidad, hermandad?

Olafson cerró los ojos.

—Bautizados en el fuego —susurró. Las ces se deslizaban entre las paredes de hormigón.

Seyton los miraba escéptico. Una sonrisa afloró a sus labios delgados, despacio.

—Unidos por la sangre.

Sentado en el sofá del cuarto de estar de Tourtell, Duff escuchaba atento. Los otros cuatro miraban expectantes al alcalde, que tenía el auricular apoyado contra la oreja. Faltaban dos minutos para la medianoche. La presión no había hecho más que aumentar, se oía un creciente murmullo fuera. La ciudad pronto sería castigada por haber disfrutado de un día de calor. El alcalde contestaba brevemente «sí» y «no» al teléfono. Colgó.

Chasqueó la lengua, como si lo que había oído tuviera que masticarse y tragarse.

—¿Y bien? —dijo Malcolm impaciente.

—Buenas y malas noticias. Las buenas son que el juez del Tribunal Supremo Archibald considera bastante probable que basándose en lo que tenemos podrá emitirse una orden federal de arresto contra Macbeth. Por tanto, nos mandarán fuerzas policiales federales.

—¿Las malas? —preguntó Malcolm.

—Que es un tema político sensible y llevará tiempo —dijo Tourtell—. Nadie quiere que le salpique la detención de un director de la policía en el caso de que la acusación no se sostenga. Lo único tangible que tenemos es una entrevista radiofónica con Lennox, que ha confesado su participación en un asesinato. Archibald dice que habrá que convencer a la gente, que lo conseguirá, pero que en el mejor de los casos la orden estaría lista mañana por la tarde.

—Entonces estará resuelto —dijo Caithness—. Solo tenemos que resistir esta noche y unas horas de mañana.

—Eso parece —terció Malcolm—. Es una pena que las circunstancias no inviten a celebrarlo.

—Al contrario —dijo Tourtell volviéndose hacia la ama de llaves, que acababa de entrar en el salón—. Durante la guerra celebrábamos las victorias con mayor entusiasmo cuantas más víctimas habían costado. ¡Champán, Agnes!

—Muy bien, señor. Pero tiene una llamada por la otra línea.

A Tourtell se le iluminó la cara.

—¿Kasi?

—Lo lamento, señor. El señor Macbeth.

Se miraron.

—Pásame la llamada aquí —dijo el alcalde.

Macbeth se reclinó en la silla con el auricular pegado a la oreja. Observó el techo, la afilada punta dorada de la araña de cristal que colgaba sobre él en la sala de juegos vacía.

Estaba solo. Aunque oía Seyton y a Olafson acabando de montar las metralletas Gatling en el entresuelo, no por eso dejaba de estar solo. Lady no estaba.

Empezaron nada más llegar de la jefatura. Les llevó media hora desalojar a todos los jugadores y los clientes del restaurante. Intentaron hacerlo de un modo informal. El juego debía terminarse, había que cambiar las fichas. Algunos clientes se empeñaron en apurar sus copas, aunque no tuvieran que pagarlas. Los últimos habían protestado porque era sábado por la noche, hubo que empujarlos para que salieran, literalmente. Lady habría sido capaz de hacerlo de una manera más elegante, claro. Pero Jack, a quien había mandado a la suite para buscarla, regresó habiendo fracasado en su misión. Lady estaba bien, necesitaba dormir, aquella podía ser una batalla muy larga. Habían levantado barricadas frente a las ventanas y montado las metralletas en ambos extremos del entresuelo.

—Soy Tourtel. —Su voz sonaba con una forzada neutralidad.

—Buenas noches, alcalde. ¿Todo bien?

—Estoy vivo.

—Bien, bien. Me alegro de que pudiéramos salvarte del intento de atentado. Sospecho que Hekate está detrás de esto. Siento que tu chófer tuviera que pagar con su vida. Y que Lennox se haya vuelto loco a causa de los daños sufridos, evidentemente.

—Estás acabado, Macbeth. ¿Lo sabes? —Tourtell reía sin ganas.

—Las circunstancias están volviéndose bastante salvajes, ¿no te parece, Tourtell? Explosiones en las azoteas, tiroteos en las calles, atentados contra el director de la policía e intentos de atentar contra alcaldes. Te he llamado porque creo que debes declarar inmediatamente el estado de excepción civil.

—Eso no va a ocurrir, Macbeth. Lo que va a pasar es que emitirán una orden de arresto federal contra ti.

—¿Has llamado a la caballería de Capitol? Contaba con ello. No se emitirá antes de que yo esté al mando de esta ciudad y entonces será demasiado tarde, gozaré de inmunidad. Kenneth fue más previsor de lo que muchos le reconocen.

—¿Quieres dirigir la ciudad igual que los dictadores que te precedieron?

—Dada la tormenta, será mejor que una mano más fuerte que la tuya sujete el timón, Tourtell.

—Estás loco, Macbeth. ¿Por qué demonios iba a declarar el estado de excepción y otorgarte el poder?

—Porque tengo a tu bastardo y le cortaré la cabeza si no me obedeces. — Macbeth oyó que Tourtell tomaba aire—. No vayas a dormirte, Tourtell. Te doy unas horas para escribir y firmar la declaración de estado de excepción. Debe entrar en vigor antes de que amanezca. Si no he oído anunciar por la radio que se declara el estado de excepción antes de que el primer rayo de sol llegue a mis ojos mañana, Kasi morirá.

Silencio. Macbeth tuvo la sensación de que Tourtell no estaba solo. Según Seyton Duff, Malcolm y Caithness eran tres de los cuatro que le habían impedido rematar la faena en el St Jordi.

—¿Cómo has pensado librarte del castigo por matar a mi hijo, Macbeth?

El tono era duro, mas no conseguía disimular del todo su desamparo. Macbeth notó que no estaba preparado para tan sangrante desesperación. Pero lo descartó. Aquella voz temblorosa confirmaba sus sospechas de que Tourtell haría cualquier cosa por el chico.

—Inmunidad. Estado de excepción. Seguro que encontramos una solución, alcalde.

—No me refería a escapar de un tribunal, sino de tu conciencia. Te has convertido en un monstruo, Macbeth.

—Nunca nos transformamos en nada que no seamos ya, Tourtell. Ni siquiera tú, siempre estarás dispuesto a vender tus servicios y tu alma al mejor postor.

—¿No oyes los truenos en la puerta de tu casa, Macbeth? ¿Cómo es posible que en una situación así, en esta ciudad, todavía creas que el sol saldrá al amanecer?

—Porque he ordenado que haya sol, Tourtell. Si no eres creyente, deja que la hora que indica en el almanaque la salida del sol sea tu hoja de ruta. Hasta entonces...

Macbeth colgó. La luz jugaba entre los cristales, sobre su cabeza. Eso significaba que se movía. Tal vez fuera el calor al ascender, tal vez las vibraciones imperceptibles del suelo o la luz misma, que cambiaba. También había una cuarta posibilidad, claro. Que fuera él mismo quien se moviera. Que viera las cosas desde un ángulo un poco diferente. Sacó la daga de plata de su chaqueta. Tal vez no fuera lo mejor contra los blindajes y la piel gruesa, pero Lady tenía razón: la plata era eficaz contra los fantasmas; no había visto ni a Banquo ni a Meredith ni a Duncan ni al chico de los Norse Riders arrodillado desde hacía dos días. Acercó la daga a la luz.

—¡Jack!

No obtuvo respuesta.

—¡Jack! —gritó más alto.

Seguía sin responder.

—¡Jack! ¡Jack! —Berreó de manera tan salvaje y descontrolada que casi le

pareció ver cómo se le desgarraba la garganta.

Se abrió una puerta al final de la sala.

—¿Me ha llamado, señor? —La voz de Jack tenía eco.

—¿Lady sigue sin dar señales de vida?

—Sí, señor. ¿Tal vez debería usted despertarla?

Macbeth pasó la yema del dedo por la punta de la daga. ¿Cuánto tiempo llevaba sin consumir? ¿Cuánto ansiaba el sueño, el que era profundo, oscuro y sin pesadillas? Podía subir, tumbarse a su lado, decirle que se marcharan de allí, los dos, vámonos a un lugar donde esto, el casino y la ciudad no existan, donde no haya nada más que tú y yo. Ella lo deseaba, lo ansiaba tanto como él. Se habían perdido, pero tenía que haber un camino de retorno, de vuelta al punto de partida. Sí, claro que lo había, lo que pasaba es que en aquel momento no lograba verlo. Solo tenía que hablar con ella, hacerle ver por dónde discurría, como siempre hacía ella. ¿Qué lo retenía? ¿Qué extraño presentimiento hacía que no quisiera subir? ¿Por qué aplazarlo, quedarse en aquella sala fría, vacía, antes que acudir al cálido abrazo de su amada?

Se volvió y miró al chico. Seyton había encadenado al hijo de Tourtell a la barra niquelada en mitad de la sala, con un grillete para el tobillo alrededor del cuello largo y esbelto del chaval. Como un perro. Y como un perro estaba tumbado inmóvil en el suelo mirando a Macbeth con ojos castaños, suplicantes. Como le habían mirado sin descanso desde que llegaran.

Macbeth se levantó de la silla soltando un exabrupto irritado.

—Pues en ese caso, vayamos a hablar con ella —exclamó.

Los de Jack y sus propios pasos silenciosos hicieron que Macbeth se sintiera flotar como un fantasma por la escalera, por el pasillo. Tardó mucho en dar con la llave entre todas las del llavero. Las miró una a una, como si contuvieran un código, la respuesta a una pregunta que ni siquiera conocía.

Abrió y entró. La luz estaba apagada, pero la luna se colaba entre las cortinas. Se quedó a la escucha. Los truenos habían cesado. El silencio era absoluto, como si todo contuviera la respiración.

Su piel estaba tan pálida, tan falta de sangre... El cabello, desparramado por la almohada como un abanico rojo, y sus párpados se veían tan transparentes...

Se acercó y tocó su frente. Todavía quedaba en ella un rastro de calor. Sobre la colcha había una hoja. La cogió. Solo había escrito unas pocas líneas.

Mañana, mañana y mañana. Los días se apresuran hacia el final y todo lo que hacen es acercarnos a la muerte, apagar nuestra luz. La vida es una ilusión, la hora en escena de un mal actor, una historia relatada por un idiota, lleno de sentimientos y gestos, pero sin sentido alguno.

Macbeth se volvió hacia Jack, que se había quedado en la puerta.

—Ella se ha ido antes.

—¿Q... qué, señor?

Macbeth acercó una silla a la cama y se sentó. No para estar más cerca de ella, que ya no estaba allí. Solo quería estar sentado.

Al oír el grito asustado de Jack a su espalda, supo que la había visto: una jeringuilla todavía colgaba de su antebrazo.

—Está...

—Sí. Está m... m... muerta.

—¿Cuánto tiempo hace...?

—M... m... mucho.

—Pero yo hablé con...

—Empezó a m... morir la noche que encontró el bebé en la caja de zapatos, Jack. Simuló estar viva un poco más, pero solo eran los estertores finales. Vio a su propia hija, vio que tenía que buscar la muerte para volver a verla. Fue entonces cuando la perdimos, cuando cayó en aquella ficción consoladora de que nos encontraremos con nuestros seres queridos al otro lado.

Jack dio un paso al frente.

—¿Usted no lo cree?

—Cuando el sol brilla en un cielo sin nubes, no. Pero vivimos en una ciudad

sin sol, donde aceptamos todo aquello que pueda servirnos de consuelo. En general, creo.

Macbeth intentó averiguar qué sentía; le extrañó no estar triste ni desesperado.

Tal vez porque hacía mucho que lo sabía, sabía que tendría que acabar así. Lo había sabido y había cerrado los ojos. Todo lo que podía sentir ahora era vacío. Estaba en una sala de espera, en plena noche, era el único pasajero, habían anunciado su tren, pero no llegaba. Anunciado, pero no llegaba. ¿Qué hace el pasajero entonces? Espera. No va a ningún sitio, se resigna a lo que está pasando y espera lo que está por llegar.

Macbeth volvió a levantar la hoja.

Los días se apresuran hacia el final y todo lo que hacen es acercarnos a la muerte.

Duff aguzaba el oído en el ascensor en el que bajaban él, Malcolm y el conserje hacia el sótano de la jefatura.

—Ya sé que es fin de semana, pero ¿estás seguro de que no hay nadie más aquí? —le dijo Duff al conserje, con quien Malcolm había mantenido una larga conversación telefónica desde casa de Tourtell.

—Al contrario —respondió el conserje—. Os están esperando.

Duff no tuvo tiempo de reaccionar antes de que llegaran abajo y alguien abriera la puerta del ascensor desde fuera. Allí había tres personas, todas armadas y vestidas con el uniforme negro de la Guardia Real. Duff contuvo el aliento.

—Gracias —dijo Malcolm—, por venir con tan poco preaviso.

—Por la ciudad —dijo uno de ellos.

—Por Angus —dijo el otro.

—Por el director de la policía —dijo el tercero, un hombre alto de piel oscura—. Para nosotros se llama Malcolm.

—Gracias, Ricardo —dijo Malcolm.

El alto abrió camino.

—¿Han hablado con alguien más, señor?

—Llevo toda la noche al teléfono. No es fácil convencer a la gente de que arriesguen su vida y su trabajo para luchar contra una conspiración en la que solo creen porque les he dado mi palabra. Sobre todo cuando me veo obligado a decir que no podemos esperar ninguna ayuda federal de Capitol de momento. Pero de

todas formas, me han dicho que sí unos treinta de la policía, entre diez y quince de protección civil y puede que diez del cuerpo de bomberos.

—Tal vez el caso no sea muy convincente, pero usted lo es, Malcolm.

—Gracias, Ricardo, pero creo que se debe sobre todo a la actuación Macbeth.

—No me refería a sus palabras, señor. Su valor habla por usted.

—Estuve a punto de que me lo quitaran todo, no tenía mucho que perder, Ricardo. Debía volver y buscar a mi hija, que afortunadamente ya está en lugar seguro. Sois vosotros quienes demostráis valor, los que no os veis impulsados por un corazón de padre, sino que actuáis libremente, conducidos por vuestro sentido de la justicia. Sois la prueba de que en esta ciudad hay gente que busca el bien.

Pasaron por delante del estandarte del dragón.

—¿Dónde está el alcalde? —preguntó Ricardo.

—Ahora mismo tiene otras cosas en que pensar.

Ricardo se detuvo frente a una sólida puerta de hierro que daba a lo que parecía un refugio.

—Aquí.

Las estanterías estaban llenas de cajas de hierro y armas de mano. En el centro había una caja fuerte. Malcolm cogió una de las metralletas de la estantería.

—Alguien se ha llevado las metralletas Gatling y las cajas de munición —dijo Ricardo—. Esto es cuanto tenemos. Además de un Sonderwagen, un vehículo acorazado. Puedo ordenar que lo lleven a la estación central ahora mismo. No hay suficiente para todos, pero no creo que los bomberos tengan una gran puntería. Ya sabe que mis hombres y yo podríamos atacar esta misma noche.

—Queremos intentar hasta el último momento que Macbeth se entregue voluntariamente —dijo Malcolm—. El recuento nos hace pensar que es probable que solo tenga con él a dos hombres, Seyton y Olafson. Cuando vea cuánta gente hemos apostado alrededor espero que libere a Kasi y se rinda.

—Negociación —asintió Ricardo—. Una técnica moderna para las tomas de rehenes.

—Exacto.

—Moderna e inútil en el caso de Macbeth, señor. Ha sido mi jefe, señor. Tiene al mejor tirador del país y dos metralletas Gatling en su equipo. Mientras que nosotros tenemos prisa.

—¿Qué puede hacer uno de estos frente a dos metralletas Gatling? —preguntó Malcolm cogiendo una bazuca.

Duff se quedó helado. Había visto lo que había escondido detrás de la bazuca.

—No es muy certero a distancia —dijo Ricardo—. Pero no tengo problema en preparar un plan detallando de cómo mis hombres y yo podríamos reducir a los tres de dentro si Macbeth no se rinde.

—Bien —dijo Malcolm mirando lo que Duff acababa de coger—. Vaya, ¿de dónde ha salido eso?

—Los restos del asalto a los Norse Riders —dijo Ricardo—. Es un arma, aunque solo sea un sable.

—No es un sable cualquiera —dijo Duff agarrando con más fuerza la empuñadura. Cortó el aire, sintió el peso del acero—. Es el sable de Sweno.

—¿No pensarás llevártelo? No serviría de nada.

—Te equivocas —Duff acarició el filo con el índice—. Puede rajar la tripa de las mujeres y el rostro de los niños.

Malcolm se volvió hacia Ricardo.

—¿Puedes conseguir que lleven las armas a la estación central una hora antes del amanecer?

—Hecho.

—Gracias. Los demás deberíamos intentar dormir un par de horas.

—¿Señor?

Macbeth apartó la mirada del pecho helado de Lady. Era Jack. Había vuelto y estaba en la puerta.

—En la recepción hay alguien que quiere hablarle.

—¿Has dejado entrar a alguien?

—Está solo y no paraba de llamar. Tenía que dejarle entrar. Y ahora no quiere irse.

—¿Quién es?

—Un joven que dice llamarse Sivart.

—¿Sivart?

—Dice que usted le salvó la vida en el puerto durante el ataque a los Norse Riders.

—Ah, el rehén. ¿Q... qué quiere?

—Presentarse voluntario. Dice que Malcolm se ha puesto en contacto con él, que está reuniendo gente para atacar el Inverness.

—Vaya —dijo Macbeth, reclinó la cabeza sobre el pecho de Lady y cerró los ojos—. D... dile que se vaya.

—No quiere, señor.

Macbeth suspiró profundamente, se puso en pie y alargó la mano.

—Déjame la pistola que te di, Jack.

Bajaron a la recepción, donde el chaval daba vueltas muy nervioso. Ya desde la escalera Macbeth le apuntó con la pistola.

—¡Fuera!

—Director... —tartamudeó el chico.

—¡Fuera! Te manda Malcolm para matarme y vas a salir de aquí.

—No, no... yo...

—¡Ahora! Contaré hasta tres.

El joven se tambaleó hacia atrás, encontró el picaporte de la puerta de salida pero estaba cerrada.

—¡Dos!

Jack se abalanzó con la llave y ayudó al chico a abrir.

—¡Tres!

La puerta se cerró de golpe tras el joven. Oyeron sus pasos perdiéndose a la carrera.

—¿De verdad cree que él...?

—No —dijo Macbeth devolviéndole la pistola a Jack—. Pero un niño como ese nos habría estorbado.

—Son pocos, y es de la edad de Olafson, señor.

—¿Has hecho lo que te pedí, Jack?

—Estoy en ello, señor.

—Avísame cuando hayas acabado, estaré en la sala de juego.

Macbeth abrió las puertas dobles del casino. La noche envejecía, se tornaba gris tras los ventanales del este.

El sol seguía oculto tras las montañas, mas había mandado un aviso rojo de su llegada. Lennox pensó que nunca antes había visto un amanecer tan hermoso en la ciudad. O tal vez sí, pero no se había fijado. O quizá la morfina lo coloreara todo más que el sol. Las calles estaban decoradas con botellas rotas, restos de vómito apestoso y colillas tras una animada noche de sábado. No se veía a nadie, solo a un hombre bajito con uniforme negro de marino y gorra blanca que pasó con prisa por su lado. Ahora que iba a decidirse el destino de la ciudad, todos los demás dormían, metidos en sus camas, tapados hasta la cabeza con el edredón. A pesar de todo, la ciudad nunca le había parecido tan hermosa.

Lennox miró la manta de cuadros con que Priscilla le había cubierto las piernas. Se acercaban al modesto acceso este de la estación central. Notó que la silla iba más despacio, que ella dudaba a sus espaldas. Supuso que nunca antes había estado allí.

—No hay nada que temer, Priscilla. Solo quieren vender droga, o comprarla.

Vio que la sombra que proyectaba la farola se alargaba tras él. Aumentó la velocidad.

Había ido a recogerlo mientras todavía era de noche, como habían acordado, antes de que los pasillos estuvieran llenos de enfermeros y médicos y trataran de detenerlos. También había traído las cosas del despacho que le había pedido. No necesitó convencerla ni darle explicaciones, ella hizo lo que le pidió, sin más, a pesar de que oficialmente ya no era su jefe.

—De acuerdo —había dicho—. Tú siempre serás mi jefe. Y Macbeth no

seguirá siendo el director de la policía, ¿verdad que no?

—¿Por qué no?

—Está loco, ¿verdad que sí?

Pasaron por delante de los camellos que esperaban fumando y los yonquis que dormitaban sobre sus mantas de lana y alargaban una mano de manera instintiva.

Priscilla no se detuvo hasta que llegaron a las escaleras del baño.

Allí solían recogerle. Solo había que colocarse en ese sitio y aparecían. Lennox nunca había entendido adónde lo llevaban, porque no se conformaban solo con ponerle las gafas opacas, sino también unos cascos para que no pudiera deducir nada de los ruidos del entorno.

Era una parte de su acuerdo. Cuando necesitaba un auténtico viaje, uno de esos que no podía hacer en casa o por la noche en la oficina sin arriesgarse a que lo descubrieran, lo llevaban a la cocina, donde preparaban la poción. Allí le daban la sustancia más pura que podía conseguirse, inyectada por expertos. Le colocaban en un sillón reclinable, como se hacía antes en los fumaderos de opio, y después de dormirla en un entorno seguro, uno podía salir a la ciudad como una persona renovada, temporalmente mejor.

De una manera que nunca más podría experimentar.

Sintió lo indefenso que estaba cuando Priscilla lo había desconectado de todos los tubos y cables y había maniobrado para sentarle en la silla de ruedas. Se había convertido en un inútil. Lo poco que podía esperarse de él.

—Vamos —dijo él.

—¿Qué? ¿Nos vamos?

—Tú te vas.

—¿Quieres decir que te deje aquí, sin más?

—Todo irá bien. Te llamaré. Ahora vete.

Seguía allí de pie.

—Es una orden, Priscilla. —Sonrió—. De quien siempre será tu jefe.

Ella suspiró. Posó con cuidado la mano sobre su hombro y se marchó.

Pasaron menos de diez minutos y Strega apareció frente a él cruzada de

brazos.

—Vaya —se limitó a decir.

—Lo sé —dijo Lennox—. Es indecentemente temprano.

Ella soltó una carcajada.

—Estás de buen humor para haber acabado en una silla de ruedas. ¿Qué desea el caballero?

—Algo para los dolores y una hora en la tumbona.

Ella le tendió las gafas y los auriculares.

—Mis piernas ya no son lo que eran, así que es posible que necesites ayuda para llevarme hasta allí.

—¿A un peso pluma como tú?

—Tengo que llevar la silla de ruedas.

—En ese caso, tendremos que saltarnos el viaje en coche —repuso ella.

Empujó la silla. Los dolores habían ido y venido todo el tiempo, pero cuando unos minutos más tarde lo sacó de la silla y le dejó caer sobre lo que parecían guijarros, le dolió tanto que lloró. Sintió los brazos musculosos de Strega a su alrededor, su olor casi abrumador. Cuando consiguió volver a sentarlo en la silla, empezó a empujarlo por la gravilla. Por cada metro que avanzaba la silla de ruedas franqueaba algo. Oía a alquitrán y metal quemado. Traviesas. Le llevaban por una especie de vía de tren.

¡Cómo no se había dado cuenta antes! Las otras veces habían ido en coche, no muy lejos, pero en círculo, de vuelta al punto de partida en la estación central. Siempre había sabido que estaban bajo techo, puesto que no notaba la lluvia, pero que la cocina de la poción estuviera en uno de los túneles clausurados, ¡debajo de sus narices! Gimió sin fuerzas cuando Strega lo levantó y lo dejó con la mejilla apoyada en algo frío, húmedo. Hormigón. Volvió a sentarlo en la silla y la empujó. Más calor, menos humedad. Se acercaban a la cocina, los olores tan fáciles de reconocer activaron algo en su cerebro que hizo que su corazón se acelerara, como un aperitivo de la dosis. Alguien le quitó las gafas y los cascos y pudo oír el final de la frase de Strega.

—... lavar los restos de sangre.

—Bien —dijo una de las hermanas que removía en la gran marmita.

Strega iba a pasarle a la butaca, pero Lennox le indicó que no con la mano y se subió la manga izquierda. Poción directa de la fuente. No podía ser mejor. El paraíso de un adicto a las drogas. Allí es donde iba. O no. Lo vería. O no.

—¿Ese no es Lennox, de Anticorrupción? —dijo Jack. Estaba junto al espejo ciego mirando hacia la cocina y al hombre de la silla de ruedas.

—Sí —contestó Hekate. Vestía un traje de lino blanco y sombrero—. No basta con tener ojos y oídos solo en el Inverness.

—¿Lo oíste por la radio acusar a Macbeth de asesinato? ¿No sabe que Macbeth es tu instrumento?

—Nadie sabe más de lo que les resulta necesario. Tampoco tú, Bonus. Pero volvamos al asunto. Lady se ha quitado la vida, ¿dices que Macbeth parece estar más paralizado que alterado?

—Así lo interpreto.

—Mmm... Si Tourtell declara el estado de excepción, ¿crees que Macbeth, en su estado de ánimo actual, será capaz de tomar el poder, hacer lo que haya que hacer, erigirse como el cabecilla de la ciudad?

—No lo sé. Parece que está... que le trae sin cuidado. Como si nada tuviera ya importancia. O eso, o se cree invulnerable, piensa que seguirás salvándole pase lo que pase.

—Mmm... —Hekate golpeó el suelo con el bastón dos veces—. Sin Lady el valor de Macbeth como director de la policía disminuye.

—Seguirá obedeciendo.

—Puede que se haga con el poder ahora, pero sin ella no será capaz de mantener el control por mucho tiempo. Era ella quien entendía el juego, las líneas maestras, comprendía qué maniobras hacían falta. Macbeth puede lanzar dagas, pero alguien tiene que explicarle por qué y a quién.

—Yo podría ser su nuevo consejero —propuso Jack—. Estoy ganándome su

confianza.

Hekate se echó a reír.

—No consigo decidir si solo eres un lenguado que come fango o si en realidad eres un pez astuto y voraz, Bonus.

—Lo que queda claro es que soy un pez.

—Incluso en el caso de que pudieras remediar su incapacidad para gobernar, dudo de su voluntad. Le falta el afán de poder de Lady, desea esas cosas de las que ni tú ni yo nos hemos hecho dependientes, querido Bonus.

—¿Poción?

—Lady. Mujeres. Tal vez amigos. Ya sabes, ese amor entre las personas. Ahora que Lady ha muerto, ya no le mueve el deseo de satisfacer su deseo de poder.

—Lady también necesitaba amor —dijo Jack con voz queda.

—El deseo de ser amado, la capacidad de amar dan fuerza a la gente, a la vez que es su talón de Aquiles. Dales la esperanza de tener amor y moverán montañas; quítaselo y un soplo de brisa los tumbará.

—Puede ser, puede ser...

—Si derriba a Macbeth, ¿qué te parece ese como director de la policía?

Hekate señaló con un movimiento de la cabeza el cristal tras el que una de las hermanas frotaba el antebrazo izquierdo de Lennox con una toallita empapada en alcohol y buscaba una vena mientras levantaba la jeringuilla en el aire.

—¿Lennox? ¿Lo dices en serio?

Hekate chasqueó la lengua.

—Es el hombre que ha hecho caer a Macbeth. El héroe que ha sacrificado sus piernas para salvar al alcalde de la ciudad. Y nadie sabe que Lennox trabaja para mí.

—Pero Malcolm ha vuelto. Todo el mundo sabe que Lennox estaba al servicio de Macbeth.

—Lennox obedecía órdenes, como debe hacerlo un policía leal. Los Malcolm y los Duff pueden volver a desaparecer. Roosevelt ganó una guerra mundial

desde una silla de ruedas. Sí, creo que podría colocar a Lennox en el despacho de director de la policía. ¿O qué?

Jack observaba a Lennox. No respondió.

Hekate se rio y puso una gran mano blandengue sobre el hombro estrecho de Jack.

—Sé lo que estás pensando, lenguado. ¿Qué pasará contigo? ¿A quién le serás útil si Macbeth desaparece? Así que esperemos que aguante la tormenta, ¿no? Anda, deja que te abra la puerta.

Jack echó una última mirada a Lennox, luego se dio la vuelta siguiendo a Hekate hacia la puerta del baño y la estación central.

—Espera —dijo Lennox cuando la hermana acercó la aguja a su piel. Metió la mano derecha en el gran bolsillo lateral de la silla de ruedas y tiró del cordón del final de la anilla—. Ahora —dijo.

Ella introdujo la aguja y apretó el émbolo mientras él sacaba la mano del bolsillo, balanceaba el brazo por el lateral de la silla de ruedas y soltaba. Lo que Priscilla había traído del despacho apenas hizo ruido al deslizarse por el suelo de cemento y desaparecer debajo de la mesa de los tubos de ensayo, los alambiques y las mangueras de la marmita.

—Eh, ¿qué era eso? —preguntó Strega.

—Según mi abuelo, una granada que le cayó en la cabeza —dijo Lennox sintiendo la marea, que nunca volvería a ser la de la primera vez, pero que le hacía retorcerse de placer. Que era, después de tantos años de búsqueda, lo más cerca que había llegado a estar del sentido de la vida. Si es que no era ese. El punto final—. Pero puede que sea un Stielhandgranate 24. O un cenic... —No pudo decir más.

Jack había subido la mitad de la escalera cuando la explosión lo lanzó de cabeza hacia delante. Se levantó y se giró hacia el cuarto de baño. La puerta había reventado, salía humo. Esperó. Como no hubo más explosiones, bajó despacio al

baño. El cubículo y la puerta que daban a la cocina habían desaparecido. En el interior todo estaba en llamas; bajo el resplandor vio que todo estaba destruido. Que la cocina y los que habían estado en ella ya no existían. Cinco segundos antes él mismo...

—Bonus...

La voz estaba cerca, frente a él. De allí, por debajo de la puerta de acero, salió arrastrándose. Una cucaracha aplastada con un traje blanco de lino. La cara blanda estaba manchada de mierda y sus ojos, negros del miedo.

—Ayúdame...

Bonus agarró las manos del viejo y tiró de él por el suelo, hacia la puerta del baño. Cuando le dio la vuelta vio que estaba destrozado. Tenía el vientre abierto, la sangre salía a borbotones. Hekate, el inmortal, la Mano Invisible, no podían quedarle muchos minutos, segundos, de vida. Tanta sangre... Jack le dio la espalda.

—Date prisa Jack, busca algo con lo que puedas...

—Tengo que buscar a un médico —dijo Jack.

—No, algo con lo que tapar la herida antes de que me vacíe.

—Necesitas un médico, me daré prisa.

—No me dejes, Jack. Jack, no... —El cuerpo que tenía delante se tensó de pronto y lanzó un alarido.

—¿Qué...?

—El ácido del estómago. Algo perforado. ¡Dios mío, me quemo! Socorro, ¡Jack! Soc... —El grito se convirtió en un alarido afónico.

Jack lo contempló sin moverse. Parecía una cucaracha tumbado allí de espaldas, moviendo los brazos y las piernas, indefenso.

—¡Enseguida vuelvo! —dijo Jack.

—¡No! ¡No! —gritó Hekate intentando cogerle por las piernas.

Jack se zafó, dio media vuelta y se marchó.

Al llegar al final de la escalera se detuvo, miró hacia la izquierda, hacia el oeste, hacia el Inverness. Hacia Macbeth. Hacia el St Jordi. En la sala de espera

había un teléfono. Se volvió hacia el este. Hacia la montaña. Hacia el otro lado. Hacia nuevos caladeros. Caladeros abiertos y peligrosos. Pero esas eran las decisiones que a veces un hombre, un pez rémora, tenía que tomar para sobrevivir.

Jack respiró hondo. No porque dudara, sino porque necesitaba aire.

Luego se encaminó al este.

Sobre la cabeza de Macbeth murmuraban y cantaban los cristales. Levantó la mirada. La araña de cristal oscilaba de un lado a otro y tiraba de las cuerdas que la sostenían.

—¿Qué ha sido eso? —berreó Seyton desde el entresuelo, detrás de la metralleta Gatling en el rincón sureste del casino.

—El fin del mundo —dijo Macbeth y añadió en voz baja, para sí mismo—: Eso espero.

—¡Venía de la estación! —gritó Olafson desde la metralleta del suroeste—. ¿Ha sido una explosión?

—¡Yuju! —aulló Seyton—. Vienen con artillería.

—¿Sí? —dijo Olafson asustado.

La risa de Seyton resonó entre las paredes. Al preparar la defensa del Inverness, era fácil suponer que el ataque llegaría de la plaza de los Trabajadores, puesto que la cara tapiada y sin ventanas que daba a la calle Nøisomhed era un auténtico fuerte.

—Noto el sabor de tu miedo desde aquí, Olafson. ¿Tú también lo percibes allí abajo, jefe?

Macbeth bostezó.

—Casi no soy capaz de recordar el sabor del miedo, Seyton.

Se frotó la cara con fuerza. Por un instante se había dormido y soñado que estaba tumbado junto a Lady cuando la puerta se abrió sin hacer ruido. La figura que apareció en el umbral llevaba una capa con una capucha tan amplia que hasta que entró y la luz cayó sobre él no pudo ver que se trataba de Banquo. Le

faltaba un ojo, gusanos blancos salían retorciéndose de dentro de sus mejillas y su frente. Macbeth se metió la mano en la chaqueta, sacó una daga de la doble funda del hombro y la lanzó. Penetró en la frente de Banquo con un golpe blando, como si el hueso ya estuviera carcomido. Pero eso no detuvo al fantasma, que siguió acercándose a la cama. Macbeth había gritado y agitado a Lady.

—Está muerta —dijo el fantasma—. Y tienes que tirar plata, no acero.

No era la voz de Banquo, era...

La cabeza de Banquo cayó, rodó por el suelo, debajo de la cama y la cara de Seyton se rio de él desde el interior de la capucha.

—¿Qué quieres? —había susurrado Macbeth.

—Lo mismo que tú, jefe. Darle un hijo. Mira, ¿lo ves? Me está esperando.

—Estás loco.

—Confía en mí. No es mucho lo que quiero en compensación.

—Está muerta. Apártate.

—Todos estamos muertos. Hazlo, planta tu semilla. Si no lo haces tú, dejaré yo mi semen.

—¡Lárgate!

—Muévete, Macbeth, la tomaré como Duff tomó a Meredi...

La segunda daga le dio a Seyton en la boca abierta. Apretó los dientes, agarró la daga por el mango, lo partió y se lo devolvió a Macbeth. Enseñó la lengua ensangrentada y partida y se rio.

—¿Han dicho algo en la radio?

Macbeth dio un respingo. Era Seyton, que había gritado.

—¡Nada! —dijo Macbeth, y frotándose la cara con fuerza subió el volumen de la radio—. Todavía faltan veinte minutos para que salga el sol. —Observó la línea blanca de polvo muy fino en el espejo que había dejado sobre el tapete. Miró su rostro. La raya de power cruzaba la superficie brillante como una cicatriz.

—¿De verdad que mataremos al chico? —gritó Olafson.

—¡Sí, Olafson! —gritó Seyton—. Somos hombres, no viejas cotorras.

—Pero... ¿y después? Entonces no nos quedará con qué negociar.

—¿Eso te suena a algo, Olafson? —Volvieron a llegarle risas del extremo sureste.

—No tenemos nada que temer —dijo Macbeth.

—¿Qué dices, jefe?

—No ha nacido el hombre que pueda hacerme daño. Hekate ha prometido que seré director de la policía hasta que *Bertha* venga a buscarme. Se podrán decir muchas cosas de Hekate, pero cumple su palabra. Tranquilo. Tourtell se rendirá.

—Macbeth observó a Kasi, que miraba al frente en silencio, atado a la columna —. ¿Qué pinta tiene todo, Seyton?

—Se ha reunido gente arriba, junto a *Bertha*. Parecen policías corrientes y civiles. Unas pocas metralletas, rifles y pistolas. No serán un gran problema si atacan con eso.

—¿Ves a alguien con guardapolvo gris?

—¿Guardapolvo gris? No.

—¿Y en tu sector, Olafson?

—Por aquí tampoco hay ninguno, jefe.

Macbeth sabía que estaban allí, que lo protegían.

—¿Has oído hablar de Titón, Seyton?

—Pues no. ¿Quién es?

—Un griego del que me habló Lady. Lo busqué. Eos era como una diosa del amanecer. Se hizo con un joven amante, un tipo corriente que se llamaba Titón. Se ocupó de que el jefe en persona, Zeus, le diera vida eterna, como a ella. El tío no lo pidió, se lo impusieron. Pero la diosa se había olvidado de encargarle también eterna juventud. ¿Entiendes?

—Puede que lo entienda, pero no veo la moraleja.

—Todo desaparece, todos los demás mueren, pero ahí sigue Titón

podriéndose de vejez y soledad. No le han regalado nada, al contrario, su vida eterna es una jodida maldición.

Macbeth se levantó tan deprisa que se mareó. Era por la tristeza y la resaca de la droga, no era más que eso. Tenía una ciudad a sus pies, pronto sería suya sin remedio, solo suya, podría exigir que cumplieran su más mínimo deseo. Únicamente tenía que preocuparse de sus deseos y satisfacciones. Deseos y satisfacciones.

Duff pasó el dedo por la grieta que se abría en el zócalo, bajo el morro de *Bertha*. Oyó la voz de Malcolm.

—Perdón, ¡dejen pasar!

Alzó los ojos y vio a Malcolm abriéndose camino entre la gente hasta arriba de la escalinata.

—¿Vosotros también lo habéis notado? —preguntó sin aliento.

—Sí —dijo Caithness—. Creí que iba a caerse el techo. Parecía como si estuvieran probando explosivos bajo tierra.

—O un terremoto —dijo Duff señalando la grieta.

—Por lo visto se ha presentado más gente que la que había invitado —dijo Malcolm mirando a los congregados al pie de la escalinata, tras la barrera de coches patrulla y un gran camión de bomberos rojo—. ¿Todos estos son policías y bomberos?

—No —dijo un hombre que había subido por la escalinata.

Malcolm miró su uniforme negro.

—¿Capitán de barco?

—Práctico del puerto —dijo el hombrecillo—. Fred Ziegler.

—¿Qué hace aquí un práctico?

—Oí a Kite por la radio anoche, hice unas llamadas y me llegaron rumores de lo que iba a ocurrir. ¿Qué puedo hacer?

—¿Tienes armas?

—No.

—¿Sabes disparar?

—Estuve diez años en la Marina.

—Bien. Habla con aquel hombre que ves allí abajo en uniforme de policía, él te conseguirá un rifle.

—Gracias. —El práctico se llevó la mano a la gorra blanca a modo de saludo y se marchó.

—¿Qué dice Tourtell? —preguntó Duff.

—Capitol está informada sobre el rehén —dijo Malcolm—. No pueden ayudarnos hasta que se emita esta tarde la orden de arresto.

—Pero ¡por Dios! Aquí hay vidas en juego.

—Una vida. Eso no justifica una intervención federal salvo que lo pida el director de la policía.

—¡Mierda de política! ¿Dónde está Tourtell? —Duff miró hacia el este. Junto a la montaña el cielo azul pálido iba adquiriendo un tono cada vez más rojizo.

—Ha ido a la radio —dijo Caithness.

—Va a declarar el estado de excepción —terció Malcolm—. Tenemos que atacar a Macbeth ahora, mientras todavía estemos actuando bajo las órdenes del alcalde de la ciudad. En cuanto se declare el estado de excepción, seremos amotinados sin ley y ninguno de estos querrá seguirnos —dijo, y señaló a los presentes.

—Macbeth se ha atrincherado —dijo Caithness—. Se perderán vidas humanas.

—Sí. —Malcolm se llevó el megáfono a los labios—. ¡Hombres y mujeres de ley! ¡Formen!

Los presentes se agolparon tras los coches aparcados al pie de la escalinata. Apoyaron sus armas en los techos de los vehículos, muretes, se pusieron a cubierto tras el Sonderwagen blindado de la Guardia Real y un gran camión de bomberos rojo y apuntaron hacia el Inverness.

Malcolm dirigió el megáfono en esa misma dirección.

—¡Macbeth! Soy Malcolm, el subdirector de la policía. Tú sabes, y nosotros

también, que estás en una situación imposible, que lo máximo que puedes conseguir es aplazar lo inevitable. Así que libera al rehén y entrégate. Te doy un minuto, repito, un minuto.

—¿Qué ha dicho? —gritó Seyton.

—Me da un minuto —dijo Macbeth—. ¿Lo ves?

—Sí, está en lo alto de la escalinata.

—Olafson, coge el rifle y ciérrale el pico a Malcolm.

—¿Quiere decir...?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir.

—¡Ave, jefe! —rio Seyton.

—Escucha —dijo Macbeth.

Duff miraba alternativamente los montes, su reloj y a los hombres que le rodeaban. Movían nerviosos los codos y hombros. Cambiaban de postura porque las rodillas y las pantorrillas les temblaban. Salvo los seis voluntarios de la Guardia Real y algunos de los policías, era gente que, con trabajos corrientes en oficinas y estaciones de bomberos, nunca habían disparado contra un ser humano. Y tampoco les habían disparado. Sin embargo habían venido. Estaban dispuestos, con todas sus limitaciones, a sacrificarlo todo. Los tres últimos segundos de la cuenta atrás.

No sucedió nada.

Duff intercambió una mirada con Malcolm y se encogió de hombros.

Malcolm suspiró y se llevó el megáfono a la boca.

Duff apenas oyó el impacto.

Malcolm se tambaleó hacia atrás y el megáfono cayó al suelo con un ruido metálico.

Duff y Fleance reaccionaron a la vez, lanzándose sobre Malcolm y tirándolo a tierra mientras le protegían con sus cuerpos. Duff buscó hemorragias y el pulso.

—Estoy bien —gimió Malcolm—. Estoy bien, levantaos, solo le ha dado al

megáfono.

—¡Cuando dijiste que le cerrara el pico creí que querías decir para siempre, jefe! —gritó Seyton—. Ahora creerán que somos débiles.

—Error —replicó Macbeth—. Ahora entienden que lo decimos en serio, pero que no estamos locos. Si hubiéramos matado a Malcolm les habríamos dado una excusa para asaltarnos en nombre de la justicia. Así seguirán dudando.

—Creo que nos asaltarán de todas formas —dijo Olafson—. Mirad, nuestro propio Sonderwagen, viene hacia aquí.

—Bien, eso es otra cosa, un director de la policía tiene derecho a defenderse. ¿Seyton?

—¿Sí?

—Deja que les hable la señorita Gatling.

Duff se asomó detrás de *Bertha* y siguió con la mirada el tosco vehículo blindado llamado Sonderwagen que cruzaba la plaza hacia el Inverness. El tubo de escape soltaba un humo denso y negro de gasoil. Ingeniería alemana, placas de acero, cristales antibalas. El plan de Ricardo seguía la táctica habitual de las tropas de asalto. Los seis voluntarios de la Guardia Real iban a dirigirse a la entrada principal, lanzarían gas lacrimógeno por las ventanas, derribarían la puerta y tomarían el edificio equipados con máscaras antigás. El punto crítico se produciría cuando estuvieran lo bastante cerca como para disparar el gas lacrimógeno, pues para hacerlo tendrían que bajar del vehículo. En principio no debía llevarles más que unos segundos, pero durante ese tiempo necesitarían que los cubrieran con fuego amigo.

La radio de Malcolm crepitó y oyeron la voz de Ricardo:

—Fuego amigo en tres, dos, uno...

—¡Fuego! —berreó Malcolm.

Sonó como un redoble de tambor cuando las armas empezaron a disparar

desde la barrera de coches. A Duff le pareció que era un tambor demasiado pequeño. Un rugido que aumentaba por momentos lo ahogó desde el otro lado.

—¡Dios santo! —susurró Caithness.

Al principio pareció que un chubasco levantaba el polvo de los adoquines frente al Sonderwagen. Luego impactó sobre la parrilla, el capó, el parabrisas y el techo con un cacareo. Dio la sensación de que el vehículo doblaba un poco las rodillas y descendía.

—Los neumáticos —dijo Fleance.

El acorazado siguió avanzando, pero más despacio, como si se enfrentara a un huracán.

—Saldrá bien. Es un vehículo acorazado —dijo Malcolm.

El vehículo avanzaba cada vez más lentamente. Hasta que se detuvo del todo. Los retrovisores y los parachoques salieron volando.

—Era un coche acorazado —comentó Duff.

—¿Ricardo? —gritó Malcolm por la radio—. ¡Retirada!

No hubo respuesta.

El coche parecía bailar.

La ráfaga cesó de manera repentina. La plaza se sumió en el silencio, que solo se vio interrumpido por los chillidos quejumbrosos de una gaviota que pasó volando sobre sus cabezas. Del coche salía humo, como un vapor rojo.

—¡Ricardo! ¡Responde, Ricardo!

Nada. Duff tenía la mirada clavada en el coche, en el naufragio. No había ninguna señal de vida. Y ahora supo cómo había sido todo. Aquella tarde en Fife.

—¡Ricardo!

—Están muertos —dijo Duff—. Todos muertos.

Malcolm lo observó de reojo.

Duff se pasó la mano por la cara.

—¿Cuál es nuestro siguiente movimiento?

—No lo sé, Duff. Este era nuestro movimiento.

—El coche de bomberos —propuso Fleance.

Los demás miraron al chico.

Se encogió, por un momento dio la impresión de que se tambaleaba bajo el peso de su atención conjunta.

—Tenemos que usar el camión de bomberos —dijo al fin, enderezándose y con la voz levemente vibrante.

—No resistirá —objetó Malcolm.

—No, pero podemos llevarlo a la parte de atrás, a la calle Nøisomhed. —Fleance hizo una pausa para tragar saliva—. Ya habéis visto que dispararon al vehículo con las dos metralletas —prosiguió—, eso significa que no tienen cubierta la parte de atrás.

—Porque saben que no podemos entrar por ahí —dijo Duff—. No hay ni puertas ni ventanas, solo un muro y para atravesarlo haría falta un potente martillo hidráulico o artillería pesada.

—Atravesar no —dijo Fleance, con voz más firme.

—¿Alrededor? —preguntó Duff.

Fleance señaló al cielo con el índice.

—¡Claro! —exclamó Caithness—. Coche de bomberos.

—Soltadlo ya, ¿qué es tan evidente? —rezongó Malcolm mirando de reojo la montaña.

—La escalera —dijo Duff—. La azotea.

—¡Están moviendo el camión de bomberos! —gritó Seyton.

—¿Por qué? —Macbeth bostezó. El chico estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Tranquilo y silencioso, parecía haberse resignado a su suerte y solo esperaba el final. Como Macbeth.

—No lo sé.

—¿Qué dices tú, Olafson?

—No lo sé, jefe.

—¡Pues en ese caso...! —gritó Macbeth.

Había sacado la daga de plata y afilado una cerilla. Se la metió entre los dientes. Dejó la daga sobre el tapete. Cogió un par de fichas, empezó a pasárselas entre los dedos de las dos manos. Lo había aprendido en el circo, era un ejercicio para igualar la motricidad de la mano derecha y la izquierda. Chupó la cerilla, deslizó las fichas intentado notar qué sentía. Nada. Intentó fijarse en qué estaba pensando. No pensaba en Banquo, ni en Lady. Solo pensaba que no sentía nada.

Luego pensó una cosa más: ¿por qué? ¿Por...?

Meditó un rato.

Luego cerró los ojos y empezó la cuenta atrás desde el diez.

—Esta escalera no es como la de un pintor, se moverá más cuanto más subamos —le dijo el hombre que vestía el uniforme de práctico a Fleance y a los otros dos que se habían presentado voluntarios—. Solo tenéis que mover una cosa cada vez, una mano, después un pie. No hay nada que temer.

El práctico bostezó con ganas, esbozó una sonrisa, agarró la escalera y subió deprisa.

Fleance miraba al hombre menudo deseando tener tan poco miedo como él. La calle Nøisomhed estaba vacía, salvo por el camión de bomberos con la escalera de quince metros de altura que ascendía por la pared sin ventanas.

Fleance siguió al práctico y, cosa extraña, su temor menguaba con cada travesaño que subía. Lo peor ya había pasado. Había hablado. Le habían escuchado. Habían asentido y dicho que entendían. Luego se habían sentado en el camión de bomberos y se habían dirigido al este desde la estación central, dando un largo rodeo por las desiertas calles de domingo para llegar a la trasera del Inverness sin ser vistos.

Fleance levantó la vista y vio al práctico que hacía señas de que el campo estaba despejado.

Habían repasado los planos del casino con tanto detalle la noche anterior que sabía exactamente dónde estaba cada cosa. En la azotea había una puerta, que

daba a una estrecha pasarela que bajaba hacia un cuarto de calderas desde donde otra puerta daba acceso al pasillo de la planta alta del hotel. En el pasillo se dividirían: dos hombres bajarían por la escalera orientada al norte y los otros dos por la del sur. Las dos llevaban al entresuelo. Al cabo de unos segundos abrirían fuego desde la estación central y harían que la atención de las metralletas se centrara en la plaza de los Trabajadores. Así encubrirían el ruido que pudieran hacer Fleance y los otros tres, que se aproximarían con sigilo por detrás y acabarían con cada uno de los que manejaban las metralletas. Los tres voluntarios habían sincronizado su reloj con el de Fleance, sin protestar porque dirigiera la operación un alumno de la Academia de Policía. El estudiante parecía saber bastante de operaciones como aquella. ¿Qué le había dicho su padre? «Y si tus análisis son mejores, debes mandar, es tu maldita obligación para con el bien común.»

Fleance oyó que empezaban a disparar desde la estación.

—Seguidme.

Se acercó a la puerta de la azotea y tiró de ella. Estaba cerrada. Como era de esperar. Hizo un gesto a uno de los policías, un tipo de Tráfico, que metió una palanca entre la puerta y el marco y se volcó sobre ella. La cerradura se partió al instante.

Dentro estaba oscuro, pero Fleance sintió el calor que subía del cuarto de calderas. Uno de los policías, un tipo de cabello blanco de la sección de Delitos Económicos, quiso pasar delante, pero Fleance se lo impidió.

—Seguidme —susurró pasando por encima del grueso umbral metálico de la puerta. Intentó sin éxito distinguir algo en la oscuridad y tuvo que bajar la metralleta mientras buscaba a tientas la barandilla de la escalera. Los escalones metálicos resonaron cuando dio un prudente primer paso hacia el siguiente travesaño. De repente, algo lo deslumbró. Se quedó paralizado.

Alguien había encendido una linterna desde abajo y la apuntaba hacia su cara.

—Pum —dijo una voz tras la luz—. Estáis muertos.

Fleance sabía que estaba en la línea de tiro de los tres hombres que le seguían.

Sabía que a él no le daría tiempo de levantar la metralleta y disparar. Porque sabía de quién era esa voz.

—¿Cómo has sabido...?

—Pensé: ¿por qué? ¿Por qué mover un camión de bomberos cuando no se oye ninguna alarma de incendios? —La voz soltó una risita en la oscuridad—. Veo que todavía llevas mis zapatos. —El tío Macbeth parecía borracho—. Escucha Fleance, hoy vas a tener la oportunidad de salvar vidas. La tuya y la de los tres amotinados que llevas contigo. Dad marcha atrás y volved a las barreras policiales. Tenéis más posibilidades de atraparme desde allí.

Fleance movió la lengua, intentando humedecerse la boca.

—Tú mataste a papá.

—Puede ser —rezongó la voz—. O tal vez fueran las circunstancias. O tal vez fueran las ambiciones de Banquo hacia su familia. Pero probablemente... — durante la pausa se oyó un profundo suspiro—, fuera yo. Ahora vete, Fleance.

Por la mente de Fleance pasaron todas las peleas de mentira que había tenido con el tío Macbeth en el suelo del salón de casa, cuando dejaba que Fleance le aventajara para darle la vuelta y tumbarle en el último segundo. No era por la fuerza de su tío, sino la rapidez y la precisión. Pero ¿estaba muy borracho? ¿Cuánta más destreza había adquirido Fleance? Tal vez tuviera una oportunidad a pesar de todo. Si se daba prisa puede que pudiera dispararle. Salvar a Kasi. Salvar la ciudad. Vengar...

—No lo hagas, Fleance.

Demasiado tarde, pues Fleance ya había levantado la metralleta y el sonido de una breve salva martilleó los tímpanos de los cinco que se encontraban en la hermética sala de calderas.

—¡Ah! —gritó Fleance.

Luego cayó de cabeza por la escalera.

No sintió nada al impactar contra el suelo, nada antes de volver a abrir los ojos. No veía nada, solo sintió una mano sobre la mejilla y una voz en su oído.

—Te dije que no lo hicieras.

—¿D... dónde están...?

—Se marcharon, como les pedí. Ahora duerme, Fleance.

—Pero... —Sabía que estaba agujereado, que perdía sangre. Tosió y sintió que algo le llenaba la boca.

—Duerme. Da recuerdos a papá cuando llegues y dile que te sigo de cerca.

Fleance abrió la boca, pero cuanto salió por ella fue sangre. Sintió que los dedos de Macbeth tocaban sus párpados, con cuidado, con ternura. Los cerró. Fleance tomó aire como si fuera a bucear. Como había hecho al caer del puente, hacia el fiordo, contra el agua negra, hacia la tumba.

—No —dijo Duff al ver llegar al camión de bomberos desde el este—. ¡No!

Él y Malcolm corrieron hacia el vehículo y cuando se detuvo tiraron de las puertas cada uno desde un lado. El conductor, los dos policías y el práctico bajaron dando tumbos.

—Macbeth estaba esperándonos —gimió el práctico, todavía sin resuello—. Disparó a Fleance.

—¡No, no! —Duff echó la cabeza atrás y cerró los ojos con fuerza. Alguien le puso una mano en la nuca. Una mano conocida. Caithness.

Dos hombres vestidos con el uniforme negro de la Guardia Real llegaron corriendo y se detuvieron frente a Malcolm.

—Se presentan Hansen y Edmunton, señor. Acabamos de oírlo, hemos venido tan pronto como hemos podido. Y enseguida vendrán más.

—Gracias, muchachos, me temo que estamos acabados. —Malcolm señaló. Todavía no se veía el sol, pero la silueta de la cruz cristiana invertida en la cima de la montaña ya reflejaba los primeros rayos —. Ahora todo depende de Tourtell.

—Intercambiamos rehenes —dijo Duff—. Dejemos que Macbeth tenga lo que quiere, Malcolm. A nosotros dos. A cambio de Kasi.

—¿Crees que no lo ha pensado? —dijo Malcolm—. Macbeth nunca cambiaría al hijo del alcalde por calderilla como tú y yo. Si Tourtell declara el estado de

excepción, Kasi se salvará. Tú y yo seremos ejecutados en cualquier caso. Entonces ¿quién dirigirá la lucha contra Macbeth?

—Caithness —dijo Duff—. Y toda esa gente de esta ciudad en la que dices tener tanta fe. Tienes miedo o...

—Malcolm tiene razón —terció Caithness—. Sois más valiosos para esta ciudad si estáis vivos.

—¡Mierda! —dijo Duff, se apartó y fue hacia el camión de bomberos.

—¿Adónde vas? —gritó Caithness.

—Los cimientos.

—¿Qué?

—Tenemos que atacar los cimientos. Eh, ¡jefe de bomberos!

El hombre que había conducido el camión se cuadró.

—Eh, yo no soy...

—¿Tenéis hachas y mazas en el camión?

—Por supuesto.

—¡Mira! —gritó Seyton—. El sol brilla en la cima del Obelisco. ¡El chico va a morir!

—Todos vamos a morir —murmuró Macbeth poniendo una de las fichas sobre el corazón en el fieltro rojo, el otro sobre el negro. Incluyó la cabeza hacia la mano izquierda y cogió la bola que estaba en la ruleta.

—¿Qué pasó en realidad allí arriba, en el tejado? —gritó Seyton.

—¡El chico de Banquo! —gritó Macbeth empujando la rueda, con fuerza—. Me ocupé de él.

—¿Está muerto?

—He dicho que me ocupé del asunto. —La rueda de la ruleta giró ante los ojos de Macbeth, las cifras desaparecieron hasta formar un círculo nítido y continuo. Borroso y, a la vez, tan claro... Había contado hacia atrás para entrar en Situación y allí seguía. La rueda giraba. Esta vez nunca se detendría, esta vez nunca abandonaría el Trance, había cerrado la puerta a su espalda, echado la

llave. La rueda. Girando sin parar hacia un destino desconocido y, a la vez, muy familiar. La casa siempre acaba por ganar.

—¿Qué son esos golpes ahí fuera, Seyton?

—¿Por qué no subes y lo compruebas tú mismo, jefe?

—Prefiero la ruleta. ¿Y bien?

—Han empezado a dar golpes a *Bertha*, la pobre. El sol ha salido, jefe. Lo veo, grande y bonito. El tiempo ha terminado. Vamos a...

—¿Golpean a *Bertha*?

—Al menos la base sobre la que está sujeta. ¡No apartes la vista de la plaza y dispara a todo lo que se acerque, Olafson!

—¡Vale!

Macbeth oyó pasos por la escalera y miró hacia arriba. El tono rojizo de la piel de Seyton era más visible de lo habitual, como si se hubiera quemado al sol. Pasó junto a la mesa de la ruleta, se acercó a la columna junto a la que Kasi estaba sentado, inclinado hacia delante con la cabeza gacha y el pelo largo tapándole la cara.

—¿Quién ha dicho que podías abandonar tu puesto? —preguntó Macbeth.

—Acabo enseguida —dijo Seyton sacando un revólver negro del cinturón, que apoyó en la frente de Kasi.

—¡Para! —dijo Macbeth.

—Dijimos que al segundo, jefe, no podemos...

—¡Te he dicho que pares! —Macbeth subió el volumen de la radio que tenía detrás.

—«... les habla el alcalde Tourtell. Durante la noche, el director de la policía Macbeth me planteó un ultimátum. Recientemente ha sido responsable de varios asesinatos, entre otros el del director Duncan, y ayer por la noche secuestró a mi hijo, Kasi, después de un intento fallido de atentar contra mí. El ultimátum es que mi hijo será asesinado en este momento, a la salida del sol sobre nuestra ciudad, si no declaro el estado de excepción civil para que Macbeth adquiera poderes ilimitados y pueda detener la intervención federal. Pero nosotros no

queremos. Yo no quiero, tú no quieres, Kasi no quiere, esta ciudad no quiere otro dictador. Hombres buenos han sacrificado sus vidas en fechas recientes por esta causa. Y las de sus hijos. Han sacrificado a sus hijos, como lo hicieron esta y otras ciudades durante la Segunda Guerra Mundial cuando nuestra democracia estuvo amenazada. Ahora sale el sol, y Macbeth está junto a la radio esperando el mensaje que confirme que este es su día, que esta ciudad es suya. Este es el mensaje que te mando, Macbeth: cógelo, Kasi es tuyo. Yo lo sacrifico como sé y espero que él me sacrificaría a mí o al hijo que nunca tendrá. Si me oyes, Kasi: Adiós, corazón mío. —La voz de Tourtell se oscureció—. No te amo solo yo, sino toda una ciudad, encenderemos velas sobre tu tumba mientras la democracia sobreviva. —Carraspeó y añadió—: Gracias, Kasi. Gracias, ciudadanos. Este día será nuestro.» —Tras un breve silencio se oyó una grabación añeja de una voz grave y masculina que cantaba: «Dios es nuestro amparo y fortaleza».

Macbeth apagó la radio.

Seyton rio y presionó el gatillo. El percutor se elevó.

—¿Sorprendido, Kasi? Un bastardo no vale mucho para un putero, ya lo sabes. Si me dejas tu alma en este instante, te prometo un tiro indoloro en la cabeza en lugar del estómago. Además de vengarte del putero y sus compinches. ¿Qué me dices, chico?

—No.

—¿No? —Seyton dirigió incrédulo la mirada hacia el lugar de donde procedía la respuesta.

—No —repitió Macbeth—. No vamos a matarlo. Deja el revólver, Seyton.

—¿Y que esos de ahí fuera se salgan con la suya?

—Ya me has oído. No disparamos a gente indefensa.

—¿Indefensos? —bufó Seyton—. ¿Y qué pasa con nosotros, los indefensos? ¿Vamos a permitir que Duff y Malcolm nos meen encima, como han hecho siempre? Tienes intención de cejar en tu empeño precisamente ahora cuando...

—Ese revólver tuyo me está apuntando a mí, Seyton.

—Puede ser. Porque no tengo intención de dejar que detengas el reino que se

aproxima, Macbeth. No eres el único que siente una llamada, yo voy a...

—Sé lo que vas a hacer, y si no dejas ese revólver, eres hombre muerto. O lo que sea, pero muerto, en cualquier caso.

Seyton rio.

—Hay cosas que no sabes de mí, Macbeth, como que no puedes matarme.

Macbeth miró de frente el cañón del revólver.

—Pues hazlo, Seyton. Porque tú eres el único que puedes mandarme con ella. Porque no has nacido, te han fabricado. Fabricado con pesadillas, maldad y todo aquello con ansia de corromper y destruir.

Seyton movió la cabeza y apuntó a la cabeza de Kasi sin apartar la mirada de Macbeth. En ese mismo instante el primer rayo de sol se abrió paso por los grandes ventanales del entresuelo. Macbeth vio a Seyton alzar la mano para hacerse sombra cuando le dio en la cara.

Macbeth tiró hacia el sol, hacia el tronco del árbol de fuera, del otro lado, contra el corazón que tenía grabado. Supo que acertaría, porque había líneas, venas desde las puntas de sus dedos hasta ese corazón.

Se oyó un golpe sordo. Seyton se tambaleó y miró sorprendido el mango de la daga que asomaba por su pecho. Luego dejó caer el revólver y agarró la daga mientras caía de rodillas. Levantó la cabeza y miró a Macbeth con la vista nublada.

—Plata —dijo Macbeth metiéndose la cerilla afilada entre los dientes—. Dicen que funciona.

Seyton cayó hacia delante, su cabeza quedó ante los pies desnudos del chico.

Macbeth colocó la bola de marfil blanco sobre el marco de madera de la ruleta que giraba y la lanzó con fuerza en dirección contraria.

—¡Seguid! —gritó Duff a los hombres que golpeaban con hachas y mazos el frontal de la base, de la que ya habían desprendido grandes trozos de cemento.

De pronto, el pedestal cedió y el eje y el chasis con forma de arado cayeron

con un fuerte estruendo. Duff estuvo a punto de estrellarse en la cabina, pero pudo agarrarse a una palanca. El morro apuntaba hacia abajo pero no se movía.

—¡Vamos!

Nada.

—¡Venga, vieja chocha!

Duff sintió algo bajo sus pies, se había movido. ¿O no? Se oyó un ruido, como un lamento en voz baja. Sí, se había movido, por primera vez en ochenta años *Bertha Birnam* se desplazaba y los quejidos de las piezas metálicas móviles fueron subiendo cada vez más de intensidad, hasta convertirse en un grito de protesta. Años de óxido y leyes sobre la fricción y el movimiento intentaban retenerla, pero la fuerza de la gravedad no se dejaba vencer.

—¡Apartaos! —gritó Duff, tiró de la cinta de la metralleta y tocó la culata del arma de repuesto que se había metido en el cinturón.

Las ruedas de la locomotora giraron, arrancadas de su letargo, giraron despacio sobre sus ocho metros de raíles y bajaron del pedestal. Las ruedas delanteras impactaron sobre el primer escalón, las losetas de piedra estallaron con un estruendo ensordecedor. Por un momento pareció que la locomotora iba a detenerse allí, entonces Duff oyó que el escalón siguiente se rajaba. Y el siguiente. Y supo que nada podría detener a esa masa que aceleraba lentamente.

Duff miraba al frente, pero vio con el rabillo del ojo que alguien saltaba a la locomotora y se ponía a su lado.

—Billete de ida al Inverness, gracias. —Era Caithness.

—¡Jefe! —Era Olafson.

—¿Sí? —La mirada de Macbeth seguía el marfil ronroneante que corría en círculo.

—Creo que... que... viene.

—¿Qué viene?

—El t... tren.

Macbeth levantó la cabeza.

—¿El tren?

—¡*Bertha!* ¡Viene hacia... aquí! Es...

El resto no pudo oírse. Macbeth se levantó. Desde su posición, al fondo de la sala de juego, no podía ver la estación, solo la plaza inclinada frente al gran ventanal. Pero oía. Sonaba como si un monstruo aullante estuviera aplastando algo. Y se acercaba.

En ese momento entraron en su campo de visión.

Tragó saliva.

Bertha se aproximaba.

—¡Fuego!

El subdirector de la policía Malcolm observaba. Porque sabía que pasara lo que pasara en aquel instante, jamás en su vida volvería a ver nada así. Una locomotora que comía piedra y abría su propio rail por la plaza de los Trabajadores. Un medio de transporte que sus antepasados habían construido en hierro, demasiado pesado y sólido para poder retenerlo, con ejes que no se habían oxidado ni secado después de un par de generaciones de abandono; una locomotora que desprendía chispas bajo los proyectiles de las metralletas, que resbalaban como si fueran agua mientras mantenía su rumbo en línea recta hacia el Inverness.

—Ese es un edificio sólido —dijo alguien a su lado.

Malcolm negó con la cabeza.

—Eso solo es un antro de juego —replicó.

—¡Agárrate! —gritó Duff.

Caithness se había sentado en el suelo de hierro con la espalda contra la trasera para evitar las balas rebotadas que ululaban por encima de sus cabezas. Gritó algo con los músculos de la cara tensos y los ojos cerrados.

—¿Qué? —gritó Duff.

—¡Te qu...!

Impactaron contra el Inverness.

Macbeth disfrutó de la visión de *Bertha* que colmó todo el ventanal antes de hacerlo estallar.

Tuvo la sensación de que todo el edificio, el suelo sobre el que estaba sentado, el aire de la estancia, todo se veía empujado hacia atrás cuando la locomotora atravesó la pared y penetró en la sala. El estruendo tapó sus tímpanos como una membrana. La chimenea de la locomotora cortó el entresuelo hacia el este y el morro horadó el suelo. Inverness la había frenado, pero *Bertha* seguía comiendo terreno, metro a metro. Se detuvo a medio metro de él, con la chimenea apoyada en la balaustrada del oeste del entresuelo y el arado vuelto hacia la mesa de la ruleta. Por un instante el silencio fue absoluto. Tintinearón unos cristales. Macbeth supo qué era. *Bertha* había cortado la cuerda que sujetaba la araña de cristal sobre su cabeza. No trató de moverse, ni siquiera levantó la vista. Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que estaba rodeado de cristal de Bohemia antes de que todo se fundiera en negro.

Duff se subió al techo de la locomotora con la metralleta en las manos. Los rayos oblicuos del sol incidían en el polvo que saturaba el aire.

—¡La metralleta del ala norte está desatendida! —gritó Caithness a su espalda—. ¿Qué pasa con...?

—La del sur también está libre —dijo Duff—. Seyton está tirado delante de la mesa de la ruleta con una daga clavada, parece muy muerto.

—Kasi está aquí, por lo visto está bien.

Duff paseó la mirada por lo que una vez fue una sala de juego. Tosió por el polvo. Aguzó el oído. Salvo por el roce de una bolita que daba vueltas frenéticas por la ruleta, el silencio era total. Domingo por la mañana. En unas horas las campanas de la iglesia tañerían. Bajó, pasó por encima del cadáver de Seyton y se acercó a la araña de cristal. Apartó los fragmentos de vidrio de la cara de Macbeth con el sable.

Macbeth tenía los ojos muy abiertos, asombrados, como los de un niño.

La punta de lanza dorada de la araña de cristal se había insertado en su hombro. La herida no sangraba mucho, se contraía rítmicamente, como si mamara de la lámpara.

—Buenos días, Duff.

—Buenos días, Macbeth.

—Ja, ja. ¿Recuerdas que solíamos decírnoslo todos los días al levantarnos, Duff? Tú en la litera de arriba.

—¿Dónde están los demás? ¿Dónde está Olafson?

—Un chico listo, Olafson, que sabe cuándo es hora de largarse. Exactamente igual que tú.

—Tus chicos de la Guardia Real no huyen —dijo Duff.

Macbeth suspiró.

—No, tienes razón. ¿Me creerías si te digo que está detrás de ti y te matará dentro de... bueno, dos segundos?

Duff miró un instante a Macbeth. Luego se giró bruscamente. En la hendidura que había cortado el entresuelo en dos vio un par de siluetas a contraluz en el sol matinal que penetraba por el agujero de la pared del este. Una era una gran armadura medieval. La otra, Olafson, arrodillado con el rifle apoyado en la balaustrada. Quince metros. A esa distancia Olafson podía darle a una moneda de un céntimo.

Se oyó una explosión.

Duff supo que había muerto.

Entonces ¿por qué seguía de pie?

El eco del disparo resonó por la sala.

Macbeth vio a Olafson caer contra la armadura, que se desplazó de lado, entró por el agujero del entresuelo y se estampó contra el suelo. Olafson quedó tumbado con la cara pegada a la balaustrada. Tenía la mejilla aplastada sobre un ojo, el otro cerrado, como si se hubiera quedado dormido encima de su rifle Remington 700.

—¡Fleance! —gritó Caithness.

Duff se volvió hacia el ala norte.

Allí, en el entresuelo donde terminaba la escalera que bajaba de los pisos altos, estaba Fleance. Con la camisa empapada de sangre, parecía aferrarse al rifle, que todavía echaba humo.

—Caithness, llévate a Kasi y a Fleance fuera —dijo Duff—. ¡Vamos!

Duff se dejó caer en la silla, junto a la mesa de la ruleta. La bola había perdido algo de velocidad, el sonido había cambiado.

—¿Qué va a pasar? —gimió Macbeth.

—Esperaremos aquí a que lleguen los demás. Te coserán la herida en el hospital. Prisión provisional. Juicio federal. Hablarán de ti durante años, Macbeth.

—¿Crees que sigues ocupando la litera de arriba, Duff?

Hubo un roce de cristales. Duff alzó la vista. Macbeth había levantado la mano izquierda.

—Sabes que soy rápido como una mosca. Antes de que hayas soltado ese sable y colocado la metralleta tendrás una daga en el pecho, ¿lo sabes?

—Puede ser —dijo Duff. En lugar de miedo sintió que un cansancio inmenso le invadía—. A pesar de todo, perderás, como siempre.

Macbeth se echó a reír.

—¿Por qué?

—Es solo una de esas profecías que se autorrealizan. Siempre has sabido, toda tu vida, que estás condenado a perder al final. Esa certeza ha sido y eres tú, Macbeth.

—Ah, ¿sí? ¿No lo has oído? No ha nacido hombre que pueda matarme. Esa es la promesa de Hekate, me ha demostrado varias veces que la cumple. ¿Sabes qué? Puedo ponerme de pie y marcharme. —Intentó sentarse, pero el peso de la lámpara de cristal le mantuvo pegado al suelo.

—Hekate olvidó contar conmigo cuando te hizo esa promesa —dijo Duff vigilando la mano izquierda de Macbeth—. Puedo matarte, así que quédate donde estás.

—¿Estás sordo, Duff? Estoy diciéndote que...

—¡Yo no he nacido! —bufó Duff.

—¿No has nacido?

—No. Rajaron la tripa de mi madre para sacarme, no nació. —Duff se inclinó y pasó el dedo por la cicatriz de su cara.

Macbeth pestañeó varias veces con ojos de niño.

—¿Tú... tú no habías nacido cuando Sweno la mató?

—Estaba embarazada de mí. Me han explicado que estaba intentando detener la hemorragia de otro de los agentes cuando Sweno hizo un arco con este... —dijo Duff levantando el sable— y le rajó la tripa.

—Y tu cara.

Duff asintió despacio.

—No escaparás a este hombre no nacido, Macbeth. Has perdido.

—Perder y perder. Empezamos teniéndolo todo y vamos perdiéndolo. Creí que eso era lo único seguro. La amnistía de la muerte. Pero resulta que tampoco eso está garantizado. Solo tú puedes darme muerte y mandarme allá donde pueda volver a ver a mi amor, Duff. Sé mi redentor.

—No. Estás arrestado, te pudrirás solo en la cárcel.

Macbeth rio en voz baja.

—No puedo, y tú no podrás evitarlo. Fuiste incapaz de no intentar matarme en el callejón, y no podrás ahora. Porque somos como somos, Duff. El libre albedrío es una ilusión. Así que haz lo que debes. Haz lo que eres. ¿O prefieres que te ayude y diga sus nombres? Meredith, Emilie y...

—Ewan —dijo Duff—. Eres tú quien es incapaz de ser distinto al que serás siempre, Macbeth. Por eso supe que todavía había esperanza para Kasi aunque el sol hubiera asomado por la cima de la montaña. Nunca has podido matar a un hombre indefenso. Serás recordado como más cruel que Sweno, más corrupto que Kenneth, pero son tus buenas cualidades las que te han hundido, tu falta de crueldad.

—Siempre he sido tu reflejo invertido, Duff. Por eso soy tu imagen. Mátame

ya.

—¿Por qué tanta prisa? El lugar que espera a los que son como tú se llama infierno.

—Pues deja que me vaya.

—Si pides perdón por tus pecados quizá te libres.

—He vendido esa posibilidad, Duff. Alegremente, porque deseo volver a ver a mi amada, aunque sea para arder en el mismo fuego por toda la eternidad.

—No. Tendrás un juicio justo y serás sentenciado ni con excesiva dureza ni con demasiada consideración, serás la primera prueba de que esta ciudad puede ser civilizada, puede regenerarse.

—¡Estúpido inútil! —gritó Macbeth—. Te engañas. Crees que piensas lo que quieres pensar, que eres la persona que quieres ser, pero tu cerebro está buscando desesperadamente una razón para matarme mientras estoy aquí tirado, demasiado indefenso, por eso algo en ti se resiste. Tu odio es como esa locomotora. Es imposible detenerlo una vez puesto en marcha.

—Te equivocas, Macbeth. Podemos cambiar.

—¿Sí? Pues prueba el sabor de la daga, hombre libre. —La mano izquierda de Macbeth se lanzó bajo su chaqueta.

Duff reaccionó instintivamente y, aferrando la empuñadura del sable, lo clavó.

Notó con asombro cómo la hoja del sable atravesaba el pecho de Macbeth sin apenas hallar resistencia. Cuando impactó contra el suelo sintió que un temblor partía del cuerpo de Macbeth, recorría el sable y llegaba a él. Los labios de Macbeth se abrieron en un largo gemido, una fina lluvia de sangre rosada salió de su boca y salpicó las manos de Duff, como un cálido rocío. Miró a Macbeth a los ojos; no sabía qué estaba buscando, pero no lo encontró. Cuanto vio fue los restos de una luz que se apagaba mientras sus pupilas aumentaban poco a poco suplantando al iris.

Duff soltó el sable y retrocedió dos pasos.

Se quedó allí, en el silencio.

Domingo por la mañana.

Oyó voces procedentes de la plaza de los Trabajadores, se acercaban.

No quería. Pero sabía que debía hacerlo. Así que lo hizo. Abrió la chaqueta de Macbeth. No había nada, ni funda ni daga, solo un pecho de camisa blanco que se iba coloreando despacio de rojo.

Un sonido intermitente. Duff se volvió. Procedía de la mesa de la ruleta. Se levantó. En el fieltro había una ficha apostada al rojo, bajo el corazón; otra al negro. El ruido procedía de la rueda, que giraba cada vez más despacio. La bolita blanca bailaba entre los números. Se detuvo, atrapada por fin.

En la única casilla verde, que significa que la casa se lo lleva todo.

Que ninguno de los jugadores gana.

Las campanas de la iglesia tañían a lo lejos. El chico tuerto estaba en la sala de espera de la estación central mirando hacia la luz del día. Era una visión extraña. Desde esa sala la vista del Inverness siempre había estado bloqueada por *Bertha*. Ahora la vieja locomotora estaba ensartada en la fachada del casino. Incluso bajo el sol intenso podían distinguirse las sirenas azules de los coches patrulla aparcados, los flashes de los periodistas. La gente se agolpaba tras la barrera policial de la plaza de los Trabajadores. De vez en cuando llegaba una luz del interior del casino también. Debía tratarse de los técnicos de la policía Científica, que estaban sacando fotos a los muertos.

Se había terminado.

El chico se dio la vuelta y se encaminó a los pasillos. Al llegar a la escalera que bajaba a los baños oyó algo. Un aullido bajo, persistente, como de un perro. Lo había oído antes, sería un yonqui sin blanca que no había conseguido su chute. Miró por encima de la barandilla. Vio el reflejo de ropas claras en la oscuridad apestosa. Iba a seguir su camino cuando oyó una especie de grito:

—¡Espera! ¡No te vayas! ¡Tengo dinero!

—Perdona, abuelo, no tengo droga y tú no tienes dinero. Que tengas un día pasable.

—Pero ¡tengo tu ojo!

El chico se detuvo bruscamente. Volvió a la barandilla. Miró hacia abajo.

Aquella voz... ¿De verdad podía tratarse de...? Se acercó a la escalera y miró

alrededor. No había nadie más. Bajó hacia la oscuridad húmeda y fría. El hedor se intensificaba a cada peldaño.

El hombre estaba en el umbral del baño. Vestía con lo que en algún momento debía haber sido un traje de lino. Ahora los jirones estaban empapados en sangre. Igual que el hombre. Harapos ensangrentados. Un triángulo de cristal asomaba por su frente debajo del flequillo oscuro. Allí estaba el bastón con la empuñadura dorada. Joder, sí que era él. El hombre que había estado buscando todos aquellos años. Hekate. Los ojos del chico se fueron acostumbrando a la oscuridad y vio la herida abierta, una rasgadura que cruzaba el pecho y el estómago. Echaba sangre, pero no mucha, como si se estuviera vaciando. Cada vez que la raja se volvía a llenar de sangre veía sus babosas vísceras de un rosa pálido.

—Acaba con mi sufrimiento —siseó el viejo—. Coge el dinero que llevo en el bolsillo de la chaqueta.

El chico miró al hombre. El hombre de todos sus sueños, todas sus fantasías. Lágrimas de dolor corrían por las flácidas mejillas del viejo. Si quisiera, podría sacar la navaja de muelle, la que utilizaba para machacar el polvo, la de la hoja delgada que una vez había extirpado un ojo. Podía clavar esa misma hoja en el viejo. Resultaría poético.

—¿Tienes el estómago perforado? —dijo el chico metiendo la mano en la chaqueta del viejo—. ¿Te entra ácido en la herida? —Miró en la cartera.

—¡Date prisa!

—Macbeth ha muerto —dijo el chico contando los billetes deprisa—. ¿Crees que eso hará del mundo un lugar mejor?

—¿Qué?

—¿Crees que los que sucedan a Macbeth serán mejores, más justos, más clementes? ¿Tenemos razones para pensar que sí?

—Cállate, chico, y acaba con esto. Usa el bastón, si quieres.

—Si la muerte es lo más valioso para ti, Hekate, no te quitaré la muerte como tú me quitaste el ojo. ¿Sabes por qué?

El viejo frunció el ceño, lo miró, y el chico vio en su mirada húmeda que le reconocía.

—Porque creo que las personas tenemos la capacidad de cambiar y mejorar —dijo el chico metiendo la cartera en el bolsillo trasero de su pantalón agujereado—. Creo que los que vendrán después de Macbeth serán un poco mejores. Avances minúsculos, un poco mejores. Un poco más humanos. ¿No resulta curioso, por cierto, que utilicemos la palabra «humanidad», algo relativo a las personas, para referirnos a lo bueno y piadoso? —El chico sacó el cuchillo y la hoja salió automáticamente—. Pensando en todo lo que nos hemos hecho los unos a los otros a lo largo de la historia, quiero decir.

—Aquí —gimió el viejo señalándose el cuello—. Rápido.

—¿Recuerdas que tuve que sacarme el ojo yo mismo?

—¿Qué?

El chico colocó la empuñadura del cuchillo en la mano del viejo.

—Hazlo tú.

—Pero has dicho... más humano... No puedo... ¡Por favor!

—Pequeños pasos, pequeños —dijo el chico, se levantó y se dio unas palmaditas en el bolsillo—. Mejoramos, pero no nos convertimos en unos santos de un día para otro, ya lo sabes.

El aullido persiguió al chico por la estación central, hasta que salió al deslumbrante sol.

La gota de agua brillante cayó del cielo, atravesó la oscuridad, hacia las luces temblorosas de la ciudad portuaria. Las ráfagas de viento del noroeste la arrastraron hacia el este del río de lento cauce que atravesaba la ciudad, al sur de la transitada línea férrea que la cruzaba. El viento se llevó la gota al Distrito 4, al Obelisco y a la moderna construcción Fuente, a los dos hoteles donde pernoctaban los hombres de negocios de Capitol, donde solo de vez en cuando aparecía un paleta despistado preguntando si estaba allí el casino. La mayor parte de la gente lo había olvidado, pero recordaban el otro casino, el que había ocupado el edificio de la administración de Infraestructuras Ferroviarias, donde ahora estaba la recién inaugurada Biblioteca Metropolitana. La gota pasó por encima de la jefatura, donde había luz en la ventana del despacho del director de la policía Malcolm. Estaba reunida la gestora para discutir la reorganización. En un primer momento, se generó cierto descontento entre los empleados cuando el alcalde Tourtell y el consistorio ordenaron una reducción de la plantilla, consecuencia de que las estadísticas mostraban una fuerte caída de los índices de delincuencia. ¿Era así como se recompensaba el buen trabajo que el cuerpo policial había hecho en los últimos tres años? Pero acabaron por darse cuenta de que Malcolm tenía razón, de que el objetivo de la policía era, en el mayor grado posible, hacerse superflua. Las más afectadas fueron la sección Antidroga, naturalmente, y las secciones que se veían indirectamente tocadas por el colapso del tráfico de drogas, como Homicidios. Anticorrupción mantuvo su plantilla, mientras que la nueva sección de Delitos Económicos fue la única a la que se le

concedió un incremento. Esto se debía, por un lado, al crecimiento de la economía, puesto que la ciudad había atraído actividad empresarial y, por el otro, a un reconocimiento de que los delincuentes trajeados lo habían tenido demasiado fácil y eso había contribuido a dar la sensación de que la policía estaba al servicio de los ricos. Duff había defendido las dimensiones de la sección del Crimen Organizado argumentando que necesitaba recursos para trabajar de manera preventiva, que sería mucho más costoso volver a limpiar la ciudad si los delincuentes se asentaban de nuevo en ella. Comprendía que él, al igual que los demás, tenía que aceptar recortes. Incluso la jefa de la sección de Homicidios, Caithness, tuvo que resignarse a pesar de sus convincentes argumentos en el sentido de que con la plantilla actual por fin podían ofrecer a los ciudadanos una dedicación satisfactoria a cada investigación.

Duff prefirió alegrarse de que ya había llegado el fin de semana y Caithness y él habían pensado ir de picnic a Fife. Le apetecía y a la vez le daba miedo. Habían derribado la casa y dejó que la parcela se llenara de hierbajos. Pero la caseta de baño seguía allí. Quería tumbarse con Caithness al sol, sentir el olor a brea de las tablas de madera. Escuchar si aún resonaba el eco de las risas y los gritos alborozados de Emilie y Ewan. Quería nadar solo hasta la roca. Dicen que ningún camino lleva de vuelta al pasado, a quien fuiste. Únicamente tenía que comprobar que era cierto. No para olvidar, sino para poder mirar al frente de una vez por todas.

La gota de agua siguió hacia el este, sobre las exclusivas calles comerciales del Distrito 2 oeste, antes de descender hacia un alto boscoso junto a la carretera de circunvalación que ahora, al anochecer, brillaba como un colgante luminoso en el cuello de la ciudad. Allí, en la cima de la colina de Galgeberg, la gota descendió entre los árboles e impactó sobre una gran hoja verde de roble emitiendo un chasquido. Se deslizó hasta el extremo de la hoja, se quedó allí colgada y acumuló peso para caer los últimos metros hacia los dos hombres que hablaban en la oscuridad, bajo el árbol.

—Está cambiada —dijo una voz grave.

—Ha estado usted alejado mucho tiempo, señor —respondió otra más aguda.

—Alejado. Exacto. Eso creía. No me has contado cómo diste conmigo, señor Bonus.

—Ay, yo tengo los oídos y los ojos abiertos. Escucho y veo, ese es mi talento. Me temo que el único.

—No sé si me lo creo del todo. Oye, no voy a ocultar que no me gustas, señor Bonus. Me recuerdas demasiado a uno de esos que viven en el agua y se agarran a bichos más grandes y chupan...

—¿Un pez rémora, señor?

—Estaba pensando en una sanguijuela. Pequeños bichos asquerosos. Aunque inofensivos. Así que si crees que puedes ayudarme a recuperar mi ciudad, puedes chupar un poco. Pero ten cuidado, si chupas demasiado fuerte, te eliminaré de un tajo. Vamos, habla.

—No hay ningún competidor en el mercado. Muchos adictos se mudaron a Capitol cuando la droga se acabó. El consejo y el director de la policía por fin están bajando la guardia. Recortes de plantilla. Es el momento perfecto. El potencial de nuevos y jóvenes clientes es ilimitado, y he dado con la hermana que sobrevivió cuando la fábrica de droga de Hekate explotó. Todavía tiene la fórmula. Los clientes no tendrán alternativas a lo que nosotros podemos ofrecerles, señor.

—¿Y para qué me necesitas a mí?

—No tengo ni el capital ni la resolución ni sus cualidades de jefe, señor. Pero tengo...

—Los oídos y los ojos. Y la boca para chupar. —El viejo tiró la colilla de un purito Davidoff Long Panatella mientras la gota de la rama se alargaba sobre su cabeza—. Lo pensaré. Pero no por las cosas que dices, señor Bonus. Todas las ciudades son un buen mercado en potencia si dispones de un buen producto.

—De acuerdo, pero entonces ¿por qué?

—Porque esta ciudad me arrebató a mi hermano, mi club, todo. Estoy en

deuda con ella. —La gota se precipitó. Impactó sobre un cuerno de animal.
Corrió por la superficie brillante del casco de motorista—. Le debo el infierno.

«Como las ortigas, las ambiciones de los hombres siempre querrán alcanzar el sol y ensombrecerán y matarán cuanto las rodea»



Un jefe de policía demasiado íntegro, un capo dispuesto a todo con tal de eliminarlo, una ciudad de callejones húmedos y oscuros, sitiada por el tráfico de drogas y el crimen. Este es el nuevo escenario en el que Jo Nesbø reinventa a Macbeth como el ambicioso capitán de un equipo de SWAT, a Lady Macbeth como una persuasiva y madura dominatrix, y a las tres brujas como “cocineras” de una peligrosa droga. Pero el frágil equilibrio en el que se sostiene la ciudad tiene los días contados: Hekate, el magnate de la droga, cree que la policía ha sido un obstáculo para sus negocios durante demasiado tiempo; y Macbeth, con un turbio pasado de adicciones y violencia, es el peón perfecto para destruirlos desde dentro.

Una historia de ambiciones sin freno que cobra vida en las manos de Nesbø, un escritor capaz de convertir cualquier relato en un angustiante viaje a través de las facetas más oscuras de la naturaleza humana. Y en el centro, un hombre que cruzará la línea, que olvidará quién era y que sabe que no conseguirá lo que quiere, a no ser que mate por ello.

La nueva novela de «El rey de todos los escritores de *thriller*»

The Sunday Express

«Cuando Macbeth encontró a Harry Hole»

El Mundo

«Si no conoces a Nesbø, ya es hora de que te pongas a ello»

USA Today

«Prepárense para una espiral sin rumbo por los túneles más oscuros de la experiencia humana»

Goodreads

«Pura destreza narrativa»

LORENZO SILVA

Jo Nesbø nació en Oslo en 1960. Cuando terminó el servicio militar, comenzó la carrera de Economía y, mientras estudiaba, formó la banda Di Derre, que llegó a encabezar las listas de grandes éxitos en Noruega. Cuando un editor le pidió en 1997 que escribiera sus memorias, en vez de eso, Nesbø comenzó lo que se convertiría en el primero de los casos de Harry Hole: *El murciélago*. Y a esta novela le seguirían diez más: *Cucarachas*, *Petirrojo*, *Némesis*, *La estrella del diablo*, *El redentor*, *El muñeco de nieve*, *El leopardo*, *Fantasma*, *Policía* y *La sed*, todas publicadas en España por Roja y Negra. Una gran saga que lo confirmó como uno de los más grandes autores de novela policíaca y que lo llevó a superar a Stieg Larsson en ventas.

Sus libros se han traducido a más de cincuenta idiomas e incluso varios han sido llevados a la gran pantalla. Ahora vuelve con un nuevo *thriller* totalmente distinto: *Macbeth*. Una novela que forma parte del proyecto Hogarth, que se propone recrear las obras de Shakespeare, y en el que han participado entre otros Anne Tyler, Jeanette Winterson y Margaret Atwood, publicadas por Lumen.

Título original: *Macbeth*

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Jo Nesbø

Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Lotte Katrine Tollefsen, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Hogarth / Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0505-0

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Macbeth

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Segunda parte

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Tercera parte

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Sobre este libro

Sobre Jo Nesbø

Créditos